

# **APUNTES A MITAD DE CAMINO**

**(economía sin corbata)**

**Juan Carlos de Pablo**

(Ediciones Macchi, 1995)

A todos los nombrados en  
esta autobiografía no autorizada  
(menos yo), cada uno a su modo  
protagonista de mi vida.

## PROLOGO 1993

Nací desnudo, soltero, analfabeto y desocupado. En esta obra cuento cómo es que vivo vestido, casado, razonablemente educado y trabajando intensamente.

¿Por qué escribir sobre la historia de uno, por qué hacerlo ahora?<sup>1</sup> No me puse a escribir las líneas que siguen luego de encontrar una respuesta satisfactoria a ambos interrogantes; más bien las escribí cuando ya no resistí la tentación de hacerlo, pero en todo caso lo hice antes de que me olvidara y/o la biología me jugara una mala pasada.

La tarea resultó mucho más divertida, pero también mucho más demandante y prolongada de lo previsto. Es notable como se clarifican los hechos, como se ordenan las ideas, como se concatenan los recuerdos, como se hacen nítidos los pareceres, como desaparecen (algunas, no todas) las broncas al colocarlas en perspectiva, cuando uno se obliga a poner algo como esto por escrito. También son notables los emocionantes momentos que viví con quienes, habiendo compartido conmigo alguna porción de sus respectivas vidas, tuvieron la deferencia de leer la versión preliminar de algunos de estos capítulos, y de aportar datos y pareceres. Recomiendo al lector que escriba su historia, por poco importante que le parezca.

Fui deliberadamente selectivo y todo lo objetivo posible, aunque mi autobiografía muy probablemente tenga todos los sesgos denunciados por Buchanan y Tullison en su estudio sobre la verdad en las autobiografías (Buchanan, J. M. y Tullison, R. D: "A theory of truth in autobiography", Kyklos, 39, 4, 1986), idea que Donal Henahan expresó de manera más contundente: "luego del redactor de avisos inmobiliarios, el que escribe su autobiografía es de quien más se sospecha entre los que escriben en prosa"<sup>2</sup>. Combiné los hechos, según los recuerdo<sup>3</sup>, con la correspondiente reflexión desde la perspectiva de 1990/93; en el texto,

---

<sup>1</sup> Hay una pregunta anterior, a saber: ¿por qué escribir? En mi caso, escribir es una compulsión. Por eso me sentí completamente identificado al leer el trabajo de Paul Robinson ("¿Por que escribir?", Facetas, 12, 2, 1979), quien luego de explorar las razones por las cuales se escriben, por ejemplo, libros, llegó a la conclusión de que la única respuesta razonable es que el autor tiene ganas de escribirlos.

<sup>2</sup> Citado en Green, J.: The cynic's lexicon, St. Martin's press, 1984.

<sup>3</sup> Sólo describí lo que conservo en mi memoria: apuntes, recortes periodísticos y correspondencia personal, y aclaré cuando me pareció que algún hecho había sucedido de tal manera, pero no estaba seguro... o cuando quien leyó la versión preliminar tenía una versión diferente de algún evento. Pero en un trabajo de esta envergadura, donde se citan a más de 1.700 personas, tienen que haberse deslizado errores, que espero no ocasionen mayores inconvenientes, y por los cuales pido disculpas al involucrado (también tienen que haberse deslizado duplicaciones, por las cuales pido disculpas al lector). No estoy seguro de haber escrito siempre correctamente Marta, Martha, Ester y Esther.

coloqué los hechos y la reflexión, inmediatamente después, entre corchetes (técnica que le copié a Félix Luna, quien la aplicó exitosamente en Ortiz: reportaje a la Argentina opulenta (Sudamericana, 1978)<sup>4</sup>.

La escritura obedeció a un impulso; la publicación, en cambio, resultó de un proceso más racional. Si mi caso le sirve a alguien de ejemplo, entonces que lo sea desde la realidad, y no desde las fantasías que sobre personalidades destacadas se van tejiendo a lo largo del tiempo; porque las fantasías, al exagerar la realidad, alejan el ejemplo de quien lo quiere imitar, y eso es lo contrario de lo que sería de desear. El lector está más capacitado que yo para explicar los hechos aquí narrados según: 1) dotes naturales; 2) esfuerzo y 3) azar y circunstancias.

Las autobiografías abundan, pero generalmente son escritas y dadas a conocer en el período en que el autor está próximo a completar una larga vida, cuando no terminan publicándose -incompletas- luego de la muerte del protagonista. Desde ese punto de vista, esta obra y su título, que reflejan lo que le ocurrió a alguien que es todavía joven (y que se siente más joven aún), esta inspirada en Promediados los 40, de José Luis de Imaz (Sudamericana, 1977); en cambio el subtítulo del libro surgió de una aguda acotación formulada por el diputado Alberto Albamonte, en un programa de T. V. grabado el 22 de setiembre de 1989.

En pleno proceso de la obra, de manera inesperada y súbita murió mi madre. Todo lo que sobre ella había escrito en tiempo presente lo conservé como estaba, agregando el pertinente recuerdo de su persona, a la luz de su fallecimiento; también utilicé este procedimiento en los otros casos en que ocurrió lo mismo<sup>5</sup>.

La versión preliminar de algunos capítulos fue leída por varios de sus actores. Previa verificación (normalmente con ellos mismos), incorporé en el texto las modificaciones referidas a los hechos; pero fui menos receptivo en el plano de los pareceres -al fin y al cabo, estoy describiendo mi lectura, no la realidad misma (ésta surgirá algún día, sintetizando la lectura de varios que vieron lo mismo desde distintos ángulos)-. Por haber dedicado parte de su tiempo a esta tarea quiero agradecer, en primer y particularismo lugar, a Any, mi esposa, quien por otra parte y de manera nada sorpresiva, ocupa un lugar singular en este relato. También a J. Alvarez, M. Blanco de Diéguez, A. Canitrot J. M. Dagnino Pastore, H. De la Canal, D. I. Della Costa, E. Folcini, J. M. Frick, G. R. Gargiulo, I. González, N. Guerra, Pedro Lara, J. L. Madariaga del

---

<sup>4</sup> Comencé a escribir en 1990, pero según mis anotaciones el proyecto tenía forma definida (incluyendo el título) desde por lo menos 1986.

<sup>5</sup> Es lógico, y sin embargo duele. Mientras escribía esta obra, de los aquí nombrados -además de mi vieja- se fueron personas como Enrique Low Murtra (el 29 de abril de 1991), Edesio Luis Mancebo (14 de mayo de 1991), Héctor Diéguez (3 de agosto de 1991), Carlos Givogri (4 de octubre de 1991), Julio González del Solar (8 de setiembre de 1991), Antonio Díaz Funes (31 de diciembre de 1991), Augusto Comte (6 de febrero de 1992), Francisco Valsecchi (7 de octubre de 1992), Eustaquio Méndez Delfino (6 de enero de 1993), Marta Sanjurjo de Sidrauski (4 de marzo de 1993), Alba Castellanos (4 de mayo de 1993) y Emilio Mondelli (13 de mayo de 1993).

Olmo, A. M. Navarro, J. H. G. Olivera, S. P. Palazzo, A. P. Ribas, N. Scibona, G Soriani, G. Viticcioni y P. J. Vulovic (por razones que Sigmund Freud tendrá claras, pero yo no, varias personas a las que les envié la versión preliminar no me enviaron sus comentarios). También quiero agradecer a mi secretaria C. Panichi, quien de manera eficaz averiguó mil detalles, así como a Pablo Lara, G. López Alonso, S. Marmolejo y a quienes trabajan en la sección archivo del Cronista, por haberme proporcionado datos útiles.

Espero poder vivir la otra mitad del camino... y también poder contarla.

## PROLOGO 2010

“En 1977 escribí mi autobiografía. Tenía entonces 57 años. Pensaba esperar hasta 2000 para escribir una versión actualizada. Pero antes de cumplir 70 años sufrí una enfermedad bastante grave, y mi querida esposa Janet me dijo muy seria: `empieza a escribir ahora´. Ella me hizo ver que en la versión publicada relaté los acontecimientos en un orden preciso y ajustados al calendario, y no decía casi nada sobre mi yo íntimo. Me recomendó que en el nuevo volumen los acontecimientos ocuparan un segundo plano frente a mis pensamientos, mis reacciones, mi filosofía de vida y demás cosas de índole personal. De modo que ahora voy a describir toda mi vida como un modo de presentación de mis ideas y convertirlo en una autobiografía independiente”.

Así comienza el prólogo de las Memorias que Isaac Asimov publicó en 1994, y que leí - con deleite- a comienzos de 1995, y por consiguiente cuando Apuntes... ya estaba en prensa. Aprendí entonces que en su cincuentena el notable autor de obras de ciencia ficción escribió una autobiografía intensiva en hechos, y a los setenta otra intensiva en reflexiones y sentimientos. En la primera parte coincidimos, y como a mi (afortunadamente) todavía no me diagnosticaron ninguna enfermedad bastante grave, la segunda versión va a esperar un poco (aunque la primera contiene muchas reflexiones y sentimientos, ubicados entre “[---]”).

No estoy seguro de contar hoy con las ganas suficientes como para encarar una obra como la que terminó siendo Apuntes... Por lo cual estoy contentísimo de haberla encarado hace casi un par de décadas.

Esta versión eliminó pequeños errores que contenía la preparada en 1993 (que advirtieron atentos lectores, los cuales tuvieron la deferencia de hacérmelos saber), y añadió notas a pie conteniendo consideraciones relevantes desde la perspectiva de 2010. Pero resistí la tentación de reescribir el texto, cuando el estilo no me gustaba, y también la de eliminar afirmaciones que desde la perspectiva actual resultan “políticamente incorrectas”.

A raíz de la publicación original recibí alrededor de 4 docenas de cartas, todas menos 3 escritas por varones (en buena medida espejaron en mi historia la de cada uno de ellos,

contándome de sus barrios, sus tíos, etc., además de acontecimientos multitudinarios en los que participamos, sin conocernos). La diferente reacción a Apuntes... según género siempre me llamó la atención: conmovió mucho más a los hombres que a las mujeres. Estas últimas apuntaron que “las intimidades no se cuentan”. Respondo que estoy de acuerdo, pero que lo que ocurre es que diferimos en aquello a lo que calificamos intimidades. No tengo ningún problema en que, a raíz de un accidente, la gente se entere qué color de calzoncillos uso, o si mis medias tienen “papas”, porque yo no soy ni mis calzoncillos ni mis medias.

2010 es un buen momento para “subir” la versión revisada de Apuntes... a Internet, dada la imposibilidad de volver a imprimir la obra. Haga el mejor uso del texto que le parece, y si lo reproduce por favor tenga la decencia de citarlo.

¡Animo!

## I N D I C E

- 0 Cédula de identidad
- 1 Autorretrato
- 2 Niñez
- 3 Parientes
- 4 Mercería Don Paco
- 5 Liniers
- 6 Socialización
- 7 San Antonio de Padua-Holden Green-Otra vez Padua-Flores
- 8 Escuela primaria
- 9 El Comercial de Ramos
- 10 La UCA
- 11 Harvard
- 12 Lladó
- 13 Conade
- 14 Di Tella
- 15 FIEL
- 16 Servicio militar
- 17 Ministerio de Economía
- 18 IDEA
- 19 Cuentapropista
- 20 Cronista
- 21 Carta económica
- 22 Depabloconsult
- 23 Autor
- 24 Profesor y conferencista
- 25 Medios de comunicación
- 26 Galardones
- 27 Viajes
- 28 Encuentros
- 29 Asociación Argentina de Economía Política
- 30 Por qué soy liberal
- 31 Vivencias
- 32 Mis dos mayores máximas
- 33 Mitad de camino

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

0

### CEDULA DE IDENTIDAD

Nací a eso de las 8 de la mañana del jueves 25 de noviembre de 1943, de manera que soy sagitariano.

Si es cierto que los embarazos duran 9 meses y una semana, entonces fui concebido el mismísimo día en que mi viejo cumplió 34 años (cuando vine al mundo, mi vieja tenía 30). Frente a aquellos que dicen "éste no es momento para traer hijos al mundo", agradezco a mis progenitores que se hayan entregado el uno al otro en medio de la Segunda Guerra Mundial, en un año en el cual, según la CEPAL, en Argentina cayó el producto bruto interno real. 4 años después que yo llegó al mundo Oscar Julián, mi único hermano.

[Un año antes que yo nació quien, si hubiera nacido vivo, hubiese sido mi hermano mayor.]

Tanto Julián de Pablo como Dámasa ("Teresa") Valero de de Pablo son argentinos, pero mis 4 abuelos -de los cuales sólo conocí a mi abuela materna Marta- eran españoles (de Soria, del lado paterno, de Zaragoza del materno), así como también lo son -del lado materno- 2 tíos carnales y 2 políticos.

[Las referencias a España fueron en la casa de mi abuela más bien vagas y en la mía inexistentes. Por eso me sorprendió advertir, en breves visitas a la Madre Patria realizadas a partir de 1975, todo lo "español" que soy... para bien y para mal.

Tener parientes españoles contribuyó a desarrollar una intensa amistad con el lamentablemente desaparecido Carlos Federico Díaz Alejandro (su padre era español), con quien -como también me ocurre con otros colegas, como Raúl Ernesto Cuello o Moisés Syrquin- rara vez perdíamos el tiempo hablando de economía.]



Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

1

## AUTORRETRATO

Cómo soy en realidad, cualquiera -usted, por ejemplo- lo sabe mejor que yo. Lo que aquí voy a contar es como me veo.

Sin que el orden implique jerarquía, me veo alto, no gordo, joven, vehemente y ansioso, muy trabajador, convencido de que la vida es una fiesta, de que -hasta donde sea posible- voy a hacer las cosas a mi manera, y que lo único que me interesa son las personas concretas.

. . .

Siempre fui alto para mi edad, pero esto lo advertí claramente al ir a la escuela (y eso que, como explicaré más adelante, ingresé directamente a primer grado superior).

Invariablemente me ubiqué entre la decena de niños más altos de un grado de casi 30 alumnos y siempre me senté en los bancos del fondo. No sé qué es sentir que alguien me tapa la vista, pero sí sé lo que es que se cambien de lugar quienes están detrás de mi asiento en el cine. Me acuerdo de lo alto que soy cuando viajo en la "clase económica" de los aviones, camino por algunas de las veredas que tienen árboles o toldos, o cuando alguien "normal" me ofrece ir con él (o ella) debajo de un mismo paraguas (al ponerme de novio tuve que aprender a caminar más despacio).

. . .

Cuando a los 22 años me casé, medía, como hoy, 1,93 metros, pero pesaba 70 kilos (por eso, para mis conocidos de antaño, soy "el flaco" de Pablo). Hoy (1990) peso casi 50 kilos más

pero, a pesar de que dejo de usar los trajes porque me quedan chicos, y no porque se gastan, me veo tan flaco como cuando me apodaban palomayor. Mi gordura "no existe", en el sentido de que no me impide hacer nada, particularmente lucir mi "físico privilegiado" en la playa o andar en comodísimas bermudas dentro de las cuales para muchos debo lucir ridículo.

[Sólo registro mi gordura cuando dicto clase o pronuncio conferencias. Porque termino cansado física aunque no espiritualmente, y encima porque, a pesar de ser "hombre de medios de comunicación", nunca aprendí a impostar la voz y a respirar correctamente, por lo que de tanto en tanto me quedo afónico.]<sup>1</sup>

En un par de oportunidades -por insistencia médica- hice régimen, en la primera ocasión con resultados espectaculares (bajé más de 13 kilos en un mes)... que no pudieron ser mantenidos en el tiempo.

Mi dieta es curiosa: si por mí fuera, acompañaría las papas y los huevos fritos con otros alimentos, como carne vacuna o pollo; y no al revés, como se acostumbra. Por otra parte, en mi vida comí fruta o verdura (sic). Aplicando principios de psicología avanzada, cuando era chico mi tío Francisco ("Paco, por supuesto, hermano de mi madre) compró un autito y antes de guardarlo en una caja fuerte me dijo: "si te comés una banana te lo regalo". Lo hice... con tanto asco que hubo que llamar al médico (mi vieja casi lo mata a mi tío, quien no insistió nunca más en este tipo de estrategias).

[Si quiere invitarme a comer "algo" a su casa, póngalo en un plato delante de mí y dígame que es pescado. Lo comeré sin dudar. En cuanto me dicen que lo que hay en el plato es alguna fruta o alguna verdura, no puedo ni probarlo.]

Al mismo tiempo, cuando todos sean como yo las industrias licorera y tabacalera quiebran inexorablemente. Sobrevivirán la de la cerveza y, con dificultad, la del vino. Durante algo más de una década fumé un par de cigarrillos por día, pero hace más de 10 años que no enciendo un cigarrillo... ni falta que hace, como dirían mis ancestros.

. . .

---

<sup>1</sup> Con la fonoaudióloga Ana María Fiocca, tercera esposa de Guillermo Lladó, en algún momento de la década de 1990 hice una serie de ejercicios, gracias a los cuales nunca más me quedé sin voz. Descansando entre ejercicio y ejercicio me enteré cómo se conoció con su marido, de quien hablaré extensamente más adelante. "Chocamos", me dijo. "Nos bajamos de los autos, comprobamos que ninguno de los 2 estaba herido, hicimos juntos los papeles, palabra va-palabra viene, y nos terminamos casando". Conozco varios episodios curiosos en esta materia, pero éste supera a los demás.

En el momento de escribir esta parte del ensayo, según mi cedula de identidad, tengo 47 años; no obstante lo cual, y a pesar de que -debido a mis canas prematuras- durante mucho tiempo representé más edad de la que tenía, yo me siento como si tuviera 16 años. Esto merece una explicación, porque cualquiera de las personas que me ve actuar sabe que no hago ninguna de las cosas que hacen quienes hoy, biológicamente, tienen 16 años (en particular, escuchar música estridente, durante horas, a todo volumen).

Sentirme de 16 años quiere decir, primero y principal, mantener intacta la capacidad de asombro; sentirme de 16 años también quiere decir nunca desestimar un argumento por la edad que tiene quien lo esgrime (yo discuto con mis alumnos "de igual a igual", y cuando veo que a veces no retrucan como yo lo esperaría, tengo que hacer un esfuerzo para recordar que están enfrentando a un hombre de 47 años, de físico contundente, que argumenta de manera vehemente); sentirme de 16 años quiere decir, por último, no poder entender cómo es que personas de mi edad biológica están esperando, cuando no soñando, con... la jubilación.

[Las personas de mi edad que ignoran que físicamente ya no tienen 16 años, aterrizan súbitamente cuando alguna persona que sí los tiene, antepone la palabra "señor" a cualquier cosa que le quiere decir a uno... puñalada muy poco menos dolorosa que que a uno le digan "abuelo".]

. . .

Hago todas las cosas que me interesan de manera vehemente y tengo la fortuna de que la enorme mayoría de las cosas que hago están entre las que me interesan. Escribo cada artículo como si en él me fuera la vida y dicto cada conferencia y cada clase sobre la base del mismo principio. Puedo comenzar algo lentamente una charla, o un programa de televisión, si estoy circunstancialmente muy cansado (he llegado a pronunciar la misma conferencia 5 veces en un mismo día), pero en segundos no más adquiero "ritmo".

[Porque no me gusta hacer las cosas "a media máquina", no participo en juegos -de baraja, por ejemplo- que insumen horas. Pierda o gane, luego de una hora de jugar a la ruleta ya me aburrí y me voy del casino, shoqueando a mi cuñada Lucía María, para quien sólo es posible ganar en el casino cuando, al terminar de jugarse la última bola, antes de cerrar, uno tiene más fichas que cuando comenzó a jugar.]

Aplicar a cada actividad la misma vehemencia no implica, desde luego, que todas me salgan igual. Pero esto le ocurre a todo el mundo; al correcto decir de Josefina Robirosa, los buenos cuadros (en mi caso, los buenos artículos o conferencias) salen "de carambola". La clave del éxito es que el promedio sea muy bueno<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> En uno de los volúmenes de Memorias publicados por Daniel Barenboim, el notable pianista y director de orquesta argentino dice que en cada concierto uno tiene que aspirar al máximo, y que cada tanto -por razones circunstanciales- alguno podría no salir perfecto. Así que nada de promedios...

¿Dónde están los límites de cada uno de nosotros, tanto en la cantidad de actividades como en la energía que se pone en cada una de ellas?; ¿debe uno jugar permanentemente "con fuego", bordeando el infarto o el surmenage, o debe uno cuidarse sistemáticamente? Es imposible contestar estos interrogantes de manera precisa, dada la falta de información; la única respuesta posible es sobre cuál de los costados uno recuesta las decisiones, si sobre el del "cuidado preventivo" o el del riesgo. Yo opté por el segundo... y por ahora me va bien; sigo en la búsqueda de mis límites... como cuando tenía 16 años.

Soy ansioso. Pretendo conseguir las cosas inmediatamente después de que se me ocurren, y lucho obsesivamente por lograrlo (no siempre tengo éxito, pero estoy seguro de que logro muchas más cosas que otro que, en mi situación, no fuera ansioso). Moriré sin haber hecho muchas cosas, pero no lamentando todo lo que me propuse hacer y no hice. Soy también ansioso en la comunicación: salvo que tenga una poderosísima razón, no supero el primer párrafo de un escrito mal redactado, ni el par de minutos de un discurso mal pronunciado. Soy, por supuesto, fanático del zapping.

. . .

Descubrí hace mucho tiempo que la vida es una fiesta. Esto no es un llamado a la irresponsabilidad sino al cultivo de una actitud que permite vivir de manera divertida, todas y cada una de las circunstancias en que a uno le toca participar. Busco automáticamente el aspecto divertido de todo... y lo encuentro; lo gozo y lo comparto con quienes interactúo (familiares, amigos, compañeros de trabajo, colegas, alumnos, etc.).

[No soy el único ser humano convencido de que la vida es una fiesta. Por eso le dediqué mi La economía que yo hice - vol II (El Cronista Comercial, 1986), a M. Alurralde, M. H. Azulay, S. Cáceres Cano, C. F. Castro, J. C. Colombres ("Landrú"), R. A. Cutufós, D. I. Della Costa, E. Doallo, J. L. Duhourq, V. J. Elías, C. H. García, S. Huberman, W. Leontief, R. Macchi, J. L. Madariaga del Olmo, R. Maidana, H. Martini, M. A. Merellano, J. Mergherían, S. Mirsky, E. Muriel, V. Perel, M. L. Piñeiro, R. Portal, A. Rodríguez, R. Sarmiento, H. Sobrado y P. J. Vulovic; es decir, a todos aquellos que me ayudaron a descubrir que, efectivamente, la vida es una fiesta.

Releo la anterior lista y me pregunto: ¿por qué H. Marozof no está en ella; porque lo conocí después o porque se me pasó?]

Muchos confunden seriedad con solemnidad (que no son lo mismo lo supe siempre; en el plano terminológico la distinción la aprendí de Daniel Muchnik). Me veo extremadamente serio, pero al mismo tiempo, desprovisto de toda solemnidad. Es que para mí la seriedad tiene que ver, primero y principal, con el respeto obsesivo por la verdad y también con la palabra

---

Por otro lado, cada función (en mi caso, artículo o conferencia) es evaluada contra lo que se espera, por lo cual el nivel de autoexigencia aumenta con el tiempo. Un concierto considerado "fabuloso", brindado por un artista del montón, puede no deslustrar cuando lo ejecuta Barenboim.

empeñada, con "estar" cuando a uno se lo necesita, etc.; mientras que la solemnidad tiene que ver con el privilegio de los ritos por sobre los contenidos.

[Como los argentinos somos mucho más solemnes que serios, mi postura me ha generado algunos -no muchos- problemas (ejemplo: que algunos me califiquen como "chanta" por la forma de hablar -en particular, por el no uso de la terminología profesional- y no por las cosas que digo). Pero bancarme dichos problemas resultó mucho más barato que lo que me hubiera costado si, para evitarlos, hubiera adoptado una postura solemne, inspirándome en Zelig, de Woody Allen.

Por esta razón gocé inmensamente una respuesta que en 1973 dio Aldo Cammarota. En ese entonces Cammarota integraba la lista de candidatos a diputado por Nueva Fuerza. En un programa de televisión, frente a la pregunta "¿cómo puede ser que un humorista pretenda ser diputado?", visiblemente molesto contestó textualmente: "¿Sabe cuál es la diferencia entre los políticos y yo? Que yo sólo hago reír cuando me lo propongo". A mí me ocurre exactamente lo mismo.

Quienes confunden seriedad con solemnidad nunca pudieron entender cómo un talento podía dedicarse "a eso". Tal lo que leí un lunes, en algunos diarios, el día posterior al fallecimiento del notable actor Ernesto Bianco quien, al mismo tiempo que interpretaba a Cyrano, hacía reír por TV (como si fuera fácil, por otra parte). Me ocupé de la cuestión el martes, en mi columna de Radio Continental. Al terminar recibí el emocionado llamado telefónico de una compañera de trabajo del actor, quien me agradecía el punto, y me aclaraba que sus compañeros estaban doblemente dolidos: por la pérdida y por el comentario que se estaba haciendo.]

Porque la falta de solemnidad, correctamente entendida, no tiene nada que ver con la seriedad, mi obsesión por esta última no me plantea ningún conflicto con mi uso intensivo del humor. Para mí el humor es, ante todo, un acto de consumo y, por feliz coincidencia, una herramienta didáctica de fenomenal potencia; de manera que yo haría chistes en las conferencias, aunque resultaran contraproducentes desde el punto de vista de la transmisión del mensaje. Pero eso sí: sea que lo utilice como acto de consumo o como herramienta didáctica, nunca pongo el contenido de lo que transmito al servicio del humor, sino al revés; el humor está siempre al servicio de la transmisión del mensaje. Lo cual, dicho sea de paso, hace que mi humor sea más difícil de construir que el que desarrollan los humoristas profesionales, quienes se pueden dar el lujo de violar las leyes económicas.

[¿De dónde me salió el sentido del humor? Lo ignoro, pero en 1992, viendo interactuar a mi papá con el personal del geriátrico en el que vive, observé que tiene un sentido del humor muy parecido al que cultivo. ¡Y él no lo heredó de mí, precisamente!]

Colecciono chistes, almacenándolos en mi memoria (en muchos casos, hasta recuerdo quiénes y en qué circunstancias me los contaron), porque me encanta reír y hacer reír. Viéndolo agobiado, una noche le organicé un asado en mi casa de Flores al entonces ministro de economía, Jorge Wehbe; invité a otros tan locos como yo, también coleccionistas de cuentos.

Este es un buen ejemplo del uso del humor como acto de consumo. Otro fue el comienzo del comentario que le hice a Julio Hipólito Guillermo Olivera en la reunión de 1975 de la Asociación Argentina de Economía Política, que relataré más adelante. también utilicé el humor como acto de consumo al terminar cada sesión de trabajo con el entonces presidente Alfonsín y con el actual presidente Menem. Mis chistes fueron festejados e invariablemente contestados con otros chistes, que aumentaron mi stock. Mi blanco preferido son las secretarías, la enorme mayoría de las cuales admira tan profundamente a su jefe, que no se permite una chanza. Cuando la secretaria de alguien me dice que él (o ella) quiere hablar conmigo, con mucha frecuencia le respondo cosas como la siguiente: "¿qué le hace pensar que tengo tiempo para perder con ese estúpido (esa estúpida)?", contestación que genera algún estupor, muchas sonrisas y alguno que otro malentendido (al terminar la presentación de La Argentina devaluada, de José Katzenstein, Plus Ultra, 1988, Leonardo Anidjar me preguntó si estaba molesto con él. Sorprendido, le pregunté de dónde había sacado eso. Hurgando, concluimos que todo había surgido de una de mis bromas a su secretaria). Y cuando la secretaria de alguien me invita a almorzar (con él, lamentablemente, no con ella), suelo preguntar qué hay de comida, agregando que, lógicamente, si me invitan a almorzar, para decidir tengo que conocer el menú. Los mozos de los restaurantes tienen mucho más sentido del humor que las secretarías.

[Luis Landriscina nos enseñó a todos a diferenciar el chiste del cuento. El primero es rápido y la clave está al final; la clave del cuento, por el contrario, está en el desarrollo, y el remate sirve principalmente para avisar a quien escucha que terminó el cuento. Landriscina, apropiadamente bautizado "contador público nacional", es un experto en cuentos; yo prefiero cultivar el "mercado" de los chistes.]

El humor como herramienta didáctica surge principalmente del hecho de que, normalmente, los economistas tenemos cosas terribles para decir (¿qué profesional no las tiene? Piense qué le dijeron la última vez que visitó a su médico o a su dentista). El humor no tiene sustitutos en el proceso de lubricar la percepción de la realidad sin, por ello, disimularla.

[Se usa el sentido del humor en la misma medida en que se carece del sentido del ridículo. Si usted teme el ridículo, entre otras cosas, porque confunde la seriedad con la solemnidad, no utilice el humor, porque el tiro le puede salir por la culata.

No espere que todos los que interactúan con usted festejen una buena humorada de su parte, ni interprete esa falta de unanimidad como un fracaso de su parte. Recuerde que entre aquellos que dicen que "no saben chistes", o "que no los saben contar", están aquellos que no obstante son buenos consumidores del humor ajeno -esos son sus "clientes"-, y aquellos que ni siquiera eso.]

Nunca sé cuándo trabajo, cuándo descanso y cuándo me divierto, porque tengo la suerte de que las 3 cosas sean, en mi caso, facetas de una misma realidad, no porciones distintas de mi tiempo. Esto explica que haya comenzado a trabajar a las 4 de la tarde del 8 de setiembre de 1959 y, literalmente, no haya parado nunca más, con jornadas típicas que, de lunes a viernes

difícilmente bajen de las 14 horas, y los sábados y domingos por lo menos 5... sin el menor vestigio de estrés. Mi hobby es escribir cosas como las que usted tiene en sus manos en este momento.

. . .

Frank Sinatra no es el único que hace (mejor dicho, intenta hacer) las cosas a su manera. Yo soy otro. Hacer las cosas a mi manera no alude a las cosas que se hacen o se dejan de hacer, sino a la forma en que se hacen las cosas; hacer las cosas a mi manera no quiere decir hacer lo que se me da la gana; quiere decir hacer las cosas como me parece que hay que hacerlas; privilegiando lo que creo importante y dejando de lado lo que considero menos crucial.

Cuando uno hace las cosas a su manera las hace con ganas lo cual, además de que en general salen mejor, generan en uno "bienestar artesano", es decir, la felicidad que produce el propio hecho de la actividad. En efecto, cuando alguien hace algo, "fabrica" simultáneamente 2 productos: lo que hace (ejemplo: un par de zapatos) y el aprendizaje respectivo, el que surge de "aprender haciendo", en términos de descubrimientos, aumento de la destreza, etc. (ejemplo: hacer mejores zapatos, o encontrar formas más eficientes de hacer zapatos). Cuando uno hace las cosas a su manera, no sólo cree en la capacidad de lograr los objetivos según cierta vía, sino que también privilegia el aumento de conocimientos que surge al explorar vías alternativas.

El único problema que plantea hacer las cosas "a mi manera" es la percepción que tiene el jefe de uno sobre el procedimiento empleado y sobre el eventual producto del esfuerzo. Por hacer las cosas a mi manera, pagué algunos costos estudiando en Harvard y trabajando para el Banco Mundial, como explicaré más adelante; y cada tanto pago algún precio, como cuando me rechazan un trabajo excelente (el calificativo pertenece a quien lo rechazó), por no estar escrito en "lenguaje académico".

. . .

Me importan las personas reales y concretas, y me parece que son lo único que me importa. Todos mis encuentros personales son intensísimos. Cuando hablo con alguien, me abstraigo del resto de la realidad. Pongo a disposición de esa interacción el 100% de mi energía. Voy al grano de inmediato, y fuerzo al otro a que haga exactamente lo mismo (por eso odio los cocktails, donde a nadie le importa lo que dice el otro).

[Porque me importan las personas, de los encuentros recuerdo detalles insignificantes, que sorprenden a mi interlocutor cuando se los refiero al volver a encontrarnos, a veces varios años después de la interacción original.]

Cuando interactúo con alguien, no me importa quién es -normalmente no recuerdo ni cómo se llama- y, menos aún, cuántos títulos, dinero, fama o poder tiene (uso el mismo

discurso y la misma forma de expresión cuando converso con el Papa o con el barrendero de la esquina). Veo en mi interlocutor a otra persona que por alguna razón quiere interactuar conmigo (¿será porque me interesan tanto las personas concretas, que me atraen mucho más las biografías y los testimonios que los proyectos?). Tuteo a todo el mundo desde el momento mismo en que lo conozco, independientemente de su edad y condición social, porque de esa manera me siento más cerca de él o de ella.

Tratar a los demás como iguales, y esperar que los otros me traten de la misma manera, es algo que también aplico en la interacción colectiva. Porque genuinamente me considero uno más, hago todas las colas que me toca hacer (nunca uso el salón VIP de los aeropuertos), sin usufructuar los no pocos beneficios que surgen de mi condición de "estrella de la televisión" (los alimentos que para los demás hay, para mí no hay en los restaurantes; las entradas que para los otros no hay, para mí hay en los cines, etc.), aunque reconozco que tampoco los rechazo cuando aparecen unilateralmente (mi esposa elige entre comer el mejor bife de chorizo del restaurante en mi compañía, siendo observada al llegar, o un bife de chorizo común y silvestre en compañía de sus amigas, permaneciendo en el anonimato). Insisto en pagar todo lo que consumo, amenazando con no volver más al lugar donde, como gentileza, me quieren obsequiar la comida.

[Una intensa actividad profesional, en medida no despreciable encarada a través de los medios masivos de comunicación, le da a la interacción personal ciertos rasgos particulares, cuestión que desarrollaré en detalle más adelante. Está, por ejemplo, la asimetría de conocimientos: el público sabe mucho de mí, pero yo ignoro casi todo del otro ("usted a mí no me conoce, pero yo a usted sí". Y es verdad, no obstante lo cual el diálogo se desarrolla de manera natural... e intensa). Está también, junto a la realidad, el conjunto de fantasías que rodea a la fama (algunas son divertidas, porque muchos creen que quienes estamos delante de una pantalla de televisión dejamos de ser humanos, y consecuentemente produce sorpresas que uno coma, compre en un negocio u orine en el baño de un cine; otras fantasías son escalofriantes... como puede comprobar cualquier famoso en desgracia).]

"En la vida no todo es blanco o negro", es uno de los reproches más frecuentes que me hace mi mujer, y también uno de los más inútiles. En mis relaciones -amistosas o laborales- con el resto de los seres humanos no admito matices. Cuando conozco a alguien le "abro una cuenta", y cuando alguien hace algo que no corresponde (no cumplir un compromiso, no haber "estado ahí" cuando lo necesité), le "cierro la cuenta"... y me lleva años reabrirla. He perdido amistades de mucho tiempo por no devolverme un libro, y encima por reírse por la forma en que formulé el reclamo.

Un claro subproducto del interés que tengo por el resto de los seres humanos es mi sistemática defensa -cuando creo que corresponde- de lo que, desde el punto de vista de la consideración pública, podría denominarse "causas perdidas". En Argentina existe la costumbre de alabar de manera desmedida a quien llega al poder (justo cuando no lo necesita), y de practicar un desgarrante canibalismo político cuando el susodicho cae en desgracia. Esto, que en lo personal me subleva, me hace actuar particularmente cuando quien realiza el comentario



burlón, cuando no ofensivo, encima, miente... normalmente por falta de información. Mi galería de defendidos en causas perdidas está integrada por ex ministros de economía (Martínez de Hoz, Rodrigo, etc.), presidentes del Banco Central (Cavallo, Diz, Mondelli, etc.) y otros, como Jorge Triaca, cuando estuvo al frente de Somisa.

[Presumo que, además de mis defendidos, muchos deben haber notado esto. Me consta que lo hizo el simpático Pablo Gerchunoff.]

Porque me interesan las personas concretas me conmovió Michel Camdessus, director ejecutivo del Fondo Monetario Internacional. Cuando en febrero de 1990 le hice un reportaje en Washington, y le regalé un ejemplar de mis Escritos seleccionados, 1981-88, Macchi, 1989 (Camdessus domina el castellano mejor que el inglés), me dijo que lo iba a leer. ¡3 semanas después recibí una carta manuscrita, de 2 páginas, con comentarios! Eso es ocuparse de las personas, porque para mi mamá yo debía ser un genio, pero para Camdessus soy un ratón. Conmovido -pero además alentado- por esta carta, le escribí a Camdessus para que me ayudara a convencer a Henry Kissinger para que me permitiera publicar un libro que había escrito en base a sus Memorias (Los 10 mandamientos del buen gobierno según Henry Kissinger, El Cronista Comercial, 1991). Gracias a él, a Guido Di Tella (entonces embajador argentino en los Estados Unidos), o a los 2, lo cierto es que un mes después de enviarle la carta a Camdessus Kissinger terminó un año y medio de discusiones epistolares dándome el O. K. para la edición de mi libro.

[Reconforta saber que no soy el único al cual le importan las personas concretas.]

. . .

Por último, un par de detalles. A comienzos de 1976 comencé a usar la barba que todavía porto. Es la segunda de mi vida; la primera la usé desde comienzos hasta octubre de 1973. Me dejé la barba cuando, en un hotel de Río Cuarto en que hice noche, camino hacia las vacaciones a Monte Hermoso, localidad sita en el valle de Punilla, en el baño no había dónde enchufar la afeitadora; y me la quité cuando -durante el gobierno peronista- la situación se había puesto espesa para los barbudos; porque que a uno le peguen por sus ideas, vaya y pase; pero no por falta de identificación, a partir de señales externas que le resultan equívocas a quien tiene el garrote en la mano. La actual barba comenzó mientras era profesor en la Universidad de Boston, y no me la saqué durante el Proceso de Reorganización Nacional, porque sólo un claramente no sospechoso se atrevía a usar barba entonces.

[Ya que estamos hablando de pelo, aclaro que nunca me preocupa estar bien peinado. Un dibujo de Silvia Marmolejo, fechado en 1972, documenta que ya en ese entonces vivía totalmente despeinado en la parte de mi cabeza que nunca puedo ver en un espejo frontal.]

Casi simultáneamente con el uso de la barba abandoné la corbata por completo... salvo conferencias en el extranjero, almuerzos en el Jockey Club, el Club Alemán o el Centro Argentino de Ingenieros, o planteos familiares extremos. Cuando en Argentina me pongo corbata tengo que llevar documentos para que me dejen pasar. Usé corbata en diciembre de 1988, en la fiesta de graduación de mi hija menor, al no poder encontrar una buena respuesta cuando Cecilia me dijo: "Con tus amigos hacé lo que quieras, pero a mí no me hagas pasar vergüenza"; y también a comienzos de 1992 cuando, en la Universidad de Belgrano, le entregué a Any su diploma de psicóloga (¡y lo hice porque no me lo pidió!)<sup>3</sup>. Me pongo la corbata cuando tengo que hacer un breve discurso en el extranjero, porque no tiene sentido desperdiciar parte de los escasos minutos de que uno dispone para explicar -en inglés- por qué no uso corbata.

No uso corbata porque me molesta. Si por mí fuera viviría sin ropas y, como sustituto imperfecto, con ropas muy amplias, con muchos bolsillos. Carezco por completo del sentido de la armonía que "debe" existir entre los colores, el tipo o la estación, de las distintas prendas (con gran frecuencia mi mujer, o alguna de mis hijas, me atajan en la puerta del departamento, para que no salga a la calle "disfrazado". No puedo hacerles entender que no lo hago a propósito). Vicente Procopio, mi sastre desde hace más de 15 años -soy deforme, no puedo comprar de confección-, conmigo no se luce.

[Mi falta de elegancia le dio pié a Landrú para, a fines de 1978, designarme en Tía Vicenta "profesor adjunto cheto". A Juan Carlos Colombres (tal su nombre según su cedula de identidad) lo encuentro cada tanto caminando por Florida. Landru-humorista es genial, y Landru-persona es tan bueno y tan transparente, como sugiere el humor que cultiva. Nunca aceptó que lo entrevistara en mi programa de televisión... para conservar su rostro en el misterio.

En la tapa del 28 de diciembre de 1982 de El Cronista Comercial sugerí que fuéramos inteligentes. Dado el calor del momento, propuse que en vez de vestirnos como si estuviera fresco, obligando a gastar en aire acondicionado, nos vistiéramos como si hiciera calor. Seguimos siendo casi tan irracionales como hace una década (mi cuñado Pedro Lara observó que en Buenos Aires hay lugares donde, debido a cómo se utilizan el frío y el calor de los acondicionadores, ¡la temperatura es más elevada en julio que en enero!)]

Mi conocido fastidio por la corbata, que tanto le llamó la atención al periodista de Crónica que el 27 de setiembre de 1984 cubrió la reunión de la "Concertación" que tuvo lugar en el despacho de Antonio Troccoli, entonces ministro del interior, me ubicó en paridad con el mismísimo Humphrey Bogart en una de las columnas sobre publicidad que escribe Alberto Borrini ("Elogio de la corbata", La Nación, 18 de setiembre de 1989). Al terminar una conferencia el 31 de octubre de 1991, los empleados de Mendoza Refrescos S. A. me obsequiaron un cartón con una leyenda que dice "si conoceremos tus gustos", del cual cuelga una corbata; feliz ocurrencia que hoy adorna el escritorio que tengo en mi casa. Por último,

---

<sup>3</sup> También el 9 de mayo de 1998, cuando mi hija Cecilia María se casó con Jerónimo Mariani.

durante un almuerzo en el Plaza Hotel nos fotografiamos con Víctor Savanti, cuando era titular de IBM, el haciendo un gesto que sugiere su deseo de que compartamos la misma corbata. En una de las ceremonias de graduación del Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (CEMA) probé que todavía recuerdo cómo se hace el nudo.

[También, como no uso corbata, en Israel me siento muy cómodo. Hay mucha gente que usa corbata porque le gusta. Me parece sensacional. Lo que me parece un horror son aquellos (que son muchos) que usan corbata, aún con temperaturas muy elevadas, simplemente porque no se atreven a no usarla.

Afortunadamente, la obligación de uso del saco y la corbata se impone cada vez menos. Nunca olvidaré cuando, en el verano 1956-57, tuve que correr de ida y de vuelta las 6 cuadras que separaban el cine Edison de mi casa en Liniers, porque con mi mamá y mi hermano fui al cine a la tarde de un día de semana con mi flamante pantalón largo, pero sin saco ni corbata.]

. . .

Me gustan (sin que el orden implique preferencia) la música, las mujeres, comer, reír y hacer reír, que ocurra lo pactado, comenzar el día leyendo los diarios, tomar café, escuchar un buen chiste bien contado, volar y navegar, observar una ciudad conocida desde otra ventana, ir al cine, interactuar con los mozos y los peluqueros, volver al restaurante donde me atienden bien en vez de explorar uno nuevo, las pequeñas sorpresas, un auditorio lleno de gente lista para ser seducida, escribir (más que leer, donde demando que el tema me interese, que el texto esté bien redactado, y que haya sido publicado con un tamaño de letra "razonable". Leo biografías y testimonios, más que "planes de desarrollo", porque aprendo mejor qué es la vida a partir de los hechos ocurridos que de las conjeturas), escuchar historias, escribir y saludar con la mano derecha pero patear y atornillar con la izquierda, y que haya orden en mis papeles y mis libros.

No me gusta perder mi tiempo, ni hacérselo perder a los demás. Nunca hablo por teléfono ni paso por la oficina de alguien, sin tener un motivo concreto (nadie me llama, ni a nadie llamo, para ver "cómo estoy, cómo estás"). Me fastidia hablar con alguien que aparenta lo que no es, no sabe de que está hablando o por qué dice lo que dice, se va por las ramas (muchas de las conversaciones que mantuve con mi vieja fueron tensas por esta razón) o no estimula mi intelecto; y en cualquiera de dichos casos actúo de tal manera que en segundos mi interlocutor se da cuenta de la situación, y normalmente -por suerte- actúa en consecuencia. Compro lo que necesito, voy directamente a donde creo que lo venden, entro, lo compro y salgo (excepto libros); pero no me gusta "salir de compras" (rara vez acompaño a Any de compras, ni aún cuando estamos haraganeando en el extranjero).

Para lo que es la vida en la Tierra, me considero un tipo feliz, lo cual, en buena medida, es un resultado de mi lucha por mi felicidad.

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

2

## NIÑEZ

Soy porteño. Hasta que nos mudamos a San Antonio de Padua, a comienzos de 1960, viví en Ventura Bosch 6726, entre Tellier y el pasaje El Hornero, en el barrio de Liniers, a 6 cuadras de la Avenida General Paz y a otras tantas de la estación Liniers del Ferrocarril Sarmiento.

Vivíamos literalmente en una trastienda, detrás de la "Mercería Don Paco", propiedad de mi familia materna. Durante muchos años mis padres, mi hermano y yo dormimos en la misma habitación. Pequeño patio de por medio (14 baldosas de largo, por 8 a 10 de ancho) había un baño y una cocina. Para tener acceso a la calle se fabricó un corredor sobre uno de los costados del negocio, que remataba en un "lugar" de 2 metros por 3, donde estaba el comedor, que a su vez daba al patio. El baño no tenía agua caliente y la cocina tenía gas de tubos (el gas por cañería, que obligó a colgar canos de las paredes, llegó en algún momento de la década de 1950). Mi mamá lavaba la ropa con agua fría, a la intemperie.

14 escalones comunicaban la planta baja descripta con una pequeña terraza (que era el techo del baño y de la cocina), y 4 más, con una habitación de iguales dimensiones que el dormitorio familiar, que cuando yo era chico era el depósito de la tienda, luego fue transitoriamente dormitorio de mi tía Clara y de su flamante esposo Carlos, y por último dormitorio de mi hermano y mío. En una palabra, mi habitat eran paredes y poco espacio, sin verde ni sol.

En mi casa no había estufas ni ventiladores. En invierno cenábamos en la pequeña cocina, y en verano en el patio. En noches de calor, después de cenar nos sentábamos a la puerta de calle, y el "breve espacio" donde dormía se armaba al revés, de modo que mi cabeza quedara junto a la puerta.

[Eran las comodidades de la época, para una familia de clase media baja como la mía. Parecidas a las de la familia Oliveres, cuyo abuelo tenía la zapatería de Tellier y Palmar, y cuyo padre complementaba los ingresos matutinos trabajando hasta medianoche en la oficina que Entel tenía en Tellier casi Rivadavia. Por no ver que estaba abierta la tapa que había en la puerta de dicha oficina, a fines de 1956 conocí el Hospital Salaberry, donde me dieron un par de puntos en la rodilla izquierda, de los cuales todavía conservo la marca.]

Mi padre, durante mi infancia cobrador de la Sociedad Española de Asistencia para Enfermos, trabajaba la jornada completa de lunes a sábado, así como los domingos por la mañana. A mediados de 1955, a raíz de una hernia, no pudo seguir cobrando (en ese momento el cobrador iba casa por casa, por lo que aún hoy mi papá cita en orden las calles de barrios enteros, así como dónde terminan las secciones de los colectivos), y se dedicó a despachar correspondencia en la empresa DINIE. En el hospital donde lo operaron, quien ocupaba la cama contigua sobrevivió, mutilado, al bombardeo de Plaza de Mayo del 16 de junio de 1955. Antes de "recibirse" de jubilado, trabajó como portero en el supermercado Gigante.

Mi abuelo paterno, Candido de Pablo, era guarda de tranvía cuando en 1920 tuvo la mala idea de morirse. Se hizo guarda cuando "no dio más" una venta de cigarros que tenía en el conventillo donde vivía, en Perú y Carlos Calvo (las otras piezas eran habitadas por conductores de tranvías, vigilantes, changadores del ferrocarril, es decir, empleados bien bajos, pero no obreros... ¿A qué obrero se le iba a ocurrir vivir en Perú y Carlos Calvo?).

Al enviudar, mi abuela paterna, Florencia Vicenta, dejó de ser ama de casa para trabajar de lavandera en un hotel. Mi viejo, a los 11 años, ingresó como cadete en la juguetería Burlando (m\$N 25 mensuales por 9 horas y media diarias, de 8 a 9,30 y de 12,30 a 20, para poder seguir yendo al colegio, 6 días por semana). 7 años después, recomendado por la dueña de la juguetería, ingresó como empaquetador (en el buen sentido de la palabra) en la tienda San Juan, hasta que ésta se fundió en 1933. Un año después ingresó, con el mismo puesto, en la tienda La Piedad, hasta que en 1945 ésta también cerró sus puertas. La historia sigue, en combinación con mi tío Paco, con la cobranza de la Sociedad Española de Asistencia para Enfermos, de la que ya hablé.

[Nunca vi a mi papa desempleado, enfermo o con cabello. La historia laboral que acabo de reseñar muestra que, en ese plano, mi viejo nunca tuvo iniciativa... más allá de que su primera década de iniciativas debería haber sido la de la difícil década de 1930.]

Mi mamá repartía su tiempo entre las tareas de la casa y la atención de la tienda, sobre la que hablaré en detalle más adelante (es vox populi en mi familia que tanto mi hermano como yo sólo comemos algunos alimentos, porque como mi vieja también tenía que ocuparse de la tienda, no tenía tiempo para luchar con nuestras comidas). De grande me decía "cielo hermoso", y aunque lo negara sistemáticamente, fui su preferido (con todas las implicancias freudianas correspondientes).

La familia se juntaba para cenar, aproximadamente a las 8 de la noche. En círculo, y no en semicírculo, porque era la época de la radio y no de la televisión (la TV, en ese momento, era casi un "bien público", en el sentido de que quien la tenía solía dejar la ventana abierta para que los vecinos también pudieran ver). "Los tortolitos", el "Glostora tango club" y los "Pérez García", formaban de lunes a viernes una trilogía de programas imperdibles. La radio, por lo demás, se encendía los domingos por la tarde (tango y fútbol, mientras mi viejo se afeitaba) y las tardes, a eso de las 6 (Sandokán), pero sólo cuando estaba enfermo.

[Mis padres discutían con frecuencia, muchas veces a los gritos. ¿Me habrán tenido en sus brazos, alguna vez (además de en algunas fotos)? El único gesto "humano" que recuerdo es mi viejo tocándole la cola a mi vieja, cosa que en ese momento registraba, pero no con horror, y que ahora recuerdo con mucho cariño.

Si mis padres hubieran vivido, digamos, 3 o 4 décadas después; ¿hubieran permanecido juntos o se hubieran separado? Que difícil es, "de afuera", saber que es lo que realmente ocurre dentro de un matrimonio.]<sup>1</sup>

. . .

En mi casa nunca faltó la comida, pero había poca plata para lo demás. Los paquetes de figuritas se compraban de a uno; los helados eran de los más chicos -los de m\$N 0,40-, salvo el día de mi cumpleaños, en que como era de m\$N 0,80 podía ser de 2 gustos (mi mundo económico era el de las monedas, que eran de 5, 10 y 20 centavos, en un país donde el billete de mayor denominación era de m\$S 1.000 -la "fragata", por la viñeta que había en su reverso); a la peluquería iba una vez por mes, y mientras mi mamá ordenaba "bien corto" yo rezaba para que me quedara algún cabello en la cabeza (el atractivo de la peluquería era leer Patoruzú); y como mi vieja sabe coser y tejer la ropa se hacía en casa (cuando "me pusieron los largos", para mi cumpleaños de 1956, el único traje -marrón-, así como uno de los 2 pantalones, eran de invierno... a pesar de ser noviembre). Sabía de la existencia de Billiken, pero en casa no se compraba. Tuve remociclo, y a mediados de la década de 1950 se me dio por coleccionar estampillas, lo que me hizo frecuentador de la casa del Sr. Alberti, así como de los remates que se llevaban a cabo en Timoteo Gordillo al 400, los domingos por la mañana (me daban m\$S 5 por domingo, con la consigna de no gastar más de m\$S 3); todavía tengo el álbum de sellos en mi casa. Conservo las fotos usuales: de bebé (pero no sobre el almohadón), el primer día de clases, la primera comunión, etc.

[A la luz de estas carencias materiales, destaco qué se esperaba de mi obediencia absoluta y en términos literales. Cuando cumplió años mi compañero de primaria Regalbuto, mi vieja me dejó en su casa con la siguiente consigna: "No salgas de aquí que yo te vengo a buscar". En medio de la fiesta la madre de Regalbuto decidió regalarle un helado a cada uno de nosotros,

---

<sup>1</sup> Fallecido mi padre, encontré una carta que le envió a mi madre, muchos años después de haberse casado, donde sugería que el "fuego" continuaba. Como digo, a los de afuera de cada matrimonio les faltan muchos datos para opinar con fundamento.

para lo cual nos dio plata para que fuéramos a comerlo a la heladería. Me perdí el helado, porque no tenía permiso para salir.

En las comparaciones a largo plazo, junto a las modificaciones del ingreso real hay que tener en cuenta los cambios en los precios relativos, producto del cambio tecnológico. El reloj pulsera, la radio y la cámara de fotos, son bienes cuya disponibilidad aumentó considerablemente, no sólo (¿no principalmente?) porque se elevó el ingreso por habitante, sino porque el cambio tecnológico abarató significativamente su precio relativo.]<sup>2</sup>

Un año en que la economía familiar no debía andar muy bien, en mi casa se corrió la bolilla de que "este año parece que Papá Noel no viene". A la noche del 24 de diciembre me escondí detrás de un mueble que había en la mercería, para escribirle a Papá Noel pidiendo lo que quería. No vino.

[No recuerdo haber hecho notar esto públicamente. ¿Es que no recuerdo o que no lo hice notar? Para no ofender, se confunden los términos. Cuando alguien quiere referirse a los que tienen poca plata, alude a "los humildes". No es así. Los que tienen poca plata son pobres, sean o no humildes. En mi familia, particularmente del lado materno, el más humilde pretendía ser rey de España.]

Las limitaciones económicas de la familia tornan más valioso el hecho de que, al mes de haber nacido yo, mi tío Paco me abrió una cuenta en la Caja Nacional de Ahorro Postal, con un depósito de m\$50. Que eran u\$s 12,50 en aquel momento, y serían u\$s 120 hoy (1990).

[El 70% de lo que mi familia ahorró en dicha cuenta se lo llevó la inflación. El cálculo aparece en: de Pablo, J. C.: "Con nuestros hijos no nos metamos, por favor", Escritos seleccionados, 1981-88 (Macchi, 1989). Las implicancias de este hecho sobre las pautas de ahorros de los actuales niños, tanto de su monto en su canalización entre destinos alternativos -principalmente en dólares-, son obvias... y desgarrantes.]

"Salir" de vacaciones implicaba no tener que ir al colegio o al trabajo; en mi barrio, de vacaciones se iban los otros... y muy pocos de ellos.

La administración financiera estaba a cargo de mi madre, cosa que hacía y hace con notable eficiencia (hecho que siempre le llamó la atención a Guillermo Lladó, mi primer empleador). Cuando a los 15 años comencé a trabajar, le entregaba el sueldo a mi mamá, y luego le pedía para mis gastos (¿cuánto había de administración financiera y cuánto de control familiar?). Pero, en el nombre de la necesidad, se le iba la mano: cuando el 8 de diciembre de

---

<sup>2</sup> El economista norteamericano William Baumol explicó que mientras el jabón se fabrica ahora de manera muy diferente a como se hacía hace un par de siglos, la Quinta Sinfonía de Beethoven se ejecuta igual que el día en que se estrenó. Por lo cual, a lo largo del tiempo, aumenta el precio relativo de la música en vivo, con respecto al de las mercaderías.

1951 tomé la primera comunión todos me regalaron dinero, con lo cual me compró... una frazada (en la "Mercería Don Paco", supongo).

[Por eso, independientemente de las necesidades familiares y personales, a los chicos nunca les regalo ropa. Regalo juguetes, salidas o viajes.]

Me enseñaron a cuidar tanto las cosas, que a veces terminaba por no utilizarlas. A los libros que me regalaron los "mimaba" más que leerlos, y cuidaba de no herirlos cuando los abría, temiendo que se rompiera la encuadernación; de subrayarlos y/o marcarlos, ni hablar. Una vez me regalaron un paquete de serpentinas; sólo me atreví a arrojar una... ¡y me tomé inmediatamente el trabajo de enrollarla nuevamente! Es el día de hoy que veo destruir algo en una película y sufro.

[Como se ve esto es muy anterior, y en consecuencia independiente, del hecho de que soy economista.

Sobre la cuestión de la utilización de los libros, dado lo que acabo de relatar me resultó liberador que Guillermo Federico Walker, mi profesor de historia económica en la Universidad Católica Argentina, me enseñara a hacer todo lo que hay que hacer con los libros para que estén al servicio de uno. Como cortarlos por el lomo en 3 partes, en el caso de las Memorias de Kissinger.

La otra cosa que aprendí -sorprendiéndome mucho cuando lo escuché- del profesor Walker, es que uno no termina de estudiar cuando se gradúa en la universidad. Fue cuando rechazó dar un curso adicional, preguntándole a quien le hizo el ofrecimiento: ¿Y yo cuando estudio?]

También me regalaron juegos de damas y de ajedrez, y con mi abuela materna aprendí a jugar a la escoba de 15, entretenimiento que, por otra parte, sirve para agilizar la mente desde el punto de vista aritmético. Sé jugar, además, dominó, truco, tatetí, ruleta, bolitas, figuritas, metegol, ping pong, fútbol, tenis, softball y, si me explican las reglas, puedo llegar a jugar a cualquier cosa.

[Pero, como expliqué, los juegos, sobre todos los de desarrollo prolongado, me aburren. Nunca fui al hipódromo, no juego a la lotería, al prode ni a la quiniela.]

Mi sueño infantil y adolescente, tener una bicicleta, sólo se concretó cuando cumplí 15 años... y era una bicicleta usada; que cuando don Julio, el camisero que trabajaba con la mercería, por razones de salud, tuvo que venderla (la operación fue "secreta", pero, por accidente, descubrí la bicicleta guardada en el cuartito de la casa que mi tía Clarita tenía en San Antonio de Padua). Después soñé con una moto, pero no con la misma intensidad; y cuando me la pude comprar, ya no me interesaba.



[Por esta razón, me "llegó" la descripción que de un aspecto de su infancia hizo Nicholas Georgescu-Roegen en "Un emigrante de un país en vías de desarrollo" (Banca nazionale del lavoro, 164, marzo de 1988, sintetizada en mi Economía: ¿una ciencia, varias... o ninguna?, Fondo de Cultura Económica, 1994). En sus palabras: "Mis padres tenían un ingreso decente, aunque en algunos años resultara escaso. No podía andar en bicicleta; para el ingreso de mis padres, una bicicleta era el equivalente a un Cadillac de oro".

En la cuestión de la bicicleta, no solamente las carencias económicas me jugaron una mala pasada. En Liniers una de mis tías tenía bicicleta, pero a mi tío se la robaron cuando la dejó en la puerta de la casa de un carpintero. La que tenía mi tío estaba en su casa de San Antonio de Padua, y justo fui a nacer en la época en que, por falta de espacio, prohibieron llevar bicicletas en los furgones de los trenes urbanos.]

Ni iba a jugar a la casa de otros chicos, ni ellos venían a jugar a la mía. Por ser vecino, los 6 de enero (¿o fue sólo un 6 de enero?) podía entrar en el patio delantero de la casa contigua a la mía, donde vivía la familia Borda. Ese día armaban para Héctor un fabuloso tren, que el resto de los pibes del barrio tenía que mirar por detrás de la reja. Héctor, de notable facilidad para el piano, terminó dedicándose a la música. Al lado de la familia Borda vivía la familia Carreras, de la que por razones de edad a quien más recuerdo es a Carmen (con quien en 1992 tuve un dialogo telefónico, que prometimos continuar... pero todavía no lo hicimos).

[Recuerdo haber jugado de chico a arrimar figuritas a la pared, y a las bolitas, pero para esto último había un problema "técnico": en Ventura Bosch la vereda llegaba hasta la calle; consecuentemente, la única tierra que había para armar una cancha de bolitas era la que rodeaba a los árboles. No como en Tellier... cuando era angosta. No habiendo practicado de chico, no podría hoy presentarme al programa de Sofovich para jugar al balero.]

En la comunión de una vecina, cuando yo tenía 7 años, me emborraché por única vez en mi vida. Como no me gustaban los sólidos que se ofrecían, me concentré en los líquidos... debido al calor reinante, supongo. Cuando mi papá me vino a buscar, a la tardecita, me tomó de la mano porque, en vez de enfilarse para casa, tomé decididamente en sentido contrario. Me acostaron; presumo que ese día les di a los viejos tema de conversación, pero a mi me dio mucha vergüenza (que revivió cuando un 24 de diciembre de comienzos de la década de 1960, al subir a un tranvía para regresar a casa, vi que a mi papá lo acompañaba un compañero de trabajo, porque había tomado alguna copa de más).

[Ahora recuerdo ambos hechos con simpatía, pero en los 2 momentos me sentí muy mal.]

Algunos domingos por la tarde mis padres nos llevaban a las hamacas, los toboganes y los pasamanos que había en Ventura Bosch y General Paz; y de tanto en tanto a una calesita instalada a una cuadra de la estación Flores (de chico yo creía que uno se sacaba la sortija

cuando era más vivo que el calesitero; cuando llevé a mis hijas a la calesita aprendí cómo maneja el calesitero la sortija), y a la fuente circular en que remataba la avenida General Paz, al encontrarse con la avenida del Libertador. La salida era ir al cine Real (como dije, no había televisión en Argentina en aquella época), entonces dedicado a cortos infantiles, ver el programa íntegro 2 veces, luego quedarnos parados a la puerta de la confitería Cabildo, sita en Corrientes y Esmeralda, que tenía orquesta pero a la que no podíamos acceder por razones económicas, para terminar comiendo pizza en Las Cuartetas, de pie, mientras veíamos subir y bajar el montacargas que trasladaba los tachos con mozzarella. Con mis padres también conocí el Zoológico, la Boca y Luján.

[Quien hoy (1991), con una edad como la mía, pasa por Corrientes y Esmeralda, no puede dejar de añorar el pasado. La referida confitería luego fue banco y hoy es... un terreno baldío. Y también está vacía la esquina que da, precisamente, al cine Real, que hoy se pasó del otro lado en materia cinematográfica.]<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Como consecuencia del aumento del parque automotor, tanto el baldío como el cine Real se convirtieron en estacionamientos.

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

3

### PARIENTES

Mi abuela, con sus hijos solteros (el referido Paco, Clara -"Clarita"- y Josefina -"Pepita"-), vivía a media cuadra de nosotros; y encima, junto con mi madre, los 3 hermanos atendían la mercería. Consecuentemente, la relación con ellos era continua.

[Demasiado continua, me permitiría afirmar con ojos actuales, desde el punto de vista del desarrollo de adecuadas relaciones entre la familia nuclear de mis padres y la "sobre presencia" del resto de la familia de mi madre.]

Mi abuela era propietaria de una de las denominadas "mil casitas". Su vivienda era una que pertenecía a ciertos conjuntos habitacionales construidos (creo) por la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires en la década de 1920 en varios barrios de la Capital (en Flores sur, así como en Villa del Parque, hay otros). Calificadas como "casitas económicas", en su versión original constaban de 4 amplias habitaciones (2 en planta baja, 2 en la alta), más una piecita en el descanso de la escalera, además de baño y cocina. La casa de mi abuela, sita en el pasaje El hornero 258, tenía fondo "de los grandes".

[La familia compró la casa usada, pero con transferencia del crédito original. Según le escuché a mi madre un día, en algún momento de la década de 1930 en el barrio se corrió el rumor de que, por no sé qué razón, había que dejar de pagar. Mi abuelo dispuso depositar las cuotas en una cuenta de ahorros, hasta que la cuestión se aclarara. Cuando se aclaró y hubo que ponerse al día con los pagos, mi abuelo lo pudo hacer... ¡pero otros vecinos tuvieron que mudarse, al no poder hacer frente a los compromisos! Hermoso contraejemplo para los críticos de la equivalencia ricardiana, pero fundamentalmente testimonio de una forma de ver los compromisos.]

Marta fue la única abuela que conocí; de su esposo he visto fotos; de mis abuelos paternos, ni eso (en mi casa de Flores mi tío Tito, primo de mi viejo, un día se puso a hablar de mi abuela paterna, señalando que había sido "brava". Nunca más se presentó la oportunidad de hablar con él del asunto. Mi padre nunca habla de los suyos, porque como dije a sus padres no los conoció excepto de niño). De mi abuela Marta recuerdo su físico menudo; que cuando dejó de vivir en Liniers rotaba entre las casas de sus hijas (mi hermano Oscar sufrió esto más que yo, porque me casé en 1966); que una vez me dio a comer manzana -sabiendo que a mí no me gustaba- porque le pedí que me convidara lo que estaba comiendo a la puerta de su casa, creyendo que era queso (¡malvada la vieja!); y que cuando en la casa de mis padres en San Antonio de Padua le hice un gesto a mi mujer, para indicarle que teníamos que irnos, ella interpretó que lo que yo quería decir era que se estaba muriendo y, mirándome fijo, me dijo: "Ya te va a tocar". Desde que a mediados de 1968 volví de Harvard, y hasta que falleció 3 años después, no cesó de preguntarme "cómo anda la tesis", tema sobre el que hablaré más adelante.

Mis otros 2 tíos del lado materno son Ramón y Mariano. Ramón era sacerdote salesiano y consecuentemente lo veía muy de tanto en tanto (lo vi de traje, y no de sotana, durante la persecución religiosa de 1954 y 1955, lo cual me causó impresión). Mi tío cura sabía mucho latín y música, pero decidió especializarse en enfermos graves, para lo cual se consiguió una especie de armónica grande, con la cual iba a los hospitales a acompañarlos, consolarlos y divertirlos (de salud precaria, al hablar con los enfermos sabía de qué estaba hablando). Que sabía mucho latín me enteré en 1971, leyendo el obituario preparado por Mario T. Lario, director del colegio de Bernal, último destino (antes, según mis recuerdos, había estado en Alta Gracia, Urubelarrea, General Pirán, San Isidro y Mar del Plata)<sup>1</sup>.

[Su visión del mundo debía ser terrible. Un día conversando sobre algún tema de noviazgo, en compañía de Ana María, entonces mi novia y ahora mi esposa, sentenció: "hay que tener cuidado porque con agua bendita y Tierra Santa se hace barro".]

Con Mariano, su esposa Aída, y mis primos Roberto y Osvaldo, la relación tampoco fue fluída porque entre los hermanos (Mariano por un lado, el resto por el otro), en algún momento y por razones que todavía no tengo claras, se pelearon, y de ahí en más los contactos, esporádicos, siempre fueron tensos. Nunca me preocupé en averiguar qué pasó. Ahora, cuando todos los protagonistas que viven tienen más de 70 años, se están reencontrando... dicen.

En cambio la relación con Paco, Clara y Josefina fue cotidiana. Los grandes subestimamos la importancia que cada uno de nosotros, cuando somos chicos, le damos a los "pequeños" gestos. Con mi tío Paco (quien me apodó "Felipe", porque por aquellos años comenzaba a hacerse famoso Luis Sandrini), por ejemplo, conocí por dentro la cancha de Vélez

---

<sup>1</sup> En 2009 me encontré con alguien que lo conoció y me contó que le había pedido que le consiguiera oraciones como el Padrenuestro o el Avemaría, en inglés, francés, etc., para leérselas a los enfermos que no entendían castellano. ¿Pero si usted no lee ni inglés ni francés? "Vos conseguímelas, que yo me voy a arreglar". Impresionante.

Sarsfield, club del cual soy simpatizante por razones geográficas. Un domingo por la tarde -no puedo precisar el año, pero sí recuerdo que estaba en la escuela primaria- mi tío vino al negocio para "hacer la vidriera". Como la actividad no le pareció excitante, la dejó a medio hacer y me llevó al fútbol. La cancha de Vélez estaba donde está ahora, pero la conocí de color gris, como había sido inaugurada en abril de 1951, antes de la remodelación del Mundial de 1978. Fuimos a la popular. Todo resultó espectacular, excepto que el partido terminó cero a cero. El grito colectivo del gol recién lo escuché cuando mi papá me llevó a ver Boca-Vélez en la cancha de Boca. Ahí escuché bien fuerte el espectacular grito que genera el gol... lástima que fuera por uno de Boca. Con Paco también tomamos un día un colectivo para ir hasta el Autódromo, y una vez vimos títeres en el centro.

En algún momento de la década de 1940 la familia materna compró en San Antonio de Padua un terreno de 20 metros de frente por una cuadra de largo (con frente sobre Entre Ríos, y fondo sobre San Luis). Dicen que ayudé a plantar los pinos que "hacían guardia" a lo largo de la entrada, manteniéndolos verticales mientras Paco rellenaba con tierra lo que sobraba del agujero. Si recuerdo, desde Entre Ríos 50, haber visto pasar el ferrocarril, lo cual hoy es imposible porque ya no hay terrenos en la zona; y haber acompañado a familiares hasta el almacén de Mazzotta, ubicado en Hortiguera y Rivadavia, poseedor del único teléfono disponible por ser el último teléfono de Ituzaingó... cosa que no me disgustaba, porque en la entrada del almacén había hamacas.

A comienzos de la década de 1950 volaron el piletón y el quincho de paja que había encima de él, para construir una casa de fin de semana (financiada con un crédito del Banco Hipotecario Nacional, que durante varios años fui a pagar, con una frecuencia semestral, al viejo edificio del banco, portando las libretas grises en que se asentaban las operaciones). Pocos años después se construyeron 2 casas sobre el fondo, por lo que la propiedad dejó de tener salida a San Luis (¿por qué se vendieron, en vez de guardarse para el resto de la familia?). La iluminación era con tubos fluorescentes. Como la crisis eléctrica hacía caer la tensión, y cuando se necesitaban los tubos no prendían, había que encenderlos a media tarde. La radio portátil no existía, y la que se enchufa sencillamente no se escuchaba.

[La crisis energética continuó hasta la primera mitad de la década de 1960. A comienzos de dicha década, a las 10 de la noche, en Padua, yo repasaba mis apuntes de la Universidad, alumbrado con una bombita de 110 voltios enchufada a la red de... ¡220 voltios!]

Cuando era pibe, de Paco en San Antonio de Padua recuerdo 2 hechos: cuando un día, sin avisarle, acepté la invitación de una vecina a tomar la leche; cuando me encontró me pegó 4 cachetazos (reflejo, lo pienso ahora, del terror que le agarró al no encontrarme). Debe haber sido la única vez en la vida que me pegó. Y un domingo a la noche, cuando por alguna razón se tuvo que quedar en Padua y en vez de regresar con el resto de la familia me quede con él, a la hora de la cena me preguntó qué quería comer. Sin dudar un instante contesté: "un montón de papas fritas, con 2 huevos fritos encima". Preparó todo y cuando lo puso delante de mí, tal debió ser mi cara de satisfacción que exclamó: "francamente, no sé qué le ves" (para él la única

manera posible de tomar café era cuando hervía, y haciendo ruido al absorberlo mientras se pelaba la lengua).

Me puse de novio a los 20 años. Al salir de misa un domingo mi tío Paco se me acercó, y me aconsejó que yo era muy joven para un compromiso formal. Sin que le dijera nada, agregó: "tampoco hagas como yo", lo cual se explica porque, luego de un corto noviazgo, se casó con Marcelina Bruna ("Chocola") Folkenand, una tía que de grande estoy "captando",... ¡a los 48 años! María del Pilar ("Pilarín"), su hija mayor, inauguró la nueva generación de primos -a esa edad, más de 10 años de diferencia son una eternidad-, luego incrementada cuando llegaron al mundo su hermano Francisco ("Panchis") y sus primos Juan Ramón (hijo de Clara) y Manuel (hijo de Josefina). Lo escuché atentamente, pero seguí de novio y me casé con quien entonces era mi novia.

Más que de mis tías recuerdo anécdotas de sus maridos. Con Gumersindo ("Carlos") Conde, esposo de Clara, aprendí a... fumar. Mi primer reloj pulsera fue el suyo, cuando él se pudo comprar otro; y además "los Conde" financiaron mi primera visita al Parque Retiro (parque de diversiones que estaba ubicado donde hoy está el hotel Sheraton) junto Raúl Riano, un compañero del comercial, cuando en diciembre de 1958 terminamos de dar los exámenes de dicho turno correspondientes a cuarto año libre (tema sobre el cual voy a volver más adelante). Carlos es el único lector ferviente de La razón que conocí en la vida, además de ávido consumidor de novelas de cowboys.

Celedonio ("Cele"), esposo de Josefina (la última en ser "ubicada" en el mercado matrimonial), entonces socio del Piamonte, un bar, restaurante y hotel ubicado en Ameghino 765, Zárate, en un par de ocasiones me invitó a pasar algunos días de vacaciones en su casa (la segunda de ellas en compañía de mi amigo Jorge Deluccio). Ayudar en un bar -en mi caso, hacerme cargo de la caja, además de aprender a "tirar" cerveza- resultó mucho más divertido que hacerlo en una mercería, entre otras cosas porque había "canilla libre". En días de calor las mesas se sacaban a la vereda, y como ésta era angosta también se ocupaba parcialmente la calle. Cuando un inspector ingresó en el Piamonte para indicarle a mi tío que no podía hacer eso, Celedonio le respondió: "Pero como no voy a poder si yo colaboro con la cooperativa de los bomberos" (sic).

En su Ford 34 (¡con volante a la derecha!) aprendí a manejar autos, siguiendo sus indicaciones y las de sus sobrinos, Manuel ("Manolo") Iribarren y Virgilio Alonso; primero en lugares apartados, como el camino que lleva al cementerio, y luego en la propia ciudad. Cada mediodía caminaba 9 cuadras -las que separaban la casa de mi tía del restaurante de mi tío- para manejar 9 cuadras; número que aumentó a 15 cuando mi tía se mudó. Recién obtuve el registro de conductor una década después, cuando en 1969 compré mi primer auto. En Zárate también aprendí a ir al cine sólo, a tomar cerveza y a tener que decidir qué hacer en la próxima hora (a fines de la década de 1950 Cele tenía más plata que mis otros tíos, pero siempre me quedó la impresión de que su generosidad derivaba de su "pasta humana" más que de su riqueza).

[Mamé la libertad, con alternativas que a mi edad actual resultan risibles, pero que en aquel momento eran muy importantes. Creo que, por primera vez en mi vida, sentí que me dejaban hacer algo.]

. . .

Como dije, la geografía y el comercio ayudaban a que con porciones de mi familia materna la relación fuera continua. Del lado paterno, en cambio, la relación familiar había que fabricarla. A mi padrino de bautismo, mi tío Faustino (único hermano de mi padre) lo vi pocas veces. Separado a poco de casarse con Mercedes, y padre de Gloria, siguió viviendo -como cuando, con mi viejo, eran solteros- en un conventillo del centro; y en la década de 1940, desde el centro de Buenos Aires, ir a Liniers era como ir a Singapur.

Más relación teníamos con mi tío José Vicente ("Tito"), primo de mi papá. Una tarde dominical cada tanto (cada mes seguro, recuerda mi viejo), su "casa chorizo" de Pillado 870, en Flores, era sinónimo de juntarme con los juguetes de mis primos Carlos, Alberto y Eduardo (más y mejores que los míos); música (él tenía un "combinado", nosotros no); las incesantes humoradas de su hermano Fernando ("Nando"), quien vivía en la parte de atrás de su casa; la estridente (pero no molesta, al contrario) sonrisa de su bella mujer, y la presencia de la abuela Emma, madre de Tito y de Fernando. Elvira, la esposa de Tito, era el blanco preferido de las humoradas familiares... además de una excelente persona.

[Volviendo una vez de Flores, de Pillado o de la calesita, nos desencontramos: mi mamá y yo por un lado, mi papá y mi hermano por el otro. Con mi vieja caminamos varias cuadras hacia Caballito. Cuando se dio por vencida, le pidió plata a un vendedor de diarios (porque no tenía ni un centavo en el bolsillo). Tomamos un tranvía hacia Liniers, y cuando pasamos por Rivadavia y Pedernera vi que mi viejo había parado a mi hermano sobre uno de los buzones de la época, redondos, colorados y bien robustos. Bajamos en la siguiente parada. Nos reencontramos y volvimos a devolverle la plata al vendedor de diarios.]

En Pillado viví algunos días en 1961, durante el conflicto ferroviario, para no tener que volver a San Antonio de Padua. Y allí fue claro que ser alto tiene sus problemas, sobre todo cuando uno utiliza camisas de manga larga. Elvira, luego de lavarme la camisa, la tendió como corresponde, es decir, prendiendo con broches la parte de abajo, de manera que las mangas colgaran. El perro de la familia destrozó las mangas, cosa que nunca pudo hacer con el resto de los habitantes de la casa, de altura normal.

Pero así como la libertad estaba asociada con Cele, la alegría lo estaba con mi tío Simón, primo de mi viejo, pero del lado materno (por eso su apellido es Ros). Simón vive en Colegiales. Durante mi niñez trabajaba en Phillips y complementaba sus ingresos prendiendo y

apagando las luces de la calle, en el barrio donde vivía (para lo cual realizaba cotidianas caminatas, girando llaves que estaban en cajas negras empotradas en las paredes).

De las visitas (1 o 2 por año como máximo) a la casa del tío Simón recuerdo, además de que había una bicicleta, que él tenía permanentemente buen carácter (fenomenal diálogo con su esposa María Esther, con sus hijos -Elsa, Horacio, Lidia y Osvaldo-, y con todos los que íbamos a las reuniones, entre los que recuerdo particularmente a su hermana Angélica, una persona muy fina y circunspecta, que nunca se casó, y que por el color de su piel tomaba sol en Groenlandia), y que el menú -invariablemente- se componía de una rodaja de peceto más bien seco y pastas. Permanentemente le preguntaba a mi papá "cómo es que Juan Carlos no se dedica al básquet", dada mi altura, como lo hacía su hijo Osvaldo en el club Villa Crespo. Como buen sordo, Simón hablaba fuerte.

. . .

La dinámica de la vida, las mudanzas, los centros de interés, los fallecimientos, etc., cambian la frecuencia e intensidad de la relación con los parientes ("Chocola" lo intuyó, porque en el entierro de mi vieja me dijo "no nos separemos"); pero, sin que ello resulte sorprendente, cuando alguna circunstancia nos junta (con Elsa Ros, al utilizar simultáneamente, por pura casualidad, el hotel Plaza de Mendoza), toda la historia se reaviva de manera instantánea. En particular me apena el hecho de que no siempre resulta fácil devolverle a quien te dio (con qué gusto me iría con Paco, o con Cele, a recorrer su España natal, pero en un caso es imposible y en el otro, cada vez más difícil), porque también en el plano de los parientes la vida es una cascada: recibís de algunos, le das a otros.

[No tuve tragedias personales ni familiares. Mi abuela, así como mis tíos Faustino y Ramón, murieron en 1971, cuando yo contaba 28 años. Paco falleció en 1980 (cuando él murió, mi mamá -repito, su hermana- "enviudó"). Mis padres viven, así como mi suegra, y recién en 1990 falleció mi suegro.

Las enfermedades, con la excepción de una fuerte pero transitoria de mi tía Josefina, en mi familia nunca fueron ni muchas ni de consideración. A mi sólo me operaron de apendicitis, en el verano de 1963-64, y no visito a mi médico, Rubén A. Lanosa, desde hace más de una década. No conozco la desaparición física, las separaciones matrimoniales, las infidelidades toleradas, etc. En mi familia no hay borrachos, drogadictos, vagos con título, etc. No sé lo que es tener a la esposa, o alguno de los hijos, al borde de la muerte o cosas parecidas.

Me asaltaron en la puerta de mi casa, cuando regresaba con Cecilia luego de pasar por la sucursal Flores del Banco de Boston, a mi regreso de Finlandia; entraron ladrones en Paez un verano, mientras estábamos en Mar del Plata; también entraron en mi oficina, y se llevaron sólo algún dinero en efectivo; me robaron 4 ruedas de autos y una docena de pasa casetes. No es para ponerse contento pero, a la luz de lo que le ocurrió a otros, es para enfurecerse... circunstancialmente.].

. . .



Con esta parte de la obra escrita, el 10 de marzo de 1991 falleció mi madre. Si yo hago las cosas a mi manera, mi vieja no era de quedarse atrás. El sábado 9, como de costumbre, se fue a la cama a eso de las 10,30, después de pasar un día absolutamente normal (por casualidad, ese mediodía habíamos hablado por teléfono, combinando para mi habitual visita dominical).

Sintiéndose mal, se levantó de la cama, caminó los 5 metros que la separaban del teléfono (nunca quiso que le hiciéramos una extensión para hablar desde la cama), llamó a la ambulancia, llamó a su cunada, abrió la puerta de calle, y volviendo a la cama le dijo a mi papá que se vistiera.

Sin entender mucho, mi viejo comenzó a vestirse y vio entrar médicos, que lo sacaron de la habitación. Una hora después, víctima de un doble infarto, mamá murió.

Durante los 6 meses siguientes mi padre vivió ininterrumpidamente en mi casa (ahora lo hace en un geriátrico)<sup>2</sup>. Algún día contaré el resto de esta intensa, por momentos emocionante y por instantes dramática, parte de mi historia. Pero por si no tengo oportunidad de hacerlo, adelanto lo siguiente: antes de esa hora de prueba, sospechaba que mi mujer y mis 2 hijas eran una maravilla: ahora lo sé.

Muchos tomaron contacto conmigo cuando murió mi vieja. No era fácil enterarse un domingo, y menos aún, ir hasta San Antonio de Padua. José Luis Blanco, Elsie y Miguel Broda, Aldo Gosso, Guillermo Lladó y Nestor Scibona, entre otros, "estuvieron ahí" en esa ocasión tan particular, y Cuello también hubiera estado de haber sabido a tiempo que en Merlo hay más de un cementerio (Enrique Szewach me reemplazó en Momento economico el lunes 11). Además de los que mencioné, recibí cartas o llamados telefónicos de las siguientes personas, a quienes me propuse escribir y todavía no lo hice: Rodolfo Aja Espil, José A. Allende, Miguel Angel Arrigoni, Ernesto Badaraco, Carlos y Silvia Balter, Rubén E. Beraja, Julio Berlinski, Jorge Brito, Roberto J. Bulit, Hugo A. Burdman, J. Roberto Cantón, Eduardo Capece, Javier Cardozo, Ana María Claramunt, Roberto M. Cufre Watson, Liliana Devesa, Carol Duck, Peter Edwards, Victor J. Elías, Diego Estévez, Roque B. Fernández, Rogelio Frigerio, Juan Carlos Frois, Ramiro Furtado, Alberto G. Galkin, Javier García Labougle, Gerardo R. Gargiulo, Rosy Glykman, Roberto Gonzalez Blanco, José María González Eiras, Ignacio A. González García, Rafael Gurovich, Enrique Herscher, Egidio Iannella, E. Juan Koppany, Marcos Kremzar, Adalbert Krieger Vasena, Alicia y Jorge Labarthe, Emilio Lentini, Juan José Llach, Guillermo Adrián Lladó, Jorge López, Ana María Luro, Raúl Macchi, Ana María y Rolf Ricardo Mantel, Enrique S. Mantilla, José Luis Martínez Errazu, Familia Marsó, Ricardo Mase, Mario T. Marzana, Cleo Laura Miguel, Saul Mirsky, Leonardo Moneret, Saturnino Montero Ruiz, José Luis Nellar, Julio H. G. Olivera, Esteban Onofri, Aurelio Palacios, José Palma, Jorge Prandi, Rodolfo Raffo, Marta Ramos, Susana E. N. de Ressia, Claudia y Osvaldo Retondaro, Carmen Rivero, Enrique Szewach, Manuel R. Sacerdote, Héctor Siracusano, Walter Sosa, Alberto M. Spolski, Ofelia y Mario Szalkowicz, Carlos Tacchi, Mario Teijeiro, Juan Alejandro Tobías, Omar C. Trillo, Jorge Reinaldo Vanossi, Marcos Victorica, Ernesto Vilán, Guillermo Viticcioli, Diego Yofre, Mauricio Wajchman, Jorge Wehbe y Victor Zamboni,

---

<sup>2</sup> Falleció el 18 de mayo de 1996.

También San Antonio de Padua tomó contacto conmigo. Estuvieron quienes había conocido de muchacho, pero también muchas personas que fueron a despedirse de mi vieja, habiendo charlado con ella, normalmente, horas antes de su fallecimiento, y a quienes yo no conocía por haberme mudado de allí más de 15 años antes.

La Cámara Argentina de Casas y Agencias de Cambio (CADECAC) tuvo una feliz idea, que recomiendo imitar: en vez de enviar una ofrenda floral, hizo una donación -a nombre de mi madre- a la Asociación Síndrome de Down de la República Argentina (ASDRA).

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

4

### MERCERIA DON PACO

Hablé de mi casa, en la trastienda; es hora de que hable de la tienda. Cuando en 1927 mi abuela materna se cansó de fregar en un edificio de la Sociedad Española, donde mi abuelo trabajaba como cobrador, "los Valero" se mudaron a Liniers. A fines de 1934, y "para que las mujeres tuvieran un porvenir", según pontificó mi tío Paco, abrió sus puertas la Mercería Don Paco, en la calle Ibarrola. A comienzos de la década de 1940, en remate judicial, en 100 cuotas fijas en términos nominales se compró un local en Ventura Bosch 6728, donde funcionaba una carnicería. Se refaccionó, se mejoró la vivienda que había atrás y se construyó un departamento encima del negocio, para alquilar.

[La iniciativa la tomó mi tío, en vida de mi abuelo. Sospecho que eso de que "Francisco fue un padre para nosotras" -que tantas veces les escuché tanto a mi madre como a mis tías- comenzó mucho antes de que mi abuelo (también Francisco) falleciera... y no habla muy bien de él.]

Físicamente, la mercería era un negocio de entrada única, ubicado entre 2 vidrieras de igual tamaño. De noches éstas se protegían con persianas metálicas, que se subían y bajaban con cintas; la persiana metálica de la puerta se subía y se bajaba a mano, y se aseguraba por dentro con 2 ganchos horizontales (todas las referencias que siguen se hacen desde la puerta de entrada, mirando hacia adentro). Traspuesta la puerta de vidrio, que tenía un paño que les impedía a quienes estaban afuera ver qué ocurría adentro, pero no viceversa, se accedía a un salón casi cuadrado que tenía un mostrador de madera al frente y 2 de vidrio a la derecha (uno de ellos lleno de estantes, el otro de cajones). A la izquierda había una pared que hacía un doble codo, que del otro lado alojaba el comedor de "los de Pablo" según expliqué, la cual era continuada por un mueble en que se exhibían las lanas, que tenía detrás los estantes donde se ubicaban las piezas de género. Detrás de la vidriera izquierda estaba la máquina de coser, que se utilizaba como mesa para forrar botones. El centro del salón estaba libre.

Sobre los mostradores -que estaban pelados, para atender con comodidad- había un par de metros de madera (trenes, en mi imaginación); detrás de los mostradores del costado había un gran mueble con cajones, y detrás del del frente otro con estantes y vidrio (en el primer mueble se guardaban artículos como camisetas, calzoncillos y cinturones; y en el segundo perfumes y jabones). La porción más angosta del mueble del frente, llena de pequeños cajones, se usaba para guardar las medias. En el vértice entre el mostrador de madera y los de vidrio, protegida por un par de pequeños muebles que originalmente eran exhibidores de hilos, había un simple cajón de madera que hacia las veces de caja; y en la medianera izquierda, empotrada en la pared, había una caja fuerte donde mi tío Paco guardó el ya referido autito para inducirme a comer una banana.

El toldo se bajaba con un palo largo; primero había que tirar pero luego aguantar, para que no bajara de golpe y los sostenes laterales se rompieran. Debido a esto, no me dejaron encargarme de tan excitante tarea hasta que tuve cierta edad (a mí me gustaba el toldo del carnicero de la esquina, que se subía y bajaba dándole vueltas a un gancho largo que tenía 2 manijas de madera en la otra punta).

[Hoy (1993), desde afuera el negocio luce exactamente igual que hace 40 años; de adentro no sé porque por la puerta cada tanto paso, pero nunca entro (algún día me voy a animar).]

La Mercería Don Paco me proporcionó muchos conocimientos. Sé, por ejemplo, que las polleras deben tener "cierre `del´ 20" (centímetros) para no romperse; sé cómo se cortan los géneros con que se forran los sacos; sé forrar botones; sé que ninguna partida de lanas es exactamente igual a la anterior, por lo que hay que comprar todos los ovillos o las madejas antes de empezar a tejer; y también sé que en la décadas de 1940 y 50 el jabón "Sunlait" (Sunlight) se vendía en cajas de 2 pastillas.

Conozco perfectamente calles como Azcuénaga y Larrea, en el barrio del Once, porque ahí estaban, hacia 1950, los mayoristas donde se surtían tiendas minoristas como la de mi familia. Me familiaricé desde muy chico con planillas como la de "Caja diaria" y los libros de contabilidad; supe lo que era "ir al banco" en la época en que, como en el Español (en la sucursal ubicada en Ramón L. Falcón y Montiel, donde hoy funciona una sucursal del Citibank), para depositar fondos había que llenar una boleta en 3 originales, y las cuentas corrientes se llevaban a mano; entré en contacto con la diferencia que hay entre vender al contado o a crédito (en la mercería, fiar hasta fin de mes a sastres -como Bonavoglia- y a modistas -como Angélica-, quienes salvo en un caso confiaban en los resúmenes que les presentábamos -la excepción, quizás también para control propio, exigía que las ventas a plazo fueran anotadas en una libretita que portaba la clienta-); y también -en terminología adulta- que hay "operaciones en blanco y en negro". Los precios de costo se anotaban en números árabes, para que rápidamente se pudiera calcular hasta dónde se podían hacer rebajas (el precio de costo estaba sin fechar, porque la inflación recién comenzaba y, consiguientemente, no había muchas expectativas inflacionarias).

Vivir en la tienda me dio acceso "irrestricto" al papel cuadriculado. Aprovechando esta circunstancia, una vez me propuse construir una gigantesca tabla de Pitágoras (la que en cada celdilla indica el resultado de la multiplicación de los números que aparecen en la fila y columna respectivas), que fuera "mucho más allá" de la corriente, la de 10 x 10. Trabajé intensamente pero, tal como el lector puede imaginar, abandoné el proyecto antes de "completarla".

Por último, pero no menos importante, desde pequeño supe la diferencia que existe entre vender y despachar. A mi tía Clarita, como luego aprecié en mi cuñada Lucía María, no se le iba a escapar un cliente así no más, no importa cuál fuera la relación entre aquello que buscaba originalmente el comprador y lo que había en el negocio. Mi tío siempre decía "no hay que decir que no hay; algo tiene que haber", pero creo que Clarita era quien mejor llevaba este principio a la práctica.

La primera manifestación de una política económica concreta que tuve en mi vida fue el control de precios del primer gobierno peronista: tuve que ayudar a ponerle precio a cierre por cierre de los existentes en la tienda, para lo cual había que correr el papel celofán que lo cubría, sellar, escribir el precio y volver a correr el papel celofán (¿será por esto que odio tanto los controles de precios?). Durante la denominada campaña contra "el agio y la especulación", al almacenero que estaba a 2 cuadras de mi casa se lo llevaron preso a villa Devoto (la esposa era clienta nuestra); a la mercería sólo le hicieron una multa por iluminar las vidrieras, a pesar de las restricciones que existían en materia eléctrica (¿escuché, o soñé, que cambiaron la razón social por "Valero hermanas", porque a las mujeres no las ponían presas?).

También mis primos, los hijos de Mariano, se ocupaban de tareas en un negocio. Pero Mariano tenía fiambrería, un rubro mucho más atractivo para un niño que una tienda. En la fiambrería los bienes son más homogéneos (latas, frascos, botellas, etc.), y encima se puede comer; en una tienda, no. Lo que había en la tienda eran "acontecimientos", el mayor de los cuales, de frecuencia anual y hacia marzo o abril, era la llegada del camión que transportaba las lanas (en cajas de 10 ovillos). Enorme cantidad de cajas, de gran tamaño pero livianas, son un evento ideal desde la perspectiva infantil. Como lo eran las cajas azules de Moddessa, cuyo contenido, por supuesto, entonces no tenía la menor idea de para qué servía.

La tienda me proporcionó muchos conocimientos, pero al costo de limitar mi interacción con pibes de mi edad. Así, las reuniones de Jóvenes de Acción Católica se hacían en la parroquia los sábados por la mañana. De 10 a 11 reunión, y de 11 a 13 fútbol. Pues bien, a las 11 había que dejar todo para volver a la tienda, porque el sábado era día de ventas. Del mismo modo que cuando yo era pibe el 6 de enero era feriado, pero lo pasábamos todo el día adentro de la tienda, haciendo inventario... manuscrito, por supuesto.

[Los que cuando ven a un joven, o a una joven, ayudando en el negocio de sus padres, y felicitan por ello a los progenitores por "lo bien que ayuda, lo seriecito que es"; ¿tienen idea de lo que en ese momento está pasando por la mente del niño o la niña?

De chicos que trabajan tengo el siguiente recuerdo: un día caminaba por la plaza sita en la esquina de Tuyutí y Cosquín. Jugando a la pelota, con otros chicos, estaba "el churrero". En un

momento dado otro de los chicos que estaba jugando vio venir al padre del churrero, quien quería verificar si su hijo estaba vendiendo o jugando. Entonces gritó, el pibe agarró la canasta, y salió disparando en sentido contrario.]

Muchas veces me pregunté si la Mercería Don Paco "rendía". Es difícil saberlo, aunque de la descripción que hacen mi madre y mis tías me surge la sensación de que no (las declaraciones de impuesto a las ganancias de mi madre confirman mis sospechas). En efecto, si toda la ganancia se dedicó a la reinversión, y cuando llegó la hora de vender nadie se enriqueció; ¿cuál fue la ganancia? Por eso me llama la atención el hecho de que, con la excepción de Josefina, quien en algún momento hizo un curso de dactilografía en la sucursal Liniers de la academia Pitman, ni Paco ni Clarita ni mi vieja intentaron hacer algo diferente (esta última, una vez, buscó coser corpiños "a fasón", pero concluyó que no valía la pena).

[Para que Pepita practicara, el inquilino del departamento que había arriba de la tienda le prestó su máquina de escribir. A raíz de lo cual yo aprendí a tipiar a gran velocidad y sin mirar el teclado, lo cual siempre me resultó muy útil.

A Clarita la tienda le proporcionó otra cosa: marido. En efecto, Carlos Conde la conoció en la Mercería Don Paco, correteando productos de Núñez, Alvarez y Cia, un mayorista ubicado en Moreno al 1200.]

Lo que sí tengo claro es que las operaciones económicas fuera de la tienda, tanto del lado materno como del paterno, fueron invariablemente desastrosas. Así, en la primera mitad de la década de 1950 mi tío Mariano ofreció la oportunidad de ganar suculentos intereses que pagaba un aserradero. Tan espectacular parecía el negocio que no sólo se colocaron en él los ahorros familiares (incluyendo algunos de los que yo tenía en la Caja de Ahorros), sino que también se entusiasmó a los principales clientes de la mercería. El aserradero se fundió, y la mercería pagó de su bolsillo lo que habían puesto los clientes.

Mariano, quien durante la década de 1950 había avanzado significativamente con la ya citada fiambrería, puesto que en ese momento le había permitido comprarse una de las pocas de las "mil casitas" que había sido reformada (la ubicada en Ibarrola y Las Bases), terminó casi fundido; pero su mujer, ni corta ni perezosa, inmediatamente hizo cursos de peluquería y abrió una en su casa.

Paco, quien finalmente se quedó con la casa de Entre Ríos 50, la vendió para comprarse otra más chica, y con la diferencia pasear por su España natal... ¡días antes del Rodrigazo! Como para él era inimaginable repudiar la palabra empeñada, con lo que consiguió por la venta de la casa grande apenas pudo comprar otra que era la mitad en tamaño.

Del lado paterno, Tito, que había comenzado como empleado de la tienda Rodríguez Barros, y que fue eventualmente "habilitado" dentro de la mencionada firma, participó en la creación del primer supermercado Gigante, que abrió sus puertas frente a la cancha de Vélez, y luego también participó del lanzamiento del supermercado Satélite. Su vieja casa de Pillado

870 se convirtió en 3 hermosos departamentos, uno para él, otro para su hermano y un tercero para cuando sus hijos se fueran casando. El entendible entusiasmo que le provocó su avance económico lo llevó a concentrar en él todo el esfuerzo familiar, por lo que cuando quebró Satélite no solamente él se quedó sin ingresos sino que su hermano y sus hijos se quedaron sin trabajo. Cuando, años después, vendió Pillado 870, la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires declaró que dicha localización era una reserva "por si la necesitaba en el trazado de una autopista", y tuvo que vender con descuento. La casa todavía existe.

Dejé deliberadamente para el final la cuestión del departamento que había encima del negocio. Como dije, "los de Pablo" vivíamos en la trastienda. Encima de la tienda se construyó un cómodo departamento, que se alquilaba a un matrimonio que tenía 2 hijos (la lógica moderna les daría el departamento de arriba a los "pobres de Pablo", y la familia viviría sin suplementar los ingresos con la consiguiente renta). El inquilino, dedicado a actividades contables, ganaba mucho más que nosotros. Alquilaba el departamento por m\$ 100 mensuales. Cuando Perón congeló los alquileres, se aferró olímpicamente a la legislación. El inmueble, finalmente, le fue vendido a él, por "chauchas y palitos". Tengo entendido que muchos años después el hombre se quitó la vida en un albergue transitorio, muy probablemente por razones diferentes a la de liberación de los alquileres.

Notable contraste con la situación imperante antes de la Segunda Guerra Mundial. Mi padre y mi suegro no eran propietarios, y nunca padecieron angustias (no estoy diciendo que los alquileres eran baratos; estoy diciendo que había oferta. "Pínteme la pieza porque si no me voy enfrente", le decía mi abuelo paterno al propietario del lugar donde vivía). No menos significativa es la otra cara de la moneda: cuando en algún momento de la década de 1930 mi tío Celedonio llegó a Argentina, trabajó de mozo. Con un par de compañeros, ahorrando, en un año se compraron el bar donde trabajaban. Luego, con las ganancias, se compraban una casa por año, en el entendimiento de que cuando tuvieran una docena de casas se retirarían a vivir de rentas. El plan funcionó a la perfección, excepto que apareció el congelamiento de alquileres (estas historias complementan el jugoso relato incluido en Castro, M.: "la ley de alquileres: primeras etapas", La prensa, 2 de diciembre de 1979).

[Mi aversión al riesgo en materia de inversiones tiene raíces familiares muy profundas, como se puede apreciar.

Si algún día llego a abrir un negocio, me dedicaría a vender libros y discos... para entretenerme mientras espero e interactúo con los clientes.]

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

5

## LINIERS

¿Cómo era Liniers hacia mediados del siglo XX, a los ojos de un pibe? No recuerdo haber "explorado" en aquella época el barrio libremente (cosa que hice varias veces, ya grande, pero en auto y no caminando). Mi progresivo conocimiento fue selectivo, a partir de propósitos concretos: la escuela, los "mandados", la estación Liniers, la parroquia Nuestra Señora de las Nieves. Vivíamos a una cuadra de la iglesia, a 2 de la escuela, a 3 de Rivadavia y a 6 de la estación. El ferrocarril corta el barrio por la mitad.

[Mi conocimiento del barrio, entonces, tuvo como centro mi casa, pero no en forma de rayos o círculos desde ella. Cómo era Palmar, entre Tellier y Martiniano Leguizamón, a una cuadra de mi casa, era para mí mucho más desconocido que como era Carhué, entre Ramón L. Falcón y Rivadavia, próxima a la estación.]

El Liniers que recuerdo de fines de los 40s y comienzos de los 50s es uno de casas uniformes (muy pocas de las "mil casitas" habían sido remodeladas), sin edificios altos (desde el campanario de la parroquia se debía divisar bien lejos) ni marquesinas o aleros, de manera que en días de lluvia no había dónde guarecerse. Todas las calles estaban arboladas, por lo que, si bien no teníamos nieve en invierno, nos divertíamos con la caída de las hojas en otoño, que cubrían por completo las veredas.

[¿Qué sería Liniers en la década de 1920, cuando se construyeron las "mil casitas"? Pregunto porque el referido conjunto habitacional llegó -con alguna que otra demolición, supongo- hasta Carhué y Ramón L. Falcón, es decir, ¡a una cuadra de la estación! Una excelente vista aérea de Liniers en 1936, con la Avenida General Paz en construcción y la ubicación de las "casitas baratas", como también se denominaba a las "mil casitas", aparece en La historia de Vélez



Sarsfield, 1910-1980, publicado en 1980 por la Comisión de Asuntos Históricos del mencionado club (pags. 122-3), en la cual tuvo fuerte participación Hugo Gambini. ¿Por qué algunos pasajes son paralelos a las vías del ferrocarril, y otros perpendiculares?]

Todas las calles eran de doble mano y no había problemas de estacionamiento. Es que, en aquel entonces, en Liniers el automóvil era una rareza. En su diseño original ninguna de las "mil casitas" tenía garaje cubierto, y sólo aquellas cuyo frente daba a una calle (y no a un pasaje), contaban con espacio suficiente como para construir por su propia cuenta. El señor Gallardo era uno de los afortunados. Cuidaba obsesivamente su auto celeste, que conservó la pintura original por décadas. Quienes, como la familia Deluccio (sobre la que voy a hablar más adelante), quisieron guardar el auto dentro de la casa, sacrificaron una de las 2 habitaciones de la planta baja.

Los pocos autos que pasaban posibilitaban que otros varones, no yo, jugaran a la pelota en la calle, para molestia de algunos vecinos, particularmente de aquellos frente a cuya casa caía el arco, que iba de la pared al árbol. Un arco de un lado de la calle, y el otro del otro, que dejaban 2 pasajes en el medio (en Ventura Bosch uno estaba entre Las Bases y Timoteo Gordillo, y el otro entre El Hornero y Tellier), hacían que automáticamente el centro de la calle fuera también el centro de la cancha. Se jugaba con pelota de goma, a veces de unos 15 centímetros de diámetro, y cuando no, de 10 centímetros.

El Liniers de mi infancia era habitacional y comercial. La única fábrica cercana, la de Guerenó, producía jabón y mal olor; este último, cada tanto, llegaba hasta mi casa. Comercios minoristas, en cambio, había muchos... sobre Tellier. En la esquina de mi casa funcionaba un almacén -local hoy dedicado a negocios inmobiliarios- (durante el gobierno peronista formó parte de alguna cadena oficial, porque apareció un cartel luminoso con el escudo argentino transformado y la leyenda "Fundación Eva Perón"), y haciendo ochava, lechería, verdulería y carnicería, que hoy (1990) están como entonces.

A no más de una cuadra teníamos panadería (en cuyo horno mi familia asaba el asado, que yo iba a buscar sin lamentarlo, porque así veía cómo se fabricaba pan), ferretería (de la familia Tirotti, en el fondo de cuya casa vi -y admiré, sin poder utilizar- una escalera de caracol por primera vez en mi vida), heladería (de los Genco), otra tienda (de los Cortes), 2 talleres de compostura de calzado (uno de ellos de la familia Oliveres) y la peluquería de don Antonio. Había que caminar 2 cuadras, siempre sobre Tellier, para llegar a la farmacia Frascino, la de Reinicoff, y 4 para la tintorería, negocios que todavía hoy están como entonces. Cerca de mi casa no había bares ni restaurantes y, si recuerdo bien, tampoco había jugueterías, jardines de infantes, casas de artículos de deportes o agencias de viajes.

Cuando yo vivía en Liniers uno podía saber que día de la semana estaba viviendo, mirando las fachadas de los negocios. Es que, en aquella época, las peluquerías y las panaderías cerraban los lunes, las fiambreras los martes, y los almacenes por la tarde de los jueves. En los negocios estaba prohibido escupir en el suelo, según lo estipulaba una ordenanza municipal de 1904, cuya existencia uno conocía por una placa rectangular que había en muchos de ellos.

[Es notable, alrededor de la que fue mi casa, lo poco que ha cambiado el barrio, pero; ¿debe sorprenderme?]

En ese Liniers había lecherías (la leche se vendía suelta), pero también lecheros a domicilio, en carros tirados por caballos; así como había panaderías, también estaban los carros de la Panificación Argentina. Con carros tirados por caballos también se juntaba la basura, con un hombre arriba que clasificaba lo aprovechable, tirándolo a la parte de adelante del carro. Con carros tirados por caballos también se llevaba a los muertos (carro blanco si quien moría era un niño). Una vez, por la puerta de mi casa, pasó un caballo "desbocado" lo cual, ahora que lo pienso, tenía que ser algo bien probable entre tanta actividad llevada a cabo por equinos. A 2 cuadras de mi casa, pero no para el lado de la estación sino alejándose de ella, había huertas, y un poco más lejos calles de tierra.

Una cosa que no me compraban en Liniers eran los trajes (el resto de la ropa se hacía en casa). Para ello íbamos hasta la estación Piedras del subte "A". Cuando yo era chico, Esmeralda desde Rivadavia (en rigor Piedras, desde Avenida de Mayo) hasta Diagonal Norte, estaba plagada de sastrerías (Albion House, La Mondiale, etc., de todas las cuales hoy queda una sola), además de la Asistencia Pública, ubicada en el número 50 (hoy hay una plaza). Pues bien, en una de ellas mi madre elegía un traje, pero antes de pagar íbamos a una oficina, ubicada en Diagonal Norte casi Esmeralda, donde se compraba -con descuento- una suerte de ahorro previo que alguien no había podido seguir pagando, y que el intermediario seguramente había comprado con un "re"descuento.

Tellier (hoy Lisandro de la Torre), importante arteria porque a 20 cuadras desde Rivadavia estaba "Mataderos", es decir, "el" matadero de la Ciudad de Buenos Aires, era angosta (la porción que hoy falta debido al ensanche era de tierra, lo que como expliqué la hacía ideal para jugar a las bolitas), de doble mano, tenía adoquines de los grandes y por ella pasaba el colectivo (en esa época nadie tomaba un colectivo por 6 cuadras). Mi casa, a 20 metros de Tellier hacia el lado de la estación, estaba sobre la porción asfaltada de Ventura Bosch, pero para el otro lado de Tellier había adoquines, de los más chicos.

[Las pocas veces que anduve en bicicleta en Liniers me mostraron que, para la cola, hay una gran diferencia entre el asfalto, el adoquín chico y el grande. En aquel entonces no existían las bicicletas para "todo terreno".]

Por la puerta de mi casa vi vender pavos por la calle. Pero no timbreando y con un camión refrigerado. Lo que vi fue un conjunto de pavos, caminando libremente, conducidos por un hombre que buscaba clientes. Fue una vez cada tanto, o quizás sólo una vez (y me imagino que, en cuanto yo los veía, saldría corriendo, porque en esa época ignoraba que los pavos eran pavos).

[Mi contacto con el mundo animal se agotaba en el hecho de que mi abuela criaba gallinas, que ella misma mataba. En Liniers, en aquella época, había moscas, y también perros vagabundos, de los cuales daba cuenta de tanto en tanto "la perrera", un jeep municipal que los agarraba con un lazo y los metía en una jaula.

Les tuve, ¿cómo decirlo?, "respeto" a los perros, hasta que al crecer los pude mirar bien desde arriba. Hoy a los animales vivos... los miro, y a los muertos, los como.]

En el Liniers de ese entonces no había asaltos, asesinatos, escándalos extramatrimoniales (yo conocí sólo uno) ni albergues transitorios... reconocibles por un pibe. Si había un ciruja; un hombre joven, con barba, que pasaba caminando por la puerta de mi casa (obviamente, nadie hablaba con él. Escuché que se había vuelto loco porque había perdido a toda su familia). De noche la policía hacía guardia en paradas fijas, y controlaba, utilizando un silbato (la famosa "ronda"), que todos los agentes siguieran en sus puestos.

¿Para qué caminar en dirección a la estación, excepto para tomar el tren? Para ir al cine (el Edison y el Capitolio, que en la década de 1960 se transformaron en sendas galerías comerciales); a la librería Belgrano, sobre Rivadavia, que se atestaba el primer día de clases; a Bonafide, a donde me mandaban a comprar café con el dinero justo, no obstante lo cual las empleadas, mientras duraba la molienda, insistían en venderme chocolates, caramelos, etc. (en el Bonafide que conocí se vendía mientras se despachaba); para comprar huevos en lo de Firmano, en Ramón L. Falcón y Cosquín; y para abastecer la tienda en un semimayorista, la casa Pareja, ubicada sobre Ramón L. Falcón entre Carhué y Montiel.

El Río de la Plata baña, además de la ciudad de Buenos Aires, las porciones norte y sur del Gran Buenos Aires. En el oeste, en cambio, no hay "cultura acuática" (entubado el arroyo Maldonado, sobre el cual hoy está la avenida Juan B. Justo, el único contacto de la gente del oeste con el agua es el de las alcantarillas y/o el de las piletas de natación de los clubes).

¿Qué uso hacía de los "bienes comunitarios" existentes en Liniers? No iba a clubes, y de la escuela y la parroquia hablaré más adelante. Cada tanto, como ya dije, caminando unas 6 cuadras, íbamos a los juegos que había en General Paz (tanto del lado de la Capital como de la Provincia de Buenos Aires), entre Ventura Bosch y Tuyutí, así como -pero más esporádicamente, porque en ese momento no tenía juegos- íbamos a "la placita" (plaza Sarmiento), ubicada en Cosquín, entre Tuyutí y Humaitá.

Pero desde 1958 -ya se verá por qué- hasta que dejé el barrio, hice uso intensivo de la biblioteca municipal que funcionaba (¡ojalá siga funcionando!) en Boquerón al 6700. Ubicada en una de las "mil casitas", ocupaba las 2 habitaciones de abajo. Paredes forradas de libros (a los que se accedía directamente, lo que permitía aprender -como se dice en inglés- por serendipity, es decir, buscando otra cosa o simplemente curioseando. En dicha biblioteca, por ejemplo, por primera vez en mi vida tuve en mis manos una Biblia), una larga mesa para consulta, y en la entrada el escritorio del encargado, cuyo apellido no recuerdo, pero a quien tengo en mi mente como alguien dedicado y apasionado por su tarea. Seguí utilizando intensamente esa biblioteca municipal hasta que me mudé a Padua, a comienzos de 1960.

Liniers no era un lugar donde "pasaran" muchas cosas que alborotaran el barrio. Recuerdo que, como consecuencia de la epidemia de poliomielitis, una noche los vecinos, y también mis padres, salieron a lavar la calle. También recuerdo que el 16 de junio de 1955, desde la esquina de mi casa, una batería antiaérea le disparó a un avión (en ese momento creíamos que venían a bombardear la iglesia). Yo estaba solo, en el patio de mi casa, porque mi vieja, como todos los días, a las 3 de la tarde fue a la casa de mi abuela "a tomar unos mates"... y no era cuestión de que una revolución interrumpiera tamaño acontecimiento. Cuando escuché los disparos, que debían ser bastante ruidosos, opté por meterme adentro (mi vieja y mis tías demoraron segundos en recorrer la media cuadra que había entre la casa de mi abuela y la mía). También recuerdo cuando a mediados de 1955 un celular vino a buscar al presbítero Tripodi (hermano de quien, durante mucho tiempo, fue capellán de la Fuerza aérea), entonces párroco de la parroquia de Las Nieves, para llevárselo preso. Recuerdo, por último, que al lado de la casa de mi abuela vivía un escultor, Santiago José Chiérico, quien tenía su taller en el fondo de su casa; y que un día se lo utilizaron para filmar una escena de una película (cuando comparo la "ferretería" y el tiempo que se necesitó para filmar dicha escena, con la forma en que se hacen las cosas actualmente, me saco el sombrero ante el cambio tecnológico).

[Entre los recortes que guardaba mi madre encontré uno de Clarín porteño (notas del amanecer), sin fecha, en el cual se propone que el pasaje El Hornero, donde vivían tanto mi abuela como Chiérico, se llame "Escultor Santiago José Chiérico". Buena idea.]

. . .

Para cualquiera, Rivadavia y la avenida de Mayo dividen a la ciudad de Buenos Aires en 2 partes. Para mí, cuando era chico, Rivadavia y avenida de Mayo eran todo, o casi todo, de la ciudad de Buenos Aires. En efecto, mis primeros viajes "al centro" fueron para ir a comprar mercadería al Once, o a Núñez, Alvarez y Cia., al cine Real o de visita con mi familia a "lo de Eva" (la familia Fernández Blanco, que vive en Viamonte 752). Consecuentemente, me hice experto en el ferrocarril Sarmiento, en la línea "A" del subte, en los recorridos 1 y 2 de los tranvías... e ignorante de todo lo demás. Tan así fue que un día, encontrándome en el Obelisco y teniendo que ir a Callao y Lavalle, bajo la lluvia caminé 5 cuadras, hasta la estación Piedras del subte "A", para desde ahí viajar hasta la estación Congreso y volver a caminar otras 5 cuadras. Ocurre que, a pesar de estar ya en la escuela secundaria, ignoraba la existencia de la línea "B" del subte, que corre bajo Corrientes.

[El lugar de nacimiento "marca", por mucho tiempo, la visión que uno se hace del barrio y de la ciudad entera. Es el día de hoy que los suburbios, tanto al norte como al sur de la ciudad de Buenos Aires, me resultan muy poco familiares (puedo recitar, en orden, las estaciones del ferrocarril Sarmiento, pero ni siquiera desordenadamente las del Mitre o el Roca... y menos aún las del Urquiza o el Belgrano). Pavón y Avenida Mitre; ¿son continuación una de otra, 2 calles paralelas o 2 arterias independientes?

Para quien nació en el oeste, del norte no sabe nada y mira al sur de modo despectivo. Avellaneda está a pocas cuadras de Plaza de Mayo, y no a 10 kilómetros como Liniers, pero; ¡andá a decirle a alguien de Liniers que se mude a Avellaneda! Quien esté libre de prejuicios que tire la primera piedra.]

En la década de 1950 todos los trenes urbanos llegaban y salían "de abajo", es decir, de la plaza de Miserere, y Liniers era la quinta estación. Al estar electrificados (algunos eran coches-motor, otros no) no tenían locomotora adelante, como los del Roca y el Belgrano. En ese entonces los vagones de ferrocarril eran de madera y tenían 2 clases: primera, con asientos de cuero, para 2 personas, que cambiaban de posición para poder viajar siempre mirando hacia adelante, y segunda, con asientos de madera, fijos, encontrados, para 2 personas a un lado del pasillo y 3 personas del otro. No recuerdo haber viajado en primera. El reemplazo por los trenes japoneses que, en cantidades significativas se produjo durante la década de 1960, fue gradual. Mientras coexistieron los trenes de madera y los japoneses, en estos últimos quienes teníamos boleto de segunda clase sólo podíamos viajar en los 2 primeros vagones (hacia Miserere), de una formación de 6 o 7; aunque físicamente todos los vagones son iguales.

[Ahora que soy más grande se me ocurre preguntar: ¿en base a qué principio de ventaja comparativa lograron los japoneses convertirse en los más convenientes proveedores de vagones de tren a fines de la década de 1950 y comienzos de la de 1960?]

El ferrocarril, de chico, me fascinaba<sup>1</sup>. El puente peatonal que cruza las vías a la altura de Carhué es una atalaya perfecta para cualquier amante de los ferrocarriles: 2 vías hacia afuera y varias hacia adentro, cambios de vías y muchas señales, son los ingredientes necesarios para una fiesta visual. Suerte, pensaba, para los que viven en el lado norte de Liniers, que tienen que transitar la parte más larga del puente, mirada desde la estación; suerte, también pensaba, para el hombre que "vestido de guarda" viaja sentado tomando fresco en el furgón de cola de los trenes de carga.

[¿Me fascinarían los ferrocarriles por mi obsesión con la exactitud? Digo, porque lo mismo me ocurría con la electricidad, que en un domicilio particular es también una "ciencia exacta".

Sobre una madera de 1 metro por 60 centímetros, y utilizando madera balsa, porque como en mi casa no había herramientas sólo podía utilizar hojitas de afeitar y alfileres -¡para algo me

---

<sup>1</sup> A fines de la década de 1990-comienzos del siglo XXI, en mi programa de televisión Momento económico entrevisté a uno de los gerentes de la concesión del ferrocarril Sarmiento. Luego de lo cual y fuera de cámara le dije: "cuando yo era chico, detrás de la pared que rodea `los talleres ferroviarios` de Liniers, para mí había puro misterio. Los quiero conocer". El hombre esperaba cualquier mangazo, menos ese. Pocos días después un funcionario de la empresa me citó a las 8 de la mañana del día siguiente, por el portón de Liniers. "Venite con ropa ordinaria", aclaró. Entre las 8 y las 12 caminamos los talleres, donde en la década de 1950 trabajaban 3.000 personas y ahora 30 -porque la reparación de las locomotoras a vapor era "artesanal", y las modernas tienen respuestos estandarizados-. Terminamos la visita en Villa Luro (hasta me di el lujo de manejar una locomotora). Luego de lo cual visité (en otro lugar) la fábrica que tienen de vagones ferroviarios, y como corresponde terminamos... comiendo un asado.

tenía que servir la tienda!-, armé vías y cambios, por los que circulaba el único vagón que me quedaba de un trencito que me habían regalado mucho tiempo antes; y sobre otro tablero de dimensiones parecidas armé un banco para hacer pruebas de... electricidad.

La referida fascinación me llevó mentalmente a "cuadricular" Liniers como si fuera un gran ferrocarril. En la vereda de cada casa hay tapas negras, las de las cajas de gas y agua. Esos eran los únicos lugares en los cuales me permitía cambiar de fila de baldosa, cuando tenía que ir de un lado al otro. Imagino que si alguien seguía mis pasos, me vería hacer cruces algo extraños, aunque difícilmente pudiera descubrir por qué los hacía.]

En esa época operar el ferrocarril implicaba mucho más esfuerzo físico que ahora. Las señales eran de madera, con un vidrio rojo y otro verde en una punta para que, instalando todos los atardeceres un farol a kerosén, fuera posible la circulación de trenes de noche (también, cada día, se colgaban faroles en las barreras, accionadas a mano por los guardabarreras, y se movía el pedazo de riel que servía de contrapeso, porque de noche pasaban menos trenes). Los cambios de vías implicaban, desde cabinas elevadas, mover una palanca para destrabar el cambio, otra para cambiar la posición de las "agujas", y nuevamente la primera para volver a trabarlo. Nunca estuve dentro de alguna de dichas cabinas elevadas, hoy desaparecidas, pero desde el andén de estaciones como la de Castelar un ojo atento como el mío podía divisar los empleados quienes, consultando permanentemente la planilla horaria, daban paso a los trenes en un sentido y en el otro.

En aquellos años los guardas verificaban que los pasajeros tuvieran boletos... y te hacían bajar si no lo tenías, para que en la estación más próxima te cobraran la multa. El guarda que viajaba en el primer vagón, con corneta, le avisaba al conductor que podía partir, y este "contestaba" con su propia bocina. El resto de los guardas, con pañuelos verdes y rojos, le avisaban al primero que el tren podía continuar la marcha.

Del Sarmiento, que seguí utilizando diariamente durante los 16 años que viví en San Antonio de Padua, recuerdo 3 anécdotas. Una tarde, en hora "pico", en un tren que salió de Plaza de Miserere una mujer viajaba en la puerta. Sea que cuando subió un hombre le tocó la cola, sea que ella interpretó que se la había tocado (dejo a los psicólogos que generen más hipótesis), el hecho es que la mujer le hizo un reproche. El hombre, asombrado, replicó. La mujer insistió; entonces el hombre la humilló, diciéndole algo así como "quién se iba a meter con una mujer así". El dialogo subió de tono y de volumen, hasta que pasó un vendedor de diarios, quien mezcló entre los titulares que voceaba lo siguiente: "hay bronca en el conventillo". La risa del resto del pasaje fue tan estruendosa que el vagón casi descarrila.

[Mi ejemplo preferido de iniciativa privada: ¿cómo puede ser que en los vagones de ferrocarril llenos de gente, donde no puede pasar un guarda con una diminuta pinza de picar boletos, puede pasar un vendedor de diarios con una montaña de diarios y revistas colgándole del hombro?]

La segunda anécdota es de 1961. La prolongada huelga ferroviaria consistió, durante muchos días, en detener los trenes una hora por turno. Armados de paciencia (en mi caso, siempre con un libro en la mano), los pasajeros desarrollábamos tertulias mientras esperábamos la finalización del turno de huelga (los conductores, dicho sea de paso, no siempre dejaban los trenes en las estaciones). Un día viajaba enfrentando 2 hombres: uno de ellos, empleado telefónico, hablaba consigo mismo pero en voz alta, quejándose de lo poco que ganaba, de lo difícil que era vivir, etc. En un momento dado el otro lo interrumpió para, palabra más, palabra menos, decir lo siguiente: "No vaya a creer; aquí donde me ve, yo hace 30 años que vivo de la caridad pública". Seguí haciendo como que leía, pero no pude prestar más atención al libro que tenía en mis manos. El telefónico escuchó, estupefacto, la descripción de la "técnica" de nuestro circunstancial acompañante: "Camino la Avenida Callao y pido", agregando que "para ahorrar no alcanza, pero para vivir sí". En algún momento pensé que el telefónico iba a tirar al pedigüeño por la ventanilla.

La última anécdota se refiere a una "institución". Mientras estudié en la Universidad Católica Argentina, regresaba a mi casa -en Padua- en un tren que salía de Miserere a las 21 horas y 11 minutos. En el último vagón de dicho tren, casi todos los días, viajaba un verdadero personaje que vendía diarios vespertinos en la Capital, luego tomaba más de la cuenta, y volvía a su casa en el mencionado vagón de dicho tren. El hombre era borracho pero no idiota, leía los diarios antes de tomar, y encima tenía gran sentido histriónico. Las imitaciones que hacía de Frondizi, de Alsogaray, y de cuanto personaje era famoso en aquella época, generaba un fenómeno curioso: que ese vagón fuera mucho más lleno que los demás. Es que el tren de las 21 y 11 incluía "show" gratis.

[Para alguien que vive en Flores, ir diariamente a San Antonio de Padua es como ir a la China. Teniendo la suerte de viajar fuera de las horas "pico" -o utilizando las "T" pintadas en los andenes de la estación Once (que se inauguraron durante la revolución de Onganía, ¡y sobrevivieron al cambio de gobierno!)-, mientras viajaba leía... o dormía.

Horacio Arce me sugirió una vez incluir la siguiente leyenda en mis trabajos académicos: "Agradezco al ferrocarril Sarmiento por estar al día en bibliografía", anécdota que me hizo recordar al finado Raúl Ondarts, quien de joven vivía en Morón, y sostenía que debido a ese hecho él pudo leer muchas más novelas que sus compañeros de facultad, los que vivían muy próximos a la alta casa de estudios.]

Comencé a utilizar el subte en la época en que, para los pasajeros, las 5 líneas no estaban todavía conectadas entre sí. A mis ojos infantiles, los vagones de la línea "A", algunos de los cuales todavía circulan, eran impresionantes, particularmente cuando salían por el túnel de Primera Junta y circulaban algunas cuadras por Rivadavia, para ir al depósito. Tenían 3 puertas a cada lado -que no se abrían automáticamente, como en el resto de las líneas, más modernas, sino que había que abrirlas manualmente cuando el guarda las destrababa-, ventanas que para abrir se bajaban en vez de subirse y, sobre todo, una cabina para el conductor que se armaba separando de las paredes del comienzo del primer vagón, un par de puertas de madera que, vueltas a juntar pero hacia afuera, le generaban un espacio de, digamos, un metro de lado, de manera que el asiento para 3 personas que quedaban al costado podría seguir siendo

utilizado por los pasajeros (para deleite de los chicos, que podíamos "manejar" junto con el conductor). Los niños que utilizaban cualquiera de las otras líneas no tenían esta suerte.

[Los que diseñan vagones de ferrocarril, o de subte; ¿conocen la emoción que para cada uno de nosotros puede significar ver para adelante, como lo hace el conductor, como -si uno se pone de rodillas- todavía es posible hacerlo en los viejos vagones de la línea "A" del subte? Cuando yo era chico mi papá, conociendo mi fascinación por los trenes, me llevaba de plaza de Mayo a Primera Junta y viceversa, ¡estaciones terminales en las cuales uno puede seguir viajando sin tener que volver a pagar!]

El tranvía 1 (¿1 por ser la primera línea?) iba de Liniers a Primera Junta, donde finaliza su recorrido la línea "A" del subte. Demoraba unos 30 minutos, y saltaba de lo lindo dado el lamentable estado de las vías. El tranvía 2, partiendo (¿o llegando?) también desde Liniers, llegaba hasta Plaza de Mayo, demorando más de 1 hora. Las vías fueron finalmente modernizadas, para ser luego sepultadas en algunas calles, y retiradas en otras, cuando hacia 1962-63 fueron eliminados los tranvías de la ciudad de Buenos Aires, siendo reemplazados por ómnibus, colectivos o trolebuses (estos últimos, en Buenos Aires, no duraron mucho).

Los tranvías eran de madera, con asientos para 2 personas a cada lado del pasillo. Los viejos tranvías, donde tanto el conductor como el guarda (que iba atrás) viajaban bajo techo pero "sin paredes", llevaban en la parte de adelante una reja, por si alguien se caía delante de ellos. El conductor accionaba con una mano el acelerador y con la otra el freno (ambos eran manijas de recorrido circular), y con el pie una campanilla para abrirse paso. Una barra, que llevaba colgada en la parte de adelante, le permitía cambiar de vía haciendo palanca (el "trolley" cambiaba automáticamente, porque como el tranvía doblaba primero, presionaba la rueda que tomaba electricidad del cable aéreo en el sentido del cambio... y cuando no, el guarda tenía que bajarse y reengancharlo). Si un tranvía se descomponía, se paraba toda la línea. Los pasajeros subíamos por detrás y bajábamos por adelante. Un "tac" del guarda, en la campanilla que tenía el conductor a su lado, indicaba que alguien iba a bajar por detrás en la próxima parada; 2 toques indicaba que, habiendo subido todos, el tranvía podía continuar.

[Un día, en medio de mucha gente, subió un chico a un tranvía en que yo viajaba. En cuanto subió tiró de la piolita de la campanilla un par de veces. El conductor, lógicamente, arrancó. Los que se quedaron abajo todavía están hablando mal de la mamá del guarda.

Los más modernos de los viejos tranvías, en parte porque estaban en mejor estado y en parte porque donde tanto el conductor como el guarda viajaban en un lugar cerrado, resultaron ser espacios cubiertos más grandes, siendo transformados en aulas en escuelas carenciadas. Como tales no se conservó a ninguno de ellos, a punto tal que cuando una asociación de amigos del tranvía reinauguró un circuito turístico por Caballito, ¡tuvo que importar un tranvía de Portugal!]



Los colectivos y los ómnibus, para mí, también servían, pero para ir a "otros lados": a Flores, a lo de mi tío Tito, para lo cual a la vuelta teníamos que caminar hasta avenida del Trabajo, o a Chacarita, para ir a lo de mi tío Simón, para lo cual, a la vuelta, había que ir a pie hasta el Cementerio. Los colectivos eran mucho más chicos que los actuales y, sobre todo, eran más bajos que los de ahora (ya desde mi juventud fue para mí incómodo viajar en ómnibus o colectivo. De cualquier manera registro que el techo de los actuales está "algo" más separado del piso que cuando yo era más joven que ahora).

Cuando yo era chico los colectivos tenían 2 puertas delanteras, una a cada uno de los costados del conductor. Cada tanto, por la de la izquierda subía "el control", un personaje que me fascinaba porque utilizaba un lenguaje totalmente codificado: "vos sos el de `y 25´, que viene detrás del de `y 12´ y antes que el de `y 36´".

. . .

A los ojos de un pibe, más allá de lo que acabo de relatar el barrio y la ciudad se extendían de modo misterioso. El otro lado de la vía, por ejemplo, era parte de mi misterio, así como Ciudadela, ubicada detrás del "deslinde" (la avenida General Paz, que separa la Capital Federal de la provincia de Buenos Aires), así como la curva que hace Tellier hacia la izquierda, luego de Boquerón, así como "el mercado" de Ramón L. Falcón entre Montiel y José León Suárez (hoy, el Shopping Center Liniers). Cuando utilizaba el ferrocarril Sarmiento resultaban misteriosos el "trencito" que salía de Villa Luro para Versailles (conjunto de 2 vagones, exactamente iguales a los que circulaban entre Miserere y Moreno, que en ese momento tenían formaciones entre 6 y 8 vagones); así como el tren que, desde Haedo, salía rumbo a La Plata; así como el túnel que abre su boca entre Caballito y Miserere y que según parece llega hasta el puerto; así como cuando iba al centro en tranvía me preguntaba a dónde iría una línea de colectivos muy bien pintada (recuérdese que en esa época coexistían el transporte municipal, de color gris, y líneas particulares, de colores), que cruzaba Rivadavia a la altura de Segurola.

[Recién a mediados de 1990, en el consulado argentino en Nueva York, conocí a Pérez Celis, famoso pintor nacido en San Telmo pero criado en Liniers. Me sentí reconfortado al escuchar que para él sus primeras exploraciones del barrio, así como su primer viaje "al centro", resultaron mucho más excitantes que todos los viajes que luego hizo por el mundo.]

¿Había gente rica en Liniers? No era fácil saberlo para un pibe, y probablemente tampoco me importara demasiado. Sí recuerdo que la casa del médico de mi familia, el doctor Novarini, en Ibarrola y Tellier, tenía mármol; que un vecino de mi abuela, que vendía electrodomésticos en Rivadavia, tenía televisión y auto; y que el contador Sauca, que llevaba los libros de la tienda, así como el referido Gallardo, también tenían auto.

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

6

## SOCIALIZACION

En mi proceso de "socialización", más allá de la familia y la escuela, registro 3 mojones importantes: la Iglesia, Jorge Delucco y Guillermo Lladó.

Del lado materno, clave en mi formación, provengo de una familia católica... bien por encima de lo que al respecto requieren, para ser definida como tal, los censos de población. Tío cura, madre y tías de infaltable misa dominical (Josefina "hija de María", agrupación de mujeres que no se han casado), fui bautizado, confirmado y tomé la primera comunión según los tiempos de la época.

Pero además ingresé, de niño, en la Acción Católica Argentina, y como todo me lo tomaba en serio, mi saludo dejó de ser "buenos días" para comenzar a ser "alabado sea Jesucristo" (el escudo de los niños no tiene botón sino broche, porque se supone que uno no tiene todavía saco sino camisa). Luego fui aspirante y, ya en Padua, joven de la Acción Católica. De chico leía con gran emoción la biografía de Ceferino Namuncurá, cuyo lema de vida era "la muerte antes que el pecado".

Quienes pertenecíamos a la Acción Católica concurríamos a reuniones semanales, donde ganábamos puntos por asistir, y también por llevar socios nuevos, participando en un sorteo que se hacía cada fin de año. Rezábamos, se leía y se comentaba el Evangelio, y luego se abordaban otros temas. Una vez, en una reunión de aspirantes, quedó en claro que nuestros enemigos eran... ¡los protestantes! (¿porque nos estaban birlando socios?). Fui monaguillo, y por años, durante mi adolescencia, ayudé casi diariamente en la misa vespertina. Dirigí misas cuando en la segunda mitad de la década de 1950 comenzaron las misas comunitarias, y todos seguían el oficio desde los mismos libros.

[El "mensaje" que yo recibí en la parroquia de las Nieves, en la década de 1950, era totalmente castrador. El despertar sexual eran "malos pensamientos", "malas acciones", malo todo. Me masturbé, como cualquier joven, pero me lo tuve que bancar sin poder hablar con nadie. Siempre me quedó la impresión de que había que pedir permiso para reírse, para divertirse, para gozar de la vida. Y por eso, pero ya en Padua, un día dije: "basta".

La dirección de misas fue la primera oportunidad que recuerdo en la cual, dicho con todo respeto, "tuve a mi disposición una audiencia".]

Quienes hoy ven la parroquia de Nuestra Señora de las Nieves rodeada por el Instituto de nombre homónimo, no pueden imaginar las instalaciones que la Iglesia tenía allí a mediados del siglo XX. La iglesia es moderna (fue inaugurada en 1941), tiene el vía crucis pintado en grandes murales pero no tiene órgano sino armonio. El campanario tenía campanas, no como la iglesia ubicada en Emilio Castro y Martiano Leguizamón, que en ese entonces tenía campanario pero no campanas... aunque sí poseía una espectacular cancha de fútbol. En Las Nieves había un cura párroco (de apellido Gatti, quien al ser transferido a Santa Julia fue reemplazado por Elio Trípodí) y un teniente (el popular Martinetti, reemplazado por el discutidísimo Marcelo Quesada, a su vez reemplazado por un inocuo de cabello pelirrojo), un sacristán (nacido en Croacia) y una señora (¿señorita?), de edad respetable, que preparaba la comida.

Al costado de la iglesia había una típica casa "chorizo", en cuya primera habitación funcionaba un escritorio para las gestiones administrativas, seguida del dormitorio del teniente, el baño compartido por los 2 sacerdotes, el dormitorio del cura, el comedor principal, el comedor diario, etc. La casa contigua, ocupada por una familia de muy escasos ingresos, también era propiedad de la Iglesia.

Entre la iglesia y la casa había una entrada para autos, que el padre Tripodí utilizó cuando, al ganar un año la lotería de Navidad (¡el feligrés que le regaló el billete se lo tuvo que comunicar, porque él no se había dado cuenta!), se compró una "Mercedes Benz break"; y detrás de la iglesia, teniendo como largo el ancho del templo, había un salón de actos. Detrás del salón de actos había un patio donde se jugaba fútbol (los arcos se pintaban en las paredes con cascotes de ladrillos). Cuando los conocí, tanto el salón de actos como el patio tenían por piso una base de cemento; con el tiempo fueron embaldosados, y se colocaron alambres tejidos en el contrafrente (financiados en parte con las propinas que a los monaguillos nos daban en los bautismos), para evitar que la pelota, superando la medianera reglamentaria, fuese a parar a las casas vecinas. Al patio, y ubicados en los extremos, también daban un pequeño local y la habitación del sacristán, elevada sobre un pequeño galpón.

[Cuando un feligrés organizó una colecta para comprarle un aparato de televisión al cura, mi tío Paco lo sacó corriendo con un argumento muy contundente: "yo no tengo televisión".]

Como "hombre de iglesia", viví con intensidad la persecución religiosa peronista de 1954 y 1955. Vi a los sacerdotes vestidos "de civil" (incluyendo a mi tío Ramón, como ya dije);

salí a la calle con mucha gente del barrio para ver -desde media cuadra de distancia- cómo un celular azul se llevó preso al párroco Trípodi; vi cómo un muchacho llevó la máquina del cine a la casa de mi abuela... por las dudas; vi cómo una noche una señora vino corriendo hasta casa para que, aunque no estuviéramos en gracia de Dios, fuéramos a comulgar, para que no hubiera hostias consagradas, por si violentaban la iglesia; y vi cómo quienes tenían algunos años más que mis 11 de entonces, se prepararon una noche "¡para ir a defender la Catedral". Gracias a Alfonsín primero, y a Menem después, hace muy pocos años recuperé mi capacidad de genuino diálogo con los peronistas.

[Policías comenzaron a custodiar las iglesias y, tal como era de esperar, a nivel "agente-feligres" no había ningún tipo de animosidad. En la parroquia de las Nieves los policías terminaron jugando al fútbol con nosotros y... ¡escuchando misa!]

Más allá de lo estrictamente religioso, mi primera actividad a través de la Iglesia fueron las funciones dominicales, vespertinas, de cine, las cuales constaban de 2 dibujos animados, una película "larga" (30 o 40 minutos de duración) que se proyectaba entera, y otra de aventuras que se exhibía "seriada", y por consiguiente cada capítulo comenzaba repitiendo las secuencias finales del anterior, para orientar al espectador. Ya adolescente, durante varios años fui todos los domingos a proyectar películas, así como a poner discos cuando se organizaban kermeses para recaudar fondos.

[Fue en ese cine que conocí al Gordo y al Flaco, al Zorro y el... turrón de maní común y silvestre, que todavía sigue siendo mi preferido<sup>1</sup>. Con dicho turrón ocurrió lo contrario que con la pizza, porque aquel, en aquella época, era finito, y la especie de galletita que lo cubre estaba a los costados.]

La segunda actividad fue el fútbol, que no practicaba demasiado. Quien sí se la pasaba jugando en el patio de la parroquia era Eduardo Luján Manera, que terminó descollando en Estudiantes de la Plata y cuya carrera fue interrumpida abruptamente por una prolongada suspensión (a comienzos de 1992 Manera dirigió Vélez, el cuadro de mis amores). Una vez tejí una red de voley, que no sé si se usó; y hacia el final de la década de 1950 en el patio de la iglesia se instaló un aro de básquet.

Del fútbol en la parroquia tengo un par de recuerdos. Un día, por falta de jugadores, integré el seleccionado de Las Nieves, en un partido amistoso que se jugó en la cancha de la parroquia de Luján de los Patriotas, también ubicada en Emilio Castro. Me pusieron de delantero. Era tan torpe, pero tan torpe, que ningún integrante del equipo contrario se molestaba en marcarme. En un momento del partido vi "pasar" la pelota delante de mí; pateé con alma y vida y... gol (creo que, en partidos de esta categoría, fue el único que hice en mi vida). El segundo recuerdo es éste: a comienzos de setiembre de 1959, jugando en el patio de la

---

<sup>1</sup> Cada vez que Emilse Bara, esposa de Ricardo, viene a Buenos Aires (viven en Bahía Blanca) y cenamos juntos, me obsequia una bolsa llena de turrones de maní. Eso es estar atenta.

parroquia con un chico mucho más bajo que yo, al intentar gambetearlo me puso el pie. Caí con tan mala suerte que me fisuré el brazo izquierdo. Fue la segunda vez en mi vida que visite el Hospital Salaberry (terminó siendo la última, porque según pude comprobar, el Salaberry fue demolido), y la única en que me enyesaron (recuerdo la fecha porque el 8 de setiembre de 1959 comencé a trabajar, con el brazo enyesado).

[Una de fútbol con los muchachos de la parroquia, pero no en Las Nieves, sino en un lugar a donde fuimos a pasar el día. En el partido de fútbol que se organizó por la tarde, jugaba atrás. Como "la acción" estaba adelante y tenía sed, salí corriendo de la cancha para ir a tomar agua donde habíamos dejado las cosas. En mi apuro por volver me olvidé del alambrado que separaba la cancha del lugar donde estaba la canilla. Ya se me fueron las marcas horizontales que me dejó el encontronazo con los alambres que, afortunadamente no eran de púa.]

¿Qué hacíamos en días de lluvia? Jugábamos fulbito (ahora denominado metegol) y ping-pong, y a juzgar por los partidos que jugué luego en la iglesia de San Antonio de Padua mi nivel era pasable.

En Las Nieves, además de actividades religiosas y deportivas, había actividad social. Cada tanto se hacía un picnic (cuando éramos aspirantes, íbamos a colegios religiosos que tenían canchas de fútbol, y una vez fuimos a pasar el día a Luján), y luego de la misa (especialmente la de las 11) se conversaba. Me hice particularmente amigo de un muchacho de apellido Busquet, que tengo entendido hizo su carrera en la policía. Recuerdo, además, nombres y apellidos como los de Ernesto Baldani; Armando Cámara; Alberto Pedro Cáceres, quien se ordenó sacerdote en mayo de 1989 (¡plena hiper! ¿Será por eso que se ordenó en Roma?); Alberto (el "gordo") Cattano, fanático del rugby, quien tengo entendido, falleció; Atilio Coscia, primo de Busquet; José ("Pepe") Dallesandro; Carlos Espelt; Gustavo Genaro Garasa; el "gallego" Gómez; Jorge y Patricio Keegan (cuya madre me explicó taquigrafía, cuando preparé cuarto año libre); Luis Luján, quien me enseñó a utilizar la regla de cálculo; Osvaldo Mirás y José Antonio Moretta, quien también se mudó a San Antonio de Padua, y con quien discutimos intensamente en el ferrocarril Sarmiento las angustiosas realidades económicas de comienzos de la década de 1970. En grupo, fuimos varias veces al cine del Ateneo de Versalles, que en ese momento ofrecía 3 películas en cada programa (como el cine de San Antonio de Padua, que comencé a frecuentar desde 1960).

[Mis recuerdos sociales de la parroquia de las Nieves son todos masculinos, lo cual resulta lógico, dada mi edad.]

. . .

El segundo "mojón" de mi socialización fue Jorge Deluccio. Hijo único de maestros, los 3 vivían en otra de las "mil casitas", sobre el pasaje Las Bases, entre Ventura Bosch y Palmar. Además tenían un chalet ("Mi cariñito"), en Villa Los Altos, Río Ceballos, Córdoba.

[Como hace más de 25 años que no sé nada de él, ni de sus padres, el relato que sigue lo escribí en pasado.]

Como yo, Deluccio hizo sus estudios secundarios en la Escuela Nacional de Comercio de Ramos Mejia; íbamos al mismo año y turno -el turno tarde era femenino-, pero no estábamos en la misma división, y nuestra amistad no tuvo nada que ver con los estudios.

[Nunca pude entender cómo fue que Jorge estudió en una escuela comercial. Cualquiera que hubiera visto la pasión con que leía Mecánica popular, o la destreza que mostraba en el banco de carpintero que tenía en la piecita del entepiso de su casa, hubiera podido adivinar su boletín de calificaciones: 10 en física, química y merceología; 2 en contabilidad, literatura y caligrafía. No sé si terminó el secundario.]

Me gustaba verlo trabajar (pero, quizás temeroso a fallar, no traté de imitar su destreza manual), conversar con él (fanático lector de Selecciones, tanto en su versión mensual como del Almanaque mundial) y me llamaba la atención cómo "les contestaba" a sus padres (a quienes trataba mucho mejor, en términos absolutos, que como mi hija menor hoy me trata a mí).

[El choque entre la aproximación manual e intelectual y la realidad no podía ser más nítido. Jorge se armó una radio a galena, con la cual -con dificultades, pero resultado de su obra- él escuchaba radio. Yo me compré varios tomos de 48 lecciones de radio, con lo cual me hice experto en cosas como la "válvula 80", pero en mi vida intenté incursionar en algo práctico, por ejemplo, soldar 2 cables.]

Mudado a Padua, seguí yendo algunos sábados por la noche al cine del Ateneo de Versalles, pero ahora con Deluccio. Un sábado no estaba en la estación Liniers, como habíamos convenido. Decidido a ir sólo al cine, en la puerta su padre me pregunta por Jorge. Había desaparecido. Varios días después apareció... en su casa de Córdoba.

La amistad siguió algunos años más, a punto tal que a comienzos de 1965 pasé un par de semanas en Villa Los Altos. Pero después no nos vimos más.

[Ratificando mis sospechas, en Río Ceballos, en aquel momento, Deluccio se ganaba la vida... reparando motos.]<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> El 28 de mayo de 2007 Daniel García-Introcasa me envió un e-mail diciéndome que se había encontrado con Deluccio, y que su número de teléfono era 03543453618. Inmediatamente lo llamé a Jorge y -emocionados ambos- charlamos algunos minutos. Luego de lo cual me envió algunas fotos de aquella época, junto a una jugosísima carta, de una decena de carillas, donde me contó su vida (se había casado con una viuda, con quien había tenido

. . .

El tercer y último "mojón" de mi proceso de socialización es Guillermo Lladó. El contador Lladó fue mi primer empleador. Mi relación laboral con él será contada más adelante; lo que quiero registrar en este momento es su rol dentro de mi proceso de desarrollo personal.

Este rol fue, en buena medida, producto de una circunstancia: durante mis 6 primeros meses de trabajo mi horario fue de 16 a 20. Como entre setiembre y diciembre de 1959 Lladó vivía en Villa Sarmiento, Ramos Mejía, y yo en Liniers, a las 8 de la noche de cada día caminábamos juntos por Viamonte desde el 752 hasta la avenida 9 de Julio, donde estaba estacionada su camioneta IKA, y luego íbamos hasta Liniers... conversando durante unos 45 minutos.

[Haciendo cálculos, no pudieron ser muchas las ocasiones. Porque al ingresar en la UCA mi horario cambió y, consecuentemente, estos diálogos se hicieron más esporádicos; pero además, mientras preparaba el ingreso en la universidad, allá por noviembre y diciembre de 1959, después de trabajar me iba a leer a la Biblioteca Nacional. Sospecho que la intensidad de las conversaciones me las hace aparecer como si hubieran sido muchas.]

¿De qué hablaron, durante esos viajes, un agnóstico, racionalista, de 31 años y un católico fanático de 15? De qué no hablamos, mejor preguntar. Y qué tema no terminaba en una verdadera batalla campal, mejor todavía. Piedra no fácil de horadar la mía, Lladó comenzó al menos a fisurarla, complementando las conversaciones con lecturas, como La montaña mágica de Mann y buena parte de la obra de Hermann Hesse (pero a Narciso y Goldmundo, otro libro genial, llegué gracias a "Nina" Mueller, a quien conocí en el Instituto Torcuato Di Tella).

Con Lladó, además, conocí la cancha de San Lorenzo cuando estaba en la Avenida La Plata, las ciudades de La Plata y Mar de Ajó (esta última fuera de temporada), y vimos "Il Sorpasso" con Gassman, cuando como en su momento había ocurrido con mi tío Paco, algunos sábados por la tarde trabajar en la oficina no le pareció fascinante. A comienzos de 1976 Lladó tuvo otro gesto conmigo, del cual hablaré más adelante.

---

una hija, y que a raíz de una esclerosis múltiple vivía en silla de ruedas). Como en esa época yo viajaba periódicamente a Córdoba, para dictar un curso en el Banco ídem, quedamos en almorzar. El encuentro fue inolvidable. Durante la comida hablamos de todo, e insistió -junto con su mujer y su hija- en llevarme en su auto hasta el aeropuerto (manejaba la esposa). La foto que nos sacamos mientras esperábamos la salida del avión la incluí en el "corcho" que tengo en mi oficina, con otros recuerdos fotográficos.

Pocas semanas después, estando nuevamente en Córdoba, al volver al hotel luego de dictar otra de las clases encontré un mensaje de su mujer, para que la llamara urgente. ¡Jorge se había suicidado, pegándose un tiro en la cabeza!

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

7

#### SAN ANTONIO DE PADUA - HOLDEN GREEN - OTRA VEZ PADUA - FLORES

Aclare que vivíamos en una trastienda; también dije que la tienda, así como la trastienda, eran propiedad de la familia de mi madre. Consecuentemente, luego del casamiento de la última de mis tías solteras, dado que mi abuela no iba a vivir sola, y la Mercería Don Paco no podía ser atendida sólo por mi tío y mi madre, se decidió liquidar las propiedades de Liniers (una de las "1.000 casitas", el negocio y su trastienda, así como el departamento alquilado que estaba encima de la tienda).

Esta decisión planteó un problema: ¿a dónde irían a vivir "los de Pablo"? Para solucionarlo, se compró un terreno en Noguera 641, San Antonio de Padua... a alguien que mis padres, como vendedores del terreno, recién conocieron en la inmobiliaria, también sita en Padua, pero que vivía a menos de 100 metros de casa, en Liniers, y encima, ¡era clienta de la tienda!

[¿Por qué en Padua y no en Palermo Chico? es una pregunta suficientemente estúpida para que se conteste sola. ¿Por qué en Padua y no en localizaciones equivalentes desde el punto de vista del costo de los terrenos? Porque tanto Paco como Clarita ya vivían en Padua.]<sup>1</sup>

En dicho terreno, con fondos aportados por mi abuela -producto de la venta de su casa- en el primer semestre de 1958 se construyó una casa, que es la que todavía hoy (1990) habitan mis padres, a la que nos mudamos a comienzos de 1960.

---

<sup>1</sup> Con posterioridad encontré la escritura de compra del terreno. Si recuerdo bien fue adquirido en 1952, de manera que esta explicación debería ser tomada con pinzas.



[Mudarse cuando uno es adolescente tiene fuertes costos. Hay que empezar de nuevo en términos de amistades. Es evidente que mis padres no tenían alternativa; de haber podido quedarse en Liniers no hubieran ido a Padua. Pero igual, los costos fueron fuertes.

Mi "corte" con Liniers fue abrupto. Nos mudamos un sábado, y al otro día volví a Liniers a escuchar misa (vespertina) en Las Nieves, como si nada hubiera ocurrido. Pero al domingo siguiente no volví más. Por algún tiempo, como ya expliqué, me seguí viendo con Deluccio.]

A la luz de las comodidades de las de Liniers, la de Padua es una casa en serio. En aproximadamente 60 metros cuadrados cubiertos tiene cocina y comedor en un sólo ambiente, 2 dormitorios y baño. Da a la calle y tiene un pequeño fondo, con galería techada. Además, era flamante. La única reforma que se le introdujo, muchos años después de ser construida, fue el cerramiento parcial de la galería de atrás, para agrandar el comedor de diario.

[Claro que, de los 16 años en adelante, uno vive más fuera de su casa que dentro de ella. De la casa de Noguera como tal tengo pocos recuerdos, como por ejemplo buenos partidos de fútbol jugados con mi hermano en el fondo.]

La construcción de la casa estuvo a cargo de un señor de apellido Viaño, quien tenía una casa muy parecida, también sobre Noguera, pero casi al 400. Antes de eso mi vieja le había pedido a uno de los integrantes de la familia Borda, nuestro vecino de Liniers, flamante arquitecto, que le "dibujara algunas ideas". El muchacho, entusiasmado, hizo 7 proyectos diferentes en papel de plano, y se los envió a mi familia junto con... la factura. ¡Mis padres casi se desmayaron! No sé cómo terminó el episodio.

Mis padres devolvieron el préstamo que había hecho mi abuela, equivalente a la mitad del costo de construcción de la casa, pero entre abril de 1959 y junio de 1962... y a precios corrientes. Haciendo alarde de mis conocimientos económicos, en un almuerzo (seguramente en Navidad, que es cuando se sigue haciendo la reunión con los parientes en la casa de Noguera) sugerí que en realidad no habíamos devuelto todo el préstamo, porque lo que habíamos pagado no fue ajustado por inflación (no se hablaba de indexación en ese momento), y entre el préstamo y la devolución ocurrió, por ejemplo, la "hiper" de Frondizi. Mi vieja, sin prestarle atención a la fundamentación de mis argumentos, pero dándose perfecta cuenta de sus implicancias, la desestimó de cuajo.

[Cuando falleció mi mamá, entre sus papeles encontré el cuaderno en el que mi tío Paco había anotado pagos y devoluciones referidos a la construcción de la casa de Noguera. Ajustado por precios al consumidor, devolvimos 30% del préstamo; en dólares retornamos 47% de lo que nos prestaron.

Mi familia rara vez me consulta sobre temas económicos, y menos aún microeconómicos. Por lo cual siento un gran alivio.]

Padua me resultaba geográficamente familiar, porque desde muy chico había pasado fines de semana en la casa de Entre Ríos 50, de la que ya hablé; y además porque en Padua estaba la bicicleta de mi tío. Cuando digo Padua me refiero, en rigor, a Padua sur, porque como Liniers, el barrio está cortado en 2 por el ferrocarril Sarmiento; y también, en rigor, me refiero a las calles que en la década de 1950 estaban asfaltadas, muchas menos que las de ahora.

Noguera nace, precisamente, en la estación San Antonio de Padua, por lo que hay una sola manera "económica" de ir y volver desde mi casa a la estación. El Padua que luego de la mudanza integré, más allá del que conocía, surgió de recorrerlo en bicicleta los fines de semana (como en el Liniers de los 40's y los 50's, hace 30 años en Padua había muchos menos autos que ahora, incluso por Noguera, que es su principal arteria, por lo que era una delicia andar en bicicleta). Así fue como, además del barrio, recorrí Merlo, Ituzaingó, Libertad, Pontevedra y Padua norte.

[Para ecologistas: a comienzos de la década de 1960, con un muchacho de apellido Pereira, ¡remamos en el río Reconquista, en un bote alquilado cerca de puente Roca! Sueño con llegar a Paso del Rey, navegando por el río Reconquista.]

Pero así como Padua me resultaba geográficamente familiar, socialmente era terreno absolutamente desconocido... más allá de mis tíos y sus hijos, en ese momento lactantes. A mis amigos de Liniers, con la excepción de Deluccio, dejé de frecuentarlos, y en la UCA, a lo sumo, formé parte de un grupo de estudio, no de una barra de amigos.

Aquí es donde, otra vez, la Iglesia ocupó un lugar relevante. En efecto, si bien no inmediatamente, entré en contacto con los Jóvenes de Acción Católica de San Antonio de Padua donde, con el correr del tiempo, descubrí que no solamente había jóvenes sino también "jóvenas".

Una de ellas, a mediados de 1964, en un picnic que se hizo detrás del colegio San Antonio, donde ejercía el magisterio, me convidó con un helado. Palabra va, palabra viene, le declaré mi amor poco tiempo después caminando juntos frente al hospital de Moreno; me contestó afirmativamente en la confitería del ferrocarril Sarmiento de Once; noviamos menos de 2 años; nos casamos el 4 de junio de 1966, y seguimos bien juntos, ya cumplidas las bodas de plata matrimoniales (noviar con una maestra implicó conocer al simpático conjunto de maestras de aquella época, entre las que recuerdo a Estela Comastri, Alicia -"Licha"- Doderó, Blanca -"Quti"- Garola, María Rosa Giménez, Donatella Guaraldo, María del Carmen y Marta Melfa, Estela Miguel, Inés -"Quela"- y Nora Peláez, Beatriz Sposaro y Francisca -"Paquita"- Turliacer, además de quien luego sería una de mis cuñadas). En el momento de escribirse estas líneas Any está por lograr su licenciatura en psicología (va a ser una gran profesional, estoy seguro de ello).

[Mi mujer me humanizó, y le estaré eternamente agradecido por ello. Lo demás es patrimonio exclusivo de ella y mío. Con mi mujer somos, por sobre todas las cosas, "compinches".]

Ana María ("Any"... y otras cosas, para mí, "Nita" para su familia) es hija de Vicente y de María Josefina, inmigrantes italianos (de Alanno, provincia de Pescara) que se casaron en Argentina. Vicente, fallecido el 5 de setiembre de 1990 con 91 años cumplidos, llegó a Argentina procedente de Génova, en el Conte Rosso, el 9 de mayo de 1924. Como buen italiano, era zapatero y músico. Dándose cuenta de que tocando instrumentos musicales ganaba mucho más que remendando calzado, animó funciones de circo por todo el país (su descripción de la Argentina económica y social durante la década de 1920, desde Goya, Corrientes, hasta San Antonio Oeste, era memorable), hasta que la crisis de la década de 1930 lo obligó a cambiar la estrategia. Se hizo ciudadano argentino y, consecuentemente, pudo ingresar en el Ejército Argentino como... músico. Se retiró en 1950 con el grado de Sargento Primero. Cuando lo conocí, a mediados de la década de 1960, complementaba su jubilación militar formando parte de la banda de la municipalidad de San Martín. Su trombón hoy adorna mi living.

Nunca asistí a uno de sus conciertos, lo cual ahora lamento. Le contagió su amor por la música a sus hijos segunda (mi esposa) y cuarto (mi cuñado Eliseo, quien no concibe escuchar un concierto excepto a todo volumen, sometiendo a duras pruebas el cielorraso del living de su casa paterna); pero como me tomó algún tiempo, cuando me "convertí" a la música, don Vicente ya se había retirado de la banda municipal. Me consta que en el primer semestre de 1970 ya era melómano (reconocí la Sinfonía 1812 en la radio del auto en que viajaba de Bruselas a Brujas), y desde entonces no paré más (en las primeras etapas de mi apreciación musical me vinieron muy bien las "locuras" que con porciones de la música clásica hizo el lamentablemente desaparecido Waldo de los Ríos).

Sin embargo, demoré hasta el 4 de junio de 1979 para atreverme a escuchar música en el Teatro Colón, cuyas instalaciones había recorrido una década antes, en una visita guiada. Festejando 13 años de casados, y al tiempo que con Any no nos cansábamos de admirar la fantásticas dimensiones, arquitectura y acústica de la sala, nos deleitamos con "cuarto" de Beethoven (¿habrá sido su concierto para piano y orquesta o su sinfonía?). Desde hace casi una década somos habitués del Primer Coliseo, y hemos asistido a funciones de ballet, conciertos y ópera desde prácticamente todos los tipos de localidades existentes. En 1992 pude apreciar su sensacional acústica cuando la noticia que comunicó un empleado -no un tenor- desde el escenario, sin ayuda de micrófono, quizás levantando la voz pero obviamente no gritando, me resultó perfectamente audible -y eso que soy algo sordo- desde el palco 11, muy cerca del presidencial, es decir, casi en el fondo de la sala (por las dudas, en el Colón no hablo mal de nadie). Escuché música en salas de Helsinki, Londres, Melbourne, Munich, Nueva York, Tel Aviv y Washington. Más conozco otros, más admiro al teatro Colón.

[Entiendo, porque lo tuve, el temor de muchos amantes de la música de atreverse a ir al Colón; por eso a los temerosos les digo que me esperen en Libertad y Tucumán, que entramos tomados de la mano, para vencer las inhibiciones.]

Mi apreciación musical es totalmente intuitiva; sé dibujar una clave de sol, pero no leer música. Leí buena parte de las biografías de músicos que publicó Javier Vergara y, a quienes quieren aprender a escribir les aconsejo que vuelvan a escuchar su pieza musical preferida, pero ahora prestándole atención a la estructura musical, para advertir cómo hace un músico para comunicar su tema y su melodía.

Harto de que los conductores de Radio Nacional y de Radio Ciudad reemplazaran la "música culta o de elites" por absurdos comentarios sobre los temas más diversos, para colocar las radios "al servicio del pueblo", me convertí en uno de los primeros fanáticos de radio Clásica, que probó que transmitir música clásica tiene demanda... y produce beneficios (97,5 es el único número del dial que recuerdo). En Mar del Plata me deleito con el SODRE uruguayo<sup>2</sup>.

[Toda esta digresión musical derivó del recuerdo de mi suegro. De Vicente, quien nunca pasó de la escuela primaria, siempre me llamó la atención su enfoque "macro" en el tratamiento de las cuestiones, y su fastidio por no poder seguir leyendo los diarios cuando, por atolondrado, se tiró cal en los ojos al revocar una pared. Durante muchos años lo "alimenté" con noticias, hablándole al único oído que le funcionaba.

Mi padre, en cambio, tiene naturalmente un enfoque "micro" de la realidad. Nacido en 1909, cuando le pregunté qué recordaba de la revolución de 1930 contestó: que "me salvé de la conscripción, por ser hijo mayor de madre viuda".]

Nos casó por Iglesia un franciscano, de apellido Ameri, que era muy amigo, tanto de Any como mío. Debió haber sido de mis primeras manifestaciones de rebeldía no aceptar (como mi familia supuso desde un comienzo) que nos casara mi tío, el salesiano Ramón Valero. Si mal no recuerdo, el cura no vino al casamiento porque, según parece, "si no iba a casarnos no habrían de darle permiso para asistir". Durante la ceremonia religiosa cantó nuestra amiga Inés Calabrese (hoy de Isola). Luego de la fiesta Alberto T. López, conocido tributarista cuyo esposa es amiga de la infancia de mi madre, nos llevó a Constitución para tomar el ómnibus para Mar del Plata (no creo que a López, quien vive en Haedo, le hiciera mucha gracia tener que ir hasta Constitución; pero tampoco creo que le hayan preguntado su parecer).

Luego de una cortísima luna de miel en Mar del Plata (en el hotel Benedetti, al que volvimos asiduamente hasta que en 1984 compramos nuestro propio departamento, frente al parque San Martín), porque estaba haciendo el servicio militar, vivimos algo más de un mes en una casita que mi tío Paco había construido en lo que originalmente era un gallinero, en los fondos de su vivienda, en Entre Ríos 50.

. . .

El domingo 24 de julio de 1966 partimos para los Estados Unidos, donde yo habría de estudiar durante 2 años en la universidad de Harvard. Luego de pasar 4 días en Nueva York

---

<sup>2</sup> Lamentablemente, radio Clásica se terminó fundiendo. En Mar del Plata, desde hace algunos años, quienes sintonizan 90,9 encuentran radio Concierto, que también pasa música clásica.

(Naciones Unidas, el Empire State -las "Twin Towers" no existían-, el Central Park, un parque de diversiones en el cual invité a mi flamante esposa a subir -por primera vez en su vida- a una montaña rusa; lo cual casi puso en peligro nuestro matrimonio), donde vivimos en la casa de una amiga de mi vieja, "la china Lorenza... Li" (es decir, china de China, aunque nacida en Argentina), llegamos por ómnibus a Boston, para asistir a un curso de inglés de un mes y medio dictado por la universidad de Boston.

Como parte del curso conocimos Fenway Park, el estadio de béisbol de los "Red socks", así como un estudio de televisión; y pasamos el primer fin de semana en la casa de una familia americana, la de Ralph y Ruth Mc Kay, ubicada a una hora de Boston en ómnibus, en las afueras de Hudson, New Hampshire (en esa época la casa no tenía número; con los años en las cartas hubo que anteponer el "17" a Barrett Hill Road). Ralph, gerente de personal de una empresa que le vendía no sé qué insumo a la fábrica Dow, que entonces elaboraba la bomba Napalm para la guerra de Vietnam, renunció, en señal de protesta a su carrera de ejecutivo medio, comenzó a participar en marchas por la paz, se dejó la barba, se hizo carpintero, fabricaba hasta su propio jabón y argumentaba contra el "Sistema" con una contundencia que descoloraría a cualquiera de los dirigentes comunistas de Argentina. Su mujer lo acompañaba en todo (estuvo presa, durante 20 días, cuando tenía más de 60 años).

[Pero como la amistad está por encima de las diferencias ideológicas, luego del fallecimiento de Ralph, con mi mujer invitamos a Ruth a que conociera Argentina. Luego de más de un año de preparativos, porque entre otras cosas tenía que ver quién cuidaba de su suegra, finalmente Ruth llegó a nuestro país... el 25 de mayo de 1989, es decir, en plena híper y disturbios sociales. ¿Puede alguien imaginar a una venerable "joven" de casi 70 años, en su primer viaje significativo fuera de los Estados Unidos, desde una localidad que es, dicho con todo respeto, como vivir en las afueras de San Pedro, provincia de Buenos Aires, a un país con híper de cuyo idioma no sabía ni una sola palabra? Sus parientes, mejor informados, le sugirieron que no viajara, pero ella les replicó: "Voy a la casa de amigos; ¿qué problema puedo tener"? La visita, por supuesto, resultó maravillosa... a pesar de las circunstancias.]

¿Cómo me fue con el inglés en los Estados Unidos? Dentro de la universidad lo explico más adelante, ahora describo la parte que corresponde a la vida extraacadémica. El día en que con Any llegamos por primera vez a los Estados Unidos, y luego de un minúsculo episodio en inmigraciones, nos encontramos con la argentina Li. Del aeropuerto nos llevó a su casa y de ahí, en subte, hasta que nos indicó cómo visitar las Naciones Unidas, donde había tours en castellano.

De manera que, en rigor, sólo cuando terminó el tour, puede decirse que "ingresé" en los Estados Unidos. Se había hecho mediodía. Dentro mismo del edificio de las Naciones Unidas vi un cartel que decía "cafetería" y nos metimos. En mi mejor inglés ordené "two hot dogs and two cokes", y aparecieron... 2 panchos y 2 Coca Colas. Entonces pensé: "esto es muy fácil". Al salir del edificio de la ONU vi una heladería (recuérdese que era julio, pleno verano en Nueva York). Envalentonado por el episodio anterior, para quedar bien con mi flamante esposa la invité a tomar un helado. Aceptó... y morí. Porque al intentar pedir un simplísimo

helado de crema y chocolate advertí, de repente, que ni entendía nada ni era capaz de hacerme entender (¡qué ganas de volver al aeropuerto, para regresar a casa!).

Tengo miles de anécdotas. Explicarle al peluquero el tipo de corte que quería era un drama, hasta que escuché que quien se había hecho atender antes que yo, simplemente, había dicho "medium" (mediano). A propósito: la moda del cabello largo entre los hombres le provocó una flor de crisis a la peluquería que había frente a la universidad, sobre la avenida Massachusetts, la cual apenas utilizaba los 2 primeros de los 6 sillones instalados. Por fortuna, en los supermercados se compra sin hablar y en los subtes se viaja consultando los mapas.

[No es cómodo tener dificultades para entender y hacerse entender, pero nadie se muere por no hablar el idioma de un lugar. A mayor precio, menor cantidad demandada lo cual, en el plano idiomático, quiere decir tendencia a cerrarse. Hasta que, poco a poco, a uno se le van abriendo la boca y los oídos.

Ver televisión, aunque al comienzo no se entienda nada, ayuda muchísimo. Recién meses después de haber comenzado a ver sistemáticamente el informativo, empecé a tener idea del tema que se estaba analizando, salvo cuando la información estaba respaldada por imágenes (cosa que antes no era tan frecuente como ahora). Por eso, si no entiende el CNN, no se desanime e insista.]

En Harvard le alquilamos a la propia universidad un departamento en Holden Green, un conjunto habitacional ubicado a 6 cuadras de Harvard Square. Harvard Square, literalmente la boca de la estación Harvard de la línea roja del subte y un puesto de diarios, es realmente - desde el punto de vista extraacadémico- el centro neurálgico de la Universidad. Por u\$s 83 mensuales (una bicoca también entonces) disponíamos de comedor, dormitorio, baño y cocina. El departamento tenía calefacción por caldera, además de heladera, termotanque, cama, escritorio, sillas, etc. (al año, por cuenta de la universidad, pintaron el departamento). En cuanto llegamos compramos un televisor, lo cual resultó crucial para mejorar nuestro inglés.

[Mirando el departamento, como mirando los ómnibus, aprendimos que las cosas no tienen que ser nuevas para funcionar, si se las mantiene apropiadamente. Holden Green, en esa época, ya tenía más de 70 años de existencia, pero sin embargo todo funcionaba.]

En la cocina del departamento había un aparato de teléfono, correspondiente al 491-0911, el cual conectaron 2 días después de haberlo solicitado. Las cuentas de gas, luz y teléfono se pagaban por correo (las notas de los exámenes también llegaban por correo). La universidad tiene una cooperativa, la "Coop", donde se podía comprar al contado o a liquidar a fin de mes (nuestra primera experiencia con tarjetas de crédito). Cuando uno sobregiraba sobre su cuenta corriente, en el banco no pensaban que era delincuente; pensaban que era un idiota, y por hacerles perder el tiempo debitaban u\$s 3 (¡que hay que ver cómo dolían!).

[Cuando en 1986, es decir, 20 años después de haber estudiado, volví a entrar en la "Coop", ¿podría haber comprado con los ojos vendados! Allí no se reinventa todo cada día; lo que funciona, sigue.

Particularmente cuando uno es joven, estudiar en el exterior es una experiencia enriquecedora, tanto académica como extraacadémicamente (volveré sobre este punto más adelante).]

Para "hacer algo" y de paso complementar las finanzas familiares, Any decidió buscar trabajo. La acompañé hasta la puerta de una casa de familia donde solicitaban una baby-sitter, para la consiguiente entrevista, pero finalmente terminó enseñando castellano en Berlitz (por u\$s 2,10 la hora, mucho dinero en aquella época, con un costo de u\$s 10 para el alumno). En los denominados "cursos de inmersión total" tenía que acompañar a almorzar a los alumnos, lo cual le permitía comer en lugares a los cuales no podíamos acceder en ese momento, y de paso, ver ruborizarse a un ejecutivo americano a quien una mujer le paga el almuerzo en la caja del restaurante. Un mes Any ganó más que mi beca (u\$s 405 mensuales, una suma fantástica para la época). Con el nacimiento de Gabrielita Any dejó de enseñar castellano, y nuestra cuenta de ahorros del Harvard Trust Company comenzó a descender, a partir de un máximo de u\$s 1.555.

[Como a cualquier hijo de vecino, en Berlitz le retuvieron aportes para la jubilación y, en algunos meses, el impuesto a las ganancias. En su momento le preparé la declaración anual de este último impuesto, como resultado de la cual -según mis cálculos- le habían retenido de más. Recibimos, por correo, la devolución correspondiente. Pero al terminar los 2 años e ir a la Dirección General Impositiva de los Estados Unidos para que nos dieran el OK correspondiente antes de salir del país, la empleada me señaló que una de las deducciones que había hecho, sólo era aplicable para los ciudadanos de los Estados Unidos. Se apiadó de nosotros, a punto tal que "fabricó" una declaración incluyendo donaciones a la Iglesia bien por encima de lo que poníamos en la misa, como resultado de lo cual sólo tuve que pagar la mitad de lo que nos habían devuelto.]

Al año de estar en los Estados Unidos, más precisamente en la madrugada del 30 de agosto de 1967, nació Gabriela Inés, nuestra hija mayor. Lo hizo en la sección maternidad del Hospital de Mujeres de Boston, dentro de un programa para estudiantes, lo cual significó tener que pagar u\$s 260, aproximadamente un tercio de los honorarios normales de la época. La bautizó, pocos días después de nacer, en la iglesia de San Pablo, el presbítero Gabriel Cámara, y sus padrinos reales fueron mi hermano Oscar y mi cuñada Nélica, representados respectivamente por Enrique Low, compañero de Harvard, y Angela Abálsamo, amiga de Any y entonces residente en Cambridge. Cuando nació Gabriela Any dejó de trabajar... hasta que yo aprobé los exámenes generales, a comienzos de mayo de 1968, en que regresó al trabajo otra vez, para salir algo de casa y de paso volver a ganar algunos dólares más.

¿Cómo era Gabrielita en los Estados Unidos? Recuerdo un par de grandes ojos negros; que el 31 de diciembre de 1967, a las 12 de la noche, se despertó (como diciendo: yo también quiero participar del Año Nuevo); que por temor (y ausencia de abuelos) no la hicimos gatear a tiempo, lo que retrasó el comienzo de su andar independiente; y que como padres primerizos,

aprendimos que los bebés, a los 6 meses, aprenden a rodar, cuando se nos cayó de la cama. Nos morimos de miedo cuando, también a los 6 meses, un médico sugirió hacerle no sé qué estudio (felizmente no apareció nada de lo temido).

Nueve meses de invierno (con 3 de nieve), las presiones del estudio y las restricciones financieras, limitaron las salidas durante nuestra vida de estudiantes. Antes de que naciera Gabriela íbamos bastante al cine (particularmente al Brattle Theatre, una simpática "ratonera" distante una cuadra de Harvard Square, donde una vez me tomé el desquite idiomático, porque proyectaron *Viridiana*, de Buñuel, y entonces ¡fueron ellos los que tuvieron que leer los subtítulos!), una vez a comer afuera, a veces a caminar por las hermosas orillas del "río Carlos", y fuera de la zona fuimos a fines de enero de 1967 a Washington (aprovechando horarios en que las tarifas aéreas eran más baratas, con lo que aprendí lo de la tarifación de "alta y baja temporadas") y en julio del mismo año, con Any portando su "pancita" de 8 meses, a la Expo 67, en Montreal, Canadá. Aprobados mis exámenes generales, a mediados de 1968 volvimos otros 4 días a Nueva York. De regreso en Argentina paramos unos pocos días en la ciudad de México donde, con mis atléticos 24 años, subí la pirámide de la Luna de Teotihuacán con Gabrielita, que entonces tenía 10 meses, sentada en una práctica mochila que habíamos comprado en Boston, y que era tan desconocida en Nueva York que un día, frente al edificio de las Naciones Unidas, un americano me preguntó si la había comprado en... Vietnam.

Ni Any ni yo habíamos tocado nieve nunca, de manera que la esperábamos con alguna ansiedad. En la noche del 24 de diciembre de 1966 cayó la primera nevada. Fue espectacular (no hace frío mientras nieva sino después, así que salimos al jardín, escribimos mensajes que fotografiamos para enviar a casa, etc.). Luego vino la porción menos atractiva: el hielo que se forma en los senderos (se aprende a caminar, sobre todo luego de caerse un par de veces), la suciedad que se mete en casa si uno no deja el calzado afuera, etc.

[En los Estados Unidos aprendí a comer helados durante todo el año. Me llamó la atención estar comiendo un flor de cucurucho, con "jimmies", es decir, pequeños bastoncitos de chocolate, sin costo extra, mientras afuera nevaba.]

Holden Green era un conjunto de casas y de departamentos para estudiantes. Confraternizamos particularmente con quienes, durante nuestro segundo año de estadía, fueron nuestros vecinos de enfrente y de abajo. Frente a nosotros vivían los ingleses Turner. Steve, ya doctor en química, había ido a Harvard a hacer un posdoctorado, acompañado por su esposa Stephanie. Debajo de nosotros vivían los finlandeses Sandelin. Karl, pastor protestante, fue a Harvard a estudiar hebreo antiguo, acompañado por su esposa Ringa. Las frecuentes reuniones de los 3 matrimonios se hacían principalmente en nuestra casa, por 2 razones: porque éramos los únicos que teníamos televisión, y éramos los únicos que teníamos... una hija (los Sandelin habían venido a Harvard con una beca para solteros, de modo que les prestábamos hasta la plancha... los jueves).

Quizás porque era quien mejor manejaba el inglés, en una de esas por su personalidad, lo cierto es que de dichas reuniones a quien más recuerdo es a Steve. La única vez que le vi



perder el humor fue cuando, en 1967, Inglaterra devaluó la libra (traté de calmarlo, diciéndole que yo estaba muy acostumbrado a ello). Stephanie, aficionada a la cocina, aportaba sabrosas tortas. Y todos, absolutamente todos, su humanidad lejos de casa. Reunidos una noche en casa comenté que al día siguiente tenía examen. Al otro día me despertó el teléfono: eran los Sandelin, que me llamaban en el preciso instante en que iba a comenzar el examen (al cual llegué, medio vestido, unos 10 minutos después). Cuando les agradecí, me aclararon que -debido a los viejos pisos de madera de Holden Green- ellos registraban cada uno de nuestros movimientos, y no sintiendo ruidos esa mañana conjeturaron -correctamente- que nos habíamos quedado dormidos.

[La fortuna quiso que tanto Any como yo pudiéramos visitar a nuestros ex vecinos en sus propias casas.

Conocimos Finlandia en 1986, a propósito del congreso organizado en honor de mi querido amigo Carlos Díaz Alejandro. Nos trasladamos de Helsinki a Abo (Turku), donde pasamos con los Sandelin un día inolvidable (ahora tienen 2 hermosos hijos).

El reencuentro con los Turner fue increíble. A comienzos de 1981, invitado por el Instituto Argentino de Ejecutivos de Finanzas (IAEF), fui con mi mujer a Londres a estudiar el programa económico de Margaret Thatcher. Habíamos perdido todo rastro de los Turner. Un día, bajando de un taxi para una reunión en Canning House, veo a Steve venir caminando. Un desfase de pocos segundos hubiera sido suficiente para que el reencuentro no se hubiese podido concretar... y esto ocurrió en una ciudad de 8 millones de habitantes. Con los Turner, que entonces tenían 2 pícaros varones, pasamos un sábado también inolvidable.]

Los encuentros sociales con los argentinos en Cambridge eran más esporádicos, por razones de distancia. El primer fin de año lo pasamos en la casa de los Bronfman, quienes también vivían en Holden Green; y alguna vez vino a comer a nuestro departamento Héctor Luis Diéguez, entonces soltero. Los Berlinski, como los Landau, vivían en Peabody Terrace, de modo que -fuera de la universidad- los contactos frecuentes eran imposibles. Contemporáneamente, pero en las escuelas de negocios, estudiaban Manuel Sacerdote en Harvard, y Carlos Lara en MIT, con quienes nos visitamos algunas veces, probando que nuestra condición de compatriotas en el extranjero venció la legendaria rivalidad que existe entre las escuelas de economía y de negocios (que en el caso de Harvard, según algunos, llevó a ubicar dichas escuelas en diferentes márgenes del "río Carlos"). En Cambridge también conocimos al matrimonio Avilés, mientras Jorge intentaba (infructuosamente) ingresar en el doctorado en Administración Pública de la Universidad Harvard, algo imposible para extranjeros, y mientras tanto llevaba adelante una encuesta que el Instituto Di Tella estaba realizando en los Estados Unidos sobre el brain drain (emigración de cerebros). A mediados de 1968, en la casa de Avilés, conocimos a Alfredo Navarro y a su mujer, con quienes desde entonces trabajamos una sólida amistad. Porque pasaron por Cambridge en ese momento, nos visitaron en Holden Green Alieto Guadagni, Mario Brodersohn y Marcos Dumas.

. . .

Cuando al mediodía del sábado 27 de julio de 1968 regresamos de los Estados Unidos, hacia 2 años que estábamos casados y vivíamos solos. Nuestro grado de independencia, sin embargo, no fue suficiente como para pensar en vivir en algún lugar diferente de San Antonio de Padua, aunque sí -después de unos pocos días que pasamos en las casas de mis padres y de mis suegros- para vivir solos.

Alquilamos por 6 meses una casa ubicada en Padua norte, en la calle Río de Janeiro 710, a una maestra que había sido compañera de Any, cuyo esposo, ejecutivo medio especializado en relaciones laborales, varios años después fue asesinado en un atentado terrorista. Casi inmediatamente con el alquiler fuimos cumplimentando los trámites para adquirir la que sería nuestra primera casa propia, ubicada en Congreso 521, también en Padua norte.

¿Cómo podía hacer en ese momento un flamante graduado en el exterior, que recién regresaba al país, para comprar una casa que costaba algo menos de u\$s 10.000 de aquel entonces? Sacando el 10% del precio total de su bolsillo (todo lo que tenía), otro tanto del bolsillo de sus padres (todo lo que tenían), y el 80% con un crédito a 5 años, a tasa de interés prácticamente fija, otorgado por el Banco de la Provincia de Buenos Aires (esta compra, como explicaré más adelante, precipitó mi ingreso en el periodismo escrito).

[Destaco la disponibilidad de crédito, no su costo subsidiado. El programa antiinflacionario de Krieger Vasena estaba en pleno funcionamiento y, seguido por José María Dagnino Pastore, lo estaría por más de un año y medio más. Jugar a la "hiper" a fines de 1968, en términos crediticios, era un suicidio.]

Solicité el préstamo dentro de una línea de créditos disponible para cualquiera, con fecha de vencimiento para la presentación de toda la documentación, por razones de "cupó" financiero. Cuando con el vendedor y el intermediario reunimos todos los papeles necesarios, al ir a pedir no sé qué documento quien vendía se encontró con que la casa estaba embargada, a punto de ser rematada, porque el anterior dueño no había pagado la última cuota del pavimento, una insignificancia desde el punto de vista monetario.

La cuestión, por supuesto, no consistía en saldar la deuda sino en levantar el embargo, y hacerlo con suficiente rapidez como para poder presentar todos los papeles en el Banco Provincia antes del vencimiento. Fui a hablar con el empleado, y también con el gerente de la sucursal Padua, quienes me atendieron cortésmente, pero me indicaron que "presentara una nota", dejando flotar una sensación de... "sonaste, porque ahora la manija la tenemos nosotros".

Entonces, ante mi desesperación, se pusieron en marcha otros mecanismos. Mi maestro y amigo José María Dagnino Pastore era a la sazón ministro de economía de la provincia de Buenos Aires. A su pedido, una vez por semana -luego de trabajar en FIEL- me iba hasta La Plata porque estábamos preparando juntos una monografía que luego presentaríamos en un seminario organizado por el INTAL (como a Pastore le interesa más el trabajo que el status,

para terminar dicha monografía no dudó en aparecerse un sábado por mi casa. Espió mi biblioteca, en ese momento un conjunto de libros apilados sobre el suelo, para ver "qué había de nuevo en Harvard"). No me atrevía a plantearle el problema pero seguramente que mi rostro reflejaba "algo". En la mitad de una tarde me preguntó qué me ocurría. Le conté todo. Se fue a su oficina. Cuando regresé a la noche a casa, Any me contó que el gerente de la sucursal Padua del Banco Provincia había venido corriendo a casa, para pedir por favor que presentáramos la nota pidiendo la prórroga para la presentación de la documentación, porque "el Directorio" del banco la tenía que considerar. El préstamo, finalmente, fue otorgado... y pagado hasta el último centavo.

[Como dije en el capítulo dedicado al autorretrato, sólo cuando algo se traba por consideraciones ajenas a las reglas del juego pongo en funcionamiento todas las influencias que tengo, que normalmente no son pocas.]

Las penurias administrativas no terminaron ahí. Por una parte, porque luego de levantado el embargo hubo que inscribir el título de propiedad en el Registro de la provincia de Buenos Aires. Para lo cual el vendedor y yo una tarde fuimos hasta La Plata en su Citroen para, con la "palanca" de José María, hacer el trámite en mano yendo de una oficina a otra (conseguimos finalizar la gestión, a pesar del enojo de cada uno de los funcionarios intervinientes, no por el acomodo sino por tener que trabajar en un día de semana en que era absolutamente normal hacerlo en todo el país... excepto en La Plata, porque el Estudiantes de Zubeldía jugaba uno de sus famosos partidos internacionales); y luego porque -como en el cuento del arbolito- con todo listo (incluyendo el crédito acordado), resultó que no se podía escriturar porque faltaba no recuerdo qué papel. Al escribano designado por el banco para hacer la operación le propuse que, para aceitar el mecanismo, pusiéramos m\$ 3.000 (algo menos de u\$ 10). "Ya puse esa cantidad", me respondió. "Pongamos otros m\$ 3.000, entonces". "No", dijo, porque eso sería desvirtuar el proceso (aprendí que el proceso se desvirtuaba con los segundos m\$ 3.000).

[Cuando en 1976 vendí la casa, el comprador también utilizó un crédito del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Conversando de temas varios con la escribana designada por la institución financiera para hacer la operación, le pregunté por el escribano a quien yo había conocido en 1969 al comprar el inmueble. "Está prófugo", me dijo. Resultó que en 1974 había utilizado los fondos del colegio de escribanos de Morón, para financiar la fabricación de cinturones de seguridad, cuyo uso obligatorio daba por descontado dada su amistad con Perón (sic), y como ninguno de los supuestos coincidió con la realidad se fundió y tuvo que desaparecer.]

A la calle Congreso nos mudamos en febrero de 1969. La primera casa que era nuestra tenía living y comedor en una sola habitación bien amplia, 2 dormitorios, baño, cocina y algo de fondo, con parrilla (donde tanto mi suegro como mi cuñado Eliseo tuvieron oportunidad de

lucirse); pero a diferencia de la "típica" casa del oeste de la ciudad de Buenos Aires, no tenía techo de tejas rojas sino de losa.

[Recuerdo esa casa con mucho cariño.]

Viviendo en mi casa en Padua norte descubrí 3 cosas: en primer lugar, que San Antonio de Padua no está dividido en 2, como todos los pueblos cortados por el ferrocarril, sino en 3, porque Padua norte a su vez está dividido en 2, dado que del lado norte de la estación, y a la altura de ésta, hay un campo de golf, como en Hurlingham y en Ranelagh (estoy seguro de que si, con el centro en el Congreso de la Nación, se traza una circunferencia a la altura de Padua, en la intersección con cada línea de ferrocarril se va a encontrar un campo de golf, construido para esparcimiento de los gerentes ferroviarios ingleses). Lo cual implica que, estando en cualquier lugar de Padua norte "hacia Ituzaingó", y teniendo que ir a cualquier lugar de Padua norte "hacia Merlo", hay que ir irremediamente hasta la estación... o cruzar el golf.

La segunda cosa que descubrí viviendo en Congreso es que Padua sur, donde vivían mis padres y mis suegros, era más lindo que Padua norte "hacia Merlo", que es donde vivía yo (en particular, las calles eran más amplias y la edificación más moderna), pero entonces no tenía dinero para vivir en Padua sur.

Pero el tercer descubrimiento fue el más importante. Ocurre que tener casa propia hizo florecer en mi esposa una pasión que hasta ese momento, por falta de oportunidades, había permanecido latente: la de reformular cuanto casa propia habita. Comprendo que el hombre, pasando en la casa muchas menos horas que la mujer, considere tolerable algunas cosas del inmueble que a la esposa le resultan imbancales, pero en el caso de Any creo que es una suerte de droga. Por razones presupuestarias la reforma hubo que encararla en 2 etapas, con un total de varios meses "en obra".

[Tenga cuidado si Ud., estimado lector, invita a mi esposa a su casa. Es probable que, luego de un rato, esté con papel y lápiz haciendo bosquejos con su mujer... ¡y lo peor es que son muy buenos!]

En octubre de 1969 pudimos comprar nuestro primer auto, un Peugeot 404... ¡cero kilómetro! ¿Eramos potentados? No, había crédito. Los u\$s 4.000 que costó el rodado los pagamos así: un tercio al contado, con monedas que teníamos en el bolsillo y un crédito personal, otorgado por el Banco de Crédito Argentino (utilizando la línea de créditos para consumo, en pesos, equivalentes a u\$s 1.000, que Krieger Vasena había lanzado como parte de su política económica); y los 2 tercios restantes fueron financiados por el vendedor, en 36 cuotas. Siempre tuve Peugeot; el que ahora (1990) poseo es el quinto, pero sólo el segundo que compré cero kilómetro.

[Desde esta perspectiva, la diferencia fundamental que encuentro entre la Argentina de fines de la década de 1960 y la de 20 años después, es que en la segunda desapareció el crédito como fuente de acceso a bienes durables de consumo. Un joven y oscuro investigador, en ese entonces, podía acceder -matándose con el trabajo, para pagar las cuotas, como explicaré más adelante- a su casa y auto propios.]

A comienzos de 1970, camino a Villa Gesell choqué el flamante Peugeot (tenía 8.000 kilómetros recorridos), porque, llegando a Dolores, antes de cruzar el puente sobre el Canal 9, iba prestándole tanta atención a los carteles que aconsejaban "precaución", ¡que no me di cuenta que la fila de coches que iba delante de mí se había detenido! (los destrozos no fueron de consideración, y además como adeudaba parte del coche tenía seguro contra todo riesgo, pero el hecho nos amargó nuestra primera vacación familiar). Volví a chocar el mismo Peugeot, 5 años después, en Morón, y también en la parte frontal, pero esta vez fui completamente inocente, porque; ¿quién puede esperar que un rastrojero que cruzó de izquierda a derecha la calle por la que yo circulaba, iba a retroceder, al darse cuenta que lo que tenía que hacer era doblar y no seguir derecho? Por último, choqué mi segundo "Yeyo", hace más de 10 años, una mañana en que había llovido, y tanto el otro auto como el mío patinaron al intentar frenar, mientras circulaban por las empedradas calles de Flores (íbamos tan despacio, que faltó poner música de "Holiday on ice" mientras el otro conductor y yo, atónitos y sin poder hacer nada, veíamos cómo nos acercábamos).

[Nos saludamos cordialmente, intercambiando los datos de nuestros respectivos seguros (mi hermano Oscar, quien trabaja en una compañía de seguros, me explicó que al haber chocado con mi trompa su costado, la responsabilidad era mía... hasta que no se probara lo contrario), y quedó claro que había sido un accidente.

Muchos meses después recibí una carta de la compañía de seguros del otro conductor, de tenor ultrajante (no solamente explicaba el episodio de manera totalmente fantasiosa, sino que se refirió a mí en términos muy duros). Se la mostré a mi hermano, quien me aclaró: "no te preocupes, las hacen a mimeógrafo".

Fue la segunda vez en mi vida que recibí una carta escrita así; en la anterior ocasión me reclamaban el pago de una cuota de un crédito personal en el que había salido de garante (resultó que para cuando la recibí, la susodicha cuota ya había sido abonada por el deudor). No hay derecho a que los reclamemos, particularmente los indebidos, se hagan así.]

Una de Gabrielita: un mediodía estábamos en casa de mis suegros, y Gabi estaba caidísima. Mi suegra sentenció: "la chica está ojeada". Habló con una vecina (mientras no tocaran a la piba, que mi suegra hablara con quien quisiera). Josefina volvió y dijo que efectivamente Gabriela estaba ojeada, pero que "a las 4 de la tarde se iba a poner bien". No dije nada. Nos fuimos con Any y la nena a nuestra casa, Gabrielita se recostó en el living y yo junto a ella. Al rato se levantó como un resorte, y comenzó a jugar y a saltar como si nunca le hubiera pasado nada. Miré el reloj: 4 en punto. Creer o reventar.

Viviendo en Congreso, el 23 de mayo de 1971 llegó al mundo Cecilia María, para hacerle compañía a Gabriela Inés y a nosotros 2. En 1967, subsidiado, el parto en los Estados Unidos había costado u\$s 260; en 1971, en una clínica privada de Ituzaingo, el parto en Argentina costó u\$s 190.

Ceci, de beba, era una rubia total. Hasta que nos mudamos a Flores en 1976, las 2 chicas tuvieron casa con fondo y césped, lo cual -a su manera- las tuvo en contacto con la naturaleza (conservo muchas fotos de mis hijas jugando en el fondo de la casa de Congreso).

Any, quien desde 1973 había vuelto a trabajar como maestra en el Colegio San Antonio, dejaba a Cecilia al cuidado de Eulalia, vivo ejemplo de cómo la pobreza puede coexistir con la dignidad y el resto de los valores humanos que los simplistas sólo le adjudican a los que tiene plata... lo cual revela desconocimiento simultáneo de los pobres y de los ricos.

[Eulalia también nos enseñó las dificultades objetivas que enfrenta quien, planteando su vida y la de su familia según los valores mencionados, no tiene más remedio que vivir en un barrio alejado, incómodo e inseguro.]

En Congreso la vida social no era muy intensa. Quienes tenían la valentía de hacer la travesía desde "downtown Buenos Aires" hasta Padua para cenar con nosotros eran "los Badaraco", matrimonio integrado por Marta Ramos, a quien conocía de la UCA, y Ernesto Badaraco, ingeniero que entonces trabajaba en SEGBA (sus visitas eran antológicas porque invariablemente llegaban muy tarde... y corregían la hora de salida en consecuencia; pero con ellos no había tiempo para aburrirse). En la casa de Congreso hicimos (en rigor, hicieron) un par de asados con alumnos míos de la Universidad del Salvador, y también -con la participación del grueso de la "barra" de la parroquia, integrada por Inés Calabrese, Ana María y María Rosa Capria, Carlos Cuello, Nieves De Leo, Aldo Gosso, Carlos ("Charlie") y Cecilia Hurley, Carlos y Marta Isola, Carlos y Jorge Lagar, Juan Carlos, Norberto y Osvaldo Marengo, Raúl Masuco, Delia Rossi, Mabel Sala, Mario Tisi, Alberto y Ana María Vaamonde, Jorge Villafane y mi hermano (el líder de las pintarrajeadas, la harina y todas las cosas que se le hacen a los novios en las despedidas de soltero) le hicimos la despedida de soltero a Aldo Gosso (entonces alto empleado y hoy -1993- vicepresidente de CIDEDEC), cuyo camión utilizábamos para ir a Lobos y Lujan de picnic. CIDEDEC fue la primera empresa que tomó los servicios de Depabloconsult). De la cuadra en que vivíamos, y a través de nuestros respectivos hijos, nos hicimos amigos de la familia López.

[A eso de las 3 de la mañana, la despedida de Gosso estaba muy animada pero yo tenía sueño. Entonces me puse el pijama, volví al living, y pregunté: "¿Ya se van?". A los 5 minutos no quedaba nadie (Any todavía se acuerda, y no precisamente con cariño). Posteriormente me civilicé: cuando se hace una reunión en mi casa -particularmente en la de Flores, que como tenía mesa de ping pong invitaba a hacer reuniones muy prolongadas-, en algún momento digo solemnemente: "Mi casa es vuestra casa"... y me voy a dormir.]

Menor aún fue la interacción profesional. También Manuel Fernández López, especialista en historia económica de la UBA, vivía en ese entonces en Padua, pero sólo nos conectamos en Buenos Aires. Con gente de Padua sólo recuerdo que, como consecuencia del "Rodrigazo", el Rotary Club (o el Club de Leones) local me invitó a hablar en una de sus habituales cenas, para explicar lo que estaba ocurriendo. Como consecuencia de esta reunión trabé amistad con un simpático médico, de apellido Ferrer, con quien de ahí en más conversamos muchas veces al viajar en tren, yendo él a su consultorio ubicado en Suipacha (creo que 58, pero no en planta baja) y yo a FIEL.

[Un día, durante el Rodrigazo, tuve que dar 3 conferencias (lo que en ese momento representaba una carga). Llegué a casa muy tarde y durante la cena mi mujer me preguntó qué estaba ocurriendo. En vez de sintetizarle mis puntos de vista, le dije algo así como "después de dar 3 conferencias estoy cansado, no me hagas hablar de lo mismo". Todavía hoy (1990) me acuerdo de esa contestación, que fue inapropiada; ¡pero lo peor es que quien también se acuerda es Any!]

Vivimos en Padua la primera mitad de la década de 1970, también una época difícil desde el punto de vista de la seguridad personal (digo esto porque para algunos argentinos parecería que la inseguridad comenzó en Argentina el 24 de marzo de 1976). El siguiente episodio muestra el estado de nerviosismo entonces imperante. Un día, a media mañana, Any me llamó a FIEL diciéndome que había venido quien todos los días nos vendía los diarios, para decirnos que un señor había tratado de alcanzarme, corriendo, cuando yo iba a tomar el tren, y al no lograrlo le había preguntado a ella por nuestra dirección. La señora que nos vendía los diarios le describió a mi mujer la camioneta que conducía el individuo en cuestión, así como el número de su patente. Any salió con nuestro auto a recorrer el barrio... y encontró la camioneta en el garaje de una casa ubicada a algunas cuadras de la nuestra. Le dije que conservara la calma, y que volvería a casa antes de lo acostumbrado, por un camino diferente. Fuimos juntos a la comisaría de San Antonio de Padua, donde un policía, luego de mi pertinente descripción de los hechos, me preguntó a qué me dedicaba. Cuando le dije que era economista y hacía periodismo, dijo algo así como "y también, qué quiere", pero fue muy enfático en aclarar que ni se nos ocurriera ir a la casa de dicha persona, no fuera cosa que él radicara una denuncia en nuestra contra. La hago corta: el hombre tenía un periódico local, y quería que yo le escribiera una columna, de lo cual nos enteramos porque, a la misma vendedora de diarios, días después le dejó una nota diciendo eso.

[Se me podrá decir que, a la luz de otros episodios, esto no es nada. Cierto, pero la diferencia es que éste nos ocurrió a nosotros.]

. . .

A mediados de 1976 dejamos San Antonio de Padua (en mi caso luego de una permanencia de 16 años, en el de mi mujer de 26), para mudarnos a Paez 2608, en el porteñísimo barrio de Flores. Hacía algún tiempo que estábamos incubando la idea de acercarnos más a Buenos Aires, pero la ocasión se precipitó por 2 circunstancias: una laboral y la otra, de oportunidad inmobiliaria.

La circunstancia laboral fue que, por razones que voy a explicar más adelante, a fines de 1975 renuncié a FIEL para, luego de trabajar como profesor en la universidad de Boston durante el primer bimestre de 1976, ingresar en IDEA como profesor en la Escuela de Administración... ganando el doble.

La oportunidad inmobiliaria fue la siguiente: después de varios años de no vernos, para la Navidad de 1975 nos juntamos para almorzar Lladó, Frick y Montes (los otros 2 empleados del estudio contable donde me estrené desde el punto de vista laboral, del cual hablaré más tarde) y yo. En medio del almuerzo (en Don Sancho, que funcionaba en Suipacha entre Lavalle y Corrientes, donde servían un pollo desosado con papas soufflé que no he vuelto a comer en mi vida), Lladó nos comunicó que se había separado de su esposa. Pregunté por la casa de Paez, su vivienda antes de separarse, y me dijo que estaba deshabitada. Palabra va, palabra viene, comenzamos a hablar de compraventa. Fines de 1975-comienzos de 1976 no era precisamente un momento para cerrar una operación de tal naturaleza, y menos por parte de alguien que en los próximos 2 meses iba a residir en el extranjero. Volvimos a Argentina en marzo de 1976 (5 días antes del golpe de Estado), visitamos nuevamente la casa, nos siguió gustando, vendí mi casa al contado (por la que me dieron la tercera parte del valor de la de él), y el resto nos lo financió en 60 cuotas indexadas, sin interés, sin hipoteca, con una cláusula según la cual si yo moría la casa era automáticamente de mi esposa (legalmente, hicimos la escritura al comienzo, como si la hubiésemos comprado al contado).

[Desde el punto de vista financiero la facilidad que nos otorgó Lladó fue excepcional. Como entre 1976 y 1980 el tipo de cambio real no cesó de caer, la hubiéramos pagado mucho menos si hubiésemos pactado la deuda en dólares, pero; ¿quién se iba a atrever a ello en mayo de 1976?

Hoy, a comienzos de 1991, hemos vendido la casa de Paez en circunstancias muy parecidas. Es que, como yo en su momento, Jorge Prandi -gerente financiero y administrativo de IDEA- merece crédito. Paez 2608, otra vez, pasa de un amigo a otro, sólo que esta vez el saldo se va a cancelar en 70 cuotas.]

Así como mudarme a Padua implicó olvidarme de Liniers, mudarme a Flores en modo alguno implicó olvidarme de Padua. Es que en San Antonio quedaron viviendo tanto mis padres como mis suegros (más un par de hermanos de Any). Nuestras visitas a las casas paternas fueron exactamente iguales a todas las visitas a las casas paternas: sentimentalmente necesarias, y al mismo tiempo operativamente muy aburridas. Como la casa de mis suegros está sobre una calle que desde la esquina es de tierra, el tránsito es muy limitado, condiciones ideales para practicar fútbol y tenis. Por años, con mis cuñados y los chicos del barrio practicamos esos deportes en Solís al 1300. Pero con el tiempo no hubo cómo hacerlo; ocurrió



que nuestros contrincantes se hicieron grandes, y prefirieron sus novias a nosotros. ¿Llegará el día en que jugaremos fútbol con los hijos de los muchachos con los cuales practicábamos hace 15 años?

La casa de Paez 2608 fue construida en 1928, y nosotros fuimos los terceros dueños (imponente en 1976, en 1928 debió haber sido espectacular). Cuando la compramos tenía 2 plantas, con una superficie cubierta de aproximadamente 160 metros cuadrados. En la planta baja había hall, living, escritorio, una pequeña habitación triangular (¿un vestidor, dado que su primer dueño fue un médico?), comedor, cocina, baño y un pequeño patio dentro del cual había un garaje cubierto (ubicada en una esquina, la casa no tiene terreno); y en la alta 4 dormitorios, además del baño principal. Por una pequeña escalera se accedía a una piecita ubicada en el segundo piso, pero la terraza no estaba habilitada. Por razones presupuestarias lo único que hicimos al entrar a vivir fue pintar (mientras todavía estábamos negociando y yo con mi casa todavía en venta, Lladó le facilitó las llaves a "don Ramón", un pintor vecino de mi suegra, quien se tomó su tiempo pero dejó la vivienda impecable); pero como el lector imaginará Any no se pudo quedar quieta, por lo que la casa sufrió un par de reformas: la primera, modesta, en algún momento de 1978 unió con una arcada el living y el escritorio, eliminando la pieza triangular, creó un lavadero y eliminó el garaje cubierto agrandando el patio; y la segunda, fantástica pero muy estresante, que encaramos en 1981 y 1982, sobre la cual hablaré más adelante. Como consecuencia de todo ello, Paez 2608 duplicó su superficie cubierta, y a la modernización general de sus instalaciones se le adicionó en el techo un quincho y una pileta de natación.

Mudados en agosto de 1976, tanto Any como nuestras hijas terminaron dicho año escolar en el Colegio San Antonio. En 1977 fueron inscriptas en el colegio de la Sagrada Familia, donde Cecilia comenzó su escuela primaria. En las vacaciones de invierno de dicho año Gabriela pasó al Instituto Santa Unión, en el que Cecilia también se incorporó varios años después. Gabriela terminó en el Santa Unión su educación secundaria, en tanto que Cecilia se graduó en la Escuela Argentina Modelo.

[Mirado a la distancia, lo que le ocurrió a Gabrielita en el Colegio de la Sagrada Familia no tuvo nada de particular; una alumna a la que le cuesta aprender se encontró con una maestra sin experiencia, lo cual -a pocos meses- hizo la permanencia de Gabriela en el colegio insostenible.

A mis ojos de entonces, padre desesperado también sin experiencia, la realidad lucía como si el mundo se fuera a venir abajo. Por eso valoraré eternamente la forma -desde el ángulo profesional, pero también desde el de la calidez- en que me atendió la entonces directora del Santa Unión, Estela Sábato, donde incorporaron a Gabriela para completar el año, su educación primaria y secundaria. Con el matrimonio Sábato (Estela y Mario) hemos hecho una amistad que no tuvo oportunidad de romperse.]

En 1982, en el campo de deportes del colegio Lasalle, Cecilia representó al Santa Unión en una competencia intercolegial de atletismo. Corrió junto al pelotón hasta los 50 metros finales, en los cuales "picó" ganando por varios cuerpos (desde la tribuna vi la locura a la que pueden llegar los padres viendo competir a sus hijos, y también saboreé la satisfacción de que

mi hija ganara la competencia). En el viaje de regreso Ceci me contó que durante la competencia las otras chicas decían "corramos todas juntas", y que ella no dijo nada pero que cuando vio la línea de llegada, y que tenía resto, apuró el paso para triunfar.

A escaso medio año de estar viviendo en Flores, más precisamente en la mañana del 23 de marzo de 1977, se anunció por radio el trazado del plan de autopistas que quería llevar adelante Osvaldo A. Cacciatore, entonces intendente de la ciudad de Buenos Aires. En la radio que estaba escuchando mientras llevaba a mis hijas al Santa Unión, entre otras calles se mencionó la nuestra, indicándose que la información se extraía de Clarín. Por eso, luego de dejar a mis hijas, fui con mi mujer al quiosco de diarios ubicado en Gaona y Artigas, y cuando pedí Clarín el diarero, mientras me lo entregaba, me dijo: "página 22".

Nuestra casa estaba entre las afectadas, lo cual no me hizo ninguna gracia (y menos aún a la mayoría de mis vecinos, quienes habían vivido ahí por décadas). No sólo la autopista nunca se hizo, sino que el propio Cacciatore renunció a hacerla. En efecto, en los diarios del 11 de junio de 1981 se anunció que, junto con otras 2, la autopista "Occidental, AU7", como oficialmente se denominó la que me afectaba, no se haría.

Lo cual precipitó la gran reforma que como dije llevamos a cabo entre el segundo semestre de 1981 y fines de 1982, y la postergación (hasta 1984) de la compra del departamento de Mar del Plata. Como expliqué, en algún momento de 1978 habíamos hecho una pequeña reforma, a pesar de que en ese entonces sabíamos que cuando construyeran la autopista tendríamos que mudarnos. El anuncio de Cacciatore nos encontró con la casa paga, algunos ahorros... y ganas de quedarnos a vivir allí. Esto, sumado a la ya citada obsesión de mi mujer por reformar todos los sitios donde vive, dio lugar a la más fantástica, pero también más estresante, reforma que hicimos... hasta ahora.

Puestos a fantasear, Any tomó papel cuadriculado y volcó sus ideas. Contactamos a Héctor Melillo, con quien jugaba al fútbol en el Colegio Santa Unión y a quien había visto dirigir la construcción del natatorio del colegio (el cual se hizo famoso en la segunda mitad de la década de 1980, cuando se ahogó una alumna), quien se llevó para estudiar lo que había hecho Any y regresó con un proyecto más definido... que era prácticamente igual al de mi mujer (lo cual habla bien de ella, no mal de él). Cuando le preguntamos por la duración de la reforma dijo que cualquiera, para quedarse con la obra, respondería que se necesitaban 4 meses, cuando en realidad eran imprescindibles 6 meses. Demoró casi un año y medio, ¡y eso que nunca paró por falta de personal, materiales o fondos!, obligándonos a vivir varios meses - llenos de polvo- en 40 metros cuadrados, y como durante la refacción el auto tuvo que dormir a la puerta de casa, me sustrajeron -en noches diferentes, no sucesivas- las 4 cubiertas (todavía no se había desarrollado la manía del robo del estereo).

Pero como dice la Biblia, en cuanto ve a su hijo recién nacido la madre se olvida de los dolores del parto. Todavía recuerdo la emoción que Any y yo sentimos el día en que, con un gran asado, inauguramos la reforma, ubicando en el flamante quincho a 24 personas (nosotros 4, los 4 abuelos, y los 16 que entonces sumaban mi hermano, mi cuñado, mis cuñadas y sus respectivos, incluyendo a mis sobrinos -salvo Claudia, que todavía no había llegado al mundo-

), sin tener que desarmar ni usar para comer la mesa de ping-pong (con el tiempo aprenderíamos lo cómodo que resulta utilizar a esta última como mesa para comer).

[Al terminarla, Any juró y rejuró que esa sería su última reforma. Luego de 25 años de matrimonio estoy acostumbrado a saber cuándo tengo que escuchar y cuándo no, las cosas que dice mi mujer. Tal como era de esperar hoy (comienzos de 1992) Any anunció planes para reformar nuestro departamento de Mar del Plata en 1993 y el de Buenos Aires en 1994.

Tienen razón quienes opinan que el dinero gastado en la reforma de un inmueble sólo parcialmente se recupera al venderlo (la razón fundamental es que no siempre es posible encontrar el comprador al que le gusta lo que a uno le gusta), pero se equivocan si a raíz de esto concluyen que no hay que reformar los inmuebles. Hay que reformarlos, sabiendo que el valor de la reforma no se recupera totalmente; hay que reformarlos porque la vida es finita y consiguientemente el gasto en una reforma tiene sentido en sí mismo, porque tiene un componente de consumo, como tomar un helado.]

Viviendo en Flores fue más fácil salir de noche durante la semana. Por una parte, a los muchos cines, pizzerías y restaurantes de la zona (de los primeros cada vez quedan menos, porque -entre otros- desaparecieron el Gran prix, sobre Gaona, y el colosal Pueyrredón, sobre Rivadavia; de las segundas recuerdo las veces en que nos encontramos en El pingüino con Mario T. Marzana); pero por la otra, en la práctica la más importante, porque desde Flores el "centro" ahora quedaba a menos de media hora en auto, y no mucho más de una hora como en el caso de Padua (en aquella época Cacciatore todavía no había construido la autopista que hoy permite unir Plaza de Mayo con Liniers en 10 minutos).

[Lo cual, por supuesto, no quiere decir que la opción se terminara utilizando con la frecuencia con la cual, cuando no se tenía, se la soñaba. Ocurre siempre. Nuestros amigos del interior del país hablan del hecho de que uno vive en Buenos Aires, como si todas las noches uno fuera a todos los espectáculos que ofrece la Gran Ciudad. Claro que, de cualquier manera, tener la opción tiene su importancia.]

La vida social también se acentuó. Es increíble la cantidad de gente que conoció nuestra casa de Flores. Viajando por el mundo, con Any nos hemos sorprendido por el número de extranjeros con los cuales estoy vinculado profesionalmente, que cuando ven a mi mujer le hacen referencia a alguna reunión que preparamos en casa, y de la cual nos habíamos olvidado.

En el barrio nos hicimos amiguísimos de nuestros vecinos Delia, Diego, Jorge y María Laura Basile (Any y Delia analizaron el mundo compartiendo café; Ceci y María Laura "gastaron" la pileta de natación; en tanto que a Diego le enseñé a jugar al ping pong -al principio, cuando apenas llegaba a la mesa, le ganaba todos los partidos; luego fuimos compartiendo triunfos y derrotas; hasta que un día no le pude ganar más-. Desde hace muchos años Jorge vive en los Estados Unidos). En algún momento Delia, a quien conocimos viuda, se casó con Eduardo Gauvry; Any, mis hijas y yo fuimos invitados a la más singular fiesta de

casamiento. En efecto, la reunión se hizo en la casa donde vivía Delia, y al terminar -al contrario de lo que ocurre en el resto de las bodas- nos fuimos todos y los que se quedaron fueron los novios. La amistad sobrevivió a las mudanzas de ellos y nuestra.

Este recuerdo de mi vida en Flores no puede ignorar a un personaje del barrio: Felipe "algo", el mecánico que trabajaba en Neuquén y Bolivia, a una cuadra de casa. Italiano, como su hermano y su hermana, quienes vivían con él, gran trabajador, incapaz de sobrefacturar un arreglo, nunca se le vio hacer ningún gasto. Cobraba parte en efectivo y parte en conversación (quien no entendía su forma de "facturar", no podía ser su cliente). Un día de 1990, simplemente, cerró el garaje, y no supimos nada más, ni de él ni de sus hermanos.

Cuando nos mudamos a Paez, y particularmente luego de la reforma de 1981-82, creímos que esa casa iba a ser definitiva. Pero no fue así, y otra vez por una doble circunstancia: vivencial por una parte, económica por la otra.

La vivencial tiene que ver con la dinámica de una familia. Una casa con quincho y pileta es el sueño dorado de una familia que no tiene casa con quincho y pileta, y también el de la familia que la tiene... durante algún tiempo. Con el paso de los años, utilizamos el quincho y la pileta menos y menos y, consecuentemente, comenzamos a pensar en las ventajas de los departamentos, más que en sus desventajas frente a las casas.

La circunstancia económica derivó del hecho de que el arranque de Depabloconsult en agosto de 1989, sobre el cual hablaré más adelante, resultó ser suficientemente bueno para, junto con la confianza que María y Natalio Wengrober depositaron en nosotros, y a un oportuno préstamo de Miguel Angel Broda, nos pudiéramos mudar antes de lo esperado. Por eso hoy (enero de 1991) estamos empacando nuestras cosas, para aterrizar en un piso ubicado en avenida del Libertador y Ocampo.

. . .

Hasta aquí la historia de la vivienda familiar. Pero desde 1984 tenemos un segundo inmueble, ubicado en Mar del Plata, cuya compra tuvo algunos ribetes dignos de ser contados. La "perla del Atlántico" nos gustó desde que allí pasáramos la luna de miel (como dije, fuimos "habitués" del hotel Benedetti durante un par de décadas). Habiendo cancelado la deuda de la casa de Paez en 1980, para mantener la capacidad de ahorro buscamos alternativas de inversión real (las inversiones financieras me ponen muy nervioso). En ese momento sobre el inmueble de Flores continuaba pendiendo la espada de Damocles de la demolición, para construir la autopista, y alguna visita a los countries del Gran Buenos Aires no nos conformó.

Entonces se nos ocurrió comprar algo en Mar del Plata. Any buscó prolijamente, construyendo un cuadro a doble entrada (ubicaciones en las filas, comodidades y precios en las columnas), sobre la base de lo cual -a mediados de 1981- descubrimos un hermoso departamento en el edificio Maral 27, frente al parque San Martín. Nos pidieron u\$s 175.000...

que podrían ser u\$s 165.000. Contraofertamos u\$s 140.000. Nos sacaron corriendo. Dejé mi teléfono, por si cambiaban de opinión. Nunca llamaron (después conocí a quien lo compró).

Tres años más tarde, luego de visitar otro edificio que también nos gustó, dijimos con Any: "No podemos ofertar, sin antes ver si hay algún otro departamento en venta en el Maral 27" (como sabíamos exactamente lo que queríamos, antes de emprender el regreso a Buenos Aires paré delante de una de las oficinas de Coste y Freuler, Any bajó y preguntó: "¿Hay algún B o C del Maral 27 en venta?". Sí, respondió un empleado, quien no salía de su asombro, particularmente dado el parate que desde hacia varios años reinaba en el mercado inmobiliario). Fue así como terminamos comprando un departamento exactamente igual al de 1981, y encima varios pisos más arriba, por la mitad de lo que habíamos ofrecido en aquella oportunidad (Miguel Angel Broda, maestro en el arte de regatear, ayudó en la negociación). Hoy (1991) no vale ni siquiera eso; pero no me importa porque, al igual que el departamento que habito, la compra fue un acto de consumo más que de inversión.

Tener departamento en Mar del Plata no nos "ata", en el sentido de hacernos lamentar - o, lo que sería peor, evitar- un viaje a algún otro lugar durante el comienzo de algún año; pero claramente genera interacciones mayores que las del turista común. Como la de integrar un grupo de matrimonios amigos. Cada escapada a Mar del Plata (media docena por año)<sup>3</sup> motiva una cena con Alfredo y Vilma Navarro, Alicia y Jorge Labarthe, Rubén Oscar ("Cacho") y Mónica Moro, y José Luis ("Pepe") y Alicia Martínez Errazu (¿qué otra cosa, sino fantásticas conversaciones y discusiones, puede haber entre 3 amas de casa, 2 psicólogos, 2 economistas, una escribana, un comodoro y un banquero?). Aunque con menor frecuencia, también nos vemos con María Inés y Mario Russak, uno de los pocos -si no el único-, intendente del Proceso que retornó al cargo con voto popular (Any y yo conocimos a Mario en un viaje que en 1987 hicimos a Japón, que relataré más adelante).

[Durante muchos años dije que había comprado el Maral "para escribir mis memorias". Resultó cierto en una apreciable medida, porque buena parte del manuscrito original fue escrito en las vacaciones que allí pasé entre 1990-91 y 1992-93.

Tanto en Libertador como en Mar del Plata veo el agua desde el balcón. En ambos casos, me encanta.]

---

<sup>3</sup> Alrededor de 20 por año, desde que en 1999 vio al mundo Matías Mariani, el mayor de nuestros 3 nietos (hermano de Santiago y de Benjamín).

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

8

## ESCUELA PRIMARIA

Educación y trabajo, en mi caso, tienen muchos puntos en común (mis sobrinos no entienden cómo es que, a mi edad, todavía tengo que estudiar). Por eso la descripción que sigue se circunscribe al proceso de educación formal, que comenzara en la escuela primaria y finalizara en la universidad Harvard.

En mi familia siempre se le asignó gran valor a la educación formal (durante muchos años se clasificó a cada uno de nosotros, en función de hasta dónde habíamos llegado desde este punto de vista).

[Dado el nivel socioeconómico de mi familia, el valor de la educación formal se explica por la oportunidad que dicha educación proporcionaba para avanzar económicamente, hipótesis que en mi caso al menos resultó totalmente correcta. Me considero una muestra de las posibilidades que en materia de movilidad económica y social, proporcionaba en Argentina la escuela pública en la década de 1950. El hijo del empaquetador-portero, gracias a esa escuela pública, llegó a Harvard (¡cuando estudié en los Estados Unidos, a ningún americano que conocí le había ocurrido lo mismo!).

Mi familia no tenía nada de particular desde este punto de vista. Cuando yo era chico, en mi barrio todo el mundo iba al colegio, y mi madre siempre recuerda los esfuerzos que hizo la mamá de Oliveres para que su hijo -hoy graduado en ciencias económicas- terminara sus estudios.]

En Liniers, a fines de la década de 1940, no había jardines de infantes. Uno estaba en su casa hasta que, en el año en que cumplía los 6 antes del 30 de junio, ingresaba en el "primer grado inferior" de la escuela primaria (en ese entonces, el primer grado estaba dividido en

inferior y superior, y la escuela primaria terminaba en sexto grado; ahora hay un sólo primer grado, y se creó el séptimo grado. "Remarcación" de grados, no más).

Aprendí a leer, escribir y hacer cuentas, antes de ir a la escuela (recuerdo haber practicado sumas y restas, con mi tía Josefina, en la escalera de mi casa). Consecuentemente di un examen, y entré directamente a primer grado superior.

[Comencé la escuela primaria con un año de adelanto, y terminé la secundaria con 2, porque también aprobé cuarto año libre. Como consecuencia de ello terminé la escuela secundaria el día en que cumplí 16 años, y la universidad cuando cumplí 21 años.

No se lo recomiendo a nadie. El desequilibrio que inevitablemente se produce entre las porciones intelectual y vivencial del desarrollo personal, conspira contra la felicidad personal. Lleva tiempo, y provoca sufrimientos, el proceso por el cual se aprende a diferenciar entre la admiración que uno despierta, y el resto de los sentimientos humanos.

Es, también, la experiencia de W. Arthur Lewis, premio Nobel en economía 1979. En sus palabras: "Cualquier chico inteligente que recibe educación personalizada todos los días puede aprender en 3 meses tanto como en la escuela formal durante un par de años. La experiencia fue traumática porque durante el resto de mi vida estuve en la escuela con chicos 2 o 3 años mayores que yo" (extraído de la entrevista incluida en: Breit, W. y Spencer, R. W.: Lives of the laureates, The MIT press, 1986).]

Completé mis estudios primarios, entre 1950 y 1955, en la Escuela Número 24 del Consejo Escolar 18, "Félix de Olazábal", sita en Ramón L. Falcón 6702, esquina Tellier, como dije, a 2 cuadras de mi casa. Asistí al turno mañana (el turno tarde también era de varones), y fui a clase de lunes a viernes (hasta 1949 se concurría a clases también los sábados). Mi viejo me acompañaba a la entrada, cuando él se iba a trabajar, pero -salvo, quizás, en el primer año- volvía sólo a casa, por el único camino "económicamente posible" (por cualquier otro había que caminar más), es decir, por Tellier.

Desde el punto de vista edilicio la escuela era atractiva. Edificada alrededor de un patio (en ese entonces no techado, pero con toldos para protegernos del sol), en una superficie aproximada de un cuarto de manzana, tiene aulas sobre 3 lados y el salón de música y los baños sobre el restante. En la esquina donde está la entrada también hay edificación en el primer piso, donde funcionaban las aulas de los grados superiores, la biblioteca y la casa del portero.

[Desde hace muchos años hay una ampliación, paralizada a mitad de camino, de las instalaciones de la escuela. Me he propuesto visitar al director, formar una comisión de exalumnos, y terminar la obra.

Estar en quinto o sexto grado implicaba, no solamente tomar clases en el primer piso, sino divisar el resto de los alumnos "desde arriba" en los recreos. Lo cual desarrollaba unos sentimientos de superioridad bárbaros.]

Sobre la pared que da al patio del salón de música está instalada la campana, que el portero Marín tocaba para avisar el comienzo y el final de cada uno de los 3 recreos diarios, e incesantemente para anunciar, cada año, el fin de clases. En el recreo del medio se le repartía un pan a cada alumno. La distribución se hacía en cada aula, antes de salir al recreo, y los panes que sobraban se entregaban por riguroso orden alfabético (cada uno de nosotros -yo, al menos- recordaba perfectamente cuál era el último alumno que había recibido doble pan en la víspera). ¿Con qué se acompañaba el pan? Con agua que salía de bebederos instalados en las paredes, los cuales... funcionaban (muchos años más tarde se repartió también una copa de leche).

[Había distintas "técnicas" para comer dicho pan, la mía consistía en consumir la miga primero y la corteza después.]

¿Para qué existían los recreos? Luego de profundas investigaciones llegué a la conclusión de que en mi escuela, cada 50 minutos, las clases paraban para que maestros y alumnos... orináramos. Digo esto porque se salía al patio, pero además de ir al baño lo único que se podía hacer era caminar y/o conversar. No se podía (por razones de espacio) jugar a la pelota, no se podía (no sé por qué) jugar a las figuritas, y no se podía (porque no había tierra, salvo la que rodea a las plantas en los maceteros) jugar a las bolitas.

Las aulas también eran atractivas. Como en todas partes, en el frente había un pizarrón (que cubría toda la pared), un escritorio y una silla para el maestro. Asientos de madera para 2 alumnos cada uno, a los costados de un pasillo central, con agujeros para colocar los tinteros redondos, de vidrio (la tinta era provista por la escuela, la estilográfica era una curiosidad, y no sé si la "birome" se había inventado), y en el fondo un armario de 4 puertas, 2 para el maestro de la mañana y otras tantas para el de la tarde. En cada aula había borrador, tiza, regla y escuadra de madera, pero no mapas -que había que ir a buscar a la sala de mapas- o globo terráqueo -que estaba en la dirección-.

[Que a uno lo mandaran a buscar el registro, un mapa o el globo terráqueo era, a la vez que una distinción, algo excitante, pues implicaba poder caminar por el patio de la escuela sólo, cuando el resto de los alumnos estaba en clase.]

En clase trabajábamos con un único cuaderno, con regla, escuadra, transportador, compás, lápices de colores y caja de útiles. Más un libro de lectura (muy pocos alumnos complementaban el libro con el Manual). Estando en primer grado superior, un día me llevé a casa la hermosa regla de un compañero; mi mamá la descubrió y la tuve que devolver al día siguiente. En la escuela no había quiosco y, consecuentemente, no íbamos al colegio con dinero.

[Mi padrino me regaló una caja de 24 lápices de colores y otra de compases. Eran tan buenas, pero tan buenas, ¡que mi familia las guardó, en vez de inducirme a utilizarlas!]



. . .

En la escuela primaria tuve maestras y maestros. En primero superior, Irene Mirabella; en segundo y en tercer grado, Beatriz M. Posadas; en cuarto, (? Albarracín Araoz; y en quinto y en sexto grados, César H. García (siguiendo la costumbre de la época, conocíamos a las maestras por su nombre y a los maestros por su apellido, de modo que fui alumno "de la señorita Beatriz" y "del señor García"). Ninguno de mis maestros iba a la escuela con auto, y no porque vivieran a pasos del colegio.

[A ninguno de ellos, siendo yo grande, los volví a ver; excepto a Posadas, a quien encontré en un barco de la línea "C", cuando a fines de 1969 llevé a mi cuñada hasta el puerto, en su viaje de bodas. "La señorita Beatriz", como yo, acompaña pero no viajaba. Sé que tanto ella como García fallecieron.]

De mi maestra de primer grado superior, que me perdone pero no recuerdo nada; excepto que un día, porque seguramente tenía que salir apurada, nos dijo a los alumnos que no nos diéramos vuelta hasta que ella avisara, porque iba a ir al fondo del aula para quitarse el guardapolvo y ponerse el vestido. Obedecimos, de modo que nunca supimos de qué color usaba la combinación, una prenda infaltable en aquellos años.

Beatriz Posadas usaba perfumes muy fuertes, almidonaba su guardapolvo de manera exagerada, comía caramelos (para su garganta, porque seguramente le debía costar hablar, cosa que ahora aprecio a raíz de mi experiencia radial) y cruzaba las piernas cuando se paraba delante de la clase, lo cual producía un fenómeno curioso: dado que usaba el guardapolvo bien por debajo de su rodilla, parecía que tenía su pierna derecha a la izquierda de su pierna izquierda. En segundo grado me eligió mejor alumno, por lo cual me gané un libro (en primero superior me había ganado un ejemplar de Gulliver en el país de los enanos, por asistencia perfecta. Nunca más gane ningún premio en la escuela primaria. Nunca llevé la bandera, ni siquiera como escolta).

[Que fui el mejor alumno en 1951, superando a Oscar Luis Valentino -hoy médico, tengo entendido-, quien resultó el mejor alumno de 1952, mi familia lo supo por la tía de J. L., mucho antes de que la noticia se conociera "oficialmente".]

Como de Mirabella, de Albarracín tampoco recuerdo nada como maestra, excepto que 1 o 2 veces por semana salíamos al patio de la escuela, para jugar a un juego que consistía en dividir el grado en 2, haciendo un círculo con la mitad de los alumnos, y metiendo al resto dentro del círculo, de modo que los que estaban fuera tiraban la pelota y los que estaban dentro tenían que evitar ser tocados por ella. La recuerdo muy alta -y eso que yo también lo era- y joven (y muy linda, según siempre dijo mi vieja... y lo certifica la foto que conservo de ella y de

mis compañeros de grado). Una de las poquísimas salidas que hicimos consistió en dar un paseo por la ciudad, en colectivos alquilados por la escuela. En esa ocasión me quedó grabado lo difícil que le resultó a Albarracín volver a subir al colectivo, cuando éste paró en un lugar donde no había vereda, dada la estrecha pollera que usaba.

[Uno el recuerdo que tengo de Mirabella con éste de Albarracín y me pregunto: ¿cómo puede ser que, de estas 2 maestras, me acuerde de "estas" cosas; seré un sátiro reprimido?]

Del "maestro García", en cambio, tengo mil recuerdos. Nos habrá enseñado muchas cosas, presumo, en los 2 años que nos tuvo como alumnos, pero no lo recuerdo por eso sino por su estilo. A comienzos de 1953 tuvimos lo que finalmente constituyó una muestra de lo que después habría de ocurrir. Apareció el primer día de clase en el aula donde se dictaba cuarto grado, pero horas después, por algún cambio de planes, nos vino a comunicar que recién nos tendría como alumnos al año siguiente. El referido estilo está en la forma en que lo dijo: "Me voy a hacer la colimba y vuelvo", fueron sus palabras textuales. Genial. Así era García.

Quizás sus ocurrencias fueran muy espaciadas, pero como las recuerdo todas juntas, mi imagen de García es, literalmente, que se la pasaba jodiendo (era la quintaesencia de la antiolemonidad, lo cual no quita que fuera una persona seria). "Dime con quién andas y te diré... la hora", "que suerte la del inglés, se ahogó pero salvó la ropa", "porque uno sea tonto no lo van a tomar por estúpido", son algunas de las muchas expresiones de este inolvidable calvo, gran fumador (sus dedos estaban amarillos por la nicotina), que también enseñaba historia en la escuela secundaria. Terminaba sus tareas golpeando acompasadamente el escritorio con sus manos y, acompañándose con el silbido, se mandaba aquello de "¡ta-tararata...ta-ta!".

[Un día en que, por un olvido, no hice la tarea, al darme cuenta le fui a hablar. No hubo nada que hacer. Registró el olvido en mi cuaderno.]

En los recreos se paraba en la puerta de la sala que, en el primer piso, está en la esquina de la escuela y allí, rodeado en semicírculo por nosotros, hablaba de todo, pero fundamentalmente de fútbol... mientras fumaba. En las clases de gimnasia, con el maestro García se jugaba pelota al cesto y fútbol.

En 1954 o 1955 el boxeador Pascual Pérez disputó la corona mundial de la categoría "mosca" con Yosio Sirai. La pelea tuvo lugar a la noche... en Tokio, de modo que por la diferencia horaria se desarrolló de día en Argentina. Y además era día de semana. El maestro García apareció con una radio, el portero Marín vino al aula con un portalámparas tipo Victoria, que permite sacar electricidad de un portalámparas, y todos seguimos las alternativas del combate. Como se sabe, Pascual Pérez fue el primer argentino que ganó un campeonato mundial, de modo que además de la emoción hubo alegría (García está entre aquellos a quienes les dediqué mi libro La economía que yo hice - vol II, El cronista comercial, 1986, que son quienes me ayudaron a descubrir que la vida es una fiesta).

La vida le jugó una mala pasada al maestro García. Su esposa murió carbonizada, como consecuencia de un accidente con un calentador. Tenían 2 varones. En agosto de 1957 se volvió a casar, con Elina C. Márquez, también maestra de la misma escuela (soy preciso en el dato porque el boletín de mi hermano, que en ese entonces era su alumno, registra la firma "E. C. Márquez" hasta julio, la de una maestra suplente en agosto, y la de "E. C. M. de García" desde setiembre en adelante. Del segundo matrimonio nació una hija.

[En 1981, al finalizar una emisión de Videoshow, recibí una llamada telefónica. Era Elina. Pregunté inmediatamente por el maestro García, pero lamentablemente había fallecido el año anterior. Junto con su hija, Elina vino a casa, donde nos reunimos con mi hermano. Moraleja: No hay que dejar pasar el tiempo para hablar con la gente que uno quiere.]

. . .

Hablé de mis maestros, es hora que diga algo sobre mis compañeros. Recordando nombres y apellidos de memoria, así como mirando las fotos respectivas y los álbumes de recuerdos surgen, en orden alfabético, los de Rubén J. Améndola, Juan C. Araya, Raúl E. Barba (con sus párpados permanentemente caídos), Eduardo A. Brude, Oscar M. Bricchetti, Juan C. Casagrande, Eduardo B. Casariego, Osvaldo Castilla, Horacio D' Atre, Jorge O. Daubagna, Alberto R. Forteza (uno de los "rebeldes" del curso), Gustavo Garasa, Hugo J. T. Giordano, Jorge D. González, Luis A. Juárez, C. E. Laurelli, Jorge R. López, Osvaldo Lucente, Daniel H. Mc Kay, José L. Magno, Luis E. Malvicino, Casiano Méndez Reigada (el único con 2 apellidos), Oscar E. Mobbillo, Roberto L. Montello (hijo de un rematador, que nos regalaba secantes a todos), Roberto M. J. Muñoz, Jorge R. Ortiz, Jorge O. Pietronave, Enrique F. Quaroni, Edgardo R. Regalbutto (hijo de un mecánico, a quien mis tías le hablaron para ver si le ofrecía trabajo a primos de ellas, que estaban pasando un mal momento en España), Jaime R. Rodríguez, Miguel Rosado, Norberto G. Scatassa, Miguel A. Saldicco, Pablo Serabián (a quien vi, lo que no resulta sorprendente, en una fiesta en honor de Deportivo Armenio), Hugo A. Sértora, Juan C. Silverio, Hugo E. Smaldone, Carlos A. Suárez, Oscar Tunes, Oscar L. Valentino y Carlos M. Vega (a los involuntariamente omitidos, les pido perdón).

[En algún momento de 1980 Brude (hoy abogado), a través de mi primo Roberto Valero (hoy también abogado), me contactó para que almorzáramos. En un restaurante de Ramos Mejía nos reunimos él, Mc Kay, Montelo, Lucente y yo. Menos mal que Mc Kay llegó a la cita junto conmigo, porque cuando Brude entró en el restaurante no lo reconocí. El almuerzo resultó inolvidable. En el mejor estilo argentino, juramos organizar más almuerzos como ese. Nunca más nos reunimos.]

Como dije, fui a la escuela primaria entre 1950 y 1955, es decir, durante el gobierno de Perón. Si mis maestros eran peronistas o no, no lo recuerdo (y, salvo fanatismos extremos,

probablemente no tendría como haberlo apreciado). Sí recuerdo que el libro de lectura de cuarto grado, es decir, el que utilizamos en 1953, era un libro "peronizado"; que hacíamos dibujos sobre el Segundo Plan Quinquenal (yo dibujaba un enorme 2 sobre el frente de una locomotora de vapor, y el resto del tren aparecía hacia un costado); y que en los 2 últimos años de mi escuela primaria mi "libro de lectura" fue... La razón de mi vida, cuya autora era Eva Perón, pero que seguramente escribió otra persona. El cartón sobre el que está pegada la foto con mis compañeros de quinto grado, es decir, la de 1954, dice "Apoye el segundo plan quinquenal", y reproduce fotos de Perón y el escudo peronista.

[Si hubo intentos de peronización por parte de mis maestros, en mi caso fracasaron rotundamente.

Es mérito de la costosísima década de 1970 y comienzos de la del 80, que peronistas y quienes no lo somos hayamos vuelto a hablar civilizadamente, como comentamos cada vez que hablo con Julio Bárbaro.]

¿Fue buena o no la enseñanza que recibí en la escuela primaria? Si el principal test es cómo le va a uno en la próxima etapa educativa, entonces la que recibí en la escuela primaria fue más que buena. Pero fue una educación abstracta, teórica, nada experimental. Hicimos germinar porotos en un vaso recubierto por dentro con papel secante; fuimos -como dije- un día en colectivo a conocer el centro de la ciudad... pero eso fue todo. Dentro de las horas de clase, pero con profesores especiales, tuvimos dibujo y música (por mis recuerdos, ambas olvidables).

[Esta característica de mi educación, que continuó en la escuela secundaria y también en la Universidad, en mi caso resultó contraproducente. Porque viniendo de un habitat también "abstracto", que poco y nada tenía que ver con mirar el sol, tocar un animal o limpiar el aula, este enfoque me reforzó tendencias, en vez de balanceármelas.]

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

9

## EL COMERCIAL DE RAMOS

Por haber aprobado el examen de ingreso (matemáticas y castellano, por escrito), aunque con puntaje sólo un poco mayor que el necesario, en marzo de 1956 comencé mi educación secundaria en la Escuela Nacional Superior de Comercio de Ramos Mejía o, como le decía todo el mundo, el "Comercial de Ramos". Para prepararme para dicho examen, mi vieja me mandó algunas mañanas a la casa de la china Lorenza, quien en ese momento vivía en otra de las "mil casitas" (miss Li, como la conocían sus alumnas de inglés, fue quien -como ya relaté- años más tarde a Any y a mí nos recibió en su casa de Queens, cuando llegamos a los Estados Unidos por primera vez).

[Tengo, aunque borroso, el recuerdo de que, luego de conocidos los resultados, volvimos con mi mamá a hablar con Lorenza. Algún comentario sobre el puntaje le debe haber hecho mi vieja, porque mi recuerdo es que Lorenza, con su voz potente, dijo algo así como que lo importante era aprobar.]

¿Por qué al comercial? Cursé la escuela secundaria comercial por 2 razones, una socioeconómica y otra personal. La razón socioeconómica fue que, en los planes de mi familia, mi educación formal terminaba en la escuela secundaria. Consecuentemente, como perito mercantil (título de la escuela comercial) podría "labrarme un porvenir", dado que el título de bachiller (el que otorga la escuela nacional) sólo tenía sentido si uno iba a ir a la universidad. La alternativa de la escuela industrial ni debe de haber aparecido en los pensamientos familiares. La razón personal fue que mi tío Paco, de gran influencia en las decisiones de mi familia, dijo refiriéndose a mí, "éste es bueno para los números".

¿Por qué al Comercial de Ramos? Viviendo en Liniers, lo lógico era ir al comercial de Ramos Mejía. La prueba es que todos los que en Liniers iban al comercial, iban al de Ramos

Mejia (aunque muy pocos de mis compañeros fueron conmigo a Ramos. Sólo recuerdo a Raúl Barba y a Daniel Mc Kay). Era lógico ir al Comercial de Ramos Mejia porque era el que quedaba más cerca, porque tenía fama (bien merecida) de muy bueno, y además porque como viajábamos "contra la corriente", íbamos cómodamente en los trenes (en el oeste los asalariados, a las 7 de la mañana, viajan de Moreno a Once). El ferrocarril vendía el "abono estudiantil" a todos aquellos que pudiéramos acreditar tal carácter haciendo firmar todos los meses un certificado en el colegio.

[Ningún familiar me acompañaba hasta la estación, y menos aún viajaba conmigo de Liniers a Ramos Mejía. Pero para verificar si yo tomaba el tren en movimiento, un día mi tía Josefina me siguió hasta la estación. Con tan mala suerte para ella que, antes de subir al tren, la descubrí espíandome detrás de una columna. Fui y la saludé antes de subir al tren, lo cual no creo que le haya hecho ninguna gracia.

Mi familia me cuidaba, sin advertir que en dicha protección se les iba la mano. Estando ya en la escuela secundaria, un día de lluvia tuve que ir a la estación a renovar el abono. Una de mis tías "me prestó" sus botas de lluvia, blancas y de taco alto (en ese momento todavía usaba pantalones cortos). Claramente yo prefería mojarme a pasar vergüenza. Pasé vergüenza, porque me di cuenta que la gente se dio cuenta.]

Desde el punto de vista edilicio el comercial de Ramos era mucho peor que el colegio donde cursé la escuela primaria (una parte de las instalaciones fue luego remodelada). Ubicado a una cuadra de la estación, sobre la calle French, se compone de un par de edificios centrales (2 mansiones, originalmente, que en la segunda mitad de la década de 1950 mostraban el efecto de muchos años de uso intenso y falta de mantenimiento), uno de ellos dedicado a la administración, y aulas ubicadas -sólo en planta baja- sobre el perímetro externo del colegio. Por falta de espacio, en el aula diseñada para funcionar como laboratorio se dictaba clase como en otro salón cualquiera.

Entre los edificios centrales y las aulas había un patio, sin ninguna protección contra el sol y la lluvia. Dentro del patio, en un pequeño local de madera pintado de gris, junto a la puerta del baño, funcionaba un quiosco que vendía panchos, galletitas, gaseosas, etc. (sobre cómo reaccionábamos los alumnos a los "abusos monopólicos" del concesionario del quiosco, voy a hablar más tarde). A la salida, vendedores ambulantes vendían churros.

El colegio no tenía campo de deportes. Una vez por semana íbamos a un centro deportivo ubicado en las afueras de Ciudadela, donde aprendí a jugar al softball. Como el ómnibus del ministerio de educación sólo nos llevaba a la ida, el regreso se hacía "a dedo", a pesar de que había ómnibus de línea (¿qué gracia tenía viajar pagando?). De estas vueltas "a dedo" recuerdo el siguiente episodio: pasó un camión y uno de mis compañeros le gritó: "Adiós don Roberto" (el nombre es para ejemplificar). El conductor, creyendo que lo había saludado un conocido, frenó. Entonces el que lo había saludado le pidió que nos llevara, a lo cual él accedió. Mientras viajábamos en la parte posterior del camión, alguien le preguntó al muchacho que había gritado, de dónde conocía al camionero. "Yo no lo conozco", respondió, "pero en la

puerta, fileteado, decía que el camión era de "Roberto X y Cia". Picardía al servicio de la acción concreta.

La mayoría de las aulas eran de material, pero también había algunas de madera. El piso de algunas de ellas estaba más abajo que el del patio, y consecuentemente no se podía dictar clase en días de lluvia (los estudiantes, obviamente, metían agua en dichas aulas, en vez de sacarla). Los bancos, de madera, eran individuales, pero por razones de espacio estaban juntos (3 bancos a cada lado del único pasillo). Había un pizarrón, que estaba mucho más deteriorado que el de mi escuela primaria, pero el profesor no tenía escritorio, y ni siquiera ¡donde sentarse! (la mayoría se quedaba de pie; algunos se sentaban en algún asiento libre, como si fueran un alumno más).

Sobre la puerta de entrada de cada aula había tres conjuntos de números, que indicaban -en cada turno- qué año y qué división funcionaban en dicha aula (así, "12", que se leía "primero segunda", significaba que allí funcionaba la segunda división de primer año). Todas las materias se cursaban en la misma aula, excepto dactilografía, que se dictaba en una sala especial (en esa época "nadie" tenía una máquina de escribir en su casa, de modo que las clases eran, en rigor, trabajos prácticos). Como burdo índice de deserción escolar cabe indicar que en el comercial de Ramos funcionaban -en el turno mañana, de los varones- 5 divisiones en primer año y 3 en quinto (la deserción, en rigor, superaba el 50%, porque en cada división de quinto año había menos alumnos que en cada una de las de primero).

[Entre el turno mañana (varones) y el turno tarde (chicas) había comunicación epistolar, cartitas enganchadas en el pupitre que exaltaban la imaginación de los que escribían y también del resto. La autenticidad de las respuestas no estaba asegurada, porque el comercial de Ramos también funcionaba a la noche, de manera que el "correo" podía ser intervenido.]

. . .

En la escuela secundaria, además de profesores y alumnos, hay celadores y celadoras. La tarea del celador es la de mantener razonablemente quietos a los alumnos, hasta que el profesor se hace cargo de la clase, luego del recreo... lo cual implica quedarse con los alumnos durante la hora entera, cuando el profesor falta (el celador, además, pasa lista y retira el libro de temas donde cada profesor indica a qué se va a dedicar en la hora que se inicia). Cuando se trata de mantener bajo control a medio centenar de alumnos secundarios, durante por lo menos una hora, hay grandes diferencias entre unos celadores y otros (en uno de los años el celador era un estudiante de medicina, de apellido Kaplán, que no inspiraba mucho respeto, y que intentaba calmarnos dando clases teóricas de educación sexual). Naturalmente existía el "jefe de los celadores". había una temible jefa, a quien por su peinado llamábamos (entre nosotros) "hacha brava", y que sí lograba imponerse. Cuando un día, antes de que ella diera la orden, al terminar las clases una de las divisiones comenzó a caminar hacia la salida, desde el otro extremo del extenso patio gritó "no se va nadie"; y lo hizo con tal fuerza que dicha división se quedó clavada en el lugar desde donde oyó el grito. Como otro jefe de celadores era petiso, lo

apodamos "Topolino" (por el FIAT homónimo); el problema se planteó cuando un alumno, ignorando que se trataba de un apodo, cuando le tuvo que hablar le dijo: "Sr. Topolino...".

El "alma" del Comercial de Ramos, la razón por la cual le estaré eternamente agradecido, eran sus profesores. Y así como desde el punto de vista edilicio el comercial de Ramos dejaba mucho que desear, desde el ángulo del cuerpo de profesores que había en aquella época era de primera (otra vez; si el test de cómo es una escuela secundaria es cómo le va a uno en la universidad, el comercial de Ramos pasa la prueba de manera mucho más que satisfactoria).

Tuve muy buenas profesoras de matemáticas, cuyos apellidos lamentablemente no recuerdo. En quinto año me enseñó matemática financiera el profesor Lambiase, coautor -con Lascurraín y Roca- de las Tablas usuales, indispensable herramienta antes de la invención de la calculadora de bolsillo. Como consecuencia de esto, la poca matemática que sé la utilizo a pleno, pero más importante es el hecho de que, no solamente no le tengo miedo, sino que me encantaría saber más matemáticas y creo que me divertiría mucho poder enseñar la poca que sé.

Tuve muy buenos profesores de inglés, como Mr. Reynolds y Ms. Fortina. Reynolds, alias "el chivo" según su propia presentación el primer día de clase, debido a que se dejaba crecer la barba en la pera, traía su propio asiento (una especie de bastón que, cuando en su parte superior se separaban dos manijas, dejaban horizontal una tira de cuero de, digamos, diez por 30 cms., con un soporte hasta el piso). Complementé el inglés que recibí en el Comercial de Ramos concurriendo, durante 3 años, al colegio donde asistí a la escuela primaria. Ocurre que allí funcionaba, desde las 18,30, una de las denominadas Universidades Populares Argentinas. Dictaba clases un entusiasta profesor, Rafael A. Díaz, quien fumaba en pipa y vivía en la calle Ibarrola.

[Con este inglés, más el que aprendí leyendo muchas revistas técnicas en el Instituto Torcuato Di Tella, me fui a Harvard... y sobreviví (me ayudó el hecho de que, en mi primer año de estudios, de 8 profesores sólo uno era norteamericano... ¡y dictaba estadística!). La supervivencia en la calle fue más difícil.

De mi profesor de inglés vespertino tengo una anécdota. Un día explicó que los nombres, muchas veces, tienen significados. Entonces le preguntó a una hermosa alumna de origen árabe si su nombre tenía algún significado. La piba, al tiempo que sus mejillas se colorearon, dijo textualmente: "sí, pero no lo puedo decir en público".]

Tuve muy buenos profesores de contabilidad, como Carlos Daverio y José Bove. Bove, quien vivía en el centro, llegaba puntualmente a Ramos Mejía para dar clases en "prehora", es decir, a las 7 de la mañana. Gran fumador, sufrió mucho durante una prolongada huelga de la industria del cigarrillo. Todos sus ejemplos se referían a Luis Magnasco, donde trabajaba como contador.



Malo, pero lo que se dice malo, no tuve ningún profesor en el Comercial de Ramos. Rescato a un hombre bajito, que dictaba taquigrafía en quinto año, que sabía su materia pero no inspiraba respeto. No parecen haberme impresionado mis profesores de castellano (Rial Gullot -alias "Pichicho"- era gracioso, pero no ponía el humor al servicio de la enseñanza). Tengo un "mini rencor" con mis profesores de música y de historia, disciplinas que aprendí a amar... de grande. Mis profesores de botánica, zoología, anatomía, física y merceología utilizaron enfoques totalmente conceptuales, nada experimentales.

Dejé deliberadamente para el final a Pastor Sastre, mi profesor de economía de quinto año. Pero no porque soy economista (como se verá más adelante, llegué a la profesión por un camino algo curioso), sino porque Sastre se ocupó de la formación de cada uno de nosotros. Abogado de profesión, autor de un libro de texto de la materia -uno de cuyos ejemplares conservo, pero que no quiero leer para no desilusionarme-, Sastre nos enseñó a pensar, planteándonos cuestiones y haciéndonos hablar. El método elegido fue tomar de "punto", o de contrapunto, a uno de los alumnos, de apellido Castro, comunista confeso. Los diálogos entre Sastre y Castro constituían un excelente punto de partida para la reflexión. El "contexto" ayudaba, porque en 1959 en Argentina se inauguraba la gestión Frondizi -particularmente su política económica- y en Cuba la de Castro.

. . .

Ibamos a clase de riguroso saco y corbata. Dado que, según explicaré, rendí cuarto año libre, tuve 2 conjuntos de compañeros: aquellos con los que compartí los 3 primeros años, y aquellos con los que estudié en 1959. Entre los primeros, de memoria y por orden alfabético, recuerdo a Bendersky (con quien protagonizamos una picardía que relato más adelante), a Boschemeier (que vivía en Moreno, famoso por los sándwiches que traía de su casa), a Juan Capó, a Enrique y Horacio Colombo (el primero, hoy profesional en ciencias económicas, contribuía al sostenimiento de su familia vendiendo globos, los domingos, en la plaza de Morón), a Antonio Luis Covino, a Atilio Feudal (quien, radicado en Bariloche por razones laborales, llegó a intendente de la ciudad), a Ignacio y Roberto González, a Plá, a Raúl Riano (con quien a lo largo de 1958 preparamos cuarto año libre), y a Gerardo Worterboer (quien llegó, en algún momento, a campeón juvenil de tenis y, posteriormente, a capitán de la Copa Davis).

De los segundos conservo una foto, donde también aparecen Pastor Sastre, el jefe de celadores y otro empleado. En el reverso de la foto consigné los siguientes apellidos: Arario, Blanco, Bucossi, Castro, Cuevas, Ferrari, Franco, García, Kurokawa, Montanari, Morfés, Muñoz, Nicolao, Pera, Pereira (con quien, al mudarme a San Antonio de Padua en 1960, interactué mucho), Picardo, Rodríguez, Rossetti, Sánchez, Semmartín, Sottile, Toledo, Tommasi, Troyano, Villanueva, Yamasaki y Zampino.

Se supone que, mientras están en el colegio secundario, los alumnos tienen que hacer travesuras, que les son socialmente permitidas dentro de ciertos límites (mi mujer, profesionalmente, denomina a este período "moratoria social"). A continuación reseño algunas

de las travesuras que mis compañeros hicieron en el Comercial de Ramos: 1) entre 1956 y 1959, en Argentina, hubo inflación; consecuentemente, el concesionario del quiosco cada tanto tenía que aumentar los precios. A veces eso provocaba protestas, organizadas por los estudiantes de los años superiores. La protesta consistía en, durante cada uno de los 4 recreos, hacer un semicírculo alrededor del quiosco, impidiendo que alguien comprara. Luego de 2 o 3 días, la "presión" cesaba... y se compraba a los nuevos precios; 2) en el turno mañana la hora extra (la hora sexta) era "prehora", es decir, implicaba asistir a clase entre las 7 y las 7,45 (antes del amanecer, en invierno). A veces algunos graciosos desenroscaban una lámpara, metían una moneda, y volvían a enroscar la lámpara. En algún momento entraba alguien y, buscando encender la luz, hacía saltar los fusibles. Por supuesto que la reparación de los fusibles era imposible hasta que no fuera identificado el portalámpara que tenía la moneda adentro. Consecuentemente se desarrollaba una negociación entre el personal de maestranza, responsable de devolverle la luz al colegio, y los alumnos que sabían dónde estaba la moneda que causaba el problema; 3) algunos -una ínfima minoría- fumaban en los baños, los cuales eran visitados cada tanto y de improviso por alguno de los celadores, y también algunos decían malas palabras, pero muchas menos que hoy (los más audaces decían "boludo"); 4) cada tanto aparecían desinfladas las gomas del auto de algún profesor, y en una ocasión, a una profesora de dactilografía que tenía un "ratón" (autito alemán para 2 personas), los alumnos le pusieron el rodado con la mano entre 2 árboles que estaban muy próximos entre sí, levantándolo en vilo, lo que la obligó a maniobrar varias decenas de veces para poder zafar; 5) un día a Miranda Naón, un octogenario profesor de dactilografía que usaba polainas y encima era sordo, en medio de la clase comenzamos a gritarle "la hora", como resultado de lo cual volvimos al aula media hora antes; 6) a José Farga, mi profesor de historia de primer año, le hacía muy mal el polvillo de la tiza, por lo que pedía que por favor no borrarán el pizarrón antes de su clase. Lo cual, como el lector comprenderá, implicaba que el pizarrón se borrara varias veces, y en una ocasión alguien ralló tiza sobre una escoba, que en un momento dado circuló a gran velocidad por debajo de una de las hileras de bancos, lo cual casi hizo desmayar al pobre profesor. Farga era viejo pero no idiota: se hizo el distraído al tomar el primer parcial (se puso a leer el diario), y luego nos tomó examen a todos a los que nos había puesto "10". La profesora de castellano Barderi contó un día en clase que muchos años antes Farga había sido un dandy.

[Ignacio "Inaki" González recuerda una anéctoda de la que participamos la profesora Barderi, él y yo. Hicimos tanto lío para contestar qué había de incorrecto en la expresión "prohibido subir o bajar del coche en movimiento" (¿que hay de incorrecto?), que nos echó a los dos, diciendo: "Ud., rubio malpelo (por González) y Ud. carita de ángel (por mí), vayan a tomar fresco afuera".]

Pero todo era una cuestión de medida: cuando en quinto año uno de los alumnos escribió una grosería referida a la celadora en un borrador, fue identificado y expulsado del colegio (en rigor, transferido a otro colegio por los pocos meses de clase que le faltaban).

No participaba de las travesuras colectivas (excepto una vez, en quinto año, en que - para ver cómo era- me hice la "rabona" con otros 4 alumnos, y nos fuimos a visitar la base aérea de Morón), pero una vez protagonicé una individual. Néstor ("Chiche") Bendersky

necesitaba un "10" en anatomía (tercer año) para no irse a examen. Me ofrecí a dar lección por él. En la penúltima clase pedí para pasar (después de haber corrido la voz entre mis compañeros, no fuera cosa que algún distraído dijera "ese no es Bendersky, sino de Pablo"). El profesor me hizo una pregunta, la contesté mal... y me dijo de todo. Insistí en la última clase, respondí bien a todas las preguntas, y Bendersky se salvó.

[Le pido formalmente disculpas al profesor de anatomía, Dr. Garrido, por esta travesura. Al mismo tiempo dejo constancia que hasta hoy (1990) Bendersky no me pagó el almuerzo en el Palacio de la Papa Frita, que me había prometido.]

Una de estudiantes, que más que travesura es un acto de justicia, sucedió a propósito del mástil de la escuela. Hasta 1959 el mástil del comercial de Ramos era un palo erguido en la punta de uno de los edificios centrales (la construcción obligaba a que la bandera subiera y bajara en forma oblicua, más que vertical). Apoyando la iniciativa de uno de los empleados de maestranza (¿Pellegrini?), mi camada hizo una colecta con la cual se compró un mástil en serio. En la inauguración se descubrió una placa recordatoria, que dejaba explícita constancia del autor de la iniciativa. Pero como a las autoridades esto último no les gustó, retiraron la placa, la fundieron, colocaron otra en su lugar que reproducía el texto original pero sin el apellido de marras. Los estudiantes agregamos un pedazo de metal, con el apellido en cuestión, que también fue retirado por las autoridades. Entonces, antes de comenzar una "prehora" mis compañeros sacaron la placa y la tiraron. En otros términos: o con el nombre de quien tuvo la iniciativa, o nada.

Al finalizar los estudios no hubo viaje de egresados. Sí hubo baile de egresados, en Ezeiza, al cual no concurrí porque no sabía bailar. Es más; no sé bailar.

. . .

Mi promedio general en el comercial de Ramos fue de 8,11. Nunca "me llevé ninguna", y aprendí qué eran los exámenes cuando rendí cuarto año libre. educación democrática, en primer año, fue la única materia que aprobé con 7 puntos, en tanto que en Caligrafía de segundo año, Derecho comercial, Derecho administrativo y Estenografía, todas de quinto, me pusieron 10 puntos (en economía política saqué ¡9,66%!). Creo difícil descubrir una "vocación" implícita en mis calificaciones del colegio secundario.

C., por razones involuntarias, había perdido un año. A mediados de 1958, mientras yo cursaba tercer año, me habló de su proyecto de dar un año libre para recuperar. Me interesó, por deporte; como también les interesó a Riano y a Plá. Comenzamos, casi jugando y por las nuestras, a preparar materias libres (sólo recibí ayuda de una vecina, en el caso de taquigrafía, y de un muchacho de apellido Gallero en física y matemáticas). El resultado final fue que aprobé 8 materias en diciembre (de las 10 que rendí, y reprobé literatura y física) y el resto en marzo de 1959.

[Un compañero mío, de apellido Bernardez, rindió tercero y quinto libres, de modo que hizo el secundario en 3 años calendarios. Como dije antes, otra locura. La realidad me jugó una mala pasada. Mi tío Paco, para alentarme en el esfuerzo, me prometió que si aprobaba cuarto año libre me regalaría un tocadiscos Wincofon, muy popular en esa época. En diciembre de 1958 el Wincofon costaba m\$ 1.800, pero como dije recién en marzo de 1959 completé la aprobación del año. Cuando fui a reclamar el merecido tocadiscos, me encontré que como consecuencia del comienzo de la política económica de Frondizi, su precio se había duplicado. todavía estoy esperando el Wincofon.]

Mi familia no tenía plata para comprarme los libros, ni siquiera usados. Estudié con libros prestados por una vecina, que tenía un kiosco en Ventura Bosch al 6600, cuya hija iba un año adelante. Y en 1958, mientras preparé cuarto año libre, descubrí la biblioteca popular que funcionaba (¿funciona?) en Boquerón al 6700, de la cual hablé al describir el barrio.

Cumpliendo una promesa realizada en su campaña electoral, en 1958 Frondizi modificó la legislación para posibilitar el funcionamiento de las universidades privadas. La cuestión, conocida en su momento como educación "libre o laica", provocó reacciones. En el Comercial de Ramos Mejía, en vez de hacer discusiones adultas hicimos... huelga. Volví a clase entre los primeros que regresaron al aula, pero no tanto porque estuviera en favor de la enseñanza libre (aunque luego haría mi educación universitaria en la Universidad Católica), sino porque para mí era menos shoqueante ir a clase que participar en un movimiento de fuerza.

Mirando retrospectivamente, creo haber recibido muy buena educación secundaria en el "Comercial de Ramos Mejía", aunque tal como la que recibí en la escuela primaria, fue una educación abstracta, nada experimental.

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

10

## LA UCA

Así como antes tuve que explicar por qué hice el colegio secundario en una escuela comercial, ahora debo explicar por qué, luego del comercial, y a modo de total "yapa" desde el punto de vista de las expectativas familiares, me metí a estudiar ciencias económicas. La explicación es muy sencilla, dado que a comienzos de la década de 1960 en la universidad no había ciclo básico. Consecuentemente, en aquel momento lo "natural" era que aquellos que luego de la escuela secundaria deseaban estudiar en la universidad, fueran a "ciencias económicas" si se habían graduado en el comercial, a "ingeniería" si se habían recibido en el industrial, y al resto de las carreras si eran bachilleres (¿a dónde iban a estudiar quienes terminaban el magisterio?).

Pero como consecuencia de la reforma educativa de Frondizi, desde 1958 "ciencias económicas" dejó de ser sinónimo de contador público y de doctor en ciencias económicas, dadas las recientemente creadas licenciaturas en economía y administración. La siguiente pregunta, entonces, es; ¿por qué economía?

Mi caso puede llegar a deprimir psicológicamente a aquellos que "creen" en la vocación, en el "llamado sagrado" (como, presumo, sienten los que se inclinan por el sacerdocio). A comienzos de la década de 1960 la Universidad Católica Argentina (UCA. Todavía no era Pontificia) ofrecía las licenciaturas en economía y en administración de empresas. En ambos casos la carrera duraba 5 años, y los 2 primeros tenían las mismas asignaturas. Durante el lapso en que no tuve que optar me la pasé diciendo que iba a estudiar administración de empresas, porque los economistas eran... y entonces decía todo lo que los demás dicen de nosotros.

Como explicaré más adelante, mientras estudié en la universidad trabajaba antes de ir a clase. El mismísimo día en que, al comienzo del tercer año, tuve finalmente que optar por una carrera o por la otra, la cuestión surgió conversando con Guillermo Lladó, el contador con el

cual yo trabajaba. Le expliqué que me iba a anotar en la carrera de administración de empresas. Me pidió los programas. Le dije que no los tenía, que sólo contaba con una planilla, a 2 columnas, que contenía el listado de las materias de cada una de las 2 carreras (la parte superior, la de los 2 años comunes, tenía una sola columna). Luego de una somera lectura me dijo: "Anotate en economía, tiene más polenta". Mi pregunta, la pregunta que hace cualquier alumno en esas circunstancias, fue: "pero; ¿de qué voy a trabajar cuando me reciba?". Lladó me dijo: "por eso no te preocupes, porque el trabajo depende de la capacidad, no de la profesión". Entonces, haciendo uso intensivo de mis complejos de superioridad, me dije: "Si es así, no tengo problema". Fui a la UCA y me registré en economía.

[Esto no necesariamente quiere decir que la profesión que cultivo, ahora me guste menos que a otro que sintió inicialmente una vocación más fuerte que la mía.

En Economía: ¿una ciencia, varias o ninguna? (Fondo de Cultura Económica, 1994) mostré cómo gran parte de los "grandes" de la economía -incluyendo la mayoría de los premios Nobel- llegaron a la profesión por razones muy poco "románticas". Abba P. Lerner, por ejemplo, eligió economía y no psicología tirando una moneda al aire.]

¿Por qué estudié en la UCA? Por varias razones. En primer lugar, porque mi tío Paco decía que "en la universidad estatal no se estudia, sino que se `hace´ política"; en segundo lugar, porque en la parroquia de las Nieves había algunos muchachos -como Mirás, hermano del hoy obispo, que estudiaba abogacía- que ya iban a la UCA, de la cual hablaban maravillas; en tercer lugar, porque en aquella época la UCA era vespertina, de modo que se podía trabajar (las clases se dictaban de 18,15 a 20,45, con prácticos de matemáticas los sábados); y en cuarto lugar, porque era totalmente accesible (en 1960 pagué m\$<sup>n</sup> 1.000 por todo concepto, es decir, el equivalente a 1 dólar mensual).

Desde el punto de vista físico la UCA era un conjunto de edificios desparramados por la ciudad de Buenos Aires (más algunos campos, no sé dónde), ninguno de los cuales había sido diseñado para ser utilizado con fines universitarios. Rendí el examen de ingreso donde entonces funcionaba el Rectorado, en Riobamba 1227 (en cuyo subsuelo funcionaba la biblioteca, a cargo de César H. Belaunde); tomé clases durante algo más de un año en un edificio perteneciente al Colegio Sagrado Corazón, sito en Arenales entre Callao y Riobamba, donde dado el tamaño de los bancos me parece que en una parte de las instalaciones funcionaba un jardín de infantes; y terminé la carrera en otro edificio, ubicado en Córdoba entre Rodríguez Pena y Callao, donde por el tamaño del ascensor (que no funcionaba) y la altura de los mosaicos blancos que había en las paredes de algunas aulas, debía haber sido originalmente un sanatorio (porque carnicería, en un segundo piso, es algo muy raro). Muchos años después la Facultad de Ciencias económicas de la UCA se trasladó a su sede actual, ubicada en un singular edificio (ex convento, con mucha historia) sito en Reconquista entre Sarmiento y Perón, frente al Banco Central<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Y desde algún momento de la década de 1990, gracias al ímpetu de Sebastián Bagó, funciona en 4 ex diques de Puerto Madero.

En 1960 se ingresaba a estudiar economía en la UCA aprobando 4 materias y manteniendo una conversación con su decano, Francisco Valsecchi. No asistí al curso preparatorio que ofrecía la universidad, ni me inscribí en la universidad de Buenos Aires por si fallaba en el ingreso. Sobre la base de la información que proporcionaba la UCA me preparé sólo, con bibliografía que conseguí en la biblioteca popular de Liniers y en la biblioteca Nacional (entonces ubicada en México 564), a cuyo cómodo salón de lectura me iba a leer al salir del trabajo. Aprobé. En la preparación de alguna de las materias debo haber utilizado alguna bibliografía "extraña", porque recuerdo que uno de los profesores, frente a una de mis contestaciones, me pregunto en qué libro había leído lo que le dije.

[No haber tomado el curso (porque no quería gastar dinero, supongo), y al mismo tiempo no haberme inscripto en la UBA, son riesgos típicos que uno corre cuando es joven, "casi" sin darse cuenta. Digo casi porque uno sabe que los corre, pero se los banca mucho más fácilmente que cuando uno ya no es tan joven.]

. . .

José Luis Tommasi fue el único compañero del comercial de Ramos Mejía con el cual fuimos a la UCA. En 1960 habremos ingresado unos 70 alumnos (incluyendo las alumnas, "todas" lindas... y algunas muy) de los cuales, a partir de 1962, cuando nos separamos de los que estudiaban administración -de quienes, como corresponde, hablábamos en forma despectiva-, quedamos una veintena estudiando economía. De estos, entre fines de 1964 y comienzos de 1965 nos habremos graduado alrededor de 15.

Desafío públicamente a probar que no es cierto que hasta hoy (1990) la UCA no produjo una "camada" de licenciados en economía, tan destacada como la de 1964. Cito de memoria, alfabéticamente: Gerardo Barrionuevo, Alberto Benegas (h.), Miguel Angel Manuel Broda, Carlos Correa, Marcos Dumas, Alejandro y Angel Estrada, Juan Bautista Floriani, Gerardo Gargiulo, Alberto Grimoldi, Natividad Guerra, Juan Heit, Ricardo Maschwitz, Enrique Scala, Susana Valenzuela, María Cristina Vargas, Alberto (?) Zafrán y yo, entre otros.

Una de las pocas anécdotas extraacadémicas que recuerdo del período tiene como protagonista a Grimoldi. "Beto" me había prestado su copia del trabajo que había presentado en el curso de Historia Económica Mundial. Una noche, en la UCA, me dijo que la necesitaba en ese momento. "La tengo en casa", respondí. Lejos de acobardarse por el trayecto, al terminar la clase nos fuimos en su Peugeot 403 azul hasta San Antonio de Padua. Para mi vieja, como para todas las viejas, quienes tienen la misma edad que sus hijos son sus hijos. De manera que, sin dar lugar a negociación, le dijo a Grimoldi: "Cenás con nosotros". En menos que canta un gallo el pobre Beto tenía delante de él un plato hondo lleno de lentejas con arroz. Hoy, a más de 25 años de transcurrido el episodio, tengo bien presente la cara de Grimoldi quien, por supuesto, se comió todo el plato de lentejas.

¿Cómo nos llevábamos como compañeros, y como nos llevamos ahora? Mientras fui alumno me hice amigo de Gerardo Gargiulo, y discutía con el resto del grupo sobre cuestiones académicas y -aunque menos- de actualidad (las "chicas", como cariñosamente les digo ahora a quienes fueron mis compañeras, terminaron acusándonos a los varones hasta de ni saludarlas siquiera al entrar en clase).

[Una UCA vespertina, y casi gratuita, es potencialmente una UCA abierta a todo el mundo. ¿Lo era, o quienes no teníamos dinero ni apellido éramos alumnos de "segunda clase"? Ahora que lo pienso, no había nada planificado al respecto. Se trataba, más bien, de un "sentir" mío, que de una realidad objetiva<sup>2</sup>. De cualquier manera aprendí que, cuando uno es profesor, deben cuidar el "detalle" de ser verdaderamente neutral en el aula, entre los hijos de los que uno conoce y los de aquellos que uno no conoce. La consigna es: nadie es culpable de los padres que "heredó".]

Estando en cuarto año, en un programa de televisión vi a Raúl Matera diciendo que se acababa de reunir con sus grandes amigos, los compañeros de la facultad. "Qué suerte tiene", me dije en ese momento. Es que, con ojos contemporáneos, no podía imaginar la clase de amistad que, con el tiempo, crece entre personas que durante 5 años, mientras son jóvenes, comparten varias horas por día. Fui socio de uno de mis compañeros de la facultad (Broda), soy amigo de muchos de ellos, y tengo una relación "de piel" aún con aquellos a quienes no tengo oportunidad de ver, salvo muy esporádicamente (a fines de 1990 la relación social con mis compañeros de la UCA terminó siendo mixta, pues almorzamos mensualmente con Gargiulo, economista, y con Pisano -el aglutinante del grupo-, Di Pasquo, Florio y Shandley, también camada 1964 pero graduados en administración).

[Dediqué la última edición de 1989 de mi programa Momento económico a recordar el paso por la UCA con miembros de la camada 1964, cuando cumplimos las bodas de plata profesionales. Del programa participaron Angel Estrada, Gargiulo, Grimoldi, Guerra y yo; además de Francisco Valsecchi, quien ofreció la versión "desde el otro lado del mostrador". En dicho programa quedó claro lo que estoy diciendo sobre la relación actual entre compañeros que, mientras estábamos en la facultad, discutíamos a rabiar.

Valsecchi aprovechó la ocasión para felicitarnos por la valentía de haber ingresado a la UCA a comienzos de 1960, es decir, cuando todavía nadie había egresado.]

¿Fue cada uno de nosotros lo que se esperaba, dado como cada uno "pintaba" mientras éramos compañeros de la facultad? En mi opinión sí, aunque conversando sobre este tema, un día Broda me dijo que de mí era del último que esperaba que se dedicara al periodismo.

---

<sup>2</sup> Cuando a mediados de la década de 2000, en almuerzo de ex alumnos puse la cuestión sobre el tapete, "Beba" Florio hizo una detallada descripción de cómo nos sentábamos en las aulas. Al parecer había clara separación entre "los tragas", los hijos de los productores agropecuarios, las "chicas", los hijos de los industriales y al fondo... los vagos.



. . .

Llegó el momento de hablar de mis profesores, particular -aunque no únicamente- de aquellos a quienes recuerdo mejor; para lo cual corresponde comenzar haciendo un punto de naturaleza general. Estudiar economía en Argentina (no solamente en la UCA) en la primera mitad de la década de 1960, implicaba estar expuesto a la lucha que se entabló entre 2 clases de profesores. Estaban, por una parte, aquellos que acababan de regresar de estudiar en el exterior, resultado del hecho de que hacia fines de la década de 1950 se habían restablecido los contactos académicos con el resto del mundo y que, en buena medida, trabajaban en el instituto Torcuato Di Tella, "el lugar" para trabajar en economía en ese momento; y estaban, por la otra, aquellos que no habían salido al exterior... y no tenían chances de hacerlo. Hoy (1990), que todos somos mucho más maduros y que sobrevivimos a la hiperinflación de 1989, está culminando un proceso de integración profesional, que combina los enfoques alternativos, y a la luz de la década de 1960 desde el punto de vista académico estamos discutiendo "matices"; pero en aquel momento la batalla era campal. En la UCA entonces coexistían profesores que cuestionaban la historia como tal, con otros que cuestionaban las matemáticas como tal, dentro de la formación del economista. Nosotros, alumnos, no entendíamos nada, pero tal como era de esperar nuestro corazoncito se inclinaba hacia "lo moderno" (los modelos, las ecuaciones, etc.).

[José María Dagnino Pastore, de quien voy a hablar extensamente cuando reseñe mi actividad laboral, ilustra la notable falta de información que sobre el sector académico del resto del mundo existía en Argentina en la segunda mitad de la década de 1950, apuntando que cuando intentaba hacer su Master en economía en los Estados Unidos, le escribió a una universidad pidiendo los formularios para inscribirse, recibiendo como respuesta una atenta carta en la cual le dijeron que en cuanto abrieran la inscripción a varones iban a satisfacer su pedido, porque esa era una institución para ¡mujeres!]

De mis profesores de primer año recuerdo especialmente al ingeniero Gabriel Meoli, quien dictaba matemáticas, por ser claro y ameno en sus clases. De los de segundo año, a Francisco Valsecchi y Miguel Angel Almada. A Valsecchi, quien tenía a su cargo microeconomía, lo recuerdo por pedagogo más que por erudito (con lo que cuesta crear y hacer funcionar algo en Argentina, nunca entendí por qué se pretende homenajear a Valsecchi por ser autor de obras que no se quién lee, en vez de destacar su labor en la UCA... como si hubiera sido poca). Almada no sólo me enseñó estadística, sino que hizo que me gustara.

Felipe Tami, quien dictó macroeconomía en tercer año, a mis compañeros y a mí nos deslumbró. Nos hicimos grafomaníacos, keynesianos y expertos en los libros de Kurihara y Dillard. Decíamos gap en vez de brecha, y creíamos que dominábamos la materia porque sabíamos deducir los multiplicadores (era la "macro" de la época, aunque sospecho -por su tesis doctoral- que aún entonces Dagnino Pastore hubiera sido más balanceado, con una mejor presentación del caso clásico).

Cuarto fue el mejor año, con José María Dagnino Pastore enseñándonos comercio internacional y Francisco García Olano dictando ciclos económicos. 2 verdaderos "profesorazos", con estilos totalmente distintos.

Dagnino Pastore era aburrido... como él mismo lo reconocía, pero extremadamente ordenado y riguroso. Muy pocos de los alumnos seguíamos sus razonamientos, la mayoría "navegaba". En una de sus clases, al explicar no recuerdo qué tema, mencionó un efecto, y al referirse a un segundo efecto dijo que este último tendía a compensar el primero. Repliqué que en mi opinión el segundo efecto no solamente no tendía a compensar el primero sino que, como actuaba en la misma dirección, tendía a aumentar el efecto total. Luego de instantes de silencio, durante los cuales la clase se quedó expectante, Dagnino Pastore dijo: "tiene razón". Al terminar la hora los compañeros me felicitaron, no porque hubiese encontrado la verdad, sino porque le había hecho un gol de media cancha al profesor (3 semanas después Dagnino Pastore volvió en clase sobre el razonamiento, y nuevamente le mostré mi punto de vista. No le gustaba perder... y a mí tampoco). Nos hizo traducir La balanza de pagos, de Meade, que la editorial El Ateneo publicaría una década después (¿sobre la base de nuestra traducción, o a través de un emprendimiento independiente?).

García Olano, quien en ese momento tenía 55 años, era pura vitalidad. Se hacía el sordo, táctica que utilizaba para pensar; cuando uno preguntaba algo, automáticamente anteponía a la respuesta la siguiente muletilla: "Eh, qué, qué cosa...", y luego, sin esperar la repetición de la pregunta, agregaba la respuesta. Su sabiduría surgía a borbotones. Desde el punto de vista formal era muy desprolijo (lo cual no quiere decir falta de rigor); borraba sólo una parte del pizarrón y comenzaba a escribir... pero, si lo necesitaba, seguía escribiendo también sobre la parte que no había borrado, y se ensuciaba el pantalón con tiza, porque con la mano totalmente blanca se ponía y se sacaba el pañuelo del bolsillo delantero sin prestarle atención a lo que estaba haciendo.

Tengo de García Olano el mejor de los recuerdos, principalmente por su constante esfuerzo por combinar análisis económico y realidad. Para él la teoría no era un catálogo de esquemas; sabía "todo" -sin exhibirlo innecesariamente, como se verá de inmediato-, pero enseñaba la teoría que a su juicio servía para explicar la realidad. Con él graficamos -y explicamos- series reales, e intentamos entender por qué en 1963 el país sufría una profunda recesión. Dicho sea de paso, la realidad no estaba en el centro de la enseñanza en la UCA, y eso que entre 1960 y 1964 Argentina experimentó la política económica de Frondizi, la crisis de Pinedo y Alsogaray, y la política económica de los radicales. Quien un día nos hizo aterrizar fue monseñor Vicente Vetrano, quien antes de comenzar una de sus clases de teología nos preguntó: "ustedes que estudian economía; ¿qué dicen de esta crisis?". Silencio total.

Su estilo directo, y mi soberbia de entonces, me llevaron a sugerir que García Olano no exponía el modelo del ciclo económico de Hicks porque no lo conocía. Y seguramente que hice el comentario como correspondía, es decir, a viva voz para que lo escuchara. Me dijo: "Voy a dar una clase especial sobre el modelo para usted y algunos de sus compañeros, para explicarles por qué no doy el modelo de Hicks en clase". Armó la clase especial, borró parte del pizarrón, utilizó todo el pizarrón para escribir las ecuaciones, y luego de explicar en detalle la esencia del modelo de Hicks, mostró por qué no lo utilizaba en clase.

[Si en ese momento hubiera tenido la mitad de la vergüenza que hoy tengo, me hubiera tirado debajo del asiento.]

Volví a ver a García Olano pocas veces en mi vida. Asistí a una conferencia que dictó en Harvard, en 1967, donde fue presentado como quien anticipó correctamente que la "etapa Salimei" de la Revolución Argentina iba a fracasar; nos volvimos a ver en 1972 o 73, cuando me invitó a hablar en la comisión de economía del Centro Argentino de Ingenieros, que presidía; y por fin, en 1976 o 77, compartimos un almuerzo privado organizado para discutir con el entonces ministro de economía Martínez de Hoz (en esta última ocasión el físico de García Olano mostraba el paso del tiempo, pero su vehemencia no había disminuido). Falleció en julio de 1980.

[La figura de García Olano -ingeniero, y consecuentemente autodidacto desde el punto de vista económico. Fue ayudante de Raúl Prebisch en el último curso que éste dictó en la UBA, en 1948- fue creciendo dentro de mí con el paso del tiempo. Por eso, cuando trabajo de profesor, no me importa lo que los alumnos piensan de mí mientras estudian conmigo. Me doy un crédito de varias décadas, esperando el veredicto final.

Muchos años después, otro ingeniero me contó que García Olano también había descollado en su profesión original, haciendo los cálculos de la bóveda de una de las líneas de subte de la ciudad de Buenos Aires.]

Deslumbrar puede resultar contraproducente desde el punto de vista de lo que aprende el alumno, que es lo que en definitiva importa. El padre José Luis Duhourq, quien nos enseñó historia de la cultura en quinto año, nos deslumbró con sus conocimientos, pero no estoy seguro de que haya contribuido fuertemente a nuestra formación.

[Con Natividad Guerra hemos discutido en más de una oportunidad sobre el "caso Duhourq". Ella apunta que, más que deslumbrarnos, nos desestructuró una formación religiosa estrecha, al proponer a la reflexión temas como el de la evolución, Theillard, culturas distintas de la Occidental, el cristianismo como "mito", etc. Quizás, dada la complejidad del tema, lo único que podía hacer Duhourq era sembrarnos dudas, para que de ahí en más cada uno avanzara por las suyas.]

Dije que me iba a ocupar principal pero no únicamente de los profesores de los cuales me acuerdo bien. Es que, con ánimo constructivo y pensando en quien dicta materias que no forman el cuerpo principal de una carrera, quiero referir mi experiencia con el par de asignaturas de derecho que tuve en la UCA (derecho privado, en segundo año, a cargo de Félix Lafianra, y derecho público, en cuarto, dictada por German Bidart Campos). Ambos, tengo entendido, abogados muy reconocidos por sus pares. No tengo, sin embargo, un buen recuerdo

de ellos, puesto que en vez de concentrarse en transmitirnos los principios básicos del derecho, intentaron hacer de nosotros "seudo abogados", comprimiendo el análisis de demasiados temas (el día que dicte economía en derecho, todo el curso va a consistir en la discusión de casos que ilustren el principio de escasez; porque si los abogados aprenden a diferenciar entre lo que es factible y lo que no lo es, obtengo el 98% de lo que resulta necesario).

En 1964 me enseñaron sociología José Enrique Miguens y Francisco ("Pancho") Suárez. Con estilos claramente complementarios, ninguno de los 2 buscó hacer de cada uno de nosotros un sociólogo, sino más bien meternos en la sangre el ABC de la disciplina que cultivan profesionalmente (ejemplos: clarificar bien la distinción entre rol y persona, el concepto de socialización, etc.). De dicho curso recuerdo una anécdota que ocurrió durante el examen final, que como todos era oral. Se nos pidió que preparáramos un tema. Al tocarme el turno Miguens me mandó a rendir con Suárez. "Prefiero rendir con usted, porque preparé mi tema sobre su Sociología económica". No me halaga, me dijo Miguens, quien insistió en que rindiera delante de Suárez. "Es que quiero hablar en contra del libro". Rendido, Miguens no tuvo más remedio que escuchar vaya a saber qué "pelo en la leche" había descubierto. Me aprobó. Sigo viéndolos a los 2, aunque no frecuentemente<sup>3</sup>.

[Los profesores venían siempre a dar clase, cosa que en aquel entonces no nos parecía nada extraordinario. ¡Cómo han cambiado algunas cosas, a la luz de lo que se escucha hoy (1990)!]

No todos los alumnos tienen el mismo concepto de cada uno de sus profesores, pero en el caso de la UCA de la primera mitad de la década de 1960 hubo uno que logró dicotomizar al alumnado: algunos lo amaban, otros lo odiábamos. Fue Carlos María Moyano Llerena, profesor de dinero en tercer año y conductor de un seminario sobre política económica argentina en quinto.

[Amores y odios estudiantiles, entiéndase bien. Ignoro si quienes ayer lo amaban lo siguen amando, por mi parte "elaboré" mi odio estudiantil, de modo que hoy, al recordarlo, sonrío. Por eso no me importa generar odios entre algunos de mis propios alumnos, porque sé que son de "corto plazo".]

A Moyano lo vi personalmente contadas veces, luego de la UCA (al volver de Harvard, en su escritorio de la calle Balcarce; cuando en 1970 reemplazó a Dagnino Pastore como ministro de economía; y cuando en 1979 lo invité a que contara su experiencia como ministro

---

<sup>3</sup> A fines de 2009, junto con Pedro J. Vulovic, me di el gusto de invitarlo a almorzar a Miguens, por haber cumplido 90 años. Cabeza en perfecto funcionamiento y pinta envidiable. Obviamente le tiré la lengua. ¿Cómo llegaste a la sociología? La respuesta de "Jose" (sin acento) fue la siguiente: "en paralelo con las becas que había creado el Banco Central, la secretaría de agricultura ofrecía otras. En 1944 conseguí una de ellas y me admitieron en Harvard. Me anoté en el curso de microeconomía, que dictaba Leontief, y en el de sociología, que dictaba Talcott Parsons. Después de asistir a algunas pocas clases hablé con mi tutor y le dije: "no entiendo nada de lo que explica el profesor Leontief" [Miguens había estudiado abogacía en la UBA]. "Pero si no toma ese curso no se va a poder graduar", me dijo. "No importa", respondí, y me concentré en los cursos de sociología.

en el Teatro de la Cova, sobre lo cual hablaré luego). En un par de oportunidades nos encontramos intercambiando opiniones en La Nación. En efecto, cuando el 24 de noviembre de 1983 comenzó un artículo afirmando textualmente: "Todavía hay gente que cree que la exagerada impresión de billetes es la causa de la inflación en Argentina", envié una carta, que se publicó el 2 de diciembre, porque dicha afirmación me parecía, además de una barbaridad en sí misma, totalmente inoportuna, dado que se estaba por hacer cargo de la cartera de economía... Bernardo Grinspun. Y cuando el 22 de julio de 1991, bajo el título Implacable avance de la economía, Moyano sugirió que el análisis económico podría entrar en conflicto con los valores humanos, y -estirando un poco el argumento- que podría resultar contraproducente, tanto desde el punto de vista personal como profesional, estudiar demasiada teoría económica, otra vez hice conocer mis puntos de vista, contrapuestos a los suyos, a través de otra carta que se publicó el 18 de agosto de 1991. No espero convencerlo; sí, al menos, evitar que los jóvenes teman zambullirse con ganas en la literatura especializada.

¿Quiénes eran nuestros ídolos, fueran o no profesores? Claramente no había unanimidad al respecto, pero había consenso alrededor de Raúl Prebisch, Javier Villanueva y Aldo Ferrer (la palabra con la cual nos llenábamos la boca era modelo). Un alumno de la UCA que trabajaba en El Cronista Comercial viajó a Mar del Plata para cubrir la reunión de la CEPAL donde Prebisch abandonó el organismo; se sacó una foto junto a "don Raúl" que exhibía para que muriéramos de envidia. Y en cuanto a Aldo Ferrer, un día nos escapamos de una clase para asistir a la presentación de la primera edición de su Economía argentina (Fondo de Cultura Económica, 1963) en una mesa redonda que se hizo en Diagonal Sur y Alsina, donde entonces funcionaba la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA (hablaron en la oportunidad Javier Villanueva, Tulio Halperín Donghi y José Luis Romero).

[¿Qué dijo cada uno de los que habló? No sabíamos, porque la cuestión era "estar", no "entender". Del evento recuerdo que nos escabullimos de la clase sin decirle al resto a dónde íbamos, buscando el monopolio... ¡y nos encontramos con el resto de la clase en la mencionada presentación, que también había hecho lo mismo!]

No siendo profesor en la casa, mi actual interacción con mis profesores de la UCA es naturalmente limitada. Vi un par de veces a Valsecchi, cuando le hice sendos reportajes para El Cronista Comercial y Cablevisión; muy de tanto en tanto veo a Almada, a Panzone y a Tami; algo más -aunque no frecuentemente- a Pastore<sup>4</sup>. Lo cual, como sugiere este capítulo, en modo alguno insinúa que me olvidé de ellos. Soy uno de los socios fundadores del Laboratorio de computación de la UCA, creado a mediados de 1990.

---

<sup>4</sup> Durante la segunda mitad de la década de 1990, una tarde me corrí hasta Barracas para tomar un café con Panzone (participó de la reunión Gargiulo, quién siguió en contacto con Clemente durante todos estos años). Hablamos de corrido durante un par de horas, y confirmé la imagen que me había formado de él como profesor. Clemente sabe increíble cantidad de cosas, las piensa (no sólo las recita), pero al mismo tiempo para mi gusto se dispersa demasiado. Recuperándose de un episodio cerebrovascular, su físico puede tener algunas limitaciones pero la cabeza le funciona a pleno. Está escribiendo la historia del Consejo Nacional de Desarrollo, institución de la que hablaré más adelante. Espero el documento con vivo interés, porque me interesan los testimonios.

. . .

Obtuve la licenciatura en economía la mañana del 17 de diciembre de 1964, 22 días después de haber cumplido 21 años. Por pura casualidad, fui el primero en recibirme, ya que por la tarde se graduó Gerardo Gargiulo. Tenía pensado, luego del examen y de tomar una "coca" con algunos de mis compañeros (Maschwitz amenazó, pero afortunadamente no cumplió, con tirarme champaña en la cabeza), ir hasta San Antonio de Padua para dar la noticia, puesto que no había teléfono (en cuanto se lo dije a mi vieja salió corriendo para comunicárselo a mi tío Paco, pero contra sus deseos no la acompañé porque me fui para la casa de mi novia), y regresar a la UCA para felicitar a Gerardo, pero una huelga de trenes me frustró el plan. Entonces volví a la casa de mi novia para invitarla a salir a festejar, pero ella le estaba ayudando a su hermano a preparar un examen. Ante la ausencia de alternativas me volví a mi casa y me puse a... leer (al verme, mi viejo formuló la pregunta lógica: "pero; ¿no te recibiste?").

Conectado con la graduación, días después ocurrió el siguiente episodio: a mediodía recibí una llamada telefónica en el Instituto Di Tella, donde trabajaba. Una voz femenina me dijo que, enterado de que me había graduado, el doctor Aldo Ferrer me invitaba a participar del próximo panel sobre coyuntura económica (Ferrer, "motor" en ese momento del Instituto para el Desarrollo económico y Social -IDES-, organizaba trimestralmente reuniones de coyuntura, donde se distribuía un informe escrito y se armaba una mesa redonda para analizarlo. Un acontecimiento profesional pionero, dicho sea de paso). Le contesté que pensaba asistir a dicha reunión, pero para escuchar. La mujer insistió en que el doctor Ferrer quería que participase, pero como panelista. Entonces le dije que me parecía una exageración, pero que "si el doctor Ferrer consideraba que yo tenía que participar, que aceptaba". Recién entonces se identificó: era Esther Gómez, cunada de mi ex empleador Guillermo Lladó, quien me quería felicitar por haberme recibido (como el lector puede apreciar, en materia de desafíos intelectuales no me achico así no más).

No fui el mejor promedio de mi camada de la UCA, aunque me otorgaron diploma de honor porque mi promedio superó (levemente) 8 puntos (fue de 8,11, exactamente igual que el del colegio secundario). La desagregación de las materias, entre asignaturas específicas y materias de formación general, muestra un promedio un punto porcentual superior en las primeras con respecto a las segundas (reflejo de mi tecnocracia de entonces). Nunca rendí mal ningún examen, pero saqué 4 en Derecho público. Me pusieron 10 en Dinero y crédito, Historia económica mundial, Economía internacional, Finanzas públicas, Doctrina social de la Iglesia y Economía de la empresa.

¿Qué impresión tengo hoy de la formación que recibí en la universidad? La cuestión debe ser dividida en 2 partes: la formación estrictamente profesional y la formación personal. Desde el punto de vista estrictamente profesional, como se indicó, la formación recibida era la típica de la primera mitad de la década de 1960, donde por una parte absorbíamos -sin digerir, porque nuestros profesores tampoco lo habían hecho- el análisis económico moderno, al tiempo que algunos otros profesores se quedaban afónicos sugiriendo que la historia y las instituciones también importan (con el tiempo, dentro de cada uno de nosotros mismos, se produjo una

natural tendencia al equilibrio). Según el test que le apliqué a mis anteriores etapas educativas (cuánto me sirvió para la próxima), la formación de la UCA me sirvió más que razonablemente para mi doctorado en Harvard (claro que también estaba el entrenamiento que recibí trabajando con José María Dagnino Pastore, sobre el que hablaré más adelante); pero lamentablemente, y como ocurriera tanto en la escuela primaria como en la secundaria, aprendí en la época en la cual la enseñanza estaba centrada en el profesor y no en el alumno, y era además muy poco experimental (nadie me obligó a enfrentarme con mi ignorancia y mis miedos, en un ambiente en el cual pudiera llegar rápidamente a la conclusión de que si bien hacer algo es más difícil de lo que se piensa, yo también soy capaz de hacerlo).

[Esto lo aprendí, como de costumbre a las trompadas, cuando fui profesor en la escuela de administración de IDEA, experiencia que referiré más adelante.]

En el plano de la formación personal, por su parte, corresponde enfatizar un par de aspectos. Destaco, por una parte, la importancia de la inclusión, dentro del plan de estudios, de 2 años de filosofía. De haber tenido filosofía como campo de estudio optativo, probablemente no la hubiera tomado. Al estar forzado a estudiarla, me junté con una disciplina verdaderamente importante en sí misma, que además contribuyó poderosamente a hacer mucho más rigurosa mi forma de razonar, al tiempo que me sirvió mucho para, por ejemplo, mis estudios de estadística y econometría (quien estudió lógica y filosofía del conocimiento se aproxima al estudio de cuestiones como test de hipótesis y regresiones en general, con una base mucho mejor que quien no estuvo expuesto a tales cuestiones).

Al mismo tiempo, la pretensión de "integrar" (y aún la de relacionar, distinguiendo los planos a los que pertenecen cada uno de ellos) el análisis económico y la Doctrina Social de la Iglesia, resultó en ese momento un total fracaso... y lo sigue resultando, a juzgar por una mesa redonda que, sobre el tema, en la propia UCA, integré a fines de 1990.

[Un ejemplo de cómo, a mi juicio, se deben integrar el análisis económico y la Doctrina Social de la Iglesia, aparece en mi trabajo basado en la Encíclica Laborem exercens. Ver al respecto: de Pablo, J. C.: "Viabilidad de la Laborem exercens", Criterio, 20 de enero de 1983. Reproducido en: Escritos seleccionados, 1981-88, Ediciones macchi, 1989.]

Completé en Argentina mi educación formal auditando, durante 1965, los cursos de álgebra I y cálculo I en la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA, que poco antes había sido trasladada a Núñez (el primero de los cursos fue dictado por un matemático que hoy reside en los Estados Unidos, cosa que sé porque lo encontré en un viaje; mientras que el segundo lo dictó Manuel Sadosky, muy ameno además de didáctico). El próximo paso fue Harvard.

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

11

## HARVARD

Si estudiar en una universidad argentina constituyó una "yapa" para las expectativas de mi familia, continuar mis estudios universitarios en Harvard constituyó una "yapa" para mis propias expectativas. A mitad de mi carrera en la UCA aspiraba a poder asistir a los cursos dictados por la CEPAL en Santiago de Chile, pero desde que en noviembre de 1963 ingresé a trabajar en el Instituto Torcuato Di Tella (de lo cual hablaré más adelante) mis cañones apuntaron hacia los Estados Unidos.

A mediados de la década de 1960, en Argentina había más becas externas para estudiar economía que candidatos para utilizarlas. Algunas universidades, como las de Buenos Aires, Tucumán y Mendoza, tenían convenios especiales para enviar a algunos de sus graduados a continuar sus estudios en el exterior (la primera con la Universidad de Columbia, las otras 2 con la de Chicago); la Fundación Foro organizó un ambicioso programa para entrenar economistas con especialización en economía agrícola; e instituciones como el Di Tella y FIEL también tenían su propio programa de becas.

[Quien hoy (1990) pelea por una beca, no puede entender lo "tilingos" que nos hacía la relación que hace 25 años existía entre las becas existentes y los candidatos. Se desestimaban becas, o esfuerzos por ingresar a tal o cual universidad, por consideraciones como el frío, la ideología, etc.]

Terminar la licenciatura en la UCA era un claro prerrequisito para seguir mis estudios en el exterior, de manera que recién comencé los trámites concretos del ingreso en universidades de los Estados Unidos en la segunda mitad de 1965, con miras al año académico 1966-67 (¿por qué no lo hice un año antes, para comenzar a estudiar en el año académico anterior? La pregunta vale, porque esto era materialmente posible; aunque psicológicamente demasiado para alguien que, a fines de 1964 y con 21 años de edad, se acababa de poner de



novio, estaba terminando su licenciatura en la UCA y tenía el servicio militar por delante, por haberlo postergado para terminar la carrera universitaria).

Una cosa es decir "no me disgustaría estudiar en el exterior" y otra diferente es dar los pasos concretos indispensables para tal efecto. Desde este último punto de vista José María Dagnino Pastore resultó crucial. Mientras trabajé con él en el Di Tella hubo un "entendimiento", en el sentido de que "en algún momento" yo iría a estudiar al exterior. Cuando, como explicaré en detalle luego, a mediados de 1965 lo acompañé a trabajar a FIEL, "el entendimiento" fue que en la nueva institución también tendría una beca.

Cuando aludo a la diferencia entre un anhelo general y los pasos concretos, así como cuando entrecomillo el "entendimiento", no exagero: José María, personalmente, me dictó las cartas solicitando los formularios de admisión, y me empujó a seguir adelante en cada instancia en que todo parecía que se frustraba.

En rigor, él actuaba mientras yo acompañaba sus esfuerzos y ejecutaba sus decisiones. Ocurre que dentro de mí coexistían el convencimiento racional de que completar mis estudios en el exterior era algo que me convenía, con un terror frente al desafío implícito en ir a estudiar -¡y vivir!- en otro país (terror que mi vieja no disminuyó, porque no le hacía ninguna gracia que el "nene" se le fuera del nido); íntimamente yo buscaba un buen pretexto para "zafar" del compromiso el cual, afortunadamente, no apareció. El siguiente episodio muestra la visión estratégica que con respecto a mí tuvo José María. Cuando en junio de 1966, al comienzo de la Revolución Argentina, a él lo nombraron ministro de economía de la provincia de Buenos Aires, me dijo: "Tenía para usted el puesto de director de planeamiento, pero se tiene que ir a estudiar a Harvard". Lo que yo esperaba era que me ofreciera el puesto, que hubiera aceptado de buena gana, a riesgo de perder admisión y beca externas... pero sabiamente no lo hizo.

[Lo que Dagnino Pastore hizo por mí, lo hago por todos los que puedo. Los entusiasmo, hago que sus novias o esposas hablen con Any, no les subestimo el desafío que tienen por delante, pero les recalco las "energías ocultas" que anidan dentro de cada uno de nosotros, y que sólo afloran cuando se presenta el desafío, en el nombre de que sólo Dios sabe los límites que hay dentro de cada uno de nosotros.

La vida es una gran "cascada"; a José María Dagnino Pastore le tengo agradecimiento eterno, pero mi devolución de lo que me dio se la hago a otros, que a su vez se la harán a otros. Por eso cuando mis alumnos me quieren agradecer, les reoriento su energía para que puedan ayudar a otros, no a mí.]

Los trámites para ingresar en una universidad estadounidense consisten, hacia enero del año en que se pretende entrar, en llenar formularios administrativos, escribir una carta explicando lo que se pretende hacer, y acompañar todo esto con cartas de recomendación (las mías las escribieron Dagnino Pastore y Joseph Grunwald, a quien había conocido a través de la Brooking Institution de Washington). Entre marzo y abril las universidades comunican las aceptaciones, y las clases comienzan hacia fines de setiembre.

Envié formularios a Harvard y a Chicago, por explícito consejo de Dagnino Pastore (él es egresado de Berkeley y de Harvard). La primera me dijo que sí el 21 de marzo (recuerdo que como yo estaba haciendo el servicio militar, mi papá me dejó la carta de aceptación pegada en el espejo del baño... ignorando lo que decía, porque él no lee inglés), con lo cual no fue necesario completar los requisitos de la segunda (Chicago también me aceptó, sujeto a que mejorara mi inglés).

Trabajar en el Instituto Di Tella implicaba poder interactuar diariamente con no menos de media docena de economistas argentinos que acababan de estudiar en el exterior, y extranjeros de paso por Argentina. Lo cual, para quien estaba preparando ulteriores estudios en una universidad extranjera, resultaba inmejorable. Pero mi juventud, mi orgullo y mi ignorancia eran tales que en buena medida desaproveché esa oportunidad. De manera que en setiembre de 1966 llegué a Harvard con las siguientes "ideas": 1) "vamos a ver qué tienen estos para enseñarme"; 2) hay que concentrar los estudios en los campos más robustos del análisis económico, como comercio internacional y finanzas públicas (valiosísimo consejo que me dio Dagnino Pastore, y que afortunadamente seguí); 3) una cosa son los consejos generales, y otra, los específicos. Estos últimos sólo los pueden dar quienes en ese momento están estudiando en la universidad en la que uno ingresa (desde este punto de vista resultó crucial la presencia de Héctor Luis Diéguez en Harvard cuando yo llegué a Cambridge).

[Creía que esto sólo me había pasado a mí, hasta que leí a George Stigler (premio Nobel en economía), quien una vez escribió: "22 años no es una edad para la humildad".]

¿Qué era Harvard para mí, antes de pisar sus instalaciones por primera vez en mi vida, con algunos estudiantes del curso de inglés que tomamos con mi esposa en la universidad de Boston, semanas antes del comienzo formal de las clases? Nada, o casi nada (en el mejor de los casos, la universidad donde habían sido escritos algunos trabajos que había leído en el Di Tella). Pero estando en los Estados Unidos, fuera de la universidad, comprobé no sólo que todo el mundo la conoce sino cuán "mágico" resulta su nombre ("oh", decían los amigos de los Mc Kay, la familia americana que nos recibió como huéspedes cuando llegamos a los Estados Unidos, cuando les decía que estudiaba en Harvard). Que todo el mundo escuchó hablar de Harvard, como de la Basílica de San Pedro, explica la frecuencia con que aparece mencionada en el cine estadounidense (Woody Allen una vez ironizó así: "¿Harvard? hasta Kissinger enseñó ahí". Sus edificios y su Yard fueron inmortalizados en Love story, cinta que pese a mis deseos mi vieja no pudo ver porque la estrenaron pocas semanas después del fallecimiento de mi abuela).

Harvard fue fundada en 1636 pero, contra lo que generalmente se supone, no por John Harvard. "Johnny" falleció en 1638, legando a lo que desde casi fines del siglo XIX sería universidad (porque inicialmente fue College), por testamento oral, la mitad de sus propiedades y toda su biblioteca. Al conmemorarse el 250 aniversario de la fundación de Harvard se le erigió una estatua, ubicada en un lugar privilegiado del Yard (si John Harvard, en vida, lució como su estatua, sólo Dios y él lo saben).

Harvard está ubicada en la ciudad de Cambridge, estado de Massachussets, al nordeste de los Estados Unidos. Dada la forma en que desde el punto de vista edilicio la universidad se ha extendido durante su larga existencia, con el tiempo será apropiado decir que la Universidad Harvard está ubicada sobre la ciudad de Cambridge. Cambridge, a su vez, esta ubicada sobre una de las orillas del río Carlos (el Charles river); a la misma altura, sobre la otra orilla está la ciudad de Boston.

En rigor, "casi toda Harvard" está en Cambridge. Ocurre que la Escuela de Negocios está "del otro lado del río", lo mismo que el estadio de fútbol americano. Por eso, al esfuerzo conjunto de las escuelas de economía y de negocios de Harvard, el finado Otto Eckstein lo denominaba "la escuela del río Carlos, unida por el puente Anderson".

[Me pregunto si ubicar la escuela de economía a un lado del río, y la de negocios al otro lado, no habrá sido una (sabia) decisión, destinada a disminuir fricciones entre "teóricos y practicones".]

¿Por qué Cambridge? El prolífico (con ideas propias y ajenas, estas últimas debidamente citadas) Seymour E. Harris explica en The economics of Harvard (Mc Graw Hill, 1970) que Harvard fue "una de las primeras, si no la primera, obras públicas en la historia americana". Ocurre que la ciudad de Cambridge se estaba quedando desierta, porque los residentes se estaban mudando a tierras más ricas (como las de Connecticut) y entonces, en la mejor tradición "keynesiana", el gobierno colonial decidió hacer "algo" (Harvard dependió enormemente del gobierno durante sus primeros 200 años de vida).

En Inglaterra hay otra Cambridge; por eso cuando a mediados de la década de 1960 se generó una intensa disputa sobre algunos aspectos de la teoría del capital, la profesión la bautizó como la discusión de "Cambridge, U. K., versus Cambridge, Mass"... pero por el Instituto Tecnológico de Massachussets, el famoso MIT, ubicado a unas 15 cuadras de Harvard. ¿Quien conocería Cambridge, si allí no estuvieran Harvard y el MIT?

[En la década de 1960 el MIT tenía fama de tener una orientación matemática, y Harvard orientación humanista, lo cual dio lugar al siguiente cuento: un alumno termina de comprar en un supermercado de Cambridge y para pagar se coloca, con su carrito lleno de mercaderías, en una caja cuyo letrero dice "5 ítems o menos". La cajera mira el carrito, mira el cartel, y le dice al estudiante: "o usted es de Harvard y no sabe contar, o usted es del MIT y no sabe leer".

El grado de matematización que tiene hoy (1990) la enseñanza de la economía en la costa este de los Estados Unidos es tal, que ahora el cuento no tiene gracia. Al parecer, actualmente los que estudian en Harvard tampoco saben leer. Aunque todavía hay esperanza: en Harvard los edificios tienen nombre, en el MIT número.]

Los edificios más viejos de la universidad están ubicados en una superficie cuadrada de, digamos, 250 metros de lado (oficialmente denominada College Yard, siempre la conocí como el Harvard Yard), rodeada de paredes y verjas. Se accede al Yard por puertas donadas por ex

alumnos, que en la práctica -en mis años de estudiante- no se cerraban ni siquiera de noche, y como la distribución de dichas puertas permite cruzar el Yard en diagonal, el mismo era utilizado también por los habitantes de Cambridge, aunque nada tuvieran que ver con la universidad. Harvard, que originalmente se ubicó en menos de un acre de superficie, siempre tuvo problemas de espacio; y más aún porque, como apunta Harris en el libro que acabo de citar, el concepto educativo de Harvard pretende ser integral, de manera que desde el comienzo incluyó dormitorios, y hasta espacio para enterrar a los profesores.

En una de las esquinas del Yard está la ya referida Harvard Square, como dije en realidad un quiosco de diarios y una estación de subte (cuando yo estudiaba la estación terminal; ahora extendieron el subte, por lo que donde antes se estacionaban los vagones fuera de uso ahora están las nuevas instalaciones de la escuela de Gobierno de la universidad), pero para los harvardianos el "kilómetro 0" del mundo.

Cuando volví a Harvard en 1986, los cambios -tanto en la universidad como en las construcciones que la circundan- resultaron espectaculares. Cuando el National Bureau of Economic Research me indicó que me había hecho reservas en un hotel ubicado a una cuadra de Harvard Square, literalmente temblé... recordando la Cambridge de 2 décadas atrás, y me encontré con un hotel 5 estrellas, y montones de restaurantes que no existían, y a los cuales los alumnos no pueden acceder.

Nadie utiliza todas las instalaciones de una universidad. Me registré en Memorial Hall, que a pesar de su apariencia externa no es una iglesia sino un teatro (donde se realiza la ceremonia de graduación, si ese día llueve) y un espacioso salón (la iglesia es Memorial Church); y tomé clases, dentro del Yard, en Sever, Harvard y Emerson, y fuera de él en Holyoke. A mediados de la década de 1960 el departamento de economía (Littauer) estaba fuera del Yard; hoy está integrado en él porque mientras yo estudiaba, la calle que estaba entre el Yard y Littauer fue sepultada. Construyeron un túnel, para que en la superficie se pudieran unir el Yard con buena parte del resto de las instalaciones de la universidad. Como consecuencia, algunas de las puertas de acceso al Yard dejaron de tener sentido, pero no fueron retiradas, y quedaron como adorno y testimonio de la donación efectuada.

[Como en muchas otras universidades, en Harvard los edificios tienen nombre. ¿Por qué Littauer se llama Littauer, por qué Widener se llama Widener? Para recordar a quienes financiaron los respectivos edificios. Ocurre que los estadounidenses, sobre todo cuando hacen dinero por haber estudiado en determinada universidad, a la hora de repartirlo se acuerdan de ella (los argentinos, para devolverle a la universidad lo que alguna vez nos dio, le damos nuestro tiempo, enseñando gratis).]

Como al registrarme me hice socio del centro de estudiantes, en Memorial Hall me entregaron una copia de la Guía extraoficial de la vida estudiantil en Harvard (The unofficial guide to graduate life at Harvard), agudo librito exento de solemnidad donde uno se enteraba dónde encontrar personas del otro sexo (información valiosa para solteros); cómo comprar en el Haymarket, dónde los precios eran inferiores pero las cantidades también; al tiempo que se

sugería intentar acceder a la sección erótica (sic) de la biblioteca principal de la universidad (la Guía, que estoy citando de memoria, decía algo así como "si usted convence a la Srta. Tal de que sus propósitos son científicos, puede acceder a un material muy jugoso").

Utilicé con mayor frecuencia las bibliotecas de Littauer y Lamont, y también Widener; y un domingo estudié en la Baker, la biblioteca de la escuela de negocios de la universidad. De cada una de ellas tengo un recuerdo. En la biblioteca de Littauer, donde en ese momento funcionaban el departamento de economía y el de administración pública, por expresa disposición del reglamento los empleados no podían revisar los bolsos de los estudiantes a la salida; consecuentemente, nos llevábamos los libros al comienzo de cada semestre, retornándolos al terminar las clases... como hizo el señor Littauer, en otra biblioteca de la universidad pero violando el reglamento, porque mientras él estudió tenía que trabajar. Lamont era la biblioteca preferida en verano, porque tenía aire acondicionado.

Widener, la biblioteca central de la universidad de Harvard, es una joya; majestuosa, cómoda... y con un número increíble de volúmenes. Para que el lector se pueda formar una idea respecto de su dimensión, apunto que a mediados de la década de 1960, sobre Historia Argentina, en Widener había 50 metros de libros, a los que acudía cada vez que me sentía nostálgico (allí leí Los caudillos, de Félix Luna, y miré incontables números de Caras y Caretas). Los "estudiantes graduados", es decir, quienes estábamos cursando el doctorado, en Widener teníamos acceso directo a los estantes.

[Caminando por entre dichos estantes, un día lo encontré a Samuelson consultando un libro. La emoción me paralizó. Presumo que quien pocos años después sería el primer estadounidense en recibir el premio Nobel en economía debe haber pensado: "¿y que hace ahí de Pablo, parado como un tonto?". A propósito: por escrito Samuelson es colosal; oralmente, muy poco atractivo.]

En la biblioteca Baker me pasó algo simpático. En vísperas de los exámenes generales, al final de mi carrera, uno estudia todo el día, todos los días. La biblioteca de la escuela de negocios es de las pocas, si no la única, que está abierta los domingos. "Me voy a estudiar tranquilo", me dije a la tarde de uno de ellos, y efectivamente cuando llegué no había prácticamente nadie. Pero a poco de estar se abrió una puerta lateral, y apareció una docena de muchachos y de chicas, disfrazados. Yo me pellizcaba. Habían conseguido permiso para filmar una película cómica, y qué mejor que hacerlo un domingo, para no molestar a nadie.

En las bibliotecas de la Universidad de Harvard descubrí la "Xerox" (en rigor, la fotocopia moderna, no la que sobre fondo negro y letras blancas preparaba el instituto Olivares, en la zona de Tribunales). Insertando un dime (la moneda de 10 centavos de dólar) uno podía fotocopiar 2 páginas de una revista técnica dentro mismo de Littauer o Widener, y si se tomaba el trabajo de cruzar la calle e ir hasta una sastrería ubicada enfrente de la universidad, conseguía fotocopias por 5 centavos (a mi esquematizada mente de entonces le parecía un horror que, porque resultaba negocio, una sastrería hubiera instalado en la parte de adelante de su local de ventas, un par de máquinas de fotocopiar).

El edificio más viejo del Yard, Massachussets, fue construido en 1720, y varios tienen más de 200 años. Pero esto se aprecia del lado de afuera, por el estilo arquitectónico; porque por dentro están totalmente remozados (como en 1975 también pude comprobar en Alcalá de Henares, en España). Son edificios amplios, de pocos pisos, sin ascensores, bien calefaccionados y mantenidos a la perfección. Cuando yo estudiaba era impensable que se cortaran la luz o la calefacción, que un profesor no tuviera tiza o que no pudiera sentarse porque el banco no estaba limpio.

Basta de arquitectura.

. . .

En vísperas del comienzo de las clases tuve que dar un examen de matemáticas (de no haberlo aprobado hubiera tenido que tomar el último curso de matemáticas del College, para emparejar mis conocimientos con los del resto del alumnado). Aunque hacía calor (en Cambridge, Massachussets, para los argentinos 9 meses del año "es" invierno -3 de ellos con nieve-, no obstante lo cual en verano hace mucho calor), fui al examen de traje y corbata. Me miraron como a un loco. ¡Nunca más me "disfracé" para ir a clase!

Cursar el doctorado en economía en Harvard implica tomar 16 cursos en 4 semestres, con campos de estudio obligatorios (teoría económica, estadística y econometría y -afortunadamente- historia económica) y campos optativos, donde hay que elegir 2 entre una enorme variedad de alternativas (según las notas, el decano puede relevar al alumno de la obligación de tomar los 4 últimos cursos).

[Vivir y estudiar en otro país tiene costos de adaptación. Consecuentemente, el aprendizaje no es proporcional al tiempo... al menos durante los 2 primeros años de estadía. Si al terminar mi segundo año sabía 100, de esos al terminar el primero sabía no más de 25. Hay que hacer todo lo posible para estar por lo menos un par de años.]

Mi primer contacto real con la vida académica en Harvard fue, como dije, una conversación con Diéguez, un argentino que hacía 2 años que estaba estudiando economía en Harvard (los otros argentinos que estaban haciendo el doctorado en economía en ese momento eran Luis Landau y Julio Berlinski; y contemporáneamente, pero estudiando administración pública, estaba "Beto" Bronfman). A Diéguez, a quien había conocido en el Di Tella, lo encontré pocos días después de arribar a los Estados Unidos, en una reunión que en el complejo habitacional Peadoby Terrace convocó a los argentinos que entonces residían en Cambridge, para discutir la posición a tomar a raíz de la "noche de los bastones largos", el episodio de violencia que tuvo lugar en la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA, la noche del 29 de julio de 1966. Nos reunimos con Héctor, esta vez solos, pocos días después.

Como siempre, Diéguez fue muy preciso. Me dijo que cada alumno tenía un tutor (adviser), a quien no convenía preguntarle sino llevarle una propuesta concreta (la propuesta consistía en decirle cuáles eran los 4 cursos que uno seleccionaba para tomar durante el semestre, dentro de una variedad inmensa). Sabiamente, Héctor me sugirió en mi primer semestre innovar lo menos posible (consejo que seguí), y así fue que en el otoño de 1966 me registré en Historia del pensamiento económico, Estadística, así como en las primeras partes de Historia económica y Comercio Internacional.

[El lunes 5 de agosto de 1991, en la universidad de San Andrés, le comenté a Rolf Mantel que cuando terminara la clase del día iba a pasar por Di Tella para dejarle a Diéguez una copia de la versión preliminar de este capítulo, para que hiciera sus comentarios. "Héctor falleció el sábado pasado", me dijo Rolf. Me quedé helado. Sabía por su esposa, Marta Blanco, que Diéguez tenía que cuidarse, pero no esperaba una cosa así (según me explicó Marta, en rigor nadie lo esperaba. Se fue como mi mamá: inesperada y súbitamente)].

El relato de este capítulo testimonia lo que le debo a Héctor, que no sé si alguna vez le agradecí personalmente. Me invitó a su casamiento, puntualizando que por razones de espacio la lista había sido muy selectiva, lo cual Any y yo siempre consideramos una distinción. En dicho casamiento, al que llegamos tarde porque al meter el Peugeot en un bache, en Paseo Colón, casi le rompo una de las ruedas, Héctor me mostró el más imaginativo telegrama que leí referido a la ocasión. Su texto decía: "En este día, y en todos los días, muy buenos días".

La obra escrita de Diéguez es importante, y la "mano" que dio para formar gente en la Universidad Nacional de La Plata resultó espectacular; creo, sin embargo, que por forma de ser planteó una relación (para mi gusto) demasiado alta entre capital y producto. Tengo entre mis proyectos hablar con una docena de personas (parientes, amigos, colegas, etc.) para, a partir de un conjunto de conversaciones, pintar un semblante de quien fuera el primer licenciado en economía de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires<sup>1</sup>.

En Harvard la primera semana de clases es una "vidriera", donde los profesores seducen o asustan a los alumnos en sus clases inaugurales. Luego de una semana, hay que optar. Pues bien, cuando a la semana de haber comenzado las clases fui a ver a mi tutor (Hendrik Houthakker, quien luego sería mi profesor de Econometría), ocurrió lo previsto por Diéguez: mi "determinación", junto a su escaso interés en perder su valioso tiempo conmigo, hicieron que todo fuera resuelto en pocos minutos. Al irme de su despacho me dijo: "Venga a verme cuando quiera"; pero lo dijo de tal forma que no fui en todo el año. Durante mi segundo año de permanencia en Harvard, Houthakker pidió licencia en Harvard para ir a Washington, a trabajar en el Consejo de Asesores Económicos del presidente Johnson. Entonces le pedí a la secretaria del decano (Richard Caves) que me nombrara otro tutor en su reemplazo, pero ella, pícaramente, me dijo: "Son grandes ustedes para necesitar para tutor". No tuve tutor... ni lo necesité.

---

<sup>1</sup> Cumpli. Véase mi Héctor Luis Diéguez, Miguel Sidrauski y los comienzos de la licenciatura en economía en la Argentina (Sudamericana, 1995). También disponible en [www.juancarlosdepablo.com.ar](http://www.juancarlosdepablo.com.ar)

[La secretaria de Caves sintetizó admirablemente el "mensaje" que Harvard le inyecta en las venas a sus alumnos, además de los conocimientos específicos. Dicho mensaje dice que, en definitiva, cada uno tiene que arreglárselas solo, cada uno tiene que encontrarle la vuelta para aprender a sobrevivir a lo que se le presente, cada uno tiene que saber "bancarse" las deficiencias que arrastra y/o las circunstancias que enfrenta. ¿Como trasmito este valiosísimo mensaje a mis propios alumnos? "Complicándoles la vida" sistemáticamente, haciendo que lo antes posible cada uno de ellos se encuentre consigo mismo, que -frente a las tareas que les propongo- cada uno de ellos descubra por sí mismo sus propias capacidades y debilidades. Es que para un dirigente no hay pretextos. Cuando, tal como es de esperar, mi propuesta genera caras de terror, respondo así: "Practiquen conmigo, `la calle es 10 veces peor". Mis alumnos creen que los odio. En realidad los quiero muchísimo, pero mi rol de profesor no es el de hacerme querer en el corto plazo, sino el de hacer que me agradezcan en el largo.]

El sistema de estudios está centrado en la biblioteca, no en el aula. En su primera clase cada profesor distribuye una lista de lecturas (algunas requeridas, otras sugeridas) y desarrolla el curso sin perder el sueño si, particularmente desde el punto de vista didáctico, las clases resultan horribles (la mayoría de ellas lo son, al menos para estándares argentinos). Esto lo aprendí de Robert Dorfman, mi profesor de macroeconomía, quien al terminar de repartir su lista de lecturas dijo: "Con este acto acabo de cumplir el 95% de mis obligaciones como profesor; el 5% restante consiste en preparar el examen" (paradójicamente, Dorfman fue el único de los profesores que tuve en Harvard que preparaba sus clases).

Que la clave de la enseñanza está en la biblioteca y no en el aula también surge de la duración del período de clases (el "semestre" es, en realidad, un trimestre, ya que el ciclo de otoño comienza a fines de setiembre y finaliza antes de Navidad, y de ahí hasta el comienzo de los exámenes hay casi un mes, y lo mismo ocurre con el ciclo de primavera), así como de la extensión de las listas de lecturas (sobre este último aspecto, en la ceremonia de graduación de 1968 uno de los estudiantes que pronunció un discurso dijo que la extensión de las listas de lecturas era tal, que obligó hasta a cambiar el escudo de la universidad, el cual -junto a la palabra veritas (verdad)- antes tenía 2 libros abiertos y 1 cerrado, y ahora tiene los 3 libros abiertos).

La falta de atractivo didáctico de la mayoría de las clases, junto al rol clave de las listas de lecturas, surgen del muy entendible hecho de que, en el doctorado, en Harvard se privilegia el contenido sobre la forma y el talento sobre la didáctica, y por eso cuando se contrata a un profesor no se le pide que dicte una clase, sino que se le pregunta qué artículos o libros escribió. Entre los profesores hay un slogan, "publica o muere" (publish or perish), que es profesionalmente relevante hasta que el candidato consigue ser nombrado profesor titular (logra tener tenure).

[Centrar el proceso de aprendizaje en la biblioteca (o, si se prefiere, en los libros), y no en el aula, es crucial para obtener buenos resultados. No me canso de repetirle a mis alumnos que uno insume años en escribir un libro y minutos en preparar una clase, y que consecuentemente lo lógico es prestarle mucha más atención a los escritos, porque están hechos con mucho más



rigor. En el mejor de los casos las clases sirven para guiar una lectura, o corregir un rumbo. "El libro sabe más que el autor, solía decir el doctor Vélez (Sarsfield)". Esta magnífica síntesis de lo que acabo de decir la leí en Franco, L. y Amaya, O. O. (1959) (sel.): Domingo Faustino Sarmiento: textos fundamentales, Compañía General Fabril Editora, tomo I.]

En el doctorado de Harvard hay 2 clases de exámenes: los de curso, al finalizar cada uno de ellos; y los exámenes generales (los "generals"), que en mi época se rendían todos juntos al terminar el segundo año de estudios. Los primeros eran escritos. Cada alumno ingresaba en el aula portando cuadernillos de tapa azul (los blue books), y delante de un empleado de la universidad -porque la toma del examen era un acto administrativo, no uno académico-, durante 3 horas, peleaba por la nota. La calificación era enviada por correo a la casa de cada alumno, en una tarjeta que uno incluía en el cuadernillo azul, al entregarlo al finalizar el examen. Luego de los primeros 90 minutos se podía salir del aula para ir al baño, oportunidad que los latinos aprovechábamos para (brevísimas) ilegales consultas entre nosotros... en castellano.

En la biblioteca Lamont se podían consultar los exámenes que los profesores habían tomado en años anteriores. Haberler, en su curso de comercio internacional, invariablemente comenzaba el examen planteando un ejercicio de construcción de la balanza de pagos de un país. Mientras era alumno pensaba que lo "embromaba" al profesor si me preparaba bien en balanza de pagos; de grande comprendí que Haberler conseguía lo que quería, es decir, que yo supiera construir una balanza de pagos.

Joseph Schumpeter, el gran economista nacido en Austria que hizo en Harvard buena parte de su carrera académica, solía decir que se había propuesto ser el mejor jinete de Austria, el mejor amante de Europa y el mejor economista del mundo (los 3 objetivos son esos, y los 3 lugares también son esos, pero en rigor los relacioné de memoria), pero que sólo había logrado 2 de los 3 objetivos... sin especificar cuáles. Según contó en clase Gerschenkron, su pasión por las mujeres era tal (se casó 3 veces) que en sus clases hacía sentar a las alumnas al frente y a los alumnos detrás, y que a las primeras -invariablemente- les otorgaba la nota máxima, que cuando él era profesor era "A+". Fue tal el desbarajuste que introdujo, que las autoridades decidieron suprimir esa nota (Schumpeter falleció en 1950; cuando yo estudié en Harvard, la nota máxima era "A"). El sistema de notas se volvió a desquiciar cuando, durante la guerra de Vietnam, el gobierno decidió que los peores alumnos fueran a la guerra primero (sic), lo que motivó que los profesores que estaban en contra de la guerra calificaran con la nota máxima a todos los alumnos, independientemente de sus conocimientos.

Cuando uno ingresa en Harvard observa que quienes están cursando el segundo año sólo hablan de un tema: los "generals". Luego de un año de permanencia en la universidad se entiende por qué. Ocurre que al finalizar la carrera hay que aprobar un conjunto de exámenes, donde se verifica si el graduado está en condiciones profesionales de "salir a la calle". En 1968 la batería de pruebas consistía en un examen escrito sobre teoría económica, un segundo examen escrito sobre estadística y econometría, y luego un examen oral sobre historia económica y los campos elegidos por el alumno (en mi caso comercio internacional y finanzas públicas. Historia económica o alguno de los 2 campos optativos se pueden borrar -write off- si

durante los cursos se tuvo un promedio no inferior a B+, opción que lamentablemente no pude ejercer). Para evitar acomodados, sólo en la víspera del examen uno conoce quien integra la mesa examinadora. El día en que se rinde exitosamente el examen oral marca el "pico" de los conocimientos técnicos del alumno, porque desde el día siguiente uno ya se empieza a olvidar de muchas cosas, y es también el único día de la vida en que en Harvard el profesor le sirve café al alumno (en mi examen oral la primera pregunta del profesor de historia fue: "¿quiere otra taza de café?").

Desde el punto psicológico la presión es tremenda. Ocurre que, por una parte, los exámenes generales sólo se pueden rendir 2 veces por año; quien no aprueba en el turno de abril tiene que esperar a noviembre, lo cual es generalmente un gran costo... excepto cuando al terminar los estudios a uno lo espera tener que ir a la guerra, como le ocurría a mis compañeros nacidos en los Estados Unidos, lo cual motivó una reunión de todos nosotros con el decano, a comienzos de 1968, para "inducirnos" a que tomáramos los exámenes al finalizar nuestro segundo año y no después. La otra razón por la cual la presión psicológica es tremenda es que la aprobación de cada examen era un prerequisite para poder rendir los que le seguían, y entre un examen escrito y el próximo había un par de semanas, pero los profesores necesitaban una semana para corregir los exámenes, de modo que uno estudiaba durante una semana sin saber si había aprobado o no. Encima de todo lo cual en 1968 ocurrió algo notable. Para no hacernos perder tiempo, la secretaria del decano nos dijo que determinado día, a partir de cierta hora, iba a llamar por teléfono a quienes no hubieran aprobado. Tal como era de esperar, esa tarde me la pasé en mi casa, al lado del teléfono. En un momento dado sonó el aparato. Con el corazón destrozado, atendí... era una amiga de Any, que quería saber si ella no tenía que ir al supermercado. La pobre chica todavía no comprende cómo es que una pregunta tan inocente generó, de mi parte, tremendo exabrupto.

[Conocí alumnos extranjeros que enviaron a su país de origen a su familia, meses antes de rendir los "generals", para poder prepararlos sin volver locos a sus parientes; hubo casos en que la dedicación del alumno fue tal, que luego de aprobar los exámenes se encontró con que su mujer se había ido a vivir con otro alumno; alguien perdió el cabello en 48 horas por haber fracasado en los exámenes generales, según me contó una vez un... pelado (pero parece que le había pasado a otro).]

De mis profesores de Harvard quiero hablar primero en general, y luego de manera específica. Aunque no en todos los casos me di cuenta en ese momento, lo cierto es que en Harvard estuve expuesto a una notable cantidad de talento, y tuve la fortuna de ser alumno en uno de los últimos años previos al retiro masivo de la "guardia vieja", la protagonista del crecimiento del análisis económico verificado desde la década de 1930 en adelante, la cual estaba llena de sabiduría. Dicho de otra forma: muchos de mis profesores no estudiaron el análisis económico que me enseñaron, lo habían creado (¿o descubierto?) ellos mismos.

[Como estudié antes de la "tabacofobia", algunos de mis profesores fumaban en clase - Gerschenkron en pipa-, y en los salones de seminario había ceniceros en las mesas. Sólo por razones de seguridad no se podía fumar en las bibliotecas. A lo que eran muy adictos mis

profesores era a la bebida. Smithies daba clase beodo... a las 9 de la mañana. Cuando uno visitaba a Gerschenkron en su oficina, al sentarse al costado de su escritorio podía observar que detrás de la fila de libros que tenía sobre el mismo, había una fila de botellas. En Harvard se tomaba, pero (según parece) no tanto como en Chicago. Harry G. Johnson, el economista más prolífico que hasta ahora haya existido, murió a los 53 años... de cirrosis.]

Estudié historia del pensamiento económico con Arthur Smithies, estadística con alguien de apellido Taylor, econometría con Hendrik Houthakker, comercio internacional con Gotfried Haberler, historia económica con Alexander Gerschenkron, microeconomía con Wassily Leontief (uno de cuyos asistentes fue Steven Turnovsky), macroeconomía con Robert Dorfman (uno de cuyos asistentes fue Marcelo Selowsky), finanzas públicas con Richard Musgrave, y tomé un seminario con Albert O. Hirschman. Lo cual implica que me "perdí" a Simon Kuznets, que dictaba desarrollo económico, y a Kenneth Galbraith, que conducía (en su casa) un seminario sobre economía y las artes.

[No fui alumno de Samuelson porque cuando se abrió un concurso en Harvard para ocupar una "silla" (como se denomina al puesto de profesor titular), Harvard prefirió a Smithies. En 1972 Samuelson aclaró que esto no se debió solamente al antisemitismo ("Economics in a golden age", reproducido en el volumen 4 de sus Collected scientific papers, The MIT press, 1979). De cualquier modo, cuando años después Harvard intentó incorporar a Samuelson, éste respondió que estaba muy cómodo en el MIT (la historia está contada en detalle en L. Silk: Los economistas, Marymar, 1980).]

Harvard era, en ese momento, verdaderamente internacional: 7 de los 8 cursos que tomé en mi primer año, fueron dictados por profesores que no habían nacido en los Estados Unidos (no eran profesores visitantes, sino que habían emigrado hacía mucho tiempo, no obstante lo cual conservaban los "tics" idiomáticos propios de sus países de origen. El ruso Leontief, por ejemplo, no pronunciaba la "w" sino la "v", de manera que para él no era -fonéticamente hablando- "der guas" sino "der vas"). La excepción era Taylor, quien afortunadamente para mi inglés dictaba estadística (y como le escuché decir a Meoli en la UCA, "en los libros de matemáticas publicados en los Estados Unidos las explicaciones están en inglés, pero los símbolos están en castellano"). Taylor acostumbraba a comenzar sus clases contando un chiste, que irremediablemente me perdía. Por tener tantos profesores extranjeros, con mi inglés del comercial de Ramos Mejía tuve pocos problemas en el aula (excepto con Smithies, que era australiano, y con el curso de historia económica, que es muy intensivo en términos, lo cual me obligó a volver a escuchar las clases de Gerschenkron también en mi segundo año y, consecuentemente, a aprender muchísimo). Los problemas idiomáticos, como ya dije antes, se presentaban en la calle... pero, aunque a veces con angustia, se terminaban solucionando.

[Gerschenkron dedicó una de sus clases, casi por entero, a explicar la importancia del manure en la agricultura. Cuando terminó la clase le pregunté a otro latinoamericano, cuyo inglés era mejor que el mío, qué era el manure. "La bosta". Tuve que reconstruir mentalmente la clase.]

En el plano específico comienzo por Leontief, hasta ahora el único profesor que tuve en Harvard que luego recibió el premio Nobel en economía. Hijo a su vez de economista (su padre había dictado economía laboral en San Petersburgo), Leontief enseñaba microeconomía de modo totalmente intuitivo. Sin decirlo, planteaba casos, como los que hicieron famosa la escuela de negocios de Harvard. En ese momento la discusión de sus ejemplos me parecía "poca cosa" para un doctorado en Harvard; hoy comprendo la sabiduría del método, que nos permitía a nosotros mismos hacer los descubrimientos. Lo que sí aprecié desde el primer momento es que, luego de asistir a sus clases, era mucho más fácil entender lo que decían los libros y los artículos de la lista de lecturas.

Leontief era el único profesor que gastaba plata en vestir bien (estoy convencido de que el sobretodo que usaba Haberler a mediados de 1960 lo había traído de Viena cuando aterrizó en Harvard en la década de 1920). Durante las clases comía... papel; en efecto, comenzaba su clase con una hoja de papel amarilla tamaño carta sobre su mesa, la cual iba cortando de a poco, y al terminar la clase se había comido algo así como la cuarta parte de la hoja. Fue el único profesor que durante mis 2 años de permanencia en la universidad se dignó almorzar una vez con nosotros (ya no recuerdo de qué hablamos la media docena de alumnos que participamos del frugal encuentro, pero el gesto de comer con nosotros, así como su simpatía personal, no los olvidaré más), y tuvo el coraje de tomar un avión e ir a Grecia cuando, luego de la "Revolución de los Coroneles", la vida de su ex alumno Papandreu corría peligro en el mencionado país. Las críticas que hoy le hace Leontief al análisis económico (ya las hacía cuando era profesor mío, pero con menor vehemencia que ahora) las comparto en buena medida pero no totalmente.

Haberler, como García Olano en la UCA, combinaba admirablemente teoría y práctica. Explicaba con gran entusiasmo su preferencia por el libre comercio, no se enojaba demasiado porque J. Bhagwati y V. K. Ramaswami, en su "Domestic distortions, tariffs, and the theory of optimum subsidy" (distorsiones internas, tarifas y la teoría del subsidio óptimo, Journal of political economy, 71, 1, febrero de 1963), hubieran en buena medida reescrito su "Some problems in the pure theory of international trade" (algunos problemas en la teoría del comercio internacional, Economic journal, 60, 238, junio de 1950), y en modo alguno compraba la "racionalización" del argumento nacionalista para justificar la protección arancelaria que había hecho Harry G. Johnson en "An economic theory of protectionism, tariff bargaining, and the formation of customs unions" (una teoría económica del proteccionismo, la negociación tarifaria y la formación de las uniones aduaneras, Journal of political economy, 73, 3, junio de 1965); pero además de esto era un experto en la historia de la legislación de barreras al comercio, y seguía los debates que al respecto se llevan a cabo en el Congreso de los Estados Unidos.

Haberler era sordo y orgulloso, lo cual generaba escenas risueñas en las clases, porque como no utilizaba (o no encendía) el audífono, contestaba correctamente la pregunta que él creía que le habían formulado, y a veces había mucha distancia entre la realidad y sus creencias. Muchos años después de haber regresado yo de Harvard pude comprobar que, por diplomático, era mentiroso. Cuando estuvo en Buenos Aires, invitado por el Banco Central, en

el salón Bosch me acerqué para saludarlo luego de que terminó de pronunciar una conferencia. Me dijo que se acordaba de mí...

[Haberler es mi candidato permanente al Nobel en economía, aunque tengo pocas esperanzas de que lo logre. Ideas como las de costo de oportunidad y frontera de posibilidades de producción, fundamentales en el análisis económico, se deben a él, así como el denominado "efecto Pigou". José María Dagnino Pastore apunta con acierto que, de no haber escrito Keynes su teoría General, muy probablemente el Prosperidad y depresión de Haberler hubiera sido "el" libro de la década de 1930.

En abril de 1991, cuando Haberler cumplió 90 años, la Academia Nacional de Ciencias Económicas de Argentina, de la cual es miembro correspondiente, le hizo un homenaje en Washington en la persona de A. Benegas Lynch (padre), también miembro de la citada Academia. Bien por la iniciativa.]

Gerschenkron era el prototipo del académico (scholar): meticoloso, muy interesado por lo suyo, enormemente erudito, también vestía sin cuidado. Como expliqué, por falencias idiomáticas en mi segundo año volví a escuchar sus clases de historia económica (la historia económica de Europa desde alrededor del año 1.000 hasta fines del siglo XIX), por lo cual conservo muy buenas notas de sus clases. Me puso las peores notas que obtuve en Harvard. Tenía muy en claro su rol como profesor: al terminar una clase se le presentó alguien que le dijo más o menos lo siguiente: "soy Juan Pérez, teniente coronel del ejército de X, y vengo a tomar su curso...", que recibió como respuesta textual lo siguiente: "You will be treated like anyone else" (usted será tratado como cualquier otro). Tenía fama de profesor difícil en los exámenes generales; por eso salté de la alegría cuando, en la última de sus clases previas a mi examen general oral, anunció que se iba a Cambridge... Inglaterra, a un seminario (fue reemplazado por Henry Rosovsky, lo cual contribuyó a mejorar mi nota final).

[La esposa de Axel Leijonhufvud analizó las vicisitudes de Haberler y Gerschenkron para llegar a Harvard (ver Graver, E. (1986): "The emigration of austrian economists", History of political economy, 18, 1, primavera).]

Houthakker, el único profesor que tuve que daba clases después de almorzar, era otro de los 'grandes'. Muy prolijo y didáctico, explicaba econometría sin traer al aula ninguna clase de ayudamemoria. Un jueves llegó y dijo: 'Hoy voy a demostrar X' (ya no recuerdo qué era). Comenzó la demostración en el extremo noroeste del pizarrón. En un momento dado no pudo avanzar más. Entonces fue al extremo sudeste del pizarrón, escribió lo que quería demostrar, para avanzar desde ahí hacia arriba... y también se empantanó. Entonces dijo: 'Dejemos esto, el martes próximo lo explico' y siguió con otro tema. En la próxima clase comenzó con un tercer tema por lo que, en un momento dado, uno de mis compañeros se lo hizo notar. Houthakker enrojeció y dijo: 'Me pasé el fin de semana buscando la demostración y no la encontré... pero igual para el examen ustedes la tienen que saber' (por supuesto, no fue tema de examen).

Musgrave es otro ejemplo de profesor que enseña su obra, ya que sus clases eran la versión oral de su libro sobre finanzas públicas el cual, menos de una década después de haberse publicado por primera vez, ya se había convertido en un clásico. Musgrave era teutón, es decir, ordenado, sistemático y... aburrido. Nos invitó a su casa a comer queso y vino, lo cual operó de manera increíble para deshelar las hasta entonces muy limitadas relaciones que había, no tanto entre profesor y alumnos, sino entre los propios alumnos (todas las veces que pude lo hice con mis propios alumnos, e invariablemente con resultados espectaculares; claro que en Argentina el menú tuvo que ser más sustancioso).

Hirschman "conducía" su seminario... a la Hirschman, es decir, dejando que dentro de cada uno de nosotros afloraran ideas. Por eso, con ojos de ese momento me parecía extremadamente desordenado -casi caótico-, y ahora me parece muy sabio. El trabajo que preparé para su seminario, "Antiinflationary policy in Argentina - 1967 versión" (política antiinflacionaria en Argentina, modelo 1967), fue la base de lo que luego pretendió ser mi tesis doctoral (escribí otros 3 "papers" en Harvard, 2 para Gerschenkron y uno para Musgrave, todos de escaso valor profesional). Luego de aprobar mis exámenes generales (en el oral Hirschman integró la mesa, y me formuló preguntas sobre comercio internacional), nos invitó a Any y a mí a una reunión social en su casa (donde felicitó a mi esposa por el examen que yo había dado, un tema sobre el que hablaré después); en dicha reunión conocí a Gino Germani, quien en ese momento estaba exiliado por razones políticas (le escuché decir, entre muchas afirmaciones interesantes, que los gobiernos militares congelan las estructuras políticas de modo que, biología mediante, cuando al terminar las "dictaduras" se llama nuevamente a elecciones se presentan los mismos candidatos que existían antes del gobierno militar).

Dorfman fue, como dije, el único de mis profesores de Harvard que preparaba sus clases. Lástima que mucha macroeconomía no sabía (con Dorfman aprendí más a ser riguroso que experto en macroeconomía). Dentro de todo me "salvé" por lo siguiente: Dorfman tuvo 2 asistentes, y quien me tocó en suerte fue el chileno Marcelo Selowsky, quien se acababa de graduar en Chicago. Para dar una idea de la macro que reinaba en Harvard a mediados de la década de 1960 baste decir que en una de sus clases Selowsky escribió en un pizarrón una "M" (símbolo de dinero), luego de lo cual trazó la línea de la división y colocó debajo de ella una "p" (símbolo del nivel de precios), aclarando que había que distinguir entre la cantidad de dinero en términos nominales y en términos reales. Fue como pasar del cine en blanco y negro al cine en color.

En Harvard audité voluntariamente 2 cursos: el que el profesor visitante John Chipman dictó sobre teoría del crecimiento durante el tercer semestre de mi permanencia en la universidad, y el que Otto Eckstein dictó sobre finanzas públicas, continuando el de Musgrave, en el semestre en que yo estaba preparando mis exámenes generales. Al curso de Chipman iba a "escuchar la música", porque de la letra no captaba nada, cosa que presumo le ocurría al resto de los estudiantes de economía presentes (entre los cuales estaba Lance Taylor -sic-, quien hoy modela muchas de las ideas intuitivas de los economistas del Tercer Mundo); quienes sí parecían entender eran los estudiantes de ingeniería y de matemáticas.

Auditar el curso de Eckstein mientras preparaba mis exámenes generales, no estando obligado a ello (el decano Caves me autorizó a no tomar cursos en mi cuarto semestre, dadas

mis notas del tercero, según explicaré), habla muy bien de dicho curso y, sobre todo, del profesor (ya graduado y recién regresado de un postgrado hecho en Inglaterra, también auditaba el curso Martin Feldstein, quien llegaría luego a presidir el Consejo de Asesores Económicos durante la gestión Reagan). Ocurría que, además de brillante, Eckstein tenía permanente chispa y buen humor, particularmente en sus respuestas (me hacía acordar al maestro García, de mi escuela primaria). Cuando un alumno le preguntó qué opinaba del modelo econométrico de la Brookings (famoso en ese momento) respondió: "Tiene gran poder predictivo: anticipo 8 de las últimas 5 recesiones"; cuando otro le preguntó cuándo calificaría como exitosa una inversión pública dijo: "Cuando una usina comienza a producir electricidad antes de gastar 5 veces lo presupuestado"; y para terminar con la legendaria rivalidad que existe entre las escuelas de economía y negocios, y que en el caso de Harvard -¿para evitar peleas mayores?- están ubicadas en márgenes opuestas del río Carlos, proponía la creación de la "Charles River School". Eckstein, quien lamentablemente falleció, fue buen pronosticador, tanto en lo académico como en lo económico. Nunca olvidaré que cuando presentó a James Buchanan, quien invitado a Harvard a dar una conferencia habló delante de muy pocas personas, al terminar la reunión dijo: "A este hombre hay que tomarlo en serio" (20 años después, a Buchanan le otorgaron el Nobel en economía). A fines de la década de 1960 o comienzos de la del 70 fundó una empresa dedicada a vender pronósticos econométricos, que lo hizo millonario.

[Probando que ser compatriotas en el exilio puede más que la mencionada rivalidad entre los estudiantes de administración de empresas y de economía, Alberto Borrini, entonces secretario de redacción de Competencia, nos inmortalizó a quienes en ese momento éramos los "argentinos en Cambridge", juntando en una misma entrevista a Carlos Lara, Manuel Sacerdote, Juan Carlos Scarpatti y Everardo Wessels, que estudiaban administración, y a mí (la nota fue publicada el 3 de noviembre de 1967).]

Porque mientras estuve pasaron por Harvard para desparramar su saber, en Cambridge escuché conferencias dictadas por Kenneth Arrow, Joe Bain, James Buchanan, James Duesenberry, Roy Harrod, Franco Modigliani, Robert Mundell y Raul Prebisch. Arrow (cuyo rostro se parece mucho al de mi tío Mariano) habló de cuestiones incomprensibles, y encima complementó su exposición oral con anotaciones que hizo en un pizarrón que estaba en muy mal estado. Cuando terminó, un indio empezó a discutir con él, dándome la sensación de que sabía sobre el tema mucho más que Arrow; Franco Modigliani, a pesar de sus entonces décadas de vivir en los Estados Unidos, no podía ocultar su origen italiano. Cuando Dorfman intentó corregirle su presentación de la función preferencia por la liquidez de Keynes, Franco lo interrumpió enfáticamente: "Keynes estaba equivocado", provocando estupor entre aquellos para los cuales "si lo dijo Keynes...". Mundell dominaba totalmente la técnica gráfica que contribuyó a crear.

Las presentaciones eran parte del "espectáculo". Musgrave presentó así a Duesenberry, profesor de Harvard que en ese momento tenía licencia para trabajar en el Consejo de Asesores Económicos del presidente Johnson: "A continuación James Duesenberry va a exponer sobre el estado de la economía. No sé si hablará el profesor Duesenberry, planteando un análisis objetivo de la situación económica, o el honorable (como se denomina en los Estados Unidos a

los altos funcionarios) Duesenberry, desarrollando una perorata oficialista sobre la cuestión". Luego de la conferencia y el debate posterior, Musgrave cerro la reunión con estas palabras: "agradecemos al honorable Duesenberry su visita a Harvard", humorada que todos festejamos. Otra presentación memorable fue la que Haberler le hizo a Prebisch. "don Gotfried" en modo alguno compraba el esquema de "don Raul", no obstante lo cual, frente a un repleto salón de actos de Littauer ("popular" que no era fácil llenar), lo presentó con gran caballerosidad. Prebisch no me impresionó en aquella ocasión, probablemente porque habló en inglés.

También pasó por Harvard Arturo Humberto Illia, meses después de que contra su voluntad dejó de ser presidente de Argentina. Habló en castellano, luego de lo cual la universidad organizó una copa con alumnos argentinos. Cuando le pidieron que explicara por qué había anulado los contratos petroleros, dijo que alguien le había mostrado una planilla con el "balance energético", de la cual surgía que el consumo de petróleo era desproporcionadamente mayor que el del resto de las fuentes de energía. "¿A usted le parece que esa era una situación balanceada"? repreguntó. Al escuchar la respuesta crucé una mirada con Miguel Sidrauski; Miguel tenía el rostro desencajado, porque no podía creer lo que acababa de escuchar.

Mi interacción con los profesores, fuera del aula, fue poca o nula. ¿Culpa de ellos o mía? Si hay culpa, la mayor parte es de ellos, porque son aquellos que generan admiración los que tienen que crear la "atmósfera" que facilita los encuentros. Pero junto a esto surge la siguiente pregunta: ¿y para qué tanta interacción? Pregunto esto porque en el fondo la clave de mi trabajo en Harvard estaba en que yo descubriera cosas, y para eso lo ideal era leer y prestar atención en clase, no conversar. Esto también lo aplico en mi interacción con mis alumnos.

De regreso a Argentina, perdí todo contacto "institucional" con mis profesores de Harvard (a diferencia de Domingo Cavallo, quien durante muchos años trabajó con Yair Mundlak, su profesor de econometría). Cuando pasaron por nuestro país, volví a ver a Haberler, Hirschman, Houthakker y Musgrave.

. . .

Por razones básica -aunque no exclusivamente- idiomáticas, interactué mucho más con los latinoamericanos que con el resto de los alumnos. En total éramos unos 60 estudiantes, una camada muy alta según la historia media de la Escuela de economía de Harvard, de los cuales no más de 10 seríamos extranjeros.

En 1966, junto conmigo, empezaron a estudiar economía en Harvard los colombianos Enrique Low Murtra y Gustavo Argaez, así como el mexicano (residente en Israel) Moises Syrquin; y en 1967 se sumó el mexicano Carlos Bazdrech, quien hoy (1990) dirige El trimestre económico. De años anteriores -además de los argentinos que ya nombré- estaba el nicaragüense Ernesto Fernández, y contemporáneos, pero estudiando administración pública conocí al peruano Felipe Cebrecos; ciencias de la educación a otro colombiano, cuyo apellido no recuerdo, con quien nos encontrábamos en la cafetería de Littauer y no se cansaba de explicar su proyecto de armar un partido político con los... maestros de su país (recuerdo el



fastidio que a este simpático muchacho le producía cada vez que aludía a mi país mencionando a la República Argentina, cuando el gobierno en ese momento estaba en manos del general Juan Carlos Onganía).

Desde el punto de vista del origen económico-social, los alumnos más "tirados" éramos los argentinos, tanto en comparación con los estadounidenses como con los extranjeros. Los colombianos eran hijos de ex embajador uno y de rector de universidad el otro, y el nicaragüense pertenecía a una familia terrateniente; probablemente los mexicanos fueran los que se nos acercaban algo. Harvard estaba por la abolición de la segregación racial en Sudáfrica, pero en Harvard éramos todos blancos. Como ya mencioné, pero no está de más repetirlo, siempre sentí orgullo como argentino por las posibilidades que solía brindar, en materia de movilidad económica y social, la escuela pública de nuestro país, hecho que al llegar a Harvard me resultó muy nítido.

A través de un pastor que organizaba reuniones en su casa, ubicada muy cerca de la mía, conocí a un par de interesantes jesuitas: Gabriel Cámara, mexicano, que bautizó a Gabriela en la parroquia de San Pablo, y otro, chileno, de apellido Zúñiga, a través del cual conocí las canciones de Violeta Parra. El pastor convocaba a estudiantes latinoamericanos a charlar y a tomar café, precisando las horas de comienzo y fin de las reuniones. Siempre me violentó el hecho de que, llegada la hora fijada, terminaba abruptamente la reunión, independientemente de cómo se estuviera desarrollando la discusión en ese momento.

[Con el tiempo aprendí que algunos estadounidenses hacen las cosas así por cumplir, y otros por el valor que le asignan al tiempo. Lo aprendí, pero nunca lo terminé de digerir. Por algo, cuando vienen a nuestro país, los estadounidenses destacan la hospitalidad de los argentinos.]

La división real dentro del alumnado no se daba entre estadounidenses y extranjeros, sino entre quienes no tenían problemas idiomáticos o de conocimiento previo de "las reglas de juego", y quienes sí las teníamos. En el primer grupo, además de los locales, estaban alumnos como los ingleses, los canadienses de habla inglesa, los indios, los pakistaníes, etc., mientras que en el segundo grupo, además de "nosotros" (los latinoamericanos), en mi camada había un sudafricano. De los estudiantes estadounidenses me hice amigo de alguien cuyo apellido era Kelso (o algo parecido), que hablaba muy bien castellano porque su padre había sido embajador de los Estados Unidos en algún país de América Central; y que aparecerá en mi relato cuando aclare mi relación con el resto de los estudiantes "locales". Algunos cursos que tomé también fueron auditados por un libanés del cual contaré sabrosas anécdotas.

En el grupo había 2 mujeres, una estadounidense y una inglesa. La estadounidense era muy flaca y no particularmente agraciada; la inglesa era mucho más linda. Las malas lenguas decían que, en sus actividades extraacadémicas, la inglesa discriminaba en contra de los países en vías de desarrollo; pero esto sólo se lo escuché decir a alguien que, en función de la clasificación anterior, resultaba discriminado en contra.

Enrique Low era singular (hablaré en pasado, si bien ninguno de mis compañeros, afortunadamente, ha muerto). Ya era Master en economía por la Universidad de Southern Illinois, de manera que -como los locales- conocía las reglas del juego universitarias mejor que el resto de nosotros (en Colombia había estudiado derecho, y había trabajado como juez de paz antes de estudiar en Illinois). Era notablemente inteligente y trabajador... además de enormemente distraído y torpe con sus manos. Low, casado con Yoshiko, una enfermera japonesa a quien conoció en un curso de inglés, representó a mi hermano Oscar como padrino en el bautismo de Gabrielita.

Dije que Enrique era inteligente y distraído. Nos enseñaba econometría a todos, y como gran maestro, lo hacía con infinita paciencia... y grandilocuencia típicamente colombiana (había dictado esa materia en Colombia, al regresar de Illinois). Durante mi primer año en Harvard estudiamos esta materia en mi casa, porque Gabrielita llegó al mundo recién en el verano septentrional de 1967. Low llegaba puntualmente, primero que todos (a la hora que habíamos fijado para comenzar a estudiar, a veces me encontraba durmiendo, y en vez de protestar me pedía disculpas), se comía -sin mirar- las galletitas que uno le pusiera adelante, y mientras en la época de exámenes todos revisábamos nuestras notas para repasar, él tomaba papel en blanco y volvía a probar los teoremas, porque sabía que si buscaba en sus notas nunca los encontraría. Era un habitué de la oficina de objetos perdidos de la universidad ("dónde habré dejado el sobretodo", le escuché decir en voz baja en más de una clase).

Su torpeza manual era antológica. En el segundo piso de Littauer funcionaba una cafetería, con máquinas que vendían bebidas calientes y frías. El café casi hervía y como la máquina lo servía hasta prácticamente el borde, había que asir la parte superior del vaso con los dedos pulgar e índice, al tiempo que el meñique tomaba al vaso por debajo. Soy testigo de que en una oportunidad Enrique se tiró encima el vaso de café caliente, pero no una vez sino 2 veces seguidas, con diferencia de un par de minutos (una vez le puede pasar a cualquiera; 2 veces seguidas debe ser un récord mundial).

No destaco la torpeza manual de Low porque soy sádico, sino para ilustrar dramáticamente un punto. A su regreso a Colombia, luego de haber estudiado en Harvard, Enrique hizo carrera dentro del gobierno. Integraba la Corte Suprema de Justicia el día en que un movimiento guerrillero se apoderó del Palacio de Justicia, y salvó su vida tirándose por una ventana a un vacío de varios metros, y encima ayudó a un asistente a salvar la suya. Cuando me lo contaron no lo podía creer; siempre cuento la anécdota como una muestra del poder de la desesperación, que neutraliza las carencias de momentos normales.

Después de Harvard, con Enrique y su mujer nos vimos en Buenos Aires a comienzos de la década de 1970, cuando pronunció una conferencia invitado por el Banco de Boston, y por última vez cuando en noviembre de 1976 nos cruzamos caminando por Caracas. Todo lo demás lo sé por referencias de amigos comunes (la última información que tengo es que fue nombrado embajador en Suiza, en parte para poderse tratar, desde el punto de vista médico, su problema nervioso... lo cual, a la luz de lo que acabo de relatar, resulta totalmente comprensible).

[Me encantaría poder encontrarme con mi viejo amigo, para que me cuente su versión de los hechos del Palacio de Justicia.

Esto fue escrito antes del 30 de abril de 1991, fecha en que Enrique fue asesinado por narcotraficantes en Bogotá, cuando salía de la Universidad de La Salle, de la cual era decano de ciencias económicas. Según me explicaron en la embajada colombiana en Buenos Aires, Low se estaba preparando para ser embajador de su país ante Uruguay; y según leí en Semana del 7 de mayo de 1991 (un semanario colombiano), Low murió porque Pablo Escobar, luego de encargarse de su asesinato, no lo pudo parar... porque una vez que se dice que sí uno no se puede volver atrás; aprendí que su torpeza se debió a una fiebre reumática que padeció de joven, que lo obligó a permanecer en cama durante 4 años; y que al terminar su período como embajador en Suiza envió cartas para conseguir trabajo como profesor en Nueva Zelanda, Australia o África, sin suerte.

Todavía sueño con poder encontrarme con mi viejo amigo, para que me cuente su versión de los hechos del Palacio de Justicia. Sólo que ahora el diálogo va a tener que esperar un poco más].

"Moshé" era también muy inteligente, además de también muy buen tipo. Siendo todavía estudiante estaba peleando con la prestigiosa Review of economic studies, para que le publicara una nota sobre "insumos inferiores", lucha que ganó (¡qué envidia!). Pero de Moshé me acuerdo principalmente por su ortodoxia judía, así como por cómo intentó "adoctrinarnos" durante la Guerra de los 6 días (el conflicto de Medio Oriente de 1967). En sábados, Moshé no tomaba notas en clase, ni aceptaba que alguien lo llevara de vuelta a casa en auto aunque lloviera... a pesar de que vivía en Peabody Terrace, casi a 10 cuadras de la universidad (si tomaban un examen en sábado, a la hora del examen se presentaba delante del rabino designado por la universidad, el cual le tomaba la prueba desde el momento en que podía volver a escribir). En Cambridge seguimos la Guerra de los 6 días por televisión (el canal educacional transmitía, durante las 24 horas, las sesiones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas), y Moshé hacía mapas del Medio Oriente en el pizarrón que había en la cafetería de Littauer, y explotó de rabia la vez que le sugerimos que los puntos de vista del embajador egipcio, quien en la víspera había participado en un programa de televisión, también nos parecían atendibles.

Después de Harvard, con Syrquin nos vimos en 1980 y en 1989, en Israel, y hacia fines de 1989 en Buenos Aires. Es casi seguro que conocí Israel por su "culpa" (por lo cual le estaré eternamente agradecido), cuando la Universidad Bar-Ilan, ubicada cerca de Tel Aviv, en abril de 1980 organizó un congreso en honor de Raúl Prebisch y me invitó a participar (del mencionado congreso voy a hablar más adelante). En dicho congreso, como 9 años más tarde cuando presenté "Historias de horror microeconómicas" en la misma universidad, al ser invitado a comienzos de 1989 por la universidad de Tel Aviv, Moshé mostró esa rara combinación que tiene de ser extremadamente preciso, dirigir sus dardos a los puntos centrales de la cuestión que se discute, y hacer todo esto con mucho humor. Nos vimos por última vez en Buenos Aires, en el congreso que el Instituto Di Tella organizó en honor de Hirschman.

Con Moshé, como con Carlos Díaz o Raúl Cuello, mis mejores anécdotas no tienen que ver con la economía, porque en cualquiera de estos casos las personas "tapan" a sus respectivos profesionales. Cuando a comienzos de 1989, al terminar de escuchar un concierto en Tel Aviv - en un auditorio con capacidad para más de 2.000 personas, donde se venden 8 series del

mismo programa!-, nos fuimos con Syrquin a comer pizza, hablamos de cómo había variado su "dureza" frente a la cuestión de la relación entre judíos y árabes, cómo le molestaba la Intifada, y las dificultades que tenía en su matrimonio (supe, por un cable que me envió a comienzos de 1991, cuando le envié mi "ánimo" para ayudarlo a sobrevivir a los Scuds de Saddam, que finalmente se separó).

Argaez nunca tenía frío; en plena nevada andaba por la calle sin sobretodo ni siquiera llevaba pulóver. Nunca lo ví después de Harvard. Hizo su carrera académica en Canadá, donde uno de sus hijos perdió la vida en un accidente ferroviario. Cebreros tomó cursos en serio, pues pudo haber tomado cursos en broma dentro del programa de administración pública, por lo que se ganó el respeto de los que estudiábamos economía. Nos vimos en Buenos Aires más de una vez, pero hace muchos años, y por algún tiempo (según las revistas de Lima) continuó siendo uno de los solteros más codiciados del Perú.

Carlos Bazdrech ha dicho públicamente delante de mí, en un seminario organizado en Buenos Aires por el Fondo Monetario Internacional y el Instituto Di Tella, que no recuerda alguna vez en que él y yo hayamos estado de acuerdo en algo lo cual, por supuesto, en modo alguno impide nuestra amistad y la de nuestras respectivas familias. Cada vez que llego a México llamo a su casa, e invariablemente terminamos comiendo, para actualizar la lista de discrepancias. Como Cebreros, cuando Carlos estudiaba en Harvard era soltero, por lo que muchas noches terminábamos comiendo en casa los nobles productos que una familia griega preparaba en Pizza house.

El sudafricano no tenía amigos, por lo que la hospitalidad latinoamericana funcionó a pleno (es que los latinos podemos tener problemas con "los ingleses" o con "los sudafricanos blancos", pero como corresponde a nadie se le ocurre agarrárselas con éste inglés o sudafricano blanco que tiene enfrente). Una vez nos invitó a su casa para pasarnos películas sobre Sudáfrica, que le había prestado el consulado de su país. Su entusiasmo por convencernos de que la segregación racial era fantástica no fue suficiente.

El libanés, cuyo apellido tampoco recuerdo, era un caso. Cuando lo conocí ya se había graduado en Harvard en... arquitectura, pero el padre lo había mandado otra vez a los Estados Unidos "a que siguiera estudiando". Hablaba muy bien el castellano porque tenía una hermana en Venezuela. Tenía un convertible rojo último modelo. En 1967 desapareció durante una semana. Al volver a clase comentó que había ido a Canadá para comprar oro, para "gambetear" la devaluación de la libra, pero como no le habían vendido tuvo que ir hasta París para hacer la operación. Mientras tomábamos café en Littauer nos hablaba de sus amigos, los que sí eran ricos (uno de ellos había alquilado 2 suites en el Sheraton Boston, para hacer un curso de verano, con un estipendio -neto de gastos de universidad y hotel- de u\$s 3.000 mensuales... en 1967, es decir, ¡a precios de ese momento y antes del aumento del petróleo!).

En una universidad donde hay que trabajar intensamente, la relación se desarrolla mucho más con aquellos alumnos que asisten a los mismos cursos que uno, que con los compatriotas que cursan otros años. Tanto Diéguez como Laudau habían terminado de cursar cuando yo llegué (el primero rindió sus "generals" mientras yo estaba en mi primer semestre, el segundo 6 meses después); en tanto que Berlinski iba un año antes y había tomado campos

optativos diferentes de los míos. Nos encontrábamos, circunstancialmente, en la cafetería; y minutos, porque había que volver a estudiar. Luego de Harvard interactué más con Diéguez y con Berlinski, porque viven en Buenos Aires, que con Landau, que siguió haciendo su carrera profesional en Washington.

Argentina, en ese momento en los primeros tiempos de la Revolución Argentina (la presidida por Onganía), era un tema de conversación entre nosotros, pero no el único. Sabía lo que pasaba en el país porque Guillermo Lladó me regaló una suscripción anual a la edición internacional de La Nación (semanal), porque FIEL me enviaba Indicadores, por las cartas que me mandaban familiares y amigos, por algún argentino que pasaba por Cambridge y, muy de tanto en tanto, por la prensa y la televisión de los Estados Unidos. Extrañé mucho (la bronca me hizo escribir con mucho corazón y poca cabeza un trabajo titulado "Un aporte (?) -sic- a la discusión 'no económica' de nuestra política económica", que pensando que era lo que Argentina necesitaba, urgentemente se lo envié a Moyano. Años después recuperé el original; Moyano se lo había pasado a Alberto Grimoldi, quien me lo dio a mí); leí historia argentina como nunca lo había hecho hasta entonces; nunca se me cruzó por la cabeza quedarme a vivir en los Estados Unidos.

Basta de hablar de mis profesores y compañeros de Harvard. Pero antes de hablar de mi mismo durante el mismo período, quiero decir una palabra sobre alguien que no fue ni profesor ni compañero mío, pero a quien como vivía en la zona mientras yo estudiaba en Harvard pude tratar en pocas, pero inolvidables, oportunidades. Me refiero a Miguel Sidrauski.

De la existencia de Sidrauski había escuchado en Buenos Aires, y una vez hablamos brevemente en el Di Tella, cuando él estuvo de paso hacia 1965. Pero donde realmente nos encontramos fue en Cambridge, Mass. (el burro adelante para que no se espante), yo iniciando el doctorado en Harvard, y él -ya con el suyo (por Chicago) bajo el brazo- como ayudante de Samuelson en el M. I. T. El nexa fue Diéguez, su (o uno de sus) gran amigo.

No sé por iniciativa de quién, pero el hecho es que durante mi primer año de permanencia en Harvard se organizó un seminario informal entre latinoamericanos (cualquier japonés podría haberse confundido mucho al observar que los latinoamericanos eran el peruano Schydrowsky y los argentinos Berlinski y Sidrauski, a quienes podríamos haber agregado el argentino Belozercovsky y el chileno Selowsky, en ese momento en Chicago; además de Diéguez, Landau y yo). En dicho seminario Miguel presentó su trabajo "devaluación, inflación y desempleo" (Económica, 11, 1-2, enero-agosto de 1968), mostrándose como era: contundente, preciso, implacable con el error. Luego lo ví en un par de acontecimientos sociales: en la despedida de Diéguez, antes de su regreso a Argentina, que si mal no recuerdo se hizo en el departamento de Miguel -ya casado con Marta Sanjurjo-; y en la fiesta que organizó Landau luego de aprobar sus "generals", días antes del estallido de la Guerra de los 6 días, de manera que ahí el tema de conversación fue el inminente conflicto bélico.

Luego de aprobar mis exámenes generales, y antes de presentarle a Gustav Papanek mi propuesta de tesis, se la mostré a Sidrauski. Mientras la estaba leyendo en su oficina del M. I. T., entró Don Patinkin, con quien -si la memoria no me falla- habló algunos minutos en hebreo. Cuando terminó de leer mi hojita me dijo: "Si tuviera que hacer una tesis sobre inflación,

comenzaría exactamente como lo vas a hacer vos", al tiempo que me habló de sus deseos de mantener simultáneamente cátedras en Buenos Aires, la Universidad Hebrea de Jerusalén y Chicago. No lo vería más porque el 1 de setiembre de 1968, cuando apenas contaba 28 años, Miguel falleció, tengo entendido, víctima del cáncer (otra vez, Héctor Diéguez fue quien me llamó desde el Di Tella para darme la mala noticia).

De economistas que logran fama mundial con su primer trabajo, y a los cuales la muerte prematura los priva de seguir haciendo contribuciones, además del de Sidrauski sólo conozco el caso de Frank P. Ramsey, quien nació en 1903 y falleció en 1930, luego de publicar su "A mathematical theory of saving" (una teoría matemática del ahorro, Economic journal, 38, 1928), todavía hoy un clásico en la materia. Miguel es autor de 2 clásicos pioneros sobre inflación y crecimiento, "Rational choice and patterns of growth in a monetary economy" (Elección racional y sendas de crecimiento en una economía monetaria, tesis doctoral invitada para presentar en la reunión anual de la Asociación Americana de Economía, publicada en American economic review, 57, 2, mayo de 1967), e "Inflation and economic growth" (inflación y crecimiento económico, Journal of political economy, 75, 6, diciembre de 1967).

[De estos trabajos siempre me quedó flotando un punto. Ocurre que en el del AER, donde las conclusiones derivan de la utilización explícita de una función de utilidad -y por eso se habla de comportamiento racional- el dinero es superneutral, en el sentido de que los cambios en el ritmo en que crece la oferta nominal de dinero no afectan el valor real de equilibrio de las variables endógenas del modelo; mientras que en el del JPE, donde las conclusiones no se derivan de ninguna utilización de una función de utilidad, el dinero no es superneutral. Dado que, "sensatamente", el dinero no puede ser superneutral; ¿cómo puede ser que en un modelo donde el consumidor es racional lo sea y en uno donde no es racional no lo sea? El comentario apunta a si cualquier cosa que incluya una función de utilidad debe denominarse racional, independientemente de las conclusiones que surjan del modelo, un punto de naturaleza más que semántica.]

Si -como dicen algunos- Sidrauski era temible, yo nunca me di cuenta; y nunca me di cuenta porque si lo era, lo era con exactamente las mismas cosas con las cuales yo lo soy: el razonamiento ambiguo, la falta de interés "por la yugular" en el tratamiento de las cuestiones, etc. Lo vi tirándole cañonazos a colegas, pero en circunstancias en las cuales yo los hubiera tirado exactamente igual. Adolfo Diz, quien fue compañero de estudios de Sidrauski en Chicago, me habló de la humildad (sic) de Miguel para preguntar lo que no sabía, su tremenda humanidad y su gran compañerismo para explicarle al resto lo que sí sabía.

A comienzos de setiembre de 1968 Sidrauski era esperado en Ditchley Park, Inglaterra, para participar en una reunión organizada por la Asociación Americana de Banqueros. En vez de él llegó un telegrama dando cuenta de su fallecimiento. Ante esto, el "inhumano" de Milton Friedman pronunció unas palabras sobre Miguel y su obra que hoy, a más de 20 años del discurso, me vuelven a poner la carne de gallina cada vez que las leo (fueron recogidas en Económica, 11, 1-2, enero-agosto de 1968).

En varias oportunidades tuve ocasión de testimoniar mi admiración y afecto por Miguel: 1) el 1 de setiembre de 1983, cuando se cumplieron exactamente 15 años de su fallecimiento, le dediqué mi columna de Mercado (como consecuencia de lo cual recibí una simpática nota de Roberto Salomon, diciéndome que la referida columna revelaba "una faceta de tu personalidad que yo no conocía"); 2) Stanley Fischer escribió la biografía de Sidrauski para el diccionario Palgrave. Me envió la versión preliminar para que le hiciera comentarios. Le dije que no me había gustado, por demasiado "fría". Le sugerí que leyera las referidas palabras de Friedman. Me hizo caso... y la versión corregida, gracias a Dios, llegó a tiempo para ser incluida en el mencionado diccionario; y 3) por último (hasta ahora), cuando Fischer visitó Argentina para participar en el Coloquio de IDEA, le mencioné que en setiembre de 1993 se habrían de cumplir 25 años del fallecimiento de Miguel. "Habría que hacer algo", le dije. Stan habló con Amartya Sen, presidente de la Asociación Americana de Economía, quien dispuso dedicar a su memoria una de las sesiones de la siguiente reunión anual, que tendría lugar en Boston a comienzos de 1994. Fischer, coordinador del evento, me invitó a decir "unas pocas palabras", encargo que acepté conmovido y honrado (vía Fischer me enteré que el 4 de marzo de 1993 había fallecido Marta Sanjurjo de Sidrauski). En momentos de revisar esta parte de la obra (abril de 1993) estoy buscando material para -en función de los testimonios- reconstruir al "hombre".

• • •

¿Cómo "vi" a Harvard mientras era estudiante, y cómo veo ahora la experiencia a la que estuve expuesto entre 1966 y 1968? Como dije, llegué a los Estados Unidos para participar en el curso de inglés previo al doctorado en economía, con 22 años y medio de edad y 45 días de casado, condiciones ambas poco propicias para un enfoque "adulto, aprovechador integral" de la actividad académica que estaba por abordar.

Si bien en algún momento posterior a mi estadía en Harvard lo lamenté, ahora que lo pienso difícilmente podía haber sido de otra manera. Pedirle un "enfoque adulto" a un estudiante es, en buena medida, una petición de principio. Porque si bien es cierto que un alumno "ya educado" está en mejores condiciones de entender lo que dice un profesor, que un alumno que todavía necesita educación; ¿qué es la educación formal sino, precisamente, el proceso por el cual uno aprende a pensar y a encontrarse a sí mismo, además de juntarse con una ciencia o un arte, en una etapa de su vida donde hay muchas cosas más importantes para hacer que educarse? Por eso es que si bien todas las exageraciones son malas, en la medida de lo posible hay que encarar la educación formal siendo joven, complementándola durante el resto de la vida con tipos de educación menos estructurados... pero no por ello menos exigentes.

Algunos consejos seguí. así, fui a ver a mi tutor con un planteo concreto (como me había sugerido Diéguez); elegí mis 2 campos de estudio optativos dentro de los básicos, eligiendo comercio internacional y finanzas públicas (como me había sugerido Dagnino Pastore); y sobreviví al pánico que ataca a todos los estudiantes 3 meses después de haber comenzado las clases (como había pronosticado Diéguez, "Cuando llegue noviembre vas a

pensar que haber venido a Harvard fue la peor decisión de tu vida; pero no te preocupés y seguí adelante"). Pero por lo demás, hice las cosas como Sinatra, a mi manera... y así me fue.

Que hice las cosas a mi manera quiere decir que tomé la lista de lecturas de los cursos como una opción más, del tipo "vamos a ver qué tiene esta gente para ofrecerme" (tales eran mi ignorancia y arrogancia del momento, que los más de 300 años de existencia de Harvard en modo alguno me impresionaban ni funcionaban como juicio de autoridad), que leí "inorgánicamente" y que "entré por la variante" mucho menos que mis compañeros, a quienes calificaba despectivamente como "consumidores no críticos de lo que te proponía la universidad".

[Tozudo: individuo que, luego de intentar hacer las cosas a su manera, y viendo que "por algo los demás decían lo que decían", no cambia su conducta. Según esta definición no soy tozudo. Pero esto de encarar a mi manera la primera vuelta de todo lo que hago, lo llevo muy dentro de mí; como lo volvería a mostrar en 1987, a propósito de un trabajo encargado por el Banco Mundial.]

Al terminar mi primer año de estudios los resultados de la "estrategia" aparecieron claramente. Mi lista de calificaciones mostraba una A- (Taylor, curso 221a, estadística); tres B+ (Gerschenkron, 233a, historia económica I; Houthakker, 221b, econometría; y Leontief, 201a, microeconomía I); tres B (Smithies, 200a, historia del pensamiento económico; Haberler, 243a, comercio internacional I; y Haberler, 243b, comercio internacional II; y una B- (Gerschenkron, 233b, historia económica II). De haber tenido que negociar la extensión de mi beca hacia el final del primer año, con estas notas no me hubiera resultado fácil completar mis estudios de doctorado.

Fue entonces que miré mi lista de calificaciones, mire la "panza" de mi mujer, con Gabrielita a punto de nacer, y dije: O. K.; quieren que juegue al juego planteado por ustedes. Bien, lo voy a hacer, pero no porque crea que lo que tienen para enseñarme sirva para algo, sino porque les quiero demostrar lo que soy capaz, y además no me "banco" volver a Argentina sin el título.

Adopté una postura "robótica": las listas de lecturas se convirtieron en mi "Biblia" (leí no solamente la bibliografía requerida sino también la sugerida), todos mis cuestionamientos fueron a parar al freezer, maximizar las notas del tercer semestre y los generals monopolizó mi atención. No pasé del ocio al trabajo, sino del trabajo disperso al trabajo orientado hacia un objetivo concreto.

Y al terminar el tercer semestre los resultados de la estrategia también aparecieron claramente. Porque mi nueva lista de calificaciones mostraba dos A, la nota máxima (Leontief, 201b, microeconomía II; y Dorfman, 202a, macroeconomía); una A- (Musgrave, 251a, finanzas públicas) y una B+ (Hirschman, 268a, seminario sobre el desarrollo económico y sus conflictos).



Estos resultados fueron ratificados en los generals. En efecto, con algún acompañamiento de la suerte (Rosovsky reemplazó a Gerschenkron, y Hirschman a Haberler, lo cual facilitó algo las cosas), rendí el examen oral el 3 de mayo de 1968, entre las 2 y media y las 4 de la tarde. Obtuve good plus (bueno más) como calificación general, promediando el good que había obtenido en mi examen escrito de teoría económica, el fair plus que me pusieron en estadística, y el excellent que obtuve en mi examen oral de historia económica, comercio internacional y finanzas públicas. Good plus fue la nota mas alta obtenida por alguien en ese turno de examen semestral, compartida con otros 2 alumnos que habían hecho toda su carrera en Harvard.

Y recién entonces, para mis compañeros de los Estados Unidos y para mis profesores, fui "alguien". En efecto, cuando se supo que Dorfman y Leontief me habían puesto A, los estadounidenses que estudiaban conmigo comenzaron a saludarme, y cuando obtuve "good plus" en los "generals", ¡también me empezó a saludar la secretaria del decano, además de algunos de los profesores!

Yo los miraba y decía (para mí): "Hijos de puta, hace 2 años que estoy aquí y recién ahora se dan cuenta que existo". Todo se me aclaró en una conversación que mantuve con Kelso, el estadounidense con el cual confraternizamos porque era buen tipo y porque hablaba castellano. "Debes saber, Juan Carlos, que para los estudiantes de los Estados Unidos, quien saca A en Harvard enseña en Harvard, quien saca B en Harvard enseña en Oklahoma, y quien saca C en Harvard enseña en Alaska. En Argentina dará lo mismo, pero aquí hay mucho en juego", me dijo. Por otra parte, ahora que lo pienso; ¿quién era yo para que, antes de que probara por mi mismo lo que era capaz de hacer, alguien se fijara en mí?

[Saber si una curva es de oferta o de demanda, calcular la derivada de una función o estimar la tasa de retorno de un proyecto de inversión, se puede aprender en casi cualquier lado. Sólo en las grandes instituciones educativas se lo deja a cada alumno en su locura, para que sea él quien descubra por sí mismo -y consecuentemente no lo olvide más- que el mundo funciona como lo hace, no como a uno le gustaría. También desde este punto de vista en Harvard aprendí muchas cosas.]

Al aprobar los exámenes generales del doctorado en economía, automáticamente me otorgaron el título de Master (maestro) en economía. Y recién entonces me compré una bandera y un cenicero con el emblema de Harvard (no demoré la compra por cábala, sino porque no le hubiera podido mostrar a nadie los distintivos, si no hubiese aprobado los exámenes). Lo que sí me compré al comienzo de mis estudios fue mi propia máquina de escribir. Por u\$s 70 conseguí una Lettera 22 de Olivetti, con acento para escribir en español. Fue mi única máquina de escribir durante más de una década, más de una vez le reemplacé los tipos mas frecuentes (como la "e" y la "a"), y le gasté la tecla en las mencionadas letras. La conservo en mi casa (quien me vendió la segunda máquina de escribir me sugirió que le diera la primera a Olivetti, para utilizarla en una propaganda de resistencia del producto, porque él en su vida había visto una cosa igual).

La colorida ceremonia de graduación (el commencement) tuvo lugar el 13 de junio de 1968. Por la mañana en Memorial Hall, porque llovió (en el programa impreso figura que luego de la apertura del acto, a cargo del sheriff del condado, se iba a cantar el himno "¡Oh Dios, qué mañana!". ¿Sería por la lluvia?); por la tarde, en el Yard. Asistí debidamente "disfrazado", para lo cual alquilé el sombrero cuadrado, con la borla característica, y la toga (el sombrero lo compré, lo conservo y cada tanto lo muestro en televisión), y como no se conocían los colores distintivos de la UCA, a modo de collar me puse los colores de la bandera argentina. El diploma está escrito en latín (como uno de los discursos pronunciados por la mañana, de contenido humorístico, que generaba carcajadas primero en los pocos profesores que entendían, y luego en el resto... para no pasar vergüenza). En el discurso de la tarde, que en 1947 fue utilizado para lanzar el plan Marshall, habló Mohammad Reza Pahlavi, Sha (oficialmente Shahanshan) de Irán, a quien en la oportunidad se le otorgó un doctorado honorífico (algunos estudiantes iraníes pretendieron estropear el acto, pero fueron desalojados por la policía. Las malas lenguas decían que el Sha había "donado" a Harvard u\$s 500.000 de aquella época).

Soy Master en economía, pero en rigor cursé el doctorado. Ocurre que a pesar del interés que puso mi abuela ("cómo anda la tesis" me preguntó cada vez que me vio desde que regresé a Argentina en 1968, hasta que falleció 3 años después), la tesis sigue "pendiente", por lo que mi verdadero título es "ABD" (all but dissertation, es decir, cumplidos todos los requisitos menos la tesis doctoral). Nunca me preocupé por averiguar si, en estas condiciones, quienes se dirigen a mí "deben" decirme doctor o no. En algún momento de la década de 1970 la Fundación Ford me ofreció dinero para completar la tesis, pero ello implicaba tener que irme a vivir a los Estados Unidos, solo, algunos meses. Espero el honoris causa, me dije... y lo sigo diciendo<sup>2</sup> (el esfuerzo puesto en el proyecto de tesis fructificó en mi Política antiinflacionaria en Argentina, 1967-70, Amorrortu, 1972, que mereció el premio Ovidio Gimenez de dicho año; así que en modo alguno significó un desperdicio).

Volví a Harvard un heladísimo domingo, mientras enseñaba en Boston, 8 años después de haber terminado de estudiar; pero hacía tanto frío que de esa visita no recuerdo nada. Recorrí con más calma la universidad en 1986, cuando participé en una reunión organizada por el National Bureau of Economic Research, cuyas oficinas están ubicadas justo frente a Harvard. En esta última visita me volvió a quedar patente que en los países que "funcionan", lo que anda no se cambia porque sí, y los esfuerzos se dirigen a satisfacer nuevas necesidades: la universidad había construido un nuevo edificio, dedicado a ciencias naturales, pero podía haber comprado en la "Coop", o buscado un libro en Widener, con los ojos vendados: todo estaba exactamente igual que hacía casi 20 años, sólo que en Widener los libros estaban ahora catalogados por computadora.

¿Qué pienso hoy de mi experiencia como alumno en Harvard? Que fue dura, pero que fue una de las cosas más importantes que me ocurrió en la vida. Como corresponde a quien hace las cosas "a su manera", es decir, a los golpes, aprendí. Aprendí a sobrevivir (tanto dentro

---

<sup>2</sup> No sé si todo, pero muchas cosas llegan en la vida. En Octubre de 2009 la Universidad del CEMA me otorgó un doctorado honoris causa, el primero que otorgó la institución en sus entonces 30 años de existencia, y encima por unanimidad. Lo acepté sorprendido y genuinamente emocionado. En una ceremonia lindísima hablé sobre lo que significa ser economista en Argentina (el texto de la conferencia se puede consultar en [www.juancarlosdepablo.com.ar](http://www.juancarlosdepablo.com.ar)).

como fuera de la universidad, y desde este punto de vista consolidamos con Any una relación que todavía hoy perdura), aprendí a convivir (con compañeros de muchos otros países), pude apreciar a mi país "desde afuera" (revaluándolo en muchas cosas, además de añorándolo) y también pude apreciar a otro país como los Estados Unidos (un gran país) por dentro (durante mi permanencia en Harvard asesinaron a Robert Kennedy y a Martin Luther King, la guerra de Vietnam estaba en su pico, Lyndon Johnson renunció a su candidatura a presidente por un nuevo período, y en Medio Oriente tuvo lugar la Guerra de los 6 días) y no me convertí en ciudadano del mundo: me siento un argentino que, por haber podido estudiar en el exterior, incorpora sus vivencias para luchar por los suyos, en su tierra, a su manera.

[Por eso, a cuanta persona me pregunta, la entusiasmo para que estudie en el exterior... luego de haber agotado, en buena medida, las no despreciables oportunidades que se le presentan en Argentina. Aún a riesgo de que, ante la exposición frente a otras realidades, algunos se conviertan en "ciudadanos del mundo", en la medida de lo posible resulta conveniente que nuestros chicos y chicas tengan esa experiencia (si quiere detalles sobre esto, contácteme).]

Desde el punto de vista estrictamente académico egresé de Harvard técnicamente preparado (por ejemplo: pudiendo leer buena parte de la literatura técnica de la época), pero creyendo en... nada, y menos aún fanático por algún enfoque económico concreto o la aplicación estricta del análisis económico a la realidad (de repente salí fanático por algún enfoque, pero como me habían lavado el cerebro no me di cuenta). Quien hoy me escucha hablar de economía piensa que soy graduado de Chicago, y no de Harvard; quizás sea parte de la sabiduría de Harvard que, finalmente, quien tiene que optar por lo que cree sea uno mismo.

[Mi experiencia está lejos de ser la excepción. En un trabajo basado en entrevistas a graduados en economía de Harvard y Chicago, Colander y Klamer encontraron que "mientras la de Chicago constituye una escuela económica específica, los estudiantes de Harvard son los más escépticos". Ver Colander, D. y Klamer, A. (1987): "The making of an economist", Journal of economic perspectives, 1, 2, otoño.]

En Harvard, en 1968, terminó mi educación formal (postura estudiantil, obsesión por los exámenes, etc.). Como aprendí de mis buenos maestros, de estudiar no se acaba nunca; pero nunca más tuve la oportunidad de "trabajar de alumno", excepto en la segunda mitad de la década de 1970, en un par de excelentes seminarios dictados en el CEMA, uno por Arnold C. Harberger y otro por Edmund S. Phelps. Fantaseo con un arresto domiciliario, que me permita estudiar sistemáticamente piano y matemáticas.

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

12

## LLADO

Cuando se nace en un hogar de clase media baja, a uno no le tienen que aclarar que hay que trabajar: lo "siente", porque la cuestión flota en el ambiente (las referencias explícitas, en todo caso, siempre resultan congruentes con la percepción. Así, para mi familia, que yo rindiera cuarto año libre no anticipaba mi ingreso en la universidad sino en la fuerza laboral).

Antes de mi primera búsqueda formal de trabajo, tuve 2 experiencias dignas de mención. Por una parte, el almacenero de la esquina de mi casa, viéndome ayudarle a mi tío a preparar las vidrieras de la mercería, me "contrató" para que hiciera lo mismo con las suyas. El contrato duró poco tiempo, presumo que por falta de imaginación de mi parte (lo único que se me ocurrió fue armar una cancha de fútbol con botellas). La otra experiencia fue mi entusiasmo cuando un negocio del barrio buscaba un muchacho para hacer repartos en bicicleta (no es que me interesara el trabajo, sino la posibilidad de andar en bici), pero mi familia no me dejó presentarme al puesto... por cuestiones de imagen, supongo.

[Alberto Olmedo tuvo más suerte. "Lo mejor que conoció en la farmacia era el hecho de que los repartos se hacían en bicicleta, y él no tenía una personal, así que a la par que cumplía con un trabajo, se procuraba un poco de la diversión adecuada para su edad (8 años)", leí en Tizziani, R.: Un poco menos pobres, Beas ediciones, 1992.

Con mi grande y admirado Olmedo intercambié algunas palabras en Mar del Plata, más precisamente en el garaje del Maral 27, cuando él alquiló un departamento en el edificio donde yo tengo el mío. Fue un año antes de que muriera cayéndose de un balcón de otro Maral, el 39. Puro talento, casi se podía ajustar el reloj por el momento en que con su BMW marrón dejaba el Maral para ir al teatro; si salía Alberto era porque eran las 9 de la noche.]

A mediados de 1959, cuando cursaba el quinto y último año del colegio secundario, decidí que "algo" tenía en materia laboral (algunos de mis compañeros del comercial de Ramos ya trabajaban). Busqué trabajo leyendo los clasificados de Clarín... cuando mi papá traía el diario a casa al volver del trabajo, de modo que competía con 24 horas de atraso.

Una noche de julio leí un aviso donde buscaban un joven para realizar trabajos de oficina, especificando que tuviera buena letra, e indicando que había que dirigirse por carta a Viamonte 752, tercer piso, departamento 6. ¡Exactamente un piso debajo de donde vivían íntimas amigas de mi mamá! En mi casa no había teléfono pero en la de mi abuela sí, de modo que recién al día siguiente mi vieja se comunicó con su gran amiga Eva Fernández Wallace, quien me consiguió una entrevista con quien necesitaba a un joven.

Resultó ser un contador, a quien en dicha entrevista le mostré mi boletín de calificaciones del secundario, así como mis carpetas de apuntes para que pudiera apreciar cuán buena era mi letra. Hablamos un rato y quedó en comunicarse conmigo.

No podría decir si la que mantuve con Guillermo Lladó fue mi primera entrevista laboral, pero ciertamente no fue la única, ya que seguí buscando trabajo durante un par de meses más. Me presenté en varias oficinas y en un cine, comenzando por acudir a lugares donde pedían perito mercantil, para bajar paulatinamente mis pretensiones... aunque nunca me presenté donde solicitaban "cadete".

[Conseguir el primer empleo rara vez es fácil, como pude comprobar en 1959. Hay poco concreto para ofrecer, se compite con mucha gente, las expectativas iniciales de uno son muy grandes. Como padre, como profesor, uno debe acompañar a los jóvenes en ese trance traumático.]

A comienzos de setiembre recibí una carta firmada por Lladó, de quien ya me había olvidado (carta que cuando falleció mi vieja encontré entre los papeles que ella guardaba), y que textualmente decía lo siguiente: "Estimado joven: en el mes de julio Ud. deseaba un empleo, si hasta la fecha no lo ha obtenido puedo ofrecerle lo siguiente. Trabajar de 15 o 15,30 a 19 o 19,30 horas, de lunes a viernes, por m\$N 1.300 mensuales (alrededor de u\$s 16 de ese momento), y sin compromiso alguno de mi parte en cuanto a indemnización, convenios laborales, etc.; debido a que el empleo sería transitorio y condicionado a su capacidad. Uno de los inconvenientes para ofrecerle algo más ventajoso es su edad y el otro su letra, que si bien es clara, no es todo lo buena que se necesita para ciertos trabajos contables. Quedo a la espera de sus noticias y lo saludo muy atentamente".

[El contenido de esta carta es antológico. Por empezar declara abiertamente que -llegado el caso- el empleador se propone violar la legislación en materia de despidos, además de calificar mi edad de entonces (15 años) como un inconveniente (recuérdese que, en aquel momento, el servicio militar se hacía el año en que uno cumplía 20 años). Por otra parte, en el

actual mundo de las "PC" puede resultar incomprensible que mi letra de entonces, "si bien era clara, no resultaba totalmente aceptable para ciertos trabajos contables"... como el libro diario. Había olvidado que la primera oferta laboral que recibí en mi vida fue transitoria, y condicionada a mi capacidad...; ¿lo había olvidado porque nunca dudé de mi capacidad, o porque en ese momento no tenía alternativa?]

Sospecho que la carta la recibí el 6 de setiembre porque estoy seguro que comencé a trabajar el 8 del mismo mes. El mismísimo 7 me presenté en la oficina de Lladó, aceptando el ofrecimiento. Lo hice con mi brazo izquierdo enyesado, producto de una tonta caída que tuve jugando al fútbol en la Parroquia de las Nieves, episodio que ya expliqué. "Vení cuando puedas" me dijo Lladó, ignorando -o al menos subestimando- mi ansiedad natural, de manera que a las 24 horas me tuvo en su oficina, listo para trabajar.

[Cuando veo a algún joven a quien se le presenta una oportunidad laboral, y observo que la desaprovecha o duda, en el nombre de razones que a mí me parecen tonterías, me acuerdo de este episodio.]

De modo que el 8 de setiembre de 1959, a las 4 de la tarde en punto (acordamos acomodar el horario para regresar con Lladó en su camioneta hasta Liniers, como ya expliqué), comencé a trabajar. Tenía entonces 15 años. No paré nunca más... a Dios gracias (con Lladó trabajé hasta el 28 de febrero de 1963). Pocos días después me llamaron de otro trabajo al que me había presentado, en el cual un intermediario de frutos del país, por similar tipo de tareas y horario me ofrecía m\$N 1.400 mensuales, es decir, m\$N 100 más que Lladó. No se me ocurrió renunciar ni pedir la equiparación salarial; lo que hice fue ofrecerle el trabajo a mi amigo Deluccio, quien aceptó, y presentárselo a quien me había llamado, que inmediatamente lo tomó para trabajar (¡qué fungibles son los trabajadores, particularmente cuando son jóvenes!).

[Hacer un reclamo salarial o sobre condiciones de trabajo estaba fuera de mi imaginación en aquella época. Recuerdo, por ejemplo, que cuando desde algún momento de 1960 tuve que trabajar los sábados todo el día, no reaccioné. Así como me "banqué" sin hablar con nadie que un día, delante de mí, Lladó y un empleado de más antigüedad que yo, comentaran que "tiempo para estudiar te va a sobrar", dando a entender que me iban a echar. Sólo el paso del tiempo disipó mis dudas y mi terror.]

Lo que hoy pomposamente se denominaría "Estudio Guillermo Lladó y asociados" funcionaba al fondo de un semipiso diseñado originalmente para vivienda. Al frente, en el "comedor", trabajaba el dueño del inmueble, el contador José Manuel Fernández Calvo, en tanto que en la "salita" contigua funcionaba la administración del Haras las ortigas, a cargo de un empleado que todos conocíamos por "Cando". En la parte de atrás había 3 "dormitorios", el primero de los cuales era utilizado por el ingeniero Rodolfo Laass, yerno de Fernández

Calvo, y los otros 2 por Lladó. Las "piezas de servicio" servían como depósitos de papeles, de manera que los baños y la cocina eran los únicos lugares que se utilizaban para aquello para lo cual habían sido diseñados.

De los 2 cuartos que ocupaba el estudio uno lo utilizaba Lladó y el otro el resto del personal: su cuñada Esther (hermana de su primera esposa), José María Frick y yo (con posterioridad, durante algún tiempo, también trabajó Angel Montes). Desde el punto de vista físico la oficina era absolutamente normal; el único aspecto que vale la pena destacar es que la energía eléctrica era de corriente continua, lo cual dificultaba encontrar calculadoras y ventiladores eléctricos.

[Me pregunto si, en el plano de los útiles que se utilizan en una oficina, hay algún rubro en el cual se haya avanzado tanto, en términos de reducción de tamaño y aumento de la capacidad, como en el de las calculadoras y las computadoras. En 1959 calculábamos con máquinas manuales, como la Olivetti y la Facit, y con una eléctrica mucho más grande, ruidosa y torpe, que mi actual computadora personal la cual, en esa época, no figuraba ni en los libros de Julio Verne.]

El estudio le proveía servicios contables, impositivos, de leyes sociales, etc., a un conjunto de clientes que incluían explotaciones agropecuarias en la provincia de Buenos Aires, una empresa química, una cooperativa de luz, algunas empresas industriales, un estudio de arquitectura, etc. Terminé haciendo tareas para buena parte de ellos, pero mi primer trabajo, el que Lladó tenía en la mente cuando puso en el aviso eso de "buena letra", fue uno específico.

La ley 9.688 (la de accidentes de trabajo) obligaba a las empresas industriales a llevar un libro donde, día por día, obrero por obrero, había que consignar las asistencias y las ausencias, presumo que para proveer información en caso de futuras disputas judiciales. Pues bien, la empresa química cliente del estudio, que ocupaba una treintena de obreros, tenía atrasado el libro de la ley 9.688... 3 años. De modo que Lladó puso un gran libro negro sobre un escritorio alto, de los que tenían la tabla inclinada, al lado una montaña de tarjetas amarillas (las que se usan para "fichar" en fábricas y oficinas), y comencé a trabajar. Copiar 30 veces los nombres y apellidos de los obreros, y colocar algo así como 30.000 veces "sí" o "no" según correspondiera, me llevó casi 3 meses.

Durante ese tiempo hice algunas otras cosas más. Como comprar bizcochos a una cuadra de la oficina, y preparar a media tarde té y café para todos; reponer los útiles que se iban gastando (en particular, los formularios de la Dirección General Impositiva y de las Cajas de Jubilaciones); ir a los bancos, etc. En materia de bancos recuerdo un par de anécdotas. Apenas ingresado, un día Lladó me preguntó si sabía llenar una boleta de depósito. Lo mire como diciendo: "¿pero usted sabe con quién está hablando? Con alguien que está a punto de recibirse de perito mercantil, y además conmigo". Pues bien, recién la cuarta boleta la redacté correctamente. También recuerdo que, desde que ingresé a trabajar, llevé y traje de los bancos dinero en efectivo equivalente a años de mi sueldo (nunca tuve miedo de andar por

la calle con tanta plata, y por supuesto ni se me ocurrió salir corriendo y no volver nunca más a la oficina). Me impactó el edificio de la casa central del Banco de la Nación Argentina, y espí la construcción del para entonces arquitectónicamente audaz edificio de la sucursal Buenos Aires del banco de Londres y América del Sur.

[No menciono el primero de los episodios para sugerir que la escuela tiene que dedicarse a la "práctica" en vez de a la "teoría". La escuela tiene que concentrarse en la (buena) teoría, particularmente en la trasmisión de los grandes principios, aplicando un sistema de enseñanza centrado en el participante y no en el profesor. Quizás no se salga sabiendo llenar correctamente, de primera, una boleta de depósito; pero al menos se saldrá sabiendo para qué hay que llenar boletas de depósito, y cómo se lo intenta, venciendo los miedos naturales que produce lo desconocido. El resto, los detalles, son específicos del tiempo y el lugar, y pueden ser rápidamente "adivinados" por cualquier estudiante que haya sido entrenado como lo sugiero.]

Durante los 3 años y medio que trabajé con Lladó, no recuerdo haber tenido otras tareas tan específicas como la del libro de la ley 9.688. Me ocupé de la parte mecánica o standard de la liquidación de las "leyes sociales" de la referida empresa química (conocimiento que me permitió llevar a cabo, junto con Patricio Shandley, un compañero de estudios de la UCA, mi primera experiencia como consultor individual: organizar la liquidación de las "leyes sociales" de una pequeña fábrica de plásticos, uno de cuyos dueños era papá de otro de mis compañeros de la UCA. La ocupación duró poco tiempo; concluyó abruptamente cuando Shandley y yo le enviamos a los dueños un memorandum sugiriéndoles que terminaran con las remuneraciones en negro); también me ocupé de la preparación de los formularios requeridos para calcular la revaluación de activos dispuesta por la ley 17.224 (lo cual me permitió lucirme en alguna discusión con la ayudante de la cátedra de contabilidad de la UCA, quien conocía la esencia de la cuestión mucho mejor que yo, pero no tanto los detalles operativos); pero no tenía clientes "míos" dentro del estudio (¿como habría de tenerlos un joven que ni siquiera poseía suficiente buena letra como para ciertos trabajos contables?).

A raíz de una de las tareas, durante un par de años ingrese una vez por mes en la Casa de Gobierno. Ocurre que uno de los clientes de Lladó, la familia Bazterrica, era propietaria de un inmueble que le había alquilado al Ministerio del Interior. Soñaba con cruzarme con el entonces presidente Frondizi por alguno de los pasillos, sueño que lamentablemente entonces no se materializó. La única vez que hablé con Frondizi personalmente, fue en algún momento de la segunda mitad de la década de 1980, cuando lo visité en su departamento sito en Berutti casi Pueyrredón (si la puerta de calle está abierta no hay necesidad de tener el piso en la memoria; basta con apretar el botón del ascensor más gastado -de lejos- de todos). Me contó su origen familiar, sus escasos viajes al extranjero antes de ser presidente (lo que agiganta su tarea como primer mandatario), y se enfureció cuando discrepamos en la cuestión de la protección aduanera. Mientras Frondizi fue presidente yo era estudiante secundario y universitario, y con mucha frecuencia le digo a mis alumnos que cuando yo estudiaba, no me perdía ninguno de los discursos de quien entonces ocupaba la presidencia de la Nación. Con



su comportamiento, Frondizi probó que es más fácil ser presidente que ex presidente; a medida que pasa el tiempo su presidencia de agiganta más y más, mientras que sus posturas post presidencialistas son, cuanto menos, muy discutibles.

¿Qué aprendí mientras trabajé con Lladó? En el primer trabajo se aprende de todo... porque, aunque uno todavía no lo sepa, ¡es tanto lo que hay que aprender! Se aprenden muchas cosas de índole laboral, y también muchas otras de naturaleza vivencial (del impacto que Lladó tuvo en mi formación personal ya hablé antes, por lo que ahora me voy a concentrar en los aprendizajes de índole laboral).

Mientras trabajé con Lladó aprendí a preparar té y café; dónde quedan las calles; qué colectivo, tranvía o subte lleva a donde hay que ir; cómo se sobrevive a horas de cola para pagar impuestos en el banco Ciudad de Buenos Aires (entonces Banco Municipal) sito en Viamonte y Suipacha, o en la Dirección de Rentas de la Provincia de Buenos Aires (conozco los rezongos que generan los plantones, así como las "soluciones" que se le ocurren a todos aquellos que, involuntariamente, tienen que permanecer de pie durante varias horas seguidas). También aprendí a escuchar y a callar, aunque uno no esté de acuerdo con lo que se está hablando. Aprendí, trabajando, que hacer algo concreto es menos fácil de lo que pensaba antes de intentarlo, pero que yo también lo podía terminar haciendo.

Uno aprende particularmente de los errores que comete, y sobre esto tengo más de un episodio. Un día Lladó me citó a cierta hora en Liniers, para ir juntos a determinada oficina. 15 minutos después de la hora convenida, por mi cuenta, tomé un colectivo y me dirigí a donde teníamos que ir. Al llegar encontré a Lladó, quien había pasado más tarde por el lugar de la cita pero, movilizándose en auto, había llegado antes a destino. Me explicó, con firmeza pero sin gritar, que él, y no yo, era quien manejaba los tiempos del equipo formado entre él y yo. Lo tuve siempre presente.

El segundo episodio es el siguiente: como dije, en 1960 me dediqué a preparar los formularios para reevaluar impositivamente los activos de las empresas clientas, tarea en la cual me volví un experto. En una de las explotaciones agropecuarias hice los cálculos en forma perfecta, si dejamos de lado un pequeño "detalle": me olvidé de transportar el total de la página 1 a la página 2. Lladó advirtió el error recién cuando, junto con el cliente, ya estaban preparando el cheque para pagar el correspondiente impuesto. Le hice pasar un papelón o, si se prefiere, pasó un papelón al confiar demasiado en mí. Al volver a la oficina me hizo revisar todo, ¡y encontró que el referido fue el único error de cálculo! "Pablo (no sé por qué siempre me dijo Pablo, y no de Pablo); vas a preparar perfectamente un cohete a la Luna, pero te vas a olvidar el reloj pulsera" fue su reflexión. Soy demasiado impetuoso como para evitar volver a cometer esta clase de errores más de una vez; y cada vez que me ocurre me acuerdo de Lladó y su cohete a la Luna.

El tercer episodio, más que una macana, fue una simpática cuestión de información y percepción. Mi horario era de 16 a 20 horas, pero el de la empresa química donde llevaba las leyes sociales finalizaba a las 18,30. Un día habíamos ido a trabajar a dicha empresa, y cuando se hicieron las 6 y media de la tarde Lladó me dijo que me fuera. "Pero señor; tengo tarea y además mi horario es hasta las 8 de la noche", respondí. Lladó, de modo algo cortante,

me repitió: "Pablo; ¡te vas!". Algún tiempo después, recordando esta anécdota, me enteré que en dicha empresa el gerente, el jefe de contaduría y otros empleados, todos los días a las 18,30 sacaban de los escritorios cartas y botellas y se ponían a jugar (¡el jefe de contaduría, en horas de oficina, bebía whisky con cuchara, para que pareciera que tomaba jarabe!).

También aprendí tratando de aplicar literalmente algunas de las cosas que me enseñaban en la UCA. Mi gran profesor de estadística Miguel Angel Almada me explicó que cuando se calcula el promedio sobre un número par de observaciones, el número resultante hay que colocarlo a la derecha de la columna sobre la que se hizo el cálculo, entre 2 observaciones, a la altura de la mediana (ejemplo: un promedio calculado entre 6 cifras hay que colocarlo entre la tercera y la cuarta). Cuando un día preparé un formulario para presentar en una caja de jubilaciones, coloqué de esta manera el promedio anual de las remuneraciones de un afiliado. Cuando le mostré el trabajo a Lladó, y viendo que el intentaba indicar con una "llave" el período al que pertenecía el promedio, le indiqué que no hacía falta porque... (y reproduce la explicación de Almada, mostrándole cómo había utilizado el medio espacio). Lladó, al tiempo que largó una carcajada, me dijo: "¿y vos crees que una empleada de la caja de jubilaciones se va a dar cuenta de esto?" (gran lección que luego me sirvió cuando me dediqué a trabajar en medios masivos de comunicación).

Algunos de los clientes de Lladó eran, a mis ojos de entonces, verdaderos "personajes". Entre ellos con particular cariño recuerdo a Hernán Cibils Cobo, Santiago Cravero, Arturo Hermenegildo Lío, Pedro Llorens (quien luego fue intendente de San Isidro), José León ("Pepe") Ocampo, Rafael y Ricardo Rosas Cobo, así como a las familias Bazterrica y Ramos Mejía.

La emoción que me produjo recibir el primer sueldo la tengo bien presente. A fines de setiembre de 1959, mientras limpiaba un mueble, Lladó me entregó un sobre con m\$N 1.300, es decir, me pagó el mes entero a pesar de que había trabajado desde el día 8 (se lo hice notar, en vez de dar por sentado que él sabía lo que estaba haciendo). Le entregué el sobre a mi vieja, pero con una parte del sueldo, la misma noche del día en que cobré, me fui hasta una confitería que había a una cuadra de mi casa, para comprar merengues para toda la familia. Con parte de mi primer sueldo también me compré un paraguas.

Todo trabajo se da en un tiempo calendario y, consecuentemente, algunas de las vivencias que recuerdo del período en que trabajé con Lladó tienen que ver con lo que ocurría con el país durante el referido período. Por ejemplo, la recesión de 1962-63. El estudio le llevaba la administración a una obra que estaba siendo construida por un estudio de arquitectos que era cliente. Nunca olvidaré lo que a un par de fabricantes de dulces les costaba cancelar pagarés semanales de m\$N 50.000 cada uno, y la facilidad con que en el mismo período un escribano cancelaba pagarés semanales de m\$N 100.000 cada uno. A este estudio un día feriado le pasé a máquina un conjunto de contratos; como producto de esta "changa" me compré una regla de cálculo de 15 centímetros, utilísima antes de que se inventaran las calculadoras de bolsillo.

Mientras trabajé con Lladó hice uso intensivo de la biblioteca Lincoln, que entonces como ahora funcionaba en Florida 935, pero entonces lo hacía en un local al frente

(seguramente que el terrorismo de comienzos de la década de 1970 obligó a su "internación" posterior). Quedaba cerca de la oficina y tenía una organización muy cómoda y de funcionamiento perfecto (acceso directo a los estantes, atención inmediata, posibilidad de extracción de volúmenes y renovación por teléfono, etc.). En la biblioteca Lincoln tuve por primera vez en mis manos libros de economía y de administración de empresas escritos en inglés. además, por hobby, leía libros sobre física nuclear.

Ya describí cómo Lladó resultó crucial en el hecho de que yo estudiara economía y no administración de empresas en la UCA. El se daba cuenta que, con el tiempo, yo terminaría tomando otros rumbos laborales. No sólo no lo negó ni lo obstaculizó, sino que hasta hizo una gestión que, no sé si por fortuna o por desgracia, no prosperó. Fuimos juntos al Banco Central, a visitar a su amigo y compañero de estudios Alonso Olivera. Charlamos un rato y a los pocos días me hicieron una entrevista; todavía estoy esperando una contestación (yo tampoco insistí).

[Por qué habría de hacerlo, si era el mundo el que se tenía que enterar de mis talentos, y no yo el que tenía que pelear en un mundo que no tenía por qué saber que yo ya había llegado. ¡Qué locura, mi Dios!]

Dejé de trabajar con Lladó para ingresar en el Consejo Nacional de Desarrollo, según voy a contar a continuación. Nos seguimos tratando (me vendió su casa de Flores a mediados de 1976, como también expliqué), hace algún tiempo que lo tuteo, volvimos a hablar de mi mamá el día de su fallecimiento (fue y es un fanático de mi vieja, y particularmente de su sentido de la administración de los recursos escasos), le tengo verdadera estima y reconocimiento. A Esther no la ví más; a Frick y a Montes los volví a ver a fines de 1990, en el frigorífico en el cual trabajan<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Los junté a todos en 1980, en una cena, cuando Lladó cumplió sus primeros 80 años de vida (el único que no pudo asistir fue Montes; en cambio lo hicieron mi hermano Oscar y mi conuñado Pedro Lara). El 8 de setiembre de 2009 almorzamos Lladó, su hijo "Willy" y yo, al cumplirse medio siglo del día en que comencé a trabajar en su estudio. Ambos encuentros fueron inolvidables.

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

13

### CONADE

Ese grande de corazón que es mi compañero de la UCA, Gerardo Gargiulo, ingresó en el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE) el 1 de noviembre de 1962, para trabajar como ayudante en el sector bienes de capital. Cuando me enteré pensé "qué suerte que tuvo; yo perdí el tren" (con los años aprendí que la profesión es como el maratón, no como la carrera de los 100 metros llanos).

Gargiulo me pidió una copia de mi curriculum (en ese entonces una hoja en blanco, supongo), para que yo también trabajara en el CONADE. Se la dí. Al tiempo me entrevisté con el ingeniero Isidoro Marín, a cargo operativo de la institución, y me tomaron.

[¿Le habré dicho "gracias" a Gargiulo, por el gesto y el esfuerzo? Consultado, Gerardo dijo que sí.]

Fue así como el 1o. de marzo de 1963 empecé a trabajar "como economista" en una de las varias instituciones que funcionaban en Hipólito Yrigoyen 250, en lo que haciendo uso de un gran esfuerzo de imaginación se conoce como el Palacio de Hacienda (el CONADE ocupaba el octavo piso; el Ministerio de Economía el quinto; la Secretaria de Hacienda el cuarto; y el Instituto Nacional de Estadística y Censos -INDEC- el doceavo, que es el último). Consecuentemente, antes de describir mis recuerdos del Consejo de Desarrollo voy a decir unas palabras sobre el edificio público que, en mi vida profesional, más frecuenté en mi vida.

Construido en la década de 1930 o en la de 1940, Hipólito Yrigoyen 250 es un cubo hueco, que ocupa la mitad que da sobre la mencionada calle, de la manzana formada por Hipólito Yrigoyen, Paseo Colón, Alsina y Balcarce (es tal la inclinación de Hipólito Yrigoyen

al 200, que lo que sobre Balcarce es planta baja, sobre Paseo Colón es segundo piso). Hasta hace pocos años, su frente mostraba el impacto de las balas que recibió el 16 de junio de 1955.

En el centro del cubo, a ras de Paseo Colón, opera la playa de estacionamiento. Dada la referida forma del edificio, la acústica de dicha playa rivaliza con la del Teatro Colón. Sobre el particular, siendo ministro (1975) Antonio Cafiero me contó la siguiente anécdota: había convocado a un par de dirigentes sindicales, cada uno de los cuales llegó con su correspondiente custodia. Para matar el tiempo mientras se desarrollaba la reunión, las custodias organizaron un partido de fútbol. Cualquiera que haya practicado fútbol sabe que es imposible jugarlo en silencio. En un momento dado el jefe de la playa de estacionamiento, que usaba barba, les sugirió a los "jugadores" que morigeraran los gritos. Uno de ellos sacó una pistola y se la puso sobre la barba mientras le decía: "tomatelas que si no te afeitamos". La acústica también convirtió en suceso el hecho de que en algún momento del primer semestre de 1970 un policía le disparara a un ladrón, quien ignorando el "quién es quién" del edificio, luego de robar en el cuarto piso pretendió huir subiendo... ¡y se encontró un piso más arriba con la custodia del ministro de economía!

En todos los pisos hay oficinas a un lado y al otro de un único corredor. La construcción luce robusta, pero en modo alguno es espaciosa o lujosa. Tanto en Buenos Aires como en muchas otras ciudades del interior del país, conozco muchísimas oficinas mejores que los mejores despachos de Hipólito Yrigoyen 250, que son las del ministro de economía (por algo Domingo Cavallo se quería mudar a la majestuosa sede central del Banco de la Nación).

En efecto, para desempeñar su labor el titular del equipo económico cuenta con exiguas comodidades ubicadas sobre Hipólito Yrigoyen. En una habitación cuadrada, de unos 4 metros de lado, está su escritorio. Contiguo a su escritorio, hacia Paseo Colón, dispone de otra habitación de algo así como 6 metros por 3, dividida (por Gelbard) en 2 partes, una de las cuales se usa como sala de reuniones (alrededor de una mesa octogonal que fue inmortalizada en multitud de fotos. La sala de reuniones del viceministro de economía es más espaciosa que la del ministro) y en la otra hay un sillón largo para una eventual siesta... y operativamente eso es todo.

Contiguo a su escritorio, pero hacia Balcarce, está el salón de actos principal, denominado salón Padilla (en honor a Miguel T. Padilla, uno de los subsecretarios del ministro Martínez de Hoz, asesinado por la guerrilla en abril de 1978); y cruzando el corredor, y correspondientemente al acecho de periodistas, curiosos y empleados públicos disconformes, hay una pequeña habitación que se usa como comedor, su ascensor privado, y el denominado salón de cuadros (donde, debido a limitaciones de espacio, sólo cuelgan los retratos de algunos de los ex ministros de economía de la Nación... y eso que a quienes fueron ministros en más de una oportunidad, en vez de colocarle un segundo o tercer retrato se le modificó la placa ubicada debajo de cada retrato original, consignando los distintos períodos). Mientras trabaja, en Argentina el zar de la economía de turno no tiene dónde estirar las piernas, tomar sol o mirar el río.

A las carencias estructurales de espacio hay que agregarle el deplorable estado de conservación. La poca iluminación del corredor le da al mismo un aspecto lúgubre; el tiempo

que hace que no se pinta el interior del edificio o no se le lava la cara a su exterior, así como el estado en que se encuentran los sillones de las salas de espera de las autoridades económicas... todo es shoqueante (siempre pensé que esto es deliberado; porque quien hace una amansadora en tales condiciones, entra en el despacho del ministro con menos ganas de pedir fondos).

. . .

Ingresé en el CONADE como calculista, para trabajar en el "pool" homónimo de la institución, por una remuneración que no recuerdo pero que no era sustancialmente diferente de la que me estaba pagando Lladó (firmé un contrato por poco tiempo, que se fue renovando).

Ubicados literalmente en un rincón (sobre Balcarce, al fondo), los calculistas éramos, a lo sumo, media docena de personas (entre las cuales recuerdo a Raúl Paz, gran lector, a quien no he vuelto a ver y que, según parece, vive en Brasil), y como jefe de calculistas trabajaba un matemático -muy fumador- que si mal no recuerdo se llamaba Fridman.

La "tecnología" entonces disponible se componía de hojas de cálculo rectangulares (de tamaño oficio, apaisadas), con líneas horizontales trazadas pero sólo marcas para las columnas (para poder hacerlas según el ancho que se requiriera) y máquinas de calcular, manuales (Facit y Olivetti) y eléctricas (Friden y Olivetti). La Friden era la más rápida, pero al contrario de lo que sucedía con las Olivetti no imprimía las operaciones en papel, lo cual aumentaba la probabilidad de cometer errores; la Friden, además, se trababa con facilidad, y producía un ruido infernal, pero habíamos aprendido a destrabarla nosotros mismos. Los trabajos se entregaban manuscritos (cerca de nosotros, un "pool" de dactilógrafas componía un banco de datos con las principales series de la economía. Nunca lo vi en uso).

[Con esa tecnología una regresión simple (de una variable independiente) planteada en, digamos, 30 observaciones, podía llevarle a un calculista varias horas de trabajo... con pocas chances de verificar si se había equivocado.]

A los calculistas nos encargaban trabajos varios, normalmente breves, como relacionar porcentualmente una variable con otra, calcular las tasas de crecimiento de una serie de tiempo, etc. Pero hacia abril de 1963 nos pidieron una tarea que insumió la energía de varios de nosotros, durante más de un mes.

Los anuarios de comercio exterior listan las importaciones por origen, es decir, por tipo de bien (tantos tractores, tantos perfumes, etc.). Alguien en el CONADE estaba interesado en conocer las importaciones por destino, es decir, por tipo de uso de los bienes (tanto para consumo, tanto para utilización intermedia, tanto para inversión, etc.). La OECEI (la Oficina de Estudios Económicos de la Fiat) se había ocupado de clasificar las importaciones de Argentina por destino pero, inexplicablemente, había realizado los cómputos ... ¡en volúmenes físicos!, y consecuentemente sin posibilidad de agregación. De manera entonces que la tarea del equipo

consistió en tomar la clasificación de los rubros de importación por destino que había hecho la Fiat, pero realizando los cálculos en dólares. Hicimos esto para los (entonces) 10 últimos años. Terminados los cálculos los volcamos en una planilla por año, colocando delante de todo una síntesis, que resultó ser un cuadro a doble entrada, que diseñé yo, en cuyas filas aparecen los distintos destinos de las importaciones y en cuyas columnas figuran los años (la planilla, que no tiene nada de particular, impresionó a mi jefe).

Pocos días después que hubimos "elevado" el trabajo, el jefe de los calculistas me dijo que tenía que ir a ver a Richard Mallon, norteamericano que trabajaba en el Servicio de Asesoramiento para el Desarrollo de la Universidad de Harvard, y que en ese momento estaba en Argentina contratado por el CONADE (de su experiencia del período surgió lo que la profesión conoce como "el libro de Mallon y Sourrouille", oficialmente Mallon, R. y Sourrouille, J. V.: La política económica en una sociedad conflictiva: el caso argentino, Amorrortu, 1973).

Hablando un castellano más que razonable (está casado con una chilena), y fumando incesantemente en pipa, Mallon me recibió en su oficina con el trabajo delante de él (al fin conocí quién había encargado la tarea). Me explicó que los cálculos le habían resultado muy interesantes, pero que le había llamado la atención una serie (digamos, la de importación de material rodante), donde en 9 de los 10 años las importaciones eran de, digamos, u\$s 100 anuales, mientras que en el restante, según el cuadro, habían sido de u\$s 1.700. Consecuentemente me pidió que revisara esta última estimación.

Recuerdo como si fuera hoy que, superando el hecho de estar en una oficina con paredes forradas con madera (que hoy no me impresiona, pero que en ese momento debería haberme cohibido), superando también el hecho de que quien me estaba hablando era una persona muy importante, y no pudiendo imaginar siquiera que me podía haber equivocado, comencé súbitamente a plantear una teoría del desarrollo, cuya conclusión lógica era el salto numérico mencionado.

En vez de interrumpirme, Mallon me dejó terminar y entonces me dijo lo siguiente: "Puede serr, pero primerou revise las cuentas y después hablamous". La historia terminó como el lector imagina: volví a hacer los cálculos y, efectivamente, se me había escapado el dedito al usar la máquina de calcular, de modo que también en ese año, como en los anteriores y en los posteriores, el número correcto estaba alrededor de u\$s 100.

[Aprendí varias cosas con este episodio. Como que nunca hay que tirar al canasto un número sorprendente, en el nombre de que si es estafalario debe de estar mal ("ahí puede haber información valiosa", me enseñó Leontief en Harvard), pero que no hay que empezar a teorizar sino hasta que uno sienta que está delante de una correcta descripción de los hechos. La otra cosa que aprendí es que a los jóvenes hay que dejarlos que se despachen para luego, cordial pero firmemente, hacerlos enfrentar la realidad.

Cuando en 1986, almorzando en Cambridge, Mass., le referí la anécdota, Mallon no la recordaba (lógico: recuerda quien aprende, no quien enseña). Nos vemos muy de tanto en tanto, pero nuestras conversaciones son invariablemente jugosas, principalmente por sus experiencias

(es todo lo contrario a un "investigador de escritorio"; su cargo en Harvard lo llevó, por ejemplo, a vivir 3 años en Bangladesh).]<sup>1</sup>

Como parte de sus comentarios a la versión preliminar de este capítulo, Gargiulo me refirió la siguiente significativa anécdota, que reproduzco textualmente: "Al recibir tu primer o segundo sueldo en CONADE decidiste comprarte un portafolios. Ese día, en el almuerzo, la adquisición fue anunciada como un acontecimiento, junto con un pedido de asesoramiento (¿venís?). Salimos de la oficina unos minutos antes y en vez de tomar el subte para la Facultad, fuimos a un comercio que ya había sido preseleccionado. Pediste un portafolios 'grande y resistente', y seleccionaste un modelo capaz de llevar 10 kilos. Esa tarde el olor a portafolios nuevo era como el olor a auto nuevo que experimentaríamos varios años después. Luego de pagar pusiste una mirada singular, pues esa adquisición era un paso más hacia la ansiada profesión. Salimos con gran embale: había que pasar por el bar para merendar, antes de ir a clase".

. . .

Hacia mediados de año fui ascendido; dejé de ser calculista para comenzar a trabajar como ayudante de investigación en el sector global del CONADE (alguien hizo gestiones por mí, a quien desde ya agradezco). Esto tuvo varias implicancias: mudarme a la oficina 804, que da sobre Paseo Colón; aumentar mi salario en algo así como 50%; e interactuar con la "crema" profesional del Consejo Nacional de Desarrollo (esto último dicho con perdón de algunos talentos que, ocupados en análisis sectoriales, trabajaban en la amplia pero no "mamparizada" oficina 801).

El sector estaba a cargo de Faustino González, no sé si formalmente, pero si en el sentido de que -al menos a mis ojos- era quien finalmente transformaba la energía del grupo en trabajos concretos. Faustino era brillante, muy trabajador, paciente en sus explicaciones y firme en sus reclamos de entrega de trabajos. Conservo de él la imagen de alguien que sabía mucho y que, en la duda, volcaba sus opiniones sistemáticamente hacia la cordura.

En el sector global también trabajaban Julio Berlinski, Clemente Panzone, Jacobo Rabinovich, Bernardino Kopcow y una matemática (Beatriz Ianchilovici). Mis imágenes de ellos son muy dispares: Berlinski, quien se inmortalizó con su estimación de la protección efectiva en Argentina (Berlinski, J.: protección arancelaria de actividades seleccionadas de la industria manufacturera argentina, Ministerio de Economía, 1978), era también muy trabajador; Panzone -siempre ocurrente- era el nihilismo absoluto desde el punto de vista de sus "creencias" referidas a la aplicación del análisis económico (al mismo tiempo que mi jefe, Panzone era mi profesor de Desarrollo económico en la UCA); y Rabinovich y Kopcow andaban siempre juntos (terminaron -juntos- organizando su propio estudio de consultoría).

---

<sup>1</sup> Recogió sus experiencias profesionales en The new missionaries. Memoirs of a foreign adviser in less developed countries, Harvard institute for international development, 2000.



Lo que en 1963 sabían de economía González, Berlinski, Panzone, Rabinovich y Kopcow, poco o mucho, lo habían aprendido "a pulmón"; porque como todos los economistas argentinos del momento, en el sentido fundamental de la ausencia de maestros, ellos eran autodidactos. Derivaban sus conocimientos de la lectura de libros, más que de revistas técnicas, y todo en castellano (Aguilar y Fondo de Cultura Económica eran "las" editoriales; Chenery y Dorfman, Samuelson y Solow eran "los" autores; Desarrollo económico y El trimestre económico eran "las" revistas. (¿Desde qué año Fuchs vendió libros en Diagonal Norte 760, 7o. piso?). La historia del surgimiento de la profesión en Argentina fue brillantemente contada en: Dagnino Pastore, J. M. y Fernández López, M.: "Los economistas en el gobierno argentino" (en: Dagnino Pastore, J. M., ed.: Crónicas económicas. Argentina, 1969-1988, Editorial Crespillo, 1988). Una de las cosas más difíciles de lograr en estas condiciones es el equilibrio, la capacidad de separar la paja del trigo, poniendo los conocimientos relevantes al servicio de la acción, que en el caso del sector global del CONADE era la elaboración de un conjunto de proyecciones macroeconómicas (si lo recuerdo bien, también en esto Faustino aventajaba al resto).

[Con posterioridad, de todos ellos con quien más interactué fue con Berlinski, quien desde hace un buen número de años es investigador en el Instituto Torcuato Di Tella (su segundo año de permanencia en Harvard coincidió con mi primer año de estudios en dicha universidad, como ya expliqué).

Con Faustino nos hemos visto pocas veces, luego de que yo dejé el CONADE. Volamos una vez juntos, de regreso a Argentina, y en 1990 lo encontré en una reunión organizada en una inmobiliaria de Flores. En ambas ocasiones tuve la oportunidad de recordar todo lo que me enseñó<sup>2</sup>. A Panzone apenas volví a verlo, lo mismo que a Rabinovich y Kopcow. Con la matemática la pérdida de contacto fue, lamentablemente, total.]

Como ayudante de investigación tuve la oportunidad de tomar contacto con la matriz de insumo-producto (o de Leontief), tanto a nivel conceptual como empírico. Pegada en la pared, en una enorme hoja (era una matriz de 24 filas por otras tantas columnas, más las destinadas a la demanda final), había una copia de la estimación efectuada por el Banco Central de la matriz de insumo producto correspondiente a 1953, confeccionada sobre la base del censo de 1954 ("Transacciones de bienes intermedios del sector manufacturero argentino", Boletín estadístico del Banco Central, suplemento del número de setiembre de 1961).

Además de las limitaciones conceptuales del esquema de insumo producto, que supone rendimientos constantes a escala y coeficientes fijos de producción, se trataba de una estimación que ya tenía 10 años de antigüedad (sic), en la cual el valor agregado del sector textiles era tan grande como el de vehículos y maquinarias, y donde no había un sector acero aunque sí uno de papel y cartón (siendo anterior, no podía captar la transformación de la estructura económica que había tenido lugar durante el gobierno de Frondizi). Pero estos "detalles" no le quitaban fascinación a una tabla terriblemente impactante para mis ojos.

---

<sup>2</sup> Amantes ambos de la ópera, nos vemos en los teatros Avenida y Colón.

[Para dar una idea de lo que cambió la estructura económica Argentina durante el período mencionado cabe consignar que entre 1950 y 1962, con ponderaciones de 1950, el PBI en términos reales aumentó 19%, mientras que con ponderaciones de 1960, se elevó en 42% (¡más del doble!). Cabe aclarar que, tanto en la estimación del Banco Central como en la que hizo el CONADE, a ciencia cierta esto recién se supo en 1964... aunque mis jefes, presumiblemente, deberían haberlo al menos sospechado (cómo incorporaron esto a los cálculos, no recuerdo).]

Otra estimación de la matriz de insumo producto de Argentina que presumo fue contemporánea, que buscaba destacar principalmente los aspectos regionales de las transacciones intersectoriales, fue realizada por un equipo donde participaron, entre otros, Felipe Tami y Osvaldo Fernández Balmaceda. Este último le prestaba asesoramiento técnico al CONADE, precisamente en materia de insumo producto; y quien traía la información al sector global era uno de sus ayudantes, Guillermo Calvo, hoy mundialmente conocido en la comunidad académica por sus trabajos realizados desde fines de la década de 1970 ("Guillermo llegó a Grande de grande" le escuché decir más de una vez a Carlos F. Díaz Alejandro). Recuerdo el entusiasmo de Calvo por el libro de Bailey, porque admitía la flexibilidad de los precios absolutos en los modelos macroeconómicos (Bailey, M. J.: National income and the price level, Mc Graw Hill, 1962), entusiasmo que no tengo presente qué eco tuvo en la oficina 804 en ese entonces.

Usábamos la matriz de insumo producto para calcular los requerimientos de producción sectoriales, dados ciertos niveles de demanda final de cada uno de los sectores y, consecuentemente, hacíamos tantas estimaciones como perfiles diferentes de la demanda final parecieran relevantes (para esto, en rigor, no utilizábamos la matriz de insumo producto sino la denominada "matriz inversa", la que presenta los requerimientos directos e indirectos de producción, por unidad de demanda final). Los cálculos no los hacíamos nosotros sino Clementina, la computadora a válvulas que funcionaba en el Instituto de Cálculo, el primero de los edificios del complejo de Núñez de la Universidad de Buenos Aires (a Clementina el ingreso de los datos se lo hacía por cinta perforada).

[¿Qué uso tuvo el esfuerzo que estoy relatando? No lo sé. En el plan de desarrollo 1965-69, el elaborado bajo la dirección de Roque Carranza, no hay ninguna referencia a que las proyecciones globales se hubieran basado en la utilización de la matriz de insumo producto. Según Gargiulo, quien siguió trabajando en CONADE, Carranza no hizo uso de los documentos elaborados durante la gestión San Miguel, aunque claramente aprovechó el aprendizaje hecho en ese tiempo por los funcionarios.]

Trabajar en el sector global del CONADE tenía otras ventajas. Hacia agosto o setiembre de 1963 Manuel San Miguel, titular de la institución, comenzó a hacer reuniones con los sectores, tendientes a la elaboración de un programa de desarrollo. Algunas de esas reuniones tuvieron lugar en la oficina 804. Cuando se anunció la reunión correspondiente al sector transportes le pedí permiso a Berkinski para "espíar desde un rincón". Julio accedió. La presentación, que estuvo a cargo del ingeniero Daniel Batalla (quien, durante la gestión

Alfonsín, fue secretario de transportes), fue interrumpida por San Miguel, quien cortó un planteo estratégico sobre ferrocarriles para concentrar la atención del grupo sobre el "Plan Cóndor", que no era un plan de la Fuerza Aérea sino uno destinado a expandir la red de subterráneos de Buenos Aires.

La otra "externalidad" que tenía trabajar en el sector global era que, aunque muy de tanto en tanto, a veces pasaba algún "notable" por la oficina 804. En este sentido recuerdo particularmente la reunión organizada a propósito de la visita de Osvaldo Sunkel, economista de la CEPAL. Sunkel habló en términos más bien generales, de manera formalmente atractiva.

Como dije, el talento técnico del CONADE no se agotaba en los profesionales que trabajaban en el sector global. En efecto, entre los que trabajaban en la oficina 801 y aledaños recuerdo a Enrique Folcini, quien tenía a su cargo el sector financiamiento (Enrique fue la primera persona que ví analizando la "sábana blanca" que publicaba semanalmente el Banco Central sobre la evolución de los agregados monetarios); a Luis García Martínez, a cargo del sector externo; al referido ingeniero Batalla, a cargo del sector transportes (en este sector también trabajaba el ingeniero Santiago A. Palazzo, a quien después conocería a fondo en FIEL); al ingeniero Valeiras -jefe de Gargiulo-, a cargo del sector bienes de capital; y a Carlos Furlotti. Entre los ayudantes, además de Gargiulo recuerdo a Enrique Knowles, quien colaboraba con García Martínez, y a las hermanas Alicia y María Ramón.

Como digno contraejemplo de la inestabilidad del sector público destaco que en 1991, como en 1963, la biblioteca del CONADE está a cargo de Araceli García; y tal como era de esperar, funciona. La costumbre que en 1958-59 estrené en la biblioteca popular que operaba en Liniers, y que continué en la biblioteca Lincoln mientras trabajé con Lladó, la seguí practicando durante mi permanencia en CONADE. Hurgando en su biblioteca descubrí, entre otros, a Marcelo Diamand, quien acababa de publicar uno de sus primeros escritos (El FMI y los países en desarrollo, Movimiento soluciones económicas, 1963), monografía que leí un fin de semana en que, con Gargiulo y su hermano, fuimos a pescar a la laguna de Monte.

¿Que aprendí en los 8 meses que trabajé en el CONADE? De todo, porque fue mi primer empleo donde trabajé "como economista" (con Lladó también había aprendido de todo, pero en otro tipo de tareas). Contribuyeron a mi proceso de aprendizaje tanto el hecho de que, dentro de la oficina 804, no hubiera mamparas, lo cual facilitaba la interacción (González y Berlinski trabajaban en un par de pequeños escritorios, y contra una de las paredes había un mueble bajo para guardar papeles, pero el grueso de la actividad se hacía alrededor de una mesa ovalada, de tapa negra y patas de metal); como el hecho de que ninguno de los economistas con los cuales trabajé rehusó alguna vez discutir mis inquietudes o despejar mis dudas. No me fui del CONADE huyendo por lo que veía ahí sino, como voy a contar a continuación, atraído por lo que creía que iba a ver en otro lado.

[Desde la experiencia del CONADE tengo en claro la naturaleza complementaria del aprendizaje que se hace en la facultad por una parte, y en un instituto de investigaciones por la otra. En el trabajo se aprende haciendo, a propósito de la tarea en la cual el jefe está interesado;

en la facultad se aprende siguiendo a un profesor que (presumiblemente) se ocupa de lo que uno necesita.]

. . .

¿Para qué sirve el CONADE? No es el objetivo de esta obra evaluar sistemáticamente cada una de las instituciones en las que trabajé, pero puede resultar útil algún apunte preliminar.

El CONADE generó 2 clases de productos: entrenamiento de su gente y planes de desarrollo. En el primer plano cabe señalar los casos de Roque Carranza (titular durante la gestión presidencial de Arturo Illia, íntimamente vinculado con los equipos económicos del período), así como los de José María Dagnino Pastore y Juan Vital Sourrouille quienes, en 1969 y 1985 respectivamente, arribaron al Ministerio de Economía desde la titularidad del CONADE; por lo demás la relación entre el titular del CONADE y el respectivo ministro de economía fue normalmente inexistente, y en algunos casos tumultuosa (como entre el general Guglielmelli y el ministro Moyano Llerena en 1970, o entre el ingeniero Vittorio Orsi y el ministro Domingo Cavallo en 1991).

En el mismo plano cabe también destacar el caso de Adalbert Krieger Vasena. Aprendí de Krieger que el ministro de economía es, organizacionalmente hablando, un gran gerente. Por eso es que, cuando a comienzos de 1967 se hizo cargo de la cartera de economía, subió los 3 pisos que distancian sus oficinas de las del CONADE, y con algunos de sus profesionales formó la parte técnica de su equipo. Enrique Folcini, Héctor Bonardi y Raúl Fernández son ejemplos de quienes formaron parte del conjunto de profesionales que "bajó" del largo al corto plazo.

[Cuando el entonces presidente Onganía convocó a Krieger Vasena para ofrecerle la cartera de economía, éste se desempeñaba en Europa como representante del gobierno argentino ante la Comunidad Económica Europea. Krieger me contó que, para usar en el viaje hacia Argentina, se compró un cuaderno para anotar nombres de posible colaboradores. La mayoría de los ministros, frente al mismo desafío, compran un cuaderno para anotar medidas.]

El CONADE se ocupa de cuestiones de mediano y largo plazo. ¿Cómo se conecta con el corto plazo? Durante mi permanencia en el CONADE la realidad de corto plazo era cualquier cosa menos aburrida. En efecto, 1963 fue el año de la continuación de la crisis económica abierta con el golpe de Estado que derrocó a Frondizi; y mientras yo trabajé en el CONADE fueron ministros de economía Eustaquio Méndez Delfino y José Alfredo Martínez de Hoz. Pero según mi percepción de ese momento la referida conexión era casi nula: en este sentido sólo recuerdo que el informe que el gobierno le encargó a Moyano Llerena, sobre diagnóstico y propuestas de la crisis industrial, había recogido los resultados de una encuesta que Valeiras y Gargiulo habían realizado sobre uso de la capacidad instalada en la industria de bienes de

capital (Comisión Honoraria de Reactivación Industrial: Informe sobre la industria argentina y los medios para su reactivación, setiembre de 1963, p. 6).

[Mientras trabajé en CONADE creía saber qué estaba pasando en el país, y no sólo en su economía, porque ningún lunes por la noche dejaba de comprar y leer de punta a punta Primera plana, el exitoso semanario de la época.

El Correo de la Unesco me abrió los ojos a algunas realidades mundiales del momento (ejemplo: que hacia 1960 3.500 millones de seres humanos poblábamos la Tierra). De uno de sus ejemplares conservo la foto de un niño quien, harapiento y delante de una vía de ferrocarril, mira hacia arriba como preguntando: ¿por qué? (la foto parece tomada desde la ventanilla de un vagón ferroviario). Enmarqué la foto y la tengo a la vista, para que me recuerde que la economía es una ciencia aplicada.]

El otro producto del CONADE fueron los planes de desarrollo que elaboró en los 10 años que comenzaron a mediados de la década de 1960. De manera casi macabra el cuadro 13.1 muestra la creciente distancia que existió en Argentina entre lo que creía el CONADE que podría llegar a pasar, si se cumplían las condiciones en las cuales se elaboraron los distintos documentos, y lo que finalmente terminó pasando; lo cual finalmente llevó al abandono de la técnica del "planeamiento". Se ruega leer este cuadro sin rimel.

CUADRO  
13.1

PROYECCIONES DE LOS PLANES DE DESARROLLO Y REALIDAD  
(PBI real, 100 al inicio de cada plan)

Año	Plan 1965-69 (1)		Plan 1970-74 (2)		Plan 1971-75 (3)		Plan 1973-77 (4)	
	Pron.	Real.	Pron.	Real.	Pron.	Real.	Pron.	Real.
1964	100,0	100,0						
1965	107,1	109,2						
1966	114,4	109,9						
1967	121,3	112,8						
1968	127,2	117,6						
1969	133,3	127,7	100,0	100,0				
1970			105,6	105,4	100,0	100,0		
1971			111,5	109,3	106,2	103,7		
1972			117,4	111,4	113,0	105,7		
1973			124,4	115,3	120,8	109,4	100,0	100,0
1974			130,9	121,8	129,9	115,6	107,0	105,7
1975					140,2	115,2	115,0	105,3
1976							123,7	104,9
1977							133,5	111,5
Tasa de crecimiento equivalente anual, %	5,9	5,0	5,5	4,0	7,0	2,9	7,5	2,8

(1): Consejo nacional de desarrollo, Plan nacional de desarrollo, 1965-69, Buenos Aires, 1965.

(2): Consejo nacional de desarrollo, Plan nacional de desarrollo, 1970-74, Buenos Aires, 1970.

(3): Secretarías del Consejo nacional de desarrollo y del Consejo Nacional de Seguridad, Plan nacional de desarrollo y seguridad, Buenos Aires, 1971.

(4): Poder Ejecutivo Nacional, Plan trienal para la reconstrucción y la liberación nacional, 1974-77, Buenos Aires, 1973.

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

14

#### DI TELLA

José María Dagnino Pastore regresó a Argentina con su flamante doctorado de Harvard bajo el brazo, hacia abril o mayo de 1963 (fue su segundo regreso académico; en el primero había traído su Master en Economía obtenido en la universidad de Berkeley). Fue así como la UCA tuvo un nuevo profesor de Comercio Internacional (las primeras clases del curso de dicho año estuvieron a cargo de Javier Villanueva, deslumbrante pero demasiado desestructurado para mi gusto de ese entonces), y el Centro de Investigaciones Económicas del Instituto Torcuato Di Tella (el CIE del ITDT) tuvo un nuevo investigador jefe.

Del profesor "Pastore" (como, cariñosamente, le digo cuando hablo con él) ya hablé; ahora me toca referirme a quien fue mi primer maestro en economía.

¿Qué clase de investigador jefe es uno que no tiene, al menos, un ayudante?, se debe haber preguntado José María mientras desempaquetaba una treintena de cajas de forma y tamaño parecidos a las de zapatos, cada una de las cuales contenía bastante más de mil fichas manuscritas (sic), correspondientes a otros tantos artículos publicados en revistas técnicas, seguramente la más ambiciosa aproximación individual de lo que luego sería el Index of economic journals publicado por la Asociación Americana de Economía (algunas de esas fichas, hoy superadas por la tecnología, todavía me sirven como señaladores de libros). Por eso, hacia mediados de 1963, Juan Bautista Floriani, compañero mío de la UCA que trabajaba en el Di Tella como ayudante de Enrique Oteiza, director general del Instituto, un día me dijo: "prestá atención que Dagnino anda atrás de vos".

Consecuentemente, no me sorprendió que un día Pastore me llamara por teléfono para concertar una entrevista. Acordamos tomar un café cerca del CONADE (¡jugué de local!), donde me preguntó si tenía interés en ser su ayudante de investigación en el Di Tella. Le respondí afirmativamente, seguramente sin haberlo consultado con alguien.

Así fue como el 1o. de noviembre de 1963 dejé de trabajar en Hipólito Irigoyen 250, y comencé a hacerlo en Virrey del Pino 3210. Antes de albergar a los economistas del Di Tella, la casa donde funcionaba el CIE había sido la vivienda particular de Guido Di Tella y su familia (según la tradición oral, un enfermo mental internado en un sanatorio contiguo, saltando la medianera, había ingresado a la casa de los Di Tella, provocando el consiguiente susto, por lo que la esposa de Guido había decidido mudarse); y por alguna razón que sólo Dios conoce, luego de muchos años de albergar a los economistas del Di Tella, Virrey del Pino 3210 sigue albergando a economistas, porque en algún momento el edificio fue adquirido por el Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (CEMA). Por eso, como en el caso del CONADE, antes de hablar de las personas voy a hablar de los ladrillos.

Virrey del Pino 3210, esquina Freire, es una casa de 3 plantas, con habitaciones agregadas que le deformaron parcialmente el estilo original (durante el período CEMA, a la casa se le hicieron nuevos agregados, pero que no se aprecian desde la puerta de calle). La casa prácticamente no tiene fondo pero sí un pequeño jardín sobre la esquina. Lo primero que en 1963 veía quien ingresaba en el inmueble era una maravilla: la cara y los ojos de la telefonista Alejandra.

En la planta baja, entrando a la derecha, funcionaba la biblioteca, esto es, tanto el salón de lectura (con cómodos estantes de exhibición de libros y revistas, además de mesas y sillas. Fue en la biblioteca del Di Tella que aprendí lo que es una hemeroteca), como el fichero (una maravilla que no sé si los "consumidores" apreciábamos. Recuérdese que lo que estoy relatando pertenece a la era pre-computadora) y los estantes donde se conservan los libros (ubicados sobre un corredor paralelo a la casa, que era la entrada de servicio cuando Virrey del Pino funcionaba como vivienda). Emma Linares tenía a su cargo el conjunto de las bibliotecas del Instituto, y era secundada en la del CIE por Graciela Bayugar, "Nani" (señora de Kay) y "Babi" (Ivonna Destuet). En el salón de lectura de la biblioteca del CIE, en aquella época, María de las Mercedes Fiorito luchaba con la traducción de Ford, A. G.: The gold standard: Britain and Argentina, Oxford University Press, 1962.

[No se cuánto entendía, pero en esta biblioteca, más aún que en las de Liniers, la Lincoln o la del CONADE, leía de todo. Siempre que fuera posible, preferí retirar los libros de las bibliotecas a leer en sus salas de lectura, y desde este punto de vista el Di Tella no fue una excepción (es que, como no me gusta "regalarme" tiempo para leer, lo hago mientras viajo... y de San Antonio de Padua a Belgrano había tiempo suficiente para estar al día en bibliografía. En cambio me regalo tiempo para escribir lo cual, por otra parte, es imposible hacer mientras viajo). La biblioteca del Di Tella hizo relativamente fluida mi lectura de escritos técnicos redactados en inglés.

Hoy (1991), en su nueva sede (la de 11 de Setiembre 2139), la del Di Tella es "mi" biblioteca. En particular es mi hemeroteca, con colecciones ininterrumpidas de más de 3 décadas, y un eficiente servicio de fotocopias<sup>1</sup>. Lamentablemente, por razones presupuestarias, las colecciones dejaron de encuadernarse.]

---

<sup>1</sup> Jstor cambió esto de manera radical.



También en la planta baja, pero entrando hacia la izquierda, estaba el salón de reuniones, que no tenía nada de particular excepto que sobre una de las paredes había un hogar para leña que nunca vi en uso. Por las mañanas, en el salón de reuniones el profesor Macnab nos enseñaba inglés a quienes estábamos por viajar para estudiar en el exterior. Completaban la planta baja la cocina, a cargo de doña Asunción, y un par de baños (estos últimos, alargados, usados indistintamente por las "damas" y los "caballeros", en la planta baja tienen vidrios traslúcidos, lo cual quizás inquiete a algunos de los usuarios).

Subiendo una escalera de madera, en cuyo descanso había un exhibidor, se llegaba al primer piso, donde en lo que originalmente debían ser los dormitorios de la vivienda, trabajaban el director del CIE, los investigadores jefes y algunos de sus ayudantes. Sobre el corredor, en pequeñas mesas rectangulares, perpendiculares a la pared, desarrollaban sus tareas las secretarías de los investigadores jefes. Presumo que estas últimas fueron elegidas sobre la base de su idoneidad, de manera que su belleza era producto del azar, aunque agradable por cierto. Alba, Clara, Marta, Susana, Dzeny ("Yeni") Azriel -esta última, secretaria de Pastore- no nos resultaron indiferentes a ninguno de los ayudantes de investigación del CIE de aquel momento..., aunque cada uno de nosotros exteriorizaba esto de modo diferente.

La pieza ubicada al fondo del corredor, es decir, al frente sobre Virrey del Pino, algo así como un cuadrado de 4 metros de lado, era ocupada por el Director. Cuando ingresé, el CIE era dirigido por Guillermo Edelberg, un ingeniero que había estudiado en Harvard... administración de empresas (¿qué hacía un ingeniero que había estudiado administración de empresas, dirigiendo un instituto de investigaciones económicas? "Fue una designación de transacción, para evitar una `interna", escuché decir en ese entonces, lo que ahora expreso con lenguaje de 1991). Muy poco tiempo después la dirección pasó a manos de Villanueva, a cuya secretaria -algo mayor que el resto-, Francoise Pérez Fernández, apodábamos "la francesa"... por ser francesa.

En la segunda pieza, de tamaño similar a la del director, había 2 investigadores jefes, uno de los cuales era Carlos Federico Díaz Alejandro. En la próxima, muy pequeña (aproximadamente la mitad de las 2 anteriores, y actualmente usada como lugar de paso), trabajaba Dagnino Pastore, y en la contigua y última de la fila, tan grande como la del director, terminamos trabajando 3 ayudantes de investigación (Osvaldo E. Baccino, Florencio Ballestero y yo. En algún momento Javier Villanueva incorporó como ayudante a Norberto A. Belozercovsky).

La escalera que lleva al primer piso parte a éste en mitades; la que acabo de describir es la que queda hacia la izquierda de la escalera. ¿Qué había hacia la derecha? En primer lugar, otros 2 baños, alargados como los de la planta baja, usados indistintamente por las "damas" y los caballeros", como la planta baja, sólo que en el primer piso las puertas no son de vidrio traslucido sino de madera, tipo placa. Uno de estos baños se inmortalizó el día en que Arthur Smithies, un australiano que visitó el CIE a comienzos de la década de 1960 para hacer una de las tantas comparaciones que existen entre Australia y Argentina (la suya fue publicada en American economic review, 55, 2, mayo de 1965), estaba cómodamente sentado en el inodoro, habiendo olvidado cerrar la puerta con llave... en un baño donde hay varios metros entre el

inodoro y la puerta. Al querer usarlo, una de las secretarias abrió la puerta y encontró a Smithies, afortunadamente leyendo un diario del tamaño del de La Nación completamente desplegado (al menos, así es como ella solía contarlo), mientras fumaba su pipa.

Más allá de los baños había piezas más chicas, que ocupaban los otros economistas jefes, así como economistas visitantes (a algunas de esas oficinas llegaba agachándome, porque hubo que armar el acceso por debajo del descanso de la angosta escalera que lleva al segundo piso). Si la memoria no me falla, además de los economistas jefes que ya mencioné, en noviembre de 1963 ya habían regresado al país Alberto Petrecolla y Adolfo Canitrot (con posterioridad lo hicieron Mario Brodersohn y Alieto Guadagni, así como -pero recién en abril de 1965- Ana María -Martirena- y Rolf Mantel). También estaba en el CIE Ramón Medina, un tucumano que buscaba estimar un modelo econométrico para Argentina, y a quien luego volví a encontrar en Harvard (en uno de los veranos la casera del CIE había comprado gaseosas, que mantenía en la heladera. Confiando en el fair play de los investigadores, dejaba sacar botellas, indicando el respectivo consumo en una lista pegada en la tapa de la heladera. Todo anduvo bien hasta que, en una oportunidad, todos decidieron hacer las marcas junto al apellido "Medina", estropeando el sistema). Guido Di Tella, quien no era economista jefe del instituto, aparecía por el CIE muy de tanto en tanto.

Entre los economistas jefes y los ayudantes había personas como Héctor Luis Diéguez, a quien conocí casi "con un pie en el avión", y que como ya relaté volví a encontrar en Harvard, e Ignacio Carlos Tandeciarz, quien luego estudió economía y estadística en los Estados Unidos, a quien no vi nunca más y que ya falleció (lo que recuerdo de Carlos es que permanentemente tenía dolor de cabeza). Floriani, aunque era sólo ayudante de investigación, había conseguido su pequeña habitación propia, en una porción de una pieza que el CEMA utiliza actualmente como biblioteca, y que en ese momento estaba subdividida.

De los investigadores que visitaron el Di Tella entonces recuerdo al inglés Brooman, al estadounidense David Felix y al japonés Hirofumi Uzawa, el "lungo" director de la tesis doctoral de Canitrot. Por haber llegado "tarde" me perdí las visitas de John Hicks, Harry Johnson y Arthur Smithies. Del paso del primero por el CIE quedó una pequeña foto, que por muchos años permaneció colgada en la sala de reuniones, pero a los segundos los conocí por sendas conferencias que pronunciaron en el aula magna de la UCA. Miguel Sidrauski visitó el CIE durante el segundo semestre de 1965, cuando yo ya trabajaba en FIEL.

[De las referidas conferencias recuerdo un par de anécdotas. Una de ellas tuvo lugar un sábado por la tarde. Para que quienes asistíamos a los prácticos de matemáticas en el turno vespertino no nos escapáramos, el decano Valsecchi se colocó estratégicamente, logrando así incrementar el número de asistentes. La otra anécdota es la siguiente: las conferencias fueron pronunciadas en inglés, con traducción "párrafo por párrafo" a cargo de Villanueva (en 1986, en Mar del Plata, le traduje así una conferencia a Rudiger Dornbusch. Es mucho más extenuante de lo que parece a primera vista). Smithies comenzó la suya contando un chiste... e identificó a los que se rieron antes de la traducción. "Ustedes, por favor, me chequean a Villanueva, sobre todo en las partes en las cuales él y yo no estamos de acuerdo", dijo. ¿Habría sido un chiste? Como ya referí, Smithies era "más que aficionado" a la bebida. Arturo Meyer me contó que, habiendo

acompañado a Smithies un domingo a un establecimiento de campo, tuvieron que detener el auto al regreso, para entrar en un boliche... a tomar.]

Termino la descripción del primer piso diciendo que en lo que hoy (1991) está recuperado como balcón abierto, pero que en aquel entonces estaba cerrado con mamparas herméticas, tenía su "bunker" Carmen Llorens de Azar, la apaga incendios operativa del CIE (con Carmen nos hemos vuelto a encontrar frecuentemente, en FIEL e IDEA).

Al terminar de subir la escalera que llevaba al segundo piso se enfrentaba una pequeña piecita, junto a la cual había una más grande, cuadrada, hacia la izquierda, y otra, tipo "chorizo", a la derecha. Mi época del Di Tella es anterior a la Xerox; es por eso que en la piecita funcionaba el mimeógrafo, que era manual y sin contador de copias, de modo que agigantábamos nuestros bíceps mientras contábamos en voz alta (el original era un stencil, en el cual los errores se corregían pintando con una especie de "cutex" y retipiando. Soy un experto en "airear" una resma de papel, para que las hojas no se peguen entre sí). El mimeógrafo estaba a cargo de una mujer, a quien yo le obsequiaba -sin sacrificio de mi parte- los libros de poesía que nos enviaban desde otro de los centros del Di Tella. "La poesía moderna no rima", me dijo un día para desasarme. Con la mujer colaboraba un muchacho pelirrojo, de gran sentido del humor.

En la habitación cuadrada de la izquierda trabajaban Saturnina ("Nina") Mueller, quien luego se dedicó a demografía, que a la francesa las otras secretarias le habían hecho creer que era novia mía; otra mujer, cuyo apellido olvidé, a quien por primera vez en mi vida escuché hablar de Sigmund Freud (ahora, esposo de psicóloga, soy una "autoridad" en la materia); y Ernesto ("Chacho") Arguello, un cordobés a quien recuerdo por su permanente buen humor (el mejor cuento que retengo de los suyos es el de 2 lustrabotas que se estaban peleando en la plaza principal de la ciudad de Córdoba, y uno le dijo al otro: "te voy a pegar tal bancazo que te voy a hacer espiar por la bragueta"); mientras que en la sala "chorizo", el "altillo" del Di Tella, en 4 mesas perpendiculares a la pared y con un calor infernal en verano, trabajábamos otras tantas personas: la primera mesa -junto a la ventana- era ocupada por Rubén Reynoso, excelente dactilógrafo que según su propia confesión no sabía nada de inglés, pero que (por memoria visual) era capaz de corregirle a los investigadores las faltas de ortografía de sus escritos (Reynoso trabajaba en el CIE por la mañana y por la tarde en el ministerio de economía); otra mesa era utilizada por un muchacho de apellido Iriarte, quien también trabajaba con Dagnino Pastore (Iriarte ya falleció); una tercera por Guillermo Viticcioni -ayudante de Tandeciarz- y la última por mí.

De todo lo cual se deduce que, geográficamente al menos, cuando ingresé en el CIE era el último orejón del tarro (no recuerdo en qué fecha me "ascendieron", permitiéndome trabajar en el primer piso; pero fue seguramente antes de diciembre de 1964, porque cuando me gradué en la UCA, las secretarias del CIE y el resto de los ayudantes, trabajaron horas para adornar con carteles alusivos mi escritorio... del primer piso).

[Graduarme implicó dejar de ser ayudante de investigación, cargo con el que había ingresado en el CIE, para pasar a ser economista asistente, cargo que mantuve hasta que me fui a FIEL. La diferencia -no demasiada- la notaba una vez por mes, al cobrar. En esa época todavía le daba el sobre del sueldo a mi vieja. La "independencia económica" la comencé a lograr, estando en FIEL, cuando con mi novia empezamos a ahorrar algo para irnos a estudiar a los Estados Unidos. Desafiando la presión de mi familia -"no ahorren en una misma cuenta, nadie sabe lo que puede pasar"- abrimos una cuenta conjunta en la entonces Caja de Crédito Liniers, que nos permitió arribar a Harvard con algo menos de u\$s 1.000, buena parte de los cuales gastamos en financiar el curso de inglés de Any que a mí me pagaba la Fundación Ford... ¡no era cosa de separarnos 6 semanas, recién casados!].

. . .

Con Pastore no se perdía tiempo, de modo que minutos después de terminadas las presentaciones comencé a trabajar. Así como Guillermo Lladó me había contratado para poner al día el libro de la ley de accidentes de trabajo de una empresa química, Pastore me tomó como ayudante para que colaborara en producir la versión en castellano de su tesis doctoral (Ingreso y dinero; Argentina, 1935-60 o algo parecido).

Colaborar en la castellanización de su tesis doctoral no quiso decir buscar pruebas alternativas a sus teoremas, completar la bibliografía con fuentes propias o cosas por el estilo. Quiso decir sumarme al siguiente proceso: con un ejemplar en inglés a la vista, Pastore traducía delante de un grabador Geloso (grande, amarillo, con cintas de carretel arriba). Yeni desgrababa en una hoja tamaño carta. Pastore revisaba la desgrabación, sobre cuya base ella preparaba el stencil. Mi tarea consistía en chequear que la secretaria de José María hubiera pasado correctamente al stencil la traducción que Pastore mismo había hecho, para una vez corregidos los errores identificados, e incorporados con un punzón los símbolos matemáticos (Yeni hizo todo con una Lexicon 80, la legendaria máquina de escribir mecánica de Olivetti; sólo en FIEL conocería las máquinas eléctricas, que mediante un estratégico cambio de "bochitas" permite mecanografiar los símbolos matemáticos), ir hasta el mimeógrafo, conseguir que alguien que supiera operar el aparato se dignara llegar hasta el mismo, colaborar en la tirada de las copias, y compaginar 100 ejemplares de unas 300 páginas cada uno (todo lo cual demandó varios meses de trabajo).

A quien, encandilado por la versión cinematográfica de un instituto de investigaciones, mi tarea le parezca poco... sencillamente no sabe lo que dice, particularmente cuando el original lo escribió alguien tan erudito y meticuloso como Pastore. Don Patinkin es otra de las pocas personas que conozco tan meticulosa como Pastore. Su Dinero, interés y precios, publicado en castellano por Aguilar, que todavía en 1991 resulta una maravilla, tuvo que haber sido espectacular cuando fue escrito originalmente, es decir, en 1948. Richard Caves, con su Trade and economic structure (Comercio y estructura económica, Harvard University press, 1963) es otro de los escasísimos ejemplos. Trabajando con Pastore y sus escritos, el ordenamiento lógico, tanto en la formulación como en la presentación de cada uno de los argumentos, a uno se le mete en la sangre.

[A propósito de casos como el de Patinkin, Pastore más de una vez me hizo notar el enorme avance que se produjo, dentro de la comunidad académica, en la presentación de los argumentos y, consecuentemente, el mérito que tienen aquellos que, como Patinkin, facilitaron el entendimiento del resto de los colegas, teniendo ellos que luchar con originales que, desde el punto de vista de su presentación, dejaban bastante que desear (uno tiene que leer los originales para degustar el talento, pero no -salvo excepciones- para llegar rápidamente al núcleo de una cuestión)<sup>2</sup>. Como prueba de lo difícil que supo ser la comunicación entre economistas, Pastore solía citar la controversia que, sobre el denominado problema de la transferencia, desarrollaron Keynes y Ohlin en el Economic Journal en 1929.]

A Pastore le fascinó más la velocidad con que conseguí que hicieran las copias y compaginé los ejemplares, que la meticulosidad con la cual verifiqué que el stencil fuera exactamente igual al original (una vez me mostró una lista, confeccionada por un colega que había "trabajado" sobre su tesis, que contenía algo así como 100 errores de índole tipográfica; lo cual me hizo acordar a Lladó y el episodio de la planilla de revaluación de activos). Pero a pesar de su entusiasmo por mi velocidad, en algún momento apuró la marcha. Luego supe que necesitaba un ejemplar del trabajo para competir por el premio Ovidio Giménez. Lo presentó a tiempo y ¡gana...mos! Efectivamente, la versión 1964 de dicho premio fue obtenida por José María (recuerdo la ceremonia de entrega del galardón, en el salón de actos de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA; en particular tengo presente que, en el fondo del largo salón, me senté al lado de Carlos Díaz, quien estaba muy entusiasmado por el premio que recibía su amigo).

La tesis completa nunca fue publicada, aunque sí un par de sus subproductos: "Perturbaciones y el ingreso monetario: el caso 'incongruente' de Stein", (Trimestre económico, 31, 1, enero-marzo de 1964), y, en lo que como explicaré después constituye una extrema generosidad de su parte, Dagnino Pastore, J. M. y de Pablo, J. C. (1965): "Multiplicadores de la base monetaria" (Estudios económicos, 4, enero-diciembre de 1965).

[Pastore me obsequió un ejemplar encuadernado de la tesis, con la siguiente dedicatoria: "Para Juan Carlos de Pablo, eficaz colaborador, afectuosamente". Inexplicablemente, no lo encuentro en mi biblioteca. Lo que sí conservo en mi mente es la dedicatoria, cuya estructura utilizo en todas las que yo hago, con porciones fijas al comienzo y al final, y variable en el medio. Mi nombre figura en los agradecimientos del prólogo, en la que seguramente fue la primera vez que apareció en letras de molde en trabajos académicos.]

Preparar la versión en castellano de su tesis doctoral no agotaba la labor de Pastore en el CIE. Porque también tomó a su cargo la porción argentina de los estudios comparativos que sobre diversos aspectos de América Latina encaró la Brookings Institution. Colaborar con Pastore en el proyecto Brookings me permitió conocer 3 cosas: 1) a Joseph Grunwald (quien

---

<sup>2</sup> Hoy (2010) le doy más importancia a la lectura de los originales.

firmó una de las cartas de recomendación para mi ingreso en Harvard); 2) la emoción que se siente la primera vez que el nombre de uno aparece en una revista y 3) ... San Pablo, en mi primer viaje en avión.

Mientras estuve en el CIE, y luego durante el primer año de FIEL, el proyecto Brookings consistió en el análisis de la localización óptima (dentro de América Latina) de la fabricación de productos industriales; tarea que se encaró a través de la identificación de una docena de mercaderías, para su posterior análisis en términos de sus demanda y costos de producción.

Para coordinar las tareas entre los institutos que participaban en los estudios, la Brookings organizó reuniones semestrales. Con el fin de identificar cuáles 12 productos habrían de ser estudiados, en 1964 tuvieron lugar sendas reuniones en Santiago de Chile y Bogotá (en esta última, en noviembre de dicho año). Al trabajar en la preparación del material para la reunión pude apreciar lo sistemático que es Pastore. Iriarte elaboró estadísticas del comercio de Argentina con América Latina (datos que hoy, gracias a las computadoras, aparecen en cualquier informe, pero que en aquel momento surgieron del volcado manuscrito de los datos, a partir de los anuarios de comercio exterior del INDEC), en tanto que Pastore y yo elaboramos, distribuimos, recogimos y compilamos, una encuesta entre instituciones cuya opinión podía resultar relevante (Unión Industrial Argentina, Instituto Nacional de tecnología Industrial, etc.). La propuesta argentina no surgió de la imposición unilateral de Pastore, sino del resultado de la búsqueda sistemática de elementos de juicio.

[Que fuera sistemático no quiere decir que en los días previos a cada reunión semestral no se trabajara "extra". Recuerdo, en particular, la vez que me tuve que quedar en el CIE más allá de la medianoche, sin poder avisar a mi casa (en San Antonio de Padua, en esa época; ¿quién tenía teléfono?). Salir a esa hora de Belgrano para llegar a Padua nunca es tarea fácil para quien utiliza medios públicos de transporte. Cuando llegué a mi casa mis padres, vestidos, estaban listos para ir a la comisaría. La reunión de mediados de 1965 tuvo lugar en Buenos Aires. Como consecuencia de ella, en un semanario (cuyo recorte perdí) apareció mi nombre por primera vez en un medio masivo de comunicación. Cuando me otorguen el Nobel no me voy a emocionar tanto.]

Como consecuencia de las citadas reuniones nos pusimos a trabajar en la estimación de la demanda, y la estructura de costos, de los productos finalmente seleccionados, comenzando por vidrio plano y tractores (en FIEL trabajaría luego en los casos de toros y queso).

Estimar económicamente la demanda por vidrio plano me familiarizó con la técnica de la regresión. Que el estadístico "t" tiene que tener un valor cercano a 2 para resultar estadísticamente significativo al nivel del 5%, se convirtió en parte de mi jerga diaria... sin entender plenamente lo que estaba diciendo (econometría no era, en mi época de estudiante en la UCA, una de las materias de la licenciatura). Me limitaba a preparar las series temporales porque los cálculos los hacía Clementina, la computadora del Instituto de Cálculo de la UBA, de cuya existencia yo sabía gracias a mi paso por el CONADE.

[Las regresiones se estimaban sobre series temporales de unas 30 observaciones, cada una de las cuales medía el correspondiente promedio anual. Las resultantes elasticidades precio relativo e ingreso eran, consecuentemente, elasticidades de largo plazo. Por eso casi me desmayé cuando, ya en FIEL, el gerente de ventas de una gran fábrica de vidrio plano de Argentina me dijo que la utilizaba para sus pronósticos... trimestrales. Lo más curioso del caso es que me contactó para felicitarme, por lo bien que la ecuación anticipaba la realidad, ¡cosa que ocurría por pura casualidad!].

No recuerdo haber computado los costos de producción del vidrio plano en Argentina. En cambio el estudio referido a la industria del tractor fue integral: la versión preliminar, publicada por el ITDT en junio de 1966, y firmada por José María, Jorge Meier, Florencio Ballester y yo, una obra en 3 tomos de alrededor de 500 páginas, es una muestra clara de lo que Pastore entiende por investigación. Contiene, por ejemplo, los balances revaluados de las 5 empresas productoras de tractores que existían entonces, esfuerzo seguramente pionero en la materia; junto con una proyección de demanda basada en la estimación del stock óptimo de tractores, con la cual se pronosticó un aumento en las ventas anuales durante 5 años, y una caída posterior, al completarse la modernización del parque existente (como ocurrió en la realidad, hecho acentuado por la disminución del crédito). Ningún otro instituto de investigación participante presentó algo parecido, en ninguna de las reuniones a las que concurrí.

Cuando hacía economía aplicada, Pastore tenía un ojo en el caso en consideración y otro en la posible generalización de lo que iba descubriendo al trabajar sobre un caso específico. Por eso en la Segunda reunión de centros de investigaciones económicas organizada por la Asociación Argentina de Economía Política (AAEP), que tuvo lugar en Mendoza en diciembre de 1965, Pastore y yo presentamos el trabajo sobre vidrio plano y la síntesis del de tractores; y 9 años más tarde, es decir, en la reunión que la AAEP organizó en Córdoba en 1974, presentamos un trabajo referido a cómo estimar correctamente los coeficientes que se necesitan para revaluar los bienes de cambio en un balance, otro subproducto del trabajo de la industria del tractor.

[Sobre la AAEP hablaré más adelante. A raíz de este último trabajo, en 1974 tomé contacto con la computadora de Alpargatas (mejor dicho, con su director de sistemas, el ingeniero Naveiro). Los primeros resultados fueron espantosos, hasta que el programador entendió las ecuaciones. Entonces aparecieron los resultados correctos... y me reconcilié con las computadoras.]

En los Estados Unidos, Dagnino Pastore hubiera desarrollado una destacada carrera en el ámbito académico (al estilo, por ejemplo, de Richard Caves). Los acontecimientos, como relatare más tarde, lo llevaron muy pronto a altísimas funciones públicas, luego de lo cual se dedicó, exitosamente, a la consultoría. Nunca discutimos esto, pero juego plata a que se aburre soberanamente. En el Di Tella escuché hablar de la belleza de Irene María Lipka, la esposa de

José María. Recién pude apreciarla personalmente cuando, trabajando en FIEL, una vez a Any y a mí los Pastore nos invitaron a cenar en su casa.

¿Cómo y qué aprendí trabajando con quien, durante mucho tiempo, tuvo que aclarar que no era Lorenzo Dagnino Pastore, sino su (único) hijo? Primero una palabra sobre el "cómo". Con un profesor y con un jefe se aprende de maneras diferentes, en buena medida complementarias. Con un profesor uno aprende siguiéndole las clases que desarrolla alrededor de un programa más o menos ordenado, leyendo un libro de texto suplementado por artículos, participando en clase. Con un jefe uno aprende haciendo (mejor dicho, ayudando a hacer) y, por sobre todo, viéndolo hacer (Pastore frente al pizarrón de su pequeña habitación del Di Tella, para aclarar algún punto que surgía de la tarea que teníamos entre manos, era un lujo que, lamentable pero irremediamente, sólo era producto de las circunstancias). Cuando uno está en el período de formación profesional, es difícil tener a un jefe mejor que José María.

Por sobre todas las cosas, con él aprendí a evitar el facilismo (algunos mal informados y superficiales creen que porque soy gracioso, no preparo mis clases o mis conferencias). Específicamente, aprendí a pensar y a escribir de manera rigurosa (obsérvese, por ejemplo, que estimamos la demanda por vidrio plano, y no la demanda de vidrio plano). Mis primeros escritos para incorporar en los informes que él presentaba en las reuniones de la Brookings me fueron devueltos retachados, con pedazos reordenados (las ideas hay que presentarlas de a una, y el orden en que se presentan tiene que tener sentido desde el punto de vista lógico), con los "supongo" y "me parece" reemplazados por los correspondientes viajes a la biblioteca para salir de la duda, con el pedido de que cada afirmación esté respaldada por su correspondiente fundamentación (un ejemplo relevante, la demostración correspondiente, etc.), citando los originales (para evitar problemas de interpretación, y al mismo tiempo hacer justicia intelectual), y con el menor uso posible de términos extranjeros, siempre seguidos de su correspondiente traducción al castellano. Pastore ya era un "grande" dentro de la profesión, y seguía chequeando personalmente cada uno de los datos de cada una de las tablas que presentaba en cada uno de los trabajos (jugaría plata a que todavía hoy lo sigue haciendo).

[Porque estoy convencido de que el escritorio de una persona es un reflejo de su cabeza, cuando tengo que "semblantear" a alguien trato de ver el lugar en el que trabaja. El escritorio de Pastore es totalmente congruente con mi hipótesis: limpieza total, ningún adorno, cada cosa en su lugar (quien, durante una entrevista, moviera algo de su lugar, notaría que Pastore trataría de retornar el objeto a su lugar original lo antes posible... a veces, ¡durante el desarrollo mismo de la entrevista!)].

Junto a Pastore también aprendí que no se trata de argumentar con verdades, sino sólo con aquellas que resultan relevantes al punto en consideración. Comencé a dar clases en la UCA, en 1965, cuando fui su ayudante de cátedra de Comercio Internacional, experiencia que relataré más adelante. Al corregir el examen de un alumno me apuntó un error. "Pero lo que dice es cierto, Pastore". "Que 'la bandera argentina es azul y blanca' también es cierto; ¿aprobaría usted a un alumno que hubiera puesto esto por respuesta?". Imposible olvidar la lección.



[Hablando de exámenes, una anécdota del "chicato" José María (a quien alguna vez encontré de rodillas, en su despacho, no rezando sino tanteando para encontrar en el suelo alguno de sus lentes de contacto). Al terminar de tomar un examen fuimos en su Di Tella 1500 ("fifteen hundred", al decir de Carlos Díaz) a la Costanera, para comer algo. No había nadie, excepto un auto estacionado a 45 grados, al que vi de lejos y, suponiendo que José María también lo había visto, no le dije nada (cuando grité era tarde). Del "carrito", furioso salió el dueño del rodado gritando: "¿Sos ciego?". Por dentro yo pensaba... "casi"].

Por último, aprendí que lo primero que hay que hacer con cada uno de los trabajos que se empiezan es... terminarlos. Con un escrito no terminado no se puede hacer nada; a un escrito terminado se lo puede tirar, pero también repensar, dar a leer a un colega, dejarlo descansar en el escritorio... y hasta publicarlo.

[Desde el punto de vista metodológico, a Pastore le debo todo lo que sé. Mi actual estilo de comunicación es decididamente "personal", lo cual no quita que no siga utilizando extensamente ideas básicas que aprendí de José María.]

Hasta aquí lo que yo digo de Pastore. Pero hace muchos años él tuvo la oportunidad de decir públicamente lo que (en ese entonces) pensaba de mí. En efecto, cuando en su edición del 10 de mayo de 1966 Primera Plana le dedicó a FIEL su nota de tapa, José María, entonces su director de investigaciones, dijo: "El licenciado Juan Carlos de Pablo, que puede ser considerado mi hijo, ...". ¡Grande, pa!

. . .

Mi relación con el resto de los ayudantes de investigación del CIE se desarrolló, principalmente, fuera de las horas de oficina (señal de que trabajábamos) y también fuera de Virrey del Pino 3210; pero fueron relaciones académicas, a lo sumo intelectuales, más que "sociales". En efecto, con Nina Mueller, Osvaldo Baccino, Florencio Ballester, Norberto Belozercovsky y Guillermo Viticcioni, sostuvimos vehementes discusiones sobre temas económicos y extraeconómicos donde corresponde, es decir, en restaurantes, bares y confiterías.

Desde el punto de vista gastronómico el CIE no estaba bien ubicado. La mayor parte de los mediodías caminábamos 3 cuadras, para comer sándwiches de milanesa en Freire y Echeverría, frente a la estación Belgrano R. del ferrocarril Mitre. Donde hoy funciona una pizzería, en la primera mitad de la década del 60 operaba un típico "almacen+bar" (más vivienda del dueño, supongo). El almacén abría sobre la esquina, y el bar sobre Freire. En este último no había más de 4 mesas, 2 de las cuales daban a sendas ventanas. Una de estas nunca la pudimos ocupar: estaba "copada" por unos jubilados que leían el diario, tomaban café y

fumaban, mientras intercambiaban soluciones para todos los problemas del mundo. A Ballester le encantaba comenzar a hacer la digestión leyendo en la plaza Castelli, ubicada enfrente del bar.

[La fórmula "almacen+bar" la copiaron con carbónico. Digo esto porque cuando trabajé en FIEL descubrí que Piaggio, en Esmeralda y Sarmiento, tenía la misma estructura. FIEL modificó su horario laboral, adelantando en 15 minutos el corte del mediodía, para que pudiéramos ocupar las escasísimas mesas de Piaggio antes de que salieran a almorzar los empleados de YPF.]

De tanto en tanto almorzábamos en Cabildo. Recuerdo que a comienzos de 1964 un mediodía comimos con Viticiolli en una lechería de Cabildo; y lo recuerdo porque al volver al CIE me sentí mal y me fui a mi casa. Esa noche perdí el apéndice, en la que hasta ahora (1991) fue la única operación que me hicieron.

Cabildo era insuperable cuando terminábamos de trabajar, porque resultaba equidistante, pero más "paquete", que Chacarita. Por eso muchas, muchísimas veces, terminamos el día con Baccino en algún bar de Cabildo. Osvaldo era el más ingenioso utilizador de las matemáticas de todo el grupo (por ejemplo, sabía "descular" las ecuaciones que Harry Johnson había incluido en las notas a pie de página de algunos de sus artículos. Un día uno de los investigadores jefes repartió un trabajo que había terminado de escribir. Luego de leerlo Osvaldo hizo una versión geométrica, que tuve ocasión de reproducir delante del referido investigador jefe. Al tiempo vi incorporada la citada versión gráfica en el trabajo... ¡sin ninguna referencia a Baccino!); y también era el más "trasgresor" de los asistentes, el que contaba los cuentos más atrevidos en presencia de las secretarías. Alguna vez Baccino "amenazó" con traer al Di Tella la trompeta que según decía tocaba en su casa, pero nunca se atrevió. Consecuentemente, nunca supimos si nos perdimos un concierto o si nos salvamos de sus desafinaciones.

[Como es difícil perder el talento, es muy probable que Baccino siga siendo brillante, haga lo que haga (ejemplo: construyó el índice de precios de inmuebles que computa Giménez Zapiola).]

Con Baccino y con Belozercovsky, algunos sábados por la tarde nos reuníamos para analizar trabajos de economía (ejemplo: capítulos de Economic Dynamics de Baumol). Uno de dichos sábados, en un bar cercano a la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, los 3 estábamos argumentando. Para ilustrar su punto de vista Baccino sacó uno de los pequeños papelitos que en aquella época, dentro de vasos, hacían las veces de servilletas, y que los mozos separaban haciendo girar un vaso dado vuelta sobre la pila de papelitos, y luego colocaba en los vasos con una de las puntas hacia arriba (estoy hablando de antes del actual servilletero con resorte en el fondo, mucho más higiénico que los referidos papelitos). Como no

le alcanzó sacó un segundo papelito. No pudo sacar el tercero porque para ese entonces el mozo, sin decir nada, había quitado el vaso de la mesa.

El Belozercovsky que conocí en Di Tella también merece un párrafo. De todos los ayudantes de investigación, Norberto era el único casado. Según su rostro, y particularmente su mirada, era la calma total. Un problema de pulso le hacía trazar con forma de serrucho la recta de 45 grados del más elemental gráfico de macroeconomía. Gran fumador, vestía de manera impecable. Concedor de mi obsesión por la recuperación de los libros prestados (que inevitable e irreparablemente me ha costado algunas amistades), cuando a mediados de 1965 fui a saludarlo a su casa, en vísperas de su viaje de estudios a Chicago, en cuanto me vio me aclaró que había arreglado la devolución del libro... acertando con el hecho que esa visita mía era totalmente interesada. Con Belozercovsky discutimos si Gerakis le había sacado todo el jugo posible al diagrama de caja de Edgeworth (ver Gerakis, A.: "A geometrical note on the box diagram", Economica, 28, 111, agosto de 1961). Volvimos a trabajar juntos en FIEL, cuando regresé de Harvard en julio de 1968.

A una de las secretarias, de llamativo físico (aún en 1991, en ese momento más), le encargaron traducir un artículo de Harry Johnson. Mientras hizo la traducción, vino a consultarme varias veces por día. Muchos en el CIE, que sabían que su inglés era mejor que el mío, dedujeron que su conducta perseguía algún otro fin. Pero yo no fui uno de ellos (quizás porque en ese entonces mi vida sentimental apuntaba los cañones hacia otras mujeres), y recién muchos años después -por una amiga que tenemos en común- supe el por qué de tan frecuentes consultas idiomáticas. Cada tanto la veo, y cuando recordamos el episodio hacemos lo único que nos queda: sonreír.

. . .

Desde el punto de vista de la exposición de un joven estudiante de economía al mundo académico nacional e internacional, había muy escasos lugares en Argentina -que yo sepa ninguno en Buenos Aires- como el Di Tella en la época en que yo trabajé allí. Potencialmente dicha exposición era infinita; y resultaba determinada sólo por la medida en que uno la utilizaba (dada mi timidez de entonces, aproveché principalmente aquellas oportunidades en las cuales no había necesidad de ser protagonista).

[Cuando uno es ayudante de investigación, si con el propio jefe aprende viéndolo hacer, con el resto de los investigadores jefes, así como de los visitantes, uno aprende de manera más indirecta aún. Lo cual no quiere decir que uno aprenda poco.]

La mencionada exposición tenía componentes formales e informales. En el plano formal destaco la biblioteca (y particularmente la hemeroteca) del CIE, así como los seminarios y congresos que se organizaban en Virrey del Pino.

La hemeroteca del CIE recibía suficientes revistas técnicas (journals) como para que yo pudiera tener en mis manos por lo menos una nueva cada semana (en el CONADE sólo había conocido un par de ellas, ambas en castellano: Desarrollo económico y El trimestre económico). En Harvard aprendí a leer los journals, pero esto me hubiera costado mucho más si en el Di Tella (y luego en FIEL, antes de ir a estudiar a los Estados Unidos) no me hubiera acostumbrado a hojearlos, familiarizándome con apellidos, cuestiones en debate, gráficos y ecuaciones. Conozco la American economic review desde la época en que se imprimía a una sola columna, que era la época en que el Journal of political economy se imprimía a 2 columnas. Prefería revistas como Kyklos, porque muchos de sus artículos me resultaban razonablemente comprensibles (los escritos en inglés; también publican en alemán, que para mí es como si publicaran en japonés), pero nunca pasé de la tapa de Econometrica y del Journal of economic studies (el International economic review, así como el Journal of economic theory, más complicados aún, estaban totalmente fuera de mi alcance o ni siquiera habían nacido).

[Siempre me llamó la atención la simultaneidad de los cambios contrapuestos en la diagramación del AER y el JPE. En efecto, la AER se imprimió a 1 columna hasta 1968, en tanto que el JPE se imprimió a 2 hasta 1967. Revistas como Economica, Oxford economic papers o Economic journal lucen hoy exactamente como hace por lo menos 30 años (a lo sumo aumentaron la frecuencia con que se publican). Frente a mi insatisfacción con la tapa de Indicadores de Coyuntura de FIEL, Eduardo Luis García, su primer presidente, solía puntualizar que "las revistas serias no cambian la tapa; en todo caso mejoran el contenido".]

En los seminarios y congresos organizados en el CIE conocí personalmente a algunos que ya eran "grandes", y a otros que con el tiempo llegarían a serlo. Adolfo Canitrot y Alieto Guadagni eran los investigadores jefes que, con preguntas o reflexiones, más participaban en las reuniones (¿o eran quienes, participando, hacían mejor uso del humor y/o la ironía?). Sus posteriores trayectorias profesionales confirmaron mis expectativas de entonces: Canitrot y Guadagni integran la selecta minoría de economistas a los que les presto atención cuando hablan o escriben (como Francisco García Olano en la UCA, Guadagni me impactó vivamente cuando desde la titularidad de la Secretaría de Energía, en materia de gas hizo lo que como economista siempre dijo que había que hacer. Por eso titulé "El funcionario Guadagni aplica lo que el profesor Guadagni enseña" el reportaje que le hice para Cronista, reproducido en La economía que yo hice - volumen II (El Cronista Comercial, 1986).

Un par de conferencias dictadas por economistas que no pertenecían al Instituto recuerdo particularmente: la de Adalbert Krieger Vasena, a la cual los ayudantes asistimos obligatoriamente para hacer número, por falta de interés de los investigadores jefes (3 años más tarde Krieger sería "el" ministro de economía de la década de 1960); y la de Carlos Moyano Llerena, quien llenó el salón de conferencias pero, dejando de lado la disposición corriente de las sillas, frente al pizarrón, se sentó en un sillón en medio del salón, generando un semicírculo a su alrededor. Como en la UCA, en el CIE Moyano dicotomizó a la audiencia: algunos estaban muy a su favor, otros muy en contra. Habló de temas de actualidad, y frente a un comentario suyo, Petrecollla le dijo que al respecto en el CIE había habido una iniciativa, que

no había prosperado. Con la velocidad del rayo Moyano acotó: "El problema de Argentina es que tiene mucha iniciativa y poca terminativa".

Quien exponía en los seminarios presentaba su obra en una única sesión, normalmente de un par de horas de duración. Pero cuando en abril de 1965 "los Mantel" (Rolf y Ana María, quien como no es "de nadie" firma Ana María Martirena-Mantel) regresaron a Argentina, en el CIE se organizó un conjunto (habrán sido 4, o media docena) de reuniones, después de comer, para que Rolf explicara su tesis doctoral, recientemente aprobada en la Universidad de Yale. Mantel es genial como pensador pero no como expositor, encima de lo cual hablar de la prueba rigurosa de la existencia del equilibrio general competitivo, nunca es tema fácil... y para peor, ¡después de comer! No entendí nada, y siempre me quedó la sensación de que, de los presentes, la única persona que le seguía el razonamiento era... su mujer.

[El matrimonio Mantel fue recibido por el CIE luego de estudiar en los Estados Unidos, cuando la Universidad de Buenos Aires -entidad que le costó los estudios- no los quiso absorber como profesores e investigadores. Exactamente lo mismo que le ocurrió a Diéguez, hecho que este último hizo público en una famosa carta abierta dirigida a José Antonio Gomariz, entonces decano de la FCE de la UBA. Por sugerencia de su departamento de economía (famoso por no regalar nada, como lo pudo comprobar Raúl Prebisch), la Universidad Nacional de Tucumán le otorgó a Rolf un doctorado honoris causa a fines de octubre/comienzos de noviembre de 1988.]

Muy probablemente en 1964, de lo contrario en algún momento del primer semestre de 1965, el CIE organizó un congreso internacional sobre algo así como "aspectos financieros del desarrollo". Durante el evento no tuve más remedio que aprender inglés, porque la secretaria que habían designado para traducir oración por oración hacía su trabajo de manera tan desastrosa, que pocos minutos después de comenzado el congreso se convirtió en "monodiomático". Ahí conocí personalmente a uno de los integrantes -no recuerdo cuál- de "Gurley and Shaw", pareja que en ese momento se había hecho famosa por haber publicado un libro sobre dinero interno y externo (diferenciación que nada tiene que ver con el comercio internacional); al mexicano Leopoldo Solís, inconfundible por su guayabera; y a Adolfo César Diz.

Este último hizo el comentario del trabajo presentando por Gurley (¿o por Shaw?). Por su rigor y meticulosidad, el referido comentario resultó lo más impactante del congreso (que estas características de Diz no son accidentales, lo puede advertir cualquiera que lea su Oferta monetaria, Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, 1975). Comenzó detallando los errores tipográficos del escrito presentado, pasando luego a sus comentarios referidos al contenido del trabajo. Transcurriría más de una década hasta que, cuando él ya era presidente del Banco Central, nos volvimos a encontrar.

[Desde el punto de vista de la comunicación, el de Diz no fue un buen método. Porque del episodio que estoy relatando recuerdo su contundencia, no su mensaje. Si hubiera querido privilegiar la comunicación, tendría que haber circunscripto la versión oral de su comentario a

sus observaciones sobre el contenido del trabajo, dándole al autor una copia del escrito, con las correcciones tipográficas. A menos que su propósito fuera, como algunas veces me ocurrió a mí, demostrarle "a un gringo" que los argentinos no somos indios con plumita, por lo que mejor que no nos subestime al presentar un trabajo en Argentina. Luego de la lectura de la versión preliminar de este capítulo, Diz me aclaró que, efectivamente, por esto último hizo lo que hizo.]

Dije antes que en el CIE uno se enriquecía con los contactos formales y con los informales. Sobre estos últimos, y porque "estuvieron ahí" cuando los necesité, recuerdo encuentros con Carlos Díaz, Guadagni, Robert Ferber y Arnold Harberger. Díaz me alentó a estudiar en el exterior, y me aconsejó enviar solicitudes de ingreso a muchas universidades ("luego, entre las que te aceptaron, elegís"); Guadagni me calmó cuando, acuciado por mis escrúpulos de entonces, pensaba que ganaba mucho dinero en el CIE en función de la poca utilidad práctica de las investigaciones que llevábamos a cabo ("usted ahora está haciendo los trabajos prácticos; ya le va a llegar su hora"); en tanto que Ferber dijo una mentira piadosa, para no deprimirme, cuando al preguntarle sobre mi inglés apuntó "few errors" (pocos errores), cuando era claro que era muy deficiente.

La anécdota con Harberger es la siguiente: al presentar un trabajo en uno de los seminarios del CIE, dijo algo así como "dados estos números, la tasa interna de retorno (TIR) del proyecto es 15%". Yo sabía de la existencia de la TIR, pero ningún profesor me la habían hecho calcular alguna vez, a partir de un ejemplo numérico. Como Harberger habla castellano (está casado con una chilena), al otro día lo vi en el corredor del primer piso del CIE y me animé a decirle que yo no sabía cómo se calculaba la TIR de un proyecto. Postergó todo lo que tenía que hacer, se sentó en el escritorio más cercano, tomó papel y lápiz y me explicó. El era un "grande", yo un "ratón"; pero como en el fondo es un gran maestro, Harberger no dejó pasar la oportunidad de enseñarle algo a alguien.

[Algún día América Latina va a reconocer todo lo que Harberger hizo por elevar la calidad de los economistas de esta parte del Globo. Asistí a un curso que dictó en CEMA, cuando a fines de la década de 1970 la institución funcionaba en Uruguay, entre Tucumán y Viamonte. Harberger tiene esa rara mezcla de profundidad en el análisis y sencillez en la explicación, todo presentado en atractivo envase, tan proclive a ser subestimada por los superficiales. Su presentación de los impuestos que afectan un mercado, como una cuña que se introduce entre las curvas de oferta y demanda, siempre me pareció brillante. Los ejemplos que usa en sus presentaciones son difícilmente olvidables.]

Díaz Alejandro merece más de un párrafo en esta obra. Quien volvía locos a muchos de los que pretendían citar alguno de sus trabajos, porque no sabían si Alejandro era nombre o apellido, nació en Cuba y estudió economía en el Instituto Tecnológico de Massachussets (MIT), donde se doctoró a los 24 años. Obligado por las circunstancias a hacer carrera académica en los Estados Unidos, fue profesor asociado en las universidades de Yale y Minnesota, y retornó a Yale como profesor titular cuando sólo contaba 32 años (récord hasta

ese entonces). En 1984 pasó a la Universidad de Columbia, donde el 3 de junio de 1985 recibió simultáneamente ofertas para ser profesor titular en Princeton y en Harvard. Tengo entendido que pensaba optar por Harvard, pero no pudo hacerlo porque falleció el 17 de julio de 1985, un día antes de cumplir 48 años. De los economistas notables, Carlos es la única víctima fatal de SIDA que conozco; y por si le interesa, no fue precisamente por una transfusión de sangre.

En el comentario bibliográfico a sus Ensayos, publicado en Desarrollo económico, 15, 59, octubre-diciembre de 1975, propuse designarlo "argentino honoris causa", por todo lo que nos enseñó con los 2 libros que escribió sobre la economía argentina (Exchange rate devaluation in a semi-industrialized country: Argentina, 1955-61, The MIT press, 1965 -traducido al castellano por el instituto Torcuato Di Tella-; y Essays on the economic history of the Argentine Republic, The MIT press, Cambridge, 1970 -traducido al castellano por Amorrortu-). Estos libros (particularmente el primero) causaron gran impacto, porque mostraron la aplicación rigurosa del análisis económico moderno a un tema relevante y actual (¡en un libro publicado en 1965 se podía encontrar una explicación entendible de los hechos ocurridos en el periodo 1955-61!), encima utilizando una forma de escribir muy amena, por la que algunos lo llamaban "el Galbraith del Tercer Mundo".

¿Cómo fue que un cubano que estudiaba en los Estados Unidos, se interesó tanto por Argentina? Porque cuando estaba terminando sus estudios en el MIT, buscando tema de tesis bajo la tutela de Charles Kindleberger, se interesó en encontrarle una explicación al hecho de que, contrariamente a lo que entonces esperaban los economistas, luego de algunas devaluaciones se habían producido recesiones y no aumentos en el producto bruto. Tuvo ante sí las alternativas de estudiar los casos de México y Argentina. "Elegí Argentina porque tenía mejores estadísticas" (hizo su tesis doctoral sobre nuestro país sin haberlo conocido, ya que se la aprobaron en setiembre de 1961 y recién conoció Argentina en setiembre de 1963. El referido libro de 1965 es una versión revisada de su tesis, versión que completó luego de trabajar algún tiempo en el Di Tella).

Tuve la enorme fortuna de mantener una estrecha -intensa, pero durante períodos muy breves- relación con Carlos Díaz, desarrollada a lo largo de un par de décadas. La cual, como acabo de decir, comenzó en el CIE. Nos volvimos a ver a fines de 1976 en el Instituto para la Integración de América Latina (INTAL), donde trabajó como consultor en un proyecto que me encargaron, y en cuanto congreso internacional participé (como el de Río de Janeiro en octubre de 1979, el de Ramat-Gan en mayo de 1980, el de México en marzo de 1981 y el de Toledo en mayo de 1984; lo encontraba siempre porque a un congreso de economía aplicada, particularmente referido a América Latina, le faltaba "algo" sin Carlos), así como buena parte de las veces que pasó por Argentina (entre diez y quince visitas hasta que lo entrevisté para Cronista el 12 de agosto de 1982).

Además nos carteamos, adjuntando trabajos. En su última carta, fechada el 4 de marzo de 1985, Carlos Díaz me dijo textualmente: "fuentes que deben estar bien informadas me cuentan que el artículo publicado por La Nación a la firma del tratado Roca-Runciman fue escrito por R. Prebisch, aunque lleve la firma del corresponsal de LN en Londres. ¿Puedes enviarme una copia?". Le envié una fotocopia de la tapa de la edición del 2 de mayo de 1933, día posterior al de la firma del tratado, donde se publicó un extenso artículo bajo el título

“Logro la Argentina un trato igualitario en materia de carnes, el `statu quo' arancelario para sus principales exportaciones y un arreglo satisfactorio sobre carnes”. Oficialmente "los expertos de la misión fueron autorizados a hablar extensamente con el corresponsal del mencionado diario". ¿Era esto, como supuso Carlos Díaz, un eufemismo para esconder la pluma del propio Prebisch? Nunca se lo pregunté al presunto protagonista, pero el atractivo texto bien puede ser de don Raúl (el calificativo de "perito financiero" aparece en el artículo citado).

[Lo es. En efecto, el referido texto figura bajo el número 59, y el título "El convenio con Gran Bretaña", en: Raúl Prebisch: Obras, 1919-1948, Fundación Raúl Prebisch, 1992, vol. 2, pags. 102-108.]

Hay "grandes" de personalidad poco atractiva (muchos de los fanáticos de la música de Richard Wagner no lo quisieran tener de vecino, cuñado o deudor), así como hay mucha gente personalmente atractiva que no aporta ideas. Carlos Díaz combinaba sabiduría y personalidad encantadora. Por eso, el día en que me enteré de su fallecimiento escribí lo siguiente: "Cuando charlábamos con Carlos, en Ezeiza compartiendo una gaseosa al no encontrar cerveza, o en Toledo compartiendo un coñac, a los pocos minutos de hablar lo que nos había reunido (el hecho de ser ambos economistas) dejaba paso a lo verdaderamente importante, y nos poníamos a hablar de la vida misma, y de qué había que hacer para que no nos pasara por encima (por años mantuvimos conversaciones a raíz de que su padre, como mis familias paterna y materna, son de origen español... en términos que no dejan bien parados a quienes nacieron en la península Ibérica). Carlos Díaz murió como vivió: soltero, sin matar o dejarse matar por sus ideas, absolutamente accesible por parte de cualquiera y de notable sencillez de costumbres". Ilustré la nota que publiqué en Cronista (reproducida en Escritos seleccionados 1981-88, Ediciones Macchi, 1989) con una fotografía de él tomada en agosto de 1984, vistiendo el muy probablemente único traje que tenía, y un pulóver en cuyo centro había un poderoso agujero, foto que conservo en mi colección personal.

[De su fallecimiento alguien me avisó por teléfono al Cronista, y de inmediato preparé la correspondiente nota. Esa noche me fui del diario poco después de las 20, porque había función en el Teatro Colón. Los encargados de la edición no sabían si publicarla o no, porque no había llegado ningún cable confirmando la noticia, y no querían pasar un papelón. Desesperados, llamaron a la universidad de Columbia, donde le confirmaron la triste nueva. Al otro día Héctor Diéguez me llamó para decirme que el tenor que le di a mi artículo era exactamente igual al que él le hubiera dado].

En agosto de 1986 el Instituto Wider organizó en Helsinki, Finlandia, un congreso en su honor, al cual tuve la enorme satisfacción de ser invitado. Pude escuchar las sentidas (claro que en sentido anglosajón) palabras de Kindleberger, al referirse a uno de sus más distinguidos ex alumnos, y además de lo que aprendí desde el punto de vista académico, durante tres días me junté con "el espíritu de Carlos Díaz", según el cual ninguna discrepancia en el plano de las ideas es suficientemente importante como para empañar una amistad personal. Carlos, amigo



de todos, nos obligó a convivir a personas que, sin él, no nos hubiéramos siquiera saludado. Publiqué mis impresiones del congreso en Cronista el 4 de setiembre de 1986, en tanto que los trabajos presentados en el mencionado congreso fueron publicados en: Findlay, R.; Kouri, P.; Calvo, G. y de Macedo, J.: Debt, stabilization and development, Basil & Blackwell, 1989.

El prematuro fallecimiento le impidió a Díaz Alejandro concretar un proyecto que mientras vivió había liderado, junto con Max Corden, Richard Cooper e Ian Little: un análisis comparativo de las vicisitudes macroeconómicas de dieciocho países en vías de desarrollo durante el período 1965-1985, con apoyo del Banco Mundial. Por su sugerencia, me encargaron la confección del tomo dedicado a Argentina, labor que encaré con Alfonso J. Martínez. Cuando me enteré de esto no había forma de agradecerse en la Tierra, pero siempre consideré un honor que me hubiera elegido para escribir una obra que tiene la pretensión de continuar la suya, y que de haber vivido hubiera enriquecido muchísimo (la versión en inglés, titulada Argentina: a successful case of underdevelopment process, Banco Mundial, mimeo, existe desde 1989; la versión en castellano -confío- verá la luz antes de que termine el siglo XX)<sup>3</sup>. No es de extrañar que el trabajo esté dedicado a su memoria.

. . .

Casa por medio sobre Virrey del Pino, en el 3230, en un inmueble que ya no existe, en 1964 o 1965 comenzó a funcionar el CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas) del Di Tella. La casera del CIS, a quien -contrariamente a lo que le ocurre a muchos- la falta de dientes no le impedía reírse, ofreció preparar almuerzos los cuales, a la luz de las alternativas gastronómicas antes apuntadas, tuvieron gran éxito. Como consecuencia de lo cual una misma mesa era compartida por investigadores jefes, ayudantes y secretarias, tanto del CIE como del CIS, una buena oportunidad para escuchar y aprender.

De los del centro de sociología recuerdo particularmente a (¿Darío Cantón?), quien por ese entonces acababa de publicar un libro de versos, cuyo sutil comienzo decía textualmente (a propósito de la realidad nacional, supongo): "Los atributos del sexo, hinchados, nos dolían". Dicha realidad nacional, y particularmente el gobierno de Illia, entonces presidente de la Nación, era el tema de conversación favorito. Mi recuerdo al respecto es nítido: todo estaba mal, todo era un desastre (incluyendo la Universidad de Buenos Aires, y particularmente los cursos dictados por Juan José Guaresti h.), los únicos que sabíamos éramos los del Di Tella (los investigadores del CIE que colaboraron con Néstor Salimei, primer ministro de economía del gobierno de Onganía, durante el segundo semestre de 1966, comprobaron en carne propia que es mucho más difícil lograr objetivos que criticar). La excepción a esta postura era... Dagnino Pastore, quien apuntaba que en el planteo macroeconómico de corto plazo los radicales habían conseguido algunos logros. Aprendí de José María que siempre hay que comenzar por los hechos, antes de emitir opiniones.

---

<sup>3</sup> Mucho más completa de lo que imaginé cuando escribí este párrafo, La economía argentina durante la segunda mitad del siglo XX recién fue publicada en 2005.

[Almorzando el 16 de octubre de 1992, luego de leer la versión preliminar de este capítulo de la obra Adolfo Canitrot aportó su visión "de grande" sobre la misma realidad. "Nos veíamos como una élite intelectual, no comprendida por la sociedad. Terminamos haciendo desarrollos separados, no como grupo".]

Trabajar en el Di Tella implicó un "salto cualitativo" en mi proceso de aprendizaje, de los varios que tuve en mi vida. Junto a lo cual desarrollé amistades y relaciones que hoy, casi 3 décadas después, son cada día más sólidas. Pastore, los Mantel, Canitrot, Guadagni, Petrecolla, Brodersohn, son desde hace mucho colegas míos, y sin embargo, al no poder olvidar que hoy sus hijos tienen la edad que yo tenía cuando ellos me conocieron, una porción de uno de mis ojos los sigue mirando con el respeto con que aquel muchachito los miraba en Virrey del Pino, a mediados de la década de 1960 (esta "magia" que permanece cuando uno se sienta al lado de quien, para uno, en el pasado fue "de los grandes", explica el asombro que les causa a algunos de mis ex alumnos, cuando les pido que me expliquen en qué andan, porque de eso seguramente que saben más que yo).

Perdí contacto con los otros ayudantes del Di Tella, excepto Viticcioni, así como con el resto del personal del CIE, excepto con Carmen de Azar, a quien veo en IDEA, y con Alba Venturini, secretaria del presidente del CIDEA, una de las empresas clientas de Depabloconsult. A la ex secretaria de Pastore la encontré en 1991 caminando por Corrientes, y se asombró cuando no solamente la reconocí, sino que la llame por su nombre.

Cuando a mediados de 1965 Pastore dejó el CIE para hacerse cargo de la dirección de investigaciones de la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL), que se acababa de crear, me invitó a acompañarlo. Respondí afirmativamente, a lo "boy scout", sin prestarle atención a las condiciones que me ofrecía, entre las cuales estaba el pasar de la seguridad de una beca en el Di Tella, al primer turno de las de FIEL... una vez que la institución consiguiera los fondos. Hoy, como entonces, pienso que mi traslado a FIEL fue una decisión correcta.

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

15

### FIEL

A comienzos de 1964 la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, la Cámara Argentina de Comercio, la Sociedad Rural Argentina y la Unión Industrial Argentina, decidieron aunar esfuerzos para realizar estudios de economía aplicada, complementarios de las tareas que desarrollaban sus respectivos departamentos de economía. Así fue como nació la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL), la entidad donde, como asalariado, pase más tiempo de mi vida (una década, que termina a fines de 1975).

En el acto de lanzamiento formal de la institución que para algunos iba a ser "la CEPAL del sector privado", que tuvo lugar el 21 de diciembre de 1964, su primer presidente, Eduardo Luis García, dijo textualmente: "Esta ambiciosa empresa, de vastas proyecciones, es la contribución del sector privado al esclarecimiento de los grandes problemas económicos y sociales, cuya complejidad y rápida evolución requieren seria, objetiva y permanente atención".

[Tanto en cuanto al objeto como al estilo de sus investigaciones, es notable el parecido que existe entre FIEL y la Fundación Mediterránea (FM), fundada en Córdoba en 1977. La diferencia institucional que, inicialmente al menos, existió entre ambas instituciones fue que, desde el punto de vista de su financiamiento, mientras FIEL fue apoyada por entidades empresarias y la Fundación Ford, la FM lo fue por empresas individuales.

Coronando una serie de desencuentros, en junio de 1991 la UIA se retiró de FIEL, por discrepar con algunas expresiones de Daniel Artana, uno de sus economistas jefes. Teniendo que optar entre recibir "instrucciones" de una de sus entidades fundadoras y la "libertad académica", FIEL eligió ser un instituto de investigaciones. En el plano financiero FIEL no lamentó el retiro de la UIA, porque como consecuencia de él recibió una avalancha de incorporaciones de empresas individuales.]

El sentido de la fundación de FIEL surge claramente cuando se piensa en qué consistían los estudios de economía aplicada en Argentina a comienzos de 1965. En el plano del análisis de los indicadores macroeconómicos de corto plazo sólo existían los referidos Informes de coyuntura trimestrales, publicados por el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), liderado por Aldo Ferrer, y Panorama de la economía argentina, también trimestral, publicada por Carlos Moyano Llerena (recuérdese que en aquella época el Banco Central estimaba las cuentas nacionales con frecuencia anual; la trimestralización de las estimaciones oficiales del PBI comenzó en la época de Krieger Vasena. A propósito; ¿no fue uno de los aportes de las mencionadas publicaciones privadas, realizar las estimaciones pioneras de las cuentas nacionales con frecuencia trimestral?). Quienes pretendían "estar en la onda" leían Economic survey, semanario a 2columnas impreso en papel verde entonces dirigido por el temido Rodolfo Katz, a quien nunca conocí personalmente, pero de quien ahora pienso que era mejor analista de lo que se decía en ese momento (recuérdese lo despectivo que entonces se era con todo aquel que no incluía alguna ecuación en sus trabajos); mientras que en el plano de los estudios no periódicos se destacaban las descripciones de países que elaboraba la OECEI (instituto que dependía de la Fiat), verdaderos compendios de geografía económica, así como los trabajos del CONADE, el Consejo Federal de Inversiones (CFI) y el Di Tella.

Ingresé a FIEL el 15 de julio de 1965, el mismísimo día en que la institución comenzó efectivamente a funcionar, y renuncié el último día de diciembre de 1975. Mi permanencia tuvo 2 baches: el primero, de mediados de 1966 a mediados de 1968, cuando estudié en Harvard; y el segundo, de mediados de 1969 a mediados de 1970, cuando trabajé en el Ministerio de economía, acompañando a Dagnino Pastore en su primera gestión ministerial. En rigor hubo un tercer bache, cronológicamente anterior a los otros 2, debido a que entre marzo y julio de 1966 hice el servicio militar. De Harvard ya hablé; de la "colimba" y de mi pasada por el Ministerio de economía hablaré más adelante.

Dado lo que quiero describir, conviene dividir mi paso por FIEL en 2 épocas: la primera, desde el inicio de la institución hasta que me fui a Harvard, bajo la dirección de Pastore; y la segunda, desde mi regreso de Harvard hasta que renuncié, bajo la batuta de Pascual Santiago Palazzo. Como ambas épocas se desarrollaron en el mismo lugar físico, comenzaremos por la pertinente descripción de los ladrillos.

. . .

Durante sus primeros 2 o 3 meses de existencia, FIEL funcionó en un par de oficinas que en su edificio de Leandro N. Alem 36, le facilitó la Cámara Argentina de Comercio. De dicho período lo que recuerdo es haber utilizado alguna vez el comedor de la Cámara.

En la mañana de un lunes nos mudamos al cuarto piso de Esmeralda 320, sede de FIEL durante su primer cuarto de siglo de vida (el espacio fue cedido por su propietaria, una empresa patrocinante de FIEL. ¿La compañía de seguros Sudamérica?). Por una puerta vidriada, de 2 hojas, ubicada en la mitad del piso -el frente del edificio queda a la izquierda de la entrada a cada piso- ingresamos en lo que hoy denominaríamos un loft rectangular, es decir, un espacio

totalmente abierto, que luego se dividió utilizando mamparas (algunas de piso a techo, otras no. Durante muy poco tiempo pudimos ver simultáneamente las ventanas del frente y el contrafrente).

Luego de las mencionadas divisiones, las instalaciones de FIEL quedaron estructuradas en 3 cuerpos: el que daba al frente del edificio, el central, y el recostado sobre el contrafrente. Sobre el frente había 3 oficinas: la del Consejo, la del director de investigaciones (inicialmente Pastore) y la del asesor general (inicialmente Juan Alemann), en tanto que sobre la pared que daba a Corrientes había un par de oficinas más, una de las cuales ocupaba un muchacho, cuyo apellido no recuerdo, dedicado a la abogacía, y la otra -en la era Pastore- yo. En el resto de la parte de adelante del piso, con mamparas que no llegaban hasta el techo, terminó habiendo (¿10?) cubículos donde trabajaban los asistentes (al comienzo los escritorios de los asistentes no estaban separados entre sí por mamparas).

La parte central, a la que como dije uno accedía cuando llegaba a FIEL desde la calle, estaba formada por un hall de entrada, donde trabajaba la telefonista, y -mampara de vidrio mediante- 6 escritorios, ubicados en 2 filas de 3 escritorios cada una. Durante la era Palazzo, en el del medio de la segunda fila se sentaba Mario Requena, gerente administrativo de la institución, y delante de él trabajaba su asistente, Inés Obarrio primero, y luego "Arantxi" Echart (hermana de María, una de las economistas). El resto de los escritorios era ocupado por dactilógrafas (nadie, ni siquiera el director, tenía secretaria personal), entre las que recuerdo a Silvina Martínez Pieres en la era Pastore, y a Silvia Marmolejo, Carmen Calviello y Diana Alizeri en la era Palazzo (Carmen jura haberme visto en uniforme militar, y que su primer trabajo en FIEL fue dactilografiar mi curriculum para presentar en Harvard, pero yo la recuerdo recién luego de mi regreso de Estados Unidos).

Quizás se pueda probar con fuerza de teorema la siguiente afirmación, de la cual estoy convencido: hay más diversidad de personalidades entre las telefonistas que dentro de cualquier otra ocupación. Por lo pizcueta, imaginativa y trasgresora, entre las telefonistas de FIEL recuerdo a María Tiscornia, protagonista de mil anécdotas entre las cuales destaco la siguiente: un día un hombre llama a FIEL, preguntando por Palazzo, su director. Atiende María, quien formula la pregunta de rigor: ¿de parte de quién? De Eduardo Luis García (¡el presidente de la institución!). Sin dudar un instante María le contestó: "¡qué vas a ser vos ese gordito pelado!". Era. Tal como era de esperar, no perdió el puesto.

Por último, sobre el contrafrente, funcionaban la biblioteca (con estantes que se podían mover con ayuda de un motor eléctrico, lo cual ahorra mucho espacio porque requiere lugar sólo entre los estantes que en cada momento se necesitan. Cuando se cortaba la luz los estantes se podían mover a mano de modo que, aunque con mucho mayor esfuerzo, se podía seguir trabajando); el salón de lectura, reuniones y conferencias; otras 2 oficinas (una de las cuales, en la era Pastore, ocupó el matemático Pedro Jesús Fernández); la habitación destinada a preparar las estadísticas y mantener el banco de datos (con la tecnología de entonces, el banco de datos era un conjunto de papeles bien ordenados), donde Eduardo Cairati, quien ingresó en FIEL porque lo conocí accidentalmente mientras hacíamos cola en Núñez, para anotarnos en los cursos de estadística y matemáticas, utilizaba calculadoras iguales a las que había visto en CONADE y en el Di Tella; y la salita donde funcionaba el mimeógrafo, más moderno que el

del Di Tella porque era eléctrico y tenía contador de copias. Un día las paredes de la pieza del mimeógrafo aparecieron forradas con fotos de mujeres desnudas, y poco tiempo después "alguien" pegó cartelitos que decían que "lo esencial es invisible para los ojos". Lo que decían los cartelitos no me molesto; pero sí, y mucho, lo que tapó quien pegó los cartelitos.

Con Fernández formamos la primera dupla de becados al exterior por FIEL (Pedro estudió matemáticas en Berkeley). A pesar de sus excelentes calificaciones, la situación económico-financiera de FIEL le impidió volver a la institución que lo becó, al completar su doctorado. Es más, Fernández ni siquiera regresó al país. Como en el caso de Miguel Angel Broda, en su regreso a Argentina desde los Estados Unidos "hizo noche" en Brasil, y Fernández permaneció en dicho país desde entonces y Broda durante una década. Frida Johansen, economista asistente durante la era Pastore y economista jefe con Palazzo, dejó FIEL para trabajar en el Banco Mundial, en Washington, donde todavía lo hace. A Fernández lo veo, muy de tanto en tanto; de Frida tengo referencias (excelentes, tal como era de esperar), pero no nos hemos visto más.

[A fines de la década de 1960 y comienzos de la de 1970 Brasil hizo un enorme esfuerzo por atraer talento académico extranjero, con el fin de elevar el propio. El esfuerzo implicó buenos salarios y facilidades para los investigadores. Con el correr del tiempo dicho esfuerzo fue abandonado, y los académicos tuvieron que dedicarse a otras tareas para poder llegar a fin de mes (ejemplo: consultoría).]

A los ojos de alguien que venía del Di Tella, entonces, en el plano de las instalaciones FIEL presentaba aspectos novedosos. Las mamparas le otorgaban flexibilidad a la estructura de las oficinas, los estantes móviles de la biblioteca solucionaban imaginativamente un problema de espacio que de otro modo hubiera resultado muy serio, en tanto que el mimeógrafo eléctrico y con contador implicaba una importante mejora en comodidad.

[La ausencia de computadoras en FIEL fue puntualizada por Primera Plana, cuando el 10 de mayo de 1966 le dedicó a la institución su nota de tapa. Pero; ¿quién pensaba en computadoras en aquella época? Al lector que quiera reconstruir en su mente el estado de la cuestión en aquellos años le recomiendo leer la edición publicada en 1965 del Economic theory and operations analysis, de Baumol, quien en un libro de texto incluyó un capítulo final, dedicado a la naciente computación, donde figuran hasta los precios (de venta y de alquiler) de los equipos entonces existentes. La computación no había llegado a FIEL cuando renuncié en 1975; por eso la referida investigación sobre revaluación de bienes de cambio se hizo en la computadora de Alpargatas.]

Ingresar en FIEL implicó volver a movilizarme a lo largo de la línea del oeste (tren hasta Once, subte "A" hasta la estación Piedras). Tomar el tren en Once, y no en Flores como lo hice mientras trabajé en Di Tella, implicó poder dormir una siesta a eso de las 6 de la tarde (contadísimas veces, por estar dormido, seguí viaje hasta Merlo, la estación siguiente a Padua),

porque si bien para el transporte era "hora pico", uno podía viajar sentado sí, como en mi caso, tenía la paciencia de esperar el tren siguiente. Es que, como ya mencioné cuando hablé de Liniers, durante el gobierno de Onganía la intervención militar en los ferrocarriles introdujo un sencillo pero utilísimo mecanismo: un palo blanco a cierta altura de cada vía hacía posible que los trenes pararan siempre en el mismo lugar, al tiempo que una "T" pintada sobre cada andén, con la porción vertical algo ladeada, permitía la formación de una cola de doble fila delante de cada puerta. Afortunadamente en esto hubo continuidad, ya que el sistema siguió en uso luego del retorno a los gobiernos elegidos en las urnas.

En FIEL, y particularmente luego de mi vuelta de Harvard, inauguré uno de los pocos vicios que tengo: viajar en taxi (mi nivel de ingresos y mi altura contribuyeron simultáneamente a que dejara de utilizar el colectivo, a punto tal que hace mucho tiempo olvidé los recorridos). Debo haber conversado con miles de "tacheros", la enorme mayoría de ellos personas de gran chispa, que saben que si ellos no pelean por sus ingresos nadie se los va a proporcionar. Algunos son verdaderos profesionales del volante, otros son ex asalariados de empresas que cerraron a comienzos de la década de 1980, no faltan estudiantes que se ganan la vida en horarios compatibles con la continuación de sus estudios, y algunas -muy pocas- son mujeres. La simpatía con el gremio termina cuando tengo que tomar un taxi en Ezeiza o en el puerto de Buenos Aires, lo cual trato de evitar haciendo que me vayan a buscar cada vez que viajo.

. . .

Una cosa es fundar una institución como FIEL y otra diferente es hacerla funcionar. Puestos a buscar director general los patrocinantes de FIEL se encontraron con que, según el referido artículo de Primera Plana, ninguno de los candidatos que ellos tenían en la mente estaba disponible. En efecto, ni José Alfredo Martínez de Hoz, Roberto Teodoro Alemann o Guillermo Walter Klein (padre) podían hacerse cargo de la dirección general de FIEL. Ante tal circunstancia, en carácter de asesor general, ingresó en la institución Juan Alemann.

[A mis ojos de entonces Juan Alemann estaba en FIEL para espíar lo que "nosotros" hacíamos, para luego informárselo a "ellos" (el Consejo Directivo), filtrando nuestros estudios cada vez que lo considerara conveniente. Su rol, sumado al hecho de que -según mi visión de entonces- nosotros sí sabíamos y él no, hizo que a mediados de la década de 1960 Juan Alemann me resultara cualquier cosa menos simpático. Con los años se acercaron muchísimo nuestras edades relativas e ideas, por lo que desde hace mucho tiempo recordamos con cariño la época en que nos conocimos.]

Dagnino Pastore ocupó la dirección de investigaciones e, inevitablemente, "pastorizó" FIEL: llenó los estantes de la biblioteca con libros que, en importante (¿desproporcionada?) proporción, eran de estadística y matemáticas; diseñó Indicadores de coyuntura, el mensuario dedicado a analizar la coyuntura económica de Argentina, con muchos cuadros meticulosamente presentados (los cuales hoy, un cuarto de siglo después, mantienen llamativa

similitud con los originales, para orgullo de José María), precedidos por un breve texto no comprometido (¿habrá sido su idea, o la "línea" de la institución, claro que coincidente con las preferencias de Pastore?); le encargó a la bibliotecaria traducir artículos publicados en el American economic review; e inició las investigaciones aplicadas comparando las "canastas" de las distintas estimaciones de los índices del costo de la vida (hoy, precios al consumidor) concluyendo, sin que resulte sorprendente, que la del INDEC era de lejos la más ambiciosa y completa de todas (para probable desencanto de algunos de los miembros del Consejo Directivo, quienes esperaban un trabajo que "denunciara" los defectos de la estimación oficial de la tasa de inflación).

[Dado que el "toque" personal es inevitable en todos los aspectos de la vida, Pastore no podía dejar de "pastorizar" FIEL. Del mismo modo que, en el mundo de las publicaciones, Raúl Burzaco "temponizó" (por Tiempo Argentino) El Cronista Comercial cuando se hizo cargo de su dirección, como en su momento Borrini había "borrinizado" (la había convertido en la revista de los publicitarios) Mercado cuando le tocó dirigirla.]

La humanización del periodo ocurrió en la mañana de un sábado del segundo semestre de 1965, en que el "seleccionado" de fútbol de FIEL enfrentó al del Di Tella. Esta es una forma muy exagerada de describir la realidad, porque lo que efectivamente ocurrió es que cada uno de los equipos trajo sus propios "refuerzos" (amigos de los cadetes, si mal no recuerdo)... que fueron los que jugaron, mientras los demás -desde adentro de la cancha- en buena medida... mirábamos (Mario Brodersohn y Enrique Oteiza demostraron sus habilidades futbolísticas. Pastore no fue de la partida, aunque registra en su pasado alguna actividad deportiva, en natación y ciclismo).

Mi trabajo inicial en FIEL consistió en continuar los estudios que el equipo liderado por Pastore estaba haciendo en el Di Tella para la Brookings (con el tiempo, también Jorge H. Meier ingresaría en FIEL para seguir haciendo estudios para la Brookings). Específicamente, tuve a mi cargo el estudio de las industrias del queso y torneos en Argentina.

Por mi experiencia en el CIE, a trabajar en los estudios conjuntos que se preparaban para la Brookings estaba acostumbrado; la angustiante novedad que tuve que enfrentar en FIEL fue que, como dije, a los mencionados estudios los tuve a mi cargo. En efecto, mientras en el caso del estudio de la industria del tractor yo colaboraba con Pastore en su estudio, en FIEL - literalmente- José María me dejó solo, en medio de una piletta y sin flotador (¿para ver qué hacía, porque no tenía tiempo o porque -como a mí- le revienta monitorear de cerca los trabajos que hacen quienes dependen de él? No lo sé).

La novedad no implicó ascenso alguno: durante mi primer año de permanencia en FIEL seguí siendo economista asistente, como lo había sido en el Di Tella desde que me gradué. Pero organigramas aparte, lo cierto es que, por primera vez en mi vida, me las tuve que arreglar por mi cuenta. Lo cual implicó tener que tomar decisiones para mí nada fáciles en ese momento: cómo encarar el estudio; cómo conseguir los datos (hubo, finalmente, que hacer una encuesta);



viajar a Rosario y Santa Fe, solo (¡por primera vez en mi vida!), para ir a buscar algunas de las encuestas.

Encima de lo cual, y también por primera vez en mi vida, tuve alguien a quien gerenciar: Fernando Ibarra (UCA, 1965), con quien en aquel momento desarrollamos una gran amistad más allá de lo laboral y lo académico (leíamos a los filósofos existencialistas, material que comentábamos en nuestros viajes al oeste, pues en ese entonces Ibarra -ya fallecido- vivía en Luján). Pastore hubiera preferido que me asistiera Santiago Giloteaux, de quien con el tiempo llegaría a ser socio, pero como esto no fue posible Ibarra ingresó en FIEL.

[A mis alumnos de la universidad les encargo trabajos (ejemplo: un memo, de determinadas características, sobre la base de cierta lectura). Quiero que aprendan, con su propia experiencia, 2 cosas fundamentales: 1) que hacer algo concreto es más difícil de lo que piensa quien todavía nunca hizo nada en la vida; y 2) que cada uno de ellos también lo puede hacer. Mirando retrospectivamente, al dejarme solo con mi angustia (pero también con mi orgullo) Pastore hizo que yo descubriera por mí mismo el mencionado par de valiosos principios.

Hay que aprender a tomar decisiones sin enfermarse. Durante muchos años, cada marzo me pescaba una gripe... psicológica, según el preciso diagnóstico de mi mujer. Con el tiempo aprendí a tomar decisiones y no me engripé más (la última vez fue en 1978, cuando dejé IDEA).]

Con Ibarra, como dije, confeccionamos los estudios de las industrias del torno y del queso, cuya versión final fuera publicada por FIEL en el segundo semestre de 1966. Releyendo dichos estudios advierto que, en realidad, los riesgos que antes describí estaban acotados, dado que la metodología que en ambos casos utilizamos fue un calco de la que Pastore había desarrollado en el estudio de la industria del tractor. En ambos trabajos los capítulos dedicados a los costos me gustan más que aquellos donde se proyecta la demanda. Supongo que los terminó Ibarra, incorporándoles los datos de los otros países de América Latina, y también supongo que si Pastore hubiera continuado en FIEL hubiera ejercido más presión sobre Fernando y sobre mí para mejorar la versión final de los mismos. La relectura de los trabajos sobre la industria del queso y el torno me produjo sentimientos encontrados; por un lado, la emoción de volver a ver lo que hice hace tanto tiempo; por el otro, el hecho de que, en rigor y a pesar de la coautoría, no los reconozco como "mis" trabajos.

Durante mi primer año de permanencia en FIEL estrené lo que desde ese momento constituiría una importante faceta de mi vida profesional, y que a la vez me sirvió para crecer personalmente, tanto a mí como a mi familia: los viajes. Ya mencioné el que hice a Rosario y a Santa Fe. Poco después se presentó la oportunidad del más ambicioso viaje del período, antes de ir a Harvard: asistir al seminario semestral que en noviembre de 1965 la Brookings organizó en San Pablo (primera vez que salí de Argentina, primera vez que viaje en avión). "Va usted", me dijo Pastore, "porque tengo reunión de Consejo" (como para la Brookings no era lo mismo que asistiéramos Pastore o yo, finalmente él también viajó, pero se quedó sólo los primeros 2 o 3 días. Sorprendentemente para las costumbres actuales, donde rara vez este tipo de encuentros dura más de 2 días, ¡la reunión de San Pablo duró toda la semana!). Y en diciembre de 1965

viajé a Mendoza, para participar en la segunda reunión de Centros de investigación económica organizada por la Asociación Argentina de Economía Política.

[Más que viajes, lo que me posibilitó la profesión fueron los viajes relámpagos. Hasta fines de 1991 mi récord, logrado a fines de 1989, consiste en ir hasta Washington desde Buenos Aires y regresar, permaneciendo allí 5 horas.]

A mediados de 1966 José María dejó la dirección de investigaciones de FIEL para hacerse cargo del Ministerio de economía de la provincia de Buenos Aires, dentro de la flamante Revolución Argentina. A fines de 1970, junto con su subsecretario Brodersohn, Pastore regresó fugazmente a FIEL luego de su paso por el Ministerio de economía y Trabajo de la Nación, para preparar un documento refutando algunas afirmaciones del entonces ministro de economía Ferrer, cuando los indicadores económicos de la Revolución Argentina comenzaron a deteriorarse y empezó la búsqueda de responsables.

También en julio de 1966, como ya expliqué, me fui a estudiar a Harvard, con lo que finalizó la primera etapa de mi vinculación laboral con FIEL. El comienzo de la práctica de la toma de decisiones que hice en FIEL durante la era Pastore, me tiene que haber ayudado a enfrentar la extrema soledad que plantean, como parte del aprendizaje, los estudios de graduado en Harvard.

. . .

¿Qué hubiera sido de FIEL si Pastore hubiese continuado siendo su director de investigaciones durante, digamos, una década? No lo sabemos; sí sabemos cuál fue el desafío que él no tuvo que enfrentar, y que su reemplazante, Santiago Pascual Palazzo, resolvió exitosamente; como consecuencia de lo cual FIEL pasó de ser una institución que no se sabía cuánto tiempo más iba a durar, a una que durante casi una década combinó magníficamente la investigación teórica y aplicada con la consultoría, logrando un notable nivel de presencia pública. Aunque formalmente fue nombrado director de investigaciones recién en mayo de 1969, desde mediados de 1966 Palazzo tuvo en sus manos el comando de la institución (la demora se debió, en parte, a que FIEL esperaba el regreso de José María, al terminar su gestión ministerial en la provincia de Buenos Aires).

El desafío citado fue nada menos que el del financiamiento de la fundación. Según el ya mencionado artículo de Primera Plana, la Fundación Ford (FF) aportó a FIEL u\$s 380.000 (120.000 para becas; 100.000 para visitantes extranjeros; y 160.000 para gastos de instalación y funcionamiento durante 3 años), en el entendimiento de que en el primer año de vigencia del convenio la FF financiaría el 75% de las erogaciones, en el segundo 50%, y sería paulatinamente reemplazada por fondos aportados por las instituciones fundadoras.

Tal reemplazo no ocurrió. El primer síntoma de que "algo no estaba funcionando" lo tuve cuando, al finalizar mi primer año en Harvard, recibí una carta de Palazzo preguntándome

si no podía conseguir fondos para financiar mi segundo año en la universidad (sin buscar ni preocuparme demasiado, le contesté que no y las remesas continuaron llegando). Cómo se operó la transformación de las fuentes de financiamiento de FIEL es algo de lo que me fui enterando con el correr del tiempo; lo concreto fue que cuando a mediados de 1968 regresé a FIEL me encontré con una institución bien diferente de la que había dejado un par de años atrás (excepto en un sentido: la hemeroteca de FIEL era muy completa; mientras estuve en la institución seguí leyendo revistas técnicas como en mis mejores años de Harvard).

[Almorzando con Santiago en febrero de 1992, para comentar la versión preliminar de este capítulo, me dijo que hacia fines de 1966 él había advertido claramente la crítica situación en que se hallaba FIEL desde el punto de vista económico. "¿Por qué no te fuiste?", pregunte. "Nunca me voy de un lugar que se hunde", fue su respuesta.]

Sin implicar en lo más mínimo que bajo Pastore FIEL hubiera desaparecido, destaco que Santiago fue el protagonista de la transformación que le permitió a la institución, no sólo sobrevivir sino también crecer. Conozco muy pocos como Palazzo, porque no es frecuente encontrar en una misma persona las siguientes características: respeto por la investigación, notable aptitud gerencial, fuerte empuje y... agallas.

[Es fácil encontrar estas características de a una, como excelentes académicos hacen quebrar sus institutos de investigación, porque no saben o no se preocupan por conseguir fondos, y geniales gerentes que generan impactante "hotelería" sin importarles lo que ocurre en los "quirófanos". Lo notable en Palazzo es la combinación de esas y otras características.]

Ignoro la pasión que Santiago tenía y tiene por hacer investigación (pero destaco que, como Adolfo Canitrot y Guido Di Tella, Palazzo pertenece al gremio de los "primero ingeniero y luego economista", ya que luego de trabajar en el Banco Mundial entre 1959 y 1962, en 1963 obtuvo su Master of Arts en economía en la Universidad de Stanford, llegando a FIEL desde la gerencia de estudios económicos de la Esso), pero me constan su respeto por la misma (por "la lógica" propia de la investigación, sus tiempos, sus métodos, sus resultados, etc.), junto a los esfuerzos que hizo para conseguir fondos para que nosotros la pudiéramos hacer (como, por ejemplo, ir personalmente a esperar en su oficina a quien tenía que firmar un nuevo contrato); al tiempo que, como buen gerente, Palazzo combinaba admirablemente los esfuerzos de aquellos que naturalmente se inclinaban por la consultoría (ejemplos: José Luis Madariaga del Olmo y su yerno, Hugo Ziegner, así como Jorge H. Meier), con los de aquellos más proclives a la investigación (mi caso), generando un FIEL que, a lo largo del tiempo, desarrollara simultáneamente "departamentos" de consultoría e investigación, que se subsidiaron de manera cruzada según la evolución del contexto externo a FIEL (contexto que, particularmente en la primera mitad de la de 1970, fue políticamente bien turbulento y económicamente nada fácil). Sólo Dios sabe qué productos académicos hubiera generado Santiago, si se hubiera incorporado en un FIEL sin problemas presupuestarios.

Ni Palazzo se metía con nosotros mientras hacíamos investigación o consultoría, ni nosotros nos inmiscuíamos en su manera de "vender" los estudios, tanto antes para conseguir fondos como después para darlos a conocer. Cualquiera familiarizado con la producción de la institución sabía que en la época que estoy relatando FIEL era importante, pero no tanto como lo sugerían los diarios. Ocurre que Palazzo, correctamente según luego pude apreciar por mis propias experiencias en el mundo de la comunicación masiva (tema del cual me ocuparé más adelante), creía firmemente en la importancia de la comunicación. Quienes trabajaban en la sección economía de Primera Plana, como Mario Sekiguchi, eran habitués de FIEL ("porque recibíamos bien, en realidad toda la prensa económica nos visitaba", me acotó Palazzo a la versión preliminar de este capítulo). Encima de lo cual los periodistas Bossio Lavalle, y luego Eduardo Bonelli, concurrían casi diariamente a la Fundación para elaborar los "partes de prensa" de los estudios, informes, etc., que elaboraba la institución. Como consecuencia de lo cual FIEL aparecía en los periódicos varias veces por semana, dando la sensación de ser mucho más grande de lo que en realidad era. Dichos partes de prensa son los resúmenes ejecutivos que décadas después descubrieron algunos centros de investigación, como el CINDE, y que todavía hoy muchos otros centros, equivocadamente, se resisten a utilizar.

Mencioné el difícil contexto externo de la época (Cordobazo, comienzo del terrorismo - asesinatos de Aramburu, Vandor, Salustro-, fin de la Revolución Argentina, gobierno de Cámpora-Lastiri-Perón-Martínez de Perón). Era lógico que esto sensibilizara particularmente al Consejo Directivo de una institución como FIEL, el cual más de una vez discutió -pero, al parecer, sólo discutió- echarme, debido a mi "populismo" de entonces (sic), que me llevó a preferir la propuesta de la CGE a la de la UIA, en una mesa redonda organizada por la Bolsa en setiembre de 1972, de la que también participaron Juan Alemann, Luis García Martínez y Martín Lagos; y a criticar buena parte de los trabajos incluidos en un libro de ensayos en honor de Federico Pinedo (La argentina: su posición y rango en el mundo, Editorial Sudamericana, 1971. Mi ensayo se publicó en el número de enero y febrero de 1972 de Política y economía, un mensuario dirigido por Carlos García Martínez y Rafael Olarra Giménez. Por qué les interesó a ellos publicar mi ensayo crítico de ese libro, no lo sé; pero nunca pregunto por qué alguien quiere publicar alguna obra mía que yo quiero publicar). El episodio de mi posible separación de FIEL lo supe por Requena, no por Palazzo, quien nunca me censuró, criticó o siquiera sugirió algo en lo más mínimo, ni por las cosas que hacía ni por la forma en que hacía las cosas (en IDEA, durante 1976, también su presidente dio muestras de agallas. En efecto, como voy a relatar en el capítulo correspondiente, Mario Piñeiro protagonizó otro episodio de defensa de la "libertad académica" de la gente que tenía a su cargo).

[Ambos episodios ocurrieron mientras yo trabajaba en FIEL, aunque desde el punto de vista estrictamente laboral se desarrollaron "fuera" de FIEL, en el sentido de que el convenio laboral no requería ni que hiciese comentarios bibliográficos ni participara en mesas redondas (ni que sostuviera con Carlos García Martínez, en la sede de la UIA, una fogosa discusión sobre indexación). Los episodios muestran un aspecto típico de cualquier instituto de investigaciones, el cual es "grande" cuando trabajan en él personas inquietas, con "motor propio"; pero ese motor no siempre responde a los deseos de los directivos de la institución. Armando Ribas, a cargo de Indicadores de coyuntura durante una parte de la gestión Krieger, también hizo "sudar" a García (la cabeza de Armando también peligró en más de una reunión del Consejo

Directivo), así como, según ya dije, los escritos de Artana precipitaron la desvinculación de la UIA y FIEL.

La leyenda "las opiniones vertidas son personales, y no necesariamente representan las de la entidad", busca desvincular las ideas y conclusiones de los investigadores de una fundación, de las "propias" de la institución. Nítida en el plano legal, también clara desde el punto de vista académico, la mencionada leyenda no sirve para nada en el de las imágenes que la gente se forma a través de los medios masivos de comunicación.]

A caballo de lo cual en aquel entonces comencé lo que terminaría siendo una profunda amistad con Marcelo Diamand, de quien como conté en el capítulo dedicado al CONADE había leído algo en 1963, y a quien conocí personalmente cuando a comienzos de la década de 1970 dictó una conferencia en la Universidad del Salvador, luego de la cual comentó favorablemente un trabajo mío en el que comparaba los esquemas clásico y keynesiano, agregando que faltaba la perspectiva de la restricción externa (como hace 20 años, cuando me habla Diamand me sigue diciendo... "Chico"). Aprendí mucho leyendo buena parte de lo que escribió (en particular, leí de punta a punta su Doctrinas económicas, desarrollo e independencia, Editorial Paidós, 1973, que presenté en el acto de lanzamiento y comenté bibliográficamente en Desarrollo Económico, 14, 53, abril-junio de 1974), así como manteniendo con él innumerable cantidad de jugosas discusiones (por ejemplo: almorzando en el lamentablemente desaparecido Tropezón).

Convencidísimo de sus ideas, Marcelo no se contentó con exponerlas en cuanto panel le tocó participar, y por escrito en el libro mencionado, sino que organizó seminarios y cursos que le insumieron muchísimo tiempo. Cada vez que Daniel Schydrowsky (a quien conocí en Harvard) pasó por Argentina, Diamand organizó una reunión en su casa para que supiera qué estaba ocurriendo, mostrando genuino pluralismo: recuerdo haber compartido notables discusiones con Leonardo Anidar, Julio Berlinski, José Katzenstein, Guillermo Klein (h.), Roberto Lavagna, Abraham ("Bebe") Stein y otros cuyos rostros recuerdo perfectamente pero cuyos apellidos no.

Diamand, cuya fábrica de televisores cerró cuando no pudo -o no quiso- trasladar sus instalaciones a... Tierra del Fuego (¿no es terrible que el pretendidamente eficientista Proceso haya destruido una planta, al colocar en "ventaja comparativa" otras cuyo costo de producción, en términos de recursos, era obviamente mayor?), es uno de los industriales más articulados que conozco de los que hablan de macroeconomía (merece el título de economista mucho más que muchos graduados en economía que formalmente lo ostentan, aunque nunca aplican el análisis económico); que su prisma, el de la restricción externa, a veces más relevante y a veces menos, no empaña lo que estoy diciendo. ¿Por qué fue tan discutido, entonces? Por la forma de expresarse, en una época que como digo fue mucho más sensibilizada que la actual; como Moyano Llerena en la UCA, su estilo indujo posiciones extremas, tanto a favor como en contra.

[Víctima del mal de Parkinson desde hace algunos años, mantiene intacta su lucidez mental y buena parte de su actividad. El 5 de julio de 1990 la Asociación de Industriales Textiles Argentinos (ADITA), la Cámara Argentina de Industrias Electrónicas (CADIE) y el

Movimiento Industrial Nacional (MIN) le organizaron un sentido homenaje. Estuve presente, advirtiéndole que a Marcelo el gesto le llegó.]

Quien se ocupó de mi "populismo" de manera constructiva, es decir, intentando un diálogo conmigo, fue un ejecutivo de un banco americano, quien organizó un almuerzo de unas 6 personas en uno de los comedores privados del Club Americano. Me recomendó que, junto al punto técnico que yo hacía sobre el sistema bancario, tuviera en cuenta el ataque politizado que en esos momentos estaba recibiendo el sector; argumentación que, en esa época, me resultaba miopemente muy difícil de aceptar. No recuerdo si Palazzo estuvo presente en el almuerzo; sí estuvo Arnaldo T. Musich, quien habló maravillas de mis escritos. Julián Delgado, el "schumpeteriano" de Mercado, semanario donde colaboraba, se autoinvitó al ágape, porque quería escuchar lo que algunos ejecutivos pensaban de mis ideas de entonces (seguí escribiendo en Mercado luego del almuerzo). Rescato el esfuerzo de este ejecutivo y, en la medida en que puedo, lo copio, diciéndole a quien me importa, qué es lo que pienso de lo que está haciendo (quizás alguno, a la edad que yo tenía entonces, no sea tan terco como yo, y pueda escuchando y corrigiendo, zafar de algunos malos momentos).

Populista o no, mi análisis sobre lo que estaba ocurriendo en la economía argentina resultó crecientemente demandado en aquellos años fuera de FIEL, bajo la forma de almuerzos y/o de conferencias en "almuerzos de trabajo" o institutos de capacitación. Según mis anotaciones, hasta fines de 1975 había pronunciado 137 conferencias, sobre las que hablaré más adelante. Recuerdo haber almorzado varias veces con Javier Gamboa de Alpargatas, también varias veces con un simpático cuarteto liderado por el comercializador de botones Mario Szalkowicz (el primero de estos almuerzos, que tuvo lugar en el comedor del hotel Claridge, se demoró porque Bernardo Neustadt, quien entonces tenía un programa de radio al mediodía en Maipú 555, me invitó a comentar el discurso que Isabel Perón iba a pronunciar, en pleno "Rodrigazo-Sindicalisazo", para anunciar un aumento del 65% en el salario mínimo), y una vez con Juan Carlos Sorondo, de Acindar, a quien por razones de seguridad esperé en la puerta de FIEL sin saber dónde íbamos, y por primera vez en mi vida subí a un Torino a prueba de balas y con ametralladoras en el piso.

El empuje de Palazzo para hacer funcionar FIEL no lo convirtió en un robot, sino en un peleador "civilizado". Dos ejemplos, el primero personal, ilustran lo que digo. Desde hace un buen número de años no sólo madrugo, sino que me despierto bien despierto. En algún momento debo haber cambiado, porque mientras trabajaba en FIEL llegaba a la oficina (desde San Antonio de Padua) con, en promedio, una hora de atraso (lo cual implica, según una simpática terminología, que me transformé de buho en alondra). Sobre mi escritorio invariablemente encontraba un papel manuscrito por Santiago, que contenía la siguiente leyenda: "¿puedes verme"? Iba a verlo, por supuesto, pero para ahorrar tiempo preguntaba: "¿por 2 motivos, o sólo por uno?". Nunca logró que llegara a la oficina a las 9. El otro ejemplo fue el de una bibliotecaria de FIEL quien, debido a graves problemas personales, hacía funcionar la biblioteca de manera muy deficiente. Santiago nunca la echó esperando, como sucedió, que finalmente se tuviera que retirar por razones de salud, falleciendo algún tiempo después.

Al describir las características de Palazzo mencioné sus agallas. No solamente por dirigir un instituto de investigaciones de base empresaria en Argentina durante la primera mitad de la década de 1970, sino por el siguiente episodio: en algún momento de 1971 lo llamó Reynold Carlsson, un pintoresco estadounidense que alguna vez había trabajado en los ferrocarriles bolivianos, y que en ese momento tenía a su cargo la delegación Buenos Aires de la Fundación Ford. Carlsson tenía una partida de u\$s 70.000 para apoyar investigaciones, que por razones burocráticas había que gastar antes de cierta fecha porque de lo contrario se perdía, para lo cual era necesario formar un Comité académico que tuviera pluralismo ideológico, para que asignara los fondos. Las agallas de Palazzo le posibilitaron a algunos investigadores seguir estudiando en el país (Eduardo Zalduendo fue el único que se lo reconoció y agradeció), al optar, dadas las circunstancias, por "ponerle el pecho" al "costo político" (nada despreciable en aquellos momentos en que de lo único que se hablaba era de "la dependencia") de estar relacionado con la Fundación Ford. Conozco a algunos "notables" que, aún apreciando la necesidad de tales fondos, y de que las imágenes no tenían nada que ver con la realidad, prefirieron las imágenes a la realidad. Destaco, junto a las agallas de Palazzo, las de Carlos Givogri, desafortunadamente fallecido el 4 de octubre de 1991, cuando todavía tenía mucho para aportar (por ejemplo, en materia de regulación eléctrica), quien también "estuvo ahí" cuando se lo necesitó, y las de un par de argentinos más, cuyos nombres algún día daré a conocer (como consecuencia de esta valentía ajena pude escribir en FIEL la primera versión de mi Macroeconomía, que Amorrortu publicara en 1976).

[Cristina Esmerode, hija del entonces presidente de IBM, fue el único integrante del personal de FIEL que resulto víctima del terrorismo. Recibió en su casa un ramo de flores que contenía explosivos, que le destrozaron buena parte de sus 2 manos. Vivo con el remordimiento de no haberla ido a ver en cuanto me enteré. Algún día, a solas, hablaré con ella sobre este tema.

Luego de dirigir FIEL, Palazzo fue interventor-liquidador en la Corporación Argentina de Productores de Carnes (CAP). La gente, aquí y probablemente también en el resto del mundo, recuerda más a los que hacen que a los que deshacen (se acuerda más de Palazzo-padre, proyectista y constructor de la avenida General Paz, que de Palazzo-hijo, liquidador y privatizador de la CAP; de la misma manera que se acuerda más -en todo caso, mejor- del general Savio, creador de SOMISA, que de Jorge Triaca, quien en 1991, en 6 meses, redujo su personal en 60%. Para hacer justicia en los recuerdos, habría que hacer los cálculos para saber quién hizo más por el país, si quien construyó o quien ajustó cuando lo que existe causa más trastornos que beneficios.]

Palazzo fue un personaje clave en esa época de FIEL, pero no el único. Otro fue Eduardo Luis García, su primer presidente. según leí en el ya citado artículo de Primera Plana, en 1961 Frondizi le ofreció a García el Ministerio de economía (¿antes que a Roberto T. Alemann?). A los 18 años se fue a Estados Unidos a estudiar administración de negocios, pero como era 1929, es decir, el comienzo de la Gran Depresión, terminó trabajando en dicho país. Mi imagen de García es mucho más remota que la de Palazzo, pero muy probablemente "don Eduardo" tiene que haber resultado crucial, particularmente en las épocas difíciles de FIEL (su "discurso" fue siempre el mismo en cuanto a la necesidad de entender objetivamente los problemas, a fin de poder encontrarles soluciones adecuadas).

Por la vehemencia que ponía en la defensa de sus ideas, que contrastaba con la aparente fragilidad de su cuerpo (cuando lo conocí tenía más de 80 años), del Consejo Directivo de aquella época recuerdo particularmente al ingeniero Justiniano Allende Posse, famoso constructor de puentes "con lo que hubiera en la zona" cuando la Primera Guerra Mundial terminó con los suministros importados en nuestro país.

[Instituciones como FIEL funcionan cuando consiguen un adecuado "1-2": alguien, a nivel directivo, con fuerte empuje, secundado en el plano operativo por alguien también obsesivo en cuanto a los resultados y, particularmente, al complicado pero excitante proceso de puesta en marcha. Eduardo Luis García-Santiago Palazzo en el caso de FIEL, Fulvio Pagani y Pedro Astori-Domingo Cavallo en el de la Fundación Mediterránea, y Domingo Nicolás Catena-Pedro Pou en el Centro de Estudios macroeconómicos de la Argentina (CEMA), son ejemplos argentinos de lo que estoy diciendo.]

. . .

Parte de la "atmósfera" personal y laboral que existe en una institución la generan sus autoridades, el resto la gente que trabaja en ella. Desde este último punto de vista, la "gran familia" de FIEL (como le gustaba decir a García) era verdaderamente colosal, a punto tal que hoy, más de 15 años después de haber dejado de trabajar en la institución todos los mencionados en esta parte de mi historia, una vez por año nos reunimos a comer para, una y otra vez, volver a recordar los mismos episodios, mientras comprobamos -como hace todo el mundo- que el tiempo pasa para todos menos para nosotros.

A mi regreso de Harvard, en FIEL me nombraron economista (o investigador) jefe, rango que compartí con Norberto Belozercovsky, José Luis Madariaga del Olmo, Armando Paulino Ribas y Leonardo Douglas Steed. Enrique Arzac, Luis García Martínez y Jorge H. Meier eran economistas asociados, al tiempo que (entre los que estaban en ese momento, y los que ingresaron posteriormente) como economistas asistentes recuerdo a Carlos Burundarena (h.), Osvaldo Mario Cortesi, Analia Darburo (en cuya casa conocí al inefable economista, pintor y escultor Leopoldo Laufer), María Echart, Adela Elizalde, Héctor Klurfan, Martín Lagos, el matemático Osvaldo Luis Mignini, Begonia Ordoqui, Graciela Pinal (luego de -Juan Carlos- Cid, con quien desde hace muchos años vive en Salta), Fernando Víctor Tow y Guillermo Vitelli.

Así como antes dediqué varios párrafos a Palazzo, ahora tengo que hacer lo mismo con Ribas. Conocí personalmente a Armando en julio de 1968. Nuestro contacto inicial fue fugaz, uno o 2 meses, porque él se fue a cursar su Master en la Universidad de Columbia (a raíz de lo cual me inicié en el periodismo, como relataré más adelante). A su regreso de los Estados Unidos compartimos algún tiempo, hasta que nuevamente partió, esta vez para trabajar en el Fondo Monetario Internacional. En el resto del tiempo hasta que dejé FIEL, es decir, durante 4 o 5 años, con Armando debemos haber almorzado juntos por lo menos 3 veces por semana (en



el desaparecido Don Sancho, cuyo inigualable pollo deshuesado con papas soufflé servían en Suipacha, entre Corrientes y Lavalle, y en el restaurante que funcionaba en el subsuelo de la Galería Porteña, ubicada en Corrientes 846).

Ribas nació en Cuba. Ya abogado, continuó sus estudios en los Estados Unidos, donde fue alumno del argentino Julio César Cueto Rúa. De regreso a La Habana en 1959, "leyó" correctamente lo que había detrás de la decisión de Fidel Castro de reducir a la mitad el valor de los alquileres, y decidió emigrar. ¿A dónde? Le escribió a Cueto Rúa y se vino para acá (hoy es ciudadano argentino, pero ni quiere ni puede perder su inconfundible acento tropical).

[Buenos Aires sorprendió a Ribas en 1959 por su falta de modernidad, no solamente en comparación con Nueva York sino también con respecto a la propia Habana. "Cuando llegué, en esta ciudad no sólo no había aire acondicionado, sino que ni siquiera había un sólo semáforo; y lo que más me llamó la atención es que, por falta de información, a los argentinos estas carencias no les preocupaban". Este notable testimonio sirve para ayudar a imaginar el salto "cultural", no solamente económico, que implicó el gobierno de Frondizi.]

Por su estilo, Ribas tiende a ser subestimado por quienes no tienen oportunidad de conocer la realidad (lo cual, como el lector se da cuenta y espero que Ribas también, es el problema de Armando y no el del mundo que lo rodea. Quien ni se afeita ni se peina no puede quejarse de que lo traten como a un roñoso, porque sólo él sabe que se ducha varias veces por día). Su prosa, cada vez más clara, era muy farragosa entonces, y la conversación no siempre resultaba fácil, porque como Armando demora en contestar, uno no sabe si una respuesta suya se refiere al último tema que se comentó, o a alguna otra cuestión que, en la dinámica de la conversación, había quedado "colgada". Pero todo aquel que, como en mi caso, tuvo la oportunidad de superar estos inconvenientes formales, se encuentra con su poderoso rigor lógico y una fuerte intuición... que con el tiempo prueban aquellos que tienen más habilidad algebraica que él. Armando fue, muy probablemente, la primera persona que en Argentina planteó la cuestión de la tasa de interés real, no solamente mencionando el término y sabiendo cómo calcularla, sino además extrayendo sus consecuencias (con la ayuda de Cortesi, desde comienzos de la década de 1970 publicó un Boletín financiero mensual que fue pionero en la materia).

En economía, entendida como análisis económico, Ribas es autodidacta. Comenzó a cultivar la disciplina cuando la universidad de Morón le ofreció una cátedra, oportunidad que aceptó como ayuda para ganarse la vida. Jura que rezaba para que algo le ocurriera al ferrocarril Sarmiento, así no tenía que dictar la clase, mientras en el trayecto iba leyendo "la Biblia", es decir, el Economics de Samuelson. No me parece que, en la formación intelectual de Armando, haya un "antes" y un "después" de su paso por los estudios de graduado que realizara en la Universidad de Columbia.

Sus columnas periodísticas, así como sus libros, serán de lectura imprescindible para cualquiera que en el futuro quiera escribir sobre lo que ocurrió en la economía argentina desde la segunda mitad de la década de 1960 a igual período de la del 80. Y a quien quiera analizar el

período Martínez de Hoz le servirá la siguiente anécdota, de la cual soy testigo presencial: al día siguiente de lanzado el programa del 10 de julio de 1980, el entonces ministro de economía invitó a almorzar a una decena de economistas, entre ellos a mí. Ribas fue el único de los presentes que objetó frontalmente la política económica de Martínez de Hoz. "Ministro", dijo Armando, "si yo estoy equivocado aquí no pasa nada, pero si no lo estoy aquí se va a armar una bien grande"; dicho lo cual se dedicó a... comer.

En materia de agallas Armando tampoco se quedaba atrás. Porque hoy (1992) cualquiera es liberal, pero en Argentina, a comienzos de la década de 1970, había que tenerlas bien puestas para decir públicamente que uno lo era ("alguien" me ayudó en FIEL a escribir mi Un esquema de política económica para la Argentina, que la editorial Macchi publicó en 1976; pero rechazó figurar como coautor por tratarse de un libro "liberal"). En esos años, más de una vez, Ribas me dijo "que no me preocupara", porque "cuando vengan a colgarnos no harán distinción entre tu y yo"; inquietante mensaje, totalmente cierto, que entonces me negaba a aceptar.

De Armando, como de Lladó, aprendí discutiendo con ellos, fuera de las horas de oficina. En los referidos almuerzos hablábamos de política, ética ("terminemos con esto de que la misma persona actúa bien cuando es funcionario y mal cuando es empresario", me dijo Armando mucho antes de que en la literatura especializada las "fallas del gobierno" se emparejaran con "las fallas del mercado"), filosofía, la relación entre la libertad y el poder ("en Argentina, a lo sumo, me echan; en Rusia me matan"), la relevancia del análisis económico, la historia, Castro, el liderazgo, etc. Al menos conmigo, utilizaba la ironía de manera no hiriente. Las semillas de lo que sé de política fueron plantadas por Ribas (no sé si le enseñé algo a cambio pero, como ya dije al hablar de Dagnino Pastore, desde el punto de vista de los conocimientos la vida es una cascada).

A Armando le gustan la cerveza, el tenis (conocí el Buenos Aires Lawn Tennis cuando a comienzos de la década de 1970 me invitó a ver un partido donde un jovencito, que finalmente perdió, le hizo pasar un buen susto a un "grande" de la época. El jovencito era nada menos que Guillermo Vilas), decir "ven acá", aludir a "las calendas griegas", y... algo que el lector va a conocer al final de este párrafo. Una noche, en el quincho de mi casa de Paez, organicé un asado (con esposas) para Armando, el lamentablemente desaparecido Raúl Sarmiento (sobre quien hablaré en el capítulo dedicado al periodismo) y yo. Armando y Trudi Ribas tuvieron que retirarse inmediatamente después de la comida. Sarmiento, gran bromista, le dijo a Ribas: "no te podes ir así; cantate algo". Entonces Armando preguntó: "¿qué querés que cante?". Lo que sea. Sin más, Ribas cantó 3 canciones. Luego de los aplausos, acompañé a Armando y a Trudy hasta la puerta de calle y cuando volví a la mesa me encontré con Sarmiento quien, muerto de la risa, me dijo: "Yo no sabía que Ribas cantaba; ocurre que en todas las fiestas, cuando alguien se retira temprano, lo invito a cantar antes de que se vaya".

[José Luis Madariaga del Olmo, de quien hablaré próximamente, trabajaba físicamente muy cerca de Armando. Leyendo la versión preliminar de este capítulo apuntó lo siguiente: "el tono y la intensidad de la voz con que Ribas pontificaba sus ideas político-filosófico-económicas, constituyó una cátedra constante para los investigadores separados de él por los paneles de los

boxes, que interrumpían la visión pero no el sonido. Yo, que soy ingeniero, aprendí economía a través de este método tan particular pero efectivo".]

Con Belozercovsky nos reencontramos. Ocurre que Norberto, a su regreso de Chicago, aterrizó en FIEL y no en el Di Tella, donde nos habíamos conocido. Desarrollamos una gran amistad durante el segundo semestre de 1968, retomando la práctica de tomar algo luego de trabajar, como hacíamos en el CIE con él y con Baccino. En la mañana del 31 de enero de 1969, con todo listo para salir de vacaciones al día siguiente, Belozercovsky, quien ocupaba la oficina contigua a la del director de FIEL, no se sintió bien. A media mañana me acerqué hasta su lugar de trabajo para ver cómo estaba. Lo encontré saliendo de su oficina, y en la puerta de la de Palazzo me pidió que lo sostuviera (lo cual, por puro accidente, me convirtió en la última persona con quien habló en su vida). Viendo que perdía el conocimiento atiné a agarrarlo y a acostarlo sobre el sillón que había en la oficina de Palazzo. Alguien llamó a la Asistencia Pública, que entonces funcionaba en Esmeralda 50 (en el predio que ocupaba, hoy está la plaza Roberto Arlt). Dada la necesidad de internación, en una ambulancia lo llevamos Cairati y yo (apenas ingresado en la Asistencia Pública me entregaron el pantalón de Belozercovsky, "para que no falte nada". después nos dimos cuenta de que le habían sustraído el sueldo de enero, cuyo importe en efectivo estaba en uno de los bolsillos porque, como dije, al otro día pensaba iniciar sus vacaciones. El dinero nunca apareció). Víctima de un aneurisma, Norberto falleció el 14 de febrero de 1969. De esto me enteré al regresar de las vacaciones, pues su estado era delicado, pero "nada más", cuando a comienzos de febrero fui al Sanatorio Guemes, donde lo habían trasladado, para donar sangre; cosa que no pude hacer porque, tal como era de esperar, me desmayé cuando me extrajeron una muestra para averiguar qué tipo de sangre tengo (tipo "cagón", presumo).

[Nunca me explicaron por qué me desmayo con tanta facilidad. Me ocurrió en la sala de espera del hospital Santa Lucía, cuando me pusieron una gotita para ver mejor dónde estaba la basura que había entrado en mi ojo ("avise, porque de lo contrario va a entrar con una basura en el ojo y va a salir con un brazo enyesado", me dijo quien me atendió); pero también me pasa cuando visito al médico clínico y aún al... pedicuro. Pero la necesidad te hace fuerte: no me desmayé cuando doné sangre al banco de sangre del hospital donde nació Gabrielita, donde por las dudas me acompañó Any... con una panza de 8 meses.]

Durante el segundo semestre de 1968 había convenido con mi compañero de la UCA Juan Bautista Floriani, entonces director del departamento de economía de la Universidad del Salvador, que desde el primer semestre de 1969 daría clases en dicha universidad. De manera que mi ingreso en el Salvador es previo al fallecimiento de Belozercovsky; lo que ocurrió como consecuencia de su deceso, fue que en el primer semestre de 1969 dicté macroeconomía I, la materia que Norberto había dictado en 1968. Morris Teubal se encargó de publicar, en el número de enero-abril de 1970 de Económica, los trabajos académicos que a Belozercovsky le quedaron en el tintero; entre ellos una nota que Norberto me había comentado, pero que nunca llegó a escribir, y que -con sus ideas y mi redacción- también se publicó en el referido número de Económica.

[Con Norberto vivo, y trabajando en FIEL, además de un amigo hubiera seguido teniendo un interlocutor válido para mis apetencias académicas del momento.]

Guillermo Vitelli, y un muchacho que luego se hizo hippie (y con quien, vestido de túnica blanca, una vez fuimos a almorzar a Don Sancho, para que bajo la sorprendida mirada de mozos y comensales me hablara de sus experiencias), trabajaban en FIEL como ayudantes de Belozercovsky. Con Guillermo escribimos "Devaluación compensada y protección efectiva" (Económica, 14, 3, setiembre-diciembre de 1968), mi primera monografía que combinó un concepto aprendido en Harvard con una realidad argentina (Schydrowsky me señalaría luego un error que hay en este trabajo, que invalida la conclusión). En algún momento de 1969 Vitelli ingresó en el CONADE, donde organizó un debate para jóvenes economistas de la institución, entre Oscar Braun y yo. Braun había escrito un trabajo describiendo todas las calamidades que producía el plan de Krieger, que terminaba con un irónico "pero eso sí, el tipo de cambio va a continuar siendo fijo", y yo estaba trabajando en mi tesis doctoral sobre el mismo tema. En 1986 Vitelli me envió un ejemplar de su Cuarenta años de inflación en la Argentina: 1945-885, Legasa, Buenos Aires, que no me impresionó.

[Braun, con quien nos encontramos en el entreacto de una función de ballet en el teatro Coliseo, falleció el 15 de enero de 1981, víctima de un accidente automovilístico. El hecho ocurrió en Holanda, donde Oscar estaba exiliado involuntariamente, a raíz del Proceso.

La necrológica publicada en Desarrollo económico (20, 80, enero-marzo de 1981), en vez de concentrarse en describir un episodio más de nuestro "canibalismo político", adoptó esa costumbre nacional de homenajear a la gente por cosas que no hizo (como ya puntualizara en el caso de Valsecchi), cuando sobre el trabajo que Braun escribió junto con O. Joy ("A model of economic stagnation", Economic journal, 78, 312, diciembre de 1968) dijo que se trata de un "antecedente insoslayable en el tema y constituye un trabajo considerado hoy entre los clásicos de esta disciplina", cuando en su número de diciembre de 1979 la mencionada publicación tuvo que aclarar que "nos llamaron la atención por la similitud que en enfoque, análisis y contenido, el trabajo de Braun y Joy tiene con el de E. Eshag y R. Thorp: "Economic and social consequences of orthodox economic policies in Argentina in the Post War Years", The bulletin of the oxford university institute of economics and statistics, febrero de 1965. Si bien el profesor Joy nos aclaró que su trabajo con Braun comenzó en 1963, y que la versión preliminar es anterior a la publicación del otro trabajo, como editores responsables del Economic journal pedimos disculpas a Eshag y Thorp por no haberse reconocido más claramente tanto la publicación anterior, como la similitud en los análisis".]

Douglas Steed trabajaba en FIEL completando su tesis doctoral para la universidad de Columbia. Con Steed trabajamos luego juntos, durante la primera gestión ministerial de Pastore, como relataré más adelante. Mientras ocupaba un cargo directivo en Austral Líneas Aéreas, un día me hizo una consulta profesional, que me pagó en pasajes. Esto nos permitió a mi familia y a mí conocer las Cataratas del Iguazú, y descubrir que entre Posadas e Iguazú

hay... varios cientos de kilómetros. Dejamos de vernos; tengo entendido que Leonardo (su nombre preferido durante la primera mitad de la década de 1970) vive en su campo, en el norte de Argentina, al que se mudó motivado por las amenazas recibidas durante la época del terrorismo.

A José Luis Madariaga del Olmo le brota tan intensamente su humanidad y su sentido del humor, que nunca hay tiempo para saber cuánto sabe (pero tonto no es porque en el competitivo mercado de la consultoría, mientras estuve en FIEL se desarrolló a las mil maravillas). Ninguna fiesta de FIEL era tal, ni las que se organizaban a propósito de fin de año o por cualquier otro motivo, sin los versos y/o los disfraces de Madariaga. Su antifranquismo total se entiende perfectamente en cuanto uno se entera de la tradición republicana de su familia, y de que vive merced a un intercambio de prisioneros que ocurrió durante la Guerra Civil Española (en FIEL Madariaga no se cansaba de describir la fiesta que iba a organizar cuando Franco muriese, cosa que no sé si finalmente hizo).

Conocí Neuquén acompañando a Madariaga a una entrevista que él mantuvo con el gobernador Felipe Sapag, a raíz de los estudios de factibilidad que José Luis estaba llevando adelante en materia de parques industriales. Me llamó la atención lo austero y vulnerable del despacho de Sapag: una oficina modesta, ubicada en la planta baja, cuya ventana daba a la calle (cualquiera hubiera podido romper la ventana de un ladrillazo, o disparar un tiro). También hablamos con Pedro Salvatori, su entonces ministro de economía y años más tarde también gobernador de Neuquén. Por invitación de Rubén García, por años vicepresidente del Banco de la Provincia de Neuquén, durante buena parte de la década de 1980 con frecuencia anual viajé a la provincia para dictar conferencias, asistiendo al notable crecimiento de la provincia desde que la conocí. Neuquén no es un milagro, sino la combinación de claridad de objetivos (los Sapag no son ni peronistas ni radicales; son neuquinos) y eficiencia en los medios, ayudados por la continuidad de gestión.

[En la noche de la primera visita, Madariaga y yo concurrimos a una reunión del Rotary o Leones local. Recuerdo que uno de los socios, recién llegado de un viaje por la Unión Soviética, relató con tanto realismo las peripecias que le tocó vivir, que cuando dijo "y por fin aterrizamos de regreso en Viena" se escuchó una exhalación de aire generalizada. Sin darnos cuenta, hacía rato que habíamos contenido la respiración.]

Al prolijísimo Enrique Arzac le ocurrió lo peor que se puede imaginar: en un almuerzo (¿a fines de 1968?), uno de los panes que volaron le volcó el vino que había en una copa sobre su impecable traje blanco; tuvo que ir a cambiarse a su casa, antes de poder regresar a la oficina. En algún momento de 1970 Enrique emigró, para trabajar como profesor en la Universidad de Columbia. En la cena de despedida que los amigos le ofrecimos en Zia Teresa sorprendí a muchos cuando dije que la ida de Arzac a los Estados Unidos me ponía contento. Tuve que explicar que las investigaciones que él se proponía llevar adelante no tenían cómo desarrollarse en ese entonces en Argentina, y que si él las realizaba en otro lado, igual nos íbamos a enterar por las correspondientes publicaciones en revistas especializadas. No me equivoqué. Enrique sigue trabajando en la escuela de negocios de la Universidad de Columbia,

de la cual en algún momento fue vicedecano; almorzamos cada vez que pasa por Argentina, para visitar a sus padres.

En la colección de "personajes" de FIEL también tienen su lugar Mario Requena, el gerente administrativo durante la era Palazzo, así como los dos cafeteros que, un par de veces por día, hacían su recorrida por la institución.

Correntino, solterón, tan obsesivo por la prolijidad como Arzac (¿cómo hizo para que su pijama no tuviera una sola arruga, mientras estuvo internado en el hospital Alemán?), Requena falleció a fines de 1991, cuando tenía más de 80 años. Todo lo que él sabía, tenía que saberlo Eduardo Luis García; para lo cual Requena usaba en FIEL aquellos aparatos telefónicos que estaban menos expuestos que el de su escritorio (aclaro, para evitar malentendidos, que nunca nos sentimos espiados por Requena; a García lo llamaba para transmitirle chimentos "macroeconómicos". De cualquier modo alguna vez fantaseamos con mencionar delante de él alguna información falsa, para hacerle "pisar el palito" delante del presidente de FIEL. Nunca lo hicimos).

Infaltable asistente a las reuniones del Consejo Directivo de la institución, sobre la mayoría de cuyos miembros tenía opiniones bien pobres, además de trabajar Requena producía y consumía buen humor. Recuerdo que en la víspera de cierto día en que no estaba claro si era laborable o no, Requena se la pasó diciendo "mañana se trabaja". Al día siguiente llegué a FIEL (tarde, como de costumbre) y encontré a Requena, en su escritorio, pálido. "No vino nadie; pero si yo aclaré perfectamente..." repetía una y otra vez. Una hora después del horario habitual se abrió la puerta de entrada, e ingresó todo el personal (se habían confabulado, encontrándose en una confitería cercana. A mí no me habían avisado, calculando que "naturalmente" iba a llegar tarde). Otra anécdota: según parece, todos los días, al entrar en FIEL, yo le decía "¿qué tal, Requena?". Un día no lo hice, lo cual provocó las carcajadas de las secretarías, hecho que a mí no me llamó la atención. Es más, durante la mañana pasé delante de él varias veces y tampoco le dije nada. Al final, cansado, puso en posición vertical una regla "T" que tenía en su escritorio, donde había pegado un papel que decía "bien". Lamento no haberle posibilitado exhibir uno de mis tics de aquella época.

Como FIEL no tenía cocina, cada media mañana y media tarde hacía su recorrida un vendedor de café, galletitas y sándwiches. Mientras trabajé en FIEL hubo dos cafeteros memorables vendiendo en la institución: Mario Pedro y Jesús. El primero, ex ferroviario, tenía labia fácil y por supuesto la solución para todos los problemas económicos (cuando servía en el despacho del director, era capaz de echarse un discurso delante de las visitas y más de una vez fue "diplomáticamente invitado a desaparecer" de la oficina de Palazzo, para no arruinar las negociaciones). En cierta fecha patria Mario Pedro instaló un quiosco en Plaza de Mayo; como era uno de los pocos presentes cuando comenzó la trasmisión por televisión, no desaprovechó la oportunidad y se puso a hacer declaraciones. El otro cafetero memorable fue Jesús, a quien no le dejaban vender luego de haber pagado para que fuera suyo el recorrido que incluía FIEL (a raíz de lo cual le hicimos un boicot a quien pretendió arrebatarle los clientes). Jesús se inmortalizó el día que le dijo a la hermosa María Echart, entonces veinteañera: "usted, de joven, debió haber sido muy bonita".

Completo la descripción del "zoológico" que trabajaba en el cuarto piso de Esmeralda 320 anotando que, dentro de dicho piso pero institucionalmente fuera de FIEL, hacia fines de la década de 1960 comenzó a funcionar el Centro Internacional de Información Económica (CIDIE), a cuyo frente estuvo inicialmente Frida Johansen, y fue luego reemplazada por Ricardo Mase, un graduado de Columbia que antes había trabajado en la gerencia de marketing de Ford. El CIDIE también tenía sus personajes: Carol Dack, secretaria de Ricardo, apodada "la rubita" por el cafetero Mario Pedro, quien hoy -casada- vive en Australia; Carmen de Azar, con quien nos habíamos conocido en el Di Tella, quien cuando nos escuchó a los (entonces) jóvenes de comienzos de 1970 discutir sobre el peronismo de las décadas de 1940 y 1950, no se cansaba de repetir "Uds. no lo vivieron; no tienen la menor idea de lo que fue" (recordando esta frase, y dado que yo viví el peronismo de 1973-76, Carmen inspiró mi Economía política del peronismo, El Cid Editor, 1980); y Pablo Matossian, autor de un utilísimo y pionero trabajo sobre las verdaderas tasas de interés que se cargaban a comienzos de la década de 1970 en los créditos para consumo.

A veces reemplazábamos los almuerzos "como Dios manda" por un sándwich, para aprovechar el resto de la hora en 2 actividades: jugar bolos, en el primer piso del cine Rex (tengo entendido que las canchas desaparecieron, como consecuencia de un incendio), contagiados por el entusiasmo de Carmen de Azar, y asistir a los conciertos gratuitos del mediodía, que el Mozarteum Argentino ofrecía en el Opera, con presentación inicial de Jorge D'Urbano, a quien una vez le escuché la siguiente afirmación involuntariamente erótica: "La historia de la tocata está indisolublemente vinculada con el órgano" (en materia musical el contagio lo proporcionaba Jorge Meier). Que el Rex quede justo enfrente del Opera es un mero accidente desde el punto de vista de mi relato.

Dado el número de horas del día durante las que los seres humanos permanecemos en los lugares donde trabajamos, la "atmósfera" que existe en ellos es muy importante para el bienestar de cada uno de nosotros. Trabajar en FIEL, en la época en que yo lo hice, era una fiesta; lo cual fue particularmente significativo a la luz de lo que, en esos momentos, ocurría en la calle.

[Por FIEL circulaban menos visitantes extranjeros que por el Di Tella. En FIEL conocí al matrimonio Ruggles, especializado en cuentas nacionales, a Abba Lerner, quien por su nombre yo creía que era... mujer, y a Francois Perroux, con quien Dagnino Pastore se trenzó en una discusión que fue zanjada por la traductora, quien a la luz del debate dio a conocer su condición de... matemática].

. . .

El clima de fiesta, lejos de distraer alienta el trabajo creativo según mi experiencia. A mi regreso de Harvard ocupé una de las nuevas oficinas del contrafrente, creadas cuando por problemas de espacio se subdividió en 2 la sala de conferencias y de lectura (por eso en la otra, a sus espaldas, Meier tenía un pizarrón completamente desproporcionado con las dimensiones

de su escritorio). Invitado después a mudarme a una de las oficinas del frente, deseché la oferta porque la comodidad era más importante que la supuesta mejora de "status"; de manera que en dicha oficina, que daba a una medianera pintada de blanco y tenía un aparato de aire acondicionado que había que hacer funcionar a pleno, para que también se refrescaran quienes trabajaban en los espacios interiores, trabajé hasta que me fui de FIEL. Sobre una de las paredes pegaba la colección que iba formando de "perlas" periodísticas (luego, trabajando en El Cronista Comercial, descubrí que algunas se hacen a propósito), mientras aprovechaba que en algún otro piso del edificio alguien utilizaba excelente música clásica para probar el funcionamiento de equipos estereofónicos (el gozo era lamentablemente interrumpido de manera abrupta en cualquier momento de la partitura).

¿Qué hice en FIEL, durante la era Palazzo? En el año que transcurrió desde mi regreso de Harvard y hasta que acompañé a Pastore en el Ministerio de economía, tuve a mi cargo Indicadores de coyuntura, comencé a trabajar en mi tesis doctoral para Harvard e inicié la escritura de una "catarata" de monografías técnicas, sobre las cuales voy a hablar más adelante. Enterado en Harvard de que Ribas "venía" para Columbia, le escribí a Santiago para solicitarle reemplazar a Armando, quien estaba a cargo de Indicadores. Palazzo accedió, de modo que fui responsable de la confección de los números 30 (agosto de 1968) a 40 (junio de 1969) de la publicación. Cairati continuó con el llenado, aunque no el diseño, de los cuadros, siendo mi responsabilidad la de escribir el comentario y revisarlo en pruebas de galera (Indicadores se imprimía en Cogtal, que funcionaba en Rivadavia 767). Esta tarea aumentó el tamaño de mis bíceps, ya que mecanografiaba el texto en una Lexicon 80 (las máquinas de escribir eléctricas, escasas por ese entonces, las utilizaban las secretarías para preparar las versiones finales de los trabajos).

Releyendo los números de Indicadores que escribí, y comparándolos con los que antes tuvo a su cargo Ribas, y con el modelo inicial de Pastore, encuentro que mi aporte consistió en anteponer, tanto en el comentario como en los cuadros estadísticos, una síntesis para que el lector captara rápidamente la clave del contenido.

Tener a mi cargo Indicadores significó un fantástico entrenamiento para el seguimiento de la coyuntura económica de un país. Obligado a "parir" un informe mensual, no tuve más remedio que aprender a leer con atención, a tomar notas buscando claves y síntesis, y por último a ordenar las ideas. En Indicadores conté con 3 ayudas importantes: 1) la época (la política económica de Krieger "funcionaba sola" en aquellos momentos, de manera que era fácil describir e interpretar lo que estaba ocurriendo); 2) la disponibilidad de datos (mensualmente y sin demoras la Tesorería "mostraba sus cartas", en un contexto de poquísimos gambitos contables; en tanto que puntualmente, una vez por semana, el Banco Central publicaba su balance, del cual surgía nítidamente lo que estaba ocurriendo con la base monetaria); y 3) los lectores, que eran bastante menos demandantes que los actuales (en el mejor de los casos, Indicadores servía para ubicar al hombre de empresa, difícilmente como instrumento útil para su toma de decisiones específica). Encima de lo cual, todo lo que hacía para el mensuario me servía para mi tesis doctoral.



[Desde entonces, nunca dejé de seguir la evolución económica de corto plazo de Argentina, de modo que hace ya más de 2 décadas que cultivo esta porción de mi desarrollo profesional. Cuando en 1989 fundé Depabloconsult, mi newsletter Contexto se constituyó en el equivalente a Indicadores de 20 años antes, con las modificaciones que dictaron las circunstancias (la frecuencia es ahora semanal, las cuestiones son algo distintas de las que merecían atención en 1968, la exigencia de los lectores es infinitamente mayor).]

También significó algún momento de tensión, hasta que se aclararon las cosas. Un día llegué a FIEL y Mario Requena me anunció que los 2 hombres que me estaban esperando en el saloncito de recepción pertenecían a Coordinación Federal, y que querían saber "qué vinculación tenía FIEL con organismos ubicados detrás de la Cortina de Hierro" (sic). Los hice pasar sin entender lo que estaba ocurriendo. Finalmente recordé que un mes antes un par de empleados de la Embajada de la Unión Soviética en Argentina habían venido a FIEL para buscar unos datos que estaban publicados en todos lados. En busca de contradicciones los policías aplicaron el sistema de pregunta y repregunta, pero como yo no lo sabía a cada momento les decía: "Esto ya se los dije". Finalmente se fueron y no volvieron más.

Dados los mencionados "roces" que los análisis de Ribas provocaron durante la primera parte de la gestión Krieger Vasena, y siendo Indicadores la "tarjeta de presentación" de FIEL en esos momentos, antes de enviar el comentario a la imprenta había que mostrárselo a Eustaquio ("Toto") Méndez Delfino, consejero de FIEL y ex presidente del Banco Central, para lo cual una vez por mes iba hasta sus oficinas de Lavalle 448. Méndez Delfino corregía poco y nada de mis originales; las críticas a la política económica de Krieger no sólo no le molestaban, sino que en cierto modo las alentaba. Ocurre que estaba muy molesto con el -según su apreciación- poco interés y velocidad con los cuales Krieger negociaba con los ingleses la reapertura del mercado externo de carnes argentinas, luego de que ellos interrumpieran sus compras de nuestros productos al descubrir... "aftosa"; tan molesto, que explicaba la parsimonia de Krieger por el hecho de que la imposibilidad de exportar carnes a Inglaterra deprimía el precio del producto en el mercado local, lo cual servía a sus objetivos antiinflacionarios (comparando los promedios 1967 y 1968, la tasa de inflación implícita en el índice "descarnado" de los precios al consumidor es el doble de la que surge a partir del índice que incluye carne). A los setenta años de edad -y lo que sigue es un elogio-, al "Toto" no le resultaban indiferentes las llamativas formas de Adela Elizalde, quien -responsable de alguna porción del texto, presumo- me acompañó a algunas de las reuniones. Aprovechando que me quedé en Buenos Aires durante las vacaciones de febrero de 1969, ayudé a Cairati con el ensobrado y distribución del correspondiente número de Indicadores. Buscar algo para hacer mientras esperábamos que la imprenta entregara los ejemplares me permitió aprender qué es un sándwich "cargado" (doble porción de lo que se quiere en el medio, expresión algo vieja a juzgar por el hecho de que cuando la uso ahora, a veces la tengo que explicar), y ver por primera vez La fiesta inolvidable, la genial película de Peter Sellers.

[De no haber existido el "filtro" de Méndez Delfino durante la era Ribas, es muy probable que lo hubieran inaugurado conmigo. Al respecto el caso más interesante fue el de Martín Lagos, quien con posterioridad también tuvo a su cargo Indicadores: como sobre Martín no había

sospechas de "desvíos ideológicos", sus informes terminaban conteniendo mucho más "miga" que si los hubiese escrito yo. Nixon pudo ir a China; a Kennedy no lo hubieran dejado.]

Junto con Indicadores, como dije, encaré la tesis doctoral para completar los requisitos del doctorado en Harvard, bajo la dirección de Gustav Papanek. Recién en Buenos Aires supe que mi beca tenía fondos suficientes como para haberme quedado un año más en Cambridge, lo cual me hubiera permitido terminar la tesis allí; pero aunque lo hubiese sabido en los Estados Unidos, a mediados de 1968 mis ganas de volver a Argentina eran irresistibles.

El precio que pagué por volver a Argentina a terminar mi tesis fue que... nunca terminé la tesis, distraído por usos de mi tiempo más interesantes y/o redituables que terminar una tesis doctoral (¿qué porcentaje de quienes aprobamos los exámenes generales del doctorado, y regresamos a Argentina para terminar la tesis, la tenemos aprobada? Muy bajo, seguramente). En 1974 Lovell Jarvis, un funcionario de la Fundación Ford, me dijo que la Fundación disponía de fondos para financiar la terminación de tesis doctorales, pero no utilicé la alternativa porque implicaba ir a vivir 4 meses a Estados Unidos, sólo... demasiado sacrificio. La única vez que enfrenté un costo tangible por no haber terminado la tesis fue cuando la Universidad de Boston, al invitarme a dictar un curso a comienzos de 1976, me aclaró que me pagaría en proporción a u\$s 18.000 anuales si tenía la tesis aprobada, o a u\$s 15.000 si no la tenía (finalmente, negociando, me abonaron "como si" la tuviera aprobada). Quien se quedó con las ganas fue mi abuela Marta la cual, cada vez que me veía, me hacía una sola pregunta: "¿Cómo va la tesis?" (como sustituto, le dediqué mis Escritos seleccionados, 1968-80, Ediciones Macchi, 1981)<sup>1</sup>. Por cábala, en mi curriculum pongo tesis "en curso".

No haber terminado mi tesis doctoral en modo alguno implicó haber desperdiciado los esfuerzos que hice al respecto (en esta parte del relato me ocupo del proceso de elaboración de mis trabajos; de los resultados hablaré más adelante). Por el contrario, en junio de 1969 llené el salón de reuniones del CIE al presentar mi "política antiinflacionaria en Argentina, modelo 1967", una suerte de esqueleto de mi tesis que en rigor era una versión ampliada y actualizada de la monografía que había escrito para el seminario de Hirschman en Harvard; y al regresar a FIEL, luego de trabajar con Dagnino Pastore en el Ministerio de economía y Trabajo de la Nación, transformé todo el material -y la experiencia!- en mi Política de estabilización en Argentina, 1967-70, que Amorrortu publicó en 1972, mi primer (y, para colegas como Aldo A. Arnaudo, mi mejor) libro. En dicho año, el trabajo mereció el premio Ovidio Giménez.

[Entiendo mis propias explicaciones, pero no me terminan de convencer. Es que no terminar la tesis no encaja con mi obsesión por finiquitar todo lo que empiezo. Es cierto que, en Argentina, no tuve "presiones" externas que me indujeran a hacer el último esfuerzo desde el punto de vista académico; pero en mi vida hice muchísimas cosas sin presiones externas (es más, hice muchísimas otras, a pesar de las presiones externas).

---

<sup>1</sup> Mencioné esto al comienzo de mi discurso, cuando el octubre de 2009 la Universidad CEMA me otorgó un doctorado honoris causa.

Puede ser que no haya terminado la tesis, simplemente, porque tengo una imagen tan exigente de lo que debe ser una tesis doctoral, que no me ví -ni me veo- capaz de hacerla (siempre resistí los consejos de escribir mi tesis "refritando" algunos de mis libros o artículos).

Como consecuencia de ello y a pesar de mis deseos ¿"cómo puede un `no doctor´ integrar la mesa examinadora de un candidato a doctor"?), los 2 episodios en que tuve que ver con el doctorado de alguien más, no terminaron bien. El primero, cuando integré una mesa examinadora en la universidad del Salvador; el segundo, cuando comencé a dirigir una tesis doctoral para la UBA (mi dirigido es hoy doctor de la UBA, porque terminó haciendo su doctorado con la dirección de un colega).]

En cuanto Dagnino Pastore me convocó, me fui a trabajar con él al CONADE y al ministerio; y en cuanto presentó su renuncia, me volví a FIEL (Joaquín Padvalskis Simkus, el número 2 del equipo de Moyano Llerena, sucesor ministerial de Pastore, me invitó a seguir trabajando con ellos, pero -a pesar de no estar para nada arrepentido del año que trabajé en el Ministerio de economía, según relataré más adelante- preferí volver a "casa").

Durante mi ausencia, como dije, Indicadores había pasado a las manos de Martín Lagos, de manera que cuando regresé a FIEL me dediqué a otros menesteres. No abandoné la publicación por completo, sin embargo, ya que entre noviembre de 1970 y fines de 1975 prepare para Indicadores 18 "estudios especiales", 4 de ellos en colaboración con Lagos y Tow (esta sección la había inaugurado en octubre de 1968, mientras el mensuario estaba a mi cargo). Los estudios especiales se ocupaban de alguna cuestión de actualidad, desarrollada con mayor profundidad que la del comentario del mes (los derechos especiales de giro, una "radiografía" de la inflación argentina, la equivalencia entre reajuste de tasas de interés e indexación de los prestamos -¿no habré descubierto "la 1050" en 1972?-, quién paga el medio aguinaldo y endeudamiento externo y crisis de balanza de pagos, fueron algunos de los temas abordados en la mencionada sección).

En algún momento de 1972 tuvo lugar en Buenos Aires un seminario sobre inversiones extranjeras. Entre los invitados del exterior estaba Hla Myint, birmano residente en Inglaterra, integrante de la comunidad académica. A Martín Lagos y a mí nos dio lástima que al pobre, de quien habíamos leído algunos de sus escritos técnicos, nadie le diera ni la hora. Entonces lo invitamos a conocer el subte "A" y a comer. Myint sólo habla inglés, de modo que había que traducirle. Luego de encargar la comida, el mozo nos pregunta qué queremos tomar. Vino, le respondí, luego de consultar con nuestro invitado. Entonces el mozo, con la cara más solemne que tenía, nos preguntó a Martín y a mí: "¿del bueno o del berreta"? Con la misma cara le respondimos que como teníamos que pagar nosotros, del malo malo no, pero... Dejamos una muy buena propina, para gratificar la picardía del mozo, quien adivinó que un extranjero podía saber lo que quería decir "bueno o malo", pero nunca "berreta".

Dije que cuando regresé a FIEL, además de confeccionar estudios especiales para Indicadores, me ocupé de otros menesteres. ¿Qué menesteres? Escribir, escribir y escribir; además de, durante un semestre, asesorar a uno de los gerentes de Austral Líneas Aéreas.

Mantenido por FIEL, cuyas finanzas habían mejorado, terminé el referido trabajo sobre la política económica de Krieger Vasena-Dagnino Pastore. Luego de lo cual, gracias a la habilidad de Palazzo para conseguir fondos, escribí 3 libros, además de un respetable número de artículos técnicos, que publiqué en el país y en el extranjero: 1) con el apoyo financiero de la Fundación Ford (ver al respecto el episodio que conté al describir a Santiago), en 14 meses escribí Macroeconomía, que Amorrortu publicó en 1976 (la versión revisada, realizada con la colaboración de Alfonso José Martínez y Alfredo Mario Leone, la publicó Fondo de Cultura Económica en 1991); 2) gracias a fondos aportados por Alpargatas, Banco Ganadero, Ducilo, Sade, Techint y Xerox Argentina, durante 5 de los 6 meses del primer semestre de 1974 escribí Un esquema de política económica para la Argentina, que Ediciones Macchi publicó en 1976; y 3) durante el segundo semestre de 1974 y todo 1975, nuevamente merced al apoyo financiero de la Fundación Ford, escribí 4 Ensayos sobre la economía argentina, que Ediciones Macchi publicó en 1979 (como consecuencia de esta última negociación con la FF, en Recoleta -que no era entonces lo que es ahora- almorcé con Lovell Jarvis, un simpático economista. Delante de un bife de chorizo normal para ojos argentinos, Jarvis -quien en ese momento trabajaba en la oficina que la FF tenía en Santiago de Chile- abrió sus ojos y dijo: "Con esto, en Chile, hoy comerían 3", al tiempo que mencionó que, en la época de Allende, su sueldo era de uno o de 10, dependiendo de si cambiaba los dólares que ganaba en el segmento oficial o el paralelo del mercado de cambios). 4 Ensayos contiene la tasa de inflación equivalente anual de la tasa de inflación argentina para períodos seleccionados, porque Tow se había comprado una calculadora "de bolsillo" capaz de calcularla.

[El tipo de cambio real -vendiendo los cheques en el segmento paralelo del mercado de cambios, que era lo que Palazzo hacía, desde luego- subió tanto en 1975, que entonces tuve la impresión de que "yo sólo" mantenía a FIEL. Alguien, dentro de la institución, me sugirió que pidiera reajuste de mi sueldo, que era exactamente igual que el del resto de los investigadores jefes. No lo hice, recordando los períodos en los cuales otros me habían subsidiado a mí.]

Fue en FIEL, en esa época, donde aprendí a escribir libros... contra reloj. El que se ocupa de Krieger-Pastore surgió naturalmente, expandiendo una monografía; el de macroeconomía también afloró naturalmente, a partir de la insatisfacción que me produjeron los libros de texto existentes, cuando dicté el curso homónimo en la Universidad del Salvador, y de algunas monografías que escribí como consecuencia de lo mismo (algunas de ellas, en colaboración con Marta Ramos); los otros 2, en cambio, "nacieron" libros. Es lógico que mis primeros libros resultaran de monografías que se fueron agrandando, y que luego apareciera el momento en que fui capaz de plantear, explícitamente, que lo que me proponía hacer era escribir un libro.

Buscando fondos para hacer funcionar FIEL, Palazzo (afortunadamente) no tenía límites. En 1972 o 1973 le vendió a Austral Líneas Aéreas un asesoramiento económico, para el cual me designó a mí. Consistió en asistir a reuniones presididas por Guillermo Lousteau, entonces encargado de "nuevos negocios" en la empresa. Las reuniones eran fantásticas: contábamos unos cuentos sensacionales; de cuando en cuando surgía alguna idea brillante; con mi mujer conocimos San Carlos de Bariloche cuando nadie quería acompañar a un francés que

había venido con su esposa a asesorar a la empresa; también con mi esposa conocimos España e Italia, porque Lousteau me presentó a Javier Irastorza Revuelta, entonces número 2 del equipo económico de López Rodó, quien me invitó a dictar algunas conferencias en la mismísima Alcalá de Henares, plaza por medio de la casa donde nació Cervantes (Javier me volvió a invitar a fines de 1988, pero esta visita no se pudo concretar); y por fin con Guillermo desde entonces nos hicimos muy buenos amigos. Pero al terminar el semestre el contrato no fue renovado y yo, que en ese momento no "sentía" la consultoría, no lo lamenté (debe haber llegado financiamiento para la escritura de algunos de los referidos libros, de otro modo Palazzo me hubiera pegado un merecido tirón de orejas).

[Desde esa experiencia, sigo con atención la evolución de la "economía del aerotransporte". La desregulación que se produjo en la década de 1970 siempre me pareció una maravilla; Alfred ("Freddy") Laker es uno de mis héroes (lástima que se terminó fundiendo). Lo lamento por la IATA. No puedo olvidar que en 1992 el viaje en avión a los Estados Unidos cuesta menos dólares que en 1966, cuando volé allí por primera vez... ¡mientras el nivel general de los precios por lo menos se cuadruplicó en el mencionado país!]

Un producto de mi época de FIEL, de menor envergadura que los libros anteriores, pero no por ello encarado con menos bríos, tiene como casi "coautoras" a 2 compañeras de FIEL. En algún momento de 1974 la hermosa e inteligente Adela Elizalde me sugirió escribir algo para clarificar la cuestión de la "intermediación", a la luz de las barbaridades que sobre la cuestión se estaban diciendo en ese momento en el país. Así fue como, viajando en tren hacia FIEL, un día nació "la intermediación parasitaria", que se convertiría en el primer episodio de Las desventuras de Julián Falacia. Escribí en total 16 episodios, historias de una página tamaño carta, a espacio simple, en cada una de las cuales el protagonista se entusiasma con una idea que según él lo va a salvar y sistemáticamente termina en la ruina; de ahí que, en todos los episodios, el último renglón diga "pobre Julián". Los primeros 15 episodios, inspirados en una realidad económica tan distorsionada como la que existía en Argentina en 1974-75, surgieron casi espontáneamente; el número 16, a modo de broche de oro, se inicia cuando Julián gana el premio mayor de la lotería y para evitar males mayores nombra como administrador de sus bienes a... Juan Carlos de Pablo. Pobre Julián (quien se ríe de uno mismo se puede reír de los demás, ¿o no?).

Reproducir internamente los episodios no planteó ningún problema (como el lector imaginará, el stencil que contenía el nuevo episodio tenía prioridad absoluta en el mimeógrafo de FIEL); publicarlos en revistas fue mucho menos fácil, porque según los editores algunos "lesionaban intereses" (Carta política no quiso publicar el segundo, porque tenía que ver con los bancos, y temían una caída en sus pautas publicitarias; y Comercialización aceptó publicarlos de a 2, pero se fundió luego de dar a conocer la primera media docena). Finalmente, vía Federico Frischknecht, conseguí que El ateneo imprimiera algunos ejemplares, sin su nombre pero con las rayas horizontales características de su editorial. Para esta publicación, aprovechando uno de los infinitos talentos de Silvia Marmolejo, hicimos una votación entre aquellos de FIEL que habían leído los episodios, para que -sobre la base de bocetos preparados por Silvia- dijeran "cómo era la cara de Julián". Obedeciendo a la urna, Silvia dibujó el rostro

que apareció en la referida edición de El Ateneo, y que lamentablemente no pude incluir cuando "las desventuras de Julián Falacia" fueron incluidas en Escritos seleccionados, 1968-80 (Ediciones Macchi, 1981).

Mientras trabajaba en FIEL, pero sin que la institución tuviera algo que ver y consecuentemente fuera de las horas de oficina, encaré 3 proyectos -uno solo, los otros 2 en colaboración- que terminaron en sendos libros, y que voy a describir en forma cronológica.

Para "distraerse" mientras ocupaba la cartera de economía en la provincia de Buenos Aires, Pastore había iniciado la preparación de un libro de texto para la asignatura economía política que se dicta en el último año de los colegios comerciales (en un país que sufre de "economitis", ¡economía no es una de las materias que se estudian en el resto de las escuelas secundarias!), tarea que tuvo que interrumpir al ocupar el Ministerio de economía de la Nación. Cuando retomó la tarea se encontró con que, trabajando sólo, no iba a llegar a tiempo para vender el libro durante el ciclo lectivo de 1971. Entonces le encargó a Adolfo Sturzenegger que escribiera los capítulos 9 y 10, y a mí los 2 últimos (el 11, sobre economía internacional, y el 12, sobre política económica). Seguimos a pie juntillas el programa que se utilizaba entonces (que, según mi información, ¡todavía sigue vigente!), a pesar de que ya entonces nos parecía un horror; en la creencia de que ningún profesor utilizaría un libro que contuviera lo que corresponde a la materia, pero sin seguir el programa oficial, incluimos en la obra todos y cada uno de los títulos del programa oficial, pero dándole al texto contenido moderno. Adolfo dejó su versión porque hacia agosto o setiembre de 1970 se fue a estudiar a Harvard, de manera que la tarea que nos quedó a Pastore y a mí a fines de dicho año fue la de completar nuestros propios capítulos, reducir a dimensiones razonables los de Sturzenegger (en uno de ellos dejamos de lado más de la mitad del texto original; ocurre que Adolfo, quien por meticoloso tiene redacción poco sintética en condiciones normales, encima tuvo todo el tiempo del mundo para escribir, ¡porque se había pescado una hepatitis!), y preparar la versión final (lo cual implicó leer en voz alta las pruebas de galera). La Editorial Crespillo, propiedad (parcial, al menos) de Lorenzo Dagnino Pastore, publicó la obra, de la cual hasta 1985 inclusive se vendieron 32.000 ejemplares.

El segundo de los proyectos mencionados se concretó en 1975, cuando la editorial Planeta le encargó a Félix Luna, ese gran historiador por derecho propio, pero además notable popularizador de nuestra historia -tanto a través de sus propios trabajos, como de la dirección de colecciones de escritos ajenos- (alguna vez le dije que era el "Waldo de los Ríos" de la historia, como yo creo serlo de la economía, calificativo que no sé si le gustó), que dirigiera una colección que se iba a llamar "Espejo de la Argentina". Me confió la preparación del volumen dedicado a los economistas. Firmé un contrato por el cual iba a recibir u\$s 1.000 contra la entrega del original, diseñé un formulario con 7 preguntas, y conseguí que las respondieran 11 economistas que yo había elegido (Alvaro Alsogaray, el único que no aceptó grabar las respuestas, fue quien más tardó en contestar). Las respuestas, mi correspondiente síntesis, un sensacional reportaje que Competencia le hizo a Federico Pinedo en 1971, meses antes de que falleciera (no tuve el placer de conocerlo personalmente, pero siempre me fascinaron tanto sus ideas como la forma atractiva y campechana de exponerlas) y todos los cuentos que hasta ese momento conocía sobre los economistas, generaron Los economistas y la economía argentina. Al llevar mi original a la editorial me encontré con que ésta había dejado el proyecto de lado.

conseguí que al menos me abonaran u\$s 200, los que le había pagado a Silvia Marmolejo para que desgrabara las entrevistas (el libro fue finalmente publicado por Macchi, en 1977).

[Otras 2 veces más, y siempre por u\$s 1.000 cada una, me encargaron trabajos que finalmente hice y no me pagaron. Mientras enseñaba en la Universidad de Boston escribí un trabajo sobre indexación, que por la mencionada suma me habían encargado para presentar en un seminario sobre mercado de capitales; en abril de 1976 el Proceso de Reorganización Nacional cambió las autoridades de la institución de la cual dependía el seminario. Conrado Etchebarne, nuevo responsable del evento, decidió no llevarlo a cabo; como consecuencia de lo cual me quedé con el trabajo escrito y sin el dinero (el caso de Planeta y el que acabo de mencionar me dolieron particularmente, porque contaba con esos fondos para financiar la compra de la casa de Flores).

El otro episodio ocurrió en 1984, cuando Enrique Iglesias, entonces a cargo de la CEPAL, me invitó a escribir un trabajo para presentar en un seminario que iba a tener lugar en Quito. Otra vez, me quedé con el trabajo pero sin el dinero.

Considerando todas las cosas que hice, el coeficiente de "incumplimiento del pago de tareas encargadas" que sufrí es singularmente bajo.]

Simultáneamente, junto con Fernando Tow -a quien había conocido en las reuniones de la Asociación Argentina de Economía Política, y hoy (retirado de la profesión) se gana la vida fabricando zapatos- preparamos un libro que contenía artículos de microeconomía, teóricos y aplicados, escritos por economistas argentinos. Mi pretensión de incluirlos a "todos" fue aceptada (la búsqueda que hicimos con Fernando en las revistas técnicas argentinas fue sistemática), como consecuencia de lo cual Microeconomía por economistas argentinos (El Coloquio, 1976) terminó resultando una obra en 2 tomos, con 45 artículos, y un total de 889 páginas. Como colegas, merecimos el agradecimiento de quienes nunca habían soñado con que algunos de sus trabajos pudieran ser reproducidos en una obra como ésta; como generadores de beneficios para el editor tenemos que haber resultado un fracaso total (lo único que obsesionaba a éste era que, en la lista de autores, Julio Olivera apareciera primero. Le hicimos caso, apelando a un criterio que seguramente no fue el del alfabeto). Con Tow nos desmayamos al observar que en la tapa del libro aparece el dibujo del equilibrio del monopolista que enfrenta una demanda lineal por su producto, y la curva de ingreso marginal no corta el eje horizontal en la mitad del volumen que corresponde al de la curva de la demanda a precio cero. No fue posible corregir el "horror", no sé cuántos lo notaron, por ahora no apareció ninguna solicitada bajo el título de "burros".

FIEL era una fiesta, trabajé intensamente en proyectos que me gustaban, y sin embargo me fui. Llegó el momento de explicar por qué.

. . .

Eduardo Luis García estaba dispuesto a hacer muchas cosas por FIEL, pero al parecer el tamaño de su estómago no era suficientemente grande como para presidir la institución cuando el peronismo volvió al gobierno en 1973. Consecuentemente, y sin que esto implicara su desvinculación de FIEL (siguió en el Consejo Directivo, con el cargo de vicepresidente primero), a comienzos de 1974 la presidencia pasó a manos de Arnaldo T. Musich, a quien yo había conocido personalmente en un almuerzo ya referido en este mismo capítulo (sí, como resulta comprensible, la estrategia era colocar al frente de la institución a alguien que resultara digerible a los ojos de las nuevas autoridades, la estrategia falló de manera rotunda: al mes de ejercer sus funciones ministeriales José Ber Gelbard canceló todos los contratos de consultoría que FIEL tenía con el gobierno).

Ninguno de los empleados de FIEL sintió el cambio de presidente de la noche a la mañana... excepto Palazzo quien, mientras pudo, hizo de "colchón" entre Musich y nosotros (hubo entre ellos colisiones por cuestiones de contenido -ejemplo: cómo debe y puede financiarse una institución como FIEL- y de estilo). Pero llegó un momento en que Santiago no pudo más. Con Palazzo diferente, y nosotros notándolo, la "fiesta" que era FIEL comenzó a dejar de serlo.

Apreciando esto, y con el acuerdo de Santiago, fui a ver a Musich a su oficina de Techint. Al plantearle mi preocupación por lo que estaba ocurriendo en FIEL, apareció entre otros el tema salarios. Musich paró la conversación en seco, diciéndome: "No quiero una cuestión gremial, así que hablemos de tu caso particular". Me quedé helado: quienes trabajábamos en FIEL éramos cualquier cosa menos un gremio; éramos un conjunto de entusiastas, hábilmente gerenciados por Palazzo, donde al menos a mí (y a nadie que yo supiera) nunca se me había ocurrido discutir un sólo aumento de salarios o alguna de las condiciones de trabajo.

Poco tiempo después, esta vez en FIEL, sabiendo todos nosotros que (por el contrato mío con la Fundación Ford) había fondos para financiar cierto aumento de salarios, Musich convocó a una reunión en la cual, según nos dijo Palazzo antes de comenzar, "el presidente dispuso que se puede hablar de cualquier tema menos de salarios". El encuentro tuvo lugar en la sala donde se reunía el Consejo Directivo, Musich se sentó en el escritorio y los economistas jefes y asistentes a su alrededor. En medio de una gran tensión hablamos de las estupideces más grandes; al terminar pedí la palabra y dije textualmente: "Tengo ganas de llorar". No lloré, pero anímicamente ese día me fui de FIEL.

La oportunidad me la brindó el Instituto para Desarrollo de Ejecutivos (hoy Empresarios) de la Argentina (IDEA). Almorzando en el comedor del Centro Asturiano, su entonces director, Eduardo J. Casullo, me invitó a formar parte del cuerpo de profesores a tiempo completo de la Escuela de administración de IDEA, por el doble de la remuneración de FIEL. No lo pensé demasiado, ni siquiera creo haberlo consultado con mi mujer, y le dije que sí. Me fui de FIEL a fines de diciembre de 1975, pero recién ingresé en IDEA a fines de marzo de 1976, porque en el ínterin trabajé como profesor visitante en la Universidad de Boston, Estados Unidos.



[FIEL me organizó un almuerzo de despedida, en el comedor de la Sociedad Rural Argentina, al cual asistieron García y Musich, además de Palazzo, y Adela Elizalde (esto último me hizo sentir bien). Durante el almuerzo hablamos de cualquier tema; a los postres me desearon suerte, y yo pedí que por favor cuidaran la institución, porque la veía muy mal. todavía no me explico por qué se organizó dicho almuerzo.]

Lideré (cronológica, no inspiradoramente), un éxodo de talentos de FIEL. Muchos permanecieron, porque corrió el rumor de que en marzo de 1976 Musich sería reemplazado; pero para estupor de los que se quedaron en la institución, fue reelecto, lo que precipitó nuevas renunciaciones (como las de Palazzo, Ribas, Lagos, etc.), quienes primero se fueron a sus casas y luego, aunque muy poco tiempo después, acompañaron a Martínez de Hoz al comienzo de su gestión ministerial (antes de trabajar en la liquidación de CAP, Palazzo se hizo cargo de un proyecto de las Naciones Unidas en Uruguay). Recién muchos años después FIEL recuperó el carácter de instituto de investigaciones de alta y prestigiosa presencia pública, que supo obtener durante la era Palazzo.

Imposible olvidar mi paso por FIEL. En lo personal, porque si bien quienes trabajamos en la institución hasta 1975 no lo hacemos más allí, es tal nuestro recuerdo de aquella experiencia que, como dije, una vez por año nos reunimos a comer (espero que este capítulo ayude a quienes nos ven, a explicarse el por qué de tal entusiasmo en volver a juntarnos, generado en realidades que ocurrieron hace tanto tiempo); y en lo profesional, porque fue allí donde aprendí definitivamente a "caminar solo".

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

16

## SERVICIO MILITAR

Puede ser que todo aquel que se salvó de la "colimba" no haya desperdiciado algunos meses de su vida, pero al precio de que le falten algunas vivencias, anécdotas y nomenclatura (para mí los fusiles no tienen gatillo, sino "cola del disparador"). En los 4 meses que estuve bajo bandera junté material suficiente como para justificar un capítulo completo de esta obra.

Soy clase 1943; como en mi época el servicio militar se hacía el año en que se cumplían los 21, "cumplir con la Patria" me hubiera impedido graduarme en la UCA a fin de 1964. Consecuentemente, usé la opción de prorrogarlo por 2 años. Esto implicaba renunciar al sorteo, donde se forman pares ordenados con los 3 últimos números de la libreta de enrolamiento, y otro número que también tiene 3 cifras; lo cual a su vez, al tiempo que aseguraba que el servicio militar uno lo hacía, es decir, que no había posibilidad de salvación por "número bajo" (cada una de las Fuerzas Armadas plantea sus requerimientos de soldados, los cuales se asignan, empezando por los mayores números, a la Marina, la Fuerza Aérea y el Ejército, y no hacen el servicio militar los que sobran), también aseguraba que se lo hacía en el Ejército... un aspecto nada despreciable en una época en la cual quienes tenían que hacer el servicio militar en la Marina permanecían 2 años bajo bandera.

[Adelantar un par de años la edad a la cual nuestros muchachos hacen el servicio militar, de modo que forme parte de una secuencia natural entre la terminación de la escuela secundaria y el comienzo de la universitaria, fue una decisión muy importante desde los puntos de vista estudiantil y laboral (que para las clases 1955 y 1956 significó que se salvaran enteras. ¿Qué clase deberá estar bajo bandera 3 años, si se vuelve al sistema anterior?). Ignorando que los seres humanos nacemos desempleados, la legislación laboral obliga al empleador a mantenerle el puesto al conscripto, lo cual aumenta las dificultades de conseguir empleo antes de estar bajo bandera.

Sospecho que, cuando la cuestión se reforme en serio, la instrucción militar va a ser más intensa pero también mucho más breve de lo que es actualmente (1992).]<sup>1</sup>

Para solicitar la mencionada prórroga había que rendir las "condiciones de tiro", para lo cual, en el Tiro Federal Argentino, había que pasar 10 pruebas, disparando con un fusil Máuser 1909 a blancos ubicados en diferentes distancias, en las posiciones de cuerpo a tierra (en rigor, sobre una camilla de madera), rodilla a tierra (en la misma camilla, que mediante un movimiento cambiaba de posición) y de pie. El puntaje lo señalaba un soldado que, después de cada disparo, bajaba el blanco impactado hasta la fosa donde él estaba, subía el otro blanco, que sería utilizado en el próximo disparo, y sobre este último marcaba con una palita primero el lugar del impacto -a efectos de corregir el próximo tiro- y luego el valor obtenido, señalando los distintos extremos del blanco.

No sé si alguna vez había disparado un arma de fuego, como voy a explicar de inmediato; pero en todo caso nunca un Máuser, sobre cuyo retroceso había escuchado las historias más horripilantes. En la primera prueba, cuando delante del resto de los principiantes me tocó acostarme sobre la camilla, era tal mi miedo que "el tiro no salió"; así que al otro día regresé al Tiro Federal y, sólo y con todo el tiempo del mundo, seguí estrictamente las instrucciones y todo anduvo a las mil maravillas (en particular, al tener cuidado de apoyar firmemente el fusil contra mi hombro, el retroceso prácticamente ni lo sentí). Entonces pasó lo de siempre: tome tal confianza que la segunda vez disparé sin cuidado... y entonces entendí por qué hay que tener el Máuser bien apoyado sobre el hombro. Me gustó, finalmente, tirar... al blanco, nunca a un animal.

[Contemporáneamente (¿a fines de 1959?) con esta actividad en el Tiro Federal, ciertamente viviendo yo todavía en Liniers, Jorge Delucco me prestó una escopeta que él tenía y un par de cartuchos. En la terraza de mi casa coloqué una latita y tiré, generando una perforación en la latita y un ruido tan infernal que convocó a varios de mis familiares (tan grande fue el estruendo que no me animé a usar el otro cartucho). No pasó nada, pero me corre frío por la espalda cada vez que pienso que, siendo dicha terraza un perfecto cajón, con el rebote del disparo contra las paredes podría haber ocurrido cualquier cosa.

Un Máuser modelo 1893 -¡sin cartuchos!- tenían en su escritorio los Rosas Cobo, cuya contabilidad llevábamos con Lladó.]

Nunca se me ocurrió fingir una enfermedad, o "coimear" a alguien, para no hacer el servicio militar. Pero en la creencia de que el domicilio resultaba clave para el destino, a pesar de vivir en San Antonio de Padua cuando saqué la libreta de enrolamiento dije que vivía en Viamonte 752 piso 4 departamento 8, donde sí vivían -y viven- amigas de mi mamá. No sé si desde el objetivo buscado esto sirvió para algo, pero me consta que generó la siguiente anécdota: voté por primera vez en el edificio que la entonces ENTel tenía en Corrientes y

---

<sup>1</sup> No hubo tal reforma sino que, como consecuencia del fallecimiento del soldado Carrasco, en algún momento de la década de 1990 el servicio militar obligatorio fue suprimido. Quienes proponen restaurarlo para inculcarle "valores" a nuestra juventud, no saben de qué hablan.

Maipú. Al presentarle mi documento al titular de la mesa, me dijo: "Usted no vive en Viamonte 752". Me quedé helado. Mientras -muerto de miedo, pues era mi "bautismo electoral"- intentaba balbucear una respuesta, me entregó el sobre, me indicó la ubicación del cuarto oscuro y me dijo: "Vaya no más". Vuelto a la mesa electoral, al tiempo que insertaba el sobre en la urna, más calmo, le pregunté: "y usted, ¿cómo sabe que yo no vivo en Viamonte 752?". "Porque yo vivo en Viamonte 752", fue su respuesta (increíble: durante años había trabajado en un edificio de 10 departamentos, y nunca lo había visto).

A efectos de conseguir un buen destino, además de declarar un domicilio en la ciudad de Buenos Aires hice un par de cosas más: hablé con un general amigo de Lorenzo Dagnino Pastore, quien no se preocupó demasiado por el asunto; quien sí lo hizo fue un teniente coronel, quien en 1965 había sido alumno mío en la UCA, y que me tenía cariño; con él fuimos a una oficina a ver a un amigo suyo (este contacto, me parece, fue crucial). Citado para la revisión médica en la segunda quincena de enero de 1966, y detectada la presencia de... (no voy a nombrar el problema, no sea cosa que un ejemplar de este libro caiga en manos de algún futuro enemigo de Argentina, y le ayude a mejorar la estrategia de lucha frente a un Ejército del cual, eventualmente, yo habría de formar parte), pedí junta médica, lo cual finalmente no me salvó del servicio militar (la junta ratificó el apto relativo de la revisión original), pero sí de tener que hacer "campana" (30 días de ejercicios en el campo). Cuando le dije a mi novia que a pesar del problema tenía que hacer el servicio militar, se puso tan triste que me hizo pensar que no le hubiera dolido tanto si le hubiera dicho: "Any, no tengo que hacer la colimba porque tengo cáncer". Finalmente, un día de marzo me llegó la citación para que me presentara en Palermo, a efectos de saber en qué destino habría de cumplir el servicio militar.

. . .

Me mandaron al Distrito Militar Buenos Aires (DMBA), que funcionaba en Balcarce 362. Trabajo de oficina (yo archivaba), horario envidiable (por las mañanas, lunes a viernes), guardias en lugar cubierto (hice guardia con pistola, antes de disparar 2 tiros en el sector de armas cortas del Tiro Federal), oficiales y suboficiales con razonable nivel de preparación (cuando una persona que vivía en el interior vino a la oficina a pedir un papel que necesitaba para renovar un documento, sin el cual no podía trabajar, mi jefe no le pudo conseguir dicho papel pero al verlo llorar sacó plata de su bolsillo para que pudiera comer), eran características que poco tenían que ver con lo que uno imagina es el servicio militar (la única vez que trabajamos fuerte -hasta encerramos los pisos- fue en la víspera de una inspección).

Una o 2 veces por semana, por la tarde, hacíamos ejercicios físicos en Palermo. En una de dichas ocasiones un suboficial hizo un censo de recursos humanos... pensando en su bienestar, no en el del Ejército. La pregunta "vos; ¿qué sabes hacer?" generaba respuestas como "manejar", "pintar", "reparar muebles", etc. o, como en mi caso, "soy licenciado en economía". Lo cual era sinónimo de inútil hasta que un día un oficial me llevó a una oficina, donde otro oficial necesitaba un economista (un contador, o cualquier persona con sentido común, hubiera sido lo mismo). Había desarrollado un sistema por el cual "n" personas compraban igual cantidad de autos, pagando mensualmente cada una de ellas la enésima parte del precio que

tendría el auto en cada mes, determinándose por sorteo el orden en el cual cada uno de los participantes se juntaría con su auto. El esquema, elemental, no tenía fallas; así se lo dije luego de analizarlo breves instantes. Me lo agradeció y volví a la sesión de gimnasia.

La tarea principal del DMBA es la de preparar la documentación necesaria para incorporar la próxima camada de soldados; consecuentemente, el trabajo aumenta a medida que avanza el año (en aquel entonces, las cédulas de citación se manuscibían). En el DMBA, entonces, no hay "primera baja", porque la dotación humana se necesita completa a fin de año. Por eso, al mes de estar en el Distrito uno de los oficiales preguntó quién era casado (los casados que tienen hijos no hacen el servicio militar; los casados sin hijos obtienen la baja luego de la jura de la bandera y del desfile del 9 de julio). Respondí que no era casado, pero que me iba a casar el 4 de junio de ese año. Tuve que aguantarme las cargadas correspondientes (estoy convencido de que, con buen tino, tanto los oficiales como los suboficiales le complican cuanto pueden la vida a los soldados que se piensan casar mientras están haciendo el servicio militar, para evitar en lo posible los "casamientos por desesperación". A mí un capitán llegó a ofrecerme una promoción) y regresar a Palermo, para que me asignaran un nuevo destino.

. . .

Así fue como aterricé en el Grupo de Artillería 1 (GA1)-General Iriarte, con asiento en Ciudadela y, en un sentido fundamental, tomé contacto real con "el servicio militar". Ubicados a unas 10 cuadras de la estación, en el sector norte de Ciudadela, "los cuarteles", como se denomina popularmente a una construcción rodeada exteriormente por un paredón amarillo (todas las referencias corresponden a 1966), cobijan al GA1 y al GADA 101 (¿Grupo Antiaéreo de Artillería?).

El GA1 estaba formado por 6 baterías, cada una de las cuales contaba con aproximadamente 100 soldados. Cada batería tenía su barraca; los 6 edificios estaban ubicados a lo largo del ancho camino que nace en la entrada principal. Visto desde esta, el edificio de mi batería, la Tuyutí, era el del medio del lado derecho.

Presumo que las 6 barracas eran iguales: construcción de material, en una sola planta, por el medio se ingresaba en un gran salón, sin divisiones, donde -perpendiculares a la pared- había una doble fila de camas marineras (¿dónde dormía yo, arriba o abajo?). Entre cama y cama, un mueble de madera -¡sin puertas!- servía de cofre para guardar nuestras pertenencias (considerando las circunstancias, observé muy pocos hurtos). En la mitad de la barraca, pero en el contrafrente, había baños y duchas (calientes, cuando funcionaba la caldera; la ducha no era diaria), y en una de las puntas estaban la oficina del jefe de la batería (un capitán) y el dormitorio que ocupaba el suboficial que estaba "de semana" (a cargo de la batería durante toda una semana, quien tenía franco para ir hasta su casa el miércoles por la tarde).

Al resto de los edificios los recuerdo menos: a la izquierda de la entrada principal funcionaba la guardia, dentro de cuyas instalaciones estaba el calabozo; a la derecha el casino

de oficiales; y además de estos, y de los edificios de las barracas, en "los cuarteles de Ciudadela" había comedor, sala de armas, depósito, escuelita, baños externos, etc.

La vulnerabilidad que en aquel momento tenían las instalaciones queda dramáticamente documentada por la siguiente anécdota: mi tía Clarita, con su familia, vivía a media cuadra de los cuarteles. Una tarde, estando yo dentro de mi barraca, veo a su hijo, mi primo Juan Ramón, quien entonces tendría 8 o 9 años. "Tomá, Juancar, te lo manda mi mamá", me dijo, mientras me entregaba un paquete que contenía un sándwich. "¿Por dónde entraste?", le pregunté. "Dando la vuelta por atrás", fue su respuesta.

Así como cuando el destino militar es una oficina, la unidad de medida típica es el día, en un cuartel la unidad natural es la semana: se ingresa el domingo por la noche y se sale, con suerte, el próximo sábado al mediodía (los soldados que vivían en el interior generalmente elegían no salir, para poder seguir comiendo el fin de semana). No había visitas, diarios, radio o televisión durante la semana (aprendí a coserme un botón que saltó de mi bragueta, cosa que nunca hubiera ocurrido de tener salida diaria). Mientras yo estaba en Ciudadela, Any preparaba los detalles de nuestro casamiento. Un día de semana vino al cuartel, y sentados en un banco que había frente a la guardia analizamos algunas cuestiones que había que decidir, incluyendo el texto de las participaciones.

En Ciudadela, el día de semana típico comenzaba muy temprano, desayunando mate cocido (los fabricantes de yerba tienen que saber que esto aumenta la demanda del producto mientras uno está bajo bandera, al precio de hacerla desaparecer durante el resto de la vida); seguía con el saludo al jefe de la guarnición; alguna actividad -maniobras en el campo ubicado al fondo de los cuarteles, una o 2 veces durante el mes que estuve en Ciudadela (lo que sé de armas lo aprendí rindiendo las condiciones de tiro), la práctica para el desfile del 9 de julio, con mucha mayor frecuencia (el entrenamiento comienza 2 o 3 meses antes)-; almuerzo; descanso; otra actividad parecida a la de la mañana; un período de descanso, que quienes no habían completado la escuela primaria utilizaban para ir a la escuela que funcionaba dentro del cuartel... y es notable la cantidad de soldados que iban; cena; un rato para holgazanear en la galería que había delante de la barraca; y a dormir, previa lectura del orden del día (¿no habría que leerlo a la mañana?). El sábado por la mañana prácticamente no había actividad, salvo uno en que, de rodillas y con la mano, tuvimos que cortar el pasto que había delante de la barraca, lo que con tal de salir hicimos con mayor prolijidad que si hubiéramos utilizado la mejor cortadora de césped del mundo. Cada 6 días, a cada batería le correspondía hacer guardia, lo cual implicaba vigilar el exterior de todo el cuartel.

No tengo anécdotas de los oficiales, tengo unas pocas de los suboficiales, y muchas más -y gratas, por cierto- de los otros soldados. 2 anécdotas que recuerdo con suboficiales ocurrieron mientras hice guardia, por lo que conviene comenzar por describirla. El sistema de guardias tiene un ciclo de 6 horas: 2 horas apostado (la guardia estricta, cumpliendo objetivos que se denominan consignas), 2 de descanso, seguidas por 2 horas "de imaginaria" -preparación para la próxima guardia, sin armas-. En 1966 nadie, esto es, ni los militares de carrera ni alguno de los soldados, esperaba que el cuartel fuese asaltado (al comenzar la primera guardia nocturna -era otoño- confundí el ruido de las hojas caídas con una invasión enemiga, pero aprendí a distinguirlos en minutos), de manera que para todos la guardia era un "rito" que había que

cumplir, cuyo costo -algo más de una vez por semana- era dormir vestidos e incómodos (por esta razón, no me preocupó mucho hacer guardia con un fusil ametralladora con el cual no había disparado nunca).

Ambas anécdotas documentan la camaradería que se genera entre suboficiales y soldados, quienes en ese momento -por encima de sus respectivos rangos- son seres humanos que transitoriamente tienen que dormir mal. Cuando termina cada turno de 2 horas, el soldado que entrega la guardia se para delante de quien la recibe, y dice textualmente: "En presencia del cabo de cuarto y sin novedad, entrego la guardia con las siguientes consignas (y las detalla)". Como una noche el reemplazo se hizo con 30 minutos de demora, cuando entregué la guardia dije textualmente: "En presencia de mi cabo de cuarto, sin novedad, y con media hora de demora, entrego la guardia con las siguientes consignas". "Cállese, soldado", me dijo el suboficial, mientras se reía. La otra anécdota ocurrió en el lugar que ocupábamos mientras hacíamos imaginaria. Hacíamos guardia portando un Fusil Automático Liviano (FAL), que tenía un cargador para 20 cartuchos. Como en el fondo del cargador hay un resorte, para que efectuado un disparo el próximo cartucho esté listo para ser disparado, a medida que se meten más cartuchos en el cargador la presión que hay que ejercer aumenta. Un suboficial, viendo lo que me costaba cargar los últimos, me aconsejó: "Saque los que ya puso, y así le va a resultar más fácil colocar el resto" (un absurdo, claramente). Sintiéndome burlado, recordé una de las afirmaciones preferidas del maestro García y dije: "Porque uno sea tonto no lo tienen que tomar por estúpido". Hubo un momento de silencio total, hasta que el suboficial optó por reír... y todos los presentes lo imitamos.

Una tercera anécdota muestra cómo, más allá de lo que disponen los reglamentos, a veces hay que negociar para poder solucionar problemas. Un día entré en un depósito y escuché una conversación entre un suboficial y alguien que, aunque vestido de soldado, claramente tenía muchos más que 21 años. Era un desertor, cuya situación se complicaba cada vez más porque, de tanto en tanto, se escapaba... de un cuartel que, como probó mi primo, desde el punto de vista de la entrada y la salida era un verdadero "colador". El tenor de la conversación era increíble; el suboficial le rogaba al soldado que no se escapara más, así podía cumplir con el servicio militar de una vez por todas. Terminaron negociando una cortada de césped con cierta frecuencia, durante cierto tiempo.

El conjunto de soldados que cumplíamos el servicio militar en Ciudadela era un muestrario de la juventud de todo el país, y ésta fue una vivencia muy importante para todos; para los porteños quienes, como nuestra imaginación es limitada, no podíamos concebir que alguien no hubiera terminado su educación primaria, no supiera cómo utilizar la ducha, viviera con alguien con quien no estuviera casado o en su vida no hubiera sido revisado por un médico (otros porteños tenían que aprender más que yo, como por ejemplo aquellos que van a la revisión de Palermo de la mano de la mamá); y también, presumo, para nuestros compatriotas que vivían en el interior del país (en Ciudadela nos integramos todos; no había una "barra" de Buenos Aires y otra del interior).

Con mi tía a media cuadra y algún peso en el bolsillo, tenía a mi disposición la cantina familiar y la del cuartel; pero no cualquier soldado estaba en la misma situación. Muchos querían sentarse a mi lado en las comidas porque, como no como fruta (el postre obligado en el

Ejército), se la pasaba a quien tuviera más cerca (el primer día rechacé la mandarina que me tocaba; quien estaba enfrente de mí me miró como diciendo: "¡Que hacés, pasámela a mí!", cosa que desde entonces hice). Obviamente no comíamos caviar, pero en Ciudadela en modo alguno nos moríamos de hambre (la polenta, como el mate cocido, fueron muy frecuentes en mi dieta de esos meses, y desaparecieron por completo de ahí en más).

Uno de los soldados que vivía en el interior trajo de su casa su guitarra, con la cual amenizaba el rato que había entre la cena y el momento de ir a dormir; a otro le dieron unos días de permiso para ir a su casa, para ayudarle a la familia a levantar la cosecha; me di cuenta de la importancia que tienen las comunicaciones para todo aquel que tenía la familia lejos, el día que trabajé de "soldado-correo", repartiendo la correspondencia que llegó a los cuarteles. Todas estas fueron para mi experiencias muy valiosas.

Además, en el cuartel pasaban cosas que sólo ocurren en el cuartel. Inexplicablemente, como dije, en las baterías el orden del día se leía antes de ir a dormir, estando todos en posición de firmes, en calzoncillos, al pie de la cama. Presidida por un suboficial, la lectura del documento estaba a cargo de un soldado. El orden del día comienza con "efemérides", una descripción muy breve donde -obviamente- uno de los nuestros, en inferioridad de condiciones, pone en jaque a 50 de los enemigos. Como el lector comprenderá, nadie le presta ninguna atención a la lectura del orden del día, porque todo el mundo quiere irse a dormir. Un día, luego de la lectura, el suboficial de semana preguntó: "Soldado `x´; ¿qué pasó el -digamos- 2 de mayo de 1812?" (lo que se acababa de relatar en efemérides). Silencio total. Luego de una indignada arenga por parte del suboficial, y previo ablandamiento con algunos "cuerpo a tierra, firme, cuerpo a tierra, etc.", el suboficial hizo leer nuevamente el orden del día, terminado lo cual preguntó: "Soldado `y´; ¿qué pasó el...?". Nuevamente, silencio total. Más arenga, más cuerpos a tierra y firme, nueva lectura, y esta vez la pregunta, dirigida a 100 soldados, fue la siguiente: "¿Quién sabe qué pasó el...?". Ahora por temor a fallar, nuevamente el silencio fue total. Así nos pasamos un par de horas, hasta que de a poco, entre todos, balbuceando, fuimos reconstruyendo lo que había pasado en la fecha referida (entre paréntesis; ¿qué fue lo que finalmente había pasado?).

Utilizando parte de mis conocimientos, en Ciudadela hice 2 tareas específicas: traduje del inglés las instrucciones que había en algunos camiones, y armé un cuadro a 2 columnas, donde la de la izquierda tenía los números naturales y la de la derecha, cada uno de los números de la de la izquierda multiplicado por 4. En ninguno de los 2 menesteres me agoté, precisamente.

Todo hacía pensar que en Ciudadela juraría la bandera, y que participaría del desfile del 9 de julio, pero no fue así. Porque un día el capitán de la Tuyutí reunió a todos los soldados de su batería que estaban casados o se estaban por casar (¡12, sobre un total de 100!) y nos preguntó quién de nosotros sabía escribir a máquina. Yo era el único. A raíz de lo cual, luego de 2 meses de estar bajo bandera, pasé a mi tercer -y último- destino: la entonces Enfermería Maldonado (en liquidación), hoy Hospital Maldonado (¿no es genial?; estaban por liquidar una enfermería, y hoy es un hospital), cuyo edificio está ubicado a la izquierda de la entrada principal de Palermo.



. . .

Así como cuando me trasladaron del Distrito a Ciudadela llegué a un cuartel con mentalidad de oficina, cuando pasé de Ciudadela a la enfermería Maldonado llegué a una oficina con mentalidad de cuartel. "Parte para el suboficial mayor Balmaceda", grité con toda la voz que tenía en el hall de entrada de la enfermería. Apareció un simpático señor de guardapolvo, con insignias de suboficial mayor, quien me tomó del brazo mientras me decía: "Tranquilo, pibe, qué te pasa". Le expliqué que me habían enviado del GA1. Balmaceda, quien ignoraba o había olvidado que había pedido un dactilógrafo, hizo la pregunta clásica: "¿Qué sabes hacer?". "Soy licenciado en economía", respondí, lo cual a Balmaceda lo dejó indiferente. "Y además sé escribir a máquina", agregué. Al oír esto sus ojos se agrandaron, al tiempo que dijo: "¡Sabes escribir a máquina!; vení para acá, entonces", y me llevó a la oficina de la enfermería, previo paso por el despacho del jefe de la Maldonado, un coronel dentista, delante de quien volví a mostrar los bríos que había adquirido en Ciudadela, los que también desalentó de cuajo con un "Cálmese, soldado".

[Trabajar en la oficina de la enfermería no implicó no tener, llegado el caso, que hacer otras tareas. Como, por ejemplo, ayudar a lavar un auto que luego secamos con... gasa esterilizada. Esto, una locura desde el punto de vista de la asignación de los recursos escasos de una sociedad, se explicaba perfectamente porque, para los bolsillos del dueño del auto, el trapo de piso tenía algún costo, pero la gasa esterilizada no.]

Como el Distrito Militar Buenos Aires, la enfermería Maldonado tenía ritmo de oficina (salidas diarias, al mediodía; guardias en lugar cubierto, esta vez sin armas -en rigor, dormir dentro de la enfermería-; etc.). La diferencia con el DMBA fue que la Enfermería era una fiesta, que coloca en la categoría de poroto la película Mash. Era una fiesta por el clima que generaban los médicos y profesionales (enganchados en las Fuerzas Armadas, pero claramente no militares en sentido estricto) que allí trabajaban, así como los soldados que colaborábamos con ellos (los que estudiaban medicina y odontología eran catalogados como soldados enfermeros; el resto éramos "camilleros". Tal la especialidad que figura en mi libreta de enrolamiento, y con la cual voy a ser convocado por el Ejército en caso de necesidad). En la Maldonado no solamente se podía estudiar, sino que entre los médicos y los estudiantes de medicina desarrollaban verdaderos seminarios, cada vez que el trabajo lo permitía... es decir, muy frecuentemente. Esto, claramente, resentía los aspectos estrictamente militares de nuestra preparación: por ejemplo, no pudimos jurar la bandera el 20 de junio, como el resto de los soldados... porque no sabíamos desfilar (una semana después, luego de "intensas" prácticas, lo hicimos en una suerte de ceremonia privada, en un rincón de las instalaciones de Palermo).

La siguiente anécdota muestra claramente cómo funcionaba la enfermería en ese entonces: según el reglamento, la guardia vespertina y la nocturna estaban a cargo de un suboficial y un par de soldados. El suboficial no la cumplía y entonces los soldados cerrábamos todo y nos poníamos a dormir. Una medianoche reventó un caño de agua, que inundó por

completo el sótano de la enfermería, de lo cual se tuvo conocimiento cuando comenzó la actividad, a las 7 de la mañana. A eso de las 11 los bomberos desagotaron el sótano (2 soldados, contra 3 días de franco, se encargaron de la limpieza correspondiente). Terminado el episodio, uno de los médicos me hizo poner una hoja en la máquina y dictó el siguiente acta: "Hoy a las 2 de la mañana reventó un caño. De inmediato la guardia de la enfermería dio cuenta a la guardia general, quien de inmediato dio parte a los bomberos... los cuales llegaron a las 11 horas". Luego de lo cual firmó.

Cuando me casé estaba haciendo el servicio militar en la enfermería. Para la luna de miel, Balmaceda me dio una semana de franco, que como ya conté pasamos con Any en Mar del Plata. Más interesante todavía es el hecho de que el 28 de junio de 1966, cuando Onganía le hizo la Revolución Argentina a Illia, yo estaba bajo bandera. Recuerdo que ese día, al salir de la enfermería Maldonado pasé por Ciudadela para verificar la marcha de los trámites referidos a mi baja. No noté nada raro (en particular, me dejaron salir del cuartel como si tal cosa) y en San Antonio de Padua durante el resto del día no prendí la radio. Dicho de otra manera: que en Argentina hubo un golpe de Estado me enteré a las 6 de la mañana del día siguiente cuando, como habitualmente, compré Clarín. Al llegar a la enfermería como todos los días me encontré con que los otros soldados, en cuanto se enteraron, habían vuelto a la enfermería, pasando la noche "acuartelados" en la Maldonado... y también me encontré con Balmaceda queriéndome matar ("Estoy recién casado" dije para disculparme, explicación que lo calmó porque son escasísimos los hombres que no "aflojan" cuando una falencia se debe a que el otro hombre estuvo con una mujer). En vez de salir a mediodía nos quedamos hasta la tarde. Entonces el coronel-dentista dispuso que podían irse a sus casas sólo aquellos que tuvieran teléfono. Yo no tenía, pero en mi carácter de "recién casado" igual me dejó ir... y prometí esta vez escuchar la radio.

La Revolución Argentina no obstaculizó la baja de los soldados casados, luego de la jura de la bandera y el desfile del 9 de julio. Así que en la mañana del lunes 18 de julio, en Ciudadela, me entregaron la libreta de enrolamiento "firmada". Any, ya mi esposa, me estaba esperando en la puerta del cuartel. Contentísimos, nos fuimos a festejar; 6 días más tarde viajaba a los Estados Unidos, para estudiar en Harvard.

Desde el punto de vista castrense, la preparación que recibí en el servicio militar fue prácticamente nula; desde el punto de vista humano, estuve expuesto a algunas experiencias difíciles de lograr fuera del servicio militar. Perdí todo contacto con quienes estuvieron bajo bandera conmigo. Espero haberle transmitido al lector que recuerdo con cariño mi paso por el Ejército.

[Recuerdo el apellido de un sólo suboficial, y ninguno de los de los oficiales. ¿Por qué?]

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

17

### MINISTERIO DE ECONOMIA

En marzo de 1969 José María Dagnino Pastore dejó el Ministerio de Economía de la provincia de Buenos Aires para hacerse cargo del CONADE. Héctor Luis Diéguez fue su subsecretario, puesto que conservó cuando 3 meses después José María fue nombrado ministro de economía y trabajo de la Nación, y en el CONADE fue sucedido por Eduardo Zalduendo (¿me equivoco, o Enrique Arzac fue uno de los directores?).

A pedido de Pastore, durante los referidos 3 meses trabajé en FIEL por la mañana, y en el CONADE por la tarde, como asesor personal suyo (la única tarea concreta que recuerdo fue la escritura de un discurso que leyó Pastore). Allí conocí a Enrique Blasco Garma, recién regresado de Chicago (seguí paso a paso las vueltas que tuvo que dar para retirar sus bártulos de la Aduana). Cuando se acaba de volver al país luego de realizar estudios de graduado, uno tiene la cabeza llena de ideas, monografías en preparación, etc.; es lógico que estos fueran los temas principales de conversación con alguien como Enrique, a quien le había ocurrido lo mismo; como durante el segundo semestre de 1968 me había pasado con Belozercovsky en FIEL. Con Blasco iniciamos una amistad que todavía no tuvo tiempo para cesar. Desde mi oficina de CONADE, que compartí con un doctor de apellido Ferraro, vi a través de la Plaza de Mayo cómo una de las enormes puertas de la casa central del Banco de la Nación, mató a una persona que quedó trabada al intentar salir del banco mientras las puertas se iban cerrando.

Cuando en junio Pastore bajó los 3 pisos que entonces separaban la sede del CONADE del despacho ministerial para reemplazar a Adalbert Krieger Vasena, sencillamente lo seguí, iniciando una de las experiencias más excitantes e instructivas de mi desarrollo profesional. En este capítulo de ladrillos no voy a hablar, ya que lo hice cuando relaté mi primer paso por el CONADE; y del contenido de la política económica de José María por ahora tampoco.

[Tan valiosa considero esta experiencia, que cada vez que algún joven economista me pregunta qué me parece que él -o ella- pase un año trabajando en "Economía" (como taquigráficamente los economistas designamos al Ministerio de Economía de la Nación), mi respuesta es un entusiasta y casi incondicional "metele no más". Haber estado expuesto durante un año a lo que ocurre en Economía me permite comprender la siguiente afirmación de un amigo mío: "después de haber sido presidente del Banco Central, todo me parece aburrido".]

Dagnino Pastore obtuvo una cartera en el Gabinete Nacional como parte de la reorganización dispuesta por el presidente Onganía como consecuencia del "Cordobazo", sucesión de hechos de violencia que ocurrieron en Córdoba el 29 y 30 de mayo de 1969 (no menos de 6 ministros fueron reemplazados; el general Imaz, hasta entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires, ocupó la cartera de Interior y, consecuentemente, pasó de jefe a colega de José María). El día que puso su mano derecha sobre los santos Evangelios, Pastore tenía 35 años (¿es, como creo, el ministro de economía de la Nación más joven de Argentina?).

[Onganía no reemplazó a Krieger por Pastore por tener un diagnóstico economicista del Cordobazo, sino por "simetría ideológica", al tener que reemplazar a Guillermo Borda, ministro del Interior de ideas nacionalistas. En un reportaje que yo le hice en 1982, Krieger aclaró que la politización que, particularmente después de Onganía, se apoderó de la Revolución Argentina, aún a él mismo le hubiera hecho imposible continuar con el programa económico introducido a comienzos de 1967 (ver La economía que hoy hice - vol. II, El Cronista Comercial, 1986).]

El de Economía era en ese momento un verdadero superministerio, ya que incluía Trabajo y Obras Públicas (la separación de Obras Públicas de la órbita de Economía, finalizada en 1991, resultó de una decisión adoptada por el propio Pastore en 1970). Con la excepción del de Hacienda, Pastore ratificó a todos los secretarios que colaboraban con Krieger (Luis Mey fue su secretario de Hacienda, cargo que también tenía cuando José María era ministro en La Plata); Rubens San Sebastián ocupaba la Secretaría de Trabajo, Raúl Peyceré la de Industria, Lorenzo Raggio la de Agricultura, Elbio Baldinelli la de Comercio Exterior, etc. En la presidencia del Banco Central, Egidio Iannella reemplazó a Pedro Real.

El organigrama del ministerio era muy simple en aquella época: debajo de Pastore estaban la crucial Subsecretaría de Economía (cargo que en la era Krieger ocuparon Raúl Ondarts -fallecido en noviembre de 1979 en un accidente aéreo, yendo a Ushuaia para participar en un coloquio de IDEA- y Enrique Folcini, quien a pedido de Pastore permaneció en su puesto algunos meses más, y luego fue reemplazado por Mario Brodersohn); una subsecretaría que se ocupaba de inversiones extranjeras, a cargo de Guillermo Walter Klein (h.); y una tercera que evaluaba proyectos de inversión, a cargo de Esteban Villar.

De la Subsecretaría de Economía, a su vez, dependían 3 direcciones nacionales: la crucial Dirección Nacional de Política Económica (vacante, por la renuncia de su titular... Lorenzo Sigaut, quien volvió a su puesto de economista en la Oficina de Estudios para la Cooperación Económica Internacional (OECEI, dependiente de la FIAT). Muchos años antes

este puesto había sido ocupado por el mismísimo Roberto T. Alemann); la Dirección Nacional de Política Tarifaria y de Importaciones (también vacante, de cuya existencia poquísimos tenían conocimiento); y la Dirección Nacional de Análisis de Coyuntura, a cargo de Horacio Arce, quien continuó en su puesto.

¿Cómo funcionaba Economía cuando llegamos "los hombres de Pastore"? Un par de rasgos principales aparecen en mi memoria: 1) Folcini integrando el funcionamiento operativo del ministerio, más allá de lo que decía el organigrama; y 2) los licenciados en economía trabajando como "escribas", mientras los contadores y los viejos doctores en ciencias económicas "hacían" la política económica, un proceso que comenzó a cambiar durante la gestión Krieger (no sé cuánto de la política económica se hacía en la subsecretaría a cargo de Folcini, pero a mis ojos de entonces era toda).

En lo que tanto entonces como ahora me pareció una excelente costumbre, una o 2 veces por semana Folcini presidía en su despacho una reunión informativa de no más de una hora de duración, a la cual invitaba a los otros subsecretarios, al personal a su cargo, así como a algunos funcionarios de la Secretaría de Hacienda (por orden alfabético, como concurrentes a dichas reuniones recuerdo a Arce, Héctor Bonardi, Miguel Angel Cuervo, Raúl Fernández, Guillermo Walter Klein -h.-, Carlos Leyba -a quien luego encontré estudiando en Bruselas-, Roberto Lowenstein, Carlos Mujica, Juan Olivero, Dante Simone -quien se inmortalizó cuando, frente a la presentación de un programa monetario que hizo un colega, según el cual se podía emitir sin temor a la inflación porque implícitamente la demanda de dinero era totalmente pasiva, dijo textualmente: "Vos crees en los Reyes Magos"-, Francisco Soldati hijo -a cargo de negociaciones de préstamos internacionales, quien no sé de quién dependía-, y Villar). Folcini, con quien nos conocíamos del CONADE de 1963 (a donde Krieger había acudido en 1967 para formar su equipo técnico), y a quien ya había visitado en su despacho de subsecretario cuando a mi vuelta de Harvard escribí una formalmente correcta pero irrelevante nota sobre salarios, desde que llegué al ministerio me invitó a participar en esas reuniones, en las cuales se pasaba sucinta revista a lo que estaba sucediendo (primero hablaba el resto y luego Enrique).

[Las buenas iniciativas a veces sobreviven a su propósito original. Desde por lo menos 1984, todos los lunes un conjunto de economistas nos reunimos a almorzar en la oficina de Folcini, para intercambiar ideas sobre la marcha de la economía, contar cuentos, etc. Además del dueño de casa Ricardo Arancedo, José Luis Blanco, Martín Lagos, Alfonso Martínez, Dante Simone, Domingo Stamati, Alberto Ugalde y Ludovico Videla son habitués en los mencionados encuentros, a los que desde 1991 rara vez concurre -cosa que lamento- porque coinciden con mi horario de clases en la universidad de San Andrés.]

Mi otra vivencia inicial tiene que ver con la labor de los economistas en el Ministerio de Economía. En 1965 o 66 el Banco Central había inaugurado la costumbre de publicar un informe trimestral sobre la marcha de la economía, al estilo de los que, como dije, Ferrer preparaba en el IDES. La tarea estaba a cargo de un equipo liderado por Adolfo Buscaglia. Como el contenido de uno de dichos informes a Krieger no le gustó, "democráticamente" ordenó su fallecimiento, junto al simultáneo nacimiento de un informe similar, elaborado en

Economía. Así nació la Dirección Nacional de Análisis de Coyuntura, a cargo de Arce, en la que trabajaban Cuervo, Leyba y Lowenstein (simpático trío que durante muchos años, y luego en el sector privado, siguió trabajando tan unidos como Melchor, Gaspar y Baltasar). Formalmente dentro del ministerio, Arce y sus muchachos trabajaban "como si" estuvieran fuera de él, proporcionando una "visión independiente" de lo que estaba ocurriendo... hasta el momento de escribir el informe, muy bueno en estadísticas, prudente en sus apreciaciones (en la época de Krieger la economía "funcionaba", de modo que el sacrificio intelectual que tenían que hacer Arce y su equipo no era grande). El punto que quiero destacar es el uso que entonces se les daba en el ministerio a los "modernos" licenciados en economía: eran escribas de decisiones que adoptaban otros; hasta poco tiempo antes la "cocina" de la política económica había estado en manos de los contadores y los viejos doctores en ciencias económicas (algo ha cambiado en Argentina).

. . .

Al Ministerio de Economía de la Nación llegué a mediados de 1969, suspendiendo mi labor en FIEL ahora por completo, y abandonando también mi primera incursión periodística, que voy a contar en detalle más adelante (hoy la hubiera conservado, para ayudar a que existan vías de expresión para la perspectiva oficial de los acontecimientos; pero en ese momento -pese al nada despreciable sacrificio financiero que significó, y pese también a que se trataba de una columna no firmada- los planos periodístico y de funcionario me parecieron totalmente incompatibles entre sí). Douglas Steed, a quien conocía de FIEL, fue nombrado jefe de asesores de Pastore; con él convivimos en una oficina los 2 flamantes arribados: Arturo C. Meyer, a quien también había conocido en FIEL cuando venía a buscar material para su tesis doctoral, y yo. La convivencia duró poco, porque algunos días después Steed "desapareció" al ser nombrado, si mal no recuerdo, vicepresidente del Banco Industrial (hoy ex banco Nacional de Desarrollo).

El ministro de economía de una Nación tiene varios tópicos en su agenda más importantes que la asignación de cargos a un par de jóvenes profesionales, de manera que Meyer y yo, conjeturando mucho y trabajando poco, en la oficina que ocupábamos simplemente esperamos "la llamada". La cual se produjo en la mañana del 30 de junio (recuerdo la fecha porque la conversación que entre Pastore y nosotros 2 se desarrolló en su despacho, al que en ese momento accedí por primera vez en mi vida, comenzó con las siguientes palabras de José María: "Acaban de matar a (el líder sindical Augusto Timoteo) Vandor". Superado el shock, el meticuloso Pastore desplegó delante de nosotros el organigrama del ministerio, al tiempo que nos dijo: "Tengo 2 vacantes; la Dirección Nacional de Política Económica y una de las 10 asesorías que me aprobó Onganía. Pónganse de acuerdo entre ustedes y me dicen". Era obvio que tanto Arturo como yo deseábamos la mencionada dirección, puesto que estaba "a muchos cuerpos" de cualquier otro (por la índole de las tareas, por el protocolo -el director nacional de política económica integró la selecta comitiva que acompañó al ministro en su gira europea y americana-, y por el status -dicha dirección era la única que tenía asignado auto (un Valiant negro), aunque sin chofer, el resto sólo teníamos derecho a estacionar en la playa subterránea que existe en el subsuelo del Palacio de Hacienda-; y también era obvio que entre nosotros no había cómo ponernos de acuerdo. Decidimos,

consecuentemente, tirar una moneda al aire. Ganó él. Así fue como Meyer resulto designado director nacional y yo me convertí en el primero de los asesores de Pastore (Arturo, quien en ese momento dirigía la biblioteca de economía de Amorrortu, luego del sorteo abrió su maletín y me regaló un ejemplar de la Microeconomía de Vickrey, en el que escribió la siguiente dedicatoria: "Te lo ganaste; ¿o te la perdiste?").

[El estresante sistema de asignación de cargos que acabo de describir en modo alguno alteró nuestra amistad de entonces, que cultivamos durante el año que compartimos en Economía (en particular comiendo en 05, ubicado en Paraná 1209, que entonces ofrecía asequibles "almuerzos ejecutivos"), y que continúa intacta hasta nuestros días.]

Mario Brodersohn, a quien yo conocía del Di Tella, reemplazó a Steed como jefe de asesores, organizando la actividad de unas 6 u 8 personas entre las que, por orden alfabético, recuerdo a Luis Fava (encargado de cuestiones laborales), Ricardo Halperín (temas financieros), un muchacho de apellido Piñeiro, Jorge Tersoglio (cuestiones agropecuarias) y yo (ningún sector en particular). Con posterioridad se sumó al grupo Julio Berlinski, quien estaba terminando su tesis doctoral en Harvard, para organizar un conjunto de indicadores útiles para analizar la coyuntura económica, complementando la labor del grupo liderado por Arce (en las reuniones de trabajo referidas a este tema, el riguroso Pastore insistió una y otra vez en la necesidad de generar indicadores a partir de "las identidades", única forma de poder contar con un conjunto consistente de datos. No tuvo éxito).

La política económica no es sólo técnica sino también administración y política. Para que le "moviera los papeles" Pastore trajo de La Plata a José Casas, un macanudísimo muchacho a través del cual se desarrolló uno de los diálogos más jugosos que escuché en el ministerio (destaco la forma de ser de Casas, porque en ese momento la operatoria administrativa del ministerio para mí no tenía ninguna importancia); y para que lo asesorara políticamente incorporó al mayor Alberto Schilling, de quien -encargado de prensa- dependía Carlos Cañete, quien lamentablemente falleció viajando de Tucumán hacia Buenos Aires en un avión de Austral que se estrelló antes de aterrizar (en el vuelo anterior, de Buenos Aires a Tucumán, entre otros pasajeros viajó mi querido amigo Raúl Macchi).

A su manera también formó parte del equipo, aunque hacía mucho tiempo que trabajaba en el ministerio cuando llegó Pastore, quien encabeza mi lista de personajes de Economía de ese entonces: Luis (el "Negro") Costa, mayordomo personal del ministro de economía de turno. De avanzada edad (¿vive?), para Costa quienquiera que fuese el ministro de economía, el mismo era sagrado. El propio Costa me contó que el 15 de junio de 1955 mandó a su casa a Pedro Bonanni, entonces titular del equipo económico, mientras él ordenaba los papeles de su escritorio en momentos en que la Marina bombardeaba Plaza de Mayo (por años los mármoles de la puerta de entrada del Palacio de Hacienda reflejaron la forma en que el edificio fue castigado por los disparos); y también me contó que con su propio cuerpo defendió la puerta de acceso a la oficina del ministro, cuando algunos asalariados descontentos por los bonos 9 de julio querían "conversar" con el entonces ministro Alsogaray. Soy testigo presencial de la siguiente anécdota: un día Pastore organizó un almuerzo para que nos conociéramos sus

secretarios y sus asesores (en total, alrededor de una docena y media de personas, sentadas alrededor de una gran mesa ovalada ubicada en el salón de cuadros del ministerio). Costa apareció con una enorme fuente llena de bifés y, dirigiéndose primero a Pastore, en voz audible le dijo: "El del medio es de lomo". A José María le decíamos que cada vez que quisiera verificar si seguía siendo ministro, lo que tenía que hacer era pedirle un café a Costa y calcular cuánto tardaba. Cuando en mayo de 1971 el gobierno pensaba en eliminar el cargo de ministro de economía de la Nación, Mercado, atinadamente, le preguntó al negro Costa qué opinaba. Su respuesta fue la siguiente: "Economía es un ministerio demasiado importante para ser suprimido: hay muchos rumores pero creo que las cosas van a seguir como están" ("El nombre es lo de menos", Mercado, 2, 97, 20 de mayo de 1971). Finalmente eliminaron el cargo pero, claro está, no pudieron eliminar la función.

Del resto de los ordenanzas tengo un par de anécdotas, la primera inocente y la otra escalofriante. Quien me servía café un día me propuso, por cierta suma de dinero, servirme "del café del ministro". Accedí, pensando en las terribles consecuencias de la negativa. El otro episodio, mucho más grave, ocurrió al finalizar la gestión de Pastore. Aparecieron en el ministerio un par de funcionarios de la SIDE, preguntando por "los micrófonos". Uno de los ordenanzas que nos habían atendido durante todo el año corrió uno de los armarios ubicados en el escritorio de Pastore, y los señaló. ¿Qué tal?

Cuando la realidad le dio un respiro, Pastore procedió a la reestructuración interna del ministerio. Aceptó la renuncia presentada por Folcini a la Subsecretaria de Economía y lo reemplazó por Brodersohn (Arturo, quien había soñado con el ascenso, supo que Onganía no quería subsecretarios menores de 30 años, condición que entonces no compartí pero que ahora, a mis 48, me parece razonable), a raíz de lo cual convirtió a Tersoglio en el nuevo jefe de asesores; me pasó de asesor a director nacional, poniéndome a cargo de la Dirección Nacional de Política Tarifaria y de Importaciones; y creó un par de direcciones nacionales más, lo que obligó a algunas refacciones en el contrafrente del quinto piso del Palacio de Hacienda, y a la importación, desde los Estados Unidos, de Miguel Bonangelino, a quien yo conocía de la UCA, y de Jorge Sakamoto, a quien había oído nombrar en el Di Tella (los 2 regresaron a Washington luego de trabajar con Pastore).

. . .

¿Qué es lo que hizo tan excitante mi paso por Economía? Las tareas que tuve entre manos, en alguna medida; pero mucho más los acontecimientos a los que estuve expuesto, cuyas enseñanzas me resultaron útiles desde entonces, permitiéndome, una década después, "saborear" y no meramente leer las Memorias de Henry Kissinger.

No escribí unas líneas imaginando qué esperaba encontrar en Economía, pero las ideas que entonces tenía resultan fácilmente reconstruibles a partir de las sorpresas que me llevé trabajando allí. Conocedor de la teoría de la política económica según el esquema desarrollado a partir de Tinbergen y Mundell, pero ignorante de lo que era y es la factura práctica de una política económica, creía que en el ministerio había tiempo, medios a disposición, colaboración del resto de los funcionarios e integrantes del sector privado involucrados, cuestiones sencillas



de resolver una vez que se planteaban claramente, etc. La realidad me hizo aterrizar de manera súbita.

[Para ayudar a corregir esto sin tener que pasar por el Ministerio de Economía, sirven las memorias que escriben los ex funcionarios. Si no me equivoco, Martínez de Hoz fue el único de los recientes ex ministros de economía que se tomó el trabajo de complementar sus discursos con un par de libros explicando su versión de la gestión que realizó (Bases para una Argentina moderna, 1976-80, edición del autor, 1981, y 15 años después, Emecé, 1991). Como sustituto imperfecto está mi colección de reportajes a, por orden alfabético, R. Alemann, Cavallo, Di Tella, Díz, Elizalde, Ferrer, Frigerio, J. Gil Díaz, González del Solar, Guadagni, Krieger, Mondelli, Rodrigo y Wehbe, incluida en La economía que yo hice, volúmenes I y II, El Cronista Comercial, 1980 y 1986 respectivamente.]

Una de las tareas que recuerdo haber hecho como asesor sirve para ilustrar lo que estoy diciendo. Consistió en construir series temporales de salarios reales, así como elaborar información sobre la evolución de la productividad (media) del trabajo en un conjunto de industrias, en ambos casos sobre la base de datos que compilaba el INDEC (entonces a cargo de Juan Vital Sourrouille), para proveer información objetiva a un debate crecientemente politizado.

No era una tarea complicada desde el punto de vista técnico, pero demoré bastante más de lo que esperaba al tener que hacerla en una institución que no tiene biblioteca propia, cuya oficina de asesores ministeriales -una misma habitación para todos- no contaba siquiera con una máquina de calcular, y cuya "dactilógrafa" no podía escribir a máquina... ¡porque le dolía la espalda! Para la presentación gráfica de las estadísticas sobre productividad laboral, Pastore consiguió la colaboración de los dibujantes del INDEC, los cuales estuvieron dispuestos a dar una mano... dentro su horario (cuando subí del piso 5o. al 12o, momentos después de las 20 horas, a ver cómo habían incorporado las correcciones que le hice a sus originales, me encontré con los gráficos... pero no con la gente).

Si la carencia de medios fue una sorpresa, la del "quién es quién" en cuanto al poder referido a ellos fue otra. La primera reunión que los asesores mantuvimos con Pastore, en el que luego se denominaría "salón Padilla", terminó en un literal "pedido de útiles" (calculadoras, escritorios, etc.). Luego de tomar prolija nota José María miró a Halperín, al tiempo que le decía: "Ricardo, vos que sos amigo del director de administración de Hacienda; ¿no podrías conseguir algo de todo esto?".

A raíz de la referida tarea aprendí que en Economía los recién llegados y los que ya estaban podíamos desarrollar relaciones cordiales en el plano personal pero no formábamos parte de una misma familia, que consecuentemente cada uno de los nuevos teníamos que arreglárnoslas por nuestra cuenta, y que desde el punto de vista del funcionamiento del ministerio los asesores son seres mucho más remotos que quienes trabajan en la "línea" (por eso me sentí mucho más "en casa" cuando me nombraron director nacional). Aquí viene a cuento la prometida anécdota que tuvo a Casas como intermediario. Para preparar un informe para

Pastore, Tersoglio necesitaba cierta información que tenía la subsecretaría de Folcini; no pudiéndola conseguir en forma directa (¿se la habrá pedido, o se la habrá exigido... "porque la necesitaba el ministro"?), la quiso obtener vía Casas. Este, en vez de llamar a Folcini por teléfono, utilizó el intercomunicador, por lo que Tersoglio, que estaba al lado de Casas, pudo escuchar que cuando Folcini recibió el pedido de información, dijo textualmente: "Dígale al ingeniero ese que se vaya a plantar verdurita".

[Lo cual es totalmente comprensible. ¿Qué funcionario le presenta a su ministro un informe oral, y en momento bien destacado de su exposición dice algo así como: "este informe no podría haber sido elaborado sin la crucial información generosamente proporcionada por Juan Pérez, ausente en esta reunión"?)

A pesar de esta falta de incentivos, en Economía es clara la necesidad de trabajar en equipo. Tanto cuando fui asesor de Pastore, como cuando me desempeñé como director nacional, Brodersohn fue mi jefe. Desde el punto de vista operativo Mario era el "antifolcini": nunca explicaba para qué necesitaba la tarea que pedía; le encargaba el mismo trabajo, al mismo tiempo, a más de una persona, lo cual solía emerger mientras almorzábamos y -tal como era de esperar- hablábamos de lo que estábamos haciendo; mentía hasta el último momento (como, por ejemplo, cuando a Meyer y a mí nos negó sistemáticamente que fuera a reemplazar a Folcini, cuando era claro que el decreto correspondiente se estaba tramitando), etc. Mario, entre otras cosas, vivía obsesionado por las posibles filtraciones a la prensa.

[Aclaro, por si no lo parece, que no estoy juzgando a Brodersohn, sino simplemente describiendo su estilo de trabajo, el cual ratificó cuando se desempeñó como secretario de Hacienda (que lo convirtió en un temible negociador de la deuda externa). Cuando a comienzos de 1989 una revista me preguntó: "¿Usted le compraría a Menem un auto usado?" respondí textualmente: "Sí, excepto que él se lo hubiera comprado a Mario Brodersohn". Ni el encontronazo personal que tuvimos en la reunión que la Asociación Argentina de Economía Política organizó en Mendoza a fines de 1978, ni el encontronazo telefónico que tuvimos a raíz de un programa de televisión que en noviembre de 1985 íbamos a hacer a propósito de la visita de Modigliani a Argentina, episodios que describiré más adelante, hicieron mella en nuestra amistad. Por supuesto que no personalizo en él la licuación que se produjo en lo que pagué en concepto de "ahorro" obligatorio.]

A Meyer Brodersohn le hizo una que, tanto a mis ojos de entonces como a los de ahora, resulta imperdonable. Por aquella época se había puesto de moda calcular anualmente el Presupuesto económico nacional. Como director nacional de política económica, Arturo tuvo a su cargo la confección de las proyecciones básicas. Para analizar el trabajo, Pastore citó a una reunión multitudinaria (secretarios, subsecretarios, directores nacionales y asesores). Para terminarlo Meyer trabajó durante toda la víspera y buena parte de la noche (a las 6 de la mañana fue a su casa para cambiarse), y media hora antes de que empezara la reunión se juntó con Brodersohn en la oficina de éste. Al comienzo de la reunión, mientras se repartían carpetas

que contenían copias de las proyecciones, Brodersohn tomó la palabra diciendo que haría una "breve introducción", y que luego Meyer presentaría el trabajo. Habló 45 minutos seguidos, citando cada uno de los pronósticos que había preparado Arturo quien, cuando le tocó el turno, sólo habló un par de minutos sobre algún detalle técnico. Quienes sabíamos cómo se había preparado el PEN lo queríamos matar a Mario.

Poco tiempo después apareció la oportunidad de ejecutar una muy inocente represalia. A comienzos de 1970 se produjo el primer cambio de moneda argentina del siglo XX, donde los pesos ley 18.188 reemplazaron (quitándoles un par de ceros) a los pesos moneda nacional. Es costumbre que los primeros billetes de la nueva moneda se repartan entre los altos funcionarios según el protocolo nacional (no se regalan; el beneficiario tiene que entregar un billete igual, claro que de numeración superior, o el equivalente en moneda vieja, al Banco Central). El número del billete, entonces, es un singular indicador de status de cada funcionario dentro del gobierno. Haciendo antesala con Meyer, sobre el escritorio de la secretaria de Brodersohn vimos el billete que le había correspondido, el cual tenía número, digamos, 34. Cuando pasamos a su despacho interrumpí las tareas preguntando en voz alta: "Arturo, en el reparto de los nuevos billetes, a vos; ¿qué número te tocó?". "18" dijo Meyer, confabulado conmigo. "Me ganaste", respondí, "a mí, el 21". Entonces Mario pidió su billete, y al leer 34 casi se desmaya. Lo paramos cuando, alterado, estaba por llamar a alguien del Central para protestar.

[Cuando uno es joven tiende a personalizar las situaciones objetivamente conflictivas o irritantes. Por eso Meyer se sorprendió cuando, al terminar de trabajar en Economía, Brodersohn lo recomendó muy favorablemente para que pudiera ingresar a trabajar en la Brookings Institution de Washington.

Cuando Arturo se fue a los Estados Unidos, me recomendó para que lo reemplazara como director de la biblioteca de economía de Amorrortu Editores, cargo que como dije ocupaba. En el mejor estilo argentino, discutimos la cuestión Horacio Amorrortu, Arturo y yo... comiendo... en La cabaña. Ser director de la biblioteca de economía de Amorrortu implicó ganar algún dinero, enriquecer mi propia biblioteca, y trabajar con Leandro Wolfson, un meticuloso erudito en materia lingüística.]

Mi contacto personal con Pastore, en reuniones de trabajo de muy pocas personas, fue lógicamente más esporádico; pero extremadamente significativo en el plano de las vivencias resultó poder participar (desde un rincón, por supuesto) en las reuniones del gabinete económico, asistir a las conferencias de prensa y a algunas de las reuniones que José María mantuvo con integrantes del sector privado, así como acompañarlo a una reunión con la Junta Militar (Lanusse, Gnani y Rey) que se desarrolló en la Casa Rosada, en la cual no ingresaba desde que, a comienzos de 1960, iba a cobrar alquileres para Bazterrica, cuando trabajaba con Lladó.

Deliberadamente, el primero de mis Diez mandamientos del buen gobierno según Henry Kissinger (El Cronista Comercial, 1991) dice que mientras los académicos pueden quedarse en el plano de las conclusiones, los funcionarios no tienen más remedio que pasar al de las

políticas. En una reunión de gabinete económico ninguna discusión termina con "pobres jubilados", sino que en realidad comienzan con un "¿y entonces qué hacemos?"; diferencia importantísima, tanto desde el punto de vista intelectual como psicológico. Pues bien, cada vez que en una de dichas reuniones alguien planteaba un problema serio (y siempre hay problemas serios, aunque -como en ese momento- la economía "funcionaba"), me agarraba un ataque de risa. Más de una vez alguno de los secretarios, o el propio Pastore, me miraron preguntándose qué podía causarme risa. La risa me la causaban mis nervios, que me traicionaban a la luz de lo que escuchaba (para parar la risa me metía las manos en los bolsillos y me pellizcaba).

Es lógico: a los 25 años (mi edad en ese entonces) todo bien nacido tiene más corazón que cabeza; sólo gradualmente uno se convierte en un profesional útil para la sociedad en que vive, trabaja y actúa. "Un buen economista es aquel que pone la cabeza fría al servicio del corazón caliente", dijo Alfred Marshall quien, como Jevons, para inspirarse recorría los barrios pobres de Londres (la afirmación, claramente, se aplica a cualquier tipo de actividad). Cuando la cabeza fría domina al corazón caliente, la acción es eficiente pero carece de buen rumbo, mientras que cuando el corazón recalentado afecta la cabeza fría, aparecen el voluntarismo, la lectura conspirativa de la realidad y la creación más que la solución de los problemas. Como profesional, recién estoy en condiciones de ayudar a otro cuando aprendo a tomar distancia psicológica con respecto a la situación sobre la cual tengo que actuar, y con respecto a los seres humanos involucrados en ella (el médico que no amputa la pierna gangrenada de un paciente, porque le tiene compasión, hace que muera antes, errando éticamente por no saber cuál es su responsabilidad como profesional); lo cual también logro cuando dejo de entretenerme con los "envases supuestamente ideológicos" de los distintos modelos económicos, y me concentro en entender bien los contenidos de cada uno de ellos, para poder aplicarlos según corresponda a la situación que tengo que enfrentar. Los enfermos, los jubilados, los desocupados, no quieren que los profesionales a cargo les tengan compasión, y menos que una actitud fraternal les paralice la acción; lo que quieren es ver solucionados sus respectivos problemas. Para ello, primero y principal, es fundamental entender cómo llegaron adonde hoy están, para plantear cuál es la solución específica para sus problemas... si la hay.

[Mi desarrollo intelectual como economista fue continuo. Pero desde el punto de vista que estoy analizando aquí destaco particularmente 1977, pues en dicho año me ocurrieron un par de anécdotas a cuyos protagonistas les estaré eternamente agradecido.

Primera anécdota: Almorzando con Raúl Ondarts durante la "tregua" de precios de Martínez de Hoz, le expuse las razones por las cuales yo creía que era una medida acertada de política económica. Cuando terminé de hablar, con gran calidez pero también con firmeza, Ondarts me dijo textualmente lo siguiente: "Lo que a usted le pasa, de Pablo, es que su corazón no lo deja pensar"... y siguió comiendo mientras me quedé de una sola pieza.

Segunda anécdota: Mi ex alumno de la universidad nacional de La Plata Mario Teijeiro fue comentarista de un trabajo que presenté en 1977 en una reunión técnica en el Banco Central, trabajo que, en las etapas finales, hasta "mi mano" me advertía que no creía en lo que iba escribiendo. Afortunadamente Teijeiro puso su cabeza fría al servicio de su corazón caliente y, como correspondía, me dijo... de todo.

En mis cursos universitarios, a propósito utilizo ejemplos dramáticos (el precio del pan, o el de los remedios, en vez del de los tapados de visón), para ayudar a que mis alumnos se

"galvanicen" lo antes posible. No creo en milagros, hay maduraciones que sólo ocurren con la edad, pero quizás ayudé a acelerar el proceso en algunos.]

Imaginar hacerme cargo, reírme nerviosamente y paralizarme, eran todas facetas de un tensionante pero muy intenso proceso de aprendizaje. Imaginar hacerme cargo me llevaba, mentalmente, a elaborar respuestas. Afortunadamente era Pastore, y no yo, quien estaba a cargo. Cuando, pidiéndoles opinión, le mostró al sector químico un proyecto de reducción de aranceles de importación, a la reunión organizada para escuchar al sector éste, en vez de opinión, trajo una arenga: uno de sus representantes dijo algo como lo siguiente: "Con todos los problemas importantes que tiene el país, no me explico para qué el ministro se ocupa de esto". Yo no hubiera sabido que responder. Pastore se puso de pie, enojado, diciendo que no había citado la reunión para discutir cuáles eran los problemas más importantes que tenía el país, que les daba (¿una semana?) para que hiciesen conocer sus puntos de vista, y que luego con o sin su opinión él decidiría.

No menos instructivo me resultó poder apreciar la relación que existe entre el poder y la prensa... "desde el otro lado del mostrador". Al respecto recuerdo anécdotas bien diferentes, ilustrativas de la heterogeneidad de situaciones que presenta la cuestión, las cuales voy a ordenar desde el ruego hasta las actitudes contestaría y politizada: 1) Bossio Lavalle, a quien yo conocía porque en FIEL había preparado partes de prensa, me vino a ver para que le contara qué estaba ocurriendo (cuando era ministro, Krieger le dictaba "Al margen de la semana", la columna del suplemento económico de la edición dominical de La Nación, hasta que en 1980 comenzaron a aparecer los fantásticos "diálogos en la city", escritos por Juan Carlos Casas; de manera que cualquiera que quería conocer la posición ministerial sobre un tema, sabía dónde recurrir. Esto me lo contó más tarde Folcini). Mas allá de que yo tenía poca información todavía no publicada, en ese momento pensaba que mi obligación como funcionario era ni hablar siquiera con los periodistas, de modo que aguanté estoicamente que el pobre Bossio, una persona de edad, se sentara en un sillón frente a mí, al borde de las lagrimas (igualmente tenso fue el café que tomamos con uno de los directivos de Mercado, cuando me quiso sacar información fiscal); 2) con una copia de mis estadísticas laborales, Pastore organizó una reunión entre él, Agustín Maniglia (titular de Economic Survey -ES-) y yo. José María le manifestó su preocupación por la politización del tema, y la consecuente necesidad de que se conociesen las "verdaderas cifras". Maniglia las publicó en un número próximo de ES... con aclaraciones que aguaban totalmente lo que el gobierno quería decir; y 3) en una conferencia de prensa convocada para hablar de proyectos de inversión, un periodista francés le hizo a Pastore una pregunta sobre salarios. Cuando José María volvió a aclarar que el objetivo de la conferencia de prensa era presentar ciertos proyectos de inversión, el francés interrumpió diciendo que "él, que como periodista sabía lo que le interesaba a la población, quería hablar de salarios". Alguien le preguntó a Pastore si lo hacía retirar por la policía, a lo cual José María se negó, ganando la "pulseada" sin hacer uso de la fuerza física.

[Como expliqué en Mercado el 13 de enero de 1983, entre el equipo económico de turno y la prensa especializada que quiere servir a sus lectores, existe un conflicto objetivo. Porque el funcionario, pensando en el bienestar general, es decir, en el mayor reparto de cargas posible,

tiene que evitar filtraciones informativas que le permitan a algunos eludir las medidas de política económica; en tanto que el periodista, pensando en el bolsillo de sus lectores, está interesado precisamente en cómo anticipar las próximas medidas de política económica, para inducir su elusión selectiva. Lo importante es que unos y otros adviertan que este conflicto no debe personalizarse.]

Que el ministro de economía le prestara particular atención a ES indica la importancia que el semanario tenía en ese entonces, la cual mantuvo hasta algún momento de la década de 1970. Me consta el interés que tenían todos los que pretendían "saber", por el contenido de las hojitas verdes escritas por el temible Rodolfo Katz y su sucesor Maniglia. No sé cuántas de sus interpretaciones eran correctas y cuántas no; sí recuerdo que quienes escribían ES "hacían sus deberes", presentando -junto con sus comentarios- entendibles cuadros estadísticos y gráficos sobre moneda, fisco, comercio exterior, Bolsa, etc. Por otra parte, las "cartas al lector" que Maniglia escribió en la última página de ES durante la primera mitad de la década de 1970, son de lectura obligada para cualquiera que busque recrear en su mente la "atmósfera" que se vivía en Argentina en aquel momento.

[Estando yo en FIEL (no sé si antes o después de mi paso por Economía), de Maniglia aprendí otro aspecto del funcionamiento de cierta prensa. Algo que escribí en FIEL Economic Survey lo recogió incorrectamente. Palazzo habló con Maniglia, quien nos invitó a los 2 a almorzar en Chez Louis, el restaurante del Hotel Nogaró (fue la primera vez que puse mis pies en el lugar). Luego de escucharme, Maniglia admitió que se había equivocado, agregando sin que se le moviera un pelo que no iba a publicar nada... ¡porque Economic Survey nunca se equivoca! Buena materia prima para los partidarios del derecho a la rectificación.]

Mencioné que a lo largo de la gestión Pastore fue creciendo la politización de la discusión económica. Por eso en algún momento Schilling propuso que los miembros del equipo económico escribiéramos artículos apoyando la política económica. Me parece que el proyecto finalmente no se llevó a la práctica, pero señala que Schilling tenía conciencia de cómo se estaba planteando el debate en los medios masivos de comunicación, y trataba de hacer algo al respecto (una publicación del sindicato de Luz y Fuerza, buscando descalificar por completo a Pastore, lo describió como "el mejor discípulo" de Krieger).

En el ministerio no se holgazaneaba, pero igual hubo estratégicos "huecos" en la tarea. Cuando en 1970 se jugó no recuerdo qué partido de fútbol internacional Arturo Meyer, el director nacional que disponía de la oficina más grande, apareció en Economía con un televisor. Un par de minutos antes de la iniciación del cotejo, con todo listo para seguir el partido junto con buena parte del ministerio, la secretaria de Meyer me avisó que me llamaba el ministro. Fui corriendo con gran bronca hasta su despacho, para explicarle que demorara cualquier encargo porque estaba por empezar el partido... ¡y descubrí que me había llamado para invitarme a verlo con él! En el ministerio se trabajaba, pero rara vez en horas nocturnas (contadas veces no pude llegar a tiempo a la Universidad del Salvador, donde dictaba clase de 8 a 10 de la noche). En ese tiempo usaba corbata pero no saco, ni aún para ir a ver a José María (la segunda de las

secretarias que tuve cuando fui director nacional, excelente tanto desde el punto de vista personal como laboral, la única persona a quien le escribí una nota de felicitación que incluí en su legajo antes de dejar el ministerio, me perseguía corriendo por los pasillos con mi saco en la mano, porque no podía concebir que fuera a ver a Pastore en camisa).

Aprendí muchas cosas valiosas, como acabo de relatar, viéndolo actuar a Pastore, pero también aprendí observando a sus secretarios y subsecretarios. Lorenzo Raggio duró poco al frente de la Secretaría de Agricultura, porque resultó ser más "abogado del sector" que integrante de un equipo económico (cuando enviaba a Economía algún proyecto de disminución de retenciones a la exportación, mandaba una copia a la prensa... para aumentar la presión de la firma del ministro), fue reemplazado por Gastón Bordelois; Raúl Peyceré, a cargo de la Secretaría de Industria, apareció en una reunión con un par de libros del tamaño de la guía telefónica de la ciudad de Buenos Aires, los puso sobre la mesa y dijo: "éste es el conjunto de disposiciones que regulan la industria automotriz... sólo Dios sabe qué ocurre en la práctica"; Folcini era decidido cuando las circunstancias así lo aconsejaban. En una reunión donde había que estimar un coeficiente para incluir en un decreto, después de discutirse el tema sugirió -digamos- 25%. Ninguno de los otros presentes teníamos alguna estimación alternativa; lo único que teníamos eran dudas referidas a su número. Lo que formalmente fue un cuarto intermedio se convirtió en la aprobación del mencionado decreto, incluido el 25%; y Juan Carlos Gómez Sabaini se encontró un día con que en el restaurante donde almorzábamos habitualmente, pretendieron cobrarle mucho menos de lo que había consumido. Al pedir la rectificación de la cuenta, un pícaro mozo le dijo: "Invitación de la casa, jefe; ocurre que tenemos un inspector de la DGI haciendo una estimación de nuestras ventas". Gómez Sabaini era entonces jefe de la reforma impositiva que impulsaba el secretario Mey.

Con Folcini también aprendí lo que es la descentralización del poder. El principal desafío coyuntural que enfrentó Pastore durante el segundo semestre de 1969 fue, producto de la desconfianza por el mantenimiento del tipo de cambio fijo en m\$ 350 por dólar, que durante el período mencionado el Banco Central perdió alrededor de u\$ 200 M. de sus reservas (la tercera parte de las que tenía al 30 de junio), las cuales -sin devaluar- recuperó durante el primer semestre de 1970. Todos los días, a eso de las 4 o 5 de la tarde, una carpeta de tapa gris enviada por el BCRA llegaba al escritorio de Folcini, con la cifra de venta de dólares de la fecha (mirándole la cara a Enrique uno podía saber si se trataba de u\$ 1 o 2 M.). Un día Folcini casi se desmayó: el Banco Central había vendido 8 millones de dólares. Averiguando, supo que quien había comprado, sin aviso previo, era... ¡el banco de la Provincia de Buenos Aires!

[Dediqué buena parte de mi actividad profesional al análisis de políticas económicas, siendo con frecuencia "cariñosamente" acusado de "oficialista antidemagógico", porque rara vez me sumo al coro de los entusiastas iniciales de cada gestión económica, pero luego me dedico a defender causas "popularmente perdidas", cuando creo que las críticas están equivocadas, son exageradas o reflejan meramente la politización de la cuestión (Rodrigo, los 4 últimos años de Martínez de Hoz, Erman González, son ejemplos de esto).

Ocurre que acostumbro a plantear cada una de las cuestiones que analizo "con los ojos de quien esta a cargo de la política económica" (según me dijo una vez Canitrot, soy el único que

hizo eso mientras el fue secretario de programación), postura que desarrolle a partir de las experiencias que recogí durante el año que trabajé en Economía.]

Aprendí, por último, de situaciones insólitas, como la que se produjo cuando, estando solo en la oficina de asesores, una mujer abrió la puerta y me dijo lo siguiente: "Soy funcionaria de la dirección de estadísticas de la provincia de Santa Fé. Ustedes nos enviaron m\$8 M. y queremos saber para qué". Como aquellas eran épocas mucho menos susceptibles que las actuales (1992), antes de indicarle que bajara un piso y se dirigiera a la Secretaría de Hacienda, le dije textualmente: "Quédese con la mitad, déme el resto y olvidemos el asunto".

. . .

Hacerme cargo de la Dirección Nacional de política Tarifaria y de Importaciones me expuso a nuevas tareas y vivencias. Físicamente, a fines de 1969 dicha dirección funcionaba en el sexto piso del Palacio de Hacienda, justo encima del ocupado por Economía. Mi despacho estaba en la amplia, bien iluminada y razonablemente amueblada oficina 610, mientras que la gente a mi cargo trabajaba en el contrafrente del mismo piso (esta separación física le puede resultar desesperante a un obsesivo del monitoreo, pero para mí era muy cómoda). Ser director nacional no me dio derecho a auto, pero sí a compartir un baño privado que en el sexto piso existe exactamente encima del del ministro (sobre Hipólito Irigoyen -salvo en las puntas- el sexto piso no existe, porque los techos del quinto -donde están los despachos ministeriales- llegan hasta el séptimo), y cuando mudé mi oficina al contrafrente del quinto piso, junto a las de Bonangelino y Sakamoto, a integrar el selecto club de quienes tenían instalado uno de los aparatos del intercomunicador (de madera, de color amarillo, de la época de la radio a galena, pero crucial indicador de status... al menos a mis ojos de entonces). Por sobre todas las cosas, como ya dije, ser director me permitió ingresar en la "línea" y dejar de sentirme un extraño.

Dependía de mí una enorme cantidad de gente, dada la planta total del ministerio. De ellos, además de mis sucesivas secretarías, recuerdo al contador Argentino Ricca, al simpático jujeño Jorge Eduardo Sánchez de Bustamante, al químico Angel Mario Sánchez, y a un muchacho cuyo apellido olvidé (¿Pirota?), pero que carraspeaba al hablar (para llegar a fin de mes, Ricca llevaba contabilidades y Sánchez daba clases particulares de química). Hombre bueno y trabajador, Ricca estaba "a cargo" de la Dirección Nacional (si soñaba con ser ascendido, nunca me lo dijo), de modo que él me presentó al resto del personal, con la mayoría del cual tuve poco contacto directo.

¿Qué hace el director nacional de aranceles y política de importación, en un momento en que nadie cree en la apertura de la economía? Otras cosas. Durante los 7 meses que duró mi gestión (fui director nacional desde el dictado del decreto 8.204, del 17 de diciembre de 1969; dejé de serlo como consecuencia de la resolución 12, que Moyano Llerena firmó el 14 de julio de 1970) tuve a mi cargo un par de tareas principales: revisar expedientes que solicitaban una reducción de los derechos de importación vigentes para compras en el exterior de bienes de capital, e integrar un par de comisiones creadas para resolver los problemas derivados de la



pretensión de terminar con la anarquía en la importación, precisamente, de bienes de capital. Además de aguantarme los cachetazos surgidos al disponerse una reducción del personal a mi cargo. Vamos por partes.

En aquel tiempo quien quería importar un bien de capital tenía que pagar un recargo altísimo (¿80%?), excepto que... (inventariando regímenes especiales de excepción, que bajo ciertas condiciones permitían la importación de bienes de capital con recargos menores o nulos, el secretario de industria Peyceré encontró una docena de leyes y más de un centenar de decretos. Lo que hizo al respecto lo voy a relatar más adelante).

Uno de dichos regímenes reducía al 20% el recargo de importación de los bienes de capital que no se fabricaban en el país, a quien presentase un proyecto de inversión que cumpliera ciertos requisitos. Tal demostración tenía la forma de un expediente, que a mi dirección llegaba luego de haber sido analizado por un conjunto de funcionarios de la Secretaría de Industria liderados por un ingeniero de apellido Martínez. La mesa de entradas de Economía, entonces a cargo de una simpatiquísima empleada (la señora de Ginzo), le pasaba a Ricca los expedientes que llegaban de Industria, quien luego de revisarlos preparaba el informe para mi firma. Yo a mi vez se los pasaba a Brodersohn para que los inicialara, y de ahí seguían su curso (¿se aprobaban por decreto presidencial o por resolución ministerial?).

Leí con atención el decreto y algunos pocos expedientes, llegando rápidamente a las siguientes conclusiones: 1) todos los expedientes tenían la misma estructura (una vez aparecieron alrededor de una docena de expedientes para instalar sistemas de enfriado en el Alto Valle. El estudio de mercado, de exacto tenor en todos, se presentaba a mimeógrafo. Es más; debido a una interpretación amplia de la legislación, podían beneficiarse aún aquellos que tenían proyectos comenzados, de manera que muchas veces el menor recargo a la importación era un regalo); 2) Martínez los analizaba con bastante cuidado; 3) yo no tenía elementos de juicio para opinar; 4) yo no era quién para demorar un expediente y, lo más importante de todo; 5) el "mundo" de los expedientes me hinchaba soberanamente las pelotas. Tanto que un día, conversando con Meyer, le pregunté: "Arturo, con tantos expedientes que pasan por mis manos; ¿por qué nadie todavía me quiso coimear?". "Porque no tenés cara de coimero pero, fundamentalmente, porque como te molestan, te los sacás de encima en cuanto llegan a tus manos".

No pretendo pasar por héroe, porque mi referida conducta se explica más por una cuestión de molestia personal que por el daño que la demora podía infligirle a algún integrante del sector privado; pero la situación me permitió entender qué fácil le resulta a un funcionario complicarle la vida a un empresario (y a todos los que dependen de él), sin ir más allá de inocentadas tales como demorar un expediente haciéndolo descansar sobre el escritorio o "cajoneándolo", o alterar el orden de los expedientes que forman una pila. Un señor que trajo del exterior una máquina para fabricar compases, y que cuando le aprobaron el trámite envió alguien a retirar los que me había traído de muestra -¡menos mal que los conservé en mi escritorio!-, cada vez que me vio durante el resto de su vida, me dijo que no podía creer la velocidad con que su expediente había pasado por mi dirección. Muchos años después, almorzando con él y su gente en su pequeña fábrica, vi el equipo que "ayudé" a importar.

[Soy un fanático de la minimización de la regulación de la economía, porque quiero vivir en un país donde los empresarios se dediquen a trabajar, en vez de estar ocupados siguiendo sus expedientes en distintas oficinas del gobierno.]

Cuando "me hacen pisar el palito" me transformo, y puedo llegar a ser bien malo. Un día me llamó uno de los subsecretarios de Pastore, pidiéndome que por favor analizara rápidamente determinado expediente. Lo llamé a Ricca, quien me dijo que dicho expediente acababa de ingresar. Lo vio de inmediato y, no encontrando nada extraño, preparó un informe "de circunstancia" que firmé y llevé a Brodersohn. Muy poco tiempo después apareció por mi oficina un señor solicitando que el arancel de importación del producto "x" fuera reducido del, digamos, 80%, al 5% (era una variedad de aluminio, que no se fabricaba en el país, y que servía para fabricar envases de "fácil apertura"). Cuando le dije que lo iba a estudiar me respondió: "ya lo estudió, porque el flujo de fondos del proyecto incluido en el expediente que Ud. aprobó para importar la máquina, está calculado con el arancel del 5% y no el existente". Trampa, pensé; me corrieron y resulta que, digamos, en la página 198 del expediente había un número clave. Entre ser consistente con una decisión basada en un número que no había visto, para que nadie advirtiera mi omisión, y plantear la cuestión, elegí la segunda alternativa (por algo, como dije al comienzo de esta obra, mis 4 abuelos son españoles). Me puse a "estudiar" la cuestión, lo cual implicó organizar reuniones con productores locales (en una de ellas Eduardo De La Fuente, quien luego presidió la Unión Industrial Argentina, y que en ese momento tenía un cargo en la empresa Kydsa, me dijo que ese producto no se fabricaba en Argentina pero que, por escrito, él nunca lo iba a reconocer), mientras el mencionado subsecretario me llamaba más de una vez por DIA para ver cómo iba el trámite. No lo aprobé nunca, no sé si lo logró por otra vía.

[Aproximadamente una década después de ocurrido este episodio, vi en Ezeiza ingresar al negociador de este proyecto, en la misma sala de espera en que estaba yo. "El avión es grande", pensé, pero tuve tanta suerte que al subir a la aeronave me encontré con que el sujeto ocupaba el asiento que estaba a mi izquierda. Hablamos de miles de temas, pero no del famoso expediente.]

Quienes creen que sólo los integrantes del sector privado tienen dificultades en mover sus expedientes dentro del Estado, aprenderán algo con la siguiente anécdota: Un día Sánchez de Bustamante me dijo que "Juan Pérez", ex funcionario de Hacienda, me quería ver (había quedado cesante como consecuencia de la reducción de personal dispuesta en la mencionada jurisdicción). Pérez me venía a ofrecer sus servicios de gestor. "¿Gestor de qué?", pregunté. Gestor de sus asuntos, en las otras oficinas públicas, fue la respuesta. Lo hice hablar y me explicó, proporcionándole excelente materia prima a cualquiera de los actuales constructores de modelos basados en la "compatibilidad de incentivos". Le dije que no lo necesitaba, al tiempo que -por curiosidad- le pregunté qué categoría laboral tenía, dentro de las 24 entonces existentes. Lo que no creo que me pudiera explicar tan fácilmente es cómo resultaba posible que, con una categoría muy inferior a la mía, vistiera como yo no lo hubiera podido hacer.

[Una inocentada, a la luz de lo que vino después. ¿Una inocentada, o la semilla de lo que vino después?]

Decidido a terminar con la anarquía en materia de barreras a la importación de bienes de capital, Peyceré hizo 2 cosas: terminar con todos los regímenes especiales de importación de bienes de capital, excepto aquellos taxativamente mencionados en la ley que eliminó el resto de dichos regímenes, y actualizar los capítulos 84, 85 y 90 de la Nomenclatura Arancelaria de Bruselas (NAB), los que precisamente se refieren a bienes de capital, diferenciando entre aquellos que se fabricaban en el país, cuya importación pagaría 80%, y aquellos que no se fabricaban, que abonarían el 20%. Como consecuencia de esto se crearon 2 comisiones de trabajo, de las cuales formé parte, de la primera de las cuales surgieron la ley 18.588 y el decreto 604/70, ambos de fecha 6 de febrero de 1970.

[Para asesorar sobre esto, o sobre algún otro aspecto de la reforma arancelaria que había introducido Krieger Vasena, Peyceré trajo a Argentina a Bela Balassa, cuyos trabajos sobre protección efectiva yo había leído en Harvard. Participé en una reunión que se desarrolló en Industria, en la cual la sensación que me quedó fue que a Balassa no había quién le pudiese sacar jugo.]

La NAB clasifica en alrededor de 10.000 partidas a todas las mercaderías imaginables (ejemplo: 84.87.00.01, "Motores hidráulicos de hasta 40 HP de potencia y 250 rpm", cuya importación pagaría 80%, y 84.87.00.99, "Los demás", por cuyo ingreso en el país se tributaría 20%). El trabajo que hicimos con el subsecretario de industria Enrique Bauerle, Sánchez de Bustamante y Sánchez (¿participó Ricca de dichas reuniones, o él seguía con los expedientes?), consistió en actualizar la descripción de las partidas de los capítulos mencionados, distinguiendo cuáles se referían a productos que tenían fabricación nacional y cuáles no.

Tanto Sánchez de Bustamante como Sánchez tenían a la NAB en la cabeza (de memoria, eran capaces de adjudicarle a una mercadería cualquiera los 2 primeros conjuntos de 2 números, y a veces también el tercero); pero de ahí a saber qué se fabricaba en el país y qué no, hay una enorme distancia ("nada es imposible para quien no lo tiene que hacer", leí en The cinic's lexicon, escrito por J. Green y publicado por St. Martin's press, 1988, principio aplicable a quien dispone que se clasifiquen las partidas arancelarias, según que los respectivos productos se fabriquen o no en el país). Para tratar de dilucidar esto último convocábamos a representantes de las cámaras involucradas (qué tentación para cualquier representante para, oralmente, dejar bien parada a su empresa y mal a sus competidoras). Tal como era de esperar, las cámaras de productores decían que las mercaderías se fabricaban, y la de importadores decían que no (en el mejor de los casos contábamos con sus testimonios orales, y resultaba totalmente imposible verificar si era cierto lo que ellos decían). Me resultó extraño que los encontronazos de los primeros encuentros fueran con el tiempo reemplazados por coincidencias entre ambas cámaras, lo cual permitió avanzar rápidamente; luego supe que, antes de cada

reunión con nosotros, productores e importadores se juntaban, para negociar entre ellos una posición conjunta.

Trabajamos semanas en el listado mencionado. Soy testigo de que todos los funcionarios que integramos la comisión pusimos nuestro mejor esfuerzo, no tengo el menor elemento de juicio que me haga sospechar que alguno de los integrantes de la comisión hubiera sido coimeado o cosas por el estilo; y sin embargo me corre un gran frío por la espalda cada vez que pienso que lo que para nosotros era un mísero renglón, una coma, una curiosidad o una especificación técnica que no llegábamos a entender, podía significar la diferencia entre la vida y la muerte para algunas empresas, mejor dicho, para sus asalariados, dueños, proveedores y clientes. Estoy convencido de que la ley de la selva mata muchas menos personas que una política discriminatoria aplicada por bienintencionados funcionarios.

[Los partidarios de los aranceles múltiples deberían integrar una comisión como ésta. Viendo las complicaciones operativas, la facilidad con que se pueden cometer errores (para no hablar de las "manos negras"), luego de confeccionar un listado como éste se pondrían a revisar si los beneficios de los aranceles múltiples son tantos como para compensar costos como los que estoy relatando.]

La otra comisión, posterior al dictado de la legislación, se reunía diariamente para atender "los subproductos no queridos" resultantes de la forma en que Peyceré redactó las disposiciones. En efecto, al derogar todo lo que no estaba explícitamente mencionado en la ley en consideración, surgieron errores (como los de una obra pública -¿Atucha?-, similar a El Chocón -que sí continuó con régimen especial-, y que no fue incluida por un olvido), casos desconocidos por Peyceré pero conocidos por sus beneficiarios, y casos tragicómicos como el de la franquicia de los diplomáticos. Integraban dicha comisión, entre otros, Bauerle, uno de los subsecretarios de Hacienda (el simpático Celestino Carbajal, quien cuando no sabía qué hacer con un expediente me lo giraba firmando una nota que decía: "Para lo que estime corresponder"), el director nacional de Aduanas (¿Campos?), y yo.

Esta comisión no tenía apuro, porque quienes querían solucionar su problema estaban ausentes, en tanto que los presentes se dividían entre los que estaban por el mantenimiento del nuevo régimen y los pasivos, uno de los cuales era yo... aunque mi corazoncito estaba claramente por la transparencia implícita en la nueva legislación. Consecuentemente, durante buena parte de las primeras reuniones nos dedicamos a contar anécdotas. Un día el titular de Aduanas, una persona muy simpática, vino con una muy jugosa. Contó que estando en su despacho una señora le pidió audiencia. Ya en su oficina, le dijo más o menos lo siguiente: "Soy la esposa del funcionario `Fernández´. Mi marido, que hace 20 años que trabaja aquí, acaba de ser transferido y ahora es `vista´ de Aduana. Se enloqueció: cambió el auto... Le pido por favor que lo reintegre a su antiguo puesto".

No menos jugosas eran las anécdotas referidas a la franquicia diplomática. En Argentina dicha franquicia era manejada por la Cancillería... que es más o menos como dejar una botella de Coca Cola en manos de un chico, esperando que el mismo autorregule su consumo, mientras

que la Aduana llevaba un simple registro administrativo. según dicho registro, en 1969 la delegación de un "país bananero", que tenía un sólo diplomático acreditado, había importado 5.000 botellas de whisky. Cuando en abril de 1970, en Bruselas, almorcé con Leopoldo Tetamanti (entonces embajador argentino en la Comunidad económica Europea), advertí que lo que para los miembros de la comisión eran anécdotas jugosas, en el mundo de la diplomacia era casi una invitación a la guerra y a la represalia (presumo que la franquicia diplomática fue repuesta).

La elaboración de los "parches", tanto las reformas de los capítulos de la NAB como las nuevas inclusiones en la lista de excepciones, demoró tanto que su posible aprobación fue el motivo de la referida reunión a la cual acompañé a Pastore a la Casa de Gobierno, presidida por la Junta Militar que había recuperado el gobierno luego de "dejar cesante" a Onganía.

[Reunión en la cual, tal como era de esperar, se decidió esperar a que el nuevo presidente se hiciera cargo.]

Dije antes que, en función de la planta total de Economía, mi dirección tenía demasiados cargos y líneas telefónicas. Como consecuencia de lo cual, cuando a comienzos de 1970 Pastore reorganizó internamente Economía, dispuso reducirme el número de puestos disponibles, para asignarlos a las flamantes direcciones nacionales de Bonangelino y Sakamoto.

La cuestión adquirió aspectos dramáticos porque el tipo de preparación y habilidades laborales que necesitaban las otras direcciones no eran las que tenía la gente que trabajaba en la mía. Dicho de otra manera: la reorganización interna de Economía supuso despedir parte del personal de mi dirección y al mismo tiempo tomar gente para las otras.

Porque el planteo me pareció lógico, y porque ni por casualidad me pasó por la cabeza liderar un proceso de resistencia para que toda mi gente siguiera empleada en Economía o alguna otra porción del sector público, ni protesté ni conté nada de esto a persona alguna de mi dirección. Por esos días Industria necesitó a alguien que conociera el tema aranceles. Llamé a uno de los empleados, cuyo apellido olvidé, no para mencionarle el pase sino para "inducirlo fuertemente" a que lo aceptara. El hombre se extrañó por mi insistencia... hasta que, por los hechos, contó con suficiente información como para comprenderme.

Pedí los legajos de todos mis empleados, recordé todo lo que pude de cada uno de ellos, y cuando completé la lista de aquellos que había que despedir, llamé para mostrársela (en secreto y haciéndole jurar que guardaría el secreto, cosa que hizo) a una persona de mi dirección, no porque buscara un cómplice sino porque quería cometer la menor cantidad de errores posible. Estuvo de acuerdo conmigo en todos los casos menos en uno, donde sugirió un enroque, que acepté. Le llevé la lista a Brodersohn y me olvidé del asunto.

No por mucho tiempo, porque un día llegué a mi oficina y encontré a mi secretaria llorando. Al preguntarle qué le ocurría me dijo que algunos empleados (los que yo sabía figuraban en mi lista) habían recibido telegramas de despido, que ella no, y que sus compañeros

le habían dicho que se había salvado porque se acostaba conmigo (lo cual, por si las moscas, aclaro que no era cierto. Renunció poco tiempo después, y fue reemplazada por la secretaria de la que hablé, la que me corría por los pasillos con mi saco en la mano). Hablé con quienes vinieron a mi oficina en busca de explicaciones, hubo gente que me retiró el saludo para siempre, y algunos me increparon... mientras pedían reincorporación porque, según la legislación, no se podía despedir a quien tuviera (creo) 3 o más hijos. Nunca sentí miedo físico, pero sí mucho shock moral.

[Desde esa experiencia, todo aquel que tiene que enfrentar una reestructuración de personal integra mi colección de héroes.]

A fines de la década de 1960 en Argentina no había solicitudes masivas de modificación de aranceles, pero recuerdo especialmente un par de pedidos, bien diferentes entre sí. Pocos días después de haber asumido me pidió audiencia O. P. D., quien me presentó un escrito para reducir del (creo) 20 al 10% el derecho de importación de un conjunto de drogas farmacéuticas que no se fabricaban en el país. Lo estudié, no me pareció pertinente, y así se lo comuniqué cuando volvió a pasar por mi oficina. "Bueno", dijo, y se fue. Sánchez y Sánchez de Bustamante me contaron que este simpático señor, el primer lobbista profesional que conocí en mi vida, solía aparecer con su proyecto de tanto en tanto, por si alguna vez conseguía lo que buscaba.

El otro pedido, que tampoco fue pero esta vez a pesar mío, constituyó la única "causa" que hice mía mientras estuve a cargo de la dirección. Apareció por mi oficina Rodolfo Zubrisky, un profesor de música que entonces presidía una asociación local dedicada a popularizar la enseñanza masiva de la música (luego llegó a presidir la organización mundial que las agrupa). Me contó que en Japón algunos violines costaban u\$s 1, y que en Argentina eso era imposible por los altos derechos de importación que tenían que pagar los instrumentos musicales. Me conmovió, en parte por lo desinteresado de su pedido, y en parte porque por aquel entonces ya me estaba haciendo fanático de la música clásica. Trabajamos fuerte él y yo preparando el proyecto de decreto, el cual no logré hacer aprobar "por la crisis de balanza de pagos".

[En aquella época sabía más cómo comprar un buen proyecto, que cómo venderlo.]

Estando en Economía, aprendí trabajando, viendo y... viajando. Ocurre que durante el segundo semestre de 1969 y el primero de 1970 conocí Santiago del Estero, acompañándolo un sábado a Pastore, antes de que él viajara a Washington, a presidir la asamblea anual conjunta del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial (un "regalo" que heredó de Krieger, en premio a su exitosa política de estabilización, lanzada a comienzos de 1967); Neuquén, otro sábado, cuando con un conjunto de funcionarios visitamos El Chocón, entonces en construcción; Córdoba, para asistir a la presentación de un nuevo modelo de chasis de la Fiat; Comodoro Rivadavia, para participar en una cena de la Unión Industrial Patagónica; y Bélgica,

Londres y París, presidiendo la delegación argentina en la reunión anual que sobre la NAB se realiza en Bruselas. En Buenos Aires, pero como si estuviera de viaje, acompañé a Pastore cuando visitó la planta que la empresa Propulsora tiene en Ensenada, y navegué el Delta con miembros de una misión del Banco Mundial. De los aspectos geográficos de mis viajes hablaré más adelante, ahora relato mis experiencias profesionales.

En cada viaje aprendí, y mucho. En el de Santiago del Estero, la intensidad laboral de una visita ministerial a una provincia, la confraternidad que genera un viaje, más allá de si uno es ministro, secretario, subsecretario, director o asesor, qué significa -con una visita ministerial- generar el mayor show que la ciudad tiene ese día, y la "venta" de un proyecto importante para la provincia, por parte de sus autoridades locales; en el del Chocón, la superstición de los mineros, que le impide a mujeres y a curas el ingreso en las excavaciones (Marta Ramos tuvo que disimular su condición; afortunadamente había viajado con pantalones muy sobrios. Con ellos, un piloto que la cubría totalmente y casco, "pasó" por lo que no es); en el de Córdoba, compartir un avión de 4 plazas con Oberdam Salustro, titular de la Fiat y más tarde una de las víctimas del terrorismo; en el de Comodoro Rivadavia, aprendí el rigor del protocolo (como el gobernador fue sin su mujer, nadie podía ir a la cena con la suya... cosa que mi esposa y yo nos enteramos al llegar a Comodoro. Cenamos en el restaurante del hotel. Perderme la cena oficial, y sus correspondientes discursos, no me desesperó ni mucho menos, como tampoco lo hizo la sobreventa de pasajes, que obligó a demorar varias horas la partida del avión de Austral, y a muchos -Raúl Peycere entre otros- a regresar recién en la madrugada, en un avión especial.

En la visita a Propulsora conocí a Agustín Rocca. El "diminuto gigante" del grupo Techint, al tiempo que describía las instalaciones con la misma pasión con la que otros hablan de una amante, y mientras los 2 caminábamos por la planta junto al ingeniero Carlos Lara (de quien hablaré próximamente), me dijo cosas como que "lo más importante de una empresa es su gente" y "exportar es dar examen", verdades que aprecié con el tiempo.

[2 veces, una en IDEA y la otra en el primer piso del restaurante Don Juan, de Recoleta, Agustín Rocca fue "mi alumno" (sic), asistiendo como participante a mesas redondas en las cuales formé parte. Recuerdo que en IDEA me acerqué hasta donde estaba y le dije: "¿qué hace usted aquí?". Vine a aprender, fue su respuesta (lo recuerdo tomando notas, no sé si de lo que los panelistas estábamos diciendo, o de algún otro tema que se le ocurrió en ese momento). Uno de los 2 encuentros tuvo lugar en plena crisis del Rodrigazo. Cuando uno de los asistentes se quejó por la falta de productividad laboral, Rocca, sonriendo, dijo más o menos lo siguiente: "Menos mal, porque si encima hoy a los trabajadores se les ocurriera trabajar eficientemente, tendríamos un gran problema de inventarios".

Un sábado por la mañana, viviendo en San Antonio de Padua, me enteré de su fallecimiento. Hice lo que sentí: me fui hasta el edificio de Córdoba casi Leandro N. Alem, donde lo estaban velando, para testimoniarle mi admiración. No hablé con ninguno de los presentes. ¿Por qué habría de hacerlo, si lo que quería era saludarlo a él? Conservo entre mis "tesoros" una foto, tomada en el mirador del tanque de agua de Propulsora, donde Agustín Rocca sigue la exposición que su hijo Roberto hizo de la empresa, en la referida visita que hicimos con Pastore.]

Integraba la misión del Banco Mundial con la cual navegué por el Delta William Vickrey, autor de la Microeconomía que Meyer me obsequiara, según relaté. Era mediados de 1970; consecuentemente lo más probable es que estuviera algo destemplado. Tengo presente a Vickrey, metido dentro de su piloto, sentado en el barco, mirando el horizonte, en apariencia totalmente ausente. Pero cuando se puso a trabajar mostró los quilates: había venido a Argentina a analizar un par de proyectos: la electrificación del Roca y el Mercado Central. Apenas llegado al país... desapareció. 3 días después se sentó con los "expertos" locales sobre electrificación del Roca, listo para ponerse a trabajar. Los referidos 3 días se los había pasado viajando, a cualquier hora y en cualquier dirección, para entender de qué se trataba. Y lo mismo hizo en el caso del Mercado Central: para conocer el funcionamiento concreto de los mercados de frutas y verduras, hizo madrugar a sus colegas argentinos, muchos de los cuales - probablemente- por primera vez en su vida habían visto uno de tales mercados operando.

Asistir, durante todos los días hábiles de una semana, a discusiones sobre clasificación de las distintas mercaderías según la NAB, no fue precisamente excitante... sobre todo en Bruselas, y durante mi primer viaje a Europa. La inestabilidad institucional me puso, a los 25 años, al frente de la dirección nacional que, se supone, tiene que participar en el evento; en un contexto institucional más normal, a mi edad de entonces debería haber formado parte de la delegación, que integrábamos con Juan Carlos Díaz, un simpatiquísimo funcionario de Hacienda (afortunadamente Argentina era observadora, de modo que no tenía que votar), pero no presidirla. En la reunión de Bruselas entendí las ventajas de la permanencia en sus puestos, de funcionarios dedicados al estudio de temas específicos: el nivel de detalle de las discusiones, la apoyatura técnica (análisis técnicos, películas, muestras, etc.), el uso de los antecedentes, resultaba totalmente imposible de conseguir en un país con rotación de funcionarios como el nuestro.

. . .

Personalizar las disputas profesionales y/o políticas es una tentación humana que, en la medida de lo posible, debe resistirse. Durante muchos años funcionó un eficaz antídoto para esto: un "club" absolutamente informal, integrado por aquellos que alguna vez pasamos por Economía o Hacienda. Organizadas a veces por Enrique Folcini, en otras oportunidades por Alberto Joaquín Ugalde, las esporádicas reuniones consistían en una disertación, a cargo de, por ejemplo, Krieger Vasena, González del Solar, Eugenio Mafucci, Francisco Mezzadri, yo, etc., seguida de una copa y una "atmósfera" que permitía que funcionarios que pertenecieron a gestiones bien diferentes entre sí, intercambiaran civilizadamente puntos de vista, sin por ello disimular sus discrepancias (Hoy, 1992, siento que hace mucho que no se lleva a cabo una de tales reuniones).

Nunca más volví a la función pública. Nunca me ofrecieron ser ministro (por eso contesto que el poder no me interesa, pero a nivel ministerial mi respuesta es "en frío"). Un par de ministros, uno de los cuales formaba parte de un gobierno electo en las urnas, el otro de un gobierno militar, me ofrecieron sendas secretarías de Estado (la de coordinación el primero, la de comercio el segundo), y decliné en ambas ocasiones (de modo que, a nivel secretario,



también "en caliente" dije que no). Y una vez me ofrecieron ser candidato a diputado, perspectiva que rechacé con el siguiente argumento, insólito para los políticos: "Y si gano; ¿qué hago?".

Esto no implica, desde luego, haber perdido el contacto con quienes en Argentina formulan e implementan la política económica. Como ellos saben que escribo lo que verdaderamente pienso, cada vez que quieren saber cómo veo las cosas, sencillamente leen mis escritos (el ministro de economía y el presidente del Banco Central de turno son los únicos "suscriptores ad honorem" de Contexto, mi newsletter semanal). Por esta razón, más la habitualmente recargada agenda de los altos funcionarios, sólo de tanto en tanto esto se complementó con algún contacto directo, a través de una carta o un almuerzo.

Tengo en mi archivo copias de cartas enviadas a Lorenzo Juan Sigaut, Roberto T. Alemann, Jorge Wehbe, Antonio Tróccoli, Ideler Santiago Tonelli y Néstor Rapanelli (la mayoría de ellas, para mi sorpresa, fueron contestadas), así como a Juan Alemann, Adolfo Canitrot y José Luis Machinea. Desde el BANADE Mario Areosa me reconoció que, bajo Julio González del Solar, la licuación de pasivos iniciada por Cavallo había ido "demasiado lejos". A su vez, mientras estaban en funciones almorcé con Dagnino Pastore, Antonio Cafiero, José Alfredo Martínez de Hoz, Roberto Alemann (durante los difíciles momentos de Malvinas), Jorge Wehbe y Juan Vital Sourrouille en economía; con Eduardo Zalduendo, Adolfo Díz, José Luis Machinea, Javier González Fraga y Enrique Folcini en el Banco Central; así como con una apreciable cantidad de secretarios y subsecretarios de varias carteras (salvo que quien me invita esté muy interesado en analizar alguna cuestión puntual, utilizo dichas ocasiones para "humanizar" la vida de los altos funcionarios, contando cuentos... o anécdotas de antecesores, normalmente muy disfrutadas porque a todo el mundo le gusta el "conventillo").

[De las muchas reflexiones que escuché en el despacho ministerial hay una que recuerdo particularmente. Una tarde, agobiado, Jorge Wehbe me dijo: "de Pablo; en este puesto se necesitan más espaldas que cabeza", dando lugar al asado que para distenderlo organice en mi casa de Flores, que ya relate. Alguien me dijo que su mujer falleció amargada por como trataron a su marido luego de dejar el puesto en diciembre de 1983 (por características personales, Wehbe, como Pedro J. Vulovic, resulta fácilmente subestimable).]

En mi relación con el equipo económico de turno me siento un bombero: listo para servir, a propósito de algún pedido de auxilio. En un par de ocasiones contribuí a solucionar otros tantos importantes problemas concretos, lo cual me llenó de alegría y de orgullo.

Una tarde me llamó por teléfono Ricardo López Murphy, entonces funcionario en Hacienda (fiscal de mesa por el radicalismo el 30 de octubre de 1983, fue separado de su cargo a comienzos de la gestión radical, "escondido" por Enrique García Vázquez en el Banco Central, terminó durante buena parte de la presidencia de Alfonsín trabajando como asesor del presidente del Banco Central... del Uruguay). "Venite rápido a Economía". Ingresamos juntos en la oficina de Víctor Poggi, entonces subsecretario de economía y formalmente la autoridad máxima en ese momento (el presidente del Banco Central González del Solar estaba preso por

orden del juez Pinto Kramer en Ushuaia; el ministro de economía Jorge Wehbe estaba en los Estados Unidos, demorando su regreso al país luego de asistir a la asamblea anual conjunta del Fondo y del Banco, porque desde los EE.UU. -libre- podía conducir mejor la política económica de nuestro país que desde Argentina -también preso-) y, café mediante, me plantearon el problema. "El sistema está perdiendo depósitos en dólares; no tenemos con qué hacer frente a la corrida". Trabajamos los 3 un par de horas, evaluando las distintas alternativas (cada tanto llamaba el Presidente Bignone para estar al tanto, lo cual aumentaba la tensión), y finalmente elaboramos lo que salió: la postergación de los vencimientos por 90 días (ninguno pensó en ese momento en el triunfo radical, el argumento era aguantar hasta el ingreso estacional de divisas), dándole la opción, a aquellos bancos que tuvieran dólares, a que cumplieran sus compromisos según las fechas originales (opción que muchos utilizaron). El episodio muestra que, aún en circunstancias extremas, 3 profesionales pueden evaluar las alternativas realmente factibles, eligiendo la mejor o, si se prefiere, la menos mala. En lo institucional, me encantó haber contribuido a salvar la institución depósitos en dólares, dañada en 1964 cuando el gobierno radical, ante una situación mucho menos dramática, optó por convertirlos en pesos al tipo de cambio oficial; y en lo personal, por haber sido considerado un hombre de consulta -López Murphy me llamó por expreso pedido de Wehbe- en un momento difícil de un equipo económico.

La otra ocasión ocurrió casi una década después. Almorzando con Gerardo Martínez, secretario general de la Unión Obrera de la Construcción (UOCRA), y su asesor Carlos D'atria, llegué a la conclusión de que la CGT iba al paro general del 28 de julio de 1992 por cuestiones técnicas y de "electricidad estática" generada entre los principales dirigentes sindicales y el ministro de Trabajo Rodolfo ("Chango") Díaz, y no por cuestionamientos globales; cuestiones que, en todo caso, no justificaban algo tan grave como un paro general (es increíble la facilidad y soltura de cuerpo con que se afirma lo "bien" que le hace a un país un paro general; que es más o menos como decir lo "bien" que le hace a un país una estrepitosa caída bursátil. Es claro que un paro general es más "barato" que un aumento generalizado de salarios del 50%; pero no era esto lo que reclamaba la CGT).

Decidí entonces pasarle un papelito por debajo de su puerta a mi amigo, colega y vecino, el ministro de economía Domingo Cavallo, que palabra más palabra menos decía: "Querido Mingo: ¿no harías un encuentro reservado con algunos gremialistas, para ver si se puede evitar el próximo paro general de la CGT? Creo que el intento vale la pena". La reunión (tercera de su tipo en algo así como un semestre) tuvo lugar en mi casa, a las 8 de la mañana del viernes 17 de julio, estando presentes Ramón Baldassini (Telepostales), Oscar A. Lescano (Luz y Fuerza), Gerardo Martínez (UOCRA), Andrés Rodríguez (UPCN) y Carlos West Ocampo (Sanidad), Cavallo y yo. Fueron 90 minutos de conversación franca, vehemente pero sin gritos, matizada con 2 vueltas de café y 3 docenas de medialunas.

El "mensaje" de los sindicalistas al titular del equipo económico fue el siguiente: 1) que no querían hacer paro; 2) que iban al paro porque no les atendían reclamos operativos (uno de los cuales voy a describir en el próximo párrafo), y porque pretendían humillarlos sin sentido, al exigirles que firmaran una declaración comprometiéndose a no organizar medidas de fuerza durante los 3 próximos años, la cual no resulta creíble para ningún decisor económico, nacional o extranjero; y 3) que al paro, inevitablemente, se le iban a sumar todos los descontentos

existentes y no existentes (los sindicalistas fueron explícitos en el sentido de que no cuestionaban el modelo económico).

La cuestión de "la boleta del SUSS" ilustra bien todo lo que puede imaginar quien no cuenta con información específica. Desde comienzos de 1992 cada empleador abona, con una boleta única, todos los impuestos al trabajo. Identifica la obra social respectiva a través de una sigla la cual, cuando está bien escrita, no genera problemas; pero en cuanto no lo está, envía los respectivos fondos a un "limbo", a la espera de la correspondiente asignación (Números: en concepto de cuota sindical, que recauda por sí misma, la UOCRA percibió en junio de 1992 16% más que en diciembre de 1991; mientras que en concepto de obras sociales, que recauda vía el SUSS y que -por como se liquida- debería haber aumentado en igual proporción, en junio de 1992 recibió 10% menos que en diciembre de 1991. Hay, consiguientemente, un faltante del 25%; a caballo de lo cual el sistema no le informa al sindicato quién pagó y quién no, imposibilitando las más elementales tareas de seguimiento).

[Esta dificultad operativa se planteó desde el momento mismo en que se diseñó el esquema. Tanto fue así que algunos de los funcionarios del ministerio de Trabajo que se encargaron de la cuestión, renunciaron al advertir las dificultades que vendrían. Me consta que en los primeros meses de 1992 se le hizo llegar a las autoridades una propuesta de solución práctica muy eficaz: que cada sindicato le enviara a cada empleador que le corresponda, una boleta individual, que éste agregaría a la boleta que utiliza el gobierno. En estas condiciones, ningún empleado bancario tendría dificultades en identificar a qué sindicato pertenecen los fondos que acaba de cobrar.]

Pues bien, lo que se planteó en mi casa en la reunión que estoy relatando, coronando 6 meses de increíbles negociaciones, es que finalmente la segunda boleta se adjuntara a la primera. Hay que ser muy retorcido para ver en esto ideología, o que el Gobierno "cedió". El Gobierno, a través del SUSS, no pretende ni puede "controlar las obras sociales", y menos aún "hacerlas desaparecer". De los dirigentes sindicales, y de lo que hacen con los fondos de las obras sociales, que cada uno crea lo que quiera; pero está claro que los mecanismos se inventan para que funcionen... o hay perversión.

Cavallo se retiró de mi departamento a las 9,30 horas y, como buen jugador de póker, no dijo ni que sí, ni que no, ni adónde iba. Pero habló con el Presidente, quien -también deseoso de que se pudiera evitar el paro general- puso en movimiento la maquinaria que permitió que, horas después, se firmara el acuerdo. Me sentí muy contento de haber sido útil, y orgulloso de "haber estado ahí" cuando se me necesitó.

[Al día siguiente leí los diarios, para ver cómo habían reflejado la noticia que conocía, según lo que acabo de describir. El caso presentó una de esas raras oportunidades en las cuales uno resulta testigo de un hecho protagónico, de manera que al otro día lee los diarios no para enterarse sino para juzgarlos (un verdadero "experimento de Monte Carlo").

De lo que leí destaco la labor que cumplieron los periodistas de Clarín, quienes buscaron, hurgaron, organizaron y presentaron la información, ajustándose a los hechos. Otros diarios, y algunas radios, tomaron contacto con un par de importantes ausentes en la negociación, y consiguientemente estaban despistados.

El lunes 20 de julio Ambito financiero propuso una verdadera ganga: 2 diarios por el precio de uno. En efecto, uno de los diarios estaba formado por la página 6, donde se publicó el texto del acuerdo, y la contratapa, donde se reflejó un diálogo que en la víspera habían mantenido un periodista del diario con Domingo Cavallo; mientras que el otro diario apareció en la tapa, con un título y un artículo "bombásticos", que nada tenían que ver con la realidad.]

Gauchadas menos espectaculares resultaron viajar hasta Resistencia, Chaco, el 8 de marzo de 1979, para analizar las implicancias de la tablita cambiaria con el gobernador Antonio F. Serrano y su gabinete; realizar a fines de 1981 una emisión especial de Momento económico para que -a su pedido- el flamante ministro de economía Roberto T. Alemann explicara su programa económico; integrar el equipo de 30 expertos que analizó la cuestión de la deuda externa (el informe que le envié al juez Martín Anzoategui lo reproduce en Escritos seleccionados 1981-88, Ediciones Macchi, 1989); evacuar dudas técnicas referidas a la reforma financiera de Díz en la Fiscalía Nacional de Investigaciones Administrativas; moderar el 10 de agosto de 1988, en ATC, un programa de televisión para que miembros del equipo económico (Mario Brodersohn, José Luis Machinea y Carlos Bonvecchi) explicaran el plan Primavera; asesorar a funcionarios públicos que participaron en debates televisivos; así como mejorar uno de los discursos que pronunció un ex ministro de economía. Participo regularmente en las convocatorias informativas que los equipos económicos les hacen a "economistas de nota" cuando lanzan programas económicos.

Mi relación con los altos funcionarios continúa, por supuesto, una vez que dejan sus cargos. Cada vez que me ve, paternalmente, Roberto Alemann me recomienda bajar de peso ("¿sabe lo que es un auto? Un aparato que sirve para llevar a los amigos", me dijo cuando terminamos de participar en un programa en Canal 13, mientras me llevaba a mi casa de Flores, totalmente a contramano de la suya, ubicada en Melián; con Martínez de Hoz almorzamos en su departamento, muy de tanto en tanto (corrigió con gran esmero el inglés del libro que escribimos con Alfonso Martínez para el Banco Mundial, cuya versión en castellano comenzaré en cuanto termine de escribir esta obra; y de haber sabido antes que es amigo personal de Henry Kissinger, hubiera ahorrado tiempo, energías y angustias, en conseguir la autorización para publicar mi libro basado en sus memorias, episodio que contaré más adelante); del buenazo de Adalbert Krieger Vasena, quien me enseñó que el de ministro de economía es un cargo gerencial, extravié la carta que me envió desde el Atlantic Institute, donde se había exiliado, con comentarios de mi libro sobre su gestión económica; sí conservo la serena y amable carta que, con fecha 23 de noviembre de 1980, me envió desde la cárcel Celestino Rodrigo, agradeciéndome mi envío del trabajo que sobre su gestión había presentado en la reunión de Mendoza de la Asociación Argentina de Economía política en 1979. Sigo pensando lo que dije en la dedicatoria de mi La economía que yo hice, El Cronista Comercial, 1980: "Dedico esta obra a los ex ministros y altos funcionarios en economía, porque con respecto a más del 90% de ellos no es cierto ni el 10% de las cosas que se dicen de ellos" (como expliqué en el capítulo

dedicado al autorretrato, la defensa de las "causas perdidas" me ocasionó algún que otro disgusto, pero me permite dormir tranquilo).

[Naturalmente, la biología hace lo suyo. Hasta hace algún tiempo mi relación con los ministros de economía se desarrollaba a partir de su gestión, y el trato desarrollado anula las diferencias de edad. Cavallo es menor que yo, de modo que ahora el trato con el ministro de turno es la continuación de una vinculación de vieja data.]

Al efectuar reflexiones sobre su vida profesional (incluidas en Breit, W. y Spencer, R. W., 1986: Lives of the laureates, The MIT press, Cambridge), Milton Friedman dijo textualmente lo siguiente: "los 2 años que pasé en Washington, durante la Segunda Guerra Mundial, me mostraron cómo se hace, y cómo no se hace, la política en Washington, una experiencia invaluable. Afortunadamente, me escapé antes de que se me contagiara la Fiebre del Potomac, una enfermedad mortal para cualquiera que tenga objetivos principalmente científicos". De repente me pesqué la "Fiebre de Hipólito Irigoyen 250". No lo sé; sí sé que computo el año que trabajé en Economía como uno de los más excitantes y útiles de mi carrera profesional.

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

18

### IDEA

Cuando durante la presidencia de Arturo Frondizi un torrente de inversiones extranjeras llegó súbitamente a nuestro país, dejó en claro que el salto que produjo la incorporación de nuevos productos y tecnologías, requería un salto correspondiente en lo que los economistas denominamos capital humano. En el plano de las técnicas modernas de organización y dirección de empresas esto implicó, entre otras cosas, que las facultades de ciencias económicas agregaran las licenciaturas en administración de empresas y economía a la carrera de contador, y que en 1960 un conjunto de empresas fundaran el Instituto para el Desarrollo de Ejecutivos (desde 1977, Empresarios) en Argentina, IDEA.

Supe de la existencia de IDEA cuando, trabajando en el estudio sobre la industria del torno en Argentina mientras estaba en FIEL, Pastore consiguió que asistiera a una reunión organizada por el Instituto, que entonces funcionaba en la calle Belgrano, donde un ingeniero de apellido Schapiro presentó una proyección de la demanda de tornos (en ese momento IDEA estaba dirigida por Guillermo Edelberg, a quien yo había conocido en el Di Tella); y también porque, como ya relaté, estudiando en Harvard conocí a Manuel Sacerdote y a Carlos Lara quienes, becados por IDEA dentro de su programa de capacitación de profesores para su Escuela de administración (EDA), estaban cursando sus master en administración, en Harvard y en el M. I. T. respectivamente.

[Al regresar a Argentina ninguno de los 2 aterrizó en el Instituto. Sacerdote lo hizo en el Banco de Boston, donde todavía trabaja. El terrorismo que asoló nuestro país durante la primera mitad de la década de 1970 le dio a Manuel la oportunidad de mostrar que un "aborigen" podía tener a su cargo la sucursal argentina del Banco. Tan bien hizo su tarea que desde hace mucho tiempo tiene también responsabilidades regionales... y estoy convencido de que decidió no progresar más dentro del banco, porque ello le hubiera significado tener que dejar de vivir en Argentina.

Sacerdote se inmortalizó entre los economistas cuando 6 días antes de que Martínez de Hoz lanzara su "tablita", publicó su nítido "Medidas económicas para la actual coyuntura" (El Cronista Comercial, 14 de diciembre de 1978). Nunca averigüé si se trató de un caso de anticipación, de una recomendación o de mera casualidad.

A Carol Dack, a quien conocí en el CIDIE como secretaria de Mase y que antes de casarse e irse a vivir a Australia fue secretaria de Sacerdote, como presumo que a mucha otra gente, siempre le llamó la atención como 2 tipos con forma de ser y de vestir tan diferentes, podemos ser tan amigos como Manuel y yo. Es una cuestión "de piel", una amistad cuyo cultivo no necesita ni de cumplidos ni de contactos frecuentes.

Lara, por su parte, ingresó en Propulsora Siderurgica (en cuya empresa me quería hacer entrar, dicho sea de paso), donde a mediados de 1970 lo volví a encontrar cuando con Pastore visitamos la planta, según ya relaté. Poco tiempo después se mató conduciendo su auto, un día de niebla, yendo precisamente a trabajar a la planta de la empresa, sita en Ensenada.]

A mi regreso de Harvard tomé contacto con IDEA para enviarle trabajos a la Revista de administración y economía, la publicación técnica que editaba el instituto. Entre 1970 y 1973 me publicaron 3 artículos (uno en colaboración) y 2 comentarios, y me rechazaron uno, sobre la "economía de los supermercados", que finalmente vio la luz en 1978, cuando lo publicó la cátedra de comercialización de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA (según me explicó Vulovic en 1992, en IDEA les preocupó que el rechazo me provocara enojo y que consiguientemente no quisiera seguir enseñando, cosa que no ocurrió porque acostumbro a "departamentalizar" mis negociaciones).

Me vinculé a la EDA en setiembre de 1971. El ofrecimiento -realizado, como de costumbre, almorzando- me lo hicieron 2 de quienes entonces eran sus profesores a tiempo completo: Pedro Jorge Vulovic, profesor de materias como administración y contabilidad gerencial, y quien todavía hoy (1992) continúa en la escuela, y Ricardo Halperín, profesor de finanzas, quien desde hace casi un par de décadas trabaja en el Banco Mundial. Se trataba de dictar Análisis Económico (o, como la llamé luego, Problemas económicos argentinos) en algunos de los cursos para ejecutivos a tiempo completo que ofrecía la EDA (el CIPE, Curso Intensivo para el Perfeccionamiento de Ejecutivos y, cuando se creó, el PADE, Programa de administración de Empresas), para darle un respiro a Adolfo Canitrot (a quien había conocido en el Di Tella), quien quería seguir siendo profesor en la EDA pero se había aburrido al tener que repetir el mismo curso con tanta frecuencia.

Entre setiembre de 1971 y fines de 1975 dicté el curso 6 veces. No conservo copia del programa que desarrollé, ni de los materiales que utilicé; supongo que Halperín y Vulovic me habrán dado una copia del que Adolfo distribuía en las clases, el cual también supongo debo haber dejado de lado para hacer las cosas "a mi manera". Dedicaba la primera de las aproximadamente 10 clases que duraba el curso, a desarrollar un ejercicio numérico de cuentas nacionales, que todavía sigo utilizando porque resulta muy útil para fijar conceptos básicos, y luego me ocupaba de temas tales como inflación, sector externo, distribución del ingreso, etc. Como simultáneamente trabajaba en FIEL, dicté las clases en el primer bloque de la tarde (de 13,30 a 14,45 horas), lo cual implicó que algunas veces me perdiera el referido concierto del mediodía del Mozarteum. Estaba dictando uno de esos cursos cuando el 1 de julio de 1974

Eduardo J. Casullo, entonces director de IDEA, abrió la puerta del aula para anunciar la muerte de Juan Domingo Perón (interrumpí la clase; regresando a FIEL, en plena calle vi llorar a algunas personas). El Mundial de Fútbol de 1974 obligó a algunos cambios en el horario de clases... y a sufrir juntos, profesores y alumnos, delante de la pantalla del televisor.

Cuando comencé a dictar en la EDA hacía años que daba clases, pero nunca había estado de pie delante de, digamos, una docena y media de personas casi todas mayores que yo, algunas graduadas universitarias otras con experiencia laboral equivalente, que ni eran ni pretendían ser economistas. Fue un gran desafío, del cual aprendí mucho. Dictando estos cursos me sentí particularmente cómodo con aquellos de mis alumnos que eran ingenieros: por su actitud (están entrenados para solucionar problemas, no para agigantarlos o paralizarse frente a ellos); porque no se asustan cuando uno escribe una ecuación en el pizarrón; etc. También tuve buena interacción con químicos y médicos (no sorprende, por consiguiente, que cuando en la década de 1980 me invitaban a hablar en los almuerzos de las "Divisiones de IDEA", aceptaba hacerlo en los de las divisiones Producción y Sistemas). Cuando entre los alumnos había un economista, automáticamente lo neutralizaba... ¡nombrándolo ayudante!

La diferencia de edad entre mis alumnos y yo nunca fue una dificultad en mi caso porque, enseñándole economía a ejecutivos, yo jugaba de "local". Distinto es el caso del joven profesor que a los gerentes de personal les tiene que explicar cómo plantear las relaciones humanas en una empresa, y los alumnos -sobre la base de su propia experiencia- advierten que se trata de un "soltero que habla de problemas matrimoniales" (el profesorado a tiempo completo sólo a veces es ideal).

[Aunque con fuerte participación de los asistentes, en aquellos años basaba mis cursos en clases magistrales. La "revolución" didáctica vendría después, cuando trabajé a tiempo completo en la EDA.]

La EDA es parte de IDEA, pero no todo. A comienzos de la década de 1970 el resto eran actividades principalmente vespertinas, normalmente de corta duración, gerenciadas entonces por Hugo A. Burdman. Dentro de esta área, en 1972 dicté un curso sobre Problemas económicos argentinos que se desarrolló a lo largo de todo el año (Félix Luna hizo un curso paralelo sobre historia, al que asistí como oyente). En este curso se anotó mucha gente (40 personas por lo menos) y muy calificada (ejemplos: Mario Hugo Azulay y Jorge Alberto Girola, entonces de la gerencia financiera de Techint; Rodolfo Guido Martelli, del Banco Roberts; Carlos F. Castro, titular de Proveeduría Deportiva, quien en 1972 hablaba de sus proyectos para el Mundial de Fútbol de 1978; un señor de apellido Del Río, dedicado al negocio inmobiliario, quien me obligó a trabajar al descubrir un error de razonamiento en mi presentación del beneficio de las inversiones extranjeras; Harry Ingham, un pintoresco afiliado a Nueva Fuerza -¡corajudo el hombre, en 1972!-, quien nos divertía con las anécdotas que tenía a raíz de compartir nada menos que 50 metros de medianera con Juan Domingo Perón, cuando a su regreso a Argentina éste vivió en Gaspar Campos 1065, Vicente López; y Joaquín Arturo Acuña, un simpático catamarqueño, entonces coronel. Luego del curso lo invité a que disertara en FIEL sobre su especialidad -la minería-, donde sorprendió a todos y deleitó a Adela Elizalde



cuando confesó sus simpatías por Alvaro Alsogaray). Tanta y tan calificada fue la gente que se anotó, que Casullo vino imprevista y personalmente a mi oficina de FIEL para decirme que estaba asustado, que me tenía que matar para dictar bien el curso, que quería pagarme más, y que me proponía preparar material escrito para distribuir en las reuniones (preparé resúmenes ejecutivos sobre los siguientes temas: 1) rasgos fundamentales de la estructura productiva argentina; 2) sector externo; 3) roles del Estado en la economía; 4) capital nacional y capital extranjero; 5) inflación; y 6) crecimiento y distribución. A cada tema le dediqué 4 reuniones, una cada semana: 2 clases a mi cargo, seguidas por una mesa redonda con invitados, dedicando la cuarta reunión a la correspondiente síntesis). Dicté el curso en la entonces impactante aula magna del Instituto.

[Como para mí mis alumnos son todos iguales, aunque fuera del aula trabajen de rey, Papa o lavacopas (en esto soy discípulo de Gerschenkron), el "mensaje" de Casullo no mejoró la preparación de mis clases. El curso salió bien, a juzgar por las evaluaciones finales (recuerdo las espontáneas palabras de agradecimiento de Azulay, en la última reunión), pero en una de las clases tuve que superar una crisis, producto de haber llegado al aula "con esquema pero sin contenido". Afortunadamente, los asistentes "estuvieron ahí" cuando los necesité (varios años después, en un curso que en IDEA dictó Alfredo Crespo Casares, aprendí que "el público quiere que a quien brinda un espectáculo -una conferencia, una prueba de circo o una carrera de autos- le vaya bien").]

Supongo que tanto la interacción de los cursos que dicté en la EDA, el material que escribí para el de 1972, como el resto de las actividades que, sólo o en colaboración, desarrollé en IDEA en aquel tiempo (entre las cuales destaco haber integrado, junto con Lorenzo J. Sigaut, un panel que hizo el "análisis económico del Acuerdo Social" -de Gelbard-, actividad que el 4 de julio de 1973 colmó el salón de actos de la Cámara Argentina de la Construcción; y haber integrado, junto con Marcelo Diamand, un panel que el 16 de enero de 1974 hizo el "análisis económico del Plan Trienal"), me sirvieron para la preparación (¿lo habrán inspirado?) de mi Un esquema de política económica para la Argentina (Ediciones Macchi, 1976), que como dije escribí en FIEL, en 5 meses, durante el primer semestre de 1974. Sobre la base de la versión preliminar de dicha obra en IDEA dicté un seminario abierto sobre Problemas económicos argentinos.

. . .

Comencé a trabajar a tiempo completo en la EDA el 19 de marzo de 1976, 5 días antes de que el Proceso derrocar a Isabel Perón ("sólo falta repartir las entradas", acoto irónicamente Carlos Floria en la oficina de Casullo). Llegué a IDEA procedente de la Universidad de Boston, donde invitado por Daniel Schydrowsky había dictado un curso que duró 2 meses, y me quedé estupefacto al advertir, comiendo pizza en Liniers con mi cuñado Eliseo inmediatamente después de bajar del avión, que en Argentina en sólo 60 días los precios se habían duplicado. Trabajé en IDEA con dedicación exclusiva 2 años y medio, hasta fines de agosto de 1978.

En marzo de 1976 el instituto ocupaba un par de pisos del edificio ubicado en Moreno 1850: el segundo y el quinto. Poco tiempo después también ocupó el cuarto y luego -pero sólo transitoriamente- una parte del sexto piso. Recién en 1981 adquiriría el tercero. La división interna en cada uno de los pisos, hecha con mamparas sobre la base de planos preparados por la arquitecta Beatriz Mlatko, cuñada de Casullo, fue modificada con tanta frecuencia que en 1976 conocí al carpintero Franco Regno haciendo reformas... y que yo sepa no paró nunca más (cuando en 1982 ingresé en El Cronista Comercial comprobé que también allí tenían un carpintero que trabajaba con dedicación exclusiva).

Del segundo piso recuerdo la lindísima aula magna, que hoy (1992) está como entonces; y del cuarto, que fue preparado exclusivamente para aulas. La novedad de las aulas del cuarto piso, habilitado en 1978, fue que las paredes medianeras están forradas de un material blanco, tipo fórmica, sobre el cual se puede escribir con marcadores, de manera que el expositor tiene a su disposición un gigantesco pizarrón (las mujeres que acondicionaban las aulas al finalizar cada clase me pedían por favor que no escribiera "muy arriba", para no tener que subirse a un banco para borrar mis anotaciones). Quien quería utilizar el material en más de una exposición escribía en papeles colgados de un rotafolio. Las transparencias, que conocí en las clases de computación que un funcionario de IBM dictó en el curso de inglés que en agosto de 1966 tomé en la Universidad de Boston, eran utilizadas por algunos de los profesores de la EDA. Las aulas del cuarto piso tienen instalados tubos para inyectar aire acondicionado, pero al parecer IDEA nunca consiguió los recursos para comprar el equipo.

Con ojos de quien venía de tomar clases en la UCA, conocer las aulas de la UBA, y dictar materias en las Universidades del Salvador y Argentina de la Empresa, las comodidades que ofrecía la EDA resultaban verdaderamente espectaculares (similares a las de Harvard y de la Universidad de Boston, donde nunca ví un aula sucia o mal iluminada, o que a un profesor le faltaran la tiza o el borrador). Cuando como profesor uno sabe que el "instrumental" va a estar en el aula, concentra toda su energía en el contenido de la actividad, logrando mejores resultados didácticos que cuando la clase no puede comenzar porque no hay con qué borrar el pizarrón y/o escribir en él (éstas son consideraciones referidas al "habitat", más adelante hablaré de lo que para mí significó la EDA desde el punto de vista de la técnica de la enseñanza).

En la parte de adelante del quinto piso terminó funcionando la biblioteca, a cargo de la eficaz y atractiva Gloria Pérez Ferreira, cuyo nombre me fue sugerido por Emma Linares cuando le pregunté por candidatos, al producirse la correspondiente vacante en el instituto (la biblioteca de IDEA estaba suscripta a muchas menos revistas técnicas de economía que la de FIEL. Por eso en 1976 comencé mi suscripción personal a la American economic review); y en la otra punta del piso, es decir, sobre el contrafrente, estaban la oficina de Eduardo Casullo y las del resto de los profesores de la Escuela.

Contigua a la biblioteca funcionaba la casoteca de IDEA. La EDA aplicaba en sus cursos el "método de los casos", que la escuela de negocios de la Universidad Harvard hizo famoso; la casoteca guardaba copias de los casos que los profesores utilizábamos en sus cursos. En febrero de 1978, Michiel R. Leenders, de la universidad de Western Ontario, Canadá, dictó un utilísimo curso, desarrollado en 5 reuniones a lo largo de una semana, en el cual los

profesores de la EDA aprendimos a construir casos, curso que Leeders terminó contando un cuento de suspenso creciente que remató desabrochándose la bragueta para mostrar la punta de su... camisa (acompañando a Mr. y Mrs. Leeders, Any y yo conocimos El viejo almacén, al cual no volvimos más).

A pesar de la eliminación de un aula interna que había en dicho piso (que apodé "el submarino", y que Casullo, Nélica ("Nelly") Legorburu -su dedicada secretaria- y los profesores utilizamos a comienzos de 1977, durante la primera de las infinitas reformas de las instalaciones), la incorporación de profesores a la EDA obligó a reducir el tamaño de la oficina disponible para cada uno de nosotros (se fabricaron 5 oficinas individuales y 3 para compartir, luego de que Eduardo y su secretaria se mudaran al sexto piso). A raíz de esto Casullo dispuso reemplazar los escritorios existentes por otros más pequeños (le compré a IDEA uno de los escritorios que quedaron en desuso, el cual utilicé en mi casa de Páez hasta comienzos de 1991, y como dicho inmueble se lo vendí a Jorge Prandi, quien trabajaba y trabaja en IDEA, el viejo escritorio sigue "en casa" en un doble sentido. ¡Qué pequeño es el Mundo!). Sobre el contrafrente, entre la oficina de Casullo en una punta y las de Vulovic y la mía en la otra, trabajaban las secretarías de la escuela, entre las que recuerdo a Hilda Delaney de Barquiza, Julia Obes y Cristina Lema, propietaria esta última de un par de hermosos ojos. Completaba las instalaciones de la EDA una pequeña sala de reuniones.

[El placer de que sólo pocos metros separaran a las aulas de mi oficina, derivado de la comodidad para acompañar con materiales la presentación oral de las clases, sólo lo experimenté en IDEA, más de 10 años después de haber comenzado a dictar clases en diferentes universidades. En Harvard me había maravillado que algunos de mis profesores dictaran clase en Littauer, el edificio donde tenían sus oficinas.]

Sólo Dios sabe cómo el "acaparapapeles" Pedro Vulovic logró que todos sus libros, carpetas y biblioratos, cupieran en el nuevo tamaño de su oficina (tiene más lugar el piloto de un Jumbo en su cabina que Pedro en su escritorio). ¿Reflejo de qué tipo de cabeza es el escritorio de Vulovic? Reflejo de meticulosidad, de absoluta dedicación a lo suyo, y de aversión al riesgo. Esta característica de Pedro era objeto de chanza por parte de todos nosotros, hasta que un día pudo tomarse el desquite. IDEA había contratado a Igor Ansoff para que dictara un seminario. Al ponerse a trabajar contra reloj en el folleto de lanzamiento de la actividad, Casullo descubrió que no tenía el curriculum de Ansoff (el fax no existía entonces). En reunión de profesores, mezclando nervios y sorna, Eduardo le preguntó a Vulovic: "Pedro, entre todos tus papeles; ¿no tendrías el curriculum de Ansoff?". "¿En qué lo querés; en inglés o en francés?" contestó calmo Vulovic, quien efectivamente tenía en su archivo las 2 versiones.

[En IDEA se dictan cursos sobre planeamiento estratégico, optimización de los recursos y relaciones humanas, pero; ¿cuánto de lo que se predica en las aulas se aplica en el propio instituto (como solía preguntar acertadamente Saturnino Herrero Mitjans, uno de los profesores de la EDA)? Sirva de consuelo de tontos la existencia de médicos que fuman, psicólogos rayados y economistas pobres.]

Un instituto que ofrece cursos a ejecutivos puede tener malos profesores, pero no una cocina que no funcione. El servicio de café estaba a cargo de un pequeño "ejército" comandado por "doña Melly", una verdadera institución dentro de IDEA. Melly, quien vivía en un conventillo de la Boca, literalmente abría el instituto todos los días, para tener café listo para todos los participantes, profesores y empleados (los alumnos se servían en lugares especiales durante los cortes, entre clase y clase, pero la propia Melly llegaba hasta la EDA cada media tarde con café, te y galletitas).

No comprender la importancia que doña Melly tenía en IDEA se pagaba caro. Casullo tenía la buena costumbre de invitar a quienes querían ser profesores en la EDA, a que dictaran una clase delante de quienes ya éramos profesores en la Escuela (nosotros jugábamos el rol de alumnos). La decisión final sobre la incorporación del nuevo profesor la tomaba Eduardo, pero nuestra opinión -que se le manifestaba oralmente al interesado, inmediatamente después de terminada la prueba- alguna importancia tenía. Una tarde un candidato estaba desarrollando su clase, cuando doña Melly abrió la puerta del aula para entrar con su carrito y servir la merienda. El muchacho, de modo firme casi violento, le dijo que esperara en la puerta hasta que él decidiera cuándo era el momento apropiado para ingresar en el aula, luego de lo cual cerró la puerta con doña Melly afuera y pretendió seguir dictando la clase. Pocos minutos después estábamos todos tomando café (¿debo aclarar que el susodicho nunca ingresó en la EDA?).

La cocina de IDEA era capaz de preparar todo el café que necesitaba el instituto, pero no alcanzaba para ofrecerle almuerzos a los alumnos que asistían a los cursos tipo CIPE o PADE (cuando el almuerzo de alguna de las divisiones de IDEA se hace en Moreno 1850, la comida se compra afuera). Por eso el instituto había hecho un convenio con el comedor del Centro Asturiano, que funciona en el segundo piso de un magnífico -aunque en ese momento poco mantenido- edificio ubicado en Solís 475. En el salón de actos del Centro, el desnivel entre el escenario y la platea no se logra subiendo al primero sino inclinando la segunda, proporcionando excelente materia prima a los que inventan chistes de gallegos. Una vez, buscando sorprender a mi viejo, lo invité a almorzar y le mostré la curiosidad, encontrándome con que en su juventud él había sido habitué del lugar. "A la tarde había teatro, para entretener a quienes acompañaban a las `chicas`. Luego desalojábamos el salón, levantaban el extremo de la platea que da sobre el escenario, para dejarlo horizontal, a ras del estrado, y volvíamos a entrar para bailar" me dijo sonriendo).

Cada mediodía los alumnos, y los profesores que los acompañaban a almorzar, se encontraban con fetas longitudinales de chorizo cantimpalo, queso gruyere, un abundante plato principal, postre y café... sin vino, para no dormir durante la primera clase de la tarde (excepto durante la última semana, donde "misteriosamente" aparecía alguna botella sobre la mesa). Un día la capacidad de respuesta del concesionario del Centro Asturiano fue puesta a prueba. Javier Romero y yo estábamos almorzando con un grupo de estudiantes, cuando vimos salir del ascensor a una multitud. IDEA había programado una actividad de un día entero (almuerzo incluido), a la cual estaban asistiendo unas 60 personas... y se olvidaron de decírselo al Asturiano. Romero se puso pálido mientras yo observaba la situación como quien mira el choque entre 2 autos, ninguno de los cuales es el de uno. Al minuto el concesionario dijo:

"Siéntense en cualquier mesa", y momentos después 60 personas inesperadas comieron el menú del día (mi fantasía era que los depósitos del Centro Asturiano llegaban hasta la Avenida 9 de julio). Mi ídolo del mencionado restaurante era un hombre bien viejito, muy petiso y flaco (debía tener más de 70 años y no debía pesar más de 50 kilos), que usaba bastón y tiradores, que comía puchero, fumaba y tomaba vino como el más esforzado estibador del puerto. Siempre se los mostraba a los alumnos diciéndoles: "El día en que, encima de todo esto, se aparezca con una mina, me tiro por el balcón de la envidia".

[En algún momento quienes estaban a cargo perdieron la concesión del comedor del Centro Asturiano, y abrieron su propio restaurante, Pelayo. IDEA como institución no los siguió (tengo entendido que los alumnos comenzaron a almorzar en el Centro Gallego), pero sí lo hicimos, individualmente, los empleados y ex empleados del instituto quienes, sin coordinación alguna, de tanto en tanto nos encontramos en México 1781.]

. . .

En marzo de 1976 presidía IDEA Mario L. Piñeiro, y como dije Eduardo J. Casullo era el director ejecutivo del instituto. La EDA contaba entonces con sólo 2 profesores a tiempo completo, ya que Raúl Lehman, quien dictaba comercialización, estaba en ese momento retirándose de la escuela (desde el punto de vista presupuestario ocupé el lugar que dejó Lehman, aunque para enseñar materias distintas): Vulovic, de quien ya hablé y volveré a hablar, y Saturnino ("Nino") Herrero Mitjans, quien ingresó a comienzos de 1975, reemplazando presupuestariamente a Ricardo Halperín, del mismo modo que, como acabo de explicar, yo lo hice con Lehman (en aquella época la EDA tenía presupuesto para 3 profesores a tiempo completo, cualesquiera fueran sus áreas).

Con posterioridad a mi ingreso se agregaron a la EDA, por orden alfabético, Juan Carlos Amadeo, Lubomiro A. Chomyszyn ("Chomi"), Edgardo Fernández Feijoó, Carlos A. Ferrari, Ernesto I. Gore y Javier A. Romero. Emilio Luis Barreira asistió como alumno a uno de los CIPE o PADE, e ingresó luego en el instituto como comercializador de dichos cursos. Luego de mi renuncia, en agosto de 1978, la EDA siguió aumentando el tamaño de su cuerpo docente (el cual llegó a superar las 20 personas), declinándolo abruptamente con posterioridad al conflicto de Malvinas. El único de los profesores mencionados que hoy (1992) sigue en la EDA es... Vulovic, por supuesto, cuya permanencia en la institución es ya tan prolongada, que hace rato que forma parte del inventario.

Del resto del personal de IDEA, además de las personas citadas hasta aquí recuerdo particularmente a José A. Anidjar y Jorge Prandi, quienes manejaban las finanzas y la administración del instituto (me encanta contarle cuentos a Anidjar por la ruidosa forma en que los festeja), y a Nelly, la secretaria de Casullo, a quien según las pícaras referencias de Eduardo yo volvía loca porque como no aguantaba que ella distribuyera la correspondencia después de terminar sus otras tareas, en cuanto llegaba a su escritorio el paquete del correo yo lo desarmaba para retirar mis cartas. Dedicada, pulcra y sumamente circunspecta, Nelly

complementaba sus ingresos de IDEA traduciendo novelas. Una vez apareció en un diario el comentario bibliográfico de una de ellas, donde el crítico destacaba la delicadeza con la cual la traductora había pasado al castellano algunas expresiones soeces del original. Los profesores de la EDA fantaseamos con que el protagonista de la novela, al pegarse un martillazo en un dedo, había exclamado: "¡excremento!". Con semejante grupo humano no había tiempo para aburrirse.

A Piñeiro lo conocí en algún momento de la primera mitad de la década de 1970, cuando dicté un seminario en IDEA junto con otras personas. Cada exposición se desarrolló en una jornada distinta. El curso finalizó con un almuerzo que tuvo lugar en el hotel City, a cuyos postres se anunció que "un tal Piñeiro", quien había estado presente en todas las reuniones, iba a hacer una síntesis de las exposiciones. Cuando el susodicho se puso de pie me acomodé en la silla esperando aburrirme, pero me ocurrió todo lo contrario porque Mario, exhibiendo su inagotable sentido del humor, hizo una espléndida presentación del contenido del seminario. Fue inevitable que, desde entonces, nos hiciéramos muy amigos (en noviembre de 1989, en Washington, me ocurrió lo mismo con Michel Camdessus, director gerente del Fondo Monetario Internacional, como ya explicaré).

A poco de ingresar en la EDA, a Piñeiro le tocó protagonizar uno de esos hechos que convierten la presidencia de una institución en un cargo transitoriamente indeseable. Cada profesor había firmado con la EDA un contrato según el cual, con frecuencia trimestral, los salarios nominales se ajustaban según la estimación del costo de vida para ejecutivos que hacía el propio Instituto (en algún momento Carmen de Azar trasladó el CIDIE, que había nacido en FIEL y luego se había trasladado a Sarmiento 833, a IDEA, haciéndose cargo de la mencionada estimación). según esta fórmula de ajuste, incorporando la hiperinflación de los últimos meses del gobierno de Isabel Perón los salarios nominales debían aumentar 64%. Piñeiro convocó a una reunión de profesores en la oficina de Casullo, se sentó detrás del escritorio de Eduardo haciendo el gesto de parapetarse ("por las dudas") y luego de una breve explicación comunicó que IDEA pagaría la mitad del aumento, es decir, 32%.

Casi me muero. Ocurría que acababa de comprarle a Lladó la casa de Páez, comprometiendo 2/3 de mi sueldo de IDEA y utilizando la misma fórmula de reajuste, y yo no tenía cara para repetirle a mi acreedor inmobiliario las razones que me acababa de dar mi deudor laboral (a Lladó le comenté el problema, quien de inmediato propuso reprogramar los pagos, manteniendo la fórmula de ajuste. Le agradecí diciéndole que utilizaría la opción si no tenía más remedio). En la reunión mencioné mi situación. "Estoy enterado" dijo Piñeiro, pero ni pedí reconsideración ni tampoco me la ofrecieron unilateralmente.

[Si la casa la pagamos "mucho" o no es una eterna discusión que mantengo con Any. Ella sostiene que sí, yo nunca hice las cuentas. Lo que está claro es que, habiendo indexado las cuotas por precios internos al comienzo de la gestión Martínez de Hoz, la pagamos mucho más que si hubiéramos pactado pagos en dólares. Pero, a mediados de 1976; ¿quién iba a imaginar la cuantía de la revaluación del dólar hasta 1981?]

Frente a una dificultad, pelea. ¿Cómo comer y vestirnos, cuando la cuota de la casa nos llevaba entero el salario de IDEA? Aceptando todas las invitaciones que aparecieron para escribir lo cual, como se verá de inmediato, se conecta con Piñeiro de manera particularmente significativa. Cuando a comienzos del Proceso de Reorganización Nacional reapareció Carta política, Mariano Grondona reemplazó como director a Hugo Martini, como consecuencia de lo cual Mercado se quedó sin su principal columnista (al semanario dirigido por Julián Delgado esto le vino como anillo al dedo, porque se iniciaba un tiempo "más económico que político"). Consecuentemente nos invitaron a escribir a Carlos S. Brignone y a mí, alternándonos cada semana. La segunda oportunidad se me presentó en la propia Carta política, donde ya había colaborado en su primera época.

Una tercera oportunidad me la brindó la Cámara Argentina de Anunciantes (CAA), que me encargó un informe mensual, no firmado, para distribuir entre sus asociados. Como cada proyecto que vendo como original lo es en realidad, no "refrité" las columnas de Mercado o de Carta política sino que hice algo diferente, con estilo más contundente. A lo cual se agregó el hecho de que, por sugerencia de Castro (de Proveduría Deportiva y también de la CAA), en la primera página del informe, cruzado, le puse CONFIDENCIAL. Por último, contemporáneamente pero con una propuesta de naturaleza diferente, por recomendación de Carlos Díaz Alejandro (quien actuó como asesor del proyecto), el Instituto para la Integración de América Latina (INTAL) me contrató para hacer una reseña de las recomendaciones específicas existentes en la literatura especializada, para evaluar las inversiones extranjeras (de Pablo, J. C.: "Reseña de ideas para la negociación con las empresas extranjeras", Serie monografías No. 1, INTAL, 1977).

[A pesar de la referida asfixia económico-financiera, en el verano de 1976-77 no me quedé sin "vacaciones". Porque, con gastos pagos por IDEA para nosotros y nuestras respectivas familias (nos alojamos en el magnífico hotel Alto La Vina), en enero de 1977 con Carlos Alberto Floria dictamos en Jujuy un curso de una semana de duración sobre política y economía. Luego del curso visitamos el ingenio Ledesma y Altos Hornos Zapla (fue la segunda vez que llegué con mi propio auto a esa hermosa parte de la Patria). Fue la primera vez que tuve que hacer algo in situ para financiarme las vacaciones pero, como se verá, no la última.

Con Floria, a quien conocí en su propia casa según relataré, compartí estrados decenas de veces, en muchos puntos del país (últimamente menos, y más con sus colegas Rosendo Fraga, Manuel Mora y Araujo y Enrique Zuleta Puceiro. ¿Es porque ellos compilan encuestas políticas, y Carlos no?). El coautor (con Cesar A. García Belsunce) de la fantástica Historia de los argentinos (Kapelusz, 1971) es más atractivo en el debate que en la exposición.]

A raíz de mi populismo de entonces, y de mi costumbre de siempre de escribir con nitidez lo que realmente pienso, en los 3 medios mencionados escribí columnas que criticaban a Martínez de Hoz. Lo cual, en una época normal, no es ningún problema... pero mediados de 1976 era cualquier cosa menos una época normal. Cuando en la filial Rosario de IDEA, analizando el programa económico de Martínez de Hoz, dije que del discurso del 2 de abril de 1976 quedaban en claro 2 cosas: el tamaño de las orejas del ministro y el ordenamiento de objetivos de su política económica (y encima hipoteticé que como había durado 2 horas y

media -récord mundial-, los únicos que lo habíamos escuchado entero éramos los economistas profesionales, y los hinchas de Huracán, que esperaban la trasmisión de un partido de fútbol de su equipo favorito inmediatamente después del discurso. Lo cual, dicho sea de paso, me pareció gracioso pero no fue así; porque cansados de escuchar estupideces, muchos argentinos devoraron el discurso del 2 de abril de 1976, para volver a escuchar "música" más sensata), uno de los presentes llamó al Ministerio de economía de la Nación para hacer una denuncia formal. Por suerte la llamada fue recibida por Luis García Martínez, jefe de asesores del "Joe", quien le dijo a Sigaut que ya que tenía que pasar por IDEA me dijera que dado lo delicado del momento tuviera cuidado con las formas. Luis me repitió personalmente el consejo cuando nos entregaron sendos ejemplares encuadernados de Prensa económica, entonces de propiedad de Luis Oddone, en la fiesta organizada para festejar el año de su fundación. Dicho populismo no generó inconvenientes en Mercado, donde continué alternando columnas semanales con Brignone hasta su fallecimiento, ocurrido en setiembre de 1981, o en Carta política (mi relación con ambos medios la explicaré en detalle más adelante), pero la CAA decidió congelar inmediatamente el proyecto.

[Mientras se estaba peluqueando, un amigo mío vio que en el sillón contiguo una persona estaba leyendo una de las columnas de Mercado donde lo criticaba a Martínez de Hoz. Al finalizar la lectura comentó: "A éste le pagan para que escriba así, para crear el debate" (hay una sola cosa que supera la realidad: las explicaciones que "los entendidos" hacen de ella).]

A esta altura de mi relato entra en escena Piñeiro. Me invitó a cenar en el Centro Asturiano para comentarme que estaba recibiendo presiones de los empresarios de IDEA, para que me echara (como en su momento había ocurrido en el Consejo Directivo de FIEL), pero que como él creía genuinamente en la libertad académica me iba a defender. Junto a lo cual, sin ánimo de amedrentarme o cosa parecida, me explicó la microeconomía de la empresa de la cual era (es, en 1992) gerente general, para sugerirme que las cosas no eran como yo las suponía (mi "conversión" se produjo en algún momento de 1977, según relaté, actuando Ondarts y Teijeiro como disparadores). Piñeiro se jugó por mí en una situación comprometida.

En esos meses más que temor sentí rabia (lo cual, seguramente, reflejaba un mal diagnóstico del momento que entonces vivía el país). Consecuentemente, expliqué la situación que acabo de relatar en la sección carta de lectores de Carta política, sugiriendo que pensaba cambiar la forma pero no el contenido de mi mensaje; a raíz de lo cual recibí en IDEA la reconfortante visita de Amadeo Frugoli, entonces senador por Mendoza, a quien había conocido algunos años antes, quien me animó a seguir escribiendo como lo estaba haciendo... cosa que hice.

[En ningún momento el equipo económico ejerció la menor presión para hacerme cambiar de opinión (el referido mensaje de García Martínez buscaba ayudarme; cada tanto Klein h. reunía en su despacho a economistas que discrepaban con la política económica, para intercambiar informalmente puntos de vista; Carlos Conrado Helbling organizaba almuerzos en el Banco Nacional de Desarrollo, cuya titularidad ejercía, con el mismo propósito; con Enrique Folcini,



flamante director del Banco Central, hablamos una vez en su oficina de Maipú 42; y el par de veces que Martínez de Hoz me vio durante su primer año de gestión me saludó muy cordialmente, mostrando que estaba bien por encima de una crítica que, equivocada o no, no tenía segundas intenciones (vía Juan Carlos Sorondo, íntimo colaborador de Martínez de Hoz en Acindar, le dije al ministro que la referencia al tamaño de sus orejas era chistosa y no ofensiva. "No se preocupe de Pablo, que Martínez de Hoz tiene problemas más graves de qué ocuparse que sus referencias al tamaño de sus orejas", fue su tranquilizadora reflexión).]

Como Santiago Palazzo en FIEL, Eduardo Casullo era la verdadera locomotora de IDEA, institución que bajo su dirección se expandió medida por cualquiera de los indicadores imaginables (alumnos, cursos, profesores, aulas, etc.). Quien sostenga que a comienzos de la gestión ministerial de Martínez de Hoz el crecimiento de cualquier institución de base empresaria estaba asegurado, independientemente de las personas que estuvieran a su cargo, tiene que explicar el colapso de FIEL durante el mismo período. Al igual que Néstor Scibona, a quien conocí luego en El Cronista Comercial, Eduardo es claramente identificable porque un mechón blanco le corta en 2 mitades su cabellera negra (ambos están perdiendo esta característica, porque cada día peinan más canas).

Casullo expandió IDEA... "a su manera" (¿quién no hace las cosas "a su manera"?). En contraste con el estilo que utilizó Palazzo para hacer crecer FIEL, Eduardo le transfería sin filtrar al cuerpo de profesores de la EDA, las marchas y contramarchas propias de las negociaciones de los cursos, a las cuales agregaba su propio estilo atropellador.

Viéndolo actuar resultaba claro que Casullo era consciente de lo que estaba ocurriendo, pero que no siempre podía evitar ser víctima de las vicisitudes propias de un proceso de vertiginoso crecimiento institucional. Ejemplos: cuando uno de los profesores le quiso hacer ver los riesgos de determinada decisión Eduardo, quien también se había dado cuenta de la dificultad, exclamó: "No me aumentes los miedos"; al finalizar una reunión de profesores y gerentes, cuyo objetivo era revisar el número y funciones de los empleados de IDEA, dijo textualmente "aquí no entra nadie más", no obstante lo cual en la próxima reunión, que tuvo lugar al mes siguiente, se encontró con que el número de empleados había seguido aumentando; y cuando mejoraron las finanzas de la EDA, dejó de respetarse el máximo de 2 profesores que podían acompañar a almorzar en el Centro Asturiano a los alumnos de los cursos CIPE y PADE (creo haber almorzado una vez en una mesa donde había más profesores y empleados de IDEA que alumnos).

Para desesperación de Herrero, como dije IDEA no era una institución que en su propia realidad aplicara lo que dicen los manuales que se utilizan en los cursos que se dictan en el propio instituto, ni el gerente de finanzas de IDEA le consultaba al profesor de finanzas de la EDA, que era yo, cuales eran las colocaciones más convenientes para los excedentes financieros de la institución (de la misma manera que, que yo sepa, en FIEL Palazzo nunca nos preguntó a los investigadores jefes, qué iba a pasar con el dólar; y lo mismo me ocurrió en El Cronista Comercial o la Universidad de San Andrés). El Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (CEMA) es al respecto un digno contraejemplo, porque allí los propios profesores

son los responsables de fijar los precios de los cursos, el sistema de becas, etc.; y si fallan... no comen.

[¿Por qué esta generalizada verificación del conocido en casa de herrero cuchillo de palo?]

Así como FIEL no eran sólo García y Palazzo, IDEA no eran sólo Piñeiro y Casullo. Entre los otros profesores de la EDA destaco, primero y principal, a Vulovic quien, con perdón del resto del personal, es la persona a quien más quise y quiero de todas las que conocí en IDEA. Acompañado por Halperín, quien nos presentó, Pedro asistió a la ya referida conferencia que en junio de 1969 pronuncié en el Di Tella sobre la política económica de Krieger, y también interactuamos durante el lustro en que fui profesor de la EDA con dedicación parcial. Pero recién cuando pasé el día entero trabajando en la EDA lo puede apreciar plenamente, entendiendo que por su condición de pobre de espíritu Vulovic resulta fácilmente subestimable en un análisis superficial.

Conozco a pocos como él que saben su materia, les encanta enseñarla y sobre todo se concentran en lo que tienen entre manos, sin plantear sus actuales actividades como meros trampolines para fines ulteriores. Para Pedro cada curso es un fin en sí mismo y, sin exagerar, lo es cada uno de sus alumnos (se dedica tanto a ellos que siempre los sorprende, arriesgando muchas veces bordear el plano de lo cargoso. Como recuerda a cada uno de los miles de alumnos que tuvo y a su vez yo registro más los rostros que los apellidos, cuando necesito algo de alguna empresa lo llamo y le pregunto: "Pedro, en tal empresa; ¿a quién conozco?". Normalmente responde de memoria, de lo contrario acude a sus increíbles archivos y me saca del aprieto). Cuando en la EDA repartí las versiones preliminares de mis trabajos, Pedro fue el único que se dignó leerlos y comentarlos a todos (el resto de los profesores daban materias menos afines a la economía), sugiriendo alguna vez que pensaba ordenarlos y numerarlos, para immortalizar su apellido junto a mi obra, como Kochel hizo con la de Mozart. Sus comentarios, que rara vez tuve en cuenta, aludían mayormente a los riesgos de ser tan nítido (ejemplo: al costado de una afirmación mía que le parecía fuerte escribía: "¿fumas?; digo, para llevarte cigarrillos cuando te vaya a visitar a Devoto").

Con Nino Herrero chocamos varias veces (Vulovic se divertía viéndonos discutir), por cuestiones de personalidad y de las distintas disciplinas que cultivamos (sobre el impacto que tuvo en mí la interdisciplina a la que estuve expuesto en IDEA hablaré más adelante), pero nuestras discrepancias nunca llegaron al terreno personal. Ese encanto de tipo que es Juan Carlos Amadeo dictó delante del resto de los profesores de la Escuela un breve, intenso y utilísimo curso sobre Análisis transaccional, del cual aprendí mucho tanto desde el punto de vista del contenido como de la técnica de enseñanza. El sociólogo Chomyszyn y el experto en educación Ernesto Gore se ocupaban de diagnosticar las necesidades de las empresas para transformarlas en cursos; a ambos -muy buenos tipos, pero para mí gusto muy formales- los escuchaba con enorme curiosidad, tanto por lo que decían como por cómo lo decían (Chomi aplicaba su sociología a las reuniones de profesores, desarrollando interpretaciones profesionales de lo que estaba ocurriendo. Lo respetábamos, pero nadie podía dejar de sonreír al verle utilizar, correctamente supongo, una nomenclatura totalmente codificada y

alambicada). Con Javier Romero, quien enseñaba comercialización y dejó IDEA poco tiempo después que yo, nos terminamos haciendo muy amigos; con él fue con quien más, confidencialmente, durante el primer semestre de 1978 comenté las ganas que tenía de dejar el instituto.

Emilio Barreira no era profesor de la EDA pero estaba cerca de todos nosotros. Advirtiéndome la diferencia que existe entre despachar leche y vender cursos a tiempo completo, encargó un audiovisual que terminó siendo como todos, es decir, que cuando lo ven los involucrados exclaman: "¿yo trabajo ahí?". Me ha tocado almorzar en Moreno 1850 con gente que no pertenecía a IDEA, quienes en algún momento no pudieron seguir la conversación al advertir cerca de ellos un ruido que comenzaba muy suavemente y parecía desembocar en una gran explosión: era el arranque del audiovisual de IDEA, que se estaba exhibiendo en la habitación contigua. Para divertirnos, quienes sabíamos qué estaba ocurriendo muchas veces no lo aclarábamos, para observar creciente perplejidad y tensión en el rostro de nuestros invitados.

Por la EDA, o por IDEA, lo cierto es que desde aquel momento inicié con una amistad permanente con Carlos Echezarreta, Acero Jurjo y E. Lisicki (¿también de aquí conozco a Jaime Maristani?).

. . .

¿Qué hice en IDEA durante los 2 años y medio que trabajé allí a tiempo completo? Lo que pensaba que iba a hacer, y 3 cosas más; de las cuales una no me gustó, otra sí, y hubo una tercera que me resultó y me resulta muy útil.

Lo que pensaba que iba a hacer e hice fue dictar Problemas económicos argentinos (que como dije ya venía haciendo desde 1971) y Finanzas de empresa, tanto en los cursos CIPE y PADE (y su "hermanito", el PADEFI o PADE financiero, la respuesta académica de IDEA a la desregulación del sector dispuesta por Adolfo César Díz el 1 de junio de 1977), como en los recientemente inaugurados cursos de Masa crítica, en los cuales la plana mayor de una empresa era "secuestrada" durante una de cada 9 o 10 semanas, para en un par de años completar -ajustado a las necesidades de la firma, dado el carácter cerrado de la actividad- el equivalente de un curso CIPE. A raíz de estos últimos cursos tengo ex alumnos en la Armada Argentina, Petroquímica General Mosconi, Somisa y Techint (a raíz del curso de la Armada con Any nos hicimos amigos del capitán Ferro y su mujer).

Como me gusta que haya correspondencia entre denominaciones y contenido, muy rápidamente convertí el curso de finanzas de empresa en uno titulado El ADCDEF de las tasas de interés, el cual dicté en una docena de oportunidades. Me propuse lograr que cada uno de los alumnos, independientemente de sus conocimientos anteriores y de su grado de matematifobia, pudiera analizar cualquier operación crediticia de manera tal de poder calcular la verdadera tasa de interés implícita en ella. Para lo cual inventé alrededor de una decena de casos de complejidad creciente (al resolver el último, el alumno aprendía a calcular la tasa interna de retorno -TIR- de un proyecto de inversión), los cuales eran resueltos individualmente por los alumnos antes de la pertinente discusión grupal (me encantaba ver cómo, digamos, el gerente

de personal de una empresa, se familiarizaba con realidades que son mucho más sencillas de lo que él creía, simplemente por una cuestión de nomenclatura y nada de ejercitación). Si las evaluaciones de los cursos no mienten, lo que me propuse lo logré.

[Con algunas de las actuales calculadoras de bolsillo, para calcular la TIR de un flujo de fondos cualquiera basta con apretar un botón luego de haber cargado los datos. Pero en aquella época, con ayuda de las calculadoras FATE que compró el instituto, era necesario iterar, haciendo uso de la relación monótonicamente inversa que existe entre el valor presente de un proyecto y su tasa de descuento, cuando el flujo de fondos cambia una sola vez de signo.]

Dicté además cursos aislados: uno sobre Análisis crítico de 30 años de economía argentina; otro, en la empresa Giménez Zapiola, basado en mi Macroeconomía, estrenando el texto que acababa de publicar Amorrortu; el ya referido sobre Política y economía que dictamos con Floria en Jujuy; y un cuarto sobre 10 años de política económica. Participé, además, de incontables mesas redondas y cursos que me tuvieron como invitado ocasional (como los que Abel -"Gardel"- Dopazo organizaba para la pequeña y mediana empresa).

Encima de dictar cursos y participar en paneles, en IDEA hice 3 cosas: "gerencí" el PADE (lo que no me gustó), escribí en las nuevas publicaciones que lanzó el instituto (lo que sí me gustó) y aprendí a enseñar (más precisamente, aprendí qué hay que hacer para que el alumno aprenda), lo cual me resultó y resulta muy útil. Gerenciar el PADE quiso decir buscar nuevos profesores para reemplazar a los que no podían o no querían seguir dictando sus cursos, verificar que las clases se dictaran, que los materiales estuvieran a tiempo, atender a los reclamos de los alumnos, etc., tareas todas que aborrecía y a las que dedicaba el menor tiempo posible (alguien me dijo que Jorge Dall 'Orso era bueno en comercialización; fui a la empresa en la que trabajaba, lo contraté y le di libertad académica total; pero no porque yo creyera en ella -creo en ella- sino porque odio tener que gerenciar tareas ajenas). Afortunadamente, en un sentido fundamental el PADE "funcionaba sólo".

Como ya dije, escribir era y es mi gran hobby. Consecuentemente, me puso muy contento el nacimiento del Sistema de actualización empresaria (SAE), un emprendimiento de educación a distancia, así como el de Noticias de IDEA, el mensuario que vio la luz a mediados de 1977. Preparé para el SAE 7 artículos (3 de ellos, sobre protección efectiva, tasas de interés real y política económica, resultaron suficientemente buenos para merecer incluirlos en mis Escritos seleccionados 1968-80, Ediciones Macchi, 1981) y 3 comentarios bibliográficos, y simultáneamente escribí 23 columnas para Noticias, en cada una de las cuales expliqué sintéticamente el significado de un diferente término económico. Debidamente reestructuradas, continué escribiendo estas últimas columnas en El Cronista Comercial y en Contexto, y a comienzos de 1992, al juntar un centenar entre biografías de economistas y términos económicos, se convirtieron en mi Incompletísimo diccionario de economía (El Cronista Comercial, 1992).

[No dejé de escribir en Noticias porque cambié mi relación laboral con IDEA, sino porque para el número de setiembre de 1979 preparé una columna titulada "Déjeme que le enseñe", donde describiendo una pequeña historia que tenía sentido económico, en la cual -junto con la "u" muda como en "que"- la única vocal que utilicé fue la "e", mostré en forma cómica que las restricciones artificiales aumentan los costos y disminuyen la calidad (leída en voz alta la columna es más cómica aún, como -me consta- pudieron apreciar algunos oyentes de Radio Continental).

El editor objetó la columna, pidiéndome un reemplazo. En vez de esto apliqué un principio que luego volvería a utilizar en 1982 con Mercado: el editor es el dueño del medio y yo de la columna, de modo que si me objeta una columna me objeta a mí; consecuentemente, si no publica lo que envío no tengo más remedio que discontinuar las colaboraciones.

"Corso con locos" fue el simpático acuse de recibo de mi nota que me envió "Cloro mont" (mi querida amiga Ana María Claramunt), un derilante diálogo protagonizado por 8 locos: Cholo, Toto, Romo, Otto, Rolo, Fofó, Tom y Coco. Que yo sepa, la maravilla no fue publicada.

"Déjeme que le enseñe" vio la luz en el número de junio de 1982 de Base Cero. volví sobre el tema en "Concierto para la mano izquierda", publicado en El Cronista Comercial el 12 de julio de 1984, luego de escuchar el Concierto para la mano izquierda que Ravel escribió para el pianista austriaco Paul Wittgenstein, quien perdió su mano derecha en la Primera Guerra Mundial (aquí la restricción resulta válida, porque responde a una causa real).]

Recordando lo que, referido al peronismo del 1945-55, a Carmen de Azar le había escuchado decir en FIEL en 1972 ("Ustedes hablan pero no saben nada porque no lo vivieron"), mientras estuve en IDEA decidí escribir mi versión de lo que ocurrió con la economía durante el gobierno peronista de 1973-76 (el libro, escrito antes de que me olvide y para cuando nos hayamos olvidado todos, está dedicado a mis hijas y también a "mis sobrinos", es decir, a todos aquellos que tienen edades parecidas a las de ellas). El proyecto no entusiasmó particularmente a Casullo... pero sí a Piñeiro, y consecuentemente lo pude llevar adelante.

A tal efecto, en mayo y junio de 1977 organicé un seminario en el IDES, donde a partir de los diarios de la época algunos de los participantes construyeron una "bitácora" de casi 3 años de duración (por orden alfabético, colaboraron voluntariamente en el proyecto María Cristina Alonso, Jorge Battelman, María Angélica Borja, Patricia Teresita Brennan, Germán Guido Calfat, Marcelo Gabriel Dinenzon, Juan José Fernández Ansola, Luis Adrián Gallardo, Stella Maris Grillo, Ricardo Daniel Groisman, Manuel Horacio Kosoy, Jorge Horacio López, Horacio Matti, Mario Nathan, Beatriz Paglieri, Luis Alberto Palacios, Diego Peluffo, Javier Puigrós y Alejandro Suárez Boero). Con este valiosísimo material, mis recortes y mis recuerdos, escribí Política económica del peronismo, que varios editores rehusaron publicar, hasta que en 1980 accedió a hacerlo El Cid Editor (en ese entonces propiedad de Eduardo Varela Cid), quien por alguna razón que ignoro enrocó el título, de manera que oficialmente el libro se conoce como Economía política del peronismo (el cual, junto con Perón-Perón, de Guido Di Tella, que Editorial Sudamericana publicó en 1983, son en libros -modestamente- las referencias obligadas sobre el período).

. . .

Mientras estuve trabajando en IDEA viajé algo: acompañé a las Cataratas a un grupo de egresados, al terminar uno de los CIPE; visité con otro conjunto de alumnos la planta que Somisa tiene en San Nicolás, a la cual volví en 1978 porque el curso de Masa Crítica de la empresa se desarrolló en el hotel El Colonial, que es parte de Somisa; el 17 de junio de 1977 me gradué como "submarinista honorario", cuando junto a Casullo, Piñeiro y Vulovic nos sumergimos en el ARA Santiago del Estero, entonces a cargo del capitán Oscar Jorge Calandra, para presenciar un ejercicio que duró algunas horas, zarpando de la base naval de Mar del Plata; y estuve presente en la edición 1977 del Coloquio, que tuviera lugar en Paraná. En noviembre de 1976, pero no a través de IDEA, asistí a un seminario sobre inflación que tuvo lugar en Caracas, Venezuela, donde comenté un trabajo presentado por Reinaldo F. Bajraj.

De estos viajes también conservo vivencias. En mi primera visita a la planta de Somisa me asombraron el tamaño de las instalaciones, y el hecho de que lo único que estaba en funcionamiento fuera... la cocina del hotel (en 1978 sí la vi en funcionamiento, y me resultó impactante hasta que en abril de 1990 visité la planta de Posco, la gigantesca acería ubicada en Puhang, Corea del Sur, la tercera más grande de lo que entonces se denominaba el Mundo Libre). De la segunda visita me impactó la admiración que los técnicos de Somisa tenían por los japoneses. Somisa tenía entonces contratos de asistencia técnica con empresas ubicadas en varios países del mundo, pero los funcionarios sólo contaban anécdotas de los enviados por Nippon Steel. Una: si bien se ocupaban de uno de los altos hornos, al jefe de la misión japonesa un día le hicieron una consulta técnica sobre el otro, preguntándole si haciendo cierto ajuste el horno podía seguir funcionando un par de semanas más. "Si me hacen caso puede funcionar un par de años más". Una vez verificado que no hubiese malentendidos con la traducción, le hicieron caso... y cuando dicté el curso, varios meses después de ocurrido este episodio, el alto horno seguía funcionando.

Otra anécdota: los japoneses habían sido contratados para hacer funcionar el segundo alto horno, el cual había tenido problemas desde el comienzo mismo de su instalación. Sistemáticos, ordenaron una prueba de estancamiento (verificación de que determinada parte del alto horno es hermética), que consiste en enjabonarlo en su parte exterior e inyectar aire a presión adentro, de manera que donde hay un agujero se produce una burbuja. "La prueba la hicieron quienes construyeron el alto horno", escucharon decir los japoneses, pero insistieron. según los testigos, cuando inyectaron el aire las burbujas llegaron hasta Rosario (sólo alrededor de 10% de las placas que forman el alto horno estaban correctamente colocadas).

Cuando todo estuvo listo para el encendido del alto horno, el directorio en pleno fue a San Nicolás para la ceremonia. No apareció ni el jefe de la misión japonesa ni su segundo, sino uno de los técnicos, con un minucioso manual de procedimientos bajo el brazo. Siguió paso a paso la rutina, advirtiendo que un motor de reserva, cuyo uso no era esencial, no funcionaba. Automáticamente detuvo el proceso de encendido, sin prestar atención a los directores de Somisa que habían llegado para la ceremonia. La reparación del mencionado motor postergó 24 horas el encendido, obligando a los directores de Somisa a pernoctar en El Colonial. Al día siguiente, con todo en regla, el alto horno fue encendido.

La fascinación de los técnicos de Somisa por los japoneses era entendible, pero; ¿por qué un japonés altamente capacitado desearía vivir -sin ofender a nadie- no digo en Argentina, no digo en San Nicolás, sino en el hotel El Colonial, que luce fascinante para pasar un par de noches dictando un curso, pero lejos del ideal para vivir meses enteros? Porque frente al hotel hay una cancha de golf, y los japoneses, fanáticos de un deporte tan poco adecuado para ser practicado en un país donde la tierra es tan escasa, encuentran cercano al éxtasis decidir empezar el día jugando al golf o trabajando, según las condiciones climáticas (cuando en noviembre de 1987 conocí Tokio pude apreciar esto con toda su claridad. Ser socio de un club de golf implica pagar más de un millón de dólares de ingreso; para jugar hay que anotarse con semanas de anticipación, saliendo al green llueva, truene o que el sol te parta; los pobres "juegan" al golf tirando al aire desde distintos niveles de terrazas, en gigantescos cubos hechos con un armazón y alambre para que la pelotita no se pierda en la ciudad. Al llegar a San Francisco procedentes de Tokio, Any y yo nos entretuvimos mirando el carrusel de los equipajes, por el cual aparecieron una valija, un juego de palos de golf, otra valija, otro juego de palos de golf, etc., lo cual es totalmente explicable por lo que acabo de relatar).

El Coloquio de IDEA es un gran show, en el cual los empresarios y ejecutivos presentes intentan convencer a las autoridades de turno (en 1977 las Fuerzas Armadas) sobre la bondad de sus propuestas, y éstas intentan pasar unos días tranquilos a costa del bolsillo de los asistentes. En el de Paraná se había anunciado la palabra de Adolfo Díz, entonces presidente del Banco Central, todo un evento dada su política de "no hablar" ("mi silencio era selectivo", me confiaría años después); pero los asistentes al Coloquio nos frustramos al comprobar que Díz llegó... completamente ronco (en su lugar habló su asesor, Ricardo Arriazu, quien como de costumbre hizo una exposición impresionante por su contundencia, difícilmente entendible para los presentes). Me tocó preparar una encuesta sobre la apertura de la economía, que distribuí y recogí el primer día de deliberaciones y cuyos resultados presenté al finalizar las reuniones. Dichos resultados fueron tan "librecambistas" que cuando terminé de mostrarlos Arriazu los comentó con gran entusiasmo, mientras algunos de los industriales presentes, shoqueados por lo que acababan de escuchar, objetaban la metodología (¿no era que no hay que agarrársela con el cartero, cuando la carta tiene malas noticias?).

Por último, en los espaciosos y semivacíos salones del Banco Central de Venezuela pude comprobar como un shock petrolero trastoca las decisiones económicas. "Estamos interesados en proyectos de inversión intensivos en importaciones", dijo en el cierre del seminario organizado por la CEPA y el BCV el ministro de finanzas venezolano, cuyo principal problema era cómo gastar un presupuesto cuyos ingresos, a raíz de los impuestos sobre el petróleo, se le habían multiplicado sin esfuerzo alguno (de las vicisitudes de mi viaje de regreso a Argentina, que me generaron una animosidad hacia el referido país que a duras penas estoy tratando de superar, hablaré más adelante).

. . .

Dije antes que en IDEA hice lo que pensaba que iba a hacer, más 3 cosas, de las cuales ya describí 2. Corresponde ahora que relate cómo fue que aprendí que lo que un profesor tiene

que hacer en el aula no es enseñar sino facilitar que los alumnos aprendan; dicho de otra manera, cómo fue que aprendí que una exitosa actividad de enseñanza traslada el centro de gravedad del profesor al participante.

Cuando llegué a IDEA había sido alumno durante 17 años (6 en la escuela primaria, 4 en la secundaria, 5 en la UCA y 2 en Harvard, pero esto último en la escuela de economía, no en la de negocios, donde utilizan el método de los casos) y profesor durante 8 (sobre esto hablaré más adelante). Inevitablemente, devolví lo que había recibido: clases magistrales. Buenas clases magistrales, según las evaluaciones (de otra manera no me hubieran contratado para trabajar en la EDA), con amplia interacción con los alumnos a partir de dudas o preguntas, pero clases magistrales al fin. El centro de la actividad estaba en el profesor, no en el participante; la tarea fuera del horario de clase era nula (en los primeros cursos, durante el tiempo asignado para tareas mis alumnos no sabían qué hacer... harían tareas para otros cursos, supongo).

Instalado en la EDA me enteré, no solamente de que las cosas podían ser diferentes sino -lo que me pareció terrible-, que debían serlo. Esto es, que también en los cursos de economía y finanzas el centro de la actividad tenía que estar en el proceso de aprendizaje del alumno, y no en la clase magistral del profesor (esto resulta congruente con que, como ya expliqué, rápidamente convertí el curso de finanzas de empresa en uno referido a aprender a calcular la verdadera tasa de interés de cualquier operación crediticia; hacer la respectiva conversión en el curso de problemas económicos argentinos era otro cantar).

Recibí el "mensaje" por vías múltiples: mis colegas de la EDA; el testimonio de Barreira, quien como dije asistió a uno de los cursos del instituto antes de ponerse a venderlos; y los cursos que IDEA montó para capacitar a sus propios profesores. Que el mensaje "llegó" lo prueba la forma en que desde hace mucho tiempo encaro mi trabajo docente (muchos piensan que soy buen profesor porque hago radio y TV. Es exactamente lo contrario: "doy bien" en radio y TV porque en IDEA aprendí a ser buen profesor); que el mensaje llegó "tarde" desde el punto de vista de IDEA lo muestra la forma en que seguí dictando problemas económicos argentinos hasta que me fui de la EDA; y que los encontronazos que se generaron durante el proceso de asimilación de la verdad en modo alguno empañan el cariño y el agradecimiento con que recuerdo mi paso por la EDA, lo testimonia esta parte de este capítulo de la obra.

[Aprendí de Francisco Valsecchi que en la vida de un profesor hay 3 etapas: los profesores jóvenes enseñan más de lo que saben, los profesores adultos enseñan sólo lo que saben, en tanto que los profesores ancianos sólo enseñan lo que los alumnos necesitan aprender. Puede ser -aunque dudo- que, sin pasar por la EDA, hubiera llegado igual a mis actuales métodos de enseñanza; mis compañeros de la EDA tuvieron, en todo caso, el mérito de haber acelerado mi "proceso de envejecimiento" como profesor.]

IDEA podía no aplicar en su propia organización todo lo que enseñaba en sus cursos, pero invertía significativamente en la capacitación de los profesores de la EDA, algunos de los cuales asistieron en Europa al International Teachers Program -ITP, Programa internacional



para profesores-, de 6 semanas de duración a tiempo completo. En efecto, además de las muchas conversaciones que sobre métodos de enseñanza mantuve con Herrero, Chomi, Gore, Amadeo y Fernández Feijoo, recuerdo el referido curso de Leenders sobre cómo construir casos, el también citado curso de análisis transaccional que dictó Amadeo, la "Escolinha" (el seminario interno que tuvo lugar en noviembre de 1977, en el cual cada uno de los profesores presentaba un trabajo. Para el evento preparé mi "Cómo escribir un artículo", publicado en Escritos seleccionados 1968-80, Macchi, 1981), los cursos de inglés y la actividad que desarrolló Alfredo Eduardo Crespo Casares (Herrero festejó con una buena carcajada que como Crespo Casares utilizó su doble apellido al iniciar su actividad, cuando llegó mi turno dije: "Juan Carlos de Pablo Valero").

Crespo planeó una actividad en 3 reuniones vespertinas. En la primera o la segunda de ellas nos distribuyó en mesas, pidiéndonos a cada uno de los grupos que analizáramos una frase que nos repartió, para que luego produjéramos un informe. El asunto era muy tedioso, de modo que cuando hacía mucho tiempo que estábamos hartos se lo hicimos saber. El objetivo de la actividad era, precisamente, mostrar que no había que hartar a los alumnos. Cuando nos dimos cuenta de ello comenzamos a buscar una soga para lincharlo. Se salvó porque alguien le pidió al sociólogo Chomyszyn que interpretara lo que había sucedido: con su lenguaje totalmente estructurado, Chomi demoró varios minutos en racionalizar la cuestión... suficientes como para que se calmaron los ánimos.

Buscando evitar la repetición de problemas, al comienzo de la tercera jornada Casullo le dijo a Crespo: "Queremos recetas. ¿Cuáles son, a tu juicio, las máximas de un buen profesor?". Dos, dijo Crespo, a saber: 1) el único que sabe el truco es el mago; y 2) el alumno quiere que al profesor le vaya bien. El primer principio dice que las clases son siempre mejores de lo que el profesor cree, porque sólo él conoce el material que pensaba utilizar y no pudo (me consta que en programas de televisión esto es absolutamente cierto. Cuando veo un programa que grabé me parece mucho mejor de lo que pensaba mientras lo estaba haciendo o lo acababa de grabar); el segundo principio dice que el profesor tiene que compartir sus dudas y sus nervios con la gente. Fingir seguridad, no incorporar en la discusión problemas que la gente ve, es totalmente contraproducente (un profesor que ingresa en el aula con una pierna enyesada no puede comenzar una clase exitosa sin hacer el respectivo comentario; de lo contrario, la mente de cada uno de los asistentes estará ocupada en conjeturar qué le habrá ocurrido, normalmente una cuestión mucho más excitante que el tema de clase).

Aprendí muchas cosas en la EDA, al precio de abandonar mis lecturas de las revistas especializadas (en FIEL no tenía interlocutores sobre teoría económica, pero sí una buena hemeroteca; en IDEA no sólo no había economistas sino que tampoco había revistas técnicas. Muchos años después retomé la costumbre de repasar lo que publican los colegas, haciéndome habitué de la hemeroteca del Di Tella, una de las maravillas que funcionan en la ciudad de Buenos Aires).

. . .

A comienzos de 1978 empecé a jugar con la "idea" de dejar IDEA, o al menos de dejar de trabajar en la EDA a tiempo completo. Dictar cursos para ejecutivos sobre economía y tasas de interés es excitante, pero como enseña la teoría de la utilidad marginal decreciente, lo es cada vez menos luego de haberlos dictado una docena de veces (y, más allá de incorporar continuamente la realidad como ejemplo, es difícil ser "imaginativo" cuando hay que enseñarle a personas que trabajan en empresas el ABC de los problemas económicos argentinos y las tasas de interés).

A lo cual se sumó lo que podríamos denominar el conflicto "esfuerzo-remuneración" que está latente en toda relación asalariada, pero que por la naturaleza de sus actividades en IDEA se manifestó con mucha mayor nitidez que en FIEL. Cuando alguien trabaja con dedicación exclusiva por un salario cuyo monto es independiente del esfuerzo, lo lógico es minimizar el esfuerzo... sujeto a que a uno no lo echen. Esto introduce enorme tensión en conversaciones y negociaciones que, planteadas correctamente, a IDEA y a mí nos deberían haber tenido como socios (cuando Dopaso quería que asistiese a su curso para PyMEs, tenía que rogarme o conseguir que Casullo me lo ordenara, porque en el plano monetario no tenía nada para ofrecerme; cuando se hizo una presentación institucional de IDEA en Tucumán, quien organizó el evento incluyó en el programa una conferencia mía, dado que contaba con un "gancho" gratis).

La situación se planteaba con particular intensidad en mi caso, porque a raíz de la "exposición pública" que habían generado mis columnas escritas, y la actividad radial que inicié en abril de 1977 (sobre la que hablaré más tarde), durante mi permanencia en IDEA aumentó mi grado de popularidad que, como ya expliqué, había comenzado a generarse mientras trabajaba en FIEL; como resultado de lo cual mis opiniones aparecían recurrentemente en los diarios, junto a las de los "grandes" del momento (por orden alfabético, Roberto Alemann, Alvaro C. Alsogaray, Leonardo Anidjar, Carlos S. Brignone, Raúl E. Cuello, Marcelo Diamand, Aldo Ferrer, Rogelio Frigerio y Lorenzo J. Sigaut).

Todo esto me llevaba a pensar que "no habría de morir trabajando en la EDA" y que consiguientemente en algún momento modificaría mi condición de profesor con dedicación exclusiva de la escuela, pero nada más que a pensar... o a lo sumo a sonreír menos y/o comentar algo. Digo esto último porque un día el perceptivo Barreira me invitó a almorzar y sacó la conversación, interesado como estaba en poder seguir ofreciendo los productos de la EDA con profesores "vendedores" (debiendo todavía buena parte de la casa de Páez, mi situación económico-financiera era vulnerable).

Pero en algún momento del primer semestre de 1978 apareció una oportunidad que precipitó los acontecimientos. Desde hacía varios años Lorenzo J. Sigaut y José Carlos Jaime ofrecían en IDEA un ciclo vespertino (18,30 a 21 horas), de frecuencia mensual, sobre la actualidad económico-financiera. A comienzos de 1978 la actividad era tan exitosa que cada mes el mencionado binomio repetía 7 veces su verdad ante otros tantos grupos, como consecuencia de lo cual tanto Sigaut como Jaime ganaban más honorarios que los que yo cobraba por ser profesor a tiempo completo de la EDA (lo cual, por supuesto, no me llevó a pedir ningún reajuste de honorarios).

Un día Hugo Burdman, encargado del área de cursos y ciclos vespertinos, me mostró la carta que Sigaut y Jaime le habían enviado, solicitando que IDEA interrumpiera la renovación del ciclo mencionado, porque ellos habían decidido ofrecerlo en su propio estudio. Leer esa carta y verme a mí mismo como el sucesor (o al menos uno de ellos) en el mencionado ciclo fue todo uno. Hablé con Casullo sobre la cuestión quien, lógicamente, se opuso (me tenía con dedicación exclusiva por menos dinero; ¿por qué habría de darme más plata por una dedicación parcial?).

Entonces decidí forzar los acontecimientos: disgustado porque el curso de Masa Crítica de Somisa se tuvo que dictar en la planta, lo cual implicó tener que ir a vivir al hotel El Colonial durante una semana seguida (organicé un reemplazo parcial, a cargo de Ernesto Gaba, para cortar la semana por el medio), y dispuesto a luchar para lograr el cambio de tareas, renuncié a IDEA con fecha 31 de agosto de 1978... e inmediatamente, pero ahora desde afuera de la institución, comencé a negociar con ella la sucesión del ciclo Sigaut-Jaime.

Las negociaciones culminaron exitosamente: estando yo fuera de IDEA Burdman pudo negociar internamente con libertad, insistiendo en que yo fuera uno de los expositores principales; Arnoldo Gelman propuso que Enrique Folcini, en ese entonces director del Banco Central, fuera el otro (a lo que no presenté inconvenientes); entre ambos diseñamos la actividad, y viendo la necesidad de que alguien se ocupara de sistematizar y analizar los indicadores económicos, tomamos contacto con José Luis Blanco, director de Tendencias económicas. En octubre de 1978 lanzamos en Buenos Aires la primera edición del ciclo económico-financiero, y algún tiempo después hicimos lo mismo en Rosario (este último ciclo lo negociamos con Marcelo Stubrin, entonces empleado de IDEA, quien regateaba desde una posición objetivamente débil. Marcelo quería lograr una reducción de nuestros honorarios, en el nombre de que las actividades que se realizaban en el interior tenían carácter de promoción. "De promoción de IDEA, no nuestra", contestábamos a coro con Folcini y con Blanco, posición que quien luego se destacaría durante el gobierno de Raúl Alfonsín no tuvo más remedio que aceptar). Tanto el ciclo de Buenos Aires como el de Rosario todavía hoy (1992) siguen en vigencia (en Rosario con la colaboración del inteligente y laborioso Jaime Abut).

[De manera que dichos ciclos tienen ya 15 años de existencia. Durante todo ese tiempo nos hemos visto con Folcini y Blanco varias veces por mes, en Buenos Aires y en Rosario, frente a un conjunto de participantes, algunos de los cuales envejecieron con nosotros, y otros dejaron de venir por diferentes razones (fallecimiento, jubilación, cambio de firma y/o localización, promoción -hoy mandan a su reemplazante-, asistencia a otros ciclos, etc.). Como no tenemos fotos ni de nosotros 3 ni de los participantes a lo largo del tiempo, entonces hacemos de cuenta que todos estamos tan jóvenes como en 1978.

La "materia prima" que nos tocó analizar nos permitió cualquier cosa menos aburrirnos: los 2 últimos años de Martínez de Hoz, la transición Videla-Viola, Sigaut, Alemann, el "Cavallazo" de mediados de 1982, el fin del Proceso, Grinspun, el plan Austral, el plan Primavera, la hiper de 1989, la "Menemnomía". Entre nosotros a veces estuvimos de acuerdo, a veces no; a veces discrepamos amablemente, a veces no tanto; pero siempre pusimos lo mejor de cada uno de nosotros, al servicio del participante.

Antes del ciclo los 3 éramos viejos conocidos, ahora -junto con nuestras respectivas esposas- somos viejos amigos.

Del "grupo de los lunes" que nuclea Folcini ya hablé. Con Blanco formamos parte del "grupo del club Español", porque cada tanto allí nos reunimos a almorzar con José Curia, Antonio ("Tony") Figueroa, Evangelino Gómez, Carlos Rodríguez y Norberto Vicente. Era de la partida Juan Carlos ("Negro") Paz, quien lamentablemente falleció.]

Mi actual relación con quienes conocí en IDEA entre 1976 y 1978 es distinta según los casos. Veo con frecuencia a Vulovic y a Gore, quienes como yo trabajan en la universidad de San Andrés; me encuentro cada tanto con Piñeiro y Casullo; le perdí el rastro al resto de los profesores de la EDA, a quienes no obstante no verlos recuerdo bien por todo lo que aprendí de ellos.

¿A dónde ir sino a mi casa, al retirarme de IDEA casi de la noche a la mañana? Por eso es que, con proporciones de determinación y casualidad que no resultan fácilmente calculables, el de IDEA resultó ser mi último trabajo como asalariado (más allá de la formalidad de que cobraba honorarios). El 1o. de setiembre de 1978 inauguré mi etapa cuentapropista, la cual todavía no cesó y pinta para continuar hasta el mismísimo día en que muera. Sentí el impacto del cambio, porque en rigor no me fui de IDEA a mi casa sino a mi cama, para curarme la última gripe psicológica que padecí en mi vida.

Reproducido de

Bde Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

19

### CUENTAPROPISTA

Desde el punto de vista de la relación laboral, dejar de trabajar en FIEL para hacerlo en IDEA significó cambiar de "papá"; mientras que salir de IDEA para, desde mi casa, iniciar mi carrera cuentapropista, significó enfrentar casi de repente la adultez que se adquiere cuando a uno se le mueren los padres. La referida gripe tuvo su explicación.

Tanto en FIEL como en IDEA complementé mis ingresos con otras fuentes: académicas (universidades como las del Salvador, Nacional de La Plata), profesionales (conferencias y preparación de informes ocasionales), periodísticas (publicaciones en medios como Síntesis, Análisis, Mercado, Carta Política), etc. Tuve ofertas para trabajar en consultoría (en Latinoconsult, luego de asistir a una conferencia sobre la industria del tractor dictada por el gerente general, Horacio Giberti, mientras yo trabajaba en el Di Tella; en la consultora de Carlos García Martínez y Rafael Olarra Jiménez a comienzos de la década de 1970) y como redactor de los partes de prensa de una importante empresa, ninguna de las cuales acepté. Pero tanto FIEL como IDEA, psicológica y realmente, constituyeron la base de mis ingresos de entonces, la que me permitió comer y pagar deudas, mientras con el resto de mis entradas financié aquellos gastos cuya oportunidad se puede manejar según la disponibilidad de fondos (el equipamiento del hogar, la frecuencia con la que salimos a comer fuera de casa, etc.). El desafío era ahora diferente.

[De una de mis entonces escasas experiencias como consultor recuerdo una anécdota digna de ser contada. Un alto funcionario de Acindar me pidió que, de la noche a la mañana, le escribiera un par de páginas sobre cierto aspecto de la política económica, para incluirlas en el pedido de un crédito internacional. Le envié las hojas sin ninguna factura y, para mi desagradable sorpresa, dicho funcionario no me habló para pagarme. Muchos meses después, leyendo el diario, me enteré de que a Acindar le habían otorgado el préstamo. Llamé a esta

persona, cuyo apellido olvidé, felicitándolo por haber conseguido los fondos, recordándole que nunca me había retribuido mis servicios profesionales.

No recuerdo si me pregunto cuánto era y le respondí "a voluntad", o si me dijo que lo dejara por su cuenta; el hecho es que pocos días después recibí un cheque por una suma increíblemente grande, algo así como 10 veces lo que me hubiera atrevido a pedir. Hay ocasiones en que esto de dejar que el consumidor fije el precio, resulta sumamente beneficioso.]

Desde el punto de vista operativo, trabajar en mi casa implicó varias cosas: 1) bajar mi escritorio a un rincón del living de Páez; 2) enloquecer a mi familia con gran cantidad de llamados telefónicos, que no solamente tenían que atender cuando yo no estaba, sino sobre los cuales tenían que tomar debida nota (aún mis hijas, entonces pequeñas, aprendieron a hacer esto con precisión, sabiendo que nos estábamos jugando el pan); 3) usar el barrio intensamente, no sólo como "dormitorio" como había hecho hasta entonces (abrí cuentas en la sucursal del Banco Tornquist ubicada en Gaona casi Nazca, donde algo despectivamente me pidieron referencias comerciales, y yo les propuse que hablaran con Leonardo Anidjar, entonces "factotum" del banco; utilicé la estafeta postal que funcionaba en la farmacia ubicada en Gaona y Artigas; me hice habitué de las librerías Chiesa y Moral, ubicadas en Gaona 3124 y 3548 respectivamente, consumiendo gran cantidad de papel y fotocopias; y leí mucho mientras hice cola en la sucursal Flores del Banco de la Nación, pagando servicios públicos); y 4) viajar continuamente al centro (en muchas oportunidades 3 veces por día: a la mañana, para ir a la radio, volviendo vía "el Cañón de Gaona", para compartir el desayuno con Any con factura fresca, luego de analizar con el panadero lo que acababa de decir en Radio Continental; al mediodía, para participar en algún almuerzo; y a la tarde, para dictar algún curso o grabar mi programa de televisión en canal 11. Cuando entre tarea y tarea no tenía tiempo para volver a Flores, con frecuencia las oficinas de Mercado-El Cronista Comercial, que entonces funcionaban en Alsina 547, me servían de "aguantadero").

Rápidamente descubrí las 2 características principales de un cuentapropista exitoso: tener motor propio y no temerle a la soledad. Lo primero significa cosas como no dejarse estar; trabajar sin que ningún jefe te vigile; convertirte en tu propio (y despiadado) juez, dado que a los clientes del cuentapropista sólo les interesan los resultados, nunca los procedimientos; manejar los horarios (muchos días dormí siesta... pero trabajé desde y hasta cualquier hora). La otra cuestión crucial es la de la soledad. Cuando uno trabaja sólo tiene que fabricar las oportunidades para comentar con alguien temas profesionales y generales, lo cual ocurre naturalmente cuando se trabaja en equipo. Esto no es imposible, pero sí más difícil que cuando se comparte una oficina con colegas.

Cuentapropismo es adulez, en el sentido básico de hacerse cargo. El asalariado actúa como si los Reyes Magos existieran; el cuentapropista sabe que no se puede contar con ellos. Este último no tiene más remedio que pensar por sí mismo, tanto el lado de sus ingresos como el de sus costos; porque sabe que no hay a quien echarle la culpa y consiguientemente toda la energía tiene que orientarse a resolver las dificultades (la carta que envió es la que escribo en mi papel, meto en mi sobre, pegándole encima mi estampilla; no hay ingresos asegurados, sólo puedo financiar mis gastos extraordinarios de Navidad si guardé fondos previamente, etc.). Esta

realidad se potencia cuando el cuentapropista tiene además asalariados a cargo; porque estos concentran toda la incertidumbre de la gestión en el ingreso neto del primero.

[El cuentapropismo se puso de moda en la época de Martínez de Hoz; la época, precisamente, en que yo también ingresé en el "club". En aquel entonces se hicieron cuentapropistas algunos de los desocupados por el cierre de fábricas, quienes lucharon por su existencia instalando un taller o consiguiendo una nueva licencia de taxi. A raíz de esto para muchos cuentapropista es sinónimo de ineficiente, explicándose su existencia por la mayor facilidad que tiene para evadir obligaciones impositivas y previsionales.

Este es, en el mejor de los casos, uno de los aspectos de la cuestión. Otro, que opera en sentido contrario, surge del hecho de que el cuentapropista se "juega" en cada transacción (en mi caso, en cada conferencia, en cada columna, etc.) lo cual, naturalmente, lo lleva a monitorear mejor que si fuera asalariado, la calidad del bien que ofrece. Cuando trabajando a tiempo completo dictaba muchos cursos en IDEA, podía explicar una mala evaluación en alguno de ellos por mi gran carga laboral; esto resulta inadmisibile cuando uno contrata muchas conferencias de manera independiente: cada una de ellas tiene que salir perfecta (dicen los entendidos que la profesionalidad de un actor se verifica por la calidad de la última función del domingo, que en el caso de los "grandes" es idéntica a la de cualquiera de las de la semana).]

La esencial incertidumbre del cuentapropismo exitoso genera sobreesfuerzo: como nunca sabe cuándo va a terminar una buena racha, el cuentapropista exitoso no deja pasar ninguna oportunidad con lo cual, al mirar para atrás, advierte que trabajó más de lo que hubiera deseado, de haber sabido que iba a tener tanto trabajo (Samuelson llegó a Harvard cuando el año académico ya había comenzado. Mucho tiempo después comentaría que, a raíz de esto, le sucedió lo mismo que a Merton, quien no sabiendo qué se esperaba de él, hizo en 2 años lo que se suponía que tenía que hacer en... 5. Citado en el capítulo dedicado a Samuelson de Silk, L.: Los economistas, Marymar, 1980).

Como cuentapropista me acostumbré a trabajar no solamente mucho sino a cualquier hora, en cualquier día, en cualquier lugar, ajustando convenientemente los horarios dedicados al ocio. Esto me llevó a utilizar la ciudad "a contrapelo" de la mayoría de sus habitantes, lo cual - dada cierta rigidez de la oferta- resultó ser una delicia, tanto en el caso del tránsito como en el de los restaurantes y cines. Laborar a contrapelo de la mayoría sólo plantea inconvenientes cuando el trabajo de la esposa, o la escuela de los hijos, le restan flexibilidad al horario posible de las actividades de una familia. No fue mi caso, afortunadamente (con Any fuimos muchas veces al cine a la 1 de la tarde, almorzando a la salida, luego de lo cual ella volvió a casa y yo a Cronista).

. . .

Viviendo de sorpresa en sorpresa, con una agenda que rara vez resulta ser un calco de la del día anterior, el cuentapropista no tiene ocasión para aburrirse. Con el tiempo disminuyó mi ansiedad, sobre todo cuando me di cuenta que estaba sobreviviendo al cambio de régimen

laboral; pero la transición tuvo sus turbulencias. ¿Como creía el 1 de setiembre de 1978 que me las iba a arreglar para vivir, dado que llegué a casa con el sueldo de agosto en el bolsillo, y como no tenía ahorros enfrentaba problemas de supervivencia desde octubre? Diciendo que sí a todas las oportunidades... tratando en lo posible de no tener que salir a "vender" (más bien expresión de deseos, porque como no me gusta hacerlo, salgo a vender cuando no tengo más remedio; pero como no lo podía admitir me refugié en el siguiente principio: en materia de servicios profesionales hay una gran diferencia entre el precio al cual se sale a vender y aquel al cual te vienen a comprar; lo cual es cierto pero irrelevante a la hora de la necesidad).

En los hechos esto quiso decir estar dispuesto a dar conferencias; aceptar una propuesta radial económicamente muy atractiva (grabar una columna diaria para emisoras de todo el país, auspiciada por el Banco Hipotecario Nacional); seguir escribiendo en Mercado y en Carta Política; escribir una columna semanal para algunos diarios del interior, para lo cual -por oportuno consejo de Magdalena Ruiz Guiñazú- hablé con Horacio Manuel Tato, entonces director de la agencia Noticias Argentinas (escribí esa columna algo más de 2 años. La mudé a Saporiti porque me pagaban mucho más, y dejé de escribirla al ingresar en Cronista por razones de incompatibilidad. De mi relación con Tato, y de su trágico final, me ocuparé más adelante, en el capítulo dedicado a medios de comunicación); al tiempo que negociaba con IDEA el comienzo del ciclo que estábamos preparando con Folcini y Blanco. Con lo cual, en léxico de 1992, mis cuentas "cerraban".

Esperando la continuidad de estos ingresos, y conjeturando que durante el cercano verano no tendría nada que hacer en Buenos Aires, alquilé un pequeño duplex en Mar del Plata para enero y febrero de 1979. Verificando mis expectativas, dicté conferencias (5 en setiembre de 1978, 7 en octubre, 6 en noviembre y 8 en diciembre; la mayoría de ellas pagas), y también dicté un curso sobre "Análisis económico" en la empresa ATEC..., pero a fines de noviembre el Banco Hipotecario interrumpió de la noche a la mañana las columnas radiales, hiriendo de muerte mi flujo de fondos. Con el departamento de Mar del Plata señalado y mis ingresos reducidos, mis cuentas dejaron de "cerrar", lo cual me obligó a pelear. Le escribí a mi amigo Alfredo Navarro, entonces rector de la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMP), explicándole el problema y pidiéndole que corriera la voz entre sus conocidos, diciendo que quería trabajar allí durante el verano 1978-79. Navarro probó "estar ahí" cuando lo necesité: en enero y febrero de 1979 hablé en una radio local, y dicté un par de cursos dentro de las actividades de extensión universitaria de la UNMP, uno sobre "Análisis de la situación económica" y otro sobre "Tópicos seleccionados del análisis económico". No fue la primera vez que tuve que trabajar in situ para poder veranear, no creo que vaya a ser la última.

[Dios aprieta pero no ahorca. Porque además de la oportuna mano que me tendió Navarro ocurrió lo siguiente: la demanda de conferencias termina, normalmente, en la primera quincena de diciembre. No en 1978, gracias a que el 20 del mencionado mes Martínez de Hoz lanzó lo que luego se denominó "la tablita cambiaria"; como consecuencia de lo cual, entre Navidad y Año Nuevo dicté un par de conferencias que mejoraron mis alicaídas finanzas del momento.]



Al regreso de Mar del Plata mi situación económico-financiera mejoró, por lo que no tuve que volver a salir a vender. En efecto, a caballo de la continuación de las columnas que ya mencioné y el citado ciclo de IDEA, reaparecieron las conferencias (6 por mes como promedio, la mitad de ellas pagas), junto con 4 trabajos nuevos, atractivos y... lucrativos.

A comienzos de 1979 Mario Hugo Azulay, quien había participado en el curso que dicté en IDEA en 1972, fue nombrado gerente general del Banco Francés, y lo asesoraba Rodolfo Aja Espil en el plano publicitario. Con ellos negocié un "paquete" que incluyó el dictado de una conferencia mensual en el banco, delante de sus directores y gerentes, junto con una columna diaria (lunes a viernes) en el programa de noticias matinal de LS4 Radio Continental, lo cual entre abril de 1979 y marzo de 1980 me obligó a levantarme a las 5,30 de la mañana (de esta experiencia radial hablaré más adelante).

A las referidas reuniones mensuales, que se hicieron en el hermoso salón de directorio del banco, asistían su presidente, Luis María Otero Monsegur (quien en 1963 había ocupado la presidencia del Banco Central), Azulay, algunos directores y los gerentes. Entre estos últimos recuerdo a Eduardo Abregú (con quien en noviembre de 1982 escribimos para Cronista un trabajo sobre seguros de cambio), Roberto Arano, Rodolfo Corbi, Mario Fiocchi, Pablo Matossian (a quien había conocido en FIEL), José Petrocelli y Ricardo Rivero Haedo. Jugaba de local, en el sentido de que hablamos del programa económico y no del sistema financiero; pero lo hacía delante de una decena de verdaderos profesionales, jóvenes, muy afilados, que se pasaban el día "al pie del cañón" (con perdón de ellos, mi mejor recuerdo es para la cocinera del banco, quien merece figurar entre sus activos). Puse a prueba el sentido del humor de los asistentes a las reuniones cuando en mayo de 1980, luego de mi primera visita a Israel, antes de sentarme entré al baño contiguo a la sala de directorio, y aparecí momentos después con el turbante que algunos árabes usan en su cabeza, colocado en la mía.

El Banco Francés fue mi primer cliente periódico mientras trabajé como cuentapropista. La relación duró un par de años, ya que cuando Azulay terminó su gestión las autoridades resolvieron "desazulayar" la institución, como consecuencia de lo cual volamos, entre otros, Aja y yo.

[Tener como cliente a Coca Cola no impide tomar Pepsi, pero tienen que existir poderosas razones para frenar la inclinación a utilizar los servicios que provee quien tiene con uno una vinculación laboral (aclaro que esto no es sinónimo de canje; éste ocurre cuando la contraprestación en especie se pacta en el momento mismo en que comienza la relación laboral). Cuando al terminar de pagar la casa de Páez me transformé en ahorrista, utilicé los servicios del Banco Francés. Por eso mi descripción física de la transición Videla-Viola, y el contemporáneo estado del Mundo, es la siguiente: en la planta baja el banco me ofrecía una tasa de interés en pesos-ley cada día menos atractiva a la luz de lo que era claro que iba a ocurrir, y unos escalones más abajo el mismo banco me pagaba una tasa de interés del 18% anual en dólares por un depósito en Inglaterra.

A fines de 1980 y comienzos de 1981, huir financieramente de la Argentina no sólo era lógico, en función del previsto cambio de política económica, sino que también era cómodo y atractivo debido a la "argentización" que en ese momento se produjo en los mercados financieros

mundiales. Mis fondos no fueron bloqueados durante el conflicto de Malvinas, porque los gasté en 1981 reformando la casa de Páez, como ya expliqué.]

El segundo trabajo, que también apareció a comienzos de 1979, fue académico: como consecuencia del copamiento por parte de la extrema izquierda primero, y de la represión del Proceso después, la Universidad Nacional del Sur (al menos su departamento de economía) había quedado devastado. Para recomponerlo, el rector de la UNS, el economista Ricardo Bara, me contrató para que dictara un curso de macroeconomía y política económica delante de los profesores del mencionado departamento (Tomás Baliño, Enrique Bour y Ernesto Gaba, entre otros, dictaron otras materias dentro del mismo proyecto). Como consecuencia de lo cual, entre abril y noviembre de 1979, viernes por medio me pasé el día y una parte de la noche en Bahía Blanca.

Tomaba el primer avión que salía de Buenos Aires hacia Bahía; dictaba clase entre las 9 y las 13 horas; almorzaba en la Taberna Vasca con José A. Carlos, uno de los asistentes al curso, quien nunca me permitió pagar (Carlos, propietario de una tienda de Bahía, tiene la costumbre de asistir a las reuniones de la Asociación Argentina de Economía Política acompañado por su simpática esposa); dormía una corta pero indispensable siesta (Bara había negociado con el hotel Italia que me facilitara una habitación por un ratito, lo cual fue siempre posible excepto cuando por no sé qué campeonato de básquet -muy popular en Bahía- el hotel estaba repleto. Las habitaciones eran razonables, pero rara vez había agua caliente) y volvía a la UNS, para dictar clase de 4 a 7 de la tarde. Una vez por mes regresaba en el avión que de Bahía Blanca partía a las 8 de la noche y la otra en el de la medianoche, porque para redondear mis honorarios, luego del referido curso, en el aula magna de la UNS dictaba una conferencia mensual sobre coyuntura económica.

[En una de las idas a Bahía Blanca conocí a Francisco von Wuthenau, entonces funcionario del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONICET) y hoy (1992) rector de la Universidad de San Andrés; y en una de las vueltas me encontré con el inefable Miguel Angel Merellano, con quien había trabajado en LS4, quien venía del sur (tenía un programa de radio en Cipolletti, sobre el cual más tarde contaré una anécdota). Viajamos en la última fila. De repente Miguel Angel se tomó las manos, las colocó detrás de su cabeza y me preguntó: "Juan Carlos; ¿te acordás cuando las azafatas eran lindas?". Me entristeció muchísimo cuando en un accidente aéreo, haciendo campaña para no recuerdo quién, Merellano murió en el norte del país.]

Aunque posterior a mi experiencia en IDEA, el curso que dicté fue clásico en su factura: participativo, pero basado en clases magistrales. No hubo exámenes, por supuesto. La primera parte, dedicada a macroeconomía, la basé en mi texto; la segunda, sobre política económica, la apoyé en lectura de artículos. La decena de profesores presentes era heterogénea, tanto desde el punto de vista de su preparación inicial como de los intereses que tenían en función de las materias que dictaban. Creo que el curso les sirvió. En el mejor estilo argentino, la actividad terminó en un asado, servido al mediodía de la última reunión en la casa de una de las profesoras, cuyo marido -fabricante de helados- obsequió el postre.

Una tercera, simpática y atípica labor, arrancó con un singular llamado telefónico: una voz femenina, que comenzó aclarando que "esto no es un lance" ("qué lástima", contesté), me pidió una entrevista. Acordamos desayunar al día siguiente en el legendario café Tortoni, frente a radio Continental, cuando terminara mi columna diaria. Me encontré con una mujer físicamente atractiva, unos 15 años mayor que yo, que confirmó mis sospechas: acababa de enviudar y necesitaba asesoramiento económico. Traumatóloga, esposa de un empresario mediano y madre de 2 varones que estarían terminando el colegio secundario, de la noche a la mañana tuvo que colgar el delantal y hacerse cargo de la conducción de los emprendimientos empresarios de su difunto esposo, en parte para vivir y en parte por una mezcla de fastidio y desafío frente a una tarea que la fatalidad le impidió completar al marido (un punto de vista muy femenino, del cual conocí varios casos).

Acordamos reunirnos durante una hora, una vez por semana, para analizar el ABC de la economía lo cual, tal como era de esperar, derivó rápidamente en el ABC de la toma de decisiones empresaria. además del dolor objetivo ("¿para qué voy a ir a un psicólogo si sé por qué me siento muy mal?") y la carga psicológica de tener que hacerse cargo súbita e involuntariamente de nuevas realidades, el problema que tenía esta médica era su (entendible) creencia de que en el mundo de los negocios todo aquel que opinaba sabía lo que estaba diciendo. Necesitaba un sparring, que era yo, y también exponerse al contacto con sus nuevas colegas, para lo cual siguiendo mis consejos se inscribió en el ciclo que en IDEA ofrecíamos con Folcini y Blanco, en el curso que dicté en la Fundación Gutemberg sobre "Problemas económicos argentinos" y en otro sobre el cual voy a hablar de inmediato.

Aprendió con sorprendente velocidad, debido a su inteligencia, al interés que prestaba en las conversaciones, porque al terminarlas tenía que ir a sus empresas y tomar decisiones, y al hecho de que médicos y economistas funcionamos de manera muy similar. Cuando uno va al médico habla, él (o ella) te revisan, y en algo así como media hora tiene que decidir. Aún fuera de las salas de guardia el médico está entrenado para procesar información no siempre perfecta, diagnosticar y recetar, todo a gran velocidad. Consecuentemente, mi tarea consistía simplemente en vaciar los "vasos" que estaban llenos de medicina, para recargarlos con microeconomía, porque su aparato lógico era totalmente apropiado para enfrentar sus nuevos desafíos. "Se graduó" a fines de 1979, es decir, luego de un semestre de reuniones semanales, quedando entre nosotros una intensa amistad, que cultivamos muy de tanto en tanto con alguna llamada telefónica o almuerzo.

El cuarto y último nuevo trabajo de ese 1979 que resultó bien intenso se inició cuando quien explotaba el Teatro de la Cova, que funcionaba en el subsuelo de una iglesia sita en Libertador al 14.300, me propuso realizar un ciclo de reportajes a ex ministros de economía titulado La economía que yo hice. La idea me gustó, como consecuencia de lo cual, entre octubre y diciembre de 1979, delante de unas 80 personas (el organizador creía que iban a ser del barrio; la mayoría viajó desde el centro), entrevisté a Roberto T. Alemann, Guido Di Tella, Félix Elizalde, Aldo Ferrer, Rogelio J. Frigerio y Emilio Mondelli.

El número de entrevistados fue sugerido por el organizador, quedando a mi cargo la confección de la lista de candidatos, así como lograr su participación. Esto último resultó

menos fácil de lo esperado. Adalbert Krieger Vasena no aceptó, esgrimiendo una razón comprensible ("Hace 10 años que dejé de ser ministro de economía y recién ahora puedo volver a caminar por la calle sin que me molesten. Es un activo que no quiero perder", me dijo entonces quien hoy, 1992, es un constante referente cada vez que se quiere saber qué hay que hacer con la política económica. El testimonio de Krieger sobre su período recién lo logré en 1982, al cumplirse 15 años del lanzamiento de su política económica. Lo publiqué en Mercado y luego lo reproduce en el segundo volumen de La economía que yo hice, El Cronista Comercial, 1986); y Carlos Moyano Llerena tampoco aceptó, con un argumento igualmente atendible ("fue una experiencia triste, no tengo ganas de hablar").

Semidesesperado, me volví agresivo. A Emilio Mondelli, quien dudaba en aceptar, lo convencí con el siguiente argumento: "doctor; ésta es una oportunidad para demostrar que usted es mejor que la famosa foto" (la que en febrero de 1976 inmortalizó a Isabel Perón, el propio Mondelli, Lorenzo Miguel y Casildo Herreras -el que "se borró"-, un instante después que Isabel pidiera un aplauso para su ministro de economía y en el preciso momento en que Mondelli bajó su cabeza agradeciendo, como si acabara de dirigir la Sinfónica Nacional, mientras Miguel y Casildo aplaudían sonriendo. Alguna vez escuché decir que esta foto genial salió "de carambola", como diría Josefina Robirosa, porque el fotógrafo estiró sus brazos hacia arriba con la cámara en sus manos y gatilló sin poder enfocar). En un momento en que el proyecto se empantanaba, Roberto Alemann me dio un oportuno empujón: "Abra el juego, si no consigue ministros invite a, por ejemplo, presidentes del Banco Central" (le hice caso, como consecuencia de lo cual Elizalde explicó la gestión radical de 1963-66). Hubo un reemplazo: luego de que Antonio Cafiero me dijera que sí y el programa estuviera lanzado, me invitó a tomar un café en su oficina de Lavalle y Cerrito para explicarme que sus amigos le habían aconsejado que no fuera. "Busque un reemplazante", le dije, y así fue como Guido Di Tella entró en escena. Por último, confundiendo seriedad con solemnidad, uno de los ex ministros participantes protestó por el aviso que se publicó en los diarios dando a conocer el evento.

[Los argentinos practicamos el canibalismo político con particular saña con los ex ministros de economía. Pinedo luego de su gestión de 1962, Krieger luego de la suya de 1967, Rodrigo luego de 1975 y Martínez de Hoz luego de 1976, personificaron durante algún tiempo todos los males del país... aún de los inexistentes.

Con gran sentido del humor Elvira de Martínez de Hoz, esposa de "Joe", aclaró en La Nación el 15 de enero de 1983, que contrariamente a lo que se decía su marido no tuvo nada que ver con la desaparición de los restos de la jirafa Carolina, fallecida en el zoológico de La Plata ("ese negocio se nos escapó", ironizó doña Elvira); y con el mismo sentido del humor, en una carta publicada en La Nación el 16 de setiembre de 1990, a raíz de la pretendida propiedad por parte de Martínez de Hoz de un importante coto de caza, ella preguntó por la localización exacta del predio y dónde podía pasar a retirar los títulos de propiedad.

Si todo quedara en el plano de la palabra (incluyendo los chistes que tienen a los ex ministros de economía por protagonistas), sería incómodo pero nada más. Pero no, también en el plano de los hechos hay consecuencias nada agradables. El subsecretario Miguel Padilla fue asesinado, en tanto que Juan Alemann y Walter Klein (h.) salvaron sus respectivas vidas por milagro; Cafiero y Martínez de Hoz pasaron meses en la cárcel, y Rodrigo años; Diz sufrió por lo menos una década de "inseguridad jurídica", trabajando años enteros para pagarle honorarios a los

abogados que lo defendieron en Tribunales, por juicios generados por decisiones que tomó presidiendo el Banco Central; contra su voluntad Krieger vivió varios años en el extranjero, en tanto que Gelbard falleció exiliado en los Estados Unidos. Es difícil encontrar a alguien que, luego de su paso por el Ministerio de economía, mejoró sus perspectivas laborales; es fácil encontrar casos donde ocurrió lo contrario (ejemplo: Sigaut).

En estas condiciones; ¿cómo puede alguien que se considera cuerdo, pretender ser ministro de economía? Es que el poder, como la riqueza y la fama, son pasiones, al servicio de los cuales uno sacrifica el resto.]

En el Teatro de la Cova me estrené como entrevistador, enfrentándome por separado con media docena de personas, con ninguna de las cuales tenía relación estrecha o había discutido antes sobre sus respectivas gestiones (con Elizalde y Mondelli fue la primera vez que hablé en mi vida). Roberto Alemann me puso nervioso, por su costumbre de contestar con oraciones breves (me resultó difícil seguir la respuesta y al mismo tiempo tener preparada la próxima pregunta). Por si se producía algún altercado entre el público y alguno de los invitados, forré una pequeña cartulina con un papel glacé amarillo y otra con un papel rojo, imitando las tarjetas que los árbitros de fútbol usan en las canchas (en un país tan afecto al fútbol como el nuestro el método tiene gran eficacia, porque pone al resto del público en contra de quien se descoloca, obligándolo a callarse). No hubo necesidad de usarlas durante el ciclo.

Tanto mi exposición inicial como el conjunto de entrevistas fueron grabadas, lo que dio lugar a La economía que yo hice, que por pedido de Mario Sekiguchi inauguró en 1980 la biblioteca de economía de El Cronista Comercial. De esta suerte de "versión oficial de ciertas gestiones económicas, complementaria de los discursos", se llevan vendidos algo así como 5.000 ejemplares en 3 ediciones; sigo esperando los correspondientes derechos de autor.

Hacer las cosas bien fue una cosa y cobrar fue otra distinta. Habíamos acordado que recibiría la mitad de mis honorarios al terminar la tercera entrevista y el resto al finalizar el curso. Los participantes abonaron el ciclo al inscribirse. Con los billetes en la mano, al terminar la primera reunión el concesionario del teatro me preguntó si necesitaba dinero. Le dije que no; craso error, porque con esos ingresos el hombre tapó otros agujeros; demoré en cobrar mis honorarios porque, al fracasarle otros proyectos, no tuvo cómo tapar mi agujero (finalmente cobré, y como afortunadamente era una época de estabilidad de precios, lo hice sin mucho perjuicio). A quienes sí les pagamos puntualmente fue a los entrevistados (Elizalde donó los suyos a la mencionada iglesia, gesto que hice público).

. . .

De la descripción anterior surge claramente que desde comienzos de 1979 mi actividad cuentapropista se encarriló, tanto en el plano intelectual como en el económico: aprendí mucho incursionando en roles nuevos, mientras aumentaban mis ingresos, los cuales se mantuvieron razonablemente altos también en 1980 y 1981, aunque desde fuentes diferentes de las de 1979.

Concretamente, fui perdiendo los clientes sistemáticos (el último, a fines de 1981, fue la Cámara de Aserraderos), que fueron reemplazados por conferencias aisladas, las cuales se convirtieron en mi principal fuente de ingreso (dicté un promedio de 6 conferencias por mes en 1979, 10 en 1980 y 7 en 1981, hacia el final del período prácticamente todas pagas, y llegué a cobrar por una de ellas u\$s 1.000 en 1980).

Materia prima para las conferencias no me faltó. En efecto, contra lo esperado 1980 fue cualquier cosa menos un año aburrido, excitación que también continuó a lo largo del año siguiente. La liquidación del Banco de Intercambio Regional (BIR), dispuesta el 28 de marzo de 1980, la consiguiente crisis financiera que se desató durante el segundo trimestre, el programa del 10 de julio, la transición entre los presidentes Videla y Viola, así como la gestión de este último, proporcionaron material más que suficiente para las charlas (hay una relación inversa entre la facilidad con que se prepara una conferencia o se arma la tapa de un diario por una parte, y cómo anda el país por la otra. Prefiero vivir allí donde los conferencistas y los periodistas tienen que trabajar mucho, porque eso indica la ausencia de catástrofes evidentes).

Escapa al objetivo de esta obra ocuparme de la economía del período, no así incluir algunas anécdotas personales relacionadas con ella. El 21 de agosto de 1980 me inmortalicé publicando en Mercado una columna titulada "Martínez de Hoz debe renunciar" (que, cobardemente, el semanario retituló "¿Debe renunciar Martínez de Hoz?"). Allí expuse que una vez elegido el sucesor de Jorge Rafael Videla, el poder real pasaría a sus manos automáticamente sin importar si, desde el punto de vista formal, al cargo llegaría recién un semestre después; y que consecuentemente Martínez de Hoz tenía que renunciar de inmediato para que su sucesor, identificado con el nuevo presidente, tomara las riendas de la economía sin generar incertidumbre.

La tesis, calificada como "de ciencia ficción" por Jorge Aguado al discutirla juntos en una emisión de Tiempo Nuevo, resultó totalmente compartida por el propio Martínez de Hoz; de lo cual me enteré recién a fines de 1991, leyendo su versión del período en 15 años después (Emecé, 1991), además de aplicada luego exitosamente en México (Pedro Aspe, "hombre" de Salinas de Gortari, implementó la política económica que todavía hoy -1992- está en vigencia, a partir de diciembre de 1987, es decir, durante el último año del sexenio de Miguel De la Madrid). Al respecto quiero relatar un hecho que pocos conocen: teniendo la idea general en la cabeza, participé en un almuerzo en la Fábrica Argentina de Alpargatas. Dicha idea se convirtió en nítida propuesta discutiendo el problema y las alternativas existentes con Rodolfo ("Ralph") Clutterback, un talento dramáticamente desaparecido una mañana de mediados de octubre de 1988, a quien cada tanto recuerdo. A Ralph, a quien había conocido en IDEA, lo vi por última vez el día de mediados de 1982 en que Domingo Cavallo fue puesto al frente del Banco Central por Dagnino Pastore (Clutterback fue su vicepresidente). Sentados sobre el escenario del salón Bosch, luego del acto y durante el tradicional besamanos a las flamantes autoridades, Ralph y yo hablamos brevemente sobre la tarea que tenían por delante.

Tal como era de esperar, las nuevas autoridades tomaron contacto conmigo. Desayunando en el Tortoni con una persona encargada de área de prensa del general Roberto E. Viola, le expliqué el punto. "Para tomar decisiones hoy todos miran a tu jefe y no a Martínez de Hoz, por lo que resulta fundamental que él envíe señales sobre lo que piensa hacer". Una

alternativa, ejemplifiqué, sería ratificar a las autoridades del Banco Central, cuyos mandatos no terminaban automáticamente con el de Martínez de Hoz. Tomó nota de la sugerencia, sin darse cuenta de las implicancias. A fines de 1980, a su pedido, a un general ligado al presidente designado le envié mis ideas en una casete.

[A Viola lo vi personalmente una sola vez en mi vida, cuando me invitaron a una reunión con gente de prensa que tuvo lugar en un piso de oficinas ubicado en Moreno al 800. Por el gesto que hizo cuando me presentaron, era evidente que conocía mis opiniones. En ese ágape había tanta gente que pregunté si habían hecho previamente un "estudio de suelos". Horacio de Dios, quien venía del cóctel que minutos antes había ofrecido Martínez de Hoz a propósito de la finalización de 1980, indicó que en dicha reunión, entre miembros del equipo económico e invitados, había 12 personas. Adivinando, Horacio y yo conjeturábamos cuántos de los presentes en la convocatoria hecha por Viola volverían a reunirse dentro de, digamos, un par de años. Así es el poder.

Alguien me dijo que Viola me odia. Cuando una demora de 6 horas en el aeropuerto de Tucumán dio lugar a una involuntaria pero entretenidísima conversación con ese pan de Dios que es Carlos Burundarena, le comenté el asunto. Burundarena, ministro de educación de Viola, solía visitarlo en la cárcel. "Le voy a averiguar", me dijo. No nos hemos vuelto a ver.]

Asistí a la conferencia de prensa que ofreció Sigaut cuando se hizo cargo del ministerio, la cual comenzó con atraso... "signo de continuidad" dijo el flamante ministro de economía, humorada festejada por los periodistas presentes, quienes durante 5 años padecieron estoicamente los antológicos retrasos de Martínez de Hoz. Le envié una carta con mis impresiones, a raíz de la cual, a fines de abril de 1981, es decir, un mes después que iniciara su gestión, conversamos en su despacho, pero pocos minutos porque lo llamó el Presidente. A mediados de año hablamos durante varias horas en la mesa ortogonal (cuando hablo con un ministro no le pregunto, salvo que él me de el pie, sino que le paso mi "mensaje"... que no es otro que el que expreso públicamente cada vez que hablo y/o escribo. Los ministros rara vez me llaman para saber lo que pienso; lo averiguan leyendo lo que escribo); y en octubre volamos de Mendoza a Buenos Aires en uno de los Fokker presidenciales, luego de que Lorenzo presentó pronósticos plurianuales (sic) en el congreso del Instituto Argentino de Ejecutivos de Finanzas (IAEF). En los 4 asientos de adelante viajamos Sigaut, su asesor de prensa Alfredo Durán, un periodista y yo. Interrumpí la conversación cuando, frente a una pregunta sobre una posible devaluación, Lorenzo increíblemente iba a insinuar una respuesta (el periodista no me lo va a perdonar nunca).

[La lealtad de un ministro o alto funcionario hacia su presidente es totalmente entendible (mas de uno le rechazó a Raúl Alfonsín ofrecimientos de cargos, mientras sus "ex jefes" permanecieran presos), pero; ¿debe esta lealtad llegar a la defensa de lo indefendible?

Me pregunto esto pensando en Sigaut. Lorenzo ataca a Martínez de Hoz por cuestiones a las cuales "Joe" es ajeno... y él también, porque los problemas de la transición Videla-Viola son responsabilidad pura y exclusiva de este último; como lo fue crear una estructura que, al otorgarle jerarquía ministerial a secretarías como las de Agricultura e Industria, y encima

designar en el gabinete a "representantes" de los respectivos sectores (los cuales naturalmente trabajaron de eficaces abogados de los mencionados sectores), hubiera minado el accionar de cualquier ministro. Por no verlo así, Martínez de Hoz y Sigaut protagonizaron un tirante intercambio de opiniones en la emisión de Tiempo Nuevo del 12 de abril de 1983.

Sigaut tiene en su haber la corrección del desfasaje cambiario sin controles directos de precios, a pesar de nada envidiables contextos nacional e internacional (explosión de tasas de interés mundiales durante la era Volcker).]

Cuando a fines de 1981 Leopoldo F. Galtieri reemplazó a Viola, y Roberto Alemann se hizo cargo de la cartera económica, me volví protagonista. No porque formara parte de su equipo económico, sino porque en vez de leer un mensaje al país por la cadena de radio y televisión, eligió dar a conocer su programa en mi programa, esto es, en una emisión especial de Momento económico, que desde agosto de 1981 conducía por Canal 11 (lo mismo hizo en mayo de 1982, al regresar de Europa en medio del conflicto de Malvinas). Desinflación, desestatización y desregulación fueron las banderas con las cuales buscó recuperar la orientación económica básica del Proceso; las cuales -junto con muchas otras iniciativas- tuvieron que ser archivadas como consecuencia del conflicto de Malvinas (queda para el plano contrafáctico conjeturar si, de no haberse producido ese monumental error de cálculo militar y diplomático, Argentina hubiera podido iniciar con Alemann, una década antes, la transformación que parece haber comenzado a mediados de 1989).

[Roberto Alemann es el principal, quizás el único, ejemplo de alguien a quien ninguno de sus 2 pasos por la función pública (1961 y 1982) lo afectó en el plano personal, profesional o de imagen pública.]<sup>1</sup>

. . .

La mejora de mis ingresos posibilitó que a mediados de 1980, es decir, un año antes de lo previsto, terminara de pagar la casa de Páez. Sin deudas, las fluctuaciones en la demanda por mis servicios profesionales sólo afectó la velocidad con que aumentó el saldo de mi cuenta de ahorros... un tema que difícilmente me hizo perder el sueño, de manera que cultivé la pasividad propia de quien no necesita tener que salir a vender.

Esto, sumado al bajo tipo de cambio real de entonces, me llevó a aprovechar -cada vez que pude, con mi familia- todas las oportunidades que se me presentaron para viajar al exterior. En octubre de 1979 asistí a un congreso sobre sistemas cambiarios que John Williamson organizó en un hotel ubicado en uno de los morros que rodean a Río de Janeiro; en mayo de 1980 asistí en Israel a un congreso dentro del cual la universidad Bar-Ilán le otorgó un doctorado honoris causa a Raúl Prebisch; a comienzos de 1981 me sacrificué un par de semanas en Londres, enviado por el Instituto Argentino de Ejecutivos de Finanzas (IAEF) para comparar las políticas económicas de Martínez de Hoz y Margaret Thatcher; en marzo de 1981 concurrí a México para analizar el caso argentino delante de una reunión de banqueros, y

---

<sup>1</sup> Durante la primera década del siglo XXI, en un par de oportunidades sufrió intengos de agresión en la calle.



participé luego en un seminario organizado por el National Bureau of Economic Research (NBER); y en diciembre del mismo año asistí en el Banco Central del Uruguay a un congreso pro tablita cambiaria. Luego de eso la "racha" se cortó por completo hasta que, a mediados de 1985, la empresa IBM me invitó a visitar algunas de las instalaciones que tiene en los Estados Unidos. De mis aprendizajes geográficos hablaré oportunamente, ahora relataré las vivencias profesionales que recogí en cada uno de los mencionados viajes.

Río. El seminario de Río constituyó mi regreso al contacto "en vivo" con miembros de la comunidad académica internacional, contacto que, después de Harvard, sólo había continuado a través de la lectura de las revistas técnicas y una corta pasada por la universidad de Boston a comienzos de 1976. Con el Cristo Redentor por testigo me encontré, de repente, junto a los grandes, discutiendo... en inglés. Dicho de otra manera: volví a jugar un deporte que hacía tiempo no practicaba, en cancha ajena, en terreno donde nadie regala nada. Todo esto, sumado a lo específico del tema de la conferencia, hizo que la principal enseñanza que saqué del encuentro surgiera de ver "actuar" a algunos de los grandes (formalmente me tocó comentar el trabajo presentado por Ana María Martirena-Mantel titulado "Sistemas de crawling peg y estabilidad macroeconómica: Argentina, 1971-78").

Para ver actuar de cerca a los grandes un seminario como el de Río, que contó con alrededor de 20 a 30 participantes, resultó ideal. Uno puede sentarse a desayunar con cualquiera de ellos, para escucharlo hablar con sus pares y/o hacerle las preguntas que desee; particularmente, aquellas que nadie se anima a hacer en público luego de la presentación del trabajo. Ver actuar a los grandes quiere decir seguir el razonamiento de personas que se pasan el día imaginando modelos nuevos, que privilegian por sobre todo el uso de la congruencia lógica, que no pierden el tiempo en explicaciones o clarificación de nomenclaturas que se suponen conocidas, y que le prestan una atención relativa a la realidad (seguir a ésta en detalle no "paga" en el ámbito académico). La mayoría de sus exposiciones orales son muy poco atractivas, muchos de ellos aburren porque leen (Guillermo Calvo, Rudiger Dornbusch y Michael Mussa -el "reverendo" Mussa, según se autodescribe, porque en atractivas presentaciones orales parece predicar más que explicar-, son honrosas excepciones). Afortunadamente en los congresos uno puede seguir la presentación oral de un trabajo teniendo delante la versión escrita del mismo; la cual se tira cuando, normalmente un par de años después, la versión definitiva se publica en forma de libro.

[La comunidad académica es como es, lo mismo que las comunidades política, actoral y deportiva, y resulta imposible cambiarlas desde afuera. En el caso de economía los académicos son muy útiles para investigar rigurosamente, a la luz de los modelos conocidos, las implicancias lógicas de determinados principios y/o supuestos, o eventualmente crear nuevos modelos, actividades difíciles de cultivar a menos que se las practique intensamente.

Como la comunidad académica privilegia el avance de la teoría económica, su galardón máximo -el premio Nobel- no se le otorga al economista que más redujo la inflación y/o más hizo aumentar la producción y la ocupación de un país, aunque sí se lo podrían haber otorgado a Irving Fisher por haber descubierto el concepto tasa de interés real, a pesar de que en octubre de 1929 dijo públicamente que no había que preocuparse, porque la caída del precio de las

acciones de Wall Street era transitoria, leyendo de manera totalmente equivocada lo que luego se denominaría la Gran Depresión.

De las conclusiones de los académicos a la formulación de políticas económicas exitosas hay un trayecto, en el cual hay que ajustar las mencionadas conclusiones según las consideraciones económicas ignoradas en el análisis, y también en función de las consideraciones extraeconómicas que rigen en el mundo. El recorrido de este trayecto lo practican los economistas aplicados (la economía política de la política económica es una rama reciente del análisis económico -en rigor, es un redescubrimiento del análisis económico-, en la cual hacen aportes tanto economistas académicos como aplicados, esfuerzo destinado a acortar el mencionado trayecto entre conclusiones y políticas).]

Del seminario de Río recuerdo a Edmar L. Bacha, Michael Bruno, Eliana Cardoso, Richard ("Dick") N. Cooper, Carlos F. Díaz Alejandro, Rudiger ("Rudy") Dornbusch, Ronald Mc Kinnon, Carlos Alfredo Rodríguez, Miguel Urrutia y John Williamson. Hojeando el libro que se editó a propósito del encuentro (Williamson, J.: Exchange rate rules, Macmillan, 1981), encuentro que también interactué con otros "pesos pesados", cuya existencia y actividad profesional reciente registré en posteriores encuentros (entre los que cabe mencionar a Pedro Aspe, Pentti Kouri, Andre Lara-Resende, Michael Mussa y Guillermo Ortiz).

Uno de los "padres" del exitoso programa antiinflacionario que Israel aplicó desde mediados de 1985, Bruno es tan encantador desde el punto de vista personal que con frecuencia uno olvida sus aportes profesionales (viéndome, al terminar la conferencia, hojear un folleto que describía las atracciones de Río, me preguntó: "¿estás mirando lo que te perdiste?"). Lo volví a ver en México, en marzo de 1981, en el seminario organizado por el NBER, pero no digo esto porque me acuerde sino porque -preparando este capítulo- releí la lista de los asistentes. Le mostré la ciudad de Buenos Aires en la mañana de un domingo de julio de 1986, luego de que asistió al Encuentro Latinoamericano de la Sociedad Econométrica que Domingo Cavallo organizó en Córdoba con gran eficacia... a pesar de la huelga de las líneas aéreas (además de presidir la Sociedad Econométrica a nivel mundial, en ese entonces Bruno también presidía el Banco de Israel). Al avanzar por Corrientes le hice mirar hacia arriba, para que viera la compacta madeja de cables telefónicos que entonces cruzaba la avenida. "Es el circuito financiero paralelo", acoté; y al girar a la derecha por Reconquista, le mostré que ninguno de dichos cables llegaba al Banco Central ("el Central no sabe nada"). Riendo, Bruno me comentó que era la primera vez en su vida que veía físicamente el segmento paralelo del mercado financiero de un país.

A su pedido -y por recomendación de un funcionario de la embajada de Israel en Argentina, la que voló en la tarde del 17 de marzo de 1992 (por pura casualidad, estoy escribiendo esto 3 días después)- terminamos almorzando en el Tigre. En la mesa contigua se sentó un hombre que me reconoció; le dije que estaba almorzando con el presidente del Banco de Israel. Entonces se puso a hablar con él: era un judío que quería pasar sus últimos años en Israel, y quería averiguar cómo conseguir albergue... pagando, por supuesto. Días después nos volvimos a encontrar en Helsinki, en el referido congreso en honor de Carlos Díaz Alejandro, y en junio de 1987 hablamos en Toledo, España, en un seminario sobre políticas de estabilización, sobre el que hablaré más adelante. Muy buen expositor, otro domingo de 1986

grabé con Bruno, en la plaza San Martín, una emisión especial de Momento económico dedicada al plan de estabilización de su país.

Aún los programas antiinflacionarios exitosos pagan precios por consideraciones políticas. Debido a una elección nacional Israel no devaluó durante 1988, a pesar de una tasa de inflación del 17% anual (el ministro de economía y el presidente del Banco de Israel se acusaron mutuamente de no disponer la devaluación), lo cual le costó a dicho banco casi la mitad de sus reservas. Luego de la elección Bruno devaluó (en 2 oportunidades, porque después de la devaluación inicial los israelíes no le vendieron dólares a su Banco Central, leyendo correctamente que por su magnitud se trataba de la penúltima devaluación), lo cual lo obligó a aparecer en televisión, logrando a fines de 1988 cierto nivel de popularidad, como se verá de inmediato. Cuando a comienzos de 1989 visité Israel por segunda vez, invitado en esa ocasión por la universidad de Tel Aviv, Bruno me invitó a almorzar luego de que yo dictara una conferencia en "su" banco sobre las perspectivas económicas de Argentina. Subimos a un Peugeot 505, que manejó él mismo. Cuando llegamos a la puerta del legendario hotel King David, le preguntó a un taxista si ahí se podía estacionar. "Usted puede estacionar donde quiera" le respondió el tachero, humorada que también festejé en cuanto me la tradujo ("aquí y ahora el popular sos vos", le dije). Mi expectativa pronto se convirtió en desilusión: no almorzamos en el King David sino en el YMCA que funciona enfrente.

Vi personalmente a Bruno por última vez cuando, a comienzos de 1990, asistí a un congreso sobre políticas de estabilización y sus secuelas, organizado por el Banco de Israel con el patrocinio del Banco Interamericano de Desarrollo (entonces sí conocí el restaurante del King David, invitado a cenar por Enrique Iglesias, titular del BID. Tomé la invitación como compensación parcial del trabajo que en 1984 Enrique, entonces titular de la CEPAL, me encargó... y no me pagó). Sobre este congreso hablaré más adelante; aquí sólo incluyo una nueva anécdota que lo tiene a Bruno por protagonista. La "corrida" cambiaría contra el shekel le hizo experimentar a Bruno la peor experiencia imaginable para el presidente de un Banco Central: un serio problema objetivo, la dificultad de medir su intensidad y duración, junto con la imposibilidad de hablar con alguien al respecto (incluyendo al ministro de economía y al Presidente). Pues bien, en el congreso de comienzos de 1990 Bruno comentó que había intercambiado ideas con Machinea antes del inolvidable viernes 3 de febrero de 1989, fecha en que José Luis bajó la cortina de la oficina de venta de divisas del Banco Central. Le pedí públicamente que contara el contenido de la conversación que el presidente de nuestro Banco Central había tenido con su colega de Israel, antes de adoptar una difícil pero inexorable decisión. "Secreto profesional", respondió sonriendo Bruno.

[La siguiente anécdota muestra elocuentemente el reducidísimo número de personas con las cuales Machinea había intercambiado opiniones sobre esta cuestión. El referido viernes 3 de febrero de 1989 almorcé en el comedor principal del Fondo Monetario Internacional con Daniel Marx, representante financiero de Argentina en Washington, y con Ernesto Feldman, entonces representante de nuestro país en el FMI. Por diferencia horaria, debimos estar juntos hasta casi las 5 de la tarde, hora argentina. Hablamos de todo. Cuando, a la luz de las noticias que se conocieron el lunes 6, les recriminé que no me hubieran comentado las decisiones de Machinea, ¡por su reacción me di cuenta que tampoco ellos sabían nada!]

Que no nos hayamos visto personalmente desde comienzos de 1990 no quiere decir que no hayamos estado en contacto. Cuando comenzó la guerra del Golfo me sentí muy próximo a mis amigos de Israel. ¿Por qué no confiar en la tecnología?, me dije el 23 de enero de 1991 mientras trabajaba en mi oficina. Le envié un fax al Banco de Israel que decía textualmente lo siguiente: "Sigo los acontecimientos con ansiedad por todos los amigos que tengo en Israel. envió un gran abrazo, tanto a los de Jerusalén como a los de Tel Aviv. `Animo' (preguntale a tu asistente Sylvia Piterman, que es argentina, cómo se dice esto en hebreo)". Al día siguiente recibí otro fax que decía "Muchas gracias. El tuyo fue un gesto que aprecio. Estamos tensos, pero más quienes viven en Tel Aviv. Esperemos que esto termine pronto. Espero que también tengas `ánimo' y éxito en tu país. Bruno". Y un par de días después recibí un segundo fax, enviado por Leonardo Leiderman y Assaf Razin, de la Universidad de Tel Aviv, que decía textualmente: "Gracias por tu fax. Apreciamos también la posición de Argentina en la Guerra del Golfo. Esperamos una pronta paz" (nótese que, además del afecto, la posición del país fue reconocida por quienes estaban en situación comprometida).

[La suavidad de los modales de Bruno no es inconsistente con la firmeza con que expresa sus opiniones. En la referida reunión académica celebrada en Helsinki, en honor de Carlos Díaz Alejandro, a Bruno le tocó comentar el trabajo presentado por Lance Taylor sobre "estabilización económica - experiencias recientes en el Tercer Mundo". Utilizando términos académicos, a Taylor le dijo que se dejara de joder, y a Wider -la institución que le estaba financiando la investigación- que no era prudente destinar una porción tan grande de su presupuesto total de investigación en el mencionado proyecto.]

Otro de los grandes que conocí en Río fue John Williamson. Casado con una brasileña, Williamson es un inglés cuyo hobby consiste en... observar pájaros. Varios años después del congreso de Río, de paso por Argentina, Williamson fue hasta no sé qué lugar del sur de nuestro país exclusivamente para, prismáticos en mano, espiar pájaros. A su regreso a Buenos Aires lo fui a buscar a Aeroparque, para almorzar en la Costanera. Si la probabilidad de encontrar a una persona cuyo hobby es observar pájaros es baja, la de encontrar 2, sentados en mesas contiguas en un mismo restaurante, es bajísima... aunque claramente no nula. John me describía en inglés sus peripecias con los pájaros, lo cual estaba lejos de excitarme, cuando quien estaba sentado en la mesa de al lado, dado que entendía inglés, se metió en la conversación, indicándole entre otras cosas que en el maloliente pantano que en ese momento había al costado de muchos de los carritos, habitaba no sé qué especie. Williamson terminó de comer, se remangó los pantalones y se metió en el yuyaje, para seguir observando pájaros; opté por esperarlo en un lugar más cómodo, para llevarlo nuevamente a Aeroparque (tengo en mi escritorio, listo para entregárselo cuando lo vea, un ejemplar de Nueva guía de las aves argentinas, que la Fundación Acindar publicó en 1991). Nos volvimos a ver a fines de 1989, cuando lo salvé de una buena, episodio que voy a relatar más adelante.

Carlos Alfredo Rodríguez, a quien desde que se creó el Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (CEMA) frecuenté en Buenos Aires, es un fenómeno

interpretando analíticamente problemas económicos concretos. Por el número, características y ordenamiento de las palabras que usa, su inglés es bien entendible; pero para mí que practica cómo hablar como si hubiera nacido -dicho con todo respeto- en puente Alsina. Con la presentación que hice en la Universidad de San Andrés de Roque Benjamín Fernández, estando Rodríguez presente, contribuí a destrabar una situación tirante que existía entre los 2, para bien de ellos mismos y del CEMA (si es cierto, debo haber actuado como disparador de algo que tarde o temprano habría de ocurrir. De cualquiera manera estoy contento de que hayan vuelto a hablar).

Dejé para el final de mis recuerdos del seminario de Río a una troika a la que le tengo singular aprecio: la integrada por Bacha-Cardoso-Dornbusch. La historia que escuché dice lo siguiente: Bacha y Cardoso eran esposos. Viajaron a los Estados Unidos, él para enseñar en Harvard y ella para estudiar en el MIT. En el MIT Cardoso fue alumna de Dornbusch... y en algún momento se hicieron esposos (o pareja, como se dice ahora). En el mundo debe haber millones de historias como ésta, no obstante lo cual me sobresaltó verlos a los 3 en el mismo seminario, muy poco tiempo después (¿meses?) de ocurrido el episodio que acabo de relatar.

A Bacha lo he visto muy de tanto en tanto; en cambio tanto con Rudy como con Eliana hemos desarrollado una extensa e intensa amistad y trabajo profesionales. Eliana Cardoso, una simpatiquísima brasilera de personalidad muy atractiva (qué suerte poder escribir en Argentina, donde a nadie se acusa de acoso sexual por ser meramente galante), es una muy buena economista... cosa que resultaría más claro advertir si no fuera la esposa de Rudy (como, en Argentina, ocurre con Ana María y Rolf Mantel).

Venido al mundo en Alemania, graduado en relaciones internacionales en Suiza y en economía en la Universidad de Chicago (contemporáneo de Jacob Frenkel, Mussa y Rodríguez, compañero de estudios de Broda), Dornbusch es un tipo muy cordial, gran maestro, generoso, sencillo, divertido, extremadamente cariñoso con mi familia... e increíblemente competente. Lo único que recuerdo de Rudy en el mencionado congreso de Río es que tuve que saltarlo cuando, en ropa deportiva, se había tirado a descansar en uno de los escalones de la escalera por la cual yo estaba bajando.

Comenzamos a conversar en julio de 1980 cuando, junto a Eliana, asistió en Buenos Aires al primer Encuentro Latinoamericano de la Sociedad Econométrica, que tuvo lugar en el Banco Central. Los encontré en la víspera del comienzo de las reuniones, retirando una copia de los trabajos. Caminamos hasta la confitería El reloj, ubicada en Lavalle y Maipú, debatiendo intensamente sobre la cuestión del tipo de cambio real (el cual para Rudy estaba totalmente fuera de equilibrio, y para mí no... o, en todo caso, no tanto). Cuando el mozo trajo la cuenta Dornbusch tomó el ticket, se fijó en el precio en dólares de 3 cafés, y me dijo que no tenía sentido seguir discutiendo porque dicho precio mostraba claramente la grosera sobrevaluación del peso. La cuenta, como el lector comprenderá, la pagué yo.

Desde entonces y hasta hoy (1992) Rudy y yo debemos de habernos visto, en algún lugar del mundo, por lo menos una vez al año: en México en marzo de 1981, en Buenos Aires el 9 de julio de 1982, en Toledo en mayo de 1984, en Río de Janeiro a mediados de 1985 y 1986, en Buenos Aires inmediatamente después del lanzamiento del plan Austral, en Boston y

en Washington en 1986, 1987 y 1988, cuando juntos escribimos un libro sobre Argentina que publicó el National Bureau of Economic Research (NBER), en Toledo en junio de 1987, y antes de cada vez que habló en Argentina, invitado por FORO. Le traduje oración por oración una conferencia que dictó en la Bolsa de Comercio de Mar del Plata.

[Esto último resultó mucho menos fácil que lo que pensaba; y eso que estaba familiarizado, tanto con el contenido de la conferencia como con el estilo expositivo de Rudy. Juro que en algún momento, producto del cansancio, me agarraron ganas de salir corriendo, cosa que nunca me había ocurrido en la vida.

Desde ese momento le tengo enorme respeto a quienes hacen traducciones simultáneas.]

Rudy fue quien, habiéndome ayudado a "colarme" en el seminario que el National Bureau organizó en la ciudad de México en marzo de 1981 ("no te puedo pagar el hotel", me hizo decir vía Guillermo Calvo en 1980, casi un insulto en un momento en que los argentinos al gastar en el exterior nos sentíamos "jeques árabes"), me incluyó en el panel final para integrarme en el grupo; Rudy fue quien, en pleno "Cavallazo", se vino hasta Argentina para analizar aspectos técnicos de la licuación de pasivos con su amigo, el entonces presidente del Banco Central (luego de charlar un rato mientras le mostraba la Boca almorzamos, para lo cual pasé por mi casa de Flores. Any casi me mató, porque -en plena reforma- según ella la casa de Páez estaba impresentable); Rudy fue quien consiguió que en las conferencias organizadas por la Fundación Getulio Vargas a mediados de 1985 y 1986, a mí me pagaran lo mismo que a él (nunca gané tanto dinero pronunciando un par de conferencias. Cuando algunos meses más tarde lo fui a buscar con un auto más moderno al hotel de Buenos Aires donde se hospedaba, al explicarle cómo había financiado el cambio, me dijo que se sentía subiendo a nuestro auto); Rudy fue quien, encontrando australes en sus bolsillos al llegar a Cambridge procedente de Argentina, me los envió por DHL para que le comprara chocolates a mi familia; Rudy fue quien, siendo el jefe del proyecto del NBER, me preguntó si me resultaba posible adelantar 24 horas mi llegada a los Estados Unidos, para pasar por Cambridge y preparar en su casa nuestra presentación, y encima me fue a buscar al aeropuerto; Rudy fue quien, viéndome angustiado al tener que enviarle a Kissinger una síntesis en inglés de mi ensayo sobre sus Memorias, durante la negociación para publicar mi libro Los 10 mandamientos del buen gobierno según Henry Kissinger (El cronista comercial, 1991), trabajó varias horas la noche misma en que se enteró, para mejorar mi inglés; Rudy, por fin, es el pasajero que cuando un domingo a la noche, en el aeropuerto de Boston, anuncian sobreventa en el último vuelo hacia Washington, cuando le pregunté cuándo van a volar quienes no puedan subir al avión respondió "nunca, pero todavía no lo saben".

Además de todo lo cual, como dije antes, Dornbusch es increíblemente competente, cosa que descubrí trabajando en "nuestro" libro. En algún momento de 1986 me ofreció que escribiéramos juntos Deuda externa e inestabilidad macroeconómica en Argentina, como parte de una investigación encarada por el National Bureau of Economic Research en 8 países en vías de desarrollo, bajo la dirección general de Jeffrey Sachs ("Jeff", para los amigos). La versión final fue publicada en castellano por Sudamericana en 1988, y en inglés por el National Bureau en 1990. "No te vas a hacer rico", acotó, "pero nos vamos a divertir". Acepté de inmediato,

dando comienzo a una muy fructífera interacción, que me permitió ver a Rudy "en acción", como 2 décadas antes había visto a José María Dagnino Pastore, experiencia de la cual aprendí mucho.

Dornbusch tiene notablemente desarrollado el "instinto por la yugular". Sabiendo que el público sólo puede absorber 3 ideas en cada conferencia, sabe elegir cuáles son las 3 ideas centrales de cada cuestión. Hicimos el libro contando con la activa colaboración de nuestros respectivos correos, es decir, a partir de manuscritos que viajaron más de una vez los más de 10.000 kilómetros que separan Cambridge de Buenos Aires. Cuando recibí su primera versión, escrita seguramente al correr de la pluma y muy probablemente a 10.000 metros de altura, viajando vaya uno a saber de dónde hacia dónde, 2 imágenes me surgieron simultáneamente: por un lado, la multiplicidad de errores de detalle (junio en vez de setiembre; 22% en vez de 20%; provincia de Salta en vez de Corrientes; etc.), y por el otro, una presentación global singularmente correcta. Quien frente a una descripción de Dornbusch hace lo mismo que quien observa un cuadro desde 5 metros de distancia, se junta -perdón por la redundancia- con una correcta descripción magníficamente descripta.

[La primera prueba del interés que tengo por la obra de un colega es si la leo o no. En el caso de Dornbusch leo todo lo que sale de su pluma y llega a mis manos.]

Dornbusch es una esponja. En uno de los 2 seminarios que el National Bureau organizó para observar el avance de la investigación, uno de los participantes hizo una referencia a la tasa de crecimiento del PBI real de Argentina entre 1962 y 1974. Mientras yo respiraba, preparando la contestación, Rudy dijo: "Es un mal indicador de la tasa de crecimiento de largo plazo de la economía argentina, porque el comienzo del período corresponde a la recesión que siguió a la sobreinversión de Frondizi, y el otro extremo al sobrecalentamiento de la economía que se verificó durante el peronismo" (exactamente lo mismo que yo pensaba decir). Al terminar la reunión, mientras me llevaba al hotel en su auto, al tiempo que lo felicité por cómo había respondido la pregunta, le pregunte de dónde había sacado la respuesta. "Vos me lo enseñaste", dijo.

En el mejor espíritu de Carlos Díaz Alejandro, mi amistad con Rudy sobrevivió intacta a la intensidad con que discutimos sobre el Plan Austral cuando, invitado para hablar en la convención anual de ADEBA de 1985, se convirtió en el primero de los ilustres visitantes extranjeros que defendió acaloradamente el referido plan. Cené con él cada domingo que antecedió a cada una de las conferencias que pronunció en FORO; en dichos encuentros -carne por medio (bien cocida para mí, cruda para él -"que todavía diga `mu mu', por favor", le dice al mozo en entendible castellano, que no usa en sus exposiciones... aunque acepta que le pregunten en español, porque lo entiende perfectamente)-, luego de familiarizarlo con los hechos más inmediatos, y de entregarle los últimos números de Carta económica y Contexto, analizamos la situación económica nacional e internacional, así como lo que estaba ocurriendo en teoría económica.

[No sorprende que Rudy Dornbusch tenga amigos por todos lados, y también adversarios por todos lados. Que me cuente entre los primeros no quiere decir que no entienda a los otros, lo cuales lo critican a veces justificadamente (cuando Rudy, para clarificar, exagera) y en ocasiones sin ninguna razón (la envidia no existe solamente en Argentina).]

Bar Ilán. 6 meses después del seminario de Río participé en otro encuentro académico internacional. En efecto, entre el 5 y el 8 de mayo de 1980, en la Universidad Bar-Ilán, ubicada en Ramat Gan, en las afueras de Tel Aviv, Israel, concurrí a un congreso organizado como parte de los actos celebratorios del 25 aniversario de la mencionada universidad, dentro del cual se le otorgó un doctorado honoris causa a Raúl Prebisch. De los aspectos geográficos, históricos y religiosos de ésta, mi primera visita a Israel, hablaré luego cuando relate mis viajes; ahora me voy a concentrar en los aspectos académicos y personales del congreso.

Este primer viaje a Israel resultó inolvidable desde mucho antes de salir de Buenos Aires. Ocurre que por no sé qué dificultad relacionada con el pasaje que me enviaron, a través de Mario Hugo Azulay conocí a su agente de viajes, Saúl Mirsky. Saúl me solucionó el problema, me vendió los pasajes para toda la familia, y -humormaníaco como yo-, a raíz de este encuentro fortuito iniciamos una intensísima amistad (es uno de los que me enseñó que la vida es una fiesta, como documenté en la dedicatoria de La economía que yo hice, vol. II; fue uno de los asistentes al referido asado para distender en mi casa al entonces ministro de economía Wehbe; cada vez que podemos almorzamos para ocuparnos de... nada; cada cena en su casa con sus -y desde entonces mis- amigos, es un evento bien desopilante). Conocí Punta del Este, junto con mi familia, cuando Saúl descubrió que nunca había estado, poniendo a mi disposición su departamento. Un cuadro pintado por su encantadora esposa Raquel adorna nuestro living (su casa está llena de cuadros que surgieron de sus manos; no obstante ello, nos sorprendió cuando al terminar una cena le dijo a Any: "Elegí el que quieras y lleváelo").

En Israel volví a encontrarme con Edmar L. Bacha, Julio Berlinski, Mario I. Blejer, Carlos F. Díaz Alejandro, Ricardo Ffrench-Davis, Jorge M. Katz, Daniel M. Schydrowsky, Moisés Syrquin y Morris Teubal, al tiempo que conocí a Albert ("Al") Fishlow, Alejandro Foxley, Gustav Ranis y Simon Teitel.

Como del seminario de Río, del encuentro de Bar-Ilán conservo gratos recuerdos personales; al contrario del seminario de Río, en Israel creo haber hecho algún aporte técnico... totalmente ignorado por la literatura especializada. Entre los primeros destaco los siguientes: 1) antes de comenzar las sesiones de trabajo las autoridades de Bar-Ilán exhibieron un audiovisual sobre la universidad, en cuya parte final falló la sincronía entre el video y el audio, como consecuencia de lo cual en el momento en que una voz anunció "la biblioteca" en la pantalla se proyectó la imagen del jardín de la universidad; 2) compartiendo una cerveza en Jaffa (o Yafo), la antigua ciudad contigua a Tel Aviv que la creciente urbanización terminó uniendo, una de esas noches que invitan a sentarse al aire libre comencé a apreciar el particular sentido del humor de Fishlow, iniciando una amistad que sigue hasta hoy; 3) en una de las entradas de la Ciudad Vieja de Jerusalén, al enterarse que mis 4 abuelos eran españoles, el yugoeslavo Ranis - quien se inmortalizó con Fei en la literatura del desarrollo- me preguntó si yo era sefaradí (judío de origen español, ya que Sefarad quiere decir España en hebreo). "No soy judío, soy



católico", le respondí, generando en su rostro una expresión que vi en todos aquellos que no pueden imaginar qué hace en Israel alguien que no es judío; y 4) en Israel "amanece muy temprano", porque -tengo entendido- razones religiosas impiden ajustar la hora oficial según la luz solar. Consiguientemente un día a eso de las 6 de la mañana bajamos del hotel a la playa para jugar un partido de fútbol antes de ir a la reunión.

Pero en el plano personal un par de figuras concentran mis principales recuerdos del evento: el homenajeado (Raúl Prebisch) y Menajem Begin, entonces primer ministro de Israel. Prebisch nació en Tucumán el 17 de abril de 1901, y falleció en Santiago, Chile, el 29 de abril de 1986. Según la detallada crónica de su niñez y juventud, escrita por Manuel Fernández López ("Raúl Prebisch, estudiante y profesor de economía en la Universidad Nacional de Buenos Aires", Anales, Asociación Argentina de Economía Política, 1987), quien fue discípulo de Alejandro Bunge estuvo 30 años relacionado con la Universidad de Buenos Aires: desde 1918, en que ingresó como alumno, hasta 1948, en que dejó de enseñar porque lo echaron (uno de los asistentes al último de sus cursos, Aldo Ferrer, relató sus impresiones en "Las primeras enseñanzas de Raúl Prebisch", Revista de la CEPAL, 42, diciembre de 1990).

Como el talento es un recurso escaso, en la década de 1920 por el joven Prebisch disputaron la academia y el resto de las alternativas profesionales. Comenzó su carrera fuera de la universidad en 1922, cuando fue designado director de estadísticas de la Sociedad Rural Argentina. Por casi la misma época creó la Oficina de Estudios Económicos en el Banco de la Nación Argentina.

La revolución de 1930 lo llevó a la función pública, más precisamente a la Subsecretaría de Hacienda, iniciando casi una década y media de activa -y crucial- participación en la política económica argentina (este período de su vida fue analizado por Norberto González y David Pollock: "Del ortodoxo al conservador ilustrado. Raúl Prebisch en la Argentina, 1923-1943", Desarrollo económico, 30, 120, enero-marzo de 1991). Participó en la Conferencia Económica Mundial de 1933 y -como "perito financiero"- en la negociación de la Convención accesoria del tratado de paz y amistad del año 1825 (sic), popularmente conocido como pacto Roca-Runciman. "Yo puedo demostrar que el acuerdo era la única cosa que podía hacerse para proteger las exportaciones argentinas del desastre de la gran depresión", afirmó años más tarde quien describió en la tapa de La Nación del 2 de mayo de 1933 el contenido del referido acuerdo, según expliqué antes al referirme a Carlos Díaz Alejandro (la referida nota fue reproducida con el número 59, y titulada "El convenio con Gran Bretaña", en Raúl Prebisch. Obras, 1919-1948, Fundación Raúl Prebisch, 1992). Estoy totalmente de acuerdo con Prebisch, pero la politización del "análisis" referido al mencionado pacto que aún hoy existe en Argentina, no se lo admite. Culminó esta porción de su carrera como funcionario público argentino cuando, al crearse el Banco Central en 1935, ocupó -por casi una década- su gerencia general. En 1992 es todavía posible hablar con funcionarios que ingresaron en el Banco Central como cadetes en 1935 (algunos de los cuales, finalmente, llegaron hasta la propia presidencia del Banco), para recoger testimonios directos de la capacidad de organización, vitalidad y personalidad de Prebisch.

Hacia mediados de siglo comenzó su actividad como funcionario público internacional, primero en la CEPAL (hasta 1963) y luego durante algo así como una década en la UNCTAD

(la oficina de las Naciones Unidas para el comercio y el desarrollo). Mientras estaba en la CEPAL fue convocado por la Revolución Libertadora, la que en 1955 derrocó a Perón, para que asesorara en la recuperación de la economía argentina. Produjo un par de informes, ninguno de los cuales fue tenido en cuenta por los formuladores de la política económica. En 1984 regresó a Argentina para colaborar, como asesor, en el gobierno presidido por Alfonsín.

¿Qué pienso de las ideas de Prebisch? De la lectura de la última de sus obras (Prebisch, R.: La crisis del desarrollo argentino, El Ateneo, 1986), que según parece terminó de escribir la víspera de su fallecimiento, me surgieron las siguientes características principales de sus escritos: 1) cita a muy pocos economistas, y nunca las obras concretas de dichos economistas; 2) rara vez hay números en su exposición; 3) presenta todas las perspectivas de la cuestión en estudio, sin aclarar cuál es -a su juicio- la más importante de ellas; 4) piensa en términos de procesos, en términos esencialmente dinámicos; 5) encuentra difícil modificar tendencias; y 6) piensa en forma grandiosa (ver de Pablo, J. C.: "Prebischnomía", El Cronista Comercial, 10 de setiembre de 1986. Reproducido en: Escritos Seleccionados, 1981-88, Ediciones Macchi, 1989).

Prebisch-gerente (nacional e internacional) es impactante; Prebisch-pensador es digno de consideración; pero por lo poco que lo conocí, Prebisch-persona supera a los otros 2. De esto último me voy a ocupar ahora. Como ya dije, a Prebisch lo ví por primera vez en mi vida cuando, estudiando yo en Harvard, pronunció una conferencia en el auditorio del departamento de economía de la universidad; y por última vez cuando concurrió a la reunión que la Asociación Argentina de Economía Política organizó en Mendoza, a fines de 1985, cuando cambiamos algunas palabras delante de su habitación del hotel Plaza.

En el interín lo vi 2 veces. El 10 abril de 1984, cuando cubrí para El Cronista Comercial la conferencia de prensa que brindó en la Casa de Gobierno (dándose cuenta de lo que iba a pasar, esa misma mañana me llamó a Cronista Julio González del Solar, primo de Prebisch, para que fuera personalmente, en vez de enviar a algún cronista, para cubrir el evento, por lo que a la disparada tuve que conseguirme una corbata). Formalmente asesor de Alfonsín, quien lo presentó en la conferencia, Prebisch trabajaba en el Banco Central (Ernesto Gaba me contó maravillas sobre el estado físico y la lucidez mental de Prebisch en ese período). Al verme me dijo: "No me empiece a criticar". Sonreí, dispuesto a escuchar palabras comunes y corrientes, y me encontré con el primer discurso económico sensato del gobierno de Alfonsín; porque lo que Prebisch dijo en esa conferencia, y repitió por la tarde delante de legisladores en el Congreso, fue que lo que estaba tratando de hacer el ministro de economía Bernardo Grinspun no era viable. Yo no podía sino estar totalmente de acuerdo con Prebisch, de manera que cuando terminó de hablar, no solamente no lo critiqué sino que me puse a explicarle al resto de los periodistas presentes (olvidando que en ese momento eran competidores míos) qué era lo que el había dicho, porque lo consideraba muy importante y no estaba seguro de que lo hubieran entendido.

Pero el episodio personal más significativo de mi relación con Prebisch tuvo lugar en Israel, donde lo vi "con las luces prendidas": asistiendo a todas las reuniones del congreso hecho en su honor, manteniendo permanentemente el buen humor y recordando en el cóctel final que él tenía más años que la ciudad de Tel Aviv. Al mediodía del último día del congreso

llamó desde Buenos Aires Magdalena Ruiz Guiñazú, con quien en ese momento yo hacía un programa de radio. Conecté a Prebisch con Magdalena en mi habitación del hotel, que compartía con Jorge Katz. Terminada la conversación con Argentina, lo invitamos a comer. Este "joven" de 80 años caminó con nosotros varias cuadras hasta el restaurante, mantuvo una activa conversación a partir de sus recuerdos de su época de funcionario público, comió como el que más y se tomó él sólo una botella de vino "de 3/4"; ¡todo esto momentos antes de pronunciar el discurso de aceptación del doctorado! Confieso que en algún momento sentí preocupación (no culpa, porque respeto la "soberanía del consumidor"). Pero nada. Cuando le llegó el turno, luego de la presentación que hizo Felipe Pazos, y un "intermedio musical" -una verdadera delicadeza en un acto académico de esta naturaleza-, Prebisch se puso de pie y habló, sin papel, durante 45 minutos.

[También el congreso organizado por el Banco de Israel a comienzos de 1990 comenzó y terminó con música. Es más, se desarrolló en una sala de música. ¿Es que también en Israel consideran a los economistas guitarreros?]

Una última anécdota sobre Prebisch, no propia pero escuchada de primera mano. En el ya citado congreso en honor a Carlos Díaz Alejandro, Ronald Findlay me contó que, almorzando con Prebisch pocos meses antes del fallecimiento de éste, tuvo que hacer un alto en su argumentación porque "don Raúl" se dio vuelta para mirarle el trasero a una bonita mujer que pasó al lado de la mesa. ¡En ese momento Prebisch tenía 85 años! (a un hombre así se le perdona incluso que se equivoque).

[El tiempo calma las pasiones, aún entre los argentinos. Llegará el día en que volveremos a leer a Prebisch, para extraer lo perdurable de su pensamiento.]

El otro recuerdo personal memorable del congreso de Bar-Ilán fue el de Menajem Begin, entonces primer ministro de Israel. La tarde del segundo día de reuniones fuimos en ómnibus hasta Jerusalén, distante de Tel Aviv unos 60 kilómetros (el camino, de 2 carriles por mano, en cuya primera mitad -partiendo desde Tel Aviv- hay pampa y en la segunda pequeñas sierras, me hizo acordar al que une Córdoba con Carlos Paz), porque Begin nos recibiría en el Knesset (Parlamento).

Dentro del moderno edificio ingresamos en una sala cuadrada, en la que había una mesa redonda, con un gran agujero en el medio (como la que tiene el Colegio de Graduados en Ciencias Económicas), suficientemente grande como para que nos sentáramos alrededor de ella la mayoría de los 25 o 30 participantes extranjeros. A la derecha de una silla que quedó vacía se sentó Prebisch y a la izquierda S. Eckstein, rector de la Universidad Bar-Ilán. Pocos minutos después se abrió una puerta y apareció Begin. De ese instante recuerdo 2 impresiones: la emoción que sentí al ver personalmente a alguien famoso... y lo diminuto que era Begin desde el punto de vista físico.

En inglés, el rector de Bar-Ilán le explicó a Begin que la universidad le estaba otorgando un doctorado honoris causa a Prebisch. "¿Honoris causa?" exclamó Begin; "yo tengo varios. Son fantásticos, porque no hay que dar examen". La carcajada que generó mostró la eficacia con la cual había roto el hielo.

Luego de lo cual, en el sentido estricto de la palabra, comenzó uno de los más fantásticos "shows" comunicativos que presencié en mi vida. Begin se puso de pie y, sin papel, habló en inglés por espacio de 10 minutos. Comenzó haciendo referencia a un atentado que había ocurrido un par de días antes, donde a la salida de una sinagoga había muerto una mujer, lo cual fue seguido por una arenga sobre los problemas que entonces enfrentaba Israel, que nos sumió a todos en una gran congoja. Pero en un momento dado dijo algo así como "pero esto no nos va a detener: ni a nosotros, ni a nuestros hijos, ni a nuestros nietos". No tengo presente el texto, pero sí la "música": crecientemente agobiante en la primera mitad de su alocución, crecientemente esperanzada en la segunda mitad (lo cual a Begin le permitió "pasar el mensaje" sin que alguno de nosotros se quedara deprimido). Hacia el final hizo una referencia a la economía (tema que se notaba no era su fuerte), finalizando con un feliz está en Israel. Luego de lo cual invitó a que le hicieran preguntas. Prebisch, veterano de este tipo de reuniones, dijo que considerando el valioso tiempo del primer ministro, le agradecía el habernos recibido pero no quería que lo molestáramos más. El encuentro no debe haber durado en total más de un cuarto de hora.

[Lo que Begin aplicó lo sabe cualquier autor teatral, excepto los operísticos: si hay que deprimir, nunca hay que hacerlo al final. Recordé este episodio viendo un día "Polémica en el bar". La semana anterior al día del padre de cierto año, Jorge Porcel propuso como tema de conversación que cada uno de los que se sentaban alrededor de la mesa dijera qué le iba a regalar al padre el domingo siguiente.

Cuando le llegó el turno a "Minguito" él aclaró que no tenía padre, y que desde chiquito la madre había hecho de padre y de madre. En cuanto escuché esto me acordé de Begin, preguntándome cómo iba a ser el desenlace, pues era evidente que el diálogo entre Porcel y Altavista, cada vez más agobiante, no podía terminar deprimiendo al público. Cuando el grado de tensión fue realmente notable, Porcel forzó la contestación. "Minguito: ¿qué le vas a regalar entonces a tu madre, en el día del padre?". Una afeitadora fue su respuesta, con lo cual, como Begin en 1980, había pasado el mensaje (acordarse de los padres que ya murieron), levantando hacia el final la moral del televidente.

Mientras viva, aplicaré las técnicas de comunicación que aprendí de Menajen Begin, una tarde, en el Knesset.]

Hombre de derecha, Menajen Begin no era querido entre los universitarios israelíes. Cuando al otro día de la entrevista volvimos al congreso, a uno de ellos le comenté que Begin no me había parecido tan malo como él me lo había pintado. "Todo marido luce mejor de lo que es, delante del resto de las esposas" fue su respuesta.

El contenido del seminario merece también un párrafo. Releyendo la versión final de los trabajos (recogida en Syrquin, M. y Teitel, S.: Trade, stability, technology, and equity in Latin

America, Academic press, 1982), surge claramente que -más allá de los méritos técnicos individuales-, a dichos trabajos les falta el "flavor" prebischeriano (por lo cual no recuerdo haberle escuchado ningún reproche al propio Prebisch durante el congreso). La vastedad de los temas tiene que ver con la amplitud de las inquietudes de Prebisch, pero su tratamiento resultó "demasiado tecnocrático". Mi trabajo ("inflación y crecimiento, la experiencia de Argentina") destacó la esencial falta de neutralidad de la inflación, debido a las acciones y omisiones que hacen los gobiernos en presencia de inflación, un punto verdaderamente novedoso en ese entonces, que había expuesto por primera vez en 1971 ("Radiografía de la inflación argentina", Indicadores de coyuntura, marzo), y que volví a plantear en "Una explicación algo exagerada del estancamiento económico argentino", Alta gerencia, diciembre de 1991, que inspiró a Federico Sturzenegger y Mariano Tommasi su "Deadlock societies, the allocation of time and growth performance" (Universidad de California, mimeo, diciembre de 1991), que modela algebraicamente los costos de la inflación que van más allá del impuesto inflacionario.

Londres. En uno de los baños contiguos al salón de conferencias del hotel Internacional de Iguazú, durante la tercera Convención Nacional organizada por el IAEF en setiembre de 1980, Jorge F. Scoscería me preguntó: "¿te interesaría ir a Londres para comparar la política económica que está terminando de aplicar Martínez de Hoz, con la que está comenzando a aplicar en Inglaterra Margaret Thatcher"? Sin dejar de hacer lo que estaba haciendo respondí que sí, con lo que se generó entre el 29 de enero y el 9 de febrero de 1981 un viaje excitante, tanto desde el punto de vista personal como intelectual (por falta de oportunidad, nunca más volví a Inglaterra).

Presidía entonces el IAEF máximo F. Santambrogio, quien se ganaba la vida fabricando agendas Morgan, musicalizando oficinas con Musak, y representando en Argentina a la impresora de billetes Bradbury & Willkinson (B&W) de Inglaterra... en un momento en que el Banco Central estaba por licitar cierta impresión de valores. Máximo -o algún funcionario de la empresa, en ese momento en Argentina- envió a B&W un telegrama que decía textualmente: "un asesor clave del presidente del Banco Central viaja a Inglaterra", enviándome una copia que le mostré a mi mujer.

La llegada a Heathrow resultó espectacular. Cuando al funcionario de migraciones le entregué mi pasaporte y el de mi esposa, preguntó mecánicamente: ¿propósito del viaje; turismo, negocios...?". "Vine a analizar la política económica de la Sra. Thatcher", dije con voz firme y acento americano (para los ingleses yo aprendí a hablar su idioma en la orilla equivocada del Océano Atlántico). "¿Oíste eso?" le dijo, mientras reía, al colega que tenía a su lado. "¿Y cuánto va a permanecer en este país?". "Un par de semanas", respondí. "Para lo que vino, con un fin de semana es suficiente".

Esta simpática anécdota empalidece al lado de lo que ocurrió pocos instantes después. Luego de recoger el equipaje, llegamos al lugar al que acceden quienes esperan a los pasajeros. Como en todos los aeropuertos del mundo, había personas con cartelitos que tenían escritos apellidos. Uno de ellos, un prolijo pizarrón con letras móviles que se destacaba entre los acrílicos escritos con marcador, era sostenido por un chofer con gorra y todo y decía: "Mr. & Mrs. de Pablo". Me identifiqué. El hombre tomó nuestro equipaje, nos rogó que lo acompañáramos hasta cierto lugar, donde nos dijo que esperaríamos un momento. Yo estaba

impresionado... y Any rabiosa. Momentos después el individuo apareció manejando... un Rolls Royce, algo viejo pero impecable. Subimos; yo cada vez más impresionado, y Any cada vez más rabiosa.

Nos condujo al Sherlock Holmes, un hotel de 3 estrellas (el IAEF me dio un estipendio fijo, con el cual yo tenía que pagar todos los gastos). La cara con que nos recibieron los empleados del hotel fue muy especial pero explicable; debía ser la primera vez en la historia del Sherlock Holmes, que un pasajero llegó en un RR. Al entrar en la habitación Any encontró un enorme ramo de flores, enviado por la esposa del presidente de B&W, y pocos minutos después yo recibí una llamada personal del vicepresidente de la empresa, pidiéndome disculpas porque el presidente de la firma no me podía llamar, por encontrarse en los Estados Unidos. Acordamos una visita a la fábrica para mediados de la segunda semana de nuestra estadía. A esta altura yo estaba altamente impresionado, y Any absolutamente rabiosa ("¿qué querés que haga?; yo no hice nada", fue lo único que atiné a decirle).

A media mañana del día acordado, el RR volvió a aparecer en la puerta del Sherlock Holmes. Anduvimos algo más de una hora por la campiña inglesa, antes de arribar a la planta. De Any se hizo cargo la secretaria del presidente de la firma, con quien combinaron para el día siguiente una excursión a Stratford-upon-Avon, donde nació Shakespeare, mientras yo hablaba con un hombre importante... de bueyes perdidos (en un cuadro colgado sobre una de las paredes de su despacho había plancha de estampillas de las Falkland Islands, lo cual lo puso muy nervioso cuando se dio cuenta que yo había reparado en ellas; tuve la impresión de que, con tal de cerrar trato, ahí no más me hubiera firmado una declaración jurando que las Malvinas eran argentinas). Finalmente, en un pequeño comedor, me junté con el resto de los gerentes; reapareció Any, y almorzamos discutiendo la política económica de Margaret Thatcher, tópico en el cual luego de 10 días de permanencia en Inglaterra me sentía un experto (desde el punto de vista de mi estudio la conversación resultó muy interesante. El jefe de personal de la fábrica, laborista confeso, dijo que a él la política económica de Margaret Thatcher le facilitaba su labor). Mientras sirvieron el café, quien parecía ser el jefe dijo "Bueno", y yo sentí que había llegado la hora de hablar.

Sin mirar a Any, pero sospechando que me debía de estar mirando como diciendo: "te dije", y con mucho aplomo, dije que había leído el telegrama que les habían mandado, pero que yo no era un asesor clave del presidente del Banco Central, sino simplemente un amigo personal del doctor Díz. Se produjo un incómodo silencio, que a los pocos segundos fue cortado por el jefe de personal con una bonita ocurrencia: "eso también lo podemos usar". Tal como estaba previsto, luego del almuerzo recorrimos las instalaciones (pero con una visita más corta, dado mi cambio de categoría), volvimos a Londres en RR, al otro día la secretaria paseó con Any por Stratford; pero a Heathrow llegamos por las nuestras.

Analizar la política económica que estaba aplicando Thatcher resultó profesionalmente muy desafiante; se trataba de aplicar, contra reloj, en un país de cuya economía no sabía prácticamente nada, un instrumental con el cual estaba familiarizado por haberlo utilizado muchas veces en Argentina (descrito en de Pablo, J. C.: "Cómo analizar una política económica", Escritos seleccionados, 1968-80, Ediciones Macchi, 1981). Antes de viajar coordiné un conjunto de entrevistas con John Chick, de la embajada inglesa en Argentina,

programa que funcionó a la perfección. Ubiqué las reuniones en el medio de la visita (el jueves y el viernes de la primera semana, el lunes y el martes de la segunda), para aprovechar mis primeros 3 días de estadía en Inglaterra recabando datos, leyendo diarios, mirando televisión y armando el banco de datos en el INDEC inglés.

Mantuve entrevistas en el Banco de Inglaterra, la Tesorería, el Banco de Londres, Canning House, la Confederación Británica de Industrias y la Confederación de Sindicatos. A nadie le pregunté en qué consistía la política económica, concentrándome en puntos específicos. Cuando en el Banco de Inglaterra pregunté cuál era la definición estricta del agregado monetario "sterling M3", mi interlocutor no lo sabía. Cuando en la Tesorería pregunté algo cuya contestación estaba escrita, la secretaria del funcionario con quien conversé tomó nota; al finalizar la entrevista fuimos hasta una oficina donde había copias de algunos de los documentos citados. "El resto se los envío por correo" me dijo. Yo la miré con la incredulidad de quien piensa en el funcionamiento del correo de nuestro país. Esa misma tarde, por correo público, me llegó la documentación prometida al Sherlock Holmes. En una de las entrevistas me olvidé de mi rol; es que lo escuché argumentar tal mal al economista de la Confederación de Sindicatos, que me puse a explicarle qué haría yo en su lugar. Almorzando con ejecutivos del Banco de Londres tuvimos que ponernos de acuerdo: ocurrió que ellos tenían tanto interés en saber qué pasaba en Argentina como yo en Inglaterra. Finalmente coordinamos un procedimiento de preguntas y respuestas y todos terminamos satisfechos.

La mañana del jueves de la primera semana se presentó en mi hotel Susan Claypole, funcionaria de la Oficina Central de Información inglesa. Correctísima, obsesiva con los horarios (cuando a una de las entrevistas llegamos con 2 minutos de adelanto, me hizo caminar una cuadra para observar el número 10 de Downing Street, residencia londinense del Primer Ministro), ignorante de la economía, se trataba de una burócrata cuyo trabajo consistía, precisamente, en acompañar a sus entrevistas a los visitantes extranjeros (no vino con su auto, dudo que tuviera uno: a veces viajamos en taxi, a veces en ómnibus, a veces en subte). Porque las entrevistas estaban pegadas desde el punto de vista de los horarios, un día almorzamos en un "pub", y experimenté en carne propia el escaso lugar disponible para cada consumidor. Cualquiera se sienta en la porción de la mesa que quedó libre, algo impensable en Argentina. Cada uno está en su mundo; uno puede estar discutiendo asesinar a la Reina y quien almuerza al lado oye pero ni pestaña. Tuve que tomar cerveza no refrigerada, una verdadera asquerosidad. Como soy un caballero, no podía salir de un ascensor antes que Susan, o ingresar en el despacho donde se mantendría la entrevista antes que ella; lo cual produjo más de un contratiempo, porque Ms Claypole insistía en que, con el feminismo, el antes y el después lo determina la importancia de las personas y no su sexo. Al final de las entrevistas tuve que ir a una oficina a "rendir examen", esto es, a charlar sobre mi experiencia con otra empleada (¿su jefa?).

Susan Claypole estaba verdaderamente impresionada, tanto por mi ritmo como por el carácter específico de las preguntas que hacía en las entrevistas, y la forma en que presionaba para obtener respuestas; impresión que aumentó cuando se enteró que antes del viaje yo era cualquier cosa menos un experto en la economía inglesa ("Usted hace su tarea" me dijo al terminar una de las entrevistas). Me quedó la impresión de que el grueso de los visitantes

extranjeros a los que tenía que acompañar, pensaban menos en su materia y más en pasar un buen rato en Londres, lo cual no es difícil.

[Terminé siendo más entusiasta de la política de Margaret Thatcher que cualquiera de mis interlocutores no gubernamentales. Ni el funcionario de la embajada inglesa en Argentina, ni el encargado de migraciones, ni Ms Claypole, eran partidarios ni mucho menos de la política económica entonces vigente.]

Vuelto al país, preparé La política económica de Margaret Thatcher, que el IAEF publicó en marzo de 1981. Cuando hoy (1992) lo releo, con ésta me ocurre lo mismo que con el resto de mis obras: me gusta, pero me agarran ganas de reescribirla (claro que cuando alguna vez reescribí alguna de ellas, salvo mi Macroeconomía, la versión final terminó más parecida a la versión original de lo que imaginé en el momento en que comencé la reescritura). Muchas de claves de lo que terminó siendo la política económica de Margaret Thatcher (ejemplo: su política de privatizaciones) está ausente en el informe, no por omisión sino porque apareció más tarde. El entusiasmo que transmite el informe tiene más que ver con las ideas de Thatcher y su estilo ("this lady is not for turning", es decir, no modificaré la política económica, era su slogan de entonces), que con lo que hasta ese momento había sido su política.

Fui a Inglaterra a analizar la política económica entonces vigente, pero no me agoté en dicha actividad. También dicté un par de conferencias sobre la política económica de Martínez de Hoz, la primera en el Saint Anthony's College de Oxford, y la segunda -un par de días después- en el Centro Latinoamericano de la Universidad de Londres. Por una circunstancia fortuita que relataré de inmediato recuerdo perfectamente la primera de ellas, que dicté delante de una docena y media de latinos e ingleses (entre los que recuerdo a Pedro -"Peter"- Alhadeff, a quien conocí en un curso que había dictado en el IDES en 1974, a Alberto Petrecolla y a Juan Carlos Torre, quien antes de que yo regresara por tren a Londres me invitó a tomar té en una famosa confitería del lugar).

Comencé la conferencia dictada en Oxford diciendo que había abandonado el país el 28 de enero de 1981, de modo que me consideraba un experto sobre la economía argentina sólo hasta la fecha mencionada. Al terminar mi disertación, como es usual, invité a hacer preguntas. Uno de los asistentes preguntó: "¿Qué opina de la devaluación del 10% que hubo ayer en Argentina?". Pensé que me estaba haciendo una broma, y me refugié en el hecho de que -como había aclarado- hacía días que estaba fuera de Argentina. Como el individuo insistió, volví a aclarar. Al terminar la conferencia, y mientras con algunos profesores almorzábamos en un restaurante de la universidad, para convencerme me mostraron los diarios. La conferencia la dicté el 4 de febrero de 1981, un día después de lo que se conoce como "la devaluación de Martínez de Hoz".

[Mi poder predictivo nunca fue tan grande como a propósito de dicha devaluación. En efecto, al hacer uso de la palabra en el almuerzo mensual que el IAEF organizó el 29 de agosto de 1980, para quitarme de encima las preguntas incontestables dije textualmente lo siguiente: "la



devaluación será el 3 de febrero de 1981" (quienes duden pueden consultar la publicación del IAEF que reprodujo la conferencia aludida). Mis competidores, envidiosos, sugieren que acerté por pura casualidad, cuando en realidad, como el lector comprenderá, tal pronóstico no pudo surgir sino de la aplicación sistemática de econometría avanzada.]

La actividad intensa nunca ocupa las 24 horas de la vida de una persona. Encontramos momentos con Any para ir al cine, al teatro (donde vimos una muy buena puesta de Evita), visitar castillos, cenar con Isabel Alicia y Antonio Besil, además de -como ya dije- visitar a los Turner en su casa.

[Mi relación con el IAEF comenzó a lo sumo en 1978, cuando pegado al Mundial de fútbol el Instituto organizó en Buenos Aires un congreso mundial (en dicho evento presenté mi "Sobre la medida de los errores en las predicciones inflacionarias", donde buscaba llamar la atención sobre el hecho de que el desvío estándar es un indicador absoluto de dispersión, y consecuentemente no me parece un buen indicador para analizar la relación directa que, para algunos, existe entre tasa de inflación e intensidad de la variación de los precios relativos). En dicho congreso conocí a Alejandro Ephtyneos. Participé en varios de los congresos nacionales (Iguazú, en 1980; Mendoza, en 1981), así como -invitado por el IAEF- en el mundial de Ixtapa, México.

A raíz de esta vinculación cultivé muchas amistades; en muchos casos, a pesar de la intensidad del afecto, no recuerdo los apellidos (pero sí, además de los nombrados en este capítulo, los de Ricardo Barreiro -él y su mujer son más fanáticos de la música clásica que Any y yo, así que en cada manifestación musical a la que vamos los encontramos-, Aníbal Forchieri y Domingo Messuti).]

México. Por recomendación de Carlos Díaz Alejandro, John Kareken me invitó a dictar una conferencia sobre la situación económica de Argentina, en un seminario que en marzo de 1981 organizó en México para banqueros pequeños y medianos de los Estados Unidos, ofreciéndome u\$s 1.250 más gastos. Aunque los honorarios no me impresionaron respondí afirmativamente, retornando a un país que no visitaba desde 1968.

Me hospedé en el espacioso hotel Camino Real, en cuyos salones se desarrollaron las reuniones. De las conferencias recuerdo poco y nada, excepto que teniendo que hablar luego de un economista de Brasil (¿Bacha?) y otro de México, y viendo que ellos plantearon perspectivas totalmente "rosadas" de sus respectivas economías, me pareció correcto hacer lo propio: hablé de la transición Videla-Viola, la cuestión del momento, pero no con la fuerza con que lo hacía cuando trataba el tema en Argentina.

La anécdota más significativa del seminario tuvo lugar en la víspera del comienzo de las reuniones, en el usual cóctel de bienvenida. Uno de los participantes, presidente de un pequeño banco que le había prestado u\$s 5 M. a nuestro país (una fortuna, dado el tamaño de la institución), integrando un "jumbo" liderado por alguno de los grandes bancos americanos, con toda educación me hizo la siguiente pregunta: "perdone, pero; ¿qué idioma hablan en

Argentina?". Este señor, o su banco, le habían prestado una suma muy importante a un país del cual no sabían siquiera qué idioma se hablaba. Con frecuencia relato esta anécdota, porque para mí es un símbolo del "clima" en el cual se tomaron decisiones de prestar y pedir prestado, luego del segundo shock petrolero de 1979.

Terminado el encuentro con los banqueros no regresé al país porque, como dije, el 26 y 27 de marzo tuvo lugar el congreso organizado por el National Bureau of Economic Research, en el cual Dornbusch me ayudó a colarme, en el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), cuna de buena parte del equipo económico que desde fines de 1987 lidera Pedro Aspe. En dicho congreso, dedicado al análisis de las políticas financieras y mercados de capitales, con especial referencia a América Latina, volví a encontrarme con conocidos como Bruno, Calvo, Domingo ("Mingo") F. Cavallo, Díaz Alejandro, Ricardo Ffrench-Davis, Michael Mussa y Guillermo Ortiz, agregando a la lista de conocidos a Olivier Jean Blanchard, Stanley ("Stan") Fischer, Jacob Frenkel, Nissan Liviatan, José Saúl Lizondo, Miguel Mancera (presidente del banco de México), Maurice Obstfeld, Kenneth Rogoff, Thomas J. Sargent y Mario Henrique Simonsen. En este seminario no estaban "todos", pero con los que estaban bastaba para aprender muchísimo.

La conferencia de Mussa, sobre integración económica óptima, me pareció una exquisitez desde el punto de vista de su presentación (sin que resulte sorprendente, Mussa enseña en una escuela de administración, y no en una de economía). Del resto de las presentaciones no recuerdo nada en especial, pero releendo el libro que recogió los ensayos presentados (Aspe, P.; Dornbusch, R. y Obstfeld, M.: Financial policies and the world capital markets: the problem of Latin American countries, National Bureau of Economic Research, 1983), destaco el trabajo escrito por Domingo Cavallo y Humberto Petrei sobre el impacto que la política de Martínez de Hoz tuvo sobre las fuentes y el costo del financiamiento de las empresas.

[Con el referido material a la vista es imposible dejar de pensar que, como integrantes de la comunidad académica, subestimamos lo que, con ojos de 1992, "claramente" se venía.]

Volé de regreso a Argentina con Cavallo y Mancera. Este último viajaba a Punta del Este para participar en una reunión de presidentes de bancos centrales latinoamericanos; luego de la cual cenó en mi casa de Flores, donde entre otras cosas analizamos la posición de Díz en materia de superintendencia de bancos. "Tengo por Adolfo gran respeto y cariño, pero yo estoy formado en la escuela del banco de Inglaterra, donde junto con las normas escritas existen las conversaciones y presiones informales sobre los bancos comerciales". Nunca más nos vimos personalmente, pero cada vez que voy a México y me reúno con amigos suyos y míos, al tiempo que le dejo mis libros y mis saludos, recibo los que él me envía.

En el referido vuelo Cavallo volvía al país algo ansioso porque había recibido un llamado telefónico de Horacio Tomas Liendo, designado ministro del interior de Roberto Viola. Durante la gestión Viola-Liendo, Mingo ocupó una de las subsecretarías del Ministerio del Interior. Como muchas personas del interior cuando ejercen funciones en el gobierno nacional,

Cavallo vivía en Buenos Aires de lunes a viernes, y volvía a su casa los fines de semana. Muchos miércoles de 1981 cenó en mi casa (en ese momento Mingo no hacía régimen), donde analizamos -con preocupación- la marcha de la economía.

A Cavallo lo conocí en Boston, a comienzos de 1976, cuando él estaba completando su doctorado en Harvard y yo enseñaba en la universidad de Boston (ambos habíamos presentado trabajos en la reunión anual de la Asociación Argentina de Economía Política de 1974, pero ese encuentro no lo "registro"). Me hizo leer algunos capítulos de lo que finalmente sería su tesis doctoral ("Efectos estanflacionarios de los programas de estabilización monetaristas" -sic-, abril de 1977), los cuales le devolví con comentarios mientras comíamos un sandwich en Pamplona, el simpático bar que funcionaba en un subsuelo, muy cerca de Harvard. Con Domingo, su esposa Sonia y su hija, fuimos un domingo con mi familia hasta un viejo pueblo reconstruido, viajando una hora en su auto. También cenamos en la casa del cónsul de Argentina en Boston, donde por primera vez en mi vida vi funcionando un sistema de "porterovisor".

Desde su regreso a Argentina hemos desarrollado juntos alguna labor profesional (compartir paneles en conferencias, como la organizada a fines de 1980 por el -¿Colegio o Consejo?- Profesional de Ciencias Económicas en el estadio de Obras Sanitarias, donde Cavallo presentó un estudio estadístico mostrando que en 1980, con apertura de la economía, los precios relativos de Argentina distaban más de los internacionales que una década antes, cuando la economía estaba más cerrada; el par de reportajes que le hice para Cronista en 1982, uno días antes y el otro después del "Cavallazo", a partir de los cuales resulta claro que él hace lo que dice que va a hacer, reportajes que reproduje en La economía que yo hice, volumen 2, El Cronista Comercial, 1986; así como encuentros en las reuniones organizadas por el Banco Mundial para verificar el avance de sendos libros que en 17 países en vías de desarrollo describen los acontecimientos desde mediados de 1960, que en el caso argentino tuve a mi cargo, asistido por Alfonso José Martínez, proyecto en el cual Cavallo fue contratado como uno de los asesores generales), junto a una intensa amistad la cual, desde comienzos de 1991, por pura casualidad, tiene el agregado de la proximidad física (nuestras respectivas viviendas están ubicadas en el mismo edificio, separadas por 7 pisos).

Cavallo es uno de los pocos casos que conozco que, no habiendo desarrollado su labor en el plano estrictamente académico, siguió trabajando activamente con uno de sus profesores de Harvard, el adorable Yair Mundlak, a quien en 1984 acompañé a visitar el Alcázar de Toledo porque los letreros están escritos sólo en castellano (Mundlak, como Harberger, transmiten sabiduría cada vez que hablan). Con Yair y Domenech, Cavallo hizo uno de los ejercicios contrafácticos más interesantes referidos a la economía argentina (ver Cavallo, D. F.; Domenech, R. y Mundlack, Y: La Argentina que pudo ser, Manantial, 1989).

Sin despreciar su labor individual, es evidente que Cavallo va a terminar ocupando un lugar en la historia de las ideas y de los hechos de Argentina, principalmente por su labor "gerencial", primero al frente de la Fundación Mediterránea y luego a cargo del Ministerio de economía. "Nada es imposible para quien no lo tiene que hacer", leí en El léxico de los cínicos, afirmación que viene a cuento, a la luz de las realizaciones, cuando se piensa lo que cuesta en nuestro país crear y mantener en funcionamiento algo concreto. La Fundación Mediterránea es un instituto nacido en Córdoba en 1977, con financiamiento empresario, cuya característica

principal es que la economía aplicada no es un adorno numérico en trabajos que poco tienen que ver con la realidad (aplicación del "vicio Ricardiano", tan nefasto en nuestra profesión), sino que ocupa un lugar central en el análisis. Sus publicaciones pueden ser entendidas por cualquiera. Su Programa de Asesoramiento Legislativo (PAL), que le proporciona a los diputados y senadores elementos de juicio y alternativas a los proyectos de legislación bajo análisis, es un muy buen ejemplo de una actitud de servicio profesional para la toma de decisiones pública.

Todo instituto de investigaciones genera 2 productos: los estudios que realiza y la capacitación que produce en quienes los confeccionan. Desde este último punto de vista la Fundación Mediterránea aglutinó a más de un centenar de profesionales, que desde comienzos de 1991 forman el núcleo del equipo económico más numeroso e idóneo que tuvo Argentina (la fundación continuó su programa de publicaciones con la "segunda línea", con un digno nivel de calidad, cuando la primera acompañó a Cavallo a la gestión económica).

Desde fines de enero de 1991 Cavallo es el ministro de economía de Argentina. Sólo él y Dios saben si esto constituye el sueño de su vida; lo que es claramente apreciable es que dedica a la actividad todo su saber y empeño, habiendo logrado resultados mensurables en términos de estabilización y reactivación de la economía, sentando bases firmes para la transformación, en términos de apertura, privatización y desregulación de la actividad económica, obteniendo un nivel de popularidad personal singularmente notable en un ministro de economía.

¿Cómo es Cavallo? En la Carmen de Saura, cuando la bailarina danza "a media máquina", el bailarín hace detener la música y le dice (en idioma argentino): "Si vos no te creés que sos Carmen; ¿quién se lo va a creer?". Pues bien, Cavallo está recontraconvencido de que es Carmen. La siguiente anécdota muestra su obsesión por las cosas que le interesan. En 1983 la reunión anual de la Asociación Argentina de Economía Política tuvo lugar en San Miguel de Tucumán. Llegamos poco antes del mediodía y en el comedor del Grand Hotel habían preparado una mesa larga. Nos sentamos juntos, y comenzamos a discutir no recuerdo qué punto. El mozo venía tomando los pedidos. Cuando me tocó a mí, lo paré a Cavallo y ordené; cuando le tocó pedir a Mingo, quien ya había reanudado la discusión, para no perder el tiempo le dije al mozo: "Tráigame lo que quiera". "Pará, gordo, encargá la comida y después seguimos", atiné a decir. Su obsesión no le permite contar cuentos, y sólo muy brevemente festejar los que yo le cuento.

[Se lo "acusa" de ser ambicioso. El problema no es la ambición, sino lo que cada uno está dispuesto a hacer para conseguir lo que se propone. Si Bach no hubiera ambicionado trabajar duro, la humanidad se hubiera perdido buena parte de las maravillas que compuso. Si hoy (1992) Cavallo quiere ser candidato a presidente, tiene que ser ministro exitoso... que es precisamente lo que a mí más me conviene, como residente de Argentina.]

Montevideo. José Gil Díaz, entonces titular del Banco Central del Uruguay, organizó en su país un par de eventos académicos a los que asistí: el primero, a fines de 1981, tuvo lugar en

un viejo pero elegante hotel ubicado en la costanera de Montevideo, y se dedicó a analizar las ventajas y los inconvenientes de la "tablita cambiaria" (en ese momento Uruguay todavía aplicaba el sistema; Argentina lo había abandonado 9 meses atrás); el segundo, que se desarrolló en la sede del propio banco en la segunda quincena de junio de 1982, se ocupó de "El enfoque monetario de la balanza de pagos en pequeñas economías abiertas". El primero de los seminarios sirvió para volverme a encontrar con Robert ("Bob") A. Mundell, (luciendo ahora una larga cabellera), con Don Patinkin, y entre mis compatriotas con Alvaro Alsogaray (quien venía de "rendir examen" como candidato a ministro de economía de Galtieri) con quien volvimos a discutir una vez más la transición Videla-Viola, y Adolfo César Díz. En dicho encuentro conocí a Néstor Scibona, con quien 5 meses después trabajaría en escritorios contiguos, en la redacción de Cronista, a Javier González Fraga y a Robert Triffin (su esposa y su perro), junto a Jacques Dreze, los únicos economistas conocidos mundialmente que produjo Bélgica.

Como de tantos otros, de estos congresos recuerdo más a las personas y a los hechos, que a las ideas. Del primero de ellos tengo presente el casi pedido de disculpas de Patinkin, quien comenzó aclarando que no entendía por qué lo habían invitado dada la ignorancia que tenía de la cuestión y de la región, para regalarnos luego una exquisita -y, tal como era de esperar, meticulosamente preparada- exposición sobre algunas realidades inglesas durante la década de 1930 (distribuyó estadísticas, y cuando alguien le preguntó por una importante omisión -tasas de interés, o moneda-, aclaró que en dicha época no se compilaban); y del segundo recuerdo intentar "poner en vereda" a un economista, en el nombre de las terribles realidades que habíamos vivido en Argentina, lo que le obligó a decir que él podía entender perfectamente lo que yo estaba diciendo, porque era... libanés.

[El segundo de los referidos seminarios tuvo lugar días después de haber terminado el conflicto Malvinas. Recuerdo lo mal que me sentí (fue mi primera salida al extranjero), por la forma en que había "comprado" la versión argentina del conflicto, no en cuanto a la cuestión de la soberanía sino en cuanto a la estrategia para hacer valer nuestros derechos (no me avergüenzo, pero desde ahí aprendí a tomar distancia, y por eso cada vez que frente a un episodio encuentro entusiasmos injustificados, invito a no "malvinizar" la cuestión), y por el aumento abrupto del tipo de cambio real (¡tomar un café en el hotel me pareció prohibitivo!). En un sentido profundo, aún hoy (1992) no terminé de "digerir" el episodio de Malvinas.]

A Gil lo conocí a través de la revista Mercado. El mencionado semanario le hizo un reportaje que comencé a leer sin muchas expectativas (¿quién, fuera del sector financiero, espera algo excitante de un reportaje al presidente de un Banco Central?). Me fui "convirtiendo" a medida que leía, al apreciar la claridad de pensamiento y método de exposición de José. En la reunión latinoamericana de la Sociedad Econométrica que tuvo lugar en el Banco Central, en julio de 1980, al levantarme para abandonar el salón Bosch, en la última fila de sillas vi su inconfundible rostro y su imponente físico. "Vos sos Gil Díaz", le dije de sopetón, y a renglón seguido le referí la anécdota de Mercado. Desde ese momento nos hicimos muy amigos, no sólo nosotros sino nuestras respectivas esposa (Zulma, la suya, es un

todo un personaje, como aprendí -entre otras cosas- cuando le tocó manejar un auto por las calles de La Paz, donde íbamos los 4).

Mi relación personal con Gil Díaz comenzó en Buenos Aires, siguió en Montevideo, y terminó en cualquier lugar menos en Uruguay, país que (no sé si en 1992, pero sí durante un buen número de años, luego de su gestión) involuntariamente no pisa, lo cual no le hizo ninguna gracia (la cuestión no es judicial sino de política económica). Como pocos altos funcionarios que conozco, aunque afortunadamente son cada día más, Gil cree en la aplicación del análisis económico a las decisiones públicas, y también en las ventajas de participar activamente en el debate económico nacional mientras se es funcionario.

En 1981 publiqué en Económica una monografía titulada "El principio de la clasificación efectiva de los medicamentos", nota pedagógica que pretende, vía la aplicación de un ejemplo que pertenece a la medicina, ilustrar el principio de la clasificación efectiva de los mercados de Mundell (los ejemplos médicos son infaliblemente exitosos en las conferencias, según mi experiencia; y de paso ilustré cómo una misma estructura formal puede aplicarse a ejemplos de índole bien variada). Le envié una separata a Gil. Cenando en casa de Mundell, José le comentó el trabajo. Según la carta que me envió Gil relatándome el episodio, Bob fue hasta su biblioteca, volvió un par de minutos después con un ejemplar de su El hombre y la economía (cuya versión castellana publicó Amorrortu, 1972), y le mostró a Gil que la segunda nota a pie de página del capítulo donde describe el mencionado principio muestra explícitamente la aplicación del principio al caso de los medicamentos. Es altamente probable que yo lo haya visto (¡en aquella época era el director de la biblioteca de economía de Amorrortu!), pero juro que no lo quise plagiar. Cuando reproduce mi trabajo en mis Escritos seleccionados, 1981-88 referí la anécdota, agregando que si como consecuencia de este trabajo me otorgan el Nobel en economía o medicina... lo compartiré con Mundell.

Cuando en 1987 conocí La Paz al participar en el Seminario de Alto Nivel sobre Política económica, con Gil Díaz, su mujer y la mía fuimos a cenar a la casa del entonces presidente del Banco Central, un hombre joven cuyo apellido no recuerdo (en ese momento Gil estaba en La Paz como representante del Fondo Monetario Internacional en Bolivia). En la cena José volvió sobre uno de los temas que ya le había escuchado más de una vez, y que también aprendí de otros que pasaron por la función pública (en particular, de Javier González Fraga): que la política económica no es el simple enunciado y establecimiento de las grandes líneas de política, sino que es un batallar diario, en miles de frentes, sobre cuestiones que parecen de detalle pero que en la práctica son extremadamente importantes.

A Patinkin lo conocí personalmente en Argentina, cuando a fines de la década de 1960 dictó una conferencia en el Colegio de Graduados en Ciencias Económicas, en la sala que tiene la gran mesa redonda. Presentó un comentario crítico a la obra de B. P. Pesek y T. R. Saving: Money, wealth and economic theory, Macmillan, 1967, que finalmente publicó en el Journal of economic literature (Patinkin, D.: "Money and wealth: a review article", 7, 4, diciembre de 1969). Me llamó la atención que "un economista de su talla" argumentara utilizando las "T" del libro mayor "de los contadores", método que utiliza intensamente Ricardo Arriazu. Le hice una pregunta que Patinkin calificó como la mejor, según le dijo a Olivera, éste a Navarro, y éste a mí.

En el seminario de Montevideo, por pura casualidad, desayuné con Patinkin, y fui testigo de una anécdota que ilustra su meticulosidad. A raíz de que la Royal Economic Society publicó las obras completas de John Maynard Keynes (que ocupan 30 volúmenes), una de las revistas técnicas le pidió a Patinkin que hiciera el comentario bibliográfico de uno de los tomos. Lo que comenzó como un "simple" comentario bibliográfico se convirtió en innumerable cantidad de artículos, varios libros, y a su vez lo convirtió en uno de los principales exégetas de la obra de Maynard (luego de haber analizado la cuestión con gran detalle, Patinkin concluyó que la versión convencional del pensamiento keynesiano recoge la esencia de dicho pensamiento, contra lo que opinan muchos revisionistas). Pues bien, la prometida anécdota es la siguiente: uno de los presentes en el seminario, en la referida mesa de desayuno, se refirió a los gráficos que utilizaba Keynes en sus clases. "Me gustaría poder documentar eso", respondió Patinkin, "porque tengo fotocopias de las notas de clase tomadas por algunos de sus alumnos en 1932, 33 y 34, y no aparecen gráficos". Patinkin dijo lo que dijo sin ofender, pero fue tal su contundencia que el referido economista, que desenmascararé en la versión revisada de esta obra, casi se tiró debajo de la mesa para esconderse.

Vi a Patinkin por última vez en Jerusalén, a comienzos de 1990, durante el ya citado congreso sobre políticas de estabilización y sus secuelas. Caminando por la calle, sacó el tema del efecto "Olivera-Tanzi" (la reducción del valor real de los ingresos públicos como consecuencia del aumento de la tasa de inflación y el pago no indexado de impuestos entre el período imponible y el momento del pago), para preguntarme si el Olivera del O-T era el argentino que él había conocido en la conferencia que dictó en Argentina 20 años antes. Se lo confirmé, y me mandó saludos.

[Dicen que Patinkin está "viejo" y que ya no es el que era. Puede ser, pero... ¡cómo sería antes, si ya no es el que era!]

. . .

La actividad profesional, aunque intensa, no agotó mis energías (nunca dejo que lo haga. Independientemente de la carga laboral, siento diariamente la necesidad de hacer algo entre las cosas que me apasionan y por las que generalmente no me pagan -ejemplo: escribir o reescribir una página de alguno de los libros que siempre tengo en elaboración-, para acostarme con la sensación de haber hecho "algo"). Por eso en algún momento de 1979 inicié la reescritura de mi Macroeconomía, el texto que Amorrortu había publicado en 1976 pero que yo había escrito en 1972. Como dije en el prólogo de la segunda edición, dudo que haya una sola hoja que no haya sido reescrita. Esta tarea, que comencé en mi Lettera 22, y que desde fines de 1983 contó con la eficaz colaboración de Alfredo Mario Leone y Alfonso José Martínez, la seguí en otras 3 máquinas de escribir, y en 3 computadoras más, antes de enviar el resultado final a la imprenta del Fondo de Cultura Económica, que vio la luz a fines de 1991.

[En FIEL aprendí a escribir libros contra reloj; hacia fines de la década de 1970 aprendí a escribirlos contando con muy poco tiempo, y para peor salteado. Analizaré esto más adelante, cuando me ocupe de mi obra escrita.]

Junto con dicha obra publiqué un par de volúmenes, incluyendo en ellos lo mejor había escrito hasta entonces: Escritos seleccionados 1968-80, donde reproduce 47 artículos (Ediciones Macchi, 1981), y El proceso económico: cómo lo vi y cómo lo veo, donde recogí aproximadamente la mitad de las 120 columnas que escribí en Mercado durante la gestión de Martínez de Hoz (El Cronista Comercial, 1981).

[Los economistas diferenciamos entre la perspectiva ex-ante, la que se tiene de los acontecimientos antes de que estos ocurran, y la ex-post, la que los mira una vez que ocurrieron. Referido a un período, como la gestión Martínez de Hoz, cabe también imaginar la perspectiva "ex-durante". Qué fácil es escribir de atrás ("después de la guerra somos todos generales", le escuché decir a Larry Sjaastad); mi actividad periodística me lo impide. Vivo congelando en mis escritos lo que pienso en cada momento. Quien se tome el trabajo de buscar dentro de mi obra pronósticos equivocados, o al menos exagerados, encontrará abundante material. No tengo de qué avergonzarme; en cada momento escribí cómo veía las cosas. Creo que mi "vista" mejora con el tiempo.]

. . .

El camino que comencé a recorrer el 1 de setiembre de 1978 no lo abandoné nunca (me resulta difícil imaginar las condiciones en las cuales aceptaría volver a ser asalariado); y aunque hoy (1992) no trabajo en casa, soy tan cuentapropista como entonces. Pero en el interin ocurrieron 2 episodios que merecen correspondientes capítulos de esta obra. Por una parte, desde abril de 1982 y por espacio de 7 años, pasé mis tardes y nohecitas en el ambiente laboral donde más me divertí: la redacción de Cronista; y por la otra, desde abril de 1983 hasta julio de 1989 compartí muchas de mis mañanas con mi compañero de estudios, colega, amigo y socio Miguel Angel Manuel Broda.



Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

20

### CRONISTA

La diversión es un componente muy importante en mi bienestar. Por eso, en la medida de lo posible, trabajo en lugares divertidos; y tuve la suerte de que la enorme mayoría de ellos lo fueran o lo son. Lo cual le otorga mayor significación al hecho de que nunca me divertí tanto como trabajando en El Cronista Comercial (desde 1990 El Cronista) y en adelante, sencillamente, Cronista.

[Por eso a la redacción de Cronista, y particularmente a Daniel Yves Della Costa, entonces su jefe de redacción, les dediqué mis Escritos Seleccionados 1981-88, Ediciones Macchi, 1989.]

Cronista nació en 1908, año en que el PBI creció 9,8% en términos reales (4,1% por habitante, dado el récord inmigratorio). Lo conocí a fines de la década de 1950 (en aquel entonces se publicaba en tamaño "sábana", como La Prensa o La Nación), cuando trabajando con el contador Guillermo Lladó lo veía en el escritorio de su colega José Manuel Fernández Calvo.

Mi primer contacto personal con Cronista ocurrió a mediados de 1973. Luego del triunfo electoral de Cámpora el moribundo semanario Análisis dejó de aparecer, terminando abruptamente mi segunda experiencia como columnista, como explicaré en detalle. Convencido de que Argentina no podría sobrevivir al hecho de que no se conocieran en forma masiva, semanalmente, mis puntos de vista (los hechos probaron que podía), pedí hablar con Rafael Perrotta, entonces director del diario, para ofrecerle mis servicios. Me atendió en su despacho acompañado por Carlos Abalo, un economista a quien poco tiempo antes yo había conocido en Bahía Blanca. "Carlos va a estar presente, si a usted no le molesta". Dije que no tenía inconveniente. Hice mi propuesta, aclarando expresamente que estaba dispuesto a escribir

gratis. 3 semanas después llamé por teléfono a Perrotta, quien me dijo que no podía publicar mi columna "por razones económicas" (sic). Fue la última vez que nos vimos.

[Fuimos presentados en una reunión organizada por Marcelo Diamand a comienzos de la década de 1970. "Ya nos conocemos", dijo Perrotta; "recuerdo perfectamente a cada persona que conozco" (no era así, estoy seguro. Lo estoy porque, como buen joven, sabía perfectamente a cuáles de los "grandes" les había dado la mano y a cuáles no). No insistí para sacarlo de su error. En la referida entrevista de 1973, por el contrario, donde ya me conocía, actuó como si no me hubiera visto nunca.]

A mediados de 1976 Cronista cambió de manos. La versión del episodio que conozco es la siguiente: dado que durante el gobierno peronista su diario fue "copado" por la izquierda (Abel Rodríguez, de la sección Mercados, es uno de los pocos que trabajaba en esa época en Cronista y aún hoy sigue haciéndolo. Según su descripción, que en aquel entonces el diario siguiera saliendo es una nueva prueba de que Dios existe), al iniciarse el Proceso de Reorganización Nacional Perrotta tuvo que vender con apuro el diario, e intentar salir del país. Lo primero lo consiguió; lo segundo no... que se sepa, porque es uno de los desaparecidos de Argentina.

Cronista fue comprado por Alberto Borrini, Julián Delgado, Raúl Sarmiento y Mario Sekiguchi, con fondos prestados por el grupo Sasetru (sigla formada por los apellidos Salimei, Seitún y Trucco). El cuarteto había trabajado en el semanario Primera Plana y en uno de sus subproductos, Competencia, que veía la luz semana por medio, independizándose a mediados de 1969 cuando nació el semanario Mercado (en la tapa de cuyo primer número apareció, dibujado, José María Dagnino Pastore, flamante ministro de economía).

Julián era el motor del equipo (¿se hubiera atrevido el resto a comprar Cronista sin él? Lo dudo mucho), y era secundado por un trío con áreas de trabajo bien definidas: Borrini era "el publicitario", Sarmiento "el administrativo" y Sekiguchi "el técnico". Con personalidades e intereses complementarios, enfrentaron el enorme desafío de reencarrilar Cronista, haciéndolo "volver a las fuentes". En eso estaban cuando el domingo 4 de junio de 1978, coincidiendo con el comienzo mismo del Mundial de Fútbol que se jugó en nuestro país, Delgado desapareció. El resto del grupo, sin el empuje de Julián y muy golpeado por el shock, hizo languidecer tanto a Cronista como a Mercado.

[Siempre me los imaginé como 4 fuerzas que, actuando simultáneamente, lograban mantener en el aire un objeto: Julián tirando enloquecidamente para arriba, el resto equilibrando el impulso. Sin Julián, el esquema se desbalanceó, cayendo irremediabilmente.

Desde 1982, Borrini y Sekiguchi primero, Sarmiento después, se instalaron en oficinas físicamente separadas, tanto de Mercado como de Cronista, ubicadas en Perú 263, 5o. En abril de 1984 Mercado fue vendido a Juan Ramón Gujis, Gerardo López Alonso, Edgardo Silveti y

Ricardo Viviano, las 4 personas que en ese momento eran los responsables operativos del semanario; y Cronista fue vendido más tarde. Los 2 que hoy siguen vivos ya no trabajan juntos.]

Catorce años después de la desaparición de Delgado, no escuché todavía ninguna explicación satisfactoria. Para María ("Mery"), su esposa, a Julián lo "chupó la Marina, creyéndolo testaferrero de quien vendió el diario en 1976; Domingo Catena me dijo que si él hubiera estado en el país en ese momento, Delgado viviría (cuando un tema así no se esclarece, que difícil es saber si se hizo todo lo que había que hacer). Muchas hipótesis son compatibles con un episodio en el cual nadie vio quién se lo llevó, no es fácil imaginar quién puede reivindicar su desaparición, y ni siquiera se encontró el auto con que salió de su casa.

[El éxito de Ambito financiero, consiguientemente, se explica por la simultaneidad de razones generales y específicas. La principal razón general es que los monopolistas normalmente subestiman la competencia (juego plata que cuando apareció Pepsi, los de Coca Cola dijeron: "estos chantas se funden en 2 meses"), particularmente en épocas de cambio como la reforma financiera introducida por Adolfo Díz el 1 de junio de 1977; mientras que la razón específica fue el impacto que al resto del grupo le causó la desaparición de Julián.

Cuando ingresé en Cronista mucha gente me llamó para felicitarme, transmitiéndome la alegría que les causó mi incorporación. Más allá del gesto en el plano personal, las llamadas reflejaron el cariño que siempre despertó el diario, junto al hecho de que, últimamente, lo vieran "caído". Me han atribuido mejoras con las que nunca tuve algo que ver.]

Conozco a los 4 desde momentos diferentes y tuve con ellos distinto nivel de trato. Antes de ingresar en Cronista con quien había tenido más contacto era con Sekiguchi, a quien había conocido en FIEL en 1965; a Borrini, como expliqué en el capítulo dedicado a relatar mi paso por Harvard, lo conocí en Cambridge, en 1967; Delgado, como también expliqué, a comienzos de la década de 1970 se "coló" en un almuerzo porque quería saber qué pensaban de mí algunos medios empresarios; y con Sarmiento hablamos durante el Coloquio de IDEA de 1977. Institucionalmente nos relacionamos a través de Mercado, historia algo turbulenta que relataré más adelante.

Trabajando en Cronista, tanto por razones físicas como de distribución de tareas, con quien tuve más contacto fue con Sarmiento, ya que en 1982 Borrini tenía a su cargo Mercado (a la que "borrinizó", lo cual no tiene nada de extraño porque en el fondo cada uno escribe el diario o la revista que luego quiere leer) y Sekiguchi sólo hacía esporádicos aportes al diario (uno de las cuales, antológico, voy a relatar en este mismo capítulo).

Como en el caso de José Luis Madariaga del Olmo, a Raúl Sarmiento la humanidad y el sentido del humor le brotaban natural y generosamente: todo era un buen pretexto para una acotación graciosa (me pregunto si el "¡ánimo!", que desde hace tiempo se convirtió en mi rúbrica cuando termino una nota, una reunión o una conferencia, no lo saqué de Raúl o de su forma de ser). En la pared más cercana a su escritorio tenía colgado un sólo retrato: el de Julián

Delgado. Sentí profundamente su fallecimiento, que ocurrió el 8 de diciembre de 1986; Raúl tenía físico pequeño y salud frágil, pero nunca esperé un desenlace fatal.

A Julián lo traté poco, pero conservo nítida la imagen del "schumpeteriano" empujador; Seki es... japonés, es decir, difícilmente escrutable; en tanto que con Borrini se produjeron los lógicos choques de personalidad y profesión (un publicista y un economista privilegian de modo diferente forma y contenido). Trabajé muy cómodamente con todos ellos, y si algo tuviera que reprocharles es que me dieran pocos consejos, dado todo lo que ellos sabían y yo ignoraba en materia periodística; aunque conociéndome muy probablemente hayan preferido que descubriera el ABC de la profesión por mí mismo.

Ignoro el momento en que Cronista se puso en venta; recuerdo un almuerzo con Sarmiento donde me preguntó si permanecería en el diario luego de la operación (¿cuánto más valdría el diario si me quedaba? Nunca lo supe), y otro con un conocido mío, potencial comprador, que me utilizó de "correo" para enviarle una señal a Sarmiento. Pero nada tuve que ver cuando en mayo de 1986 Cronista fue comprado por Eduardo Eurnekián, empresario textil que inició su carrera en medios de comunicación en Cablevisión, una de las 2 emisoras de cable de la ciudad de Buenos Aires (más tarde EE adquirió Radio América y Canal 2). En manos de Eurnekián Cronista inició un proceso de recuperación -generando, entendiblemente, la reacción de Julio Ramos-, tecnicándose en lo operativo y transformándose en un diario que sin perder su carácter económico, apunta a un público más general.

[Cuando se materializó la venta del diario esperaba que un conjunto de nosotros recibiera "un sobrecito" de los ex-dueños, símbolo de reconocimiento de esfuerzos no correspondidos en el plano salarial. Se lo comenté a Della Costa, quien me apostó lo que quisiera que ello nunca ocurriría. Ganó la apuesta.]

Conocí a Eduardo el mediodía del jueves en que se efectivizó la operación de compraventa, cuando fuimos presentados en la oficina de Borrini. La primera pregunta que nos hizo a cada uno de nosotros era cuántas personas teníamos a cargo. Cenamos los 2 solos en Look el lunes siguiente, iniciándose una intensa amistad, además de una fluída relación laboral. "Haciendo camino al andar" descubrí que le molesta que no lo traten de igual a igual, lo cual explica lo bien que nos llevamos (en el almuerzo que con la gente más importante de la redacción se sirvió en el Claridge, al año de haber comprado el periódico, me tocó decirle que, entre nosotros, le decíamos el cotur -turco, al vesre-. Rió lo cual, considerando su origen armenio, destaca su notable sentido del humor). Le gustan los proyectos, el cambio tecnológico, meter la "cuchara" hasta los detalles y, como buen textilero, tiene sentido estético. Jamás vi negociar a alguien de manera tan veloz como a Eurnekián (según mis cálculos, perdí todas las negociaciones que hice con él, excepto la última, donde... empaté).

. . .

El lunes 12 de abril de 1982, a las 3 de la tarde, ingresé en el edificio de Alsina 547; pero en vez de ir al sexto piso a entregar mi columna de Mercado, como había hecho durante varios años semana por medio, o al quinto a utilizar la salita de recibo de Sarmiento y Borrini para encontrarme con alguien que no podía ir hasta mi casa de Flores, fui al tercer piso, el que ocupaba la redacción de Cronista, medio en que sólo había publicado un par de artículos, el primero en 1979 y el otro en 1981, porque a Sekiguchi le gustaba "separar la hacienda" entre Mercado y Cronista.

Culminó así una breve negociación iniciada y llevada adelante por Sarmiento. La oferta me entusiasmó de inmediato: porque no andaba bien de dinero, porque luego de 2 años y medio de cuentapropismo era hora de volver a salir de casa de manera sistemática, y porque además trabajar en un diario calmaría mi ansiedad por ver rápidamente publicado lo que escribo. Raúl me ofreció ser asesor general del diario, por el 80% de la remuneración que pedí ("sos el empleado que gana más", me dijo). Para no tener que hablar más de dinero, sugerí indexar los honorarios sobre la base del precio de tapa de Cronista. Enrique Abramic, gerente financiero y administrativo del diario, quien entró en acción cuando las conversaciones pasaron del plano artístico al fenicio, me aclaró que las suscripciones se cobraban con un mes de atraso, sugiriendo que mi remuneración también se ajustase con el mismo criterio. En plena gestión de Roberto Alemann antes de Malvinas la diferencia era insignificante, por lo que acepté; 3 meses después, es decir, desde el "Cavallazo" en adelante dicha diferencia se hizo sentir; esto, sumado al desagio que me autoimpuse al comienzo del plan Austral, deterioró notablemente el valor real de mi haber, el cual recién volvió a un nivel interesante con el ingreso de Eurnekián. Trabajaría de lunes a viernes de 3 de la tarde a 9 de la noche (Cronista no se publicaba entonces los domingos), "más emergencias", sin ninguna responsabilidad específica ni personal a cargo. Me asignaron un escritorio en la redacción y otro, aislado, un piso más arriba; me instalé en la redacción, el otro no lo pisé nunca.

[Por circunstancias ajenas a lo que estoy relatando, la época de mi llegada a Cronista la recuerdo perfectamente. El viernes anterior a mi ingreso en el diario almorzamos, además de Raúl y Seki, Ricardo Frascara -entonces subdirector de Cronista- y alguien más. Luego de lo cual fuimos con Seki a la Plaza de Mayo... ¡a escuchar el famoso discurso de Galtieri sobre Malvinas! Con su proceder Frascara me enseñó, antes de que pisara la redacción de Cronista, que en periodismo la realidad son los diarios y la ficción es lo que el resto de los seres humanos denominamos realidad: en el almuerzo mencionado Ricardo estaba relajado porque como Cronista no aparecería hasta el lunes próximo, no tenía premura por cubrir la noticia.]

Mi primer día en la redacción comenzó de modo muy distinto al esperado: calculando que los periodistas abandonarían sus tareas en cuanto me vieran, aparecí en la redacción con una ayudamemoria en mi maletín, para que me salieran mejor las palabras que pensaba pronunciar en mi primer contacto formal con los periodistas. La referida ayudamemoria nunca salió del portafolios, porque ingresé en una sala llena de escritorios y máquinas de escribir manuales, cuyo único ocupante era un hombre joven, que sobre sus anteojos había montado una visera de papel, que ocupaba un escritorio lleno de manzanas y vasos y que mecanografiaba a gran velocidad (resultaría ser el traductor Romano Martinelli, con quien nos haríamos grandes

amigos). Me senté en un escritorio pequeño, junto al de Della Costa (luego de que Frascara se mudara al cuarto piso a mi lado se sentó Néstor Scibona, uno de los secretarios de redacción); con el correr de la tarde la sala se fue llenando de gente, que Daniel me fue presentando. 3 horas después me fui a caminar por el barrio... porque me dolía la cabeza (la primera vez que uno ingresa en una redacción se aturde con los gritos, los ruidos y los teléfonos. No pudiendo imaginar cómo es que finalmente logrará desarrollar cierta capacidad de abstracción, frente al aparente caos al principio uno cree que al otro día el diario no va a aparecer... y se sorprende cuando lo ve en los quioscos). En la tapa del Cronista del martes 13 apareció mi primera nota, sin firma, titulada "¿Quién paga los gastos?", un enfoque conceptual referido a las implicancias fiscales del conflicto Malvinas.

[El episodio de la ayudamemoria -indicador de todo lo que tenía que aprender sobre periodismo en ese entonces- se lo conté mucho tiempo después a Scibona. Néstor ríe mucho, y vuelve a reír cada vez que lo recordamos.]

Con el tiempo, Alsina 547 se convirtió en mi segunda casa: un lugar en el que durante 7 años entré y salí a toda hora del día y la noche, cualquier día de la semana; un lugar en el que mientras trabajé recorrí constantemente, involucrándome en el taller, corrección, armado o fotografía, cada vez que me pareció conveniente; un lugar donde, como siempre, enseñé algunas cosas pero aprendí muchísimo más, interactuando con personas cuya combinación de talento, chispa y sano delirio es difícil encontrar en ámbitos ajenos al periodístico. Sentir que formaba parte del mecanismo que hacía un diario me produjo una gran impresión, lo cual explica que cuando en 1985 se produjo un conflicto gremial, me lo tomé como si el paro me lo hubieran estado haciendo a mí. Hoy, 3 años después de haber dejado de trabajar diariamente en Cronista, confieso abiertamente que, de tanto en tanto, lo extraño, y de inmediato el lector de esta obra se dará cuenta por qué.

. . .

Mientras trabajé en él, la redacción y las oficinas administrativas de Cronista funcionaron en un edificio rectangular de planta baja, 7 pisos y subsuelo; cuando ingresé el taller estaba ubicado en Balcarce 1084/86 y el diario se imprimía en Esquiú. Como consecuencia de lo cual un grupo de motoristas conectaba a la redacción con el taller, y cada medianoche un camión que portaba el original de la edición (bajo la forma de astralones, como explicaré más adelante) a su vez unía al taller con la rotativa. El sistema era riesgoso y propenso a los errores: riesgoso porque la redacción no conservaba copia de lo que enviaba al taller, y la pinta de los motoristas era de terror; propenso a los errores porque la redacción veía lo que se publicaba... al otro día, junto con los lectores (para facilitar la conexión entre la redacción y el taller Francisco Tirelli tomaba nota de las dificultades en Alsina y terminaba su jornada en Balcarce, solucionando algunos problemas... y generando otros). En algún momento Mercado se trasladó del quinto piso de Alsina al segundo de Perú 263, y el taller pasó de Balcarce a Alsina (la descripción física que sigue corresponde al período posterior a la mudanza mencionada). A quienes en 1992 observan todo el proceso en un mismo edificio, y

encima con un apreciable nivel de computadorización, les resulta difícil imaginar el nivel de artesanía que existía hace apenas una década.

[Roberto Catacchio me contó que originalmente el edificio había pertenecido a una empresa del grupo Shell, y que él había trabajado allí en la década de 1930.]

Al ingresar se enfrentaba el mostrador de la telefonista, puesto que a la mañana estaba a cargo de Nélide Giordano, una mujer totalmente dedicada a su tarea, y que por la tarde ocupaba Roxana Ford, de quien siempre pensé que había sido seleccionada por... Ambito financiero (¡los negocios que habrá perdido Cronista por su forma de atender el teléfono!). Por la noche había "personal de seguridad" el cual, estimo, hubiera ayudado a cargar cosas si Cronista hubiese sido asaltado. Detrás de donde se sentaba la telefonista estaba el único ascensor del edificio, así como la escalera. También en planta baja, pero a la derecha, tenía su oficina el gerente de publicidad José María Guitart, su segundo Carlos López Nieves, el inefable Fernando Roberto Falcón, así como la batería de vendedores de avisos. En los pisos sólo gozaban de luz natural quienes tenían su oficina al frente y al contrafrente.

[Es cierto que las noticias rellenan el espacio dejado por los avisos (Cronista comenzaba a pensarse cada día, a eso de las 3 de la tarde, a partir del "mono" que enviaba publicidad, donde marcaba los espacios cubiertos por los avisos); pero no lo es que la orientación del diario estuviera fijada por quién ponía publicidad y quién no (al menos no conozco ningún episodio en que una nota fuera detenida por la gerencia de publicidad. ¿Como podría ocurrir, si no sabían que íbamos a publicar?

En la época de Eurnekián los albergues transitorios quisieron publicar una página entera de publicidad, por un monto no despreciable. La cuestión fue analizada y se le dijo que no.]

En el subsuelo funcionaban los siguientes servicios: maestranza, donde -como en IDEA- trabajaba un carpintero "a tiempo completo", que no se cansaba de modificar una y otra vez la estructura existente; expedición, fotocopiado y colección del diario, a cargo de Roberto Minoli, periodista de profesión, secundado por el efficacísimo y simpatiquísimo Néstor Dalla Pozza -conozco pocas personas tan dispuestas como él-, quien gerenciaba una legión de cadetes; y consultorio médico, a cargo de Alberto Paladino, a quien solía ir a ver denunciando a viva voz que tenía un problema de impotencia, luego de lo cual aclaraba que lo que no podía era... respirar bien, correr rápido o bajar de peso.

En el primer piso funcionaban la oficina de personal y la de Jorge Parma, junto con su legión de cazadores de suscriptores (hasta 1987 Cronista no se vendió en los quioscos). Personal estaba a cargo de Roberto Bermejo, a quien -como explicaré y tal como era de esperar- la redacción sacaba de quicio. Parma, agrimensor de profesión e íntimo amigo de Raúl Sarmiento, es otro buen ejemplo de cuánto se puede calar a una persona espiándole su oficina: sobria, prolija, siempre con café listo. El reducto de Jorge era uno de mis destinos favoritos cuando me quería escapar momentáneamente de la redacción, sobre todo después de que Raúl

mudó su despacho a Perú. En algún momento tuvo una secretaria que todos queríamos que se alejara de nosotros... para admirarle el físico al irse.

Un piso más arriba funcionaban la tesorería y la administración del diario, a cargo del mencionado Abramic, secundado por el lamentablemente fallecido Carlos Echayde (con Bermejo, Echayde, Mancebo y Parma durante algún tiempo jugamos tenis una vez por semana; Echayde se amargaba cada vez que su compañero de juego cometía un error, lo que ocurría con frecuencia), y también la computadora, operada por un par de simpáticas e eficaces empleadas, a las que siempre vi juntas y nunca de mal humor. A la familia de Echayde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial la sorprendió en Europa, en una época "pre-Avis", cuando la gente como uno viajaba con sus propios autos; su relato de las peripecias del regreso era fascinante.

En el tercer piso funcionaba la redacción de Cronista, cuya descripción dejo para el final; así como la de mi oficina y la sección mercados cuando nos mudamos al cuarto piso, al lado del archivo, donde Carlos ("Carlitos") Ferraris, Oscar Pérez y Oscar ("Castelar") Vallese se dedicaban pacientemente a recortar, y formar carpetas o meter los recortes en sobres amarillos (típicamente olvidados, muchas veces explican la diferencia entre una nota ligera o basada en la memoria, y otra debidamente documentada).

Luego de la mudanza ya mencionada, en los pisos quinto y sexto funcionaron taller, corrección y armado. En Alsina el diario "subía", merced al uso de tracción a sangre (humana) y un pequeño montacargas. En efecto, en el plano periodístico el original se completaba en los pisos tercero y cuarto; dicho original, debidamente marcado por los diagramadores (quienes -a pesar de los casilleros- escribían las instrucciones en cualquier lugar de la hoja pautada), iba al quinto piso para tipiado, al sexto para corrección, volvía al quinto para incorporar las correcciones y confeccionar una película, la cual volvía hasta el sexto piso para ser pegada en la página correspondiente en la sección armado. Por último, en el séptimo piso, donde funcionaba el sector fotografía, se confeccionaban los negativos de las páginas terminadas con los cuales, en conjuntos de a 4, se formaban los astralones (el número de las páginas que integra cada astralón, consecuencia del proceso de doblado del diario una vez impreso, genera conjuntos curiosos: por ejemplo 16-1-17-32; o 12-5-21-28).

Del taller recuerdo con particular cariño a su jefe, Edesio Luis Mancebo, hombre de gran experiencia y dedicación a lo suyo (Mancebo falleció el 14 de mayo de 1991, en el hospital Alemán; me enteré al instante y de pura casualidad, mientras esperaba que a mi viejo le dieran el alta de una cama ubicada a metros de la suya); a José López, incansable y de permanente buen humor; a Alfredo Villa (otro humormaníaco) y a Enrique ("Quique") Doallo, otro de los personajes que Dios puso en mi camino para enseñarme que la vida es una fiesta (nunca protestó cuando tuvo que enmendar falencias ajenas; al contrario, cualquier ocasión era buena para decir algo chistoso); a Rubén Attipis y a Roxana López (Roxana estudiaba química, una materia que porque no me la enseñaron bien en la escuela secundaria, me resulta un misterio total -¿qué quiere decir "valencia 4"?-).

[Un diario exitoso es una "totalidad". La mejor redacción del mundo fracasa si no cuenta con un taller que le responda, y el mejor taller del mundo fracasa si la redacción no sabe qué



escribir y cómo; y ambos no pueden funcionar si "detrás de ellos" no hay un aparato de ventas, de compras, de administración, de personal, de sistemas, etc., que funcione. Lo cual no quiere decir que dentro de un diario cada uno no piense que él (o ella), y solo él, es el engranaje clave.]

. . .

Si bien, como dije, mientras trabajé en Cronista me caminaba todo el diario, mi base de operaciones estaba en la redacción, primero en el tercer piso y luego de la mudanza en el cuarto, junto a la sección mercados. La redacción era un rectángulo (para mí un verdadero submarino, porque cuando me sentaba a mi escritorio las ventanas quedaban a mi espalda) en el que trabajábamos una treintena de personas. Con excepción de la lamentablemente fallecida Graciela Faena, y de una joven licenciada en economía que no se cansaba de proclamar su virginidad, dando lugar a todo tipo de comentarios y de propuestas... hechos a viva voz, la redacción era totalmente masculina (nótese que en este relato la redacción es a veces el salón donde se escribe el diario, y a veces el conjunto de personas que trabajan en... la redacción).

[Como Argentina es un país civilizado, los mencionados comentarios eran tomados como galanterías y no como acoso sexual.]

El submarino no tenía divisiones, pero sí un par de mamparas de vidrio: una de ellas aislaba la media docena de teletipos que, ubicadas sobre una de las paredes, escupían papel sin cesar; la otra, que le formaba una pequeña oficina a Frascara, desapareció cuando Ricardo se mudó al cuarto piso. trabajábamos sobre escritorios muy pequeños -todos de igual tamaño-, que tenían 2 cajones cuyas cerraduras se abrían con sólo mirarlas (el concepto de propiedad privada es muy particular en una redacción), y escribíamos en hojas pautadas utilizando destartadas máquinas de escribir manuales (considerando el desconcierto que me produjo la primera vez que me pidieron un "3 por 12" -un título de 3 líneas, de 12 caracteres cada una-, es increíble la facilidad con la cual, contra reloj, uno aprende a describir y a analizar un hecho en un número prefijado de renglones, y a titular en un número exacto de caracteres). Los 3 diagramadores se sentaban juntos, mientras que los otros lugares eran ocupados sin relación alguna con las páginas del diario o sus distintas secciones.

[La introducción de nueva tecnología fue traumática. Por temor a dejar sin trabajo a parte del personal del taller, la redacción nunca quiso escribir en composers... salvo yo, porque contemporáneamente me había comprado mi primera computadora personal, una IBM PC, sin disco duro. Cronista había recibido una Wang en canje publicitario, que no pude usar porque tenía las instrucciones en francés (como explicaré más adelante, en mi labor escrita hay un antes y un después de la computadora personal).

Cuando Cronista se mudó de Alsina a Honduras 5663 Eurnekián metió en un camión las máquinas de escribir, y en un ómnibus a los periodistas. Estos llegaron a la nueva sede del diario, pero las máquinas de escribir no (¿a dónde fueron; al Riachuelo?). Al ingresar en la

flamante redacción los periodistas se encontraron con un diario preparado para confeccionarse por computadora. "Sin las máquinas de escribir no podremos hacer el diario", le dijeron a Eduardo, quien respondió: "cuando lo puedan hacer con computadora, Cronista volverá a aparecer". Al encontrarse con alguien más loco que ellos, sorprendidos, decidieron intentar... y desde ese día Cronista se hace con computadora.]

Las paredes de la redacción estaban pintadas en color claro y parcialmente forradas... con fotos de mujeres desnudas; a raíz de lo cual cada repintada generaba una crisis, porque obligaba a retirar cuidadosamente las fotos y volverlas a pegar (en una oportunidad, para evitar nuevas arrancadas de fotos de las paredes, los empleados más jóvenes se subieron a los escritorios y pegaron las fotos en el cielorraso). Un día la hija de un amigo de Sekiguchi, una hermosa rubia de 17 años que estudiaba periodismo y entendía perfectamente el castellano (vivía en Alemania, pero había nacido en Colombia), quiso conocer el funcionamiento del diario. La convoqué para las 7 de la tarde, un horario apropiado para ver cómo "se cocina" un matutino. Cuando me anunciaron su llegada, antes de ir a buscarla a la entrada le aclaré a la redacción que la visitante entendía castellano, y que consecuentemente se cuidaran de gritar barbaridades; y a su vez a ella le adelanté lo de las fotos de las paredes. En cuanto ingresamos en la redacción, que guardaba un llamativo silencio, se la presenté a Della Costa quien, con toda solemnidad y señalando las fotos, le dijo: "Estas son las chicas que nos visitaron la semana pasada. Te están esperando en el estudio fotográfico". El alma me volvió al cuerpo porque la chica ríe inmediatamente.

[Aprendí que pedir cordura en tales circunstancias es invitar a que, sin que el río desborde, la burbuja crezca. Cuando la citada virgen demandaba auxilio del jefe de redacción, lo único que conseguía era... echar leña al fuego.

Una de las secretarias que tuvimos con Della Costa cuando trabajamos en el cuarto piso, aceptaba cualquier encargo nuestro... excepto tener que ir a buscar o llevar algo a la redacción. Nosotros sabíamos que los cronistas eran inofensivos, pero ella no quería poner la hipótesis a prueba.]

En parte como consecuencia de las características propias del "proceso productivo" (cosa que el resto del diario nunca terminó de entender, como explicaré más adelante), y en parte debido a la "fauna" que poblaba la redacción, de la cual me voy a ocupar ahora, me encontré con que episodios como éste ocurren continuamente en una redacción (al menos, ocurrían en el Cronista que conocí. Quienes hoy trabajan en Honduras añoran Alsina). Flota en el ambiente un delicioso nivel de locura, propio de los creativos (el día en que todos los periodistas se psicoanalicen quizás aumente la cordura, pero al precio de hacer desaparecer la diversión; no sólo en las redacciones, porque como bien dijo Della Costa, "si los autores de novelas se hubieran psicoanalizado buena parte de los clásicos nunca se hubieran escrito"). Después de haber pasado por Cronista, la enorme mayoría de los ambientes laborales me resultan muy aburridos.

Frascara, Della Costa y Scibona fueron las 3 fuentes en las que mamé lo que sé de periodismo escrito (antes de ingresar en Cronista sabía escribir una columna, que no es lo mismo). Imposible imaginar a alguno de los 3 en algo distinto que medios de comunicación. De Frascara, a quien conocí cuando Mercado funcionaba en San Martín 296, 4o. (Ricardo escribía una columna de deportes), se me pegó el "martes para miércoles", como en periodismo se designan respectivamente las fechas de preparación y aparición del material. Espero que nunca me haya visto como un rival, yo nunca lo ví como un adversario (en Cronista teníamos habilidades laborales claramente complementarias). Hijo de periodista, Frascara sabía todo, pero como hacen todos los que enseñan trabajando sólo lo mostraba de contragolpe, a propósito de alguna situación concreta (al dejarme sólo con mis locuras, extrajo de mí varias veces lo que hubiera podido extraer, de haberlo intentado).

Con Ricardo viví 2 episodios, ambos conectados con almuerzos. La histórica primicia periodística de Ambito del jueves 13 de junio de 1985, referida al lanzamiento del plan Austral, nos sorprendió almorzando en Candela; allí me encontró telefónicamente José Luis Machinea para invitarme a una reunión con economistas en el departamento de Mario Brodersohn para la mañana siguiente, en cuya noche Raúl Ricardo Alfonsín y Juan Vital Sourrouille anunciaron el plan. Varios años después almorzamos en La Banderita, ubicado en Moreno casi 9 de julio, luego de lo cual salimos hacia Plaza de Mayo. Sin darnos cuenta, caminábamos delante de una columna de manifestantes de un partido de izquierda que avanzaba por diagonal Sur, pero como ellos iban más rápido que nosotros, en algún momento, como en Tiempos modernos, pareció que nosotros liderábamos la marcha (lástima que ningún fotógrafo immortalizó el evento).

[Nunca fui director de Cronista, ni lo quise ser, porque como gerenciar no me gusta absolutamente nada, me cuesta mucho y no lo hago bien; de manera que, a partir del 21 de junio de 1985, dejar de ser asesor general y comenzar a ser editor del diario, fue apenas un cambio de nombre y de oficina (¡ni siquiera de remuneración!).

Una tarde Raúl Sarmiento me comunicó que la dirección de Cronista, que Frascara había dejado vacante en noviembre de 1985, la ocuparía Horacio Manuel Tato, a quien como expliqué yo había conocido en 1979 cuando conducía la agencia Noticias argentinas y que hasta poco tiempo antes de esta anécdota había estado al frente de su colega Diarios y noticias (DyN), del cual se había retirado por el tenor de un cable escrito por un periodista sobre la detención dispuesta a una docena de ciudadanos antes de la elección de 1985, a pesar de no estar él presente en el momento en que dicho cable fue emitido. Me puse muy contento porque Tato era, además de una gran persona, un hombre de mucho oficio (en el encuentro que tuvimos, lo primero que recordó fue por qué me había desvinculado de Noticias Argentinas... hacía 5 años). Trabajó unos pocos días en su despacho del cuarto piso, totalmente aislado, pero luego, deprimido... ¡se suicidó!

La dirección de Cronista siguió vacante hasta que Eurnekián compró el diario. En una reunión se discutieron 2 candidatos, uno de los cuales era Raúl H. Burzaco, a quien yo conocía por haber escrito en Tiempo argentino. Voté por Burzaco y no estoy arrepentido. Raúl "temponizó" Cronista, del mismo modo que Borrini había "borrinizado" Mercado, convirtiéndolo en un diario de interés general. Nos relacionamos muy bien, tanto desde el punto de vista personal como laboral.]

Daniel Della Costa, a quien conocí no después de 1975, cuando en compañía de José Speroni (quien murió en un difícilmente explicable accidente automovilístico ocurrido en la Ruta 11) me visitó en FIEL para que escribiera la primera columna invitada del mensuario Prensa Económica, y a quien le prologué su Economía en serio y en broma (Depalma, 1981), es otro de quien aprendí que la vida es una fiesta. Gran productor y consumidor de humor ácido (rara vez leo lo que escribe, porque tengo acceso y prefiero su versión oral), Daniel sabe gerenciar la edición de un diario y particularmente su cierre; en la redacción de un matutino a las 3 de la tarde muchas fantasías son posibles, pero a las 8 de la noche la diferencia entre saber cerrar una edición o no, es decir, entre saber o no tomar decenas de decisiones a toda velocidad y con información imperfecta (cuál noticia va y cuál no; cual es más importante que cuál; cuál puede ser cierta y cuál no, etc.), es la diferencia entre una edición razonable, aunque no exenta de errores u omisiones (que se aprecian a la mañana siguiente, comparando matutinos), y una catástrofe. Un buen jefe de redacción, como un buen jefe de fábrica, tiene que conocer el oficio pero por sobre todo tiene que saber cómo canalizar la energía humana -y particularmente la difícilmente domable energía de los periodistas- de modo que el producto resulte viable. Durante años ví a Daniel hacer eso con éxito, sin perder la calma o el sentido del humor (aunque, según Martha Panizza, su mujer, "la procesión va por dentro"); salvo el día en que, luego de asistir a un cóctel, volvió a la redacción... "alegre", y hubo que reemplazarlo. Cuando ambos trabajamos en el cuarto piso compartimos secretarias: como Mary, cuyo espectacular físico no nos pasó desapercibido a ninguno de los 2, y Carla Panichi, quien me acompañó a Depabloconsult y hoy (1992) sigue siendo mi secretaria.

[Un jefe de redacción aplica incesantemente el esquema "error tipo I, error tipo II". Porque sobre el cierre y consiguientemente con escasas posibilidades de chequeos externos al diario, se la pasa optando entre publicar una noticia que luce atractiva, errando si resulta falsa, o no publicarla, errando si resulta cierta.]

Como expliqué antes, a Néstor Scibona lo conocí en Montevideo a fines de 1981, cuando cubrió para Cronista un congreso de economistas en el que participé. Como cada día tiene más canas, Néstor se está volviendo confundible (hace 20 años no lo era, porque un mechón blanco le partía en 2 el nacimiento de su cabellera negra). Scibona es la quintaesencia del orden, tanto en lo personal (¿alguien lo vio, alguna vez, despeinado o mal vestido?) como en lo laboral (pagaría por verlo trabajar con ese torrente que es Enrique Szewach, con quien forma la dupla que lidera el mensuario Panorama). Néstor me enseñó a descubrir qué aspecto de un hecho es noticia. En 1983 Lorenzo Miguel habló en una concentración organizada en el estadio de Atlanta, que ambos seguíamos por televisión. La finalización de sus palabras fue saludada con una gigantesca silbatina, pero en cuanto ésta comenzó la televisión dejó de transmitir. Néstor protestó. Cuando le indiqué que habían transmitido las palabras de Miguel me contestó: "La noticia no son las palabras sino la silbatina". Touché.

[Aunque según el organigrama yo estaba por encima tanto de Della Costa como de Scibona, nunca les discutí una orden, respetando lo que sabían, además del hecho de que estaban al

comando. Quien tiene la responsabilidad de cerrar una edición manda, no importa lo que diga el organigrama.]

En Alsina no teníamos salón comedor ni cafetería; en la redacción había termos con café, el cual era tan pero tan bueno, que entre nosotros decíamos que "había que ser muy macho para tomarlo". Con Della Costa y Scibona hacíamos un corte a las 7 de la tarde, para tomar algo en la Puerto Rico, ubicada en Alsina 416, que 20 años después estaba exactamente igual que como la conocí en 1963, cuando trabajaba en CONADE, o en el Bidou bar, sito en Perú 269, donde casi teníamos que pedir disculpas por desentonar en medio de tanto romance (nosotros estábamos en nuestras cosas; a veces hablábamos del diario, la mayoría de las veces de cosas importantes, y consiguientemente no nos quedaba tiempo para verificar si los ocupantes de las mesas contiguas eran o no "marido y mujer"). Daniel pagaba la cuenta muy de tanto en tanto. Volviendo del Bidou, en la esquina de Perú y Alsina una tarde protagonicé un choque; por seguirme mirando -hipnotizado- luego de reconocermelo, el conductor de un auto no frenó y se tragó al que tenía adelante. Néstor, con quien esperamos llegar a Cronista para reírnos, es testigo de ésta, una de las más curiosas anécdotas que tengo referidas a mi fama.

Los 3 nombrados no son los únicos que recuerdo de la redacción, y para que no se enojen al resto lo citaré por abecedario. En Cronista la pasé muy bien trabajando con Ricardo Bonaudo (diagramador, al principio no me respondía cuando le hablaba; pero no -como supuse- por ser mal educado sino... sordo. Es autor de la siguiente frase célebre, referida a Cronista: "éste es un gran lugar, pero no para trabajar". Como otros, volvió al diario luego de infructuosamente tentar suerte en otro medio); con Osvaldo Calello; con Javier Cardozo, un simpático economista uruguayo con quien discrepamos vehementemente sin rozar en lo más mínimo el plano personal (está casado con Rosa Rammer, a quien había conocido en IDEA); con Raúl Clauso (inteligente, se prendía en todas las bromas e iniciaba buena parte de ellas); con "María Farias" (seudónimo que utilizaban un par de jóvenes varones, expertos en tributación, uno de ellos muy dedicado a su tarea); con Angel Jozami (protagonista del único paro gremial que "en vivo y en directo" ví en mi vida, que describiré más adelante); con Claudio Katz (quien tituló con "tensa calma" el estado del mercado financiero, generando un interminable debate porque, como sostenía yo; ¿qué tiene de calma la tensión?); con Roberto Kolandjian (ordenanza, un verdadero personaje; obsesivo con la lealtad y el cumplimiento del deber, durante años conversamos en mi auto entre Cronista y Flores, donde él tomaba el Sarmiento hasta Merlo, donde vive. Mientras el físico se lo permitió complementó lo que ganaba en Cronista dirigiendo partidos de fútbol los fines de semana. No conseguí que me tuteara y, ahora que lo pienso, ¡es una de las poquísimas personas a las que es el día de hoy que no tuteo!); Cesar Magrini (temible por sus conocimientos, pero sobre todo por su independencia de juicio. La última vez que Rudolf Nureyev bailó en Argentina no se sumó a la seducción, y opinó profesionalmente que el ruso "bailó con muletas"); con Alejandro Martvejcuk, a quien por haber nacido en Odessa apodábamos "el ruso", quien hoy colabora en Clarín; con Félix Nucíforo (padre e hijo, ambos diagramadores. A este último le hicimos la despedida de soltero en el quincho de mi casa de Flores); con Ricardo Oyola (ordenanza, para quien ninguna tarea era suficientemente importante para comenzar a hacerla antes de terminar de tomar mate); con Miguel Pi de la Serra; con Héctor José Ranazzo y con Marcelo Valsecchi (el más talentoso, por lejos, de los empleados de Cronista. Se ganó la vida integrando conjuntos

musicales, liquidando expensas en Chile, como periodista, etc. Es difícil imaginar algo que no pueda hacer, rápido y bien).

Por razones que se verán de inmediato, concentré buena parte de mi actividad en Cronista en la sección mercados, lo cual implicó trabajar muy cerca de Fernando Alvárez, Claudio Domenech, Roberto Duhalde, Jorge Galmes, Jorge Mastropasqua, Roberto ("Cabezón") Ramírez y Abel Rodríguez. Como Clauso en la redacción y Quique en taller, el pampeano Rodríguez era en la sección mercados el encargado de comenzar las bromas (en la despedida de soltero de Nucíforo junior Abel tomó la guitarra que había llevado Valsecchi y sin tocarla, porque no sabe hacerlo, habló sin decir absolutamente nada durante más de una hora; y terminó porque él quiso). Una tarde un motociclista más bien gordo le entregó un papel, luego de lo cual Abel lo dejó llegar hasta la puerta del saloncito donde funcionaba mercados y le gritó: "cuando quieras vamos". ¿A dónde?, preguntó el robusto. "A cagar a patadas al dietista". Cualquier hecho o comentario era automáticamente relacionado con supuestas primas suyas, que se ganaban la vida no precisamente trabajando como bibliotecarias; y con frecuencia planteaba delirantes descripciones sobre los procedimientos a los cuales recurría para morigerar su impulso sexual. Rodríguez es otro de quienes aprendí que la vida es una fiesta.

Quien trabajando en una redacción alguna vez se aburre es porque está mal informado. Bastaba que a Jorge Cohen alguien lo llamara por teléfono, cosa que ocurría con frecuencia porque estaba a cargo de "provincias", para que inmediatamente después de que quien había atendido la llamada lo nombrara en voz alta, la redacción en pleno coreara su apellido hasta que Cohen atendiera (todo esto porque una vez pidió por favor exactamente lo contrario, porque tenía que hablar con alguien... importante); bastaba que alguien, por alguna razón, puteara en voz alta, para que el resto, a coro, exclamara "eehhh..."; y en cualquier momento un avioncito de papel podía cruzar el aire en cualquier dirección y destino (en la redacción los canastos para residuos terminaban vacíos a la noche, porque la costumbre era tirar todos los papeles al suelo).

Todo esto explica por qué la redacción tenía loco al jefe de personal. Cuando me llamó por teléfono para decirme que en la redacción se jugaba al fútbol con un pelota de plástico que había mandado secuestrar -sic-, se sorprendió mucho al escuchar que el editor del diario, es decir, yo, lo sabía porque... participaba de los partidos. "Algo tiene que hacer la gente mientras espera la copia de un discurso para empezar a trabajar" dije. Vos sabrás que hacer, respondió, y me envió la pelota, que devolví a los periodistas con el consabido: "rompe vidrio, paga reparación". Cuando por memo pidió que los periodistas, como el resto del personal, cubrieran las máquinas de escribir con su funda plástica al terminar de usarlas, el pobre se encontró con que los periodistas le hicieron caso, pero con fundas hechas con papel de diarios.

Del período en que trabajé en Cronista recuerdo un par de pifiadas antológicas. La primera ocurrió el día en que Sekiguchi llegó con "la" noticia, que si la trabajábamos en secreto bien podía convertirse en la primicia. Seki era uno de los dueños del diario, de modo que al dato se le dio la importancia que correspondía. Al otro día Cronista tituló en tapa: Shell se va de Argentina. Es el día de hoy que el periódico está esperando la implementación de la medida. La otra pifiada sucedió cuando el diario "mató" a un Saccol que no había muerto (el involucrado, lamentablemente, no andaba de ánimo para escribir una divertida desmentida, porque quien había fallecido era un tío suyo). No tan shoqueantes, aunque más frecuentes, eran las metidas

de pata como la del corrector que, gran filólogo pero escaso de nomenclatura económica, al encontrar un texto referido al "mercado del mercado abierto", para eliminar la redundancia el texto publicado aludió al "mercado del comercio abierto"; o la del encargado de noticias internacionales, que cuando Brasil abandonó la política de tipo de cambio fijo y comenzó a aplicar un crawling peg, a pesar de haber visto el cable, que al otro día apareció en la tapa del resto de los matutinos, decidió no publicar nada "porque el aumento del tipo de cambio había sido muy pequeño".

[Episodios como el de Shell resultan graciosos... ahora, pero le crean -en este caso a una empresa- dificultades y perjuicios incalculables. Me consta el fantástico dolor de cabeza que le puede causar a una persona o una firma, una cita hecha sin cuidado por un periodista superficial, mal informado o presionado por el tiempo (dejo de lado categorías "superiores", como el chantaje o la venganza). Me consta el agradecimiento de quien pudo publicar una aclaración, cuando en realidad debería querer matarnos, por haberle complicado la vida innecesariamente. El derecho a rectificación no tiene que ser una facultad magnánima del editor de un diario, sino una obligación para que el involucrado pueda, si corresponde, salvar su buen nombre y honor, pero en serio.]

En mi opinión, la vida es una fiesta; y como las fiestas, tiene sus momentos tensos y desagradables. La experiencia más tensionante que recuerdo de Cronista ocurrió en mayo de 1985, cuando el diario despidió a Jozami, a raíz de lo cual el personal de redacción y taller hizo un paro (el único en mis 7 años de permanencia en el diario. Se "amagó" con otra medida de fuerza cuando se despidió a otro cronista, que no prosperó. Sí hubo, y con frecuencia, asambleas, que como por razones de espacio se hacían en la redacción, me obligaban a dejar mi escritorio). El primer día de paro el diario no se publicó, al día siguiente salió una edición de emergencia de 8 páginas, escrita por los jefes y compuesta en otro taller (la oferta de talleres para hacer un diario que sufre un paro es casi infinita: si los huelguistas hubieran querido saber dónde compusimos Cronista, no hubieran tenido dificultades en averiguarlo), y al otro día, con el mismo procedimiento, se publicó un diario de 16 páginas (enormemente preocupante para los huelguistas, quienes advirtieron que la aparición del diario no estaba en peligro). El fin de semana hizo reflexionar a muchos, pero lo que ciertamente levantó el paro fue el dictado de la conciliación obligatoria, conceptualmente una gran estupidez (¿se imagina que mientras se sigue negociando un juicio de divorcio, la pareja estuviera obligada a compartir el mismo lecho... "como si nada"?), pero desde el punto de vista práctico al menos en esa ocasión funcionó porque, como cuando se da un golpe sobre la mesa, indujo a las partes a calmarse y negociar (de hecho el conflicto se solucionó durante la conciliación obligatoria).

Aprendí un montón con este paro, pero haciéndome mucha mala sangre (por falta de experiencia, o por personalidad, actué como si la medida de fuerza me la hubieran hecho a mí). Por eso cuando durante la conciliación obligatoria Jozami me llamó por teléfono diciéndome que me quería hablar, y acordamos un encuentro para la mañana siguiente en el Tortoni, fui al histórico café esperando escuchar una propuesta de arreglo para que se la transmitiera a Sarmiento. En vez de eso, de un calmo Jozami escuché lo siguiente: "Estoy buscando trabajo en el diario `x´. Dado que sos amigo del director; ¿no lo podrías hablar recomendándome?". Creo

que me salía espuma por la boca. Le dije de todo, agregándole que creía tanto en las reglas de juego que yo no lo iba a llamar a mi amigo para decirle lo que verdaderamente pensaba, pero que tenía que saber que si él me pedía opinión iba a contar mi versión del paro. Jozami se habrá sorprendido por mi respuesta, pero no se inmutó. Pagué los cafés y me fui (no nos vimos más en la vida).

[A propósito: Cronista funcionaba a menos de media cuadra del Ministerio de Trabajo, de manera que "consumimos" involuntariamente gran cantidad de manifestaciones de protesta. Comprobé que en dichos actos el de los bombos es un verdadero servicio, encarado por profesionales a los que se contrata. Estacionaban una camioneta al costado del ministerio, descargaban sus instrumentos musicales, nos aumentaban el tamaño de los genitales a todos los que no teníamos más remedio que escucharlos, y cuando terminaban se iban... hasta la próxima manifestación. Lo que nunca pude averiguar es en qué conservatorio estudiaron música.

Una manifestación prefirió utilizar sus propios medios: un sacerdote, quien desde una camioneta provista de altoparlante, arengó y cantó durante horas. En Cronista rezamos, y casi hacemos una colecta, ¡para que volvieran los bombos!]

En Cronista me formé el siguiente perfil del periodista: creativo, de reflejos rápidos, acostumbrado desde temprana edad a viajar mucho e interactuar con gente importante (¿quién otro, entre los 20 y los 30 años, tiene accesos frecuentes y alejados del protocolo a presidentes, ministros, grandes artistas o deportistas?), el periodista es generalmente muy escéptico, porque es imposible no desilusionarse luego de ver al poder en camiseta o a una estrella de cine con rulos ("Nunca hay que acercarse a los ídolos", le escuché decir a Leo Vanes), y en algunos casos resentido, porque por la calidad de muchas de las respuestas que recibe cuando hace entrevistas, no entiende qué derecho tiene quien responde a poseer los bienes y las comodidades que de tanto en tanto él usufructúa, pero simplemente por su condición de periodista. En la simpática expresión de Horacio De Dios, "periodista es la manera más divertida de ser pobre", aunque la distribución del ingreso intraprofesional no difiere de la de otras actividades.

Para juzgar correctamente a los periodistas primero hay que entender que, como ocurre con todos los profesionales, ellos resultan útiles cuando aprenden a tomar distancia (el reportero que se involucra personalmente con el entrevistado no arma un reportaje sino un mamarracho); y también hay que entender la lógica periodística, para la cual la realidad es el diario y la materia prima es lo que el resto de los seres humanos denominamos la realidad. Es esta lógica periodística, y no la falta de humanidad de los hombres de prensa, la que los lleva a lamentar que el Sumo Pontífice no fallezca un domingo, para "resolver" el problema de cómo hacer atractivo el diario del lunes; o que la situación mejore (con fuerza de teorema puede sostenerse que cuanto más fácil es escribir un diario excitante, peor es la situación que refleja; y cuanto más aburrido es un diario, mejor andan las cosas). A todo lo cual se agrega el hecho de que como lectores -es decir, como consumidores- mal acostumbramos a los hombres de prensa. En efecto, al negarnos a comprar periódicos que debajo de los títulos dejen espacios en blanco cada vez que el cronista no conoce el tema (lo cual nos ahorraría enorme tiempo, esfuerzo y salud mental), en otros términos, al insistir en que un diario sólo es serio cuando tiene escritas



todas y cada una de las páginas, forzamos a que los hombres de prensa escriban, sepan o no de los temas que sus editores les encargan. Los resultados, cada mañana, están a la vista.

. . .

Además de divertirme, en Cronista hice cosas. Como escribir y explicar (explicar trabajando; nunca dicté un curso de economía para los periodistas). Durante los 7 años que trabajé allí, dejé mi huella en el diario... casi "a diario". Las contribuciones no fueron sistemáticas, dada la ausencia de responsabilidades específicas, excepto al final; no firmé todas las colaboraciones, pero -me consta- siempre resultaron claramente identificables; y tal como era de esperar, tanto en los artículos como en las entrevistas mi estilo fue cambiando a lo largo del tiempo, volviéndose más compacto y contundente.

[Hacia fines de 1988 había tomado la costumbre de escribir el "panorama económico" semanal, el cual terminaba con reflexiones útiles para la toma de decisiones, sección precursora del "¿Y entonces?" de Contexto; y el 2 de abril de 1989 inauguré el suplemento económico dominical, de 12 páginas, que como soy antigerente pretendí hacer solo; en dicho suplemento estrené "Cómo lo veo" y "Diccionario", pilares de Contexto.]

Así como ningún ferrocarril interrumpe el servicio para renovar las vías, un diario puede hacer cualquier cosa menos ignorar la realidad cotidiana. Consiguientemente, al cambio "estructural" de Cronista (en mi caso, la mejora de la presentación de las estadísticas y el reflejo del funcionamiento de los mercados) me dediqué en la medida en que me lo permitió el "día a día". Esto último significó aprender a cultivar la visión "ex-durante" de los hechos (complementaria de las visiones "ex-ante" y "ex-post", bien conocidas en el ámbito económico), porque al día siguiente, y no después, el lector quiere saber qué opina su diario sobre el discurso del ministro, el derrumbe de un mercado o la oportunidad generada por una elección.

[Estando en tema, se aprende rápido a llegar de manera inmediata al 85% de la verdad total de un asunto, porcentaje más que suficiente para la toma de decisiones. También se aprende a gran velocidad a no preocuparse demasiado cuando se comete una pifiada, a la luz de un mejor análisis o la aparición de acontecimientos posteriores ("después de la guerra todos somos generales", apunta Larry Sjaastad).

El ministro de economía de un país, como el jefe de guardia de un hospital, aprende a tomar decisiones contra reloj, con información parcial y en medio de gritos no siempre desinteresados. Por eso política económica es una disciplina en la que muchos economistas no se sienten cómodos. Al tener que tomar decisiones en un ambiente parecido al del ministro de economía, mi paso por Cronista me ayudó enormemente a entender el punto de vista del funcionario frente a una cuestión.]

Notas. No tuve tiempo para aburrirme. Ocurre que trabajar en Cronista entre 1982 y 1989 me obligó a ocuparme de la economía y las finanzas durante el conflicto de Malvinas; de la economía de posguerra; de la transición hacia las urnas, con la consiguiente politización de la política económica (los documentos "económicos" de la multipartidaria me sacaban de quicio); del comienzo económico de Alfonsín (con episodios como el del 12 de junio de 1984, cuando el ministro Bernardo Grinspun le envió al FMI una carta de intención "unilateral"); de la "economía de guerra"; del Plan Austral; de la politización de 1987, sobre la cual advertí a partir del 30 de marzo de dicho año; de la elección del 6 de setiembre de 1987, en la cual Cavallo resultó electo diputado por Córdoba; del plan Primavera y la hiper de 1989.

Las notas fueron enfocadas con la perspectiva del día, convirtiéndose en importante materia prima cuando luego, por motor propio o encargo profesional, tuve que analizar algún período con la perspectiva propia de las monografías. En la preparación de dichas notas hice abundante uso de los principios básicos del análisis económico, que a veces expuse gráficamente, la mayor parte de las veces de manera verbalizada.

Poniendo en práctica la diferencia que existe entre seriedad y solemnidad, me divertí divirtiendo a los lectores, agregándole "sal" a mis escritos. Como cuando en setiembre de 1982 titulé "al troesma, un poco de cariño" el anuncio del acto académico en honor a Francisco Valsecchi en la UCA; como cuando el 28 de diciembre de 1982 armé la contratapa de Cronista como si fuera una tapa, con noticias en broma, a propósito del día de los inocentes (recibí cartas de felicitación de Carlos Chevallier Boutell, Eusebio Cleto del Rey y Carlos Miguel Tacchi, además de que la iniciativa la recogió la agencia DyN -Diarios y noticias- en uno de sus despachos), y el 28 de diciembre de 1983, cuando construí la contratapa con noticias verdaderas... de otros 28 de diciembre); como cuando el 7 de febrero de 1984, debajo de la foto de Eduardo Wiesner Duran, negociador del FMI, vendiendo dólares en la sucursal Ezeiza del Banco de la Nación, pregunté si era por razones de imagen o por falta de información; como cuando el 28 de julio de 1986 publiqué 2 avisos de formato casi idéntico, referidos a la venta de computadoras, uno con precios en dólares y el otro en australes, cuando el tipo de cambio era muy cercano a 1 a 1, mostrando gráficamente que la diferencia de precios era de por lo menos 3; como cuando el 20 de marzo de 1987, con el título "Chau AM", saludé a Radio Clásica, nacida 5 días antes; como cuando el 22 de febrero de 1988 reproduje un aviso del OVERSEAS DEVELOPMENT en el que pedía un economista para trabajar en las Islas Malvinas, sugiriendo que ahora sí que los ingleses nos iban a devolver las islas; como cuando el 9 de junio de 1988, al hacer el comentario bibliográfico del libro de Ravi Batra, La gran depresión de 1990, Grijalbo, 1988, quien pronosticó un panorama económico bien negro hasta fines de siglo, reproduje la foto del autor con el siguiente epígrafe: ¿de qué se ríe?; como cuando, por último, el 15 de febrero de 1989 reproduje la servilleta que distribuían en algunos Mc Donalds de los Estados Unidos, ofreciendo obsequiar verdaderas monedas de América Latina a los compradores.

[2 artículos míos que se immortalizaron en la historia oral de Cronista fueron mi "Pobres y humildes", ubicado en un hueco que quedaba en la edición del 28 de julio de 1982 (a juzgar por la frecuencia con que la gente sigue confundiendo los términos, no tuvo influencia), y mi

"¿Quiénes son más; los vivos o los muertos?", publicado el 10 de marzo de 1986, cálculo que incluyó una implicancia inverosímil, según me explicó el ingeniero Alberto J. Scardiglia, en una carta que me envió el 13 de marzo.]

Trabajar en un diario permite reflejar la realidad, pero también aprovechar la oportunidad para proponer, para protestar, para generar oportunidades, frenar maldades y solucionar dificultades. Desde Cronista, el 13 de octubre de 1983 propuse que terminara la licuación de pasivos, luego de que el valor real de estos hubiera disminuido en un tercio, recibí una carta de Mario Areosa manifestándome su acuerdo; también propuse que no se volviera a estafar a los escolares con las cuentas de ahorro de la Caja Nacional de Ahorro y Seguros (10 de abril de 1984); que se creara el sindicato de los que no pueden evadir impuestos (8 de noviembre de 1984, reiterado el 3 de febrero de 1988 y más tarde en Contexto); que se modificara la estructura tarifaria de las canchas de fútbol, publicando la foto de un estadio con la popular llena y la platea vacía (4 de mayo de 1984); que el gobierno resistiera la propuesta de CATAC, en una nota titulada "por sus pedidos los conoceréis" que denunciaba el carácter regulador y anticompetitivo de la petición (10 de setiembre de 1985); y que quedara en manos de cada paciente la decisión de usar o no crotoxina en la lucha contra su cáncer (16 de julio de 1986).

Rara vez usé el diario para protestar. Lo hice el 18 de febrero de 1983, cuando pregunté por que el premio Bunge y Born no se otorgaba más en la categoría economía, episodio que ya conté al recordar a Raúl Sarmiento; y el 12 de abril del mismo año, cuando el Mozarteum anunció la venta en el teatro Coliseo de sobrantes de abono, y al presentarme en la fecha indicada me encontré con que no había nada (indignado, hablé por teléfono; me atendieron muy mal, explicándome que habían decidido venderlos en San Isidro).

Desde mi puesto pude comprobar en qué consiste el poder de la prensa. Lo ejercité cuando le di oportunidades a gente que la merecía, como José Katzenstein y su "cruzada" pro estimación de la Argentina real, sintetizada en su La Argentina subvaluada, Plus Ultra, 1988; cuando tiré al canasto una denuncia anónima contra un colega, destinada a ensuciarlo; y cuando reparé a la mayor velocidad posible alguna macana que había hecho algún periodista del diario, que le complicara la vida a una empresa injustamente mencionada en un artículo (los argentinos estamos tan acostumbrados a que nos traten mal, que cuando solucionaba algunos de estos problemas la víctima, olvidándose que el problema se lo habíamos creado nosotros, agradecía emocionado mi interés y participación).

Entrevistas. Durante mi permanencia en Cronista entrevisté a las siguientes personas (a algunos, más de una vez; en contadas ocasiones, acompañado por Della Costa o Scibona): Roberto T. Alemann, Luis A. Beccaria, Miguel Angel Manuel Broda, Michael Bruno, Antonio Cafiero, Ricardo Campero, Adolfo Canitrot, Domingo Cavallo (la primera publicada el 28 de mayo de 1982, es decir, antes de su gestión al frente del Banco Central, donde anticipó todo; la segunda sobre Volver a crecer; y en marzo de 1989, cuando hablamos sobre Menem, en la que resultó ser mi última entrevista en el diario), Manuel Codomí, Guillermo de la Deheza Romero (viceministro de economía de España), Hernando De Soto, Carlos F. Díaz Alejandro, Guido Di Tella, Adolfo C. Diz (publicada el 1 de junio de 1982, cinco años después de lanzada la

reforma financiera. Fue la entrevista que más preparé en mi vida), Rudiger Dornbusch, Víctor J. Elías, Mario Fattor, Enrique Folcini, Alberto Fraguio, Horacio Gutiérrez, D. Gale Johnson, Luis Enrique Garat, José Gil Díaz, Julio González del Solar, Bernardo Grinspun (una publicada el 20 de noviembre de 1983, antes de asumir; la otra el 11 de diciembre de 1984, casi al finalizar su gestión), Alieto A. Guadagni, Eduardo H. Jahni, José Luis Machinea, Ana María Martirena, Ricardo Mazzorín, Arturo C. Meyer, Itzhak Modai (ministro de finanzas de Israel al comienzo del exitoso plan antiinflacionario de 1985), Lawrence E. Mollner, Adolfo Navajas Artaza, Saburo Okita (lo entrevisté en el Plaza Hotel. Me iban pasando de una habitación a otra, y en cada cuarto había un japonés diferente. "¿Cuál será Okita?", me preguntaba), Pedro Pou, Armando P. Ribas, Celestino Rodrigo, Carlos Alfredo Rodríguez, Jeffrey Sachs, Feliciano Salvia, Víctor Santirso, Edgardo Silveti, Larry Sjaastad, Juan Vital Sourrouille, Lawrence H. Summers, Enrique Szewach, Rodolfo Terragno, Juan P. Thibaud, Francisco Valsecchi y Jorge Wehbe. Con las entrevistas de interés más permanente armé mi La economía que yo hice - volumen II (El Cronista Comercial, 1986).

[¿En manos de quiénes debe estar la redacción de un diario especializado en economía, de periodistas volcados a temas económicos o de economistas volcados al periodismo? Luego de trabajar en Cronista creo firmemente en el carácter complementario de ambas profesiones, que de tanto en tanto se dan en la misma persona. En las entrevistas la referida complementariedad recomienda que el periodista pregunte y el economista repregunte (esta complementariedad surgió espontáneamente cuando hice reportajes junto a Della Costa o Scibona).]

A lo largo de 1983 participé en las entrevistas que, lideradas por Enrique Llamas de Madariaga, Cronista le hizo a los candidatos presidenciales. conocía a todos por su trayectoria, pero personalmente no había hablado antes con ninguno de ellos, excepto con Alsogaray y Frigerio. De dichas entrevistas recuerdo lo poco que le interesaba el tema económico a Alfonsín y Luder, y que Guillermo Estévez Boero, candidato del Partido Socialista Popular, sostuvo textualmente que "Descentralizaremos el gobierno político. Por ejemplo, el gobierno de las grandes ciudades se descentralizaría en áreas barriales, donde los consejos de barrio recibirían una cantidad de funciones, sin ningún tipo de anarquía. En un barrio donde funciona una fábrica de zapatos tendríamos al representante del dueño, al representante de los usuarios, y también al representante de los médicos especializados, que dicen qué zapatos debe usar un hombre para no romperse los tobillos o para no torcerse la columna vertebral. Es decir, no posibilitaríamos la fabricación de zapatos que estén destinados a torcer la columna vertebral ni aceptaríamos la promoción de esa moda, por ser contraria a la salud. Por lo tanto, la producción de esos zapatos sería discutida en el seno de ese consejo". Como no podía creer lo que acababa de escuchar, pregunté: "¿qué interés tiene un empresario en deformar la columna vertebral de los habitantes a través de la fabricación de zapatos?", y recibí la siguiente respuesta: "No, el empresario no tiene ningún interés en deformar ninguna columna vertebral. Lo que sucede es que subordina la columna vertebral de los usuarios a sus ganancias, y entonces promociona una moda que lesiona la columna vertebral de los usuarios" (Sic. si no me cree, le ruego leer la edición de Cronista del 24 de junio de 1983).

[La agencia DyN sometió un mismo cuestionario a todos los candidatos, y envió las respuestas a sus clientes, entre ellos Cronista. Mi pasión cuadromaníaca diseñó una sábana a doble entrada (los candidatos en uno de los ejes, las preguntas en el otro, las respuestas en las celdillas correspondientes), que en abril de 1983 publicamos en tamaño especial. Raúl Sarmiento, quien se enteró del proyecto al mismo tiempo que los lectores, estaba indignado: "la idea es brillante; ¿cómo es que no buscamos publicidad, en vez de publicar tanto lugar en blanco?" ]

No hice todas las entrevistas que quise (sueño, por ejemplo, con hacerle un extenso reportaje a Samuelson), pero en un par de oportunidades comencé a trabajar en entrevistas que no pude completar, a pesar de haber estado a punto de hacerlo. La primera, apenas llegado al diario, a Sergio Martini, entonces ministro de Obras Públicas del presidente Galtieri. Finalizado el reportaje, Martini me pidió verlo antes de publicar, a lo cual accedí. Le envié la desgrabación, que me devolvió con su conformidad. Estaba preparando la publicación en Cronista cuando recibí una llamada urgente de Martini: Galtieri -complicado por Malvinas- le prohibió hablar del asunto (aprendí que las entrevistas se hacen y se publican instantáneamente. Cuando el 6 de febrero de 1986 Sourrouille anunció la privatización, entre otras, de Somisa, le hice otra entrevista a Martini, que publiqué el 27 de febrero, donde también hablamos de la fallida experiencia de 1982). La otra entrevista que terminó no siendo fue a Franco Modigliani, cuando visitó Argentina a fines de 1985; las peripecias las describo en el capítulo dedicado a volcar mis recuerdos de la Asociación Argentina de Economía Política.

Mesas redondas. También coordiné mesas redondas donde participaron Carlos Adamo, Leonardo Anidjar, Jorge Berardi, Humberto J. Bertazza, Enrique L. Blasco Garma, Miguel A. M. Broda, José María Cafferata, Carlos Carballo, Luis M. Castro, Osvaldo M. Cortesi, Miguel Ángel Cuervo, Alberto Devoto, Roque Fernández, Enrique Folcini, Anibal R. Forchieri, Fernando Freytes, Edgar Jelonche, Adalbert Krieger Vasena, Guillermo Kuhl, Rodolfo G. Laass, Roberto Lavagna, Julio A. Macchi, Augusto Magliano, Rolf Mantel, Daniel Marx, Amin Massuh, Carlos Monsegur, Jorge T. Montesano, Felipe Murolo, Mario Pineiro, Rubén D. Puentedura, Armando P. Ribas, Carlos Alfredo Rodríguez, Roberto Salomon, Víctor L. Savanti, Osvaldo H. Soler, Juan Sommer, Domingo Stamati, Adolfo Sturzenegger, Mario V. Szalkowicz, Carlos M. Tacchi, Guido Tavelli, Wenceslao Urdapilleta y Mario Vicens.

No corresponde describir en esta obra el jugosísimo período aludido, pero sí relatar un par de episodios significativos, ambos parcialmente conectados con el diario. El domingo 21 de abril de 1985, de manera imprevista y utilizando la cadena nacional, el presidente Alfonsín convocó a una concentración en Plaza de Mayo, para el viernes siguiente, "para defender el sistema democrático". Generó enorme suspenso (lo que no le disgustaba), pero sobre todo la idea de que, dada la situación económica reinante (la tasa de inflación rondaba el 1% diario), iba a radicalizar -¡hacia la izquierda!- el programa económico (tal, por ejemplo, lo que surgía de los ojitos de uno de los ayudantes del estudio Broda, afiliado al PI, quien me miró durante toda la semana como diciendo "el viernes morís"). Como Cronista no se publica los sábados, escuché el discurso presidencial en casa. Encendí el televisor a la hora que correspondía, pero de muy mala gana; porque por razones profesionales no podía dejar de escucharlo, aunque esperaba lo peor. Me encontré con el famoso discurso de "economía de guerra", un canto a la ortodoxia que Milton Friedman no hubiera expresado mejor (me fui a festejar con mi familia,

cenando). El mencionado ayudante de Broda, presente en la plaza junto al resto de los manifestantes del PI, me contó que dentro mismo de la columna se produjo un debate, sobre si había que abandonar el acto o no. Cuando días después, el 1 de mayo, habló delante del Congreso, Alfonsín "licuó" en buena medida el efecto creado por el referido discurso.

[La conexión entre el discurso de "economía de guerra" y el Plan Austral es clara... ahora que se conocen todos los acontecimientos. Porque el Austral comenzó a gestarse a fines de marzo de 1985, y las ideas básicas -incluyendo la del desagio- fueron presentadas a mediados de abril en una reunión que tuvo lugar en Washington entre De Larosiere, Mulford y Volcker, con Brodersohn, Machinea y Sourrouille (esto me lo contó uno de los 8 "padres" del Austral: Mario Brodersohn, Adolfo Canitrot, Alberto Devoto, Roberto Frenkel, Daniel Heymann, Roberto Lavagna, José Luis Machinea y Juan Vital Sourrouille.)

El otro episodio se refiere al lanzamiento del Plan Austral. Estaba en el aire que algo tenía que pasar ("¿a qué tasa reaccionará" [el gobierno]?, escribí en Cronista el 8 de abril de 1985), pero el del Plan Austral terminó siendo un secreto bien guardado hasta casi el lanzamiento mismo del programa. El miércoles 12 de junio las redacciones recibimos el texto del nuevo acuerdo con el FMI. Estaba trabajando sobre el documento, cuando a media tarde alguien llamó por teléfono a la redacción, diciendo: "¿escucharon algo de un programa que incluye congelamientos?". Olvidate, la clave es el documento del Fondo, respondí. Luego, como ocurría todos los días, a eso de las 7 de la tarde llegó Daniel Sticco, quien se ocupaba de escribir la síntesis de los mercados. Antes de ponerse a trabajar dijo: "¿escucharon algo del programa...?". Dos personas, por separado, diciendo lo mismo ya era demasiado. Por eso, si bien no "tiramamos del piolín" (lo cual no me perdono, porque debería haber llamado a algún miembro del equipo económico), en la tapa del jueves 13 alguien de la redacción publicó una nota para abrir el paraguas. Ambito financiero fue mucho más allá: expuso una versión del programa, que sólo parcialmente coincidió con la realidad (incluía, por ejemplo, el desagio sobre los billetes, lo cual provocó corridas, obligando al feriado cambiario y bancario del viernes); pero que desde el punto de vista periodístico se convirtió en el mayor golazo de la publicación (¿se lo filtraron a Ambito, o ellos tuvieron la misma información que nosotros, pero la trabajaron mejor? No lo sé).

[No me sumé al notable entusiasmo popular y profesional por el Plan Austral. Y no lo hice porque a la luz de la experiencia de 1973, todo plan que incluyera el congelamiento de precios me ponía los pelos de punta. Pero no busco el título de "Primer anticipador del fracaso del Plan Austral", por las siguientes razones: 1) el Austral logró lo que se propuso (eliminar la hiper); 2) no sólo lo logró sin costos, sino que generó reactivación, empleo y mayor poder adquisitivo del salario; y 3) su fracaso, debido a una mezcla de causas políticas y técnicas, no implicó inflación reprimida por "enamoramamiento oficial del congelamiento de precios". Mi opinión sobre el plan la volqué en mi "Transición hacia las urnas, confusión inicial y Plan Austral: Argentina, 1982-87", trabajo presentado en un seminario que tuvo lugar en Bolivia en agosto de 1987, e incluí en Escritos seleccionados 1981-88, Ediciones Macchi, 1989.]

Encuentros. De muchas de las personas que conocí a través de Cronista ya hablé, de muchos otros hablaré en capítulos próximos. Este es el lugar para incluir los recuerdos del resto.

Raúl Ricardo Alfonsín. Lo conocí personalmente cuando, acompañado por Bernardo Grinspun, se sometió al citado reportaje que el diario les hizo a todos los candidatos presidenciales de 1983. Seductor, como la gran mayoría de los políticos, de la conversación resultó evidente que la economía como cuestión no le interesaba, así como que para él Grinspun era el hombre en materia económica (terminó siendo su primer ministro de economía).

Lo volví a ver 5 años después en la quinta presidencial de Olivos, en vísperas del lanzamiento del Plan Primavera, compartiendo un desayuno con Eurnekián, Burzaco, Della Costa y Scibona. En dicho encuentro Alfonsín comentó risueñamente que yo hubiera ido a la entrevista sin corbata; aguantó pacientemente mi explicación basada en los cuadros y gráficos que preparé para el encuentro (le encantó el cuadro 20.1, que reproduzco al final de este capítulo, que muestra su paso por el poder en perspectiva histórica); no reaccionó cuando me permití decirle que en materia económica estaba "anestesiado"; y festejó el chiste que le conté al terminar la entrevista... contando otro. Lo voté en 1983, de lo cual no estoy para nada arrepentido, pues sigo convencido de que en aquel momento era el hombre; aprendí durante su presidencia qué significa vivir en democracia; y estoy convencido de que ingresó en la Historia, la cual va a olvidar que entregó el cargo 6 meses antes de lo previsto.

El ingreso en la quinta presidencial resultó bien ilustrativo de la distancia que hay en Argentina entre los ritos y la efectividad. Ingresamos por la entrada de la calle Villate, en el Peugeot 505 de Eurnekián que conducía él mismo. Bastó decir "venimos a un desayuno con el Presidente" para que se abriera la barrera, y un militar nos indicara algo así como "casa 6", describiéndole a Eduardo cómo llegar. Eurnekián manejó hasta donde creyó que era, y nos dimos cuenta que no era. Encontramos a un soldado apostado en una casilla de guardia interna; al preguntarle ¿nos enteramos que no sabía dónde quedaba la famosa casa 6! Seguimos un trayecto, encontramos a un jardinero, le preguntamos y obtuvimos igual resultado. Iniciamos entonces una loca carrera dentro de la residencia presidencial, que duró varios minutos, metiendo incluso el auto en algunos canteros, hasta que de casualidad pasamos delante de una casa importante en cuya puerta había un edecán; era la casa 6 (por las nuestras, en el mejor estilo Eurnekián, finalmente habíamos llegado). Me quedó muy claro lo fácil que es matar al presidente de Argentina, porque a la luz de los acontecimientos, lo único que cabía era tirarle un cañonazo a un auto no identificado que a gran velocidad circulaba por la residencia presidencial, para luego preguntar.

Julio González del Solar. Primo de Raúl Prebisch y a quien la familia del ilustre tucumano recogió de chico cuando quedo huérfano, era el (mejor dicho, uno de los) "Julio Jorge Nelson" de Prebisch. Por eso, y porque era muy vehemente (aunque notablemente cariñoso), del Solar me retó cuando no le gustó lo que escribí sobre Prebisch en Mercado el 14 de abril de 1983 (el párrafo final del mencionado artículo anticipaba que iba a recibir palos, tanto de los fanáticos de Prebisch como de sus detractores. Y efectivamente, González del Solar

y Ribas me lo criticaron). Entretenidísimo descriptor (de sus años en Harvard; de su paso por el Banco Central; de sus encuentros con el juez Pinto Krammer, cuando siendo presidente del Banco Central lo metió preso en Río Gallegos a su regreso de la reunión anual del Banco Mundial y el FMI), sentí mucho su fallecimiento, ocurrido el 8 de setiembre de 1991.

Bernardo Grinspun. Le hizo desperdiciar a Alfonsín la oportunidad que éste generó delante del "mundo económico", cuando el 30 de octubre de 1983 a los peronistas les hizo perder el invicto en las urnas (no fue el primer ministro de economía de un gobierno que arranca con grandes expectativas, que desperdició una oportunidad; Salimei hizo lo mismo en la Revolución Argentina). Grinspun, a quien luego de su gestión ministerial vi en algún concierto de la Orquesta del Banco Mayo, tiene una virtud importante: no creerse lo que no es (por eso lamento su gestión, pero su personalidad no despierta la compasión que genera el desubique).

Celestino Rodrigo. Injustamente la historia convencional no recuerda tanto a los que generan las dificultades, como a aquellos que -en condiciones poco envidiables, tanto desde el punto de vista económico como político- trataron luego de hacer algo para remediarlas. Los "destapaollas" integran mi galería de héroes; como Pinedo en 1962 y Rodrigo en 1975, cuyas gestiones comparé en "Pinedo y Rodrigo, uno corde", trabajo sobre el cual hablaré en el capítulo dedicado a la Asociación Argentina de Economía Política. A Federico Pinedo no lo conocí personalmente, cosa que lamento (a juzgar por el reportaje publicado en Competencia el 7 de octubre de 1971, tiene que haber sido un tipo muy talentoso y divertido); a Rodrigo, en cambio, lo conocí en 1985, cuando le hice un reportaje al cumplirse 10 años del "Rodrigo" o, como él prefería decir, el "Sindicalisazo" (reproducido en La economía que yo hice - volumen II, El Cronista Comercial, 1986). Desde la cárcel me había enviado una carta, agradeciendo mi análisis sobre su paso por el Ministerio de economía. Almorzamos unas pocas veces. Siempre me pareció una persona bien intencionada, que buscaba rescatar para el conocimiento público su participación en la primera gestión de Perón desde el banco Industrial, así como su independencia con respecto a José López Rega, y que hablaba con calma, entereza y ausencia de rencores, de los años que involuntariamente tuvo que vivir preso en Villa Devoto, a raíz del famoso cheque para la Cruzada de la Solidaridad. Sentí su fallecimiento, ocurrido en diciembre de 1987.

Jorge Wehbe. Su trayectoria ministerial es singular: ministro en 3 oportunidades, récord que comparte con Juan J. Romero y Federico Pinedo, con una permanencia total en el cargo de 708 días, fue siempre el último ministro de economía de su presidente (de Frondizi, durante 11 días en 1962; de Lanusse, durante 224 días en 1972 y 1973; y de Bignone, durante 473 durante 1982 y 1983). Sus 3 ministerios comenzaron, en décadas seguidas, en años que terminaron con 2 (en el momento de escribirse esta parte de la obra, setiembre de 1992, todo indica que su récord está por quebrarse, lo cual lo pone muy feliz... lo mismo que a Cavallo). Siempre pensé que fue el hombre para el puesto; porque el ministro que necesita un país cuyo gobierno se retira es el ministro-administrador, el ministro-aguantador, el ministro-que no espera nada, excepto hacer lo menos traumático posible un camino inevitablemente complicado. Cuando se los mira en términos absolutos, los resultados económicos de sus gestiones no son envidiables; a la luz de las circunstancias en que fueron generados, a Wehbe le debemos más de lo que parece.



Lo conocí entrevistándolo para Cronista (en el último reportaje que le hice, el día posterior al triunfo electoral de Alfonsín, estaba eufórico. "Ayer comenzó a cerrarse el ciclo iniciado en 1946", afirmó con entusiasmo). Viéndolo agobiado una tarde en su despacho ("En este puesto se necesitan más espaldas que cabeza", me confió), le organicé un asado en mi casa de Flores, invitando a otros tan locos como yo, también coleccionistas de cuentos (como Mario Hugo Azulay, Saul Mirsky y Mario Piñeiro, entre otros). Wehbe, quien como nosotros estuvo acompañado por su esposa, pasó una noche feliz, comiendo, riendo, sin que nadie le hablara de economía. Desde su salida del ministerio nos vemos y nos carteamos, lamentablemente muy esporádicamente.

Estadísticas. Porque Cronista lo precisaba, porque yo tenía ventaja comparativa, y porque además me gustaba, complementé mi aporte cotidiano al diario con un trabajo referido a los cuadros estadísticos, particularmente a aquellos que describen el funcionamiento de los mercados. Tal como era de esperar, las modificaciones fueron introducidas de manera gradual.

Exactamente una semana después de haber ingresado al diario inauguré en tapa el Cuadro de situación: el día en cifras, adaptado de uno de los que usaba en Momento económico, mi programa de Canal 11. Dicho cuadro presentaba el nivel que en la víspera habían registrado una decena de variables claves, nacionales e internacionales, con sus respectivas variaciones diaria, semanal y mensual. Pocos días después, cuando el INDEC publicó su estimación del aumento de los precios correspondiente a abril de 1982, estrené una nueva forma de presentar los resultados... que todavía está en uso. La tercera modificación de corto plazo, el Cotizómetro, un indicador único que a partir de varios buscaba cuantificar expectativas, resultó ser una buena idea pero muy sensible a los cambios en alguno de sus componentes, por lo que finalmente lo dejé de lado.

Los cambios más importantes aparecieron un poco más de un año después de haber ingresado a Cronista. En efecto, el 11 de agosto de 1983 vio la luz agosto financiero, anticipo de lo que luego sería la Síntesis Financiera Nacional, y el 31 del mismo mes y año lancé el Nuevo índice bursátil ECC, que todavía está en uso. En mayo de 1984 "mercados" apareció como sección con entidad propia, con los cuadros totalmente renovados (las síntesis financieras nacional e internacional, que por el tamaño que adquirieron hubo que publicar apaisadas, le resultaron muy útiles a los lectores); la sección fue reestructurada nuevamente en abril de 1988 y, a mi cargo aunque ya estaba fuera de Cronista, otra vez más en 1991.

El diseño de los cuadros se complementó con una lucha diaria, para que tanto "mis muchachos" de la sección mercados como los del taller, copiaran bien las cifras (cualquiera comprende que a un operario del taller de un diario le da lo mismo si el déficit de los ferrocarriles es de 150 millones de dólares, 750 millones de dólares o 750 mil millones de dólares; pero al lector que al otro día tiene que posicionarse sobre la base de la información, como aquel que firmó un contrato cuya liquidación depende de lo que Cronista diga cuál fue el valor de determinada variable en cierto momento, en modo alguno le da lo mismo). Obtuve victorias sólo parciales; a veces me consolaba viendo que la competencia cometía errores mayores.

[Las páginas de Cronista testimonian la velocidad e intensidad con la que me fui familiarizando con el uso de la computadora personal que el diario compró a mediados de 1985, tema del que me ocuparé más adelante.]

Premio ECC a estudiantes universitarios. Una de las tareas más simpáticas que encaré en Cronista, y que entusiasma tanto a mi secretaria Carla Panichi que la prioriza frente a cualquier otra tarea alternativa, fue la de implementar una idea que, casi accidentalmente, surgió en una reunión de trabajo a comienzos de 1987. En efecto, cuando el siempre inquieto Eurnekián preguntó por iniciativas que debía encarar el diario, Raúl Aljanati propuso organizar un concurso para estudiantes universitarios. Entusiasmado, pedí hacerme cargo, rechazando la propuesta de que las universidades, institucionalmente, nombraran a los jurados ("Cronista tiene suficiente poder de convocatoria como para que podamos establecer nosotros mismos a los jurados". Buena parte del inmenso prestigio que tiene el premio ante los estudiantes, surge de la total independencia que tienen los jurados).

Hasta el momento de escribirse esta parte de la obra el premio registra 5 camadas: las de 1987, 1988, 1990, 1991 y 1992 (Eurnekián me reprochó no haberlo hecho en 1989, lo cual se explica porque en marzo/abril de dicho año, época en que se integran los jurados y se lanza la respectiva convocatoria, yo estaba "distráido" con la hiper)<sup>1</sup>. En las 5 ocasiones el formato fue el mismo: se invitó a estudiantes universitarios a que presentaran trabajos escritos, para participar en un concurso con tema libre, en las categorías de economía, administración de empresas y contabilidad y auditoria. Dichos trabajos -alrededor de un centenar por año, que se presentan con seudónimo- son evaluados por un jurado integrado por 3 miembros (normalmente uno de Buenos Aires y 2 del interior del país), quienes identifican los premios primero, segundo y tercero, así como aquellos que merecen ser mencionados. No formo parte del jurado, pero asistí en calidad de "secretario" a todas las reuniones, por lo que soy el custodio de los sobres que contienen los verdaderos nombres de los autores, los cuales abro recién una vez que los jurados terminaron su proceso de identificación de galardonados.

El cuadro 20,2, que aparece al final de este capítulo, sintetiza numéricamente los resultados del premio ECC (hoy EC) a estudiantes universitarios durante su primer lustro de existencia. Puede observarse que sumando las categorías economía, administración de empresas y contabilidad y auditoria, se presentaron 519 trabajos, de los cuales se premiaron 45 y se mencionaron 74. En otros términos, uno de cada 5 trabajos merecieron, a juicio de los jurados, algún tipo de galardón. Como algunos de los trabajos fueron escritos por más de un estudiante, en el mismo período el premio EC generó 60 premiados y 103 mencionados. 5 de cada 6 premiados son varones (sólo 4 de cada 7 lo son, en el caso de los mencionados). 3 de cada 4 premiados estudió en universidades públicas (2 de cada 3 en el caso de los mencionados). Administración de empresas es la categoría donde la participación de la universidad privada es mayor que en el resto de las categorías, tanto en premios como en menciones. La desagregación de los premiados y mencionados por institución se explica por sí misma.

---

<sup>1</sup> En total el premio se otorgó durante una década. La lista completa de los jurados, premiados y mencionados puede consultarse en "Premio Cronista: 10 años de una buena idea", [www.juancarlosdepablo.com.ar](http://www.juancarlosdepablo.com.ar).

Por estar a cargo del premio EC soy testigo de la admiración de algunos de los jurados al observar el talento que hay en algunos miembros de las generaciones que nos siguen; la emoción que genera la entrega de galardones, tanto en los muchachos y chicas como en sus familiares y amigos, en la fiesta que anualmente se lleva a cabo en las instalaciones del diario (sólo un tonto resiste la tentación de contagiarse la emoción que siente una madre, una abuela, un tío o una novia, cuando premian al "nene"); y registrar cómo -con el correr del tiempo- aquellos que "pintaban" como estudiantes distinguidos comienzan a sobresalir en sus respectivas disciplinas. Dicho de otra manera: la de Aljanati, finalmente, resultó ser una buena idea, porque permite movilizar la energía de algunos de los muchachos y chicas que estudian en las universidades argentinas, públicas y privadas, de cualquier punto del país, para que emerja de entre ellos el talento, la laboriosidad, así como el hecho de vencer las mil dificultades que a esa edad implica terminar un trabajo escrito.

[Y como si esto fuera poco, en un par de oportunidades -primero en Florida y Cangallo, luego en playa Grande- firmé publicidad televisiva para Cronista, cuando el diario lanzó su tarjeta Chance. Relataré estos divertidos episodios en el capítulo dedicado a medios de comunicación.]

. . .

Mientras trabajé en Cronista viajé mucho, dentro y fuera del país (algunos viajes se los debo al diario, confirmando el dicho de Horacio De Dios, según el cual "periodista es la forma más divertida de ser pobre"; otros ocurrieron durante mi permanencia en Cronista pero se debieron a mi condición de economista).

No viajaba a países no limítrofes desde comienzos de 1981; en algún momento de 1984 comenzó una racha que, aunque de intensidad variable, afortunadamente no paró más (mi actual pasaporte es cuadruplicado del original). Esta racha me llevó a España en mayo de 1984, junio de 1987 y mayo de 1988; a Brasil en mayo de 1985, abril de 1986 y junio de 1987; a los Estados Unidos en setiembre de 1985, mayo y junio de 1986, febrero y setiembre de 1987 y comienzos de 1989; a Chile en enero de 1986; a Helsinki en agosto de 1986; a Australia en setiembre de 1986; a Bolivia en agosto de 1987; a Japón en noviembre de 1987; a Panamá en diciembre de 1987; a México en octubre de 1988 y marzo de 1989; a Israel en enero de 1989 y a Alemania en abril de 1989. A continuación vuelco los recuerdos más importantes referidos a los viajes más significativos (de algunos ya hablé, de otros voy a hablar más adelante).

Política económica argentina en Toledo. continuación de un encuentro desarrollado en Oxford en 1981, del que surgió Di Tella, G. y Platt, C. (eds.): The political economy of Argentina, 1880-1945 (Macmillan press, 1985), entre el 21 y el 24 de mayo de 1984 tuvo lugar en Toledo una de las conferencias más instructivas de todas las que participé, de la cual surgió Di Tella, G. y Dornbusch, R. (eds.): The political economy of Argentina, 1946-83 (Macmillan press, 1989).

[El conflicto de Malvinas explica por que el segundo encuentro no tuvo lugar en Oxford.]

La conferencia me resultó inolvidable por 2 razones, la primera de las cuales fue el lugar en que se desarrolló: el edificio construido para albergar al convento de San Juan de la Penitencia, ubicado en el corazón mismo de la parte vieja de la ciudad de Toledo, el cual está ahora en manos de la Fundación Ortega y Gasset.

Como muchas viejas construcciones de Europa, la del convento conserva externamente su estilo arquitectónico original, pero está totalmente renovada por dentro. Como los participantes éramos pocos, vivimos todos en "el convento". Al ingresar en cada cuarto se enfrentaban 3 puertas: la del frente daba al baño, y las de los costados a un par de diminutas celdas monacales, en cada una de las cuales había una cama, una repisa, una pequeña mesa y una silla, sin teléfono, radio o televisión. Las reuniones tuvieron lugar en la pequeña biblioteca de la institución.

La otra razón por la cual la reunión de Toledo me resultó inolvidable fue que para analizar lo que ocurrió con la política económica desde la Segunda Guerra Mundial hasta 1983, Di Tella y Dornbusch organizaron un encuentro en el cual juntaron a algunos académicos que se especializan en analizar políticas económicas... con los ministros que las habían llevado a cabo (no conozco algún esfuerzo parecido, anterior o posterior al que menciono, referido a ningún país del mundo). Concretamente, Pedro Alhadeff, Alec Cairncross, Carlos F. Díaz Alejandro, Guido Di Tella, Rudiger Dornbusch, Jorge Fodor, Pablo Gerchunoff, Alieto A. Guadagni, Albert O. Hirschman, José Luis Machinea, Geoffrey Maynard, Franco Modigliani, Yair Mundlak, Alberto Petrecolla, Larry Sjaastad y yo, discutimos nuestras ideas sobre la política económica de Argentina delante de Roberto T. Alemann, Alvaro C. Alsogaray, Domingo F. Cavallo, José María Dagnino Pastore, José Alfredo Martínez de Hoz, Alberto Solá (secretario durante la gestión Krieger Vasena) y Jorge Wehbe.

[Gran mérito de los organizadores, particularmente de Di Tella, porque a las dificultades propias del armado y desarrollo de este tipo de encuentros -que sólo conocen los que alguna vez lo hicieron-, se les sumaron los roces propios de la pequeñez. Como que el cóctel que tenían preparado las autoridades argentinas no se hiciera, por la presencia de Martínez de Hoz. Guido, al parecer, dijo: "Todos o ninguno". Ninguno.]

La mecánica de la conferencia fue la siguiente: cada uno de los 7 tramos en que se dividió el período citado ocupó medio día de deliberaciones. En cada tramo un académico presentó un trabajo (ejemplo: Larry Sjaastad, sobre Martínez de Hoz), luego otro o un par de académicos hicieron los comentarios correspondientes (ejemplo: Modigliani, sobre el trabajo de Sjaastad), seguido por una pausa para tomar café. La novedad de la reunión de Toledo consistió en que al reanudarse la sesión Martínez de Hoz hizo uso de la palabra, presentando su versión "desde adentro" y comentando lo que acababa de escuchar, luego de lo cual el resto de los

presentes tuvo ocasión de hacer conocer sus puntos de vista; cerró las deliberaciones el autor del trabajo.

[Me tocó analizar la gestión económica de José María Guido. Mi presentación no convenció a mi comentarista Graciela Kaminsky... pero sí a los ex-ministros presentes. No me sorprendió, porque el trabajo dice que en ese momento las autoridades económicas entendían mejor lo que estaba ocurriendo, que los académicos que interpretaban la política y los resultados económicos. El trabajo fue reproducido en Escritos seleccionados 1981-88, Ediciones Macchi, 1989.]

El buen clima que reinó en el encuentro permitió absorber el hecho de que, civilizadamente, varios de los participantes "pasaran su avisito" y se registrara algún que otro intenso intercambio de palabras. En materia de avisos recuerdo que Cavallo habló de las cifras del segundo trimestre de 1982, las anteriores a su gestión como presidente del Banco Central, como si no hubiera existido el conflicto de Malvinas; que Martínez de Hoz habló de las exportaciones de 1980 como si el país no se hubiera beneficiado por el embargo cerealero; que Alemann habló de la caída de la tasa de inflación sin mencionar el congelamiento de salarios y tarifas; y que Alsogaray habló de los bonos como si los empleados públicos que no tuvieron más remedio que venderlos de inmediato, no hubieran experimentado importantes quitas en sus ingresos reales. Hubo encontronazos simpáticos, como cuando al "Joe" Martínez de Hoz, Modigliani le dijo en la cara: "con estos datos; ¿no se daba cuenta de que iba hacia al precipicio?"; y agarradas no tan simpáticas como las que protagonizaron Sjaastad y Dornbusch sobre Martínez de Hoz; Sjaastad y Modigliani sobre la economía de los Estados Unidos; y Dagnino Pastore y Cavallo sobre la política económica de mediados de 1982 (este último, al darse cuenta de que había perdido los estribos, aclaró que "hablo fuerte, pero no porque estoy enojado sino porque nací en el campo"). Para no dejar de crear precedentes, la primera cosa que hizo Martínez de Hoz cuando le tocó el turno para hablar fue... solicitar más tiempo (le fue concedido, pero igual no le alcanzó; esa sesión terminó como a las 10 de la noche).

Es claro que ningún encuentro referido al pasado puede transformar resultados económicos desastrosos en exitosos. Lo que se buscó en Toledo fue entender qué nos había pasado, frustrando las "expectativas universales" ("Si en 1945 me hubieran preguntado: '¿qué país espera usted que experimente el despegue más dramático en las 3 próximas décadas?', probablemente hubiera contestado lo siguiente: 'Argentina está en la ola del futuro. Tiene clima templado. Su densidad de población le proporciona una buena relación con los recursos naturales. Por accidente histórico su actual población es relativamente homogénea, descendiente de Europa Occidental. Y en 1945 está en el proceso medio de desarrollo, a partir del cual el crecimiento es más esperable'. Y cómo me hubiera equivocado", dijo Samuelson en México en 1980, hablando sobre la economía hasta el fin del Siglo XX. Reproducido en Collected Scientific Papers, volumen 5, pags. 892-93). Y para entender, el encuentro de Toledo fue inigualable.

Mi síntesis del evento, cuya versión periodística publiqué en Cronista el 29 de mayo de 1984, y cuya versión profesional incluí en Carta económica de junio de 1984, fue la siguiente:

"La experiencia argentina de las últimas décadas muestra, trágicamente, que la búsqueda de evitar un ataque directo a los grandes problemas, como el fiscal, como el monetario, como el comercial, como el de una correcta inserción en la economía mundial, termina en estancamiento, en inflación, en falta de oportunidades, en... frustración a nivel muy profundo".

[Hubo que esperar 5 años más para que pudiera comenzar un proceso que, Dios quiera, haya iniciado la recuperación estructural de la economía argentina; proceso que, no está de más resaltarlo, lo lidera uno de los asistentes al encuentro de Toledo.]

Porque las deliberaciones fueron intensas y prolongadas, apenas pude recorrer la ciudad que con Any habíamos conocido en 1975, pero los participantes pudimos admirarla cuando al finalizar el cóctel de bienvenida, y guiados por Soledad Ortega, nieta de "don José", subimos hasta el mirador del convento, desde el cual se puede apreciar una magnífica vista del Toledo antiguo (en particular, de una impactante cúpula que de noche iluminan). Ante tal espectáculo le dije a Carlos Díaz, quien en ese momento estaba a mi lado: "Soy liberal a ultranza, pero no le permitiría al Sheraton comprar aquí un 'terrenito' para construir una torre". Cuando volví a Toledo en 1987 pude admirar la porción vieja de la ciudad desde la sensacional vista panorámica que tiene un parador ubicado al otro lado del río Tajo.

Un mediodía hicimos un pequeño alto en las deliberaciones para correr hasta la iglesia de Santo Tomé, en cuyo interior está el famoso cuadro del entierro del conde de Orgaz, pintado por El Greco. Lo cual generó un espectáculo que sólo los argentinos podíamos captar: ver caminando juntos, casi "tomados de la mano", a Alsogaray y a Martínez de Hoz, a Dagnino Pastore y a Cavallo, etc. Casualmente nos vio un argentino que importaba relojes de Suiza, y que como ese día no tenía nada que hacer estaba holgazaneando en Toledo, y no pudiendo creer lo que veía se me acercó y me preguntó qué significaba lo que tenía delante de sus ojos. Le expliqué y, picado por la curiosidad, averiguó si podía asistir a las reuniones. No lo dejaron.

Un par de noches algunos nos escapamos de la tertulia final. En una de ellas, en un pequeño restaurante Eliana Cardoso, Rudiger Dornbusch, Carlos Díaz y yo encontramos a Franco y Serena Modigliani festejando tiernamente (¿45?) años de casados. Otra noche, luego de cenar, salimos con Carlos Díaz y Pedro Alhadeff a caminar por las callecitas del viejo Toledo. Luego de un rato entramos en un bar solitario donde, cognacs mediante, entramos en conversación con el encargado, un español que en vez de explicar, hablaba y gesticulaba, y a cada rato nos decía "Ud. me entiende". Como le decíamos que no, volvía a explicar (su problema era el ingreso de la droga desde el norte de Africa).

Volví a casa en cuanto terminó el encuentro, cosa que no hizo casi nadie porque; ¿quién tiene apuro por abandonar Europa para volver a Argentina en la mañana de un 25 de mayo? Alsogaray y yo. Encima, viajamos en un vuelo de Iberia que salió de Madrid media hora después que otro de Aerolíneas Argentinas que hacía vuelo directo, mientras que el nuestro hizo escalas en Río, San Pablo y Montevideo. Resultado: que en una máquina capaz de transportar varios cientos de pasajeros, exagerando un poco sólo volamos Alsogaray y yo (hablamos en las escalas, porque don Alvaro viajó en primera y yo en turista). En Buenos Aires

Roberto Reboursin, un ingeniero devoto seguidor de don Alvaro, me acercó hasta mi casa, donde estuve poquísimas horas porque a la noche viajé a Mar del Plata, en el único vuelo que por razones climáticas salió de Aeroparque; en Mar del Any, Gabi y Ceci me esperaban para estrenar el departamento que acabábamos de comprar.

Completo mis recuerdos de Toledo con notas referidas a algunos de los otros participantes.

Alvaro C. Alsogaray. Por razones que explicaré más adelante, abrazar de manera entusiasta las ideas liberales no me resultó fácil. Sin saberlo, Alsogaray prolongó el proceso. Esto le resulta evidente a cualquiera que lo haya escuchado o leído a fines de la década de 1960 y comienzos de la del 70, cuando para argumentar en favor de las "verdaderas" ideas económicas, las de von Hayek, Pinay y Rueff, denigraba sistemáticamente a los "brujos" de la economía, los "expertos", los planificadores y los keynesianos (su "Moneda, inflación y estatismo", incluido en: Pinedo, F.: La Argentina. Su posición y rango en el mundo, Editorial Sudamericana, 1971, es un buen ejemplo de lo que estoy diciendo), y se burlaba de los "híbridos" en materia de política económica, justo en el momento de mayor brillo de la pretensión samuelsoniana de lograr la "síntesis neoclásica", esto es, la combinación en un modelo único de las macroeconomías clásica y keynesiana (cuestión que se analiza en detalle en Feiwel, G. R.: Samuelson and neoclassical economics, Kluwer, 1982).

Mucho tiempo después me di cuenta de que cuando hablaba así, Alsogaray no se estaba refiriendo a mí. En la actualidad don Alvaro (a quien conocí personalmente en 1975, cuando a mi pedido organizó un almuerzo mi ex alumno Joaquín Arturo Acuña, ascendido a general y a cargo de la Escuela Superior Técnica del Ejército, que funciona en Cabildo 15), me genera sentimientos encontrados: de admiración y agradecimiento, por una parte, por su colosal "patriada" en favor de la introducción de las ideas liberales en Argentina, en el plano político primero y, por rebote, en planos como el académico, periodístico, etc. "Hombre de espaldas anchas", durante décadas aguantó agresiones físicas, insultos y ridiculizaciones, sosteniendo un predicamento casi solitario, y arriesgando todo a partir de mayo de 1989 por un Menem que en ese momento era una gran incógnita (con el tiempo esta labor resultará nítida; ahora -1992- aparece empañada por las vicisitudes de la UCEDE, a las cuales él no es ajeno); y de casi rechazo por la otra, porque es antipático (con todo respeto y cariño, Alsogaray actúa como si hubiera tomado cursos de antipatía; es increíble la facilidad con la cual irrita a personas con las cuales, en el fondo, está de acuerdo. Es noticia cuando habla bien de alguien, así como Krieger Vasena lo es cuando critica a alguien).

[Al seminario de Toledo, Alsogaray vino acompañado por su esposa y su hija. En 1984 María Julia era horrible.]

Guido Di Tella. Apenas lo vi en el Instituto homónimo mientras trabajé en él; discutimos con intensidad una estimación que en mayo de 1973 yo había publicado en Indicadores de coyuntura sobre el tamaño de la inversión extranjera en Argentina; con el pánico que me producía el peronismo a comienzos de 1970, no me hizo ninguna gracia que Guido

formara parte de la comitiva que viajó a Europa para acompañar a Perón en su regreso al país en 1972 (lo invitamos a almorzar Adela Elizalde, Ricardo Mase y yo, y nos explicó civilizadamente cosas que en ese momento mi estado de ánimo me impedía conceptualizar); fue uno de mis entrevistados en el libro que sobre Los economistas y la economía argentina armé en 1975, que ya describí en el capítulo dedicado a FIEL; habló en la Librería Del Colegio, en la presentación de mi Economía política del peronismo, El Cid editor, 1980 (junto con su Perón-perón, Editorial sudamericana, 1983, las "referencias obligadas" para quien quiera entender el gobierno peronista de 1973-76); me invitó a participar como autor en el seminario de Toledo, como acabo de explicar; y desde entonces hemos charlado informalmente muchas veces.

En febrero de 1990 Guido "estuvo ahí" cuando, en mi calidad de ciudadano argentino hambriento, un día a eso de las 10 de la noche llegué hasta la residencia del embajador argentino ante los Estados Unidos, y en su cocina me sirvió personalmente queso y coca cola; y también cuando en dicho encuentro le planteé la dificultad que tenía en una negociación que mantenía con Henry Kissinger, referida a la publicación de un libro mío. Le tengo enorme estima a Di Tella, quien de tanto en tanto tiene dificultades porque habla como si estuviera participando eternamente en un seminario en Oxford.

José Alfredo Martínez de Hoz. Conocí a quien nunca llamé "Joe" cuando, presidiendo el Acindar y trabajando yo en FIEL, me propuso escribir algunos comunicados de la empresa, trabajo que rechacé. Durante la tregua de precios, es decir, en algún momento del segundo trimestre de 1977, nos encontramos en un almuerzo de pocas personas organizado por Carlos C. Helbling (allí fue la última vez que hablé con Francisco García Olano); durante su gestión volvimos a almorzar en un par de oportunidades, ambas en el Ministerio de economía, la primera el 11 de julio de 1980 -episodio que ya relaté- y la segunda durante la transición Videla-Viola; y desde que "trabaja" de ex-ministro de economía almorzamos varias veces en su departamento del Edificio Cavanagh. A fines de 1991 lo entrevisté en Momento económico, a propósito de la publicación de su 15 años después (Emece, 1991).

[No formé parte de su equipo económico, ni integré el círculo de quienes consultaba. Tengo entendido que "alguien" sugirió mi nombre para que integrara su equipo, pero que "un importante miembro" del mismo objetó; de todo lo cual me enteré mucho después. La amistad que desarrollamos es posterior a su segundo paso por el ministerio.]

Cuando se cultiva el periodismo escrito no hay forma de negar lo que alguna vez se afirmó: lo que de la gestión Martínez de Hoz pensé contemporáneamente se conserva en las aproximadamente 120 columnas que publiqué en Mercado entre abril de 1976 e igual mes de 1981, con la mitad de las cuales forme mi El proceso económico: cómo lo vi y cómo lo veo, El Cronista Comercial, 1981; mientras que la visión retrospectiva del periodo aparece en mi "Proceso a la economía del Proceso", reproducido en Escritos seleccionados 1981-88, Ediciones Macchi, 1989, y en el libro que sobre política económica argentina entre Frondizi y Alfonsín, escribí para el Banco Mundial con Alfonso J. Martínez, sobre el cual voy a hablar más adelante, y cuyo inglés el propio Martínez de Hoz mejoró sensiblemente.



Mientras fue ministro, critiqué la gestión Martínez de Hoz durante su primer año, defendiéndola después, recomendando -como expliqué- que renunciara a su cargo en cuanto fuera elegido el sucesor del presidente Videla. Con la perspectiva que dan los años, sobre su gestión sintéticamente pienso lo siguiente: Martínez de Hoz fue más claro en sus ideas que en sus implementaciones; creía demasiado en la persuasión (por eso tantos discursos, tan largos); tuvo menos poder del que le suponen sus críticos; y, como expliqué en el capítulo anterior de esta obra, los desequilibrios existentes en setiembre de 1980 fueron notablemente magnificados por la transición Videla-Viola, cuya responsabilidad recae exclusivamente en el presidente entrante. Todo esto va resultar claro a medida que pase el tiempo cuando, al calmarse las pasiones, se miren los hechos antes de pasarse al plano de los adjetivos calificativos.

En el plano personal, Martínez de Hoz es sencillamente encantador. Me fascina su permanente visión constructiva sobre lo que hay que hacer en el país, así como la forma aparentemente "deportiva" en que parece haberse tomado las molestias que resultaron de su paso por el ministerio (incluyendo los 79 días que estuvo preso en 1988). Lo acompaña el sentido del humor de su mujer quien, como expliqué en el capítulo anterior, contraataca a través de la sección cartas de lectores de La Nación, los rumores referidos a presuntas propiedades de su marido (si Martínez de Hoz tiene la fortuna que le atribuye el folklore, entonces es un millonario excéntrico; porque en el departamento que habita desde hace un muy buen número de años, no hay un sólo indicador de riqueza monumental).

[Quienes lo "acompañamos" espiritualmente mientras estuvo en la cárcel no fuimos solamente algunos argentinos. El "australiano" Max Corden (nacido en Alemania), mi jefe en el referido proyecto del Banco Mundial, me pidió expresamente que le transmitiera al Joe sus simpatías por el mal trance que estaba atravesando (Corden nunca había hablado con Martínez de Hoz, pero como cualquier persona que despolitice la cuestión, entendió la diferencia que existe entre un posible error de política económica y una cuestión judicial).]

Testigo de la crisis brasileña. Conocí Brasil en 1965, cuando concurrí en San Pablo a un seminario organizado por la Brookings Institution; retorné en 1972 o 73, cuando con Any llegamos hasta Bahía utilizando un par de pasajes aéreos que había recibido en retribución por columnas periodísticas; volví en 1979, cuando en Río asistí a un seminario organizado por Williamson y en 1981 cuando con la familia veraneamos en Bahía. Pero recién desde 1985 comencé a seguir sistemáticamente la evolución económica del país vecino (el proceso anterior, que durante 2 décadas de gobierno militar generó 4 brillantes administraciones económicas, bajo Roberto de Oliveira Campos, Antonio Delfim Netto, Enrique Mario Simonsen y otra vez Delfim, lo seguí principalmente leyendo columnas periodísticas magníficamente escritas por Campos).

[Es difícil para cualquier país conseguir un ministro de economía del calibre de alguno de los 3 nombrados; es casi imposible conseguir 3, y encima consecutivos. Brasil lo logró... y ahí están los resultados. En el fondo de su corazón, estoy seguro de que muchísimos brasileños anoran la vuelta al cargo público de cualquiera de estos ilustres caballeros. Veremos durante cuánto

tiempo la impresionante crisis que Brasil está padeciendo en momentos de escribirse esta parte de la obra -octubre de 1992- se puede dar el lujo de ignorarlos, con la argumentación de que fueron ministros durante un gobierno militar.]

La ocasión me la proporcionó la Fundación Getulio Vargas, gracias a Dornbusch, como expliqué en el capítulo anterior. En efecto, a comienzos de mayo de 1985 la institución organizó un seminario internacional sobre "economía, hiperinflación e inflación explosiva", en el cual expusimos Dornbusch, Fischer, Simonsen y yo. Presenté un trabajo titulado "inflación, alta inflación, altísima inflación e hiperinflación o, si se prefiere, hiperinflación tipo I y tipo II", el cual no me pareció suficientemente interesante para incluirlo en mis Escritos seleccionados 1981-88, Ediciones Macchi, 1989, pero que -lamentablemente me enteré tarde- al economista brasileño Antonio Barros de Castro sí le pareció valioso.

Lo más destacable de esa reunión fue que tuvo lugar muy poco después del fallecimiento de Tancredo Neves, quien el mismísimo día en que tenía que hacerse cargo de la presidencia de Brasil, para llevar adelante una transición política de 5 años, luego del referido par de décadas de gobierno militar, no tuvo mejor idea que... morir, de manera que la tarea recayó en el vicepresidente, José Sarney. A la luz de los acontecimientos, y de la evidente preocupación del público (unos 200 ejecutivos), en cuanto terminé la prevista pronuncié una segunda conferencia, sobre "la economía durante la transición a la democracia", aclarando que mi condición de experto en la materia derivaba de la lamentablemente abundante experiencia argentina sobre el particular. Dije que, contrariamente a lo en ese momento afirmaban las autoridades y los expertos económicos, la experiencia de nuestro país indicaba que los mejores indicadores económicos de una transición hacia la democracia eran los iniciales, de modo que de ahí en más tenían que esperar deterioros. No me equivoqué; a fines de 1989 la transición terminó en una hiperinflación.

En ese contexto, si bien los asistentes nos prestaron atención a los expositores extranjeros, esperaban con singular ansiedad la palabra del "aborigen". La exposición de Simonsen fue un verdadero show: ocurre que Enrique es un talento que misteriosamente bebe cerveza, fuma, ríe, respira y habla, todo al mismo tiempo. Como lógicamente disertó en portugués, y no en portuñol, ese delicioso idioma que los brasileños captan con facilidad y dominan a la perfección, y que a nosotros nos cuesta tanto aprender a hablar, me perdí una parte de lo que dijo (además de buen economista, Simonsen es un experto en ópera).

A fines de abril de 1986 la Getulio Vargas volvió a organizar un encuentro de características similares a las del año anterior, pero con los planes Austral y Cruzado lanzados (en junio de 1985 y febrero de 1986 respectivamente), el tema del seminario fue, naturalmente, el de "terapias antiinflacionarias". Participamos Oscar Camilión (a quien invitaron gratis, lo cual no le hizo gracia cuando se enteró que al resto nos habían pagado), Dornbusch, Simonsen y yo. Rescato de este encuentro que resultó contemporáneo con el desastre nuclear de Chernobyl.

Por último, el 25 de junio de 1987, hablé delante de una concurrencia multitudinaria reunida en el Sexto Congreso Mundial de Compras y Suministro de Materiales. En la víspera

había hablado Henry Kissinger, a quien le pagaron u\$s 25.000. Me dejaron la pelota picando frente al arco: comencé mi discurso diciendo que no estaba ofendido porque a mí me hubieran pagado un poco menos que a él, sino por el hecho de que de eso me había enterado...¡por los diarios!

[Conferenciar en Brasil posibilita interactuar con un pueblo que -independientemente de las circunstancias- tiene una alegría sanamente envidiable por vivir. "¿Tudo ben"? preguntan, no importan la miseria, la inflación y la recesión que tengan. Los amo intensamente por eso.]

Empresas en los Estados Unidos y en Alemania. Fui a Brasil porque soy economista; en cambio, conocí algunas instalaciones de IBM en los Estados Unidos y de Siemens en Alemania porque entonces trabajaba en Cronista.

¿Por qué las empresas invitan a los periodistas a conocer sus plantas y oficinas?. Por razones de corto y de largo plazo: la de corto plazo es la publicidad implícita en el racconto que el hombre de prensa hace cuando vuelve a su medio, la cual normalmente es más barata -y más creíble, aunque no 100%- que lo que le hubiera salido publicar una solicitada cubriendo la misma cantidad de papel escrito o minutos de emisión; la razón de largo plazo es la de introducir en la "memoria" de los periodistas, la existencia y características de la empresa que invita, para que -frente a una crisis- haya a quien recurrir con rapidez para dar a conocer su punto de vista.

A fines de setiembre de 1985 volví a los Estados Unidos, luego de una década de ausencia, con Gerardo López Alonso de Mercado y Gustavo Soriani de IBM, para recorrer durante una semana instalaciones de esta última empresa; como la de fabricación de "PCs" en Boca Ratón, Florida; la de "chips" en Burlington, Vermont; las oficinas de Nueva York y la de fabricación de programas (software) en Santa Teresa, a una hora y media de San Francisco. Lo cual implicó viajar en clase intermedia por primera vez en mi vida (en primera, entre Buenos Aires y Miami, para lo cual me preguntaron si tenía algún inconveniente -sic- en que me subieran de categoría); cenar en un restaurante al que se podía acceder por auto o por barco; ser trasladado en limusina; utilizar -con extras incluidos- hoteles como el Plaza de Nueva York, una semana después que los ministros de finanzas de un conjunto de países del Primer Mundo celebraran allí "el acuerdo del Plaza"; y ver en Nueva York La jaula de las locas, lo que luego me permitió comprobar que la puesta que Tato Bores y Carlos Perciavalle hicieron en Buenos Aires tuvo muy poco que envidiarle a la versión original. Al regresar a casa, el periodista debe darse una "ducha de agua fría", para volver a su realidad.

Con sus 394.000 empleados y 792.000 accionistas, IBM me impactó. Una fábrica moderna no se visita sino que se "espía", observando videos y discutiendo las preguntas resultantes con personal de la empresa. De la experiencia me quedaron grabados la grandiosidad del tamaño de las instalaciones; la intensidad del cambio tecnológico (en aquel momento se fabricaba el chip de 1 mega -1.000.000 de bites-, y se trabajaba en el de 4 megas; cuando menos de 4 años después visité Siemens, se producía el chip de 16 megas y se pensaba en el de ¡64 megas! En San Francisco vimos 2 máquinas de igual tamaño físico, una ubicada al

lado de la otra; una de ellas, fabricada a mediados de la década de 1950, era la primera versión de "algo"; la otra, su equivalente modelo 1985, ¡era 1.000 veces más poderosa!. De ahí lo apropiado de la siguiente cita: "Si en entre 1955 y 1985 en la industria del automóvil hubiera ocurrido lo que pasó en la de las computadoras, un Rolls-Royce costaría u\$s 2,50 y daría 2.000.000 de millas por galón", que leí al comienzo del trabajo de Gordon, R. J.: "The postwar evolution of computer prices", National Bureau of Economic Research Working Paper 2227, abril de 1987); el hecho de que se necesita mucho talento para imaginar, investigar, diseñar, poner en funcionamiento y mantener las instalaciones, pero no para operarlas (en particular, noté -con agrado- que en IBM trabajaban personas que tenían defectos físicos); y que la producción de software se hiciera en un verdadero "campus" moderno: edificios bajos, bien separados unos de otros, pintados de verde como el bosque que los rodea y ubicados en un lugar que desde la ruta no se nota... ¡para no afectar el paisaje! A la salida de cada uno de los edificios hay un mueble que contiene algo así como 100 paraguas: cuando llueve simplemente se toma uno y se lo deja a la entrada del otro edificio.

El tour comenzó en Miami, donde al grupo se le incorporó Theo Chisholm, una joven empleada de IBM de quien en Buenos Aires me habían dicho que tenía un "detalle" del que ya me daría cuenta: resultó que era...negra (¿y?). Muy eficaz, por no poder frenar mi sentido del humor sin querer le hice pasar un papelón. Ocurrió que almorzando el martes en Vermont, frente a un plato de ensaladas aclaré que no comía verduras. Almorzando al día siguiente en Nueva York con un importante ejecutivo de la empresa, nos preguntó al grupo qué pensábamos de la empresa. Con gran solemnidad dije que IBM me parecía muy impresionante, pero que le aconsejaba interconectar por computadora las cocinas, porque en la víspera había dicho en Vermont que no me gustaban las ensaladas y me había vuelto a encontrar con una de ellas en mi plato. Quienes me conocían rieron, no así el ejecutivo ni Theo, quien -me dijeron- se puso blanca (¡siendo negra!), esperando una reprimenda en cuanto terminara la visita. Si desde ese momento me quiso clavar sus 9 uñas -ya que le falta el extremo de uno de sus dedos-, nunca me di cuenta.

[El enojo del jefe tenía algún fundamento: era obligación de ella estar atenta "a los deseos del cliente".]

En las oficinas de Nueva York un simpatiquísimo economista de origen italiano y de alrededor de 50 años, nos presentó sus pronósticos macroeconómicos referidos a la economía de los Estados Unidos. Después de hablar durante más de media hora, su "mensaje" resultó muy nítido: como dicha economía crece a largo plazo al 2,5% anual, y como el año anterior había crecido 3,5%, para 1985 el esperaba 1,5% (en Argentina el pobre se hubiera muerto de hambre... y en los Estados Unidos, ahora, también).

Durante el día que pasamos en Nueva York ocurrieron 2 episodios inolvidables: uno emocionante y el otro tragicómico. El emocionante fue el reencuentro telefónico con los Mc Kay, la familia de americanos que Any y yo habíamos conocido en Harvard 2 décadas antes, y con la cual habíamos perdido contacto desde 1976. En los Estados Unidos se puede obtener el número telefónico de una persona llamando a otro número telefónico. Logré hablar con Ralph

Mc Kay, quien me aclaró que, siguiendo los acontecimientos de Argentina y habiendo perdido el contacto con nosotros (nos habíamos mudado inmediatamente después de regresar de los Estados Unidos en 1976, como ya expliqué), se preocuparon tanto que nos hicieron buscar a través de... Amnesty Internacional, organización que como no lee Mercado no pudo decirle que yo estaba bien. Desde entonces llamé a Ralph y a Ruth Mc Kay cada vez que estuve en los Estados Unidos.

El episodio tragicómico ocurrió la mañana del jueves. Parte del "tratamiento real" preparado por IBM consistió en que mientras nos hospedamos en el Plaza desayunamos en la habitación. Llegó el mozo con una gran bandeja, que le hice dejar sobre la cama. Me pidió que le firmara la boleta. Para hacerlo me senté en la cama, olvidando dónde estaba la bandeja... y que la ley de la gravedad también rige en los lujosos hoteles de Nueva York. ¿Resultado? Un litro de café me quemó la cola (en rigor, su parte superior). Ante la entendible carcajada del mozo, salte y corrí al baño, para volver a respirar debajo de la ducha. No sólo me quedé sin desayuno, sino que hice el resto del viaje sin poder recostarme.

Siemens. Cuando visité IBM, los Estados Unidos me resultaban un país familiar: en cambio, a comienzos de mayo de 1989, gracias a Siemens Any y yo conocimos porciones de Alemania y algo de Austria. Como consecuencia de lo cual, con perdón de la empresa que financió el viaje a raíz de lo que dije desayunando con Renato Murillo y Blas Medina, me acuerdo más de Alemania que de Siemens (de mis impresiones geográficas de esta visita hablaré más adelante).

A cargo de Miguel Ritter, la organización del viaje fue impecable. Rivalizando con IBM, en Munich Siemens nos alojó en el hotel en el que en ese momento se hospedaba la reina Beatriz de Holanda (le hicimos pasar algún calor a quien, confundiéndonos con los realezamaníacos, no nos dejaba entrar. Tuvimos que probarle que estábamos hospedados en el hotel, lo cual no fue fácil); y en Berlín en el Kempinsky, del cual una guía turística dijo que se trataba de un hotel de tanta categoría, que los mozos se daban propina unos a otros. Dentro de Munich nos trasladamos en taxi, que pagábamos con... vouchers. Entre la documentación que encontré al llegar a la habitación del hotel había un par de entradas para asistir a un concierto en una moderna sala que hay en Munich (ojalá Siemens sea tan buena fabricando equipos de comunicación, como organizando visitas a sus instalaciones).

En 1989 Siemens empleaba a 360.000 personas, 2/3 de ellas en Alemania, y contaba con más de medio millón de accionistas. En la empresa que en 1914 instaló su primera fábrica de ultramar en... Buenos Aires "hacemos `de todo´, porque no somos IBM", me dijo un ingeniero. La visita a la empresa me resultó mas "abstracta" aún que la que había hecho en IBM. La principal imagen que conservo de lo que vi en Siemens es que una central telefónica moderna es como una computadora, es decir, tiene partes duras (hardware) y blandas (software); y que una misma "instalación" puede albergar más de un programa, y consecuentemente -dentro de cierto límite- modernizarse no necesariamente significa tener que cambiar los "fierros".

Imposible pasar 9 días en Alemania sin hablar de política, la de ellos o la nuestra (en mayo de 1989 nuestras respectivas preocupaciones eran bien diferentes, como se verá a

continuación). Almorzando en Munich con personal de la empresa registré su preocupación a raíz de que una revista había publicado "juegos de guerra" de la NATO, supuestamente secretos, según los cuales como consecuencia de un conflicto con cohetes se salvaban tanto los Estados Unidos como Rusia, porque el teatro de operaciones bélico era... Alemania; así como el fastidio por la frecuencia con que la televisión alemana volvía una y otra vez a ocuparse de la persecución a los judíos durante el régimen nazi. En Bonn, además de visitar la casa que habitó el ciudadano más ilustre de la ciudad (me refiero a Beethoven, con perdón de Adenauer), hablé por separado con diputados de por lo menos 3 partidos políticos (lo hice en inglés, excepto en un caso donde tradujo el guía que puso a mi disposición el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán, un joven colombiano, estudiante de derecho, que así se pagaba sus estudios). A uno de los diputados le pregunté si como consecuencia de la reunificación alemana Berlín volvería a ser la capital; me contestó que sí. Lo destacable es que pregunté por preguntar, y me contestó en igual tono... ¡pocos meses antes de que cayera el muro de Berlín!

[En otra reunión -¿en el ministerio de economía?-, me retaron porque Argentina no pagaba la deuda externa.]

Haber estado en Berlín a comienzos de mayo de 1989 me posibilitó conocer los sectores occidental y oriental de la ciudad, como lo hizo cualquiera desde que erigieran el muro a comienzos de la década de 1960. El contraste no pudo ser más manifiesto. Un mismo día, por la mañana hicimos una tour por Berlín Occidental, que duró 3 horas, en el cual la guía no tuvo que esforzarse, porque lo que se veía era evidente: gente bien vestida, autos modernos, una ciudad limpia y pujante; y por la tarde hicimos el correspondiente tour por Berlín Oriental, que duró 4 horas, a pesar de que prácticamente no hay nada para ver. Ocurre que dicha tour comenzó con un tedioso volcado manuscrito de los datos de los pasaportes de los turistas; seguido por el ingreso del ómnibus en el lado oriental de la ciudad; la recorrida y la prolija inspección (incluyendo el pasado de un espejo por debajo del rodado) al volver a cruzar el Checkpoint Charlie para regresar a Berlín Occidental. También en Berlín Oriental lo que se veía era evidente: todo es gris, triste, una obra en construcción céntrica mostró en uso herramientas que hacía mucho tiempo habían desaparecido de Buenos Aires, no hay pintura, mantenimiento ni limpieza, el parque automotor me hizo acordar al de Montevideo... sin el mantenimiento que nuestros vecinos le hacen a los autos viejos. Cuando uno de los turistas le hizo alguna que otra pregunta, la guía ensayó respuestas insólitas ("no hay gente por la calle, porque están todos en sus casas de fin de semana -sic-; aquí se va a construir próximamente una galería comercial y una discoteca"), y terminó vendiéndonos tarjetas postales en dólares. Como 3 años después me ocurrió en Rusia, me quedó la impresión de que si alguna vez se dedicaran a reconstruir la porción oriental de Berlín, también allí renacería una gran ciudad.

Mi estadía en Alemania ocurrió un par de semanas antes de que Menem ganara las elecciones presidenciales. La imagen que tanto los ejecutivos de Siemens, como los periodistas con los cuales almorcé en el club de la prensa de Bonn, tenían del entonces candidato justicialista, era espantosa... ¡pero no peor que la que yo tenía en esa época! Afortunadamente, habríamos de equivocarnos todos.

"Experto en turismo" en Australia. Jorge Parma apareció una tarde por mi oficina de Cronista con una carta en la mano. La Comisión de Turismo de Australia invitaba a visitar el país al encargado de la sección turismo del diario, con la condición de que hablara fluidamente inglés. "Sos el único que habla inglés; ¿quierés ir?". Acepté, porque rara vez dejo pasar una oportunidad como esa, a pesar de que pocos días antes había regresado de Finlandia. Así fue como comenzó el viaje más divertido que hice en lo que va de mi vida.

Llegar a Australia no fue complicado pero sí algo cansador, porque no tuve más remedio que hacerlo vía Miami, Los Angeles (donde me junté con el resto del grupo, una chilena, un venezolano, un brasilero -el único brasilero triste que conocí en mi vida-, y Franco Cavallaro, el encargado de la oficina de Los Angeles de Qantas -se pronuncia "quantas"-, quien aportó los pasajes aéreos. En el aeropuerto de Los Angeles Aerolíneas Argentinas tenía uno de los mostradores más importantes mientras que Qantas, quizás con mayor frecuencia de vuelos, utilizaba el de British Airways!), Honolulu, Islas Fiji y por fin Melbourne. Cuando llegué a destino le pregunté a Grazyna Kobylanski, una simpática gordita que nos recibió en el aeropuerto: "¿qué día es acá?" (la diferencia horaria -de exactamente 12 horas- resulta comodísima para comunicarse con Argentina, como ocurre desde Japón o Corea pero no desde Rusia).

[Ingresé en el país por casualidad. Días antes de viajar me llamaron de la embajada de Australia en nuestro país -no sé cómo se habían enterado de que viajaba-, para preguntarme si ya había obtenido la visa. Menos mal que lo hicieron, porque el representante de Qantas en Buenos Aires no me lo aclaró y a mí no se me había ocurrido siquiera pensarlo.]

Viajamos en clase intermedia y, cuando había asientos libres, en primera. Como consecuencia de lo cual vi la película Sweet liberty 2 veces con pocas horas de diferencia. Al aproximarnos a Melbourne Qantas proyectó un corto para decir que afortunadamente Australia estaba libre de un conjunto de plagas que azotan al resto del mundo, y para pedirle a los pasajeros que denuncien el ingreso en el país de animales o vegetales; al aterrizar, cuando todavía estábamos sentados en el avión, las azafatas repartieron toallas de papel para que nos tapáramos la nariz mientras fumigaban la cabina; y al descender, carteles sucesivos, con textos de contundencia creciente, reiteraban que se avisara el ingreso de animales o vegetales. Me quedó la impresión de que, por razones bien entendibles, a los Australianos les preocupa menos el ingreso en su país de una ametralladora que de una planta.

Australia es una especie de rectángulo de mayor base que altura, cuya superficie es similar a la de los Estados Unidos (utilizan 3 husos horarios) pero en gran parte desértica, en cuyo vértice inferior derecho están ubicadas Sidney y Melbourne, sus 2 ciudades principales (en medio de las cuales está Canberra, la capital, que no conocí por no pertenecer a los circuitos turísticos), y en cuyo vértice inferior izquierdo está ubicada la ciudad de Perth. Desde el punto de vista político el país está dividido en 6 estados, en muchos aspectos más poderosos que el gobierno federal.

[En Australia los programas de televisión nacionales se emiten desfasados, de manera que todo el mundo escucha a las 8, las "noticias de las 8". No como en los Estados Unidos, que recién a la medianoche de la costa este aparecen los programas de entretenimientos que en la costa oeste se emiten a las 20 hora local.]

¿En qué consiste la visita de un conjunto de "expertos en turismo" a un país? En disfrutar de tours junto a los turistas genuinos, y en conversar con los funcionarios de la oficina de turismo de dicho país los cuales, como no podía ser de otra manera, en el caso australiano resultaron ser personas a las que les gustaba más el buen vivir que el trabajo intenso.

La visita comenzó por Melbourne, lo cual se entiende perfectamente luego de conocer Perth y Sidney (¿quién quiere hacer turismo en San Pablo, luego de haber conocido Río?). Recorrimos el hermoso hotel donde estábamos hospedados (recuérdese que éramos expertos en turismo), una de cuyas suites tenía 2 jacuzzis; la ciudad; su zoológico (donde las atracciones locales son los canguros y los koalas); su centro cultural (imponente, moderno, con salas contiguas pero independientes para ópera, ballet y conciertos), que desde ese entonces me envía por correo su programación anual; y un pueblo minero (Sovereign Hill), distante una hora y media por ómnibus, que fue reconstruido para ser explotado desde el punto de vista turístico.

Dicho pueblo funciona hoy como lo hizo hace aproximadamente 150 años, cuando también a Australia llegó "la fiebre del oro". Además de mineros, en Sovereign Hill hay panaderos, merceros, herreros, etc. Recuerdo particularmente al policía R. W. Evans. Apareció en el comedor (donde, dicho sea de paso, me sirvieron un bife de chorizo "argentino"), reprendiendo a uno de los presentes por comer con los codos sobre la mesa, indicándole que si lo volvía a ver así lo iba a meter preso. Me resultó tan simpático que le regalé un austral. Al ver que yo era argentino, me preguntó si tenía amigos policías. Le dije que sí (¿qué otra cosa le iba a decir?). Entonces me dio su tarjeta y me pidió que le enviara un emblema con el escudo de la policía argentina, para agregar a su colección. ¿A quién recurrir para satisfacer tan simpático pedido? Las circunstancias me solucionaron el problema, ya que el 11 de noviembre de 1986, en el salón de actos de la UIA y con la coordinación de Bernardo Neustadt, formé parte (en calidad de víctima) de un panel organizado por la Fundación Carlos Pellegrini sobre el tema "violencia, delito y drogas", junto a Luis Cevalco, Marta Oyhanarte de Sivak, Jaime Potenze y... Juan Angel Pirker, entonces jefe de la policía Federal. Terminado el evento le conté el caso a Pirker y a los pocos días recibí un hermoso emblema, que le envié a Evans, el cual me consta que llegó a destino porque él, a su vez, me envió un obsequio para Pirker, que también llegó a destino (conservo en mi archivo un par de simpáticas cartas manuscritas de Pirker).

De Melbourne volamos a Perth, donde comenzamos a tomar contacto con la maravillosa geografía costera de Australia. En ese momento se desarrollaban "a todo vapor" los preparativos para disputar allí una nueva edición de la America's cup, famosa regata que desde que a mediados del siglo XX se inauguró en Inglaterra, fue siempre ganada por veleros que representaron a los Estados Unidos (el nombre de la copa es, precisamente, el del velero que la ganó la primera vez)... hasta que en 1983, de manera algo inesperada, la conquistaron los australianos (en Australia, los Estados Unidos recuperaron la copa). Desde un crucero



recorrimos las costosísimas instalaciones que estaban preparando cada uno de los países participantes, y mientras navegábamos pensé que si en ningún lugar de Australia me dio la sensación de que allí se trabaja duro, encima los chistes que nosotros hacemos de los santiagueños los australianos los hacen de los habitantes de Perth. Ejemplo: lo que el funcionario local que nos atendió hizo con más esmero fue... organizar la cena. ¿Les gusta el pescado? Como asentimos, agregó: "déjenlo en mis manos". Nos llevó al equivalente a un "carrito de la Costanera de última generación", y comimos opíparamente. Por lo demás - preanuncio de lo que sería Sidney- estuvimos expuestos al confort moderno, construido con orientación hacia una hermosa e interminable costa.

Delante de una vista increíble de la ciudad de Perth se me acercó Cavallaro, el funcionario de Qantas encargado de la gira, quien a esa altura ya mostraba claros signos de fastidio, y de particular tensión con el venezolano (con el cual terminaron a las patadas, sin que la chilena, el brasilero o yo intentáramos mediar). Con una mezcla de emoción y temor me dijo que en el viaje a Sidney íbamos a volar con el presidente de Qantas, con quien durante el vuelo íbamos a mantener una conversación informal, dado lo cual me pidió por favor si podía... ponerme corbata. Lo hice porque, como ya expliqué, no pierdo tiempo en el resto del mundo explicando por qué no la uso. Franco me lo agradeció más que si le hubiera regalado la colección completa de los discos de Gardel. Al presidente de Qantas le pregunté si estaba entre sus planes llegar a Argentina, sabiendo que en un sentido fundamental, para Australia América Latina no existe. Me dijo que sí, pero que no por el Polo Sur, porque era muy riesgoso. Ni se inmuto cuando le dije que Aerolíneas Argentinas lo hacía.

[Me quedé con la incógnita que me generó su respuesta hasta que un día, conversando con un piloto de la que hasta 1991 fue "nuestra" línea aérea, supe cuál era el riesgo que AA está dispuesta a correr y Q no. Ocurre que hay un tramo del vuelo durante el cual si se detiene uno de los motores ya no se puede regresar, y como los otros 3 tienen que compensarlo consumen más combustible. Pues bien, si en estas condiciones no está operable el aeropuerto de destino (el de Auckland, en Nueva Zelanda. ¿Por qué Zelanda y Finlandia?), no hay seguridad de llegar al aeropuerto de alternativa.]

Australia en general, y Sidney en particular, fueron colonizadas por los ingleses a partir de 1788 (cuando la conocí, Sidney estaba invirtiendo fuerte para festejar el 200 aniversario de su fundación), buscando un lugar alternativo a los Estados Unidos, que se había independizado, para enviar a algunos de sus presos (la bandera de Australia tiene, en su extremo superior izquierdo, la bandera de Gran Bretaña). Los australianos son, consiguientemente, descendientes de los mencionados convictos y no de las aborígenes precisamente (no recuerdo los detalles de esta seguramente excitante parte de la historia mundial).

Sidney es una maravilla. Está edificada en las márgenes de una espectacular bahía, que como en muchas porciones tiene la forma de barranca, posibilita ubicar en terrazas unas 4 hileras de casas donde vive la "gente como uno" (el country, en Sidney, se construye mirando hacia el agua); márgenes conectadas por un puente que salió en tantas fotos que es mundialmente famoso. Nunca había visto tantos cruceros y veleros juntos como en aquella

parte de Australia. Es tal el atractivo del agua que hicimos el "city" tour en barco, desde el cual también divisamos la imponente Sidney Opera House (el equivalente de nuestro Teatro Colón), a la que luego me acerqué por tierra pero sin poder conseguir entradas.

Durante el resto de la estadía en Sidney hicimos otras 2 excursiones: a un viejo barrio ubicado junto a un no menos viejo puerto, ambos totalmente reciclados (si en puerto Madero hacen algo parecido, va a quedar sensacional<sup>2</sup>), y a un restaurante ubicado a orillas de un lago, al cual llegamos en... hidroavión (¡qué nivel!). En el momento de acuatizar por primera vez y para gambetear un pelicano, el piloto del pequeño aparato hizo una maniobra brusca, y todos supimos que la chilena sabía decir malas palabras.

Al abandonar Sidney de regreso a Los Angeles (esta vez en vuelo directo, de sólo 13 horas de duración), en el aeropuerto buscamos lo que habíamos encontrado en el de Perth, que también es internacional: una alcancía para dejarle a los pobres el dinero que ya no sirve porque se viaja al extranjero. Como no la hallamos le preguntamos a una mujer que limpiaba la cual, con esa frescura y rapidez que tienen algunas personas, al escuchar hablar de donaciones para la gente pobre dio vuelta su mano poniendo la palma para arriba.

[Al llegar a Buenos Aires correspondí las gentilezas recibidas, publicando en Cronista notas dedicadas a la economía y el turismo australianos, el 3 y el 21 de octubre de 1986 respectivamente. La ilustración gráfica de la nota dedicada a la economía fue una foto de los tranvías de Melbourne, unos aparatos de madera que deben de haber sido fabricados de la década de 1940, y que en 1986 funcionaban perfectamente. Siempre me pareció un buen ejemplo de los diferentes resultados que produce una misma tasa de inversión, según el grado de mantenimiento de los equipos.]

¿Turismo en Australia? Sí, particularmente para quien aprecia la geografía costera. Por la inmensidad del territorio y su "pampa", algunos rasgos fisonómicos de la población y lo bien que se come, en Australia un argentino se siente "en su casa". El inglés se entiende mucho más de lo que me habían dicho.

¿Vivir en Australia? Esta es una cuestión distinta, que se vincula con la inmigración. Al respecto en un diario leí un artículo extenso, cuyo contundente párrafo inicial decía textualmente: "si usted es joven, tiene su propia actividad y un fuerte antecedente empresarial, y además tiene por lo menos medio millón de dólares australianos para invertir en un proyecto que emplee a por lo menos 20 personas, y encima no tiene enfermedades serias o contagiables, ni prontuario policial, y encima proviene de Corea del Sur o Japón, entonces usted es el inmigrante que Australia busca. Pero si no llena estos requisitos, entonces tiene que ponerse a la cola. Y la cola es larga".

Por último, un par de detalles interesantes sobre el periodismo en Australia. El primero es que durante una semana seguida compré el Australian Financial Review, un tabloide de, digamos, 48 o 64 páginas, que es el equivalente de Cronista. Leyéndolo, no me pude enterar,

---

<sup>2</sup> Lo hicieron.

por ejemplo, cuál era la tasa de inflación de Australia. Ocurre que el australiano no compra un diario especializado en economía para saber cuál es la tasa de inflación sino, por ejemplo, para seguir la evolución de los mercados nacionales e internacionales de los productos que le interesan.

La otra cosa que me llamó la atención fue la agresividad de los periodistas que trabajan en televisión. Uno de ellos analizó algunas deducciones impositivas delante de un funcionario de su DGI, pretendiendo llevar la discusión al plano de los ejemplos, plano que el funcionario eludía; consiguientemente el periodista terminó abruptamente el reportaje, diciendo que un funcionario recién llegado a la función pública hubiera entendido el problema rápidamente, pero como se trataba de alguien que ya lleva años en la función pública... En otro programa un periodista le preguntó a un candidato a gobernador si pensaba ganar la elección. El candidato, obviamente, dijo que sí. Entonces el periodista mostró una estadística según la cual cuando el partido político opositor estuvo en la peor situación, aún así había ganado. El pobre candidato no supo qué responder.

Nunca más tuve la oportunidad de volver a Australia. volvería en cualquier momento, aunque no sea como "experto en turismo".

Políticas de estabilización en Toledo. En junio de 1987 el edificio del convento de San Juan de la Penitencia, la sede de la Fundación Ortega y Gasset en la ciudad vieja de Toledo, cobijó durante un día y medio a casi medio centenar de economistas aplicados (que no es necesariamente lo mismo que "aplicados economistas"), para analizar la evolución de los programas antiinflacionarios (¿o antihiperinflacionarios?) que se estaban implementando en Argentina (desde junio de 1985), Israel (desde julio), Bolivia (desde agosto) y Brasil (desde febrero de 1986).

Por la actualidad del tema (2 años es un lapso muy adecuado para una evaluación profesional de las referidas experiencias), el nivel de los participantes (algunos de ellos, como José Luis Machinea y Daniel Heymann de Argentina, y Michael Bruno de Israel, principalísimos protagonistas de los programas bajo análisis. En ese momento Machinea y Bruno presidían los bancos centrales de sus respectivos países) y el hecho de que la reunión comenzara un día después de que en Madrid finalizara otra, organizada por el Banco Mundial, hubo enorme interés por participar en el seminario; a punto tal que no resultaba fácil ser invitado, aunque uno se hiciera cargo de los gastos. Lo logré gracias a Jacob Frenkel... según él. A la enorme mayoría de los participantes los conocía de antes, lo cual explica por qué de este encuentro tengo más presentes los debates que las personas.

Primero los hechos. A mediados de 1987 los programas de Israel y de Bolivia andaban muy bien (-hoy -octubre de 1992- ¡lo siguen haciendo!), el de Argentina (bautizado Austral) no andaba nada bien y el de Brasil (conocido como Cruzado), último en ser lanzado, ya había sido abandonado. Entendiendo por andar bien que la tasa de inflación había disminuido drásticamente, sin sacrificio en términos de actividad económica, y que había permanecido baja; y por no andar nada bien que la tasa de inflación había disminuido drásticamente al comienzo del programa, también sin sacrificio en términos de actividad económica, pero que

había vuelto a aumentar. Estos resultados continuaron así, como lo documentó otro importante seminario que a comienzos de 1990 tuvo lugar en Jerusalén, y que como explicaré más adelante a mi juicio constituye el análisis final referido a este tipo de programas.

¿Qué quedó claro en Toledo, sobre los programas antiinflacionarios ortodoxos, los heterodoxos, y los que combinaron elementos ortodoxos y heterodoxos, programas en cuya confección e implementación -cosa poco frecuente- hubo tanto aporte de economistas "académicos"? (porque en este caso no se trata de programas hechos por "ellos" y analizados por "nosotros", sino pensados e implementados -en ciertas porciones, con innovaciones conceptuales, como la tabla de conversión- por "algunos de nosotros" y objeto de análisis por ellos mismos y algunos de sus colegas). Que la ortodoxia funciona y cuando no hay inercia alcanza (Bolivia); que la mezcla de ortodoxia y heterodoxia resulta necesaria cuando hay inercia (por haberlo tenido en cuenta el programa de Israel funcionaba, y por haberlo ignorado los de Argentina y Brasil habían tenido éxitos sólo transitorios); y que -como bien apuntó Frenkel- de todo esto nos fuimos dando cuenta con el tiempo, emergiendo una convergencia profesional ("los que aplaudían aplauden menos, pero los escépticos también lo son en menor medida").

[El componente personal no estuvo ausente, pero apareció de manera muy sobria. Bruno explicó "su" programa sin alardes; Arida, Lara Resende y el resto de los brasileños habían perdido parte de su proverbial sentido del humor, a la luz del derrumbe del Cruzado y la incertidumbre reinante.]

El libro que recogió la versión revisada de los trabajos, así como los comentarios que se hicieron en el seminario (Bruno, M.; Di Tella, G.; Dornbusch, R. y Fischer, S.: Inflation stabilization, The MIT press, 1988. La versión castellana fue publicada por Fondo de Cultura económica), junto al surgido de la referida conferencia de Jerusalén, y al que Michael Bruno está preparando describiendo la "cocina" del plan israelí, forman un herramental utilísimo para todo aquel que tenga que enfrentar la nada fácil tarea de terminar con una casi hiperinflación. Como, por ejemplo, los economistas de la ex Unión Soviética y algunos de los países de Europa del Este a comienzos de la década de 1990.

¿Y México? Francisco Gil Díaz presentó un trabajo sobre lo que estaban pensando allí (la inflación era mucho menor que en los países que habían decidido hacer "algo", pero era creciente), recomendando no llamar al que se estaba gestando plan Azteca sino Chichimeca, en honor a personas "primitivas, feroces, cruentas y algunas veces suicidas". Siempre tuve la sensación de que participó del encuentro de Toledo Pedro Aspe, quien desde fines de 1987 encabezaría el equipo económico que en México aplicó el exitoso Pacto de Solidaridad económica, si bien no figura como participante en el libro que surgió de la conferencia. Por el racconto que publiqué en Cronista, me consta que sí participaron Persio Arida y Andre Lara Resende, "padres analíticos" de la porción heterodoxa de los programas tipo Austral y Cruzado, quienes tampoco figuraban entre los participantes; lo cual me hace pensar que al referido seminario resultaba más difícil entrar por derecha que colarse.

En el seminario de Toledo, junto a Daniel Heymann, Sylvia Piterman y Carlos Alfredo Rodríguez, me tocó comentar los trabajos referidos a Argentina (la versión "oficial", titulada "deteniendo la hiperinflación: el plan Austral de Argentina, 1985-87", fue escrita por José Luis Machinea y José María Fanelli; y la "extraoficial", titulada "¿estabilización o simplemente evitar la hiper?", lo fue por Alfredo J. Canavese y Guido Di Tella). Más que a los trabajos, me dediqué al tema. Por razones de actualidad, y de aporte a la posible aplicación futura de un programa tipo Austral, no me ocupé en destacar que el programa lanzado el 14 de junio de 1985 no me había entusiasmado, según expliqué antes en este mismo capítulo (lo cual podía haber capitalizado a la luz de los resultados; y no lo hice porque lo que me preocupó del Austral en el momento de su lanzamiento no fue lo que explica que su éxito haya sido sólo transitorio), sino en subrayar el pernicioso efecto exógeno que estaba introduciendo Alfonsín en la política económica (los redescuentos del Banco Hipotecario, Víctor Alderete al frente de la cartera laboral, el traslado de la Capital Federal a Viedma, etc.), hechos que en Cronista destacué desde marzo de 1987, y los peligros que ello implicaba para el programa, todo lo cual resultó un buen pronóstico del desastre en que finalizó el plan Austral, particularmente desde el punto de vista electoral, el 6 de setiembre de dicho año. Mi comentario shoqueó a los extranjeros presentes, particularmente al español Manuel Guitián, quien al despedirnos me dijo, dirigiéndose en mi persona a todos los argentinos: "Cuídenlo a Alfonsín" (la imagen internacional del presidente argentino era fantástica en ese momento).

En Toledo volví a encontrar a quien había conocido en Argentina, cuando nos visitó invitado por ADEBA, y a quien luego había visto en Helsinki, en el congreso en honor de Carlos Díaz: Jacob Frenkel. El mediodía de cuya tarde había acordado ir a buscarlo al Claridge para mostrarle Buenos Aires, almorcé con Mario Blejer, quien me dijo: "Jacob es un tipo fenómeno, pero no lo hagas decidir nada porque no termina más". Luego del almuerzo y por pura casualidad, Blejer y yo vimos a Frenkel en la puerta de ADEBA, y olvidando el consejo de Mario le dije: "Quedamos en encontrarnos a las 18,30, pero si querés te paso a buscar a las 6 de la tarde". ¡Para qué!; Jacob inició un prolijísimo análisis de beneficio-costos, que no iba para ningún lado, y que me sacaba de quicio. Con sus ojitos Blejer me dijo: "Te dije".

A Helsinki llegamos juntos. Frenkel subió al avión cuando el vuelo hizo escala en Hamburgo, con un maletín de ejecutivo en una mano... y una pelota de fútbol profesional en la otra. Acababa de dictar un curso en Kiel y los alumnos se la habían obsequiado. Con su precisa dicción, me contó que le habían ofrecido el cargo de economista principal en el FMI. Como me pidió opinión, lo induje a que aceptara, cosa que finalmente hizo. En el vuelo me enteré, precisamente, de la existencia del seminario de Toledo. Le manifesté mi interés por participar... el resto de la historia el lector de esta obra ya lo conoce. No lo veo desde fines de 1989, y no tanto por mis ocupaciones sino por la suya: dejó el FMI para reemplazar a Michael Bruno en la presidencia del Banco de Israel.

[Como buena parte de los judíos que conozco, tiene un sentido del humor excepcional. Llegando a Helsinki me di cuenta de que puso la revista que estaba leyendo dentro de su maletín. Le hice notar que se suponía que debía dejarla en el avión, lo que le hizo acotar: "¿qué culpa tengo yo si el piloto quiere ahorrar combustible"?]

Visita al Altiplano. Recomendado por Roque Fernández, e invitado por Robert C. Vogel, encargado de la organización del Seminario de Alto Nivel sobre política económica, en setiembre de 1987 conocí La Paz, Bolivia. Para el evento preparé "Transición hacia las urnas, confusión inicial y Plan Austral: Argentina, 1982-87" (reproducido en Escritos seleccionados 1981-88, Ediciones El Cronista Comercial, 1989).

"Caminá despacito, comé poquito y dormí solito" me aconsejó alguien, al enterarse que iría por primera vez a una ciudad donde, según dicen, para aterrizar los aviones suben en vez de bajar (el aeropuerto está ubicado más arriba aún que la propia ciudad, y los barrios mas suntuosos abajo). Como sólo hice caso parcialmente, durante mi primer día de estadía en La Paz sufrí algunos de los nada agradables efectos de la altura (no así Any, quien desde el vamos caminó y almorzó como si nada).

El evento no fue muy atractivo desde el punto de vista intelectual (lo cual no disminuye mi respeto por los resultados obtenidos con el programa de agosto de 1985, los que siempre admiré y sigo admirando), pero sí desde el de los reencuentros y encuentros personales. En La Paz Any y yo volvimos a encontrarnos con José y Zulma Gil Díaz (en aquel entonces José se desempeñaba como representante del FMI en Bolivia), y también con Jeffrey ("Jeff") Sachs y Juan Antonio Morales; al tiempo que conocimos a un par de verdaderos personajes: Gonzalo ("Goñi") Sánchez de Lozada y Francisco ("Cacho") Muñoz. De los Gil Díaz uruguayos ya hablé en el capítulo anterior de esta obra, éste es el lugar para hablar de los otros 4.

A Sachs lo había conocido en Cambridge, Massachussets, en mayo de 1986, cuando en las oficinas del National Bureau of Economic Research (NBER) lanzó el proyecto que dirigió, para analizar el comportamiento macroeconómico y de deuda externa de 8 países en vías de desarrollo, cuyo capítulo argentino escribí con Dornbusch, como ya expliqué; y lo había vuelto a ver muy poco tiempo después, acompañado por su esposa -una pediatra de origen polaco-, cuando visitó Argentina para participar en la reunión latinoamericana de la Sociedad Econométrica que Cavallo organizó en Córdoba.

Si bien no fue el "padre" del exitoso programa antiinflacionario que Bolivia implementó a partir del 29 de agosto de 1985 (asesoró al general Hugo Banzer durante la campana electoral, quien perdió las elecciones frente a Paz Estenssoro. Dada la gravedad de la situación, éste le pidió a aquel que le "prestara" a su asesor. Quien tenga dudas al respecto mejor que hable con Juan Cariaga o con Muñoz), Sachs jugó un rol muy importante en el sostenimiento técnico del programa, así como en su "venta internacional". Consecuentemente, su presencia en el seminario era claramente explicable. En viaje desde Brasil rumbo a los Estados Unidos, Sachs estuvo en Bolivia unas pocas horas, durante las cuales pronunció un discurso en la sesión de clausura del seminario (una arenga en favor de la reforma impositiva y la necesidad de pagar impuestos) y ofreció una conferencia de prensa que con gran gusto traduje. No nos volvimos a ver desde que terminó el proyecto del NBER.

No debe haber banco que le haya prestado a países en vías de desarrollo, que no tenga una foto de Sachs pegada en una pared, hacia la cual los accionistas y ejecutivos arrojan dardos. Ocurre que recomendaba no pagar con una vehemencia que la izquierda argentina le envidiaría.

En el caso boliviano proponía que la campaña pro pago de los impuestos tenía que basarse en que ni un centavo de la recaudación impositiva iba a emplearse en pagar intereses o la propia deuda externa (Bolivia la "pagó" recomprando sus papeles -al (¿11%?) de su valor nominal- con fondos... donados por los gobiernos de algunos de los países acreedores. Para lo cual mostró los notables resultados internos del programa, como haber zafado de la hiper y haber detenido la caída del PBI por habitante que había sufrido hasta 1985).

En el referido proyecto del NBER el estudio de cada país fue preparado por un "aborigen" y un estadounidense. El aborigen de Bolivia fue el encantador Juan Antonio Morales, a quien desde entonces encontré en varios eventos académicos; en Chile en agosto de 1989, en Jerusalén en enero de 1990 y en Moscú en agosto de 1992. Morales expone de manera atractiva y, como el chileno Andrés Bianchi, pertenece a la selecta minoría de personas que sabe encontrarle el punto positivo a cada parecer. Sin formar parte del equipo que diseñó e implementó el referido programa antiinflacionario, se convirtió en sinónimo de análisis del caso boliviano en los foros académicos internacionales. Gentilmente nos mostró La Paz a Any y a mí, luego de lo cual en un antiquísimo, muy famoso y bien concurrido café ubicado en el centro de la ciudad, terminamos tomando ídem.

El día en que comenzó el seminario de La Paz se me acercó una persona de baja estatura, mediana edad y simpatía ilimitada. "Soy Francisco Muñoz". Así comenzó una intensa amistad con un singular argentino que en julio de 1964 fue a La Paz, enviado por Price Waterhouse para instalar la sucursal de la empresa en ese país... y no volvió más (excepto, por supuesto, por razones de trabajo o familiares). Su condición de extranjero, junto a la falta de chauvinismo por parte de los políticos locales, le permitió jugar un rol importante en el acercamiento de posiciones entre diferentes líderes, reforma impositiva, etc. El domingo posterior al seminario fuimos con Any a su casa para tomar el té. Al ingresar en su vivienda uno se topa con un vistoso escudo rojo, de gran tamaño. "Es el escudo del reino de Tailandia". Como no dije nada, Muñoz agregó: "soy el cónsul de Tailandia en Bolivia". En efecto, cuando el último tailandés (naturalmente, cónsul) estaba por abandonar Bolivia, escribió al ministerio de relaciones exteriores de su país explicando el problema. Le enviaron un "identikit" para que buscara a la persona que más se parecía al ideal. Resultó ser Muñoz, quien aceptó encantado (junto con su familia, Cacho conoció Tailandia en visita oficial).

El discurso de cierre del seminario estuvo a cargo de Gonzalo Sánchez de Losada, ministro encargado del funcionamiento del plan. Filósofo de profesión, exitoso empresario minero, cineasta, el "Goñi" como le dicen los amigos tiene que probar que es boliviano porque habla castellano como los gringos (resulta muy gracioso escucharlo decir "nosotrous, los bolivianos"). Su discurso, formalmente muy bueno, fue mucho más allá del plano técnico. "O miramos la realidad o nos va a ir mal, muy mal; la dinámica de Bolivia es una de gran desesperanza: lo que se ha logrado nadie lo esperaba y lo que se puede lograr nadie lo cree", dijo entre otras cosas (publiqué la versión completa de sus palabras en Cronista del 31 de agosto de 1987). Fue candidato a presidente de su país en 1989, y no lo logró por razones de personalidad (en el Colegio Electoral se unieron los otros 2 partidos políticos, para elegir a Jaime Paz Zamora). Lamentablemente, nunca tuve oportunidad de hablar personalmente con Sánchez de Lozada.

Antes de volver al país, y más que en mi honor aprovechando que yo estaba allí, el embajador argentino en Bolivia organizó un asado en el quincho de su residencia. En clima muy agradable hablamos de Bolivia, de Argentina (y de su inminente elección, donde tal como era de esperar las autoridades presentes no compraron mi argumentación de que a Alfonsín el negocio de politizar la política económica le iba a salir muy mal), y de las relaciones entre Argentina y Bolivia a propósito de la cuestión del pago del gas, que para nosotros es un ítem más del presupuesto público, pero que para ellos muchas veces resulta una cuestión de vida o muerte. No tuve ocasión de volver a Bolivia, país del que me quedó un muy grato recuerdo.

Japón. El Comité Mixto Empresario Argentino-Japonés se reúne anualmente, alternando Buenos Aires y Tokio. Para el décimo encuentro plenario, que tuvo lugar el 25 y el 26 de noviembre de 1987 (afortunadamente para mí, en Japón), la delegación argentina -integrada entre otros por Carlos Jaime Fraguio y Julio Gómez- necesitaba un economista que no perteneciera al gobierno, para complementar la versión oficial a cargo de José Luis Machinea (los otros funcionarios que recuerdo son Francisco Manrique y Juan Sommer). Porque Cronista se hizo cargo de los gastos, a través de Juan Carlos Podestá recibí la correspondiente invitación. Así fue como, con Any, conocí Japón (como de costumbre, de los aspectos geográficos de la visita hablaré más adelante).

Una reunión de esta naturaleza combina discursos y negocios. Desde este último punto de vista los empresarios y ejecutivos sudamericanos (también formaba parte del grupo el uruguayo Alejandro Vegh Villegas, quien vistiendo un viejísimo traje había sido enviado por un banco uruguayo que también opera en Buenos Aires) se dividían en 3 categorías: 1) los que hace muchos años que tienen relaciones comerciales con Japón, que fueron a saludar; como Sergio Einaudi de Techint y alguien que vende vinos; 2) los que fueron a explorar, que se encontraron con gran amabilidad y el comienzo de un largo camino por recorrer dados los tempos japoneses; y 3) los banqueros, como Hernán Ayerza y Ricardo Cairoli, quienes encontraron a un Japón entendiblemente durísimo. Aunque no sé en qué categoría ubicarlos, también participaron del viaje Guillermo Walter Klein (h.), José María Kokubu (un simpático dentista, aficionado a cantar ópera y tangos), Mario Russak y José María González Eiras (cuyo permanente sentido del humor consumí incansablemente durante las 100 horas de permanencia en Japón. En una cena formal, José María y yo notamos que para servir cada plato salían de la cocina un conjunto de mozos, cada uno de los cuales se ubicaba en la punta de una mesa. En cierto momento, simultáneamente, todos los mozos le hacían una reverencia de cabeza al maitre, luego de lo cual comenzaban a servir. Desde que lo notamos, cuando creíamos que iban a hacer la mencionada reverencia lanzábamos a coro un sonido "japonés". Any, quien estaba en la misma mesa, nos quería matar, sobre todo porque había un japonés a quien la chanza parecía no haberlo puesto feliz).

Me tocó hablar luego de mi par japonés. No leí pero respeté el texto escrito (en algún lado conservo como curiosidad una copia de la versión japonesa de mis palabras). Atraer comercio e inversiones japonesas a Argentina era en 1987 tan fácil como lograr que Enrique Pinti hable 3 minutos seguidos sin decir una sola mala palabra. Pero al menos recuperé el alicaído honor nacional. Ocurrió que mi predecesor, luego de hablar maravillas sobre Argentina, dijo que era difícil hacer negocios con un país donde el sistema telefónico dejaba de funcionar cada vez que llovía, lo cual generó sonrisas cargadas de sorna que no me hicieron



gracia. Cuando me tocó el turno y con la mayor solemnidad posible, dije (en castellano, con traducción simultánea) que para mí era un honor hablar en Japón, país al cual había llegado con 16 horas de atraso, por culpa de... ¡Japan Air Lines!. Esta vez los nipones no se rieron. Dije lo mío y terminé expresando que me gustaría volver a Japón, y ver que también en Tokio los japoneses pueden degustar, a precios accesibles, los bifés de chorizo que con tanta ansiedad y asombro devoran en la Costanera (en Ginza, el barrio financiero de Tokio, vi vender carne en fetas, a u\$s 80 el kilo, lo cual explica por que el consumo del producto era de 4 kilos por habitante por año en la segunda potencia económica del mundo; resultado, según me explicaron, de la fuerte protección a la importación, que genera una sobrerrepresentación de los distritos rurales en el Parlamento nipón, y el consiguiente poder para impedir la liberalización de la importación de alimentos).

[Para hablar me puse corbata, por las razones que expliqué al comienzo de esta obra. Recién en el avión le pregunté a Any si había puesto alguna en la valija. No lo había hecho. Afortunadamente el avión de JAL hizo escala en Anchorage, Alaska, donde pude adquirir una.

El percance con la máquina de JAL -que demoró el vuelo en Los Angeles, obligó a la mencionada escala y retrasó la partida porque Narita, el aeropuerto de Tokio, cierra de noche- me permitió observar el proceso de toma de decisiones japonés.

El espectáculo de más de 300 personas regresando a un lugar del aeropuerto que se suponía que debíamos abandonar, me generó la curiosidad por ver cómo resolvían los problemas resultantes, personas estructuradas. El comisario de a bordo, junto a las azafatas, se fueron a una punta del salón, a conferenciar. En un momento, dijeron "¿OK? (en japonés)". Y desde ahí todo fue fluida implementación de lo que habían decidido.]

De Japón regresé con un par de adiciones a mi colección de personajes inolvidables. El primero de ellos es Carlos Jaime Fraguio, hoy contralmirante retirado, quien fue embajador argentino en Japón entre 1976 y 1980 (parte de su tarea consistió en auxiliar a José Luis Romero, quien precisamente falleció en Japón, habiendo viajado a ese país por un tema relacionado con la Universidad de las Naciones Unidas, penoso trance que me relató con dolor). Fraguio aprendió japonés; no puedo saber cuánto, pero me consta que lo suficiente para pararse delante de un micrófono y -sin papel- hablar... y lograr que los japoneses se emocionen hasta las lágrimas. Es, por supuesto, fanático de todo lo que sea japonés.

Fraguio compró la residencia del embajador argentino en Tokio, una casa interesante pero no deslumbrante que tiene un jardín de dimensiones colosales para Tokio (la capital de Japón es una ciudad que incluye, dentro de su city tour, pasar por la puerta de la residencia del presidente de la Nippon Steel, una casa de las que hay miles en Argentina). La referida casa, propiedad de una señora, había sido alquilada por Argentina durante un cuarto de siglo para residencia de su embajador. Una vez que la señora consintió en vender, lo que al parecer no fue fácil, Fraguio consiguió un crédito del Banco de Tokio por u\$s 6,5 M... que nunca pagamos porque como tenía un período de gracia, Argentina entró en cesación de pagos antes del primer vencimiento. La propiedad se vendió en 1989 en aproximadamente u\$s 300 M., ¡de manera que la tasa interna de retorno de la operación fue del 53% anual!, en el que retrospectivamente resultó ser el momento óptimo, porque los precios de los inmuebles luego cayeron. En la

operación de venta nuestra delegación estuvo encabezada por Jorge Sakamoto, un argentino con pinta de japonés, que desconcierta a los nipones porque no habla una sola palabra de su idioma. Tal como era de esperar, Fraguio no estuvo de acuerdo con la venta -Argentina no fue el único país que aprovechó el boom inmobiliario japonés para vender parte de sus instalaciones-, y spongo que debe haber sufrido mucho.

El otro personaje inolvidable es Robert J. Ballon, S. J. Profesor de la Facultad de Administración de la Universidad de Sofía, una institución regentada por los jesuitas en Tokio. Ballon, belga, vive en Japón desde hace 40 años.

Habla japonés, sabe sobre Japón mucho más que muchas personas nacidas en el mencionado país, lo más probable es que pase el resto de su vida en Japón, pero nunca solicitó la ciudadanía japonesa pues, como bien explicó una vez en Buenos Aires, "cuando me miro al espejo no veo un japonés". No participó en el encuentro empresario, sino que Fraguio me invitó a acompañarlo para visitarlo en la universidad. Tiempo después tuve el placer de escucharlo en Buenos Aires (y traducirle del inglés, en mi programa de televisión), en más de una oportunidad. Cuando Ballon habla en nuestro país su tema es... Japón, de manera que en cierto sentido siempre habla "de lo mismo"; no obstante lo cual cada vez que lo escuché enfocó dicho tema desde un punto de vista complementario al de las otras ocasiones. Shoquea a la audiencia con conceptos como los siguientes: los japoneses no piensan en el largo plazo sino en el instante que están viviendo, porque para ellos la cuestión crucial es cómo sobrevivir; los occidentales estamos desesperados por enseñar, los japoneses por aprender; si quieren entender, no traten de "occidentalizar" el Japón; de repente el siglo XXI tiene a la cabeza de las potencias económicas, una nación no occidental, lo cual "hace tiempo" que no ocurre. Habla pausado, y como todo buen conferenciante tiene desarrollado el sentido del show.

Burócrata internacional. Estudiando en la UCA conocí de nombre tanto el Banco Mundial (BM) como el Fondo Monetario Internacional (FMI), y en 1986 ingresé por primera vez en sus respectivas sedes en Washington; pero recién en enero de 1989, gracias a una invitación conjunta de Vittorio Corbo y Marcelo Selowsky, en respuesta a mi interés (instrumentada con la eficaz colaboración operativa de Edgardo Barandiarán), conocí por dentro ambos organismos cuando trabajé durante un mes en el BM (Any y las chicas me acompañaron, lo cual habla muy bien de su espíritu de sacrificio -Washington no es precisamente un lugar paradisíaco, y en enero menos-; claro que matizaron la estadía "sacrificándose" una semana en el Club Mediterranéé de Nassau, mientras me hice una escapada a Tel Aviv, según contaré de inmediato).

Mi tarea específica consistió en escribir en inglés un ensayo titulado "Sobre la economía política de las reformas económicas", en el cual ordené las ideas que tenía sobre la cuestión en ese momento. Demasiado largo (85 páginas, tamaño carta a doble espacio) y específico (la profesión prefiere trabajos con pocos detalles y mucha elaboración), resultó más útil la versión oral, que presenté en la tarde del 6 de febrero de 1989, que la escrita.

[El aporte del trabajo a la teoría de la política económica consistió en desagregar la cuestión de la credibilidad según niveles gubernamentales, ilustrando a partir de la experiencia argentina que a veces no se le cree al ministro de economía, en algunas ocasiones a todo el gobierno, y en otras ocasiones al propio sistema político.]

El mejor descubrimiento que hice durante mi estadía en el BM fue el de... la biblioteca conjunta BM-FMI, y en particular su hemeroteca. La posibilidad de hurgar libremente entre los estantes de una biblioteca bien iluminada y calefaccionada, en la cual tuve acceso a revistas especializadas cuya existencia desconocía, y que encima tenía fotocopadoras que uno mismo operaba, con las cuales se podían sacar gratis todas las copias deseadas, resultó una verdadera fiesta (tal como era de esperar, en mi viaje de regreso pagué exceso de equipaje).

La mencionada biblioteca me permitió completar el conjunto de conferencias pronunciadas por quienes ganaron el Nobel en economía, con el cual produje mi Economía: ¿una ciencia, varias o ninguna? (Fondo de Cultura económica, 1994). Algunas conferencias las conseguí en la propia biblioteca, y otras las logré vía préstamo interbibliotecario (la Fundación Nobel publica un libro por año, reuniendo las conferencias correspondientes a dicho año. 2 de las que me faltaban fueron halladas en la biblioteca de un laboratorio ubicado en el estado de Massachussets).

[Me faltaban otras 2: la del estadounidense Klein y la del inglés Stone. Llamé al primero por teléfono, le expliqué el proyecto, me respondió de mala manera que su conferencia "en Washington tenía que estar", fui hasta la biblioteca de la Reserva Federal, donde tampoco la hallé, le escribí una carta, nunca me mandó una copia, y finalmente la conseguí por otros medios. Stone, a quien como vivía en Inglaterra contacté por carta, me envió una copia de inmediato, con una esquila que decía: "I wish you well" (te deseo lo mejor). Como se ve, en premios Nobel en economía hay personas amables y de las otras.]

En Washington la interacción personal es muy intensa (cualquiera que en la esquina de la calle 19 y "diagonal" se quede media hora con la mano extendida, saluda a todo el mundo). Instalado físicamente en la división que dirigía Corbo, además de con Vittorio (un simpático chileno que habla muy rápido, y piensa más rápido aún de lo que habla, a quien había conocido almorzando en la sucursal Buenos Aires del banco de Boston) interactué con Miguel Kiguel, Nissan Liviatan, Carlos Rodríguez, Andrés Solimano y Mario Teijeiro (quien involuntariamente vestía jeans porque le habían extraviado la valija). Con Any cenamos en las casas de Barandiarán, Corbo, Alfredo Mario Leone, Selowsky y Silvina Vatnick (cuyo marido, Horacio Blumenfeld, tendrá sus meritos propios, pero para mí es el esposo de Silvina), y me reencontré con Miguel Bonangelino, Ernesto Feldman, Luis Landau, Miguel Martínez y Julio Nogués. También Sara y Guillermo Calvo nos invitaron a cenar, pero en un restaurante, donde sorprendí a los otros comensales por la forma en que me saludó la encargada del guardarropas (era uruguaya, y me conocía ¡de la televisión!).

Fuera de las demostraciones de cariño -que sentí genuinas-, la interacción personal es allí muy intensa porque Washington se alimenta de los recién llegados, por lo que el valor de uno decrece con el tiempo. El día que llegué al BM recibí 3 o 4 invitaciones para almorzar, y acepté la de Peter Bottelier (¿o Botellier?), un encantador holandés que en el BM se ocupaba de Argentina. En ese momento la cantidad de preguntas referidas a nuestro país eran muchas y muy serias, consecuencia del masivo apoyo del Banco al Plan Primavera, inaugurado en agosto de 1988; apoyo forzado por la administración Reagan, quien no quería problemas "regionales" en vísperas de su propia elección, a pesar de las reservas técnicas que planteó la burocracia del BM, la cual ironizaba diciendo que con Argentina el Banco había inaugurado una nueva línea de préstamos, los "non policy" loans (prestamos para apoyar la inexistencia de la política económica).

Argentina era también tema de intensa discusión dentro de la "colonia" argentina, tanto de la permanente como de la que en ese momento formábamos Roque Fernández, Carlos Rodríguez, Mario Teijeiro y yo. Rodríguez y Fernández opinaban que el plan era insostenible y que todo debía volar por el aire, mientras que -shoqueado por la perspectiva de que Menem ganara las elecciones- yo estaba de acuerdo con el apoyo del BM al Primavera, y Teijeiro... no me acuerdo que opinaba.

José Luis Machinea "bajó la cortina" de la oficina de venta de divisas del Banco Central al terminar la jornada del viernes 3 de febrero de 1989. Al respecto recuerdo especialmente un par de almuerzos. El primero tuvo lugar el propio viernes 3, cuando comí con Daniel Marx y Ernesto Feldman, y según expliqué en el capítulo dedicado al cuentapropismo, o mis 2 queridos amigos no sabían nada, a pesar de los puestos que ocupaban, o están entre los mejores jugadores de póker que conocí en mi vida; el segundo almuerzo, que se desarrolló el lunes 6, nos juntó circunstancialmente en la cafetería del FMI a Ricardo Arriazu, a José María Dagnino Pastore y a mí. No recuerdo los detalles, pero sí tengo bien presente que ninguno de nosotros habló en ese momento de hiperinflación.

Las cosas no ocurren en Washington sino en el resto del mundo. Es la sensación que me quedó al interactuar con quienes viven allí; sensación que a algunos no les resulta fácil admitir, como lo comprobé mencionando mi hipótesis públicamente. La gente que trabaja en el BM y en el FMI conoce "todo", opina sobre "todo", pero en definitiva mira el "partido" desde afuera, sin sentir la excitación que tiene quien sufre el problema... o la del quien aplica una política que finalmente lo resuelve. Con todo respeto y cariño, Washington es una ciudad poblada por robots; prefiero mil veces el "carnaval" newyorkino (el único "espectáculo" que vi durante mi permanencia en la capital de los Estados Unidos, ocurrió la noche del 20 de enero, día en que George Bush [padre] asumió la presidencia. Esa noche los subtes se llenaron de mujeres vestidas de largo y hombres de frac, quienes iban a los bailes organizados para la ocasión. Resultó un pintoresco rasgo de humanidad).

Segunda visita a Israel. Como parte del seminario final del proyecto del National Bureau sobre comportamiento macroeconómico de algunos países endeudados, que ya mencioné y voy a describir en un instante, la mencionada institución organizó un cóctel en el que me encontré con Sebastián Edwards, un chileno que está haciendo su carrera académica en UCLA (Universidad de California, Los Angeles), justo en el momento en que se iba al FMI

para cenar con economistas israelíes, los cuales le habían dicho que si encontraba algún tipo divertido lo trajera a la cena. Era el pretexto que necesitaba para zafar elegantemente de un evento aburrido; lo que no sabía es que lo que comenzó como un simple divertimento iba a generar mi segunda visita a Israel.

En el FMI nos encontramos con Assaf Razin y otro economista israelí cuyo apellido olvidé, quien me aclaró que Isaac Stern no es compatriota suyo sino estadounidense; hecho que debería haber tenido presente, siendo que De Mao a Mozart, la película que describe la gira que el notable violinista hizo por China, es una de mis preferidas. Fue una cena muy entretenida (cada una de las ocasiones en que compartí la mesa con israelíes lo fueron, como explicaré de inmediato). Razin me invitó a dictar conferencias en la Universidad de Tel-Aviv, propuesta que acepté de inmediato con gran entusiasmo.

[La negociación siguió con Alex Cukierman y terminó con Leonardo Leiderman, sucesivos directores del departamento de economía de la universidad. Cuando Leiderman me contactó telefónicamente en Washington antes de viajar a Israel, interrumpió mi conversación en inglés diciendo: "hablá en castellano que soy cordoobés". Como buen obsesivo, Leonardo resultó un magnífico organizador de mi visita.]

Llegué a Tel Aviv de noche. Prendí el aparato de TV que había en la habitación del hotel, buscando algún canal que transmitiera en inglés. Encontré uno, que encima estaba poniendo en el aire un informativo. Me extrañó que se hablara duramente sobre Israel, y particularmente sobre su gobierno, si bien no ignoro que se trata de un país democrático, habituado a criticar abiertamente aún sobre temas delicados; salí de mi sorpresa al advertir que se trataba de un canal jordano.

Durante los 4 días que permanecí en Israel ofrecí un par de conferencias en la Universidad de Tel Aviv (una para el público en general, la otra para economistas), una tercera en la Universidad Bar-Ilan, y una cuarta en el Banco de Israel. En las 4 ocasiones hable de... Argentina; en 3 desde el punto de vista macroeconómico, que a comienzos de 1989 lucía preocupante y con pronóstico reservado, y en consecuencia intelectualmente excitante; mientras que en Bar-Ilan, a pedido del público, enfoqué la cuestión desde el ángulo microeconómico (querían aumentar su colección de "historias de horror microeconómicas").

La de 1989 fue mi segunda visita a Israel; consecuentemente de esta visita tengo menos recuerdos geográficos y más vivencias personales. La interacción se dio primordialmente durante las comidas. En Tel Aviv almorcé con un acaudalado hombre de negocios, de apellido Dovrat, un simpático argentino fanático ex lector de Cronista, que se quejaba del tipo de cambio real (según él, en la industria textil por razones de costos en ese momento convenía invertir en Inglaterra más que en Israel); y en Jerusalén con Michael Bruno y Sylvia Piterman, como ya relaté, luego de lo cual volví a recorrer partes de la Ciudad Vieja de Jerusalén, entrando con la combi a gran velocidad para evitar las piedras, porque la Intifada ya era una lamentable realidad), guiado por una argentina de gran vitalidad, quien resultó ser tía del director y pianista argentino Daniel Barenboim, cuya autobiografía (Una vida para la música,

Javier Vergara, 1992) me pareció una delicia. En Tel Aviv, en noches sucesivas, cené con un hombre muy interesante y entretenido que no era economista; con mi amigo Moshe Syrquin, luego de escuchar un concierto, como ya expliqué; y participé en cenas con un representante de la fundación Cato y con Paul Krugman, también de visita en la Universidad de Tel Aviv (la presentación que hizo Krugman en un seminario al que me invitaron, no me impresionó). Fue tal el ritmo de las invitaciones a comer, y tan interesantes cada una de ellas, que el último día no tuve más remedio que cenar 2 veces: la primera, con Krugman y los economistas del departamento de economía de la universidad de Tel Aviv, y la segunda con -creo- un uruguayo y una argentina, quienes estaban preparando una exposición agrícola, y querían consejos sobre medios de comunicación en Argentina (estos me fueron a buscar al hotel, para intentar llevarme a cenar al mismo restaurante. Obviamente los hice cambiar de lugar).

Como siempre me había ocurrido, y me siguió ocurriendo, la interacción con los israelíes en almuerzos o cenas resultó fantástica. Porque la conversación es muy movida, porque se interesan por uno y sus cosas de manera intensa pero sin que (yo al menos) me sienta invadido, porque no tienen empacho en hablar de sus propias realidades y se pasan analizando su país como nosotros el nuestro; y porque, además, tienen un particular sentido del humor, que les hace reírse de las mismas cosas que las que nos reímos nosotros, a raíz de lo cual cuando cuento cuentos ellos los festejan y viceversa. Por eso cuando me preguntaron como la estaba pasando, respondí: "me siento como en casa"; y cuando entusiasmados por mi respuesta me preguntaron por qué contesté: "porque este país es un kilombo, como el mío" (de algún modo, en inglés, me hice entender).

Como en 1980, a comienzos de 1989 dejé Israel con la esperanza de volver. Afortunadamente un año después se me presentaría una nueva oportunidad, como relataré más adelante.

. . .

Mientras trabajé en Cronista, lógicamente, canalicé hacia el diario casi toda mi actividad en materia de periodismo escrito (las únicas excepciones fueron seguir escribiendo en Mercado hasta marzo de 1985; y porque el dinero nunca viene mal, aceptar la invitación que me hizo Tomas Leonardt vía Rosendo Fraga -"Fraguita", un agudo y laborioso analista político que conocí a mediados de la década de 1970, por quien siento enorme afecto- para escribir una columna semanal en la edición dominical de Tiempo Argentino, lo cual hice desde octubre de 1984 hasta su desaparición, ocurrida en setiembre de 1986. En Tiempo conocí a Raúl Burzaco, a quien por sobre todo rescato por su calma y su paciencia); pero como mi pasión por la escritura no se agotó en el plano periodístico, desde mediados de la década de 1980 con ayuda de las computadoras, en el cada vez menor tiempo disponible escribí libros; algunos por encargo, otros por el simple placer de hacerlo.

Por encargo escribí un par de libros. Mejor dicho; dada la dinámica que desarrollan los dúos, conduje la confección de uno de ellos (secundado eficazmente por Alfonso José Martínez) y acompañé la del otro (liderado por Rudiger Dornbusch), como le resulta evidente a cualquiera que lea los respectivos textos. Ambos se ocupan de cuestiones parecidas referidas a

un mismo tema, y ambos formaron parte de proyectos de investigación que promovieron estudios similares que se hicieron simultáneamente en otros países.

Desde el punto de vista cronológico primero apareció el proyecto organizado por el National Bureau of Economic Research (NBER), del cual ya dije algunas cosas. Coordinado por Jeffrey ("Jeff") Sachs, la investigación buscó describir y analizar la evolución macroeconómica de 8 países en vías de desarrollo (Argentina, Bolivia, Brasil, Corea, Filipinas, Indonesia, México y Turquía) entre mediados de las décadas de 1960 y 1980. El estudio de cada país estuvo a cargo de 2 economistas, uno estadounidense y otro "aborigen". Mi participación comenzó con una llamada telefónica de Dornbusch, para invitarme a elaborar con él el estudio correspondiente a Argentina ("No nos vamos a hacer ricos, pero nos vamos a divertir").

Para llevar adelante la investigación, el NBER organizó un par de seminarios de trabajo en sus oficinas de Cambridge, Massachussets; el primero en mayo de 1986, el segundo en febrero de 1987 (para asistir a este último llegué al aeropuerto de Boston desde Argentina y, consecuentemente, vestido de pleno verano; ahí descubrí que habían perdido mi valija. Hasta que ésta llegó al día siguiente, sobreviví yendo de un lado al otro entrando en algún negocio cada 2 cuadras, para recuperar temperatura), y uno final, con expositores y participantes invitados, en Washington, en setiembre de 1987.

[En el segundo seminario debíamos presentar un avance parcial del trabajo, cosa que hicieron todos menos Rudy y yo. Consecuentemente, no nos adelantaron la mitad del honorario total. Es más; en dicho seminario se anunció la fecha de entrega de la versión final, y se especificó que se aplicaría una multa del 1% del honorario total, por cada día de retraso. Finalmente cobramos todo, pero no porque presentamos el trabajo en término, sino porque Sachs se atrasó más que nosotros.]

En el referido seminario Eliana Cardoso, a cargo de Brasil, inició su presentación diciendo algo así: "Brasil; la tierra de las arenas calientes, el café torrado, y..." las mujeres hermosas intercalé en voz alta. Eliana festejó la broma, pero el resto de los concurrentes - particularmente, según me dijeron, Susan Collins- se quedó helado(a). Al día siguiente, en el curso que Rudy dicta en MIT, ilustré el esquema "Error tipo I, error tipo II" con el caso en que el jefe considera besar a su secretaria (incluido en mi Incompletísimo diccionario de economía, Ediciones El Cronista, 1992). Al terminar la clase, muy serio, Dornbusch me dijo: "si fueras un profesor permanente de la casa, el decano te llama y te echa. Porque teme que alguna alumna le haga juicio". Así fue como me enteré de la existencia de la cuestión del acoso sexual.

[Al respecto los argentinos somos definitivamente más humanos y civilizados que los yanquis, según decimos nosotros... ¡y también ellas! (cuando, en función estrictamente profesional, una periodista de Para Ti le preguntó a una colega de Cronista si en el diario había acoso sexual, recibió la siguiente contestación: "no... lamentablemente".)]

Rudy tenía razón. Participar en el proyecto del NBER no me hizo rico, pero nos divertimos y además aprendí mucho; porque me permitió trabajar con él (una experiencia fascinante, como ya conté); conocer de cerca a personas como Sachs y Juan Antonio Morales (coautor, junto con Sachs, del estudio referido a Bolivia, de quienes también hablé); y fundamentalmente -como también me ocurriera con el proyecto del Banco Mundial-, porque me expuso a lo que estaba ocurriendo en otros países, superando el aislamiento al que nos induce permanentemente nuestra turbulenta realidad nacional.

La versión en castellano del trabajo, Deuda externa e inestabilidad macroeconómica, fue publicada por Sudamericana a fines de 1988. Resultó un éxito de librería (se vendieron más de 2.000 ejemplares en un trimestre), pero como cobramos los derechos de autor en plena hiper, recibimos en dólares apenas el 10% de lo que esperábamos. La versión en inglés apareció en Sachs, J. D. (ed., 1990): Developing country debt and economic performance (volumen 2), National Bureau of Economic Research.

[Lamentablemente, perdí todo contacto profesional con el NBER después de esto.]

El otro libro que escribí por encargo fue para el Banco Mundial (BM). El episodio comenzó un viernes por la tarde, cuando el chileno Hernán Cortés me explicó telefónicamente la idea y me invitó a participar. Acepté, luego de que me aclarara que no tenía inconveniente en que yo también participara en el proyecto del NBER, para el que había dado mi palabra (Argentina no fue el único país estudiado en ambos proyectos, pero soy la única persona que colaboró en los 2 estudios).

También en el caso del proyecto del BM se trataba de analizar la evolución macroeconómica entre mediados de 1960 y 1980 (en el caso de Argentina me pareció más natural arrancar desde 1958, es decir, desde Frondizi), pero en muchos aspectos este proyecto fue más ambicioso que el del NBER: 1) en el número de países (17 en vez de 8; ya que junto a Argentina, Brasil, Indonesia, México y Turquía, también analizados en el proyecto del NBER, en el estudio del BM se estudió la evolución de las economías de Camerún, Chile, Colombia, Costa de Marfil, Costa Rica, India, Kenia, Marruecos, Nigeria, Pakistán, Sri Lanka y Tailandia); 2) en la cantidad de coordinadores (4 en vez de 1; el alemán que vive en Australia W. Max Corden, el norteamericano Richard -"Dick"- Cooper, el inglés Ian M. D. Little y Sarath Rajapatirana, oriundo de Sri Lanka. Uno de ellos entró en reemplazo de Carlos F. Díaz Alejandro, quien falleció poco antes de la iniciación del trabajo); 3) en el número de seminarios de trabajo (4, en vez de 2; junio de 1986 en Washington, junio de 1987 y mayo de 1988 en Madrid, y marzo de 1989 en México. Sigue pendiente el de la presentación final de los trabajos); y 4) en la cantidad de asesores (como Mario Blejer, Guillermo Calvo, Domingo Cavallo, Juergen Donges y Deepal Lal, a quien no le importa si su inglés resulta inentendible, dados su acento, su pipa y su constante sonrisa mientras habla). Pero mientras el NBER puede exhibir el producto terminado, el BM todavía (1992) no<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Finalmente vio la luz como Little, I. M. D.; Cooper, R. N.; Corden, W. M. y Rajapatirana, S.: Boom, crises and adjustment. The macroeconomic experience of developing countries, Oxford university press, 1993



Participar en el proyecto del BM también me enriqueció intelectualmente, tanto por lo que aprendí sobre los otros países, como por la sistematización que me forzó a tener que preparar el trabajo sobre Argentina (tampoco con este trabajo me enriquecí, pero es el tipo de esfuerzo que gustoso hubiera hecho gratis). Vamos por partes. Soy un "experto" en Camerún, India y Turquía, no tanto por la importancia de los mencionados países dentro del conjunto de los estudiados, sino por las atractivas presentaciones que hicieron Michael Connolly, James Reidel e Ian Little respectivamente. Connolly, un simpático irlandés ("en Inglaterra me tratan peor que a los argentinos") que enseña en la Universidad de Miami, explicó nítidamente la singular historia política y económica de Camerún (la independencia de Francia llevó a un dictador al gobierno, quien una década después fue desplazado por otro dictador, quien hasta fines de la década de 1980 estaba todavía en su cargo. Camerún produce y exporta petróleo. Cuando se produjo el primer shock petrolero, el aumento de los ingresos externos fue esterilizado en una cuenta fuera del país -¿a nombre de quién?-, de manera que en 1973 la economía de Camerún no experimentó ningún boom; así como tampoco sufrió una crisis en 1986, cuando cayó el precio del petróleo); Little, piloto de la RAF durante la Segunda Guerra Mundial, me familiarizó con el ABC de la economía india; en tanto que Riedel me explicó el funcionamiento de un país donde, según él, "en cada año que termina con 0 `pasa algo´". La presentación de México que hizo Francisco Gil Díaz no fue mala pero tampoco atractiva (como buen alto funcionario público, cuando "Paco" quiere que nadie se entere de algo, es capaz de hablar horas sin decir nada); nos hicimos muy amigos, tanto con él como con su hermosa y simpática esposa Margarita.

[Así como por la atractiva presentación de Connolly me acuerdo de Camerún, imagino inmodestamente que muchos de los participantes se acuerdan de Argentina gracias a la mía. Luego de escuchar algunas presentaciones aburridas, uno de los coordinadores sugirió agregar algo de "flavor" al relato. Esto me obligó a aclarar, al comienzo de mi presentación, que yo no iba a agregar nada de flavor, ya que en el caso argentino con la mera presentación de los hechos era suficiente.]

Los 4 coordinadores se complementaron eficazmente: Cooper fue el puntilloso; Corden y Little los que iban al grano; en tanto que Rajaparitana -el único que era funcionario a tiempo completo del BM- tomó a su cargo principalmente los aspectos administrativos del proyecto (en 1990 o 91 Sarath pasó 3 semanas en Buenos Aires, mejorando su... castellano. El día que regresó a los Estados Unidos, a modo de prueba de fuego, con Pedro Lara lo invitamos a comer, negándonos a hablar con el mozo excepto a través de él. Comimos sin problemas. Rajapatirana está encantado con los latinos porque pronunciamos su apellido mucho mejor que los sajones). Los coordinadores escribieron un volumen de síntesis, citado en la nota de página 3.

---

[Ninguno de los coordinadores, autores o asesores, fue... mujer. En el plano administrativo se desempeñó eficazmente Anita Bhatia, nacida en India (es india, no hindú, según aprendí en la sección carta de lectores de La Nación).]

Leyendo las versiones preliminares de los estudios de los países, asistiendo a las respectivas presentaciones, comentando por escrito algunas de ellas, compartiendo comidas con los coordinadores, los autores y los asesores, aprendí cosas como las siguientes: 1) no sólo en Argentina se reacciona cuando no hay más remedio (Indonesia y Turquía no se endeudaron en 1979, pero no porque anticiparan la crisis de la deuda que comenzó en 1982, sino porque nadie les quería prestar dada su lamentable situación económica -Indonesia, por la quiebra de su YPF, Turquía por su crisis financiera-; Argentina, por el contrario, para los banqueros repletos de fondos era entonces el país); 2) es prácticamente imposible resistir la tentación de gastar súbitamente un fuerte aumento en los ingresos externos de un país, o la de aplicar una política económica que se pone "de moda" (Camerún es la excepción y no la regla, como en América Latina lo es Colombia). Dentro de la literatura especializada el primero de los efectos mencionados se conoce como enfermedad holandesa, lo cual muestra que también los países "serios" atrasan su tipo de cambio cuando le mejoran sus términos del intercambio o el ingreso de divisas; y 3) sacar a un país de una crisis a veces "paga" en términos políticos a quien lo logra: el plan económico aplicado en Turquía a partir de 1980 fue llevado adelante por Turgut Ozal, entonces viceministro de economía, luego ministro de economía, más tarde primer ministro y actual (1992) presidente del país.

Aprendí de los demás, pero también -y mucho- preparando junto con Alfonso José Martínez el estudio referido al caso argentino. Además del contrato, antes del primer seminario recibí una copia de Macro-economic policies, crisis, and growth in the long run. Project proposal (Políticas macroeconómicas, crisis y crecimiento en el largo plazo. Una propuesta de investigación), una guía para elaborar el estudio de cada país confeccionada en enero de 1985 por Corden, Díaz Alejandro y Little. La hojeé, me pareció interesante, así lo dije en el seminario de trabajo inicial, y tal como estaba previsto hice la porción convenida para presentar en el segundo seminario de trabajo, pero lo hice... a mi manera.

Como consecuencia de lo cual, cuando luego de un año de trabajo nos reunimos en Madrid, los organizadores se dieron cuenta que Alfonso y yo habíamos trabajado como locos, pero que -particularmente yo- lo había hecho, como dije, a mi manera. Fue tan tensa la reunión que al finalizar, para calmarme, me fui a caminar varias horas con Mario Blejer y Domingo Cavallo. Al regresar al hotel, en la entrada me encontré con Max Corden. Para lo que voy a contar ahora es importante saber que Corden mide por lo menos 30 centímetros menos que yo, y pesa proporcionalmente. Cuando me aproximé para hablarle me tomó de las 2 manos con las suyas (¿habrá creído que le iba a pegar?) y me dijo: "tengo la solución; desayunemos mañana". Al otro día, calmados los ánimos, me sugirió que reorganizara todo el trabajo realizado según la metodología propuesta. Le hice caso; en efecto, la versión final presentada al Banco Mundial sigue a pie juntillas la metodología... ¡pero porque la encontré muy buena!

[A los seminarios tercero y cuarto también pudo asistir Alfonso. Llegamos a Madrid para el de 1988 con 3 días de anticipación, que utilizamos para recorrer partes de España visitando a algunos de sus parientes. Pernoctar en Bembibre, León, en la casa de una familia franquista, y en Burgos en la de otra antifranquista, resultó muy interesante (en Burgos nos sumamos a una entusiasta aunque ruidosa reunión de una docena de parejas, amigos de los tíos de Alfonso. Luego de agotar -ellos- el cancionero español, nos pidieron que cantáramos un tango. Salí del paso contando un cuento.

Nuestra condición de "argentinos recién llegados" nos salvó de pagar una multa por ir por la ruta sin el cinturón de seguridad puesto.]

Cuando comencé a trabajar en el proyecto del BM las políticas económicas aplicadas por Krieger Vasena, Gelbard y Martínez de Hoz las había estudiado hasta el punto de haber publicado sendos libros; del resto tenía un banco de datos, los principales discursos, el listado de medidas adoptadas; además de guardar, desde comienzos del Proceso, recortes periodísticos (el "hobby" lo adquirí en Harvard, pero sólo conservo recortes sistemáticos desde Martínez de Hoz). No obstante lo cual la labor insumió mucho esfuerzo de lectura y relectura, sistematización y redacción en inglés (menos mal que en el verano de 1986-87 pude utilizar en Mar del Plata la computadora de Alfredo Martín Navarro), así como la construcción de mi primer banco de datos personal medianamente razonable. Una vez más comprobé cómo la labor concreta fuerza la sistematización; sin el desafío del BM, mis ideas referidas a la evolución de la economía argentina desde 1958 en adelante, hubieran sido mucho menos nítida de lo que son.

[A tal punto no pude hacer el trabajo "de taquito", que cuando regresé de Mar del Plata, en "músculo propio" supe lo que es una contractura. Lo supe contracturándome. Del trance me sacaron Alejandro Martínez, hermano de Alfonso, traumatólogo, más pastillas, calor, onda corta y masajes.

Como me ocurrió cada vez que me pasó algo en la vida, a raíz de mi contractura descubrí cuán frecuente es y cuántas fórmulas mágicas hay para zafar. Afortunadamente no he vuelto a necesitarlas.]

En algún momento de 1990 surgió, por fin, lo que Martínez y yo denominamos la "versión final" de Argentine economic policy, 1958-1987. En el BM le pasaron el original a Phil Sawicki, para que pusiera nuestro "inglés" en... inglés. Lo hizo al precio de hacerle desaparecer al escrito todo el flavor que le dan las historias con las que ilustramos el relato (leer cómo quedó la versión que enviamos me produjo la misma impresión que creo me va a producir ver algún día a Moria Casán vestida de monja. Este dicho lo utilicé con mucha frecuencia hasta abril de 1993, en que por Canal 9 Moria apareció vestida de monja; estoy buscando un dicho sustituto). Cuando estuvo de paso por Buenos Aires para participar en una asamblea de ABRA cené con Cooper, quien sobre la cuestión me dijo lo siguiente: "para mí el trabajo sobre Argentina es el mejor; pero para el grupo es también el más controvertido". Dudo que la versión en inglés algún día supere el plano de las fotocopias (de las que hay algunas dando vueltas por el mundo).

[La preparación de la versión en castellano, que no será una mera traducción de la versión que enviamos al BM -algunos capítulos van a desaparecer, otros van a ser expandidos, además de la correspondiente actualización, todo en función del interés de los argentinos- va a comenzar en cuanto termine de escribir la presente obra.]<sup>4</sup>

Me quedo algún tiempo para encarar proyectos propios, algunos basados en recopilaciones, otros en trabajos originales. Los primeros, que insumen más tiempo y trabajo de lo que parece a primera vista, incluyen: 1) Política económica argentina: materiales para el desarrollo del tema según el método de los casos, Macchi, 1984, un volumen que contiene, además del método que utilizo para analizar una política económica, los principales discursos y las medidas adoptadas por algunos ministros de economía, junto con mi primer banco de datos; 2) La economía yo hice - volumen II, El Cronista, 1986, donde se recogen las principales entrevistas que realicé durante los 3 primeros años de permanencia en el diario; y 3) Escritos seleccionados 1981-88, Macchi, 1989, complementario del primer volumen, que vio la luz en 1981.

En libros originales destaco: 1) el fuerte golpe que durante el período le di a Macroeconomía, que finalmente publicó Fondo de Cultura Económica en 1991; 2) la confección de Los 10 mandamientos del buen gobierno según Henry Kissinger, El Cronista, 1991, basado en las Memorias del ex secretario de Estado de los Estados Unidos; 3) la realización de Incompletísimo diccionario de economía, El Cronista, 1992, que reúne 58 términos y 42 biografías que comencé a escribir en Noticias de IDEA en 1977 y terminé en Contexto en 1992; y 4) la elaboración de Economía: ¿una ciencia, varias o ninguna?, Fondo de Cultura Económica, 1994, una reflexión sobre el grado de consenso que existe entre los economistas, sobre la base de las conferencias Nobel, las conferencias Ely, las conferencias presidenciales de la Asociación Americana de Economía y las autobiográficas publicadas en la Banca Nazionale del Lavoro (Jorge Galmes colaboró eficazmente en la prosaica pero indispensable tarea de recopilación de las referidas conferencias).

Sobre los 2 primeros libros quiero decir algo. La edición revisada de Macroeconomía incorporó plenamente a Alfredo Leone y Alfonso Martínez, por la sencilla razón de que no estoy seguro de que la misma hubiera visto la luz sin el aporte -psicológico y real- que ambos me proporcionaron a partir de algún momento de 1983, cuando con la revisión a mitad de camino pero "sin oxígeno" los invité -lenguado de por medio- a sumarse a la empresa (el aporte psicológico consistió en animarnos mutuamente; el real lo puede apreciar cualquiera que le preste atención, particularmente, a los capítulos dedicados a expectativas, economía abierta y otros rumbos).

Por su parte Mis memorias, de Henry Kissinger, es la obra más apasionante que leí siendo adulto; es, también, la más larga que leí en lo que va de mi vida (2 volúmenes, el primero publicado en 1979 y el segundo en 1982, que contienen aproximadamente 1.500.000 palabras). Encarada como lectura de vacaciones, o de viaje, la comencé -lápiz en mano- en

---

<sup>4</sup> Terminó siendo La economía argentina durante la segunda mitad del siglo XX (La Ley, 2005).

Bariloche a principios de 1980, y la terminé en Mar del Plata a mediados de 1987. El resultado fue un ejemplar lleno de subrayados, y la tentación consiguiente irresistible. ¿Por qué no sumar, al notable encanto de la lectura del original, una reclasificación por temas de los párrafos subrayados? Esto, precedido por un ensayo mío titulado "Los 10 mandamientos del buen gobierno según Henry Kissinger", formaron una obra de título homónimo, que terminé hacia fines de 1988.

Las vicisitudes que surgieron para publicar mi libro constituyen -porque luego de un año y medio de lucha la historia terminó bien- una simpática anécdota cuya síntesis es la siguiente: a comienzos de 1989, desde Washington, le envié a Kissinger una copia del libro, junto a una afectuosa carta donde le relaté el esfuerzo y el resultado y en la cual, "de académico a académico", le pedí su reacción. Su reacción fue una carta que me envió su agente literario, prohibiéndome la reproducción de una sola de las palabras del original.

Recuperado del shock, mezcla de "cómo no me di cuenta antes" y "y éste quien se cree que es", me dispuse a pelear. Algunos amigos me dijeron que lo publicara igual, otros que tuviera cuidado. Entonces recordé que Dick Cooper figuraba en las Memorias como aquel que le había enseñado economía a Kissinger; consecuentemente, en la reunión del BM de marzo de 1989, le expliqué el problema. Cooper habló con Kissinger, quien me envió una nueva carta flexibilizando su postura: habría de evaluar el trabajo, para lo cual en una copia en inglés de su libro yo tenía que marcar lo que quería reproducir en el mío, además de adjuntar una traducción al inglés de mi propio ensayo. Demandas razonables para él y su editor, resultaban operativamente casi imposibles de cumplir desde mi punto de vista. Así que opté por enviarle muestras, como una síntesis en inglés de mi ensayo (gracias a la eficaz colaboración de Rudy Dornbusch, que ya expliqué) y también una síntesis de las citas. Encima de lo cual le explicaba el problema a cuanta persona encontraba que pudiera tener alguna relación con el "doctor K", por lo cual, como reconocí en el prólogo de mi libro, por lo que hicieron les estaré eternamente agradecidos a Félix Camarassa, Michel Camdessus (sic, como expliqué en detalle en el capítulo dedicado al autorretrato), Richard Cooper, Guido Di Tella (entonces embajador argentino ante los Estados Unidos), Rudiger Dornbusch, Eduardo Eurnekián, Daniel Marx, Rosemary Niehuss, Alfredo Spilzinger, Alan Stoga, Silvina Vatnick y Marcos Victorica. Finalmente, y dado el evidente problema de identificación no sé a través de qué mecanismos, con fecha 25 de junio de 1990 el editor me envió un fax autorizando la reproducción de las citas de Kissinger en mi libro (mi cuñado Pedro Lara, sabiendo lo que ansiaba recibir la referida noticia, empapeló la oficina con leyendas alusivas).

[Luego de que el libro fue publicado, me enteré que José Alfredo Martínez de Hoz es amigo personal de Kissinger (por él le llegó una copia a sus manos). ¡Haberlo sabido antes...!]

El domingo 8 de noviembre de 1992, gracias a Domingo Cavallo y a Wenceslao Bunge, en casa de este último le pude estrechar personalmente la mano a Kissinger, volviendo a interactuar con él, ese mismo día, en la grabación del programa de Bernardo Neustadt (en la primera página del primer volumen de sus Memorias escribió "con mis buenos deseos", firmando H. A. K.; en la misma página en que mi querida ex alumna Rosy Glykman, quien me

regaló el ejemplar para mi cumpleaños de 1979, había escrito "con mucho cariño y profundo reconocimiento"). HK persona es por lo menos tan fascinante como su libro, que como me enteré en casa de Bunge... ¡manuscribió! (le llevó 15 meses, lo cual implica manuscribir diariamente el equivalente de 8 a 10 carillas, tamaño carta, tipeadas a espacio doble). Al contestar no dice una palabra de más, y puede ser tan enternecedor describiendo a Anwar el Sadat, Golda Meir y Chou En Lai, como firme al insistir en que no le pregunten más sobre el cambio de la Constitución Argentina porque él es ciudadano de los Estados Unidos. Cuando contesta una pregunta sus ojos celestes no apartan la vista de su interlocutor.

[Mientras tomábamos café le recordé anécdotas incluidas en sus Memorias. Al contestar las preguntas que le formulé en Tiempo Nuevo, picadamente dijo que yo había leído sus memorias mucho después que él las había terminado de escribir, y consiguientemente yo recordaba todo mejor que él. Macanas; recordaba las anécdotas y los perfiles personales que a boca de jarro puse sobre la mesa, como si hubiera acabado de escribir el texto.]

¿Cómo pude escribir todo esto? Con ganas y computadoras, como ya dije.

. . .

La hiperinflación del primer semestre de 1989 precipitó la decisión, no de desvincularme de Cronista, pero sí de recomponer mi relación con el diario, luego de 7 años de actividad en él; proceso que voy a explicar al comienzo del capítulo donde describo Depabloconsult.

Cuando me fui, los muchachos de la sección Mercados me obsequiaron un reloj de pared, que adorna mi oficina; otros me regalaron su tiempo, escribiendo. Della Costa comparó la situación con la generada por el poeta cubano Nicolás Guillén, por quien cuando llegó a Colombia los diarios titularon "Por fin", y cuando luego de algunos meses abandonó el país, los diarios titularon exactamente lo mismo; Szewach, exagerando, me equiparó con Pelé; y Burzaco hizo una tersa referencia en su columna (los 3 utilizaron el "¡animo!", ya por entonces mi muletilla). Al mismo tiempo recibí afectuosas notas de Roberto J. Bulit, Jorge E. Bustamante, Marcelo J. M. Canellas, Raúl E. Cuello, Federico Huergo, Rodolfo Martínez, Alberto M. Pando, Pedro F. J. Pavesi, Adolfo Luis Ruiz, Mario Szalckowicz, Carlos M. Tacchi y Sergio D. Volman.

[También recibí una nota insultante, firmada por "R. M. Morento". Sobre los exabruptos que genera la fama hablaré más adelante, en el capítulo dedicado a medios de comunicación.]

Como dije, mi separación de Cronista no fue total. Cubrí para el diario una reunión que a fines de octubre de 1989 organizó el Banco Interamericano de Desarrollo en Washington, así

como un seminario que tuvo lugar en Jerusalén a fines de enero de 1990, eventos ambos que describiré más adelante.

Al mismo tiempo, nunca interrumpí Momento económico, mi programa semanal de televisión por Cable, que realizo desde julio de 1986. Y desde comienzos de 1990 volví a escribir en Cronista, así como a compartir las mañanas de los viernes con Bernardo Neustadt en Radio América, también propiedad del "grupo Eurnekián". A comienzos de junio de 1990, en Nueva York, diserté en el Consejo de las Américas, cuando Cronista presentó en sociedad su faxpaper.

Me daría mucha pena que alguna circunstancia me impidiera seguir pisando Honduras 5663, y sobre todo interactuar con la "tribu" que allí trabaja, desde Eduardo Eurnekián inclusive para abajo.





CUADRO 20.2

PREMIO EL CRONISTA A ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS  
1987/92

Rubro	Eco- no- mía	Ad- minis- tración	Con- tabi- lidad	To- tal
Trabajos presentados	261	187	71	519
Trabajos premiados	15	15	15	45
Trabajos mencionados	33	26	15	74
Trabajos galardonados	48	41	30	119
Autores premiados	19	20	21	60
Autores mencionados	38	37	28	103
Autores galardonados	57	57	49	163
<b>PREMIADOS</b>				
Varones	15	17	18	50
Mujeres	4	3	3	10
Universidades publicas	16	12	16	44
Universidades privadas	3	6	5	14
Desconocido	0	2	0	2
Universidad de Buenos Aires	4	6	8	18
Universidad Nacional de Cuyo	4	1	1	6
Universidad Catolica Argentina	2	3	0	5
Universidad Nacional de Cordoba	2	1	2	5
Universidad Nacional de La Plata	3	0	1	4
Universidad Argentina de la Empresa	0	1	3	4
Universidad Nacional del Sur	1	2	0	3
Universidad Nacional del Nordeste	0	0	2	2
Universidad de San Andres	1	1	0	2
Universidad Nacional de Mar del Plata	0	0	2	2
Universidad del Salvador	0	0	2	2
Desconocido	0	2	0	2
Universidad Nacional de Rosario	1	0	0	1
Universidad Nacional de Tucuman	1	0	0	1
Universidad Centro de la Prov. Bs. As.	0	1	0	1
Universidad Nacional de Rio Cuarto	0	1	0	1
Universidad de Belgrano	0	1	0	1
<b>MENCIONADOS</b>				
Varones	31	25	16	72

Mujeres	7	12	12	31
Universidades publicas	30	22	23	75
Universidades privadas	7	14	5	26
Desconocido	1	1	0	2
Universidad de Buenos Aires	10	12	6	28
Universidad Nacional del Sur	5	0	5	10
Universidad Nacional de Cuyo	4	4	1	9
Universidad Catolica Argentina	3	4	2	9
Universidad Nacional de Cordoba	2	2	4	8
Universidad de San Andres	3	3	2	8
Universidad de Tucuman	7	0	0	7
Universidad Nacional de Rio Cuarto	1	0	4	5
Universidad Catolica de Cuyo	0	5	0	5
Universidad de Belgrano	1	1	0	2
Universidad Nacional de Mar del Plata	0	0	2	2
Universidad Nacional del Comahue	0	1	1	2
Desconocido	1	1	0	2
Universidad Nacional de Lomas de Zamora	0	2	0	2
Universidad Nacional de La Plata	1	0	0	1
Universidad Centro de la Prov. Bs. As.	0	1	0	1
Universidad del Salvador	0	1	0	1
Universidad de Moron	0	0	1	1

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

21

### CARTA ECONOMICA

Como en el caso de Pedro Jesús Fernández, en el de Miguel Angel Manuel Broda el regreso a Argentina desde los Estados Unidos, luego de realizar estudios de doctorado en economía en la Universidad de Chicago, incluyó una escala en Brasil... que duró una década (a Fernández, en rigor, todavía lo estamos esperando). En efecto, Broda regresó profesionalmente a Buenos Aires parcialmente en 1980 (para asesorar a Alejandro Estrada, miembro del equipo económico de Martínez de Hoz, y como Miguel Angel y yo, integrante de la "camada 1964" de la UCA), y plenamente desde algún momento de 1982-83.

. . .

Entre sus proyectos, Miguel Angel trajo de San Pablo el de la elaboración de un informe mensual, inspirado en la "Carta económica" que Mario Henrique Simonsen publicaba en Brasil, y Edgardo Barandiarán en Chile. Palabra va, bife de chorizo viene, nos asociamos para manufacturar en Argentina Carta económica.

[La asociación no resultó difícil, tanto por razones de conocimiento previo como de afinidad personal y de complementariedad profesional. Este último punto merece elaborarse. A los 2 José María Dagnino Pastore nos explicó en la UCA la ventaja comparativa, el sabio principio que David Ricardo inventó para países pero que a veces es también relevante para grupos formados por 2 personas. Por aplicación del mencionado principio, en las tareas que encaramos juntos Miguel Angel se concentró en la negociación, y una vez logrado el encargo en las tareas escritas él se ocupó principalmente del contenido y yo de la forma (ejemplo: diseñé el cabezal

de los cuadros y él dispuso qué poner en las celdillas), y en las orales él del análisis y yo de la síntesis.]

El número 0 de "la Carta", como la mencionábamos entre nosotros, vio la luz en mayo de 1983 (el original lo escribimos en Diagonal 614, donde Broda alquilaba un par de oficinas; la publicidad, venta, copias y distribución la hizo El Cronista Comercial). Dicho número tuvo la siguiente anatomía: 1) En una palabra (síntesis de una página); 2) editoriales (la marcha de la economía -que escribíamos Miguel Angel y yo- y contexto político -primero a cargo de Carlos A. Floria y luego de Rosendo Fraga-); 3) análisis sectoriales (moneda y crédito, finanzas públicas, sector externo, actividad y precios, salarios y ocupación y economía internacional); 4) estudios especiales (algunos de los cuales escribió Enrique Scala) y 5) apéndice estadístico.

Desde el punto de vista formal el número 110, el último que había llegado a mis manos al escribir esta parte de la obra (correspondiente a octubre de 1992, y en cuya elaboración no tuve nada que ver), es exactamente igual al 0 (se le agregó el panorama sindical y se le quitó economía internacional y estudios especiales); pero mientras el número 0 constó de 47 páginas, el 110 llegó a las... ¡184! El contenido, lógicamente, fue cambiando según las circunstancias, y constituye material indispensable para cualquier persona interesada en reconstruir la historia económica argentina desde 1983 en adelante.

. . .

Miguel Angel y yo mantuvimos de manera separada el resto de nuestras actividades (asesoramiento financiero en su caso, Cronista en el mío), pero a veces a pedido y en ocasiones por iniciativa nuestra, junto a Carta encaramos otros proyectos (para los cuales él alquiló mejores oficinas, primero en Florida 129, 1o. B, y luego en Belgrano 624, 6o.).

Por encargo de la empresa Lever, a fines de 1983 preparamos pronósticos macroeconómicos para 1984. Una vez entregado el trabajo, y ante requerimientos similares por parte de otras empresas, acordamos con ellos vender copias del estudio, compartiendo los ingresos; como consecuencia de lo cual Lever terminó recibiendo más dinero del que había abonado originalmente (y eso que un potencial cliente, gerente de una empresa naviera estatal, a quien por teléfono le dijimos que podía pasar al otro día para buscar su ejemplar y pagar, renunció el mismísimo día en que llamó. Ahí aprendimos en carne propia aquello de "mejor pájaro en mano..."); por encargo de Nobleza Piccardo elaboramos un pronóstico macroeconómico y estructural a 5 años, para lo cual repasamos buena parte de la historia económica de Argentina durante lo que iba del siglo XX (con parte del producido del trabajo compramos la primera computadora); por encargo de la Unión de Entidades Comerciales Argentinas (UDECA) representamos a la institución en la concertación organizada por el gobierno radical en 1984; y por encargo de AUSA revisamos el proyecto de inversión de la autopista que se construyó en la ciudad de Buenos Aires (encontrando que desde el punto de vista ingenieril la construcción se hizo en el tiempo previsto, y con los materiales pautados, pero como consecuencia de la caída del tipo de cambio real costó en dólares mucho más de lo

previsto, y al inaugurarse a fines de 1980 disminuyó el tráfico debido a la recesión de 1981, cayó la tarifa en dólares porque una parte de su componente es en moneda local, y aumentó fuertemente la tasa de interés internacional. En una palabra: lo que, con ojos ex-ante lucía razonable, ex-post no cerró por ningún lado).

[Gracias a la vinculación con UDECA conocí a Jorge Sabaté, su entonces presidente, con quien en un par de oportunidades en su hermoso yate salimos a navegar por el Río de la Plata. En una de ellas, por falta de viento, estábamos absolutamente detenidos. De repente uno de los hijos de Jorge gritó "Ahí viene el viento". Le pedí precisiones, creyendo que estaba abusando de mi ignorancia. Me hizo ver que -en mi nomenclatura- cerca de nosotros el agua estaba lisa pero más allá arrugada, y que las arrugas avanzaban hacia nosotros. "Puede ser", pensé para mí. Cuando las arrugas llegaron hasta nosotros... ¡el velero volvió a navegar! Inolvidable.]

Por iniciativa nuestra ofrecimos charlas mensuales en empresas, y desde comienzos de 1988 un ciclo mensual de economía, finanzas y política, que dictamos Miguel Angel, Rosendo Fraga y yo.

En una ocasión nos ofrecieron ser peritos de parte en un importantísimo juicio, tarea que nos hubiera proporcionado mucho dinero. A pesar de su carácter estrictamente profesional dijimos que no.

. . .

Trabajando juntos Miguel Angel y yo compartimos durante años vivencias y la realidad cotidiana (deprimentes conversaciones con algunos de los ministros de economía de la época; interesantísimos almuerzos en el American bar ubicado en Diagonal Norte 632, atendidos por un joven y flaco mozo de gran sentido del humor, quien más de una vez tuvo que tirar a la basura una espectacular tortilla a la española porque -a pesar de mis estrictas especificaciones- la habían preparado con cebolla, etc.), aprendimos mutuamente y ganamos dinero sin obligarle a nadie a comprar nuestros servicios. ¿Por qué no nos fusionamos por completo?; ¿por qué dejamos de trabajar juntos?

Carta económica nació como sociedad de hecho (en la tapa de su número 0 aparecen, además de El Cronista Comercial, el estudio Miguel Angel Broda y Juan Carlos de Pablo), de cuyos ingresos El Cronista Comercial percibía una porción (¿1/3?) y el resto, deducidos los gastos, nos lo repartíamos Miguel Angel y yo por partes iguales.

En el número de noviembre de 1983, a pedido de los interesados, la hoja que indica el comienzo de los análisis sectoriales incluyó los nombres del "pelotón inicial" de colaboradores: Juan José Fernández, Eduardo Katzman, Saúl Keifman, Daniel Szpigiel y Liliana Weisert. Temiendo una "escalada gremial", quizás por inexperiencia empresarial de parte nuestra, decidimos formalizar la actividad creando una sociedad de responsabilidad limitada. Así fue

como el 23 de diciembre de 1983, ante escribano público, nació "M. A. M. BRODA Y ASOCIADOS" -el asociado soy yo-, que fue inscrita el 7 de junio de 1984.

La referida complementariedad profesional, un activo desde el punto de vista del producto, no siempre lo es desde el ángulo de la fabricación de dicho producto. Con el correr del tiempo nuestras diferencias de criterio y de estilo comenzaron a hacerse sentir. Por eso, con el objeto de reducir la "electricidad estática", a fines de 1984 reformulamos nuestra relación: circunscribiría mi labor en Carta -que con la compra de la computadora al tiempo dejó de hacerse en Cronista- a la colaboración en la escritura del editorial (lo cual implicaba dejar de revisar -particularmente desde el punto de vista del estilo- los análisis sectoriales), y percibiría una suma fija por las reuniones que hiciéramos en las empresas. La nueva relación funcionó durante 5 años.

El nacimiento de DEPABLOCONSULT, ocurrido en agosto de 1989 como explicaré en el próximo capítulo de esta obra, obligó a volver a revisar nuestro trato; como consecuencia de lo cual dejé de colaborar en Carta por completo, y también interrumpí mi presencia en las reuniones en las empresas.

Quedo un sólo lazo: el ciclo mensual, uno de cuyos invitados de honor fue Olindo Angel Broda, papá de Miguel Angel, un fenómeno. La rotura de dicho lazo se precipitó porque en un reportaje publicado en Página 12 el domingo 1 de noviembre de 1992, frente a una pregunta Miguel Angel dijo textualmente: "Juan Carlos [de Pablo] nunca fue socio mío. Siempre fue un empleado del estudio" (sic, confirmado por el periodista que estuvo presente... y por Broda mismo). Como no leo el mencionado periódico, de esto me enteré al día siguiente, cuando algunos amigos míos -y también algunos suyos- me llamaron por teléfono. No hablé con Miguel Angel sobre esto, pero el miércoles 4, en la reunión habitual del ciclo, comencé -palabra más, palabra menos-, diciendo lo siguiente: "Ahora le toca hablar al empleado del estudio". Pausa. Luego leí el diario, relatando lo que el lector acaba de leer en este capítulo de la obra, aclarándole a Broda que socios podíamos dejar de ser en cualquier momento, pero que "ex socios" por definición no, y que afortunadamente nunca había sido ni era empleado suyo... y que esperaba nunca tener que serlo. Superando la sorpresa y con entendible bronca, Miguel Angel elaboró su respuesta a partir de que lo que él había dicho, según él, era así. No hablamos más del asunto, ni durante el resto de la reunión, ni hasta el momento de realizar el encuentro preparatorio de la próxima reunión.

[Aún en circunstancias dramáticas la materia prima para la tragicomedia no desaparece. Al llegar a la reunión del 4 de noviembre Federico Rissi (asistente de Miguel Angel) me dijo: "Doctor, tiene que firmar unas actas de la SRL". "Imposible, yo soy empleado del estudio", le respondí. El pobre quedó comprensiblemente helado y desorientado, mientras yo no paraba de reír.]

A este encuentro, que tuvo lugar el 30 de noviembre, fui con una carta en mi bolsillo cuyo texto es el siguiente: "Dear Miguel Angel: el desagradable episodio de hace un mes precipitó los acontecimientos. Como en el pasado, hay que rearmar las cosas para que

recuperemos el diálogo fraterno y profesional. El fin del año presenta la oportunidad natural para ello. Consecuentemente, el miércoles hay que anunciar que desde 1993 no voy a participar en el ciclo. No me hace feliz, pero no veo alternativa. Un abrazo, Juan Carlos". La carta nunca salió de mi bolsillo porque, por su lado, él había llegado a la misma conclusión y habló primero, de manera que expuse mi posición verbalmente. Durante el encuentro hablamos tensamente del episodio, y jugosa y amigablemente sobre la economía y política de 1993. Al terminar nos abrazamos.

[Con Broda -a quien sigo queriendo y respetando, y a quien acudiré cuando necesite algo-, por consiguiente, me encuentro en la curiosa situación de que tenemos claro nuestro presente y nuestro futuro; y que lo único que queda por aclarar es nuestro pasado.]

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

22

### DEPABLOCONSULT

A comienzos de 1989 me ganaba la vida escribiendo en Cronista, participando en el programa de radio de Bernardo Neustadt y dictando conferencias en empresas. La hiperinflación que se desarrolló durante el segundo trimestre de dicho año impactó de modo diferente el poder adquisitivo de cada uno de los referidos ingresos: fuertemente, el sueldo de Cronista (cuando me pagaron en abril o mayo miré el montón de billetes y pregunté: "¿qué es esto?") y los ingresos radiales (la publicidad se siguió pagando a 30 o 40 días, en moneda local, sin reajuste), no tanto el producido del dictado de conferencias (en particular porque con Broda diseñamos una actividad para enseñarle a los empresarios "cómo sobrevivir a esta hiperinflación", que lógicamente cobrábamos en dólares-billete. Una versión escrita en inglés, titulada "The hyperinflation of 1989: recollections of two survivors" -La hiperinflación de 1989: recuerdos de 2 sobrevivientes-, la preparé y distribuí en un congreso celebrado en Jerusalén a comienzos de 1990).

En cambio a mi conuñado Pedro Lara la hiper lo afectó de manera decisiva, porque él y los 4 miembros de su familia en ese momento vivían de una porción de los ingresos de mi participación en radio, que provenían de auspicios publicitarios que él conseguía. "Tengo que inventar algo para nosotros 4 y para ellos 5, porque cualquier día los Lara se vienen a comer a mi casa", pensé.

Así fue como a partir de la segunda quincena de junio de 1989 Pedro y yo creamos DEPABLOCONSULT (DPC), la cual abrió sus puertas el 1o. de agosto. La consultora, consiguientemente, es un subproducto de la hiper (sin ella, es muy probable que todavía hoy siguiera siendo el editor ejecutivo de Cronista... salvo que me hubieran echado). Las líneas que



siguen documentan el brillante comienzo de una idea que, originada en circunstancias dramáticas, resultó fenomenal en los planos humano, intelectual y fenicio.

. . .

Desde el punto de vista de los insumos, DPC somos 3 personas: mi secretaria Carla Panichi, quien dejó Cronista para seguir trabajando conmigo; Pedro Lara, factotum operativo de la consultora (la envidia de algunos de mis clientes, por su preparación, prolijidad y el empeño que pone en sus tareas) y yo. Los cuales, con mentalidad de servicio y seriedad -pero no solemnidad-, trabajamos en una oficina de 80 metros cuadrados, ubicada en Alsina 833, 5o. piso, desde la cual asistimos a la vertiginosa construcción del esqueleto del hotel Intercontinental... y su paralización posterior.

Por su parte, desde el punto de vista de los productos DPC es una empresa múltiple, que elabora Contexto (una "newsletter" semanal), ofrece un servicio de reuniones mensuales en instituciones, además de brindar conferencias y cursos aislados, así como asesoramientos específicos.

En sus primeros 3 años y medio de existencia DPC generó resultados mucho mejores de los esperados (¡por qué la hiper no habrá ocurrido antes!). En efecto, 200 suscriptores de Contexto, una docena y media de abonados al servicio mensual, más un interesante número de conferencias aisladas, cursos y ciclos (la absoluta personalización de las actividades impone un obvio techo físico; el de mi físico), le dan a los ingresos de la consultora un nivel, una regularidad y un bajo riesgo por dispersión de fuentes "más que satisfactorios" (felizmente el proyecto anduvo bien desde el comienzo, a punto tal que en junio de 1990, es decir, antes de cumplir su primer año de existencia, DPC se ubicó cuarta en el ranking de "Los brujos de la City", según la compulsión realizada por Apertura).

[El futuro está abierto, pero con que sea como el pasado estoy más que satisfecho.]

. . .

Sin quitarle importancia al pan, eso de que no sólo de pan vive el hombre es bien cierto. Por eso corresponde darle contenido concreto a lo que dije al comienzo de este capítulo, cuando afirmé que DPC también resultó sensacional desde los puntos de vista humano e intelectual.

La relación consultor-empresa (en rigor institución, porque en mi caso toman el servicio mensual no solamente empresas -agropecuarias, industriales, financieras y estudios profesionales; de Buenos Aires y del interior, etc.-, sino también cámaras empresarias y un sindicato) resultó ser muy rica desde el punto de vista estrictamente humano. Y esto es así porque, según mi experiencia, cuando una institución busca consultor no demanda simplemente

una opinión sobre problemas técnicos, sino además el intercambio de pareceres y la presencia y la colaboración para afrontar circunstancias tensionantes, más allá de los temas de estricta consulta. No por casualidad mis clientes, como yo, son muy trabajadores, muy directos, serios pero no solemnes, jugados a avanzar poniendo el hombro y no "currando", etc.; por lo cual las reuniones de trabajo son, para mí, fuentes de placer y de enseñanza (a ellos no se los digo porque de lo contrario tendría que pagarles, en vez de cobrarles).

[Por trabajar como consultor incorporé a mi lista de amigos a José A. Allende (h.), Miguel A. Arrigoni, Carlos M. Balter, Genserico Benvenuto, Eduardo Bohm, Jorge Brito, Eduardo Capece, Héctor Capriotti, Ezequiel Carballo, Carlos D'atria, Rafael Gurovich; Alberto, Edgar, Fernando, León, Rosa y Simón Halac, Antonio Hambouris, Juan Koppány; Luis Marcenaro, Alfredo, Eduardo ("Lalo"), Hugo, María Esther y Raúl Marso, Gerardo Martínez, Alberto ("Quito") Matzkin, José Luis Nellar, Máximo Reutemann, Jorge San Martín; Aaron, Alberto y Eduardo Trajtenberg, Antonio Valiño, Carlos Enrique Videla y Ernesto J. Vilán.]

"Quien consulta a varios médicos es su propio médico", dijo acertadamente Paul A. Samuelson. Por más afectuosa que sea en lo humano, en mi caso al menos la relación consultor-institución en modo alguno "ablanda" el mensaje que le transmito a quien me consulta. El que piensa que el consultor le dice al cliente "lo que éste quiere escuchar", sencillamente no trabajó en consultoría. Por una parte, porque si el profesional le racionaliza las fantasías al cliente, contribuye a que éste se funda y, consecuentemente, no va a cobrar; y por la otra, porque el cliente no es tonto (es más; a veces, para probar al consultor, el cliente deliberadamente sostiene firmemente puntos de vista en los cuales no cree). El consultor exitoso es aquel que, conociendo su materia, entiende cuál es su rol frente al cliente y actúa en consecuencia.

[La cuestión de los múltiples roles que se generan en casos como éste fue analizada en las Memorias de Kissinger (Atlántida, 1979 y 1982); en mi Los 10 mandamientos del buen gobierno según Henry Kissinger (El cronista, 1991), donde especificué que para un ministro su presidente es, a la vez, su alumno, su jefe y su amigo; en El poder, los hombres y las enfermedades (Huemul, 1977), interesantísima obra escrita por P. Accoce y P. Rentchnick, médicos que analizaron la relación que existió entre una veintena de pacientes "ilustres" (presidentes, papas, etc.) y sus respectivos médicos; y también en Ortiz. Reportaje a la Argentina opulenta (Sudamericana, 1978), donde Félix Luna desnudó la relación que existió entre la "comunidad médica (en rigor, oftalmológica)" argentina y el presidente Ortiz.]

La otra gran enseñanza que extraje de DPC surgió del hecho de que, por primera vez en mi vida, no solamente soy empresario de mis propios servicios profesionales, sino que también estoy al frente de mi propia empresa. A raíz de lo cual tuve que aprender a gerenciar (no mucho, gracias a lo bien que funcionan los otros 2 integrantes del trío), lo cual -sobre la base de mis propias acciones... y errores- me permitió entender mucho mejor el tipo de situaciones que enfrentan continuamente aquellos a los cuales asesoro.

DPC es también la base operativa de mi hobby preferido: escribir. En la consultora terminé Macroeconomía (Fondo de Cultura Económica, 1991), y Economía: ¿una ciencia, varias o... ninguna? (Fondo de Cultura Económica, 1994); desarrollé la obra que el lector tiene en sus manos; y ejerzo operativamente, desde noviembre de 1992, la presidencia de la Asociación Argentina de Economía Política.

. . .

DPC no impidió que aprovechara todas las oportunidades que se me presentaron para viajar, las cuales afortunadamente no fueron ni pocas ni monótonas (si bien, entendiblemente, al dejar Cronista perdí el "mercado" de las invitaciones periodísticas).

Washington... por 5 horas. En octubre de 1989 recibí una invitación para asistir a una reunión que el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) había organizado en Washington para el 26 y 27 del citado mes. La carta no incluía el pasaje, lo cual no era una omisión porque "para que los periodistas no crean que se los quiere influenciar, se decidió que viajen por sus propios medios" (sic). Propuse a Cronista cubrirle el evento si se hacía cargo de los gastos, y como accedió fui testigo de un olvidable congreso sobre economía; pero que en lo personal me proporcionó un par de interesantísimos subproductos, ambos generados en sendas comidas. El primero de ellos me hizo regresar a Washington, a la semana, por 5 horas (mi récord, hasta ahora); el segundo también me hizo regresar a Washington, pero a los 3 meses y por una semana.

En el almuerzo del viernes 27 de octubre, por pura casualidad, me senté junto a John Williamson, a quien había conocido en Río en 1979. Hablamos de muchos temas, entre ellos del seminario que sobre las nuevas políticas económicas que se estaban implementando en América Latina, él había organizado para el lunes 6 de noviembre (durante el almuerzo hizo uso de la palabra David Mulford, entonces subsecretario del gobierno de los Estados Unidos, quien no me impresionó). Regresé a Buenos Aires el sábado 28. Cuando a la media mañana del lunes 30 llegué a mi oficina, encontré un par de mensajes telefónicos urgentes, desde Washington, de Williamson ("¿me habré llevado su abrigo, por equivocación?", pensé).

"Estoy desesperado", me dijo cuando nos comunicamos. "En el seminario que inauguro el lunes próximo Roque Fernández iba a presentar la monografía sobre Argentina, pero me acaba de avisar que dado su cargo de vicepresidente del Banco Central no puede venir. ¿Qué chances tenés de reemplazarlo?". Si un argentino llamara a un norteamericano en estas circunstancias, lo más probable es que le cuelguen el teléfono, no por mal educados sino por más estructurados. Miré mi agenda (tenía que grabar anticipadamente el programa de televisión, trasladar una conferencia que tenía que dictar en Montevideo, del lunes para el martes... y preparar, si no una monografía formal, por lo menos los cuadros sobre los cuales basar mi presentación oral). "Te contesto en 2 horas, pero además de los honorarios me pagás 'clipper' (clase intermedia del Jumbo)". Accedió, "considerando las circunstancias".

Con la ayuda de Dios, lo logré. En efecto, con el trabajo listo salí de Buenos Aires el domingo 5 por la noche, cambié de avión en Miami, y llegué a Washington a eso de las 11 de la mañana del lunes. Hablé inmediatamente después del almuerzo, alcancé un vuelo de las 4 de la tarde hasta Miami, y de allí nuevamente a Ezeiza para, el martes al mediodía, volar a Montevideo, dictar la otra conferencia, regresar a Argentina por Aeroparque el martes por la noche, suficientemente fresco como para comer con mi mujer una parrillada en la Costanera (luego de 2 días seguidos de "comida plástica", una necesidad). En 2 días conecté 6 vuelos, ninguno de los cuales se atrasó.

Además de la muestra de estado atlético, ambos encuentros resultaron muy interesantes desde el punto de vista profesional. En Washington -es decir, delante de representantes del gobierno de los Estados Unidos, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y los institutos de investigación con sede en esa ciudad- "vendí" las reformas que en ese momento estaba comenzando a implementar Argentina; lo hice a partir de una clarificación del rol que cumplía el presidente Menem, a pesar de que en ese momento -bajo Néstor Rapanelli- la coyuntura económica no estaba pasando su mejor momento (la versión revisada de mi presentación fue incluida en Williamson, J. (ed.): Latin american adjustment: how much has happened?, Institute of International Economics, 1990); en tanto que en las jornadas de economía organizadas por el Banco Central del Uruguay presenté mi "20 años del premio Nobel en economía", precursor de mi Economía...

El primero de los afortunados episodios derivados de la reunión del BID comenzó en un almuerzo, el otro empezó en la cena que tuvo lugar en la víspera. En efecto, en la noche del jueves 26 los asistentes a la reunión del BID fuimos invitados a comer en la sede del Fondo Monetario Internacional. Me senté junto a Ernesto Feldman y a Guillermo Calvo, uno de los cuales me propuso efectuarle una nota periodística a Michel Camdessus, director ejecutivo del FMI, a propósito de un acuerdo que Argentina estaba por firmar con la institución. No dije ni que sí ni que no. A los postres Camdessus se puso de pie... y comenzó uno de los más fantásticos shows que vi en mi vida (parecido al que 15 o 20 años antes Mario Piñeiro había protagonizado al terminar un curso de IDEA, según expliqué).

"Bienvenidos al infierno" dijo Camdessus en perfecto castellano, generando una carcajada por parte de los presentes, a quienes de esta forma se puso en sus bolsillos. Habló poco, pasó su "aviso" sin sacrificar contenido alguno en el nombre del humor, y nadie se sintió agredido ni molesto. Cuando terminó de hablar le dije a mis 2 amigos: "Este tipo es un fenómeno. No lo desaprovechemos con un reportaje sobre Argentina. Mejor, le ofrezco al Fondo mis servicios profesionales, para hacerle una entrevista institucional, donde le disparo a quemarropa todas las preguntas que, referidas al FMI, tenemos los latinoamericanos en la cabeza".

Al día siguiente Calvo me presentó al chileno Hernán Puentes, a cargo de la división prensa del Fondo, quien quedó en estudiar mi propuesta. Aceptada, la eficiente maquinaria administrativa del FMI se puso en marcha. Recibí un fax con las especificaciones, llegué a Washington la noche del domingo 11 de febrero de 1990, preparé las preguntas entre el lunes y el miércoles, entrevisté a Camdessus el jueves 15 por la tarde, edité el material esa misma

noche y el viernes regresé a Argentina (superando la grosera sobreventa que había hecho Pan American, y gracias a que Aerolíneas partió con atraso desde Miami).

[El reportaje a Camdessus duró 40 minutos. No hablé con él antes de la grabación, de modo que él no sabía qué le iba a preguntar. Contestó todo, de manera brillante. Nunca más lo vi en mi vida<sup>1</sup>. Lo llevo permanentemente en mi corazón porque, como expliqué al comienzo de esta obra, me envió una carta manuscrita comentando un libro mío que le obsequié en ese momento, y me ayudó en la negociación que entre 1989 y 1990 mantuve con Henry Kissinger.

El programa fue emitido por Cablevisión en varias oportunidades, siempre con gran éxito, y hoy -3 años después de haber sido grabado- conserva intacto su valor. También fue emitido en varios países de América Latina y, según me han dicho, el FMI lo utiliza regularmente para ilustrar a personas que visitan la institución.]

Políticas de estabilización en Israel. Continuación natural del seminario de Toledo de 1987 resultó la conferencia organizada por el BID y el Banco de Israel (que cumplía su 35 aniversario), que tuviera lugar en Jerusalén el 31 de enero y 1 de febrero de 1990. De muy buen nivel en sí mismo, el encuentro mostró que también en el plano de las ideas rige la ley de los rendimientos marginales decrecientes, y de hecho se constituyó en la conferencia final en materia de extraer enseñanzas de la aplicación de las políticas antihiperinflacionarias ensayadas en países como Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Israel y México (asistieron al encuentro economistas de Yugoslavia, cuyo país estaba ingresando en procesos inflacionarios muy familiares para el resto de los asistentes).

Las reuniones se desarrollaron en una sala de conciertos, y comenzaron y terminaron con música (la cena de clausura tuvo lugar en el moderno edificio del Banco de Israel, donde a los postres hizo uso de la palabra Shimon Peres. Pronunció en inglés un muy buen discurso, donde recogió el comentario que acababa de hacer Enrique Iglesias, titular del BID, en el sentido de que él había ido de la economía a la diplomacia, señalando que a él [Peres] le había ocurrido exactamente lo contrario... lo cual no le disgustaba; y luego recordó la reunión del Gabinete donde se logró el equilibrio fiscal requerido por el lanzamiento del programa antiinflacionario de 1985, la cual duró más de 24 horas, y en la cual en cuanto se veía dormitar a algún ministro se procedía a discutir su partida presupuestaria. "Entonces", acotó Peres, "aprendí la primera ley de la economía: `no te duermas porque te cortan la cabeza'").

[Al retirarnos nos obsequiaron un libro con la historia numismática de Israel. Suponiendo que el lector no tenía por qué saber que en hebreo se lee "de atrás para adelante", en lo que yo pensé que era la primera página -sobriamente colocada- había una nota que indicaba que el libro comenzaba en la otra punta. Una delicadeza.]

---

<sup>1</sup> Facilité el diálogo con los profesores y los alumnos de la Universidad de San Andrés sentándome a su lado. Esto ocurrió el 12 de setiembre de 2001, ¡al día siguiente de atentado a las Torres Gemelas!

En la discusión final del seminario hice el siguiente punto referido al plan de Israel: el programa antiinflacionario de 1985 fue definitivamente exitoso. No es posible que 5 años después (el evento que estoy relatando ocurrió a comienzos de 1990) toda dificultad económica sea atribuida a las secuelas del plan. Propuse, consecuentemente, que se declarara la victoria total, y que se continuara la lucha económica de todos los días, como ocurre en todos los países. La propuesta fue abrumadoramente... rechazada, no obstante lo cual pienso que tengo razón.

Viajé financiado por Cronista, para quien cubrí el evento, pero terminé trabajando más de lo esperado. Ocurrió que el trabajo sobre Brasil iba a ser presentado por Eliana Cardoso, y comentado por un israelí; pero Eliana no pudo concurrir, porque en la víspera del comienzo de las reuniones falleció imprevistamente su suegro, el padre de Rudy Dornbusch, y el comentarista tampoco pudo estar presente porque estaba de guardia y el Ejército no le dio franco para asistir al congreso. Alguien hizo la presentación por Eliana y yo reemplacé al israelí (el material presentado en la reunión fue finalmente publicado en Bruno, M.; Fischer, S.; Helpman, E. y Liviatan, N.: Lessons of economic stabilization and its aftermath, The MIT press, 1991).

El caso argentino en Lima. En octubre de 1989 viajé a Lima para exponer sobre el caso argentino delante de una treintena de empresarios peruanos, congregados por Felipe Ortiz de Zeballos, un simpatiquísimo economista a quien conocí exponiendo de manera muy atractiva las barbaridades económicas que en ese momento estaban aplicando en su país, bajo la presidencia de Alan García, en el encuentro latinoamericano de la Sociedad Econométrica que poco tiempo antes había tenido lugar en Santiago de Chile.

Lo que recuerdo de esta experiencia fueron las peripecias que tuve que hacer, tanto para llegar a Lima como para retornar a Buenos Aires (días después me ocurriría precisamente lo contrario, al viajar a Washington por horas, como expliqué). Any siempre soñó con conocer Macchu-Picchu, de manera que un viernes tomamos un vuelo de Aeroperú en Buenos Aires, que al otro día nos iba a conectar con otro vuelo a Cuzco, y retornaríamos a Buenos Aires el martes por la mañana ("¿te parece Aeroperú?", le pregunte a mi agente de viajes. "Hace 6 meses que funciona sin problemas").

Aeroperú volaba a Lima vía Santiago de Chile. El aterrizaje en Santiago fue normal... pero una vez en tierra el avión no quiso saber más nada, de lo cual nos enteramos luego de varias horas de permanecer en el aeropuerto. Sin poder llegar a Macchu-Picchu, el sábado Any regresó a Buenos Aires desde Santiago y yo el domingo seguí rumbo a Lima (una vez que Zeballos me aseguró por teléfono que yo podía volver desde Lima el lunes por la noche, porque el martes indefectiblemente tenía que estar en Buenos Aires).

Llegué a Lima el domingo al mediodía. Antes de saludarme, y para tranquilizarme, Zeballos me entregó el pasaje de vuelta. Cuando el lunes por la noche llegamos al aeropuerto yo no tenía asiento. Finalmente subí al avión, el cual iba a San Pablo, donde yo iba a tomar una conexión para Buenos Aires. Por razones climáticas aparecimos en Río, donde no nos dejaban bajar. Finalmente lo hicieron y milagrosamente había un avión de Aerolíneas Argentinas, que

iba a Buenos Aires, en el cual me permitieron embarcar. Espero poder regresar a Lima, y acompañar a Any a Macchu-Picchu, en condiciones menos azarasas<sup>2</sup>.

[En medio de tanto contratiempo quiero destacar una actitud. El sábado por la mañana reservé un lugar en un vuelo de Eastern Santiago-Lima, cuyo costo era de u\$s 210 (presumiendo que Zeballos se haría cargo, o que yo correría con el costo con tal de dictar la prometida conferencia). Pero antes de retirar el pasaje pasé por las oficinas de Aeroperú. En cuanto le mostré el billete a la empleada, ésta me dijo: "usted estaba en el avión que tuvo el percance. Es nuestro problema. A ver qué podemos hacer". Se comunicó con Eastern, endosó el pasaje, y viajé sin pagar un centavo. Notable ejemplo de actitud de servicio.]

Cuatro días en Corea del sur. En abril de 1990 participé en Seúl de un encuentro sobre La competitividad internacional y la interacción entre los sectores público y privado, organizado por el Instituto para el Desarrollo Económico del Banco Mundial, y el Instituto para el Desarrollo Económico de Corea, compuesto por 2 días de reuniones y otros 2 visitando la fábrica de acero Posco y la de automóviles Hyundai.

Primero algunas vivencias. ¡En Corea no hay autos viejos! (de más de, digamos, 3 años. Parece que los venden a otros países); como el crecimiento fue muy rápido y la demanda interna aumentó fuertemente, los problemas de tránsito son fenomenales. Como Paris, Londres, Córdoba y Jujuy, Seúl está cortada por un río. En varios de los más de 10 puentes que la cruzan, estaban construyendo un puente gemelo al lado, para que el que existe quede para una mano y el nuevo sirva para la otra (cuando le conté esto a Néstor Scibona, quien había estado en Seúl 5 años antes, cubriendo para Cronista la asamblea anual del FMI y el Banco Mundial, me dijo que él había estado "en otra ciudad"); no vi mendigos ni villas miserias. Hay muchos departamentos en construcción (que costaban más de u\$s 1 M cada uno), junto a casas viejas, en buen estado de conservación. Me pregunto cuántos viven dentro de cada casa (me dijeron que hay pocos baños por cuadra); la agricultura es intensiva en mano de obra (vi a coreanos con sus espaldas a 90 grados, como sus antepasados. La diferencia es que usan botas); como en Japón, el espíritu cooperativo de los equipos es enorme. Además, los jóvenes parecen tener gran respeto por los mayores (el muchacho que en la reunión repartió el material demoró algunos segundos en responder a una indicación del jefe del seminario; me dio toda la sensación de que al terminar de repartir y abandonar el salón, iba a suicidarse); japoneses y coreanos se odian, lo cual se comprende en cuanto se lee un poco de historia (en las reuniones me senté al lado del japonés Kosai, quien el segundo día llegó con 10 minutos de retraso. Cuando se sentó le dije: "todavía no te empezaron a dar". Resignado, sonrió); en 1989, 126 estudiantes secundarios se suicidaron por no aprobar los exámenes de ingreso en los niveles educativos superiores; el coeficiente "coreanas lindas/coreanas" es bien reducido... en los lugares por donde anduve; y como en el trienio 1986-88 la economía creció al 12% anual en términos reales, pero luego lo hizo al 6,5%, cuando estuve en Corea los diarios hablaban de crisis económica.

---

<sup>2</sup> Any y yo conocimos Machu-Picchu con el grupo con el cual, en 2000, viajamos a China.

En los 2 días de reuniones escuché aseveraciones como las siguientes: Bon Ho Koo ("Las claves de Corea: mirar para afuera, confiar en el sector privado y no tener sindicatos"); Seung Soo Han ("La primera cosa que tiene que ofrecer un gobierno es un contexto macroeconómico estable"); Yutaka Kosai ("No hay ningún fundamento de tipo 'industria infantil' en la protección de la agricultura japonesa. Sólo refleja el poder del sector agropecuario nipón. Las encuestas de opinión están a favor de liberalizar el comercio agrícola japonés; el Plan Nacional Automotor, que se quiso implementar en la década de 1950, buscaba reducir a 2 o 3 el número de oferentes. Esta propuesta del MITI no fue aceptada, y hoy siguen los que estaban, compitiendo muy bien entre sí; la principal contribución del gobierno a la crisis petrolera consistió en no impedir el aumento del precio de la energía, lo cual generó el correspondiente ahorro. Hoy Japón importa menos productos energéticos, a pesar de que su PBI se duplicó); Wlodzimierz Brus ("Dentro del COMECON hay una total falta de competitividad. El administrador de cualquier empresa en la Europa socialista quiere importar del oeste y exportar al este"); Gustav Ranis ("El secreto de Corea y de Taiwán es haber despolitizado el sistema económico"); y Sylvia Ostry ("En materia de comercio internacional estamos pasando de las reglas a las confrontaciones; hay competencia entre empresas, pero fundamentalmente hoy hay competencia entre los sistemas económicos").

[Cuando alguien se llama Seung Boo Han; ¿cuál es el nombre y cuál el apellido? Me consolé pensando que, para los coreanos, Juan Carlos de Pablo era igualmente indescifrable. En el seminario esta cuestión generó más de una ocasión risueña.]

Como dije, como parte del encuentro tuve ocasión de estar en Posco, la gran acería ubicada en Puhang, y en Hyundai, la mayor fábrica de automotores coreana, con planta en Ulsan. Posco está ubicada en lo que en 1968 era un baldío. En 1990 produjo 9 millones de toneladas de acero, y 5 de productos más terminados, constituyéndose en la tercera productora mundial. Hyundai comenzó en 1967. En 1974, con el Pony, empezó su etapa de diseño de autos. En 1990 produjeron 700.000 autos (la fábrica tiene capacidad para elaborar 920.000), lo cual le permite abastecer entre el 60 y el 70% del mercado interno, además de exportar a 80 países. Ambas empresas tienen puerto propio, donde vi amarrados a unos barcos descomunales (me dio la impresión de que, junto a la política de tipo de cambio, cuidan bien el resto de los costos que hacen a la competitividad internacional). Me llamó la atención -me deslumbró, diría- la limpieza de las plantas y el hecho de que, dentro mismo de la acería, crecieran árboles y cultivaran flores. Sobre la limpieza recuerdo la siguiente anécdota: al entrar en una de las plantas, a cada uno nos dieron un casco y un par de guantes. "¿Para qué los guantes?". preguntó alguien. La respuesta de un estadounidense que también formó parte del contingente, no se hizo esperar: "para que no le ensuciamos la fábrica con nuestras manos".

[Menos mal que llevé medias sanas. Ocurre que al terminar el primer día de deliberaciones fuimos invitados a cenar en un lugar bien exclusivo... y bien coreano. No solamente dejamos los zapatos en la entrada, sino que tuvimos que comer platos típicamente coreanos -incomibles, y con jetlag peor-, sentados en sillas cuyas patas no tenían más de 5 centímetros de alto, que



nos obligaban a cenar con las piernas totalmente estiradas (cómo fue que nos pudimos poner de pie, no recuerdo).

Cuando al tercer día de estadía en Corea estaba por llamar al embajador argentino en dicho país, para preguntarle qué había que hacer para comer mas razonablemente, Hyundai nos sirvió un buen pedazo de carne (que le tiene que haber costado una fortuna, dado el precio de la carne de Seúl). Me tocó comer con Brus, un simpatiquísimo polaco que vive en Londres, y con un indio que también habita en la capital inglesa, quien obviamente recorrió las instalaciones fabriles con turbante y, consecuentemente, sin casco. "Los felicito, ganaron la guerra de Malvinas" me dijo sonriente Brus. ¿Qué?, pregunté. "Efectivamente", me respondió, "porque a raíz de Malvinas ustedes se sacaron a los militares de encima, y nosotros tuvimos que aguantar a Margaret Thatcher durante una década más" (relaté la anécdota en la sección carta de lectores de La Nación del 13 de agosto de 1992, porque en otra carta Ana María von Reubuer Paschwitz refirió que la había escuchado en Gales, lo cual implica que es una historia muy popular en las islas británicas).]

¿Por qué los coreanos vienen a Argentina? Durante el seminario me divertía planteando el siguiente razonamiento: "Corea del Sur es una maravilla, ¿cierto?". El interlocutor asentía. "Argentina es una porquería, ¿cierto?". El interlocutor volvía a asentir. "Entonces; ¿me puede explicar por qué los coreanos emigran a Argentina, en vez de migrar los argentinos hacia aquí?". El interlocutor enmudecía. La mejor respuesta que encontré combina la pasión por el espacio (en Seúl, Puhang y Pusan, no vi villas miserias, pero sí hacinamiento... para estándares argentinos), con la posibilidad de hacer dinero rápido, trabajando fuertemente aunque el contexto general no sea uno de crecimiento. Puede ser, pero; ¿por qué de los otros países exitosos no se emigra?

Con obispos latinoamericanos en Santo Domingo. En la lucha por la dignidad humana y la disminución de la pobreza, los obispos y los economistas somos aliados. Esta fue la principal conclusión a la que arribé luego de participar en abril de 1991, en la capital de la República Dominicana, en una reunión de 2 días en la cual nos juntamos 10 obispos latinoamericanos y otros tantos economistas de la región (de Argentina, Brasil, Chile, Perú, Colombia, El Salvador, República Dominicana, México, Panamá, etc.), organizada por el CINDE (Centro Internacional para el Desarrollo Económico), el CELAM (Conferencia Episcopal Latinoamericana) y la Universidad Católica local.

Como en todo encuentro de este tipo, en Santo Domingo surgieron 2 "productos": el conjunto de ideas expuestas en los trabajos presentados, y en los debates que siguieron a las presentaciones (cuya versión final fue publicada en Barletta, N. A.; Luders, R. y Rodríguez, O. A.: Doctrina social de la Iglesia y economía para el desarrollo, Centro Internacional para el Desarrollo Económico, 1992); y la experiencia de compartir un par de días con obispos (en el caso de "nosotros", los economistas) y con economistas (en el caso de "ellos").

Sobre este segundo punto de vista, de las conversaciones surgió claramente que parte de la dificultad de diálogo entre obispos y economistas, surge del hecho de que mientras estos piensan, primero y principal, en el funcionamiento del sistema económico, los obispos son visitados por todos aquellos a los cuales -aún funcionando correctamente- el sistema económico

no les resuelve sus problemas (es difícil, para un obispo que se la pasa interactuando con enfermos, desocupados, jubilados, etc., para los cuales normalmente no tiene respuesta específica -y menos aún recursos materiales-, estar de acuerdo con un economista según el cual la economía "funciona").

[Destaco la importancia de reuniones como éstas, en las cuales en vez de imaginar qué diría el otro aparece el otro y lo dice. Sospecho que el encuentro también les debe haber resultado útil a los obispos presentes.]

Testigo de la tragedia rusa. El Décimo Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Economía, junto a Any y a Alfredo Martín Navarro, me permitió vivir casi un par de semanas en Rusia (4 días en San Petesburgo, 8 en Moscú), durante la segunda quincena de agosto de 1992. Lo cual implica que, por primera vez en mi vida, experimenté una hiper en otro país, luego de haber sufrido una en el mío.

El congreso resultó un evento olvidable; no así las vivencias a las que estuve expuesto. El 98% de lo que aprendí en Rusia lo aprendí en la calle, donde tuve vivencias como las siguientes: hay un "mundo de rublos" y otro "de dólares". Hard currency only (sólo moneda dura) parece ser la más fantástica cadena de comercialización de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), donde compra cualquiera -extranjero o ruso- que tenga dólares. En el congreso los extranjeros pagábamos u\$s 5 para almorzar lo mismo que los locales, quienes abonaban la décima parte; cuando le di 25 rublos a una viejita se emocionó... y yo también (yo no me podía imaginar para qué le podían servir, pero para ella, en su desesperación y con todo el tiempo del mundo, era mucho dinero); en términos de viajes en subte, alquiler, luz, teléfono, etc., aún un maestro era rico (ganaba u\$s 20 mensuales), pero en términos de alimentos en el mercado libre era absolutamente pobre. Ergo, tenía que hacer colas, las cuales no eran largas - en promedio, de unas 15 personas- pero sí lentas, porque se atiende con mucha desidia (¡algunos procedimientos que vi revalúan a los gallegos!); y todo está en venta, la cual es callejera e individual. En las amplias veredas hay quioscos de madera, provisorios, donde funcionan los negocios privados. Detrás de ellos, en la planta baja de los edificios los locales instalados, propiedad del gobierno, están vacíos, muchos de ellos clausurados (¿por qué no se alquilan, así se usan los recursos disponibles y se liberan las veredas?). Y delante de todos ellos, de pie, uno al lado del otro, se ven a rusos y rusas, jóvenes y viejos, con "algo" en la mano para vender (una botella de champaña, una de vodka, una medalla, una gorra militar, una calculadora manual Facit en perfecto estado -sic-, un cuadro, una cámara fotográfica, etc.).

Tal como era de esperar, diferentes rusos enfrentan esta salvaje "lucha por la vida" de modo distinto. Víctor Volsky, director del Instituto para América Latina: habla un castellano perfecto, aprendido en Moscú (cuando te entrega la tarjeta, como me ocurrió cuando lo conocí en Montevideo en noviembre de 1990, te dice que la conserves "por si las moscas"). Conserva el sentido del humor, a pesar de que la caída de su salario real es dramática. Su mujer no disimula su fastidio por lo que está ocurriendo. Opina que Gorbachov tenía mejores ideas que Yeltsin, porque lo que hay que hacer en Rusia es el "verdadero" socialismo, que consiste en darle las riendas al pueblo, quitándoselas a los jefes, tesis que escuché varias veces en el

congreso de economistas. Por u\$s 2 (sic), en marzo de 1992 Volsky se hizo propietario del departamento que habita, de unos 80 metros cuadrados en plena ciudad de Moscú. Elena, guía turística en San Petesburgo, entendió perfectamente la transición y se ajusto a gran velocidad. Vive en "el mundo de los dólares". Su marido importa computadoras desde Asia. Poseen un jeep japonés. Ayuda económicamente tanto a sus padres como a su familia política (el relato que hizo de la situación de los jubilados es un calco del caso argentino, con la diferencia de que allí los jubilados ganan u\$s 20). Olga, guía turística en Moscú, siente que algo está pasando pero no acierta a saber qué es. No le importa lo que vaya a pasar, porque tiene problemas más concretos, como el de poder comprar algo en las tiendas. I. S.: chofer (con auto) de Karina y Gabriel Monti, simpatiquísimos y serviciales argentinos que vivían en Moscú representando el grupo Techint. El chofer gana entre u\$s 300 y 400 por mes (el costo de oportunidad de un taxista, que ya descubrió "el mundo de los dólares"). Se compró el auto trabajando con turistas. Al argentino su chofer le sale gratis, por lo que ahorra ahora que sabe dónde comprar. Los economistas rusos que hablaron en el Congreso estuvieron de acuerdo en una sola cosa: en criticar al gobierno actual. Por lo demás el planteo me resultó muy general, carente de propuestas específicas, muy a la defensiva frente a las propuestas tipo FMI-Banco Mundial, etc. ("El gobierno debe conducir la transición, no ignoremos todo lo que se hizo", etc.). El gobierno, por boca del Primer Ministro, quien habló en el acto de clausura, dijo que esto se hizo porque el sistema anterior colapsó, que el modelo elegido fue por descarte, y que "vamos bien, hay algunos problemas y tengan paciencia" (los gobiernos de todo el mundo son iguales).

Las diferentes posturas son comprensibles porque a los rusos les pasó de todo, y todo al mismo tiempo: se les vino abajo una manera de hacer las cosas, que "a la rusa" funcionaba (los rusos discuten si el colapso era inevitable o resultó de un diseño deliberado de Gorbachov. Me quedo con la primera hipótesis, pero no puedo probarla); ahora que dejaron de ser satélites, las ex republicas que integraban la URSS le compran y le venden a Rusia a precios internacionales, con lo cual a ésta se le produjo un notable deterioro en los términos del intercambio... junto a un desabastecimiento físico, hasta que las cadenas de distribución y comerciales se vuelvan a recomponer; una de sus principales industrias, la de armamentos, dejó de operar y por sus características luce difícilmente exportable (por lo menos por derecha y en gran escala); y por una mezcla de explicable ignorancia y defensa de intereses, los economistas rusos se refugian en la indignación, los alertas, etc., pero parecen ser más parte del problema que de la solución.

En el momento de escribir esta parte de la obra (marzo de 1993) el deterioro se acentuó, lamentablemente. ¿Volvería a Rusia? Definitivamente, porque tarde o temprano le van a encontrar la vuelta, y entonces el "alma rusa", que entre otras cosas produjo tanto en materia musical, volverá a florecer. ¿Volvería dentro de poco? Sólo por un motivo muy especial.

. . .

Y después de DEPABLCONSULT, ¿qué?

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

23

#### AUTOR

Hasta el capítulo anterior me ocupé de aspectos de mi vida que tuvieron continuidad desde el punto de vista cronológico (como el familiar, cuya descripción terminó en el capítulo 7; el educativo, que finalizó en el 11; y el laboral, completado en la página anterior); de aquí en más me voy a ocupar de otros aspectos, que se fueron dando intermitentemente. Lo cual implica volver sobre terreno conocido pero desde una perspectiva diferente, como quien corta el pasto de un jardín de Este a Oeste, luego de haberlo hecho de Sur a Norte.

Este capítulo, dedicado a mi labor escrita, junto a los 2 que le siguen, que se ocupan de mis actividades como profesor y conferencista, y "astro" en medios masivos de comunicación, respectivamente, forman una trilogía en la cual vuelco hechos y vivencias resultantes de cómo encaré buena parte de mi actividad profesional (por razones organizativas incluyo en este capítulo la labor periodística escrita).

. . .

Me divierte mucho más escribir que jugar al tenis, lo cual explica por qué escribí mucho y jugué poco. Los cuadros 23.1 y 23.2, que aparecen al final de este capítulo, dan una idea cuantitativa de lo que escribí hasta fines de 1992. El primero de ellos enumera 21 libros sin contar al presente (5 de ellos escritos en colaboración), en tanto que el segundo registra la existencia de 2.836 escritos (53 de ellos escritos en colaboración), de todos los cuales guardo una copia y de la enorme mayoría de ellos un par, en lugares separados (los 114 mejores trabajos fueron reproducidos en los 2 primeros volúmenes de mis Escritos seleccionados, Ediciones Macchi, 1981 y 1989 respectivamente), 347 de los cuales calificué como "académicos" en sentido amplio, entendiendo por tales a aquellos que no se ocupan de la

coyuntura económica. A la luz de estos números, debajo de una foto mía frente a una máquina de escribir correspondería escribir: "Una máquina de escribir frente... a otra".

[En el segundo cuadro faltan 2 cosas: 1) mi debut, ocurrido en Baluartes juveniles, que escribí mientras militaba en la Juventud de la Acción Católica Argentina, en la parroquia de San Antonio de Padua. Entre diciembre de 1962 y febrero de 1966 se publicaron -mimeografiados- 11 números, con tirada aproximada de 800 ejemplares cada uno y distribución gratuita, gracias a mi pluma (fueron literalmente manuscritos), pero también al empuje y aporte material de Aldo Gosso. Conservo copia de Baluartes que -como corresponde- pretendía cambiar al Mundo sin tener la menor idea de cómo hacerlo; y 2) la versión escrita de un interesante proyecto oral: gracias al apoyo de IDEA, en 1984 grabé en casete "Los principios básicos del análisis económico" (la versión escrita fue incluida en Escritos seleccionados 1981-88, Ediciones Macchi, 1989.)

Viéndome escribir y publicar, un colega me recomendó "escribir menos y hacer más el amor". Hoy hubiera sonreído, pero cuando me lo dijo -en algún momento de la década de 1970- me indujo a recomendarle que él dejara de hacer tanto el amor. Parece que la relación inversa entre actividad y sexo es una hipótesis muy popular, a pesar de que le resulta difícil explicar los 6 hijos de Paul Samuelson (claro que los 3 últimos, trillizos), y mucho más los 20 de Juan Sebastián Bach. Cuando el 5 de agosto de 1976 leyeron mi curriculum al presentarme como orador en un almuerzo organizado por la Asociación de Consejeros Económicos de Argentina (entidad que agrupa a los consejeros comerciales de las embajadas acreditadas en nuestro país), el australiano presente -con 3 whiskies encima- gritó desde una punta de la mesa: "No le quedó tiempo para la cama". Deshizo el hielo el presidente de la asociación, un simpatiquísimo ecuatoriano que con velocidad de rayo aclaró: "Efectivamente, no le quedó tiempo para dormir".

[El lector está en total libertad de ajustar estas cifras como lo crea conveniente. Por ejemplo, eliminar del listado de libros el número 1, porque sólo escribí dos capítulos, y los números 5, 12, 15 y 20, porque contienen ensayos editados, propios o ajenos; así como recalcular el número de artículos, ajustándolos según su extensión. Apuesto a que después de todos los cambios imaginables los números resultantes siguen siendo significativos.]

Ante el cuadro 23.1 queda claro que en materia de "libros-libros" hay 2 períodos principales: el de mi estadía en FIEL, a mi regreso de Harvard, y el que arranca a mediados de la década de 1980. Preparar la segunda edición de mi Macroeconomía me llevó una década (claro que a tiempo parcial), y me hubiera llevado muchísimo más de no haber contado con el invalorable aporte de Alfonso J. Martínez y Alfredo M. Leone.

Por su parte, del cuadro 23.2 surge que, en materia de artículos, el impulso académico con que volví de Harvard me duró aproximadamente una década, durante la cual escribí un promedio de 25 monografías anuales, que luego cayó a 10. ¿Qué pasó? Se mezclan

consideraciones de demanda y de oferta. Del lado de la demanda registro las crecientes dificultades de aparición, cuando no la desaparición lisa y llana, de muchas de las revistas técnicas de Argentina (la "época de oro" de Económica, bajo la dirección de Héctor Luis Diéguez y Horacio Núñez Miñana, comenzó en 1968 y terminó a comienzos de 1973; y dejaron de aparecer las revistas que publicaban las universidades nacionales, como las de Córdoba, Mendoza y Bahía Blanca. El contraejemplo, un verdadero ejemplo, es Desarrollo económico, revista interdisciplinaria que lamentablemente publica cada vez menos artículos de economía (tengo la impresión de que Getulio Steinbach, desde hace muchísimos años secretario de redacción del trimestrario, no es ajeno al "milagro"). Si hubiera seguido escribiendo 25 monografías por año; ¿dónde las hubiera publicado?), mientras que del lado de la oferta registro el agotamiento del impulso (la hemeroteca de FIEL era muy buena, pero la "atmósfera" de la Fundación inducía más hacia la economía aplicada, tendencia que se intensificó en IDEA y, más aún, durante mi período cuentapropista), junto a la aparición de proyectos alternativos.

[Desde el punto de vista de la formación general, Harvard está presente en toda mi obra posterior. Pero desde el ángulo de continuar el impulso con que regresé a Argentina, el impacto fue más claro en el plano de los artículos que en el de los libros.]

En el plano periodístico hay que distinguir entre las colaboraciones no periódicas, las cuales tuvieron un pico máximo durante la segunda mitad de la década de 1970 y prácticamente desaparecieron desde entonces, y las periódicas, que arrancaron en el momento mismo en que regresé de Harvard en 1968 y no cesaron más. Esto es lógico. Tanto las colaboraciones periódicas como las no periódicas son normalmente solicitadas, pero mientras las primeras se pagan en efectivo las segundas se abonan con fama; y a medida que pasa el tiempo la primera forma de remuneración, que no parece reconocer rendimientos marginales decrecientes, desplaza a la segunda, que sí los tiene (sigo escribiendo gratis, pero no principalmente para alimentar mi fama).

[Los honorarios mínimos conspiran contra la movilidad profesional. Si una ley prohibiera escribir gratis, y exigiera que lo menos que hubiera que pagar por una columna periodística fuera lo mínimo que yo estoy dispuesto a cobrar por ella, ningún joven estaría en estos días iniciándose en el periodismo económico (mis intereses económicos están por la aprobación de dicha ley; mis ideas están por la no aprobación. Por eso estoy por la no aprobación).

Hay jóvenes que hoy están haciendo sus primeras armas en el periodismo económico, porque están dispuestos a aceptar condiciones que a mí me parecían lógicas hace un cuarto de siglo, pero hoy no. Dentro de muchos años, a los que hoy están dispuestos a escribir gratis les va a ocurrir lo mismo, y volverá a fluir sangre nueva en el gremio.]

Mi producción escrita actual se canaliza principalmente a través de libros, mi newsletter semanal Contexto (algunas de cuyas porciones reproduzco en Cronista), y trabajos técnicos escritos especialmente para ser presentados en seminarios especializados; además de notas pedagógicas, surgidas de mis clases en la Universidad de San Andrés, como "La derivación de

la curva de costos de largo plazo utilizando un ejemplo que todos entienden", que utiliza como ejemplo el cambio de las marchas de un automóvil, un hecho mucho más excitante para un alumno joven que el diferente tamaño de las instalaciones fijas de una planta.

. . .

¿Cómo pude escribir todo esto? Con ganas y técnica (las 2 son necesarias, ninguna de ellas es suficiente).

Ganas. Escribo porque me encanta, pero no lo hago para mí sino para otros. Dicho de otra manera: escribo porque quiero comunicarme por escrito (por eso trato de publicar todo lo que escribo). Desde el punto de vista del emisor, en la comunicación radial o televisiva gran parte del placer reside en el misterio que rodea al receptor (¿quién será?; ¿qué estará haciendo mientras escucha o ve?); en la escrita, además del de la distancia geográfica, el misterio surge de la distancia temporal, que puede ser de varios años en el caso de los libros (incluir un chiste en una nota a pie de página de un libro me genera el mismo placer que experimenta quien arroja al mar una botella con un mensaje adentro).

[La aparición "del otro" en mi mente fue gradual. Mejor, porque de lo contrario me hubiera paralizado. Porque, en rigor; ¿qué tiene uno de valioso para contarle a millones de lectores, oyentes o televidentes?]

Siendo esto así, antes de ocuparme de los aspectos técnicos debo hablar de la actitud con la que abordo todo acto comunicativo. 25 años en diarios, 16 en radio y 12 en televisión, así como un cuarto de siglo en aulas y salones de conferencias, no me convierten en un "sabelotodo" en materia de cómo transmitir hechos e ideas, pero me generaron conocimiento suficiente -adquirido exclusivamente por mi experiencia- para que me anime a sintetizar mis principios básicos en la materia.

1) Si el receptor recibió el mensaje o no, es EXCLUSIVAMENTE mi problema, el del emisor. Mientras no se lleve este principio en la sangre, mientras se piense que "si no les interesa cómo hablo o escribo, peor para ellos", se es cualquier cosa menos un comunicador.

2) Al receptor nunca le importa lo que tengo para decirle; consiguientemente, mi esfuerzo de seducción es muy importante. Cuando publico un artículo en un diario enfrento fuerte competencia: compito con el resto de los artículos incluidos en la misma página, con los publicados en el resto de las páginas del mismo diario, con el resto de los diarios, con el resto de las publicaciones, y con el resto de las cosas que puede hacer, en cada momento, cada ser humano. ¡Casi nada! Por eso la pregunta nunca es: ¿por qué no van a leer mi artículo?; la pregunta siempre es: ¿qué tiene mi artículo para que, frente a todas las alternativas que existen, alguien se detenga a leerlo?

[Ejercítense con su próximo escrito. Antes de entregarlo, léalo y conteste esta pregunta: ¿leería usted esto si lo encontrara publicado, no fuera su autor, y podiera no tener que leerlo? Si responde que no, vuélvalo a escribir antes de enviarlo... si lo que pretende es comunicar.]

3) El receptor es una persona muy ocupada. ¿Sobre la base de qué eligen los lectores lo que leen? Del autor, del título (a través del cual se enteran del tema) o del primer párrafo. Consecuentemente, me ocupo normalmente de cuestiones relevantes, y "trabajo" desproporcionadamente en el título y el primer párrafo de cada uno de mis escritos, ya que "todos" van a leerlos, pero unos pocos continuarán leyendo. Arranco a toda máquina, enunciando la clave de lo que tengo que decir, si es posible, en el primer renglón (como Beethoven, quien comenzó su quinta sinfonía con "ta-ta-ta-taan...", y para mí no dijo nada más); luego sugiero el razonamiento, ilustrándolo con ejemplos universales (los matrimoniales son imbatibles) y si queda lugar o tiempo me explico en la explicación, indispensable en los trabajos académicos. Busco las 3 ideas que quiero transmitir sobre el tema elegido, y si tengo más esperan la próxima oportunidad.

A Herbert A. Simon le otorgaron en 1978 el premio Nobel en economía por haber descubierto que el ser humano no es, como lo piensa el enfoque neoclásico, una máquina que procesa -simultáneamente y sin costo- toda la información disponible, sino que opera según lo que él denomina la racionalidad acotada. De manera que en el mundo moderno la información no es la restricción, sino la capacidad que tenemos cada uno de nosotros de captar y procesarla. Era racional para Abraham Lincoln, apunta Simon, caminar 13 millas para buscar un libro, porque en su época sobraba tiempo y faltaban libros; hoy los libros nos sobran y el problema es que no tenemos -o no nos hacemos, que es lo mismo- tiempo para leerlos (por eso quien arma la agenda de un presidente tiene mucho poder). Quien ignore esto no puede comunicar eficazmente.

[El éxito de Contexto se explica principalmente porque está escrita para ser leída en 15 minutos.]

4) Escribo y hablo claro. Como lo que busco es comunicar, para mí tener éxito significa que el receptor entienda, no que se deslumbre; por eso ejemplifico con mi suegra y no con Plutarco. Inevitablemente enfrente públicos heterogéneos; hablando claro puedo comunicarme con todos, incluso con aquellos que más saben y que me podrían entender si utilizase lenguajes codificados, como el que empleamos los economistas cuando hablamos entre nosotros.

5) Soy yo mismo. Frente a un público, no leer es mucho mejor que leer... pero leer es mucho mejor que desmayarse. Aquellos a quienes -independientemente de lo que sepan sobre el tema sobre el cual van a hablar- la posibilidad de olvidarse de algo les genera pánico, que lean. Utilizo intensamente el humor, pero porque me encanta, me siento cómodo y me sale bien. Desde el punto de vista pedagógico el humor es una herramienta fenomenal, pero no es para todos; si usted tiene demasiado desarrollado el sentido del ridículo, no cuente chistes en



público porque no van a resultar graciosos (recuerde que la mancha de tinta de un hombre es la obra de arte de otro).

[Haga la suya, la que sea, porque ningún público le presta atención a alguien que demuestra que ni siquiera él cree lo que está haciendo o diciendo. Si "la suya" no es intuitivamente comprensible por el público explíquela antes de comenzar; nadie le va a prestar atención a un conferencista que, sin aclararlo, pronuncia su charla con un mono sentado en su hombro.]

Técnica. Quienes nunca escribieron un libro tienden al respecto a imaginar extremos: algunos creen que es muy fácil, otros que resulta absolutamente imposible (para ellos). Para los primeros los autores somos exactamente como ellos; para los segundos estamos por encima de los seres humanos. La realidad no es ni una cosa ni la otra.

La técnica de escritura es muy personal, de modo que lo que sigue busca a lo sumo inspirar la experimentación de algún lector, y queda a su cargo la adecuación a su propio estilo; en otros términos, no estoy "exportando"; al lector que le sirva que importe a gusto (las líneas que siguen, como algunas de las anteriores, actualizan mi "Cómo escribir un artículo", que se puede consultar en Escritos seleccionados 1968-1980, Ediciones Macchi, 1981).

Primero, naturalmente, aparece la cuestión de la inspiración. ¿En qué circunstancias me surgieron los temas? Tal como era de esperar, dada la cantidad de trabajos escritos los temas se me ocurrieron en gran variedad de situaciones ("Elasticidad de la demanda y monopolio", mi escrito preferido, publicado en Económica, 16, 3, setiembre-diciembre de 1970, se me ocurrió caminando un día muy caluroso por la calle Lavalle, y el ejemplo que lo remata apareció en mi mente viendo bailar Bolero en el teatro General San Martín). Pero más allá de los casos individuales hay un denominador común: mi principal fuente de inspiración fue la actividad misma; más cosas hice, mayor inspiración tuve (a muchos empresarios les ocurrió igual: "Los negocios aparecen cuando uno patea la calle y sabe mirar"). Siempre usé toda mi energía y concentración en cada trabajo que escribí, pero nunca pensé que debía inmortalizarme con cada uno de ellos (algunos de mis trabajos que resultaron más festejados, no estaban entre aquellos que más me gustaron al escribirlos).

De los que se me ocurren; ¿qué temas encaro y cuáles desecho? Desechar, desechar,... ninguno. Siempre tengo en carpeta y en elaboración varios artículos y libros -que puedo escribir (y con frecuencia lo hago) simultáneamente; elijo el orden de preparación y presentación según las circunstancias, ya que ocuparme de cuestiones que interesan facilita la tarea de seducción del receptor.

Anoto las ideas en papeles (confío más en mi archivo que en mi cabeza), en los cuales -encarpetados- voy juntando antecedentes. Al escribir clarifico y preciso mi pensamiento sobre material que normalmente ya conozco, de manera que en mi caso el comienzo de la escritura (particularmente de un libro) no es sinónimo de "salir a ver de qué se trata"; es por eso que el índice que preparo antes de comenzar a escribir una obra, coincide básicamente con el que termina siendo el índice de la obra. Esto no convierte en tarea mecánica al acto de poner mis

ideas por escrito (no siempre el texto termina como me lo imaginé antes de comenzar a redactar, y muchas veces aprendo sobre la marcha), pero sí encauza notablemente las energías.

[Luego de escribir mi versión sobre algún tema estoy en condiciones de hablar con una precisión de la cual antes, aún habiendo leído, carecía. El texto me sirve de eficaz apoyo a mis "aparentemente superficiales" presentaciones orales de las cuestiones sobre las cuales escribí, presentaciones que buscan mostrar la esencia de la cuestión, y una forma de encarar su análisis, dejando el nivel de detalle para... la versión escrita.]

Mi modo de escribir cambió a lo largo del tiempo, producto de las circunstancias y la tecnología. Comencemos por este último aspecto. Como dije, desde la escuela secundaria tipeo muy velozmente (más de 40 palabras por minuto, seguro). Esto, sumado al hecho de que en 1966 compré mi primera máquina de escribir (una Lettera 22, de Olivetti, que resultó increíblemente resistente), explica por qué mi etapa "manuscrita" fue muy breve. En FIEL usé una Lexicon 80, el modelo de Olivetti con el que desarrollábamos bíceps en la década de 1960 (siempre tuve la costumbre de poner verticales las máquinas de escribir, para generar espacio en mi escritorio para poder corregir el texto). A poco de llegar a Cronista probé sus composers, familiarizándome con la técnica de escribir delante de una pantalla, grabar en un diskette y corregir la redacción sobre la base de la tira que escupe una impresora. Al mundo de la computación llegué cuando con Miguel Angel Broda compramos una IBM PC, con lo que nos pagaron por un trabajo de investigación que nos encargó la empresa Nobleza (vía las PCs me hice amigo de Carlos Arguindeguy, Mario Domínguez y "Quique"). Compré mi propia IBM PC en 1985 y una Compaq portátil un par de años después. Hoy (1992) poseo una Toshiba 5200/100.

La diferencia que existe entre manuscibir, mecanografiar y utilizar una PC, sólo la sabemos quienes pasamos por las 3 etapas, cada una de las cuales representó un salto con respecto a la previa. En mi caso tengo bien claro lo que significó pasar de la máquina de escribir a la computadora. No desprecio la primera, con la cual todavía hoy redacté más de la mitad de lo que alguna vez escribí; pero las ventajas de trabajar con computadoras son bien nítidas, particularmente para quien -como voy a explicar en un momento- cada vez dispone de menos tiempo continuado para escribir. En mi etapa "mecanográfica" había normalmente 3 o 4 versiones entre la primera y la final; con computadoras e impresoras, dados los menores costos de corrección, hay más. Es que con la computadora ¡se terminan los pretextos! (en el mundo de la mecanografía, cuando terminado un trabajo a alguien se le ocurría eliminar una palabra del texto, tenía que compensarla agregando otra de parecido número de letras, a fin de no tener que volver a mecanografiar el resto del texto. Hoy no es necesario). Baso mis afirmaciones empíricas en series temporales cuya extensión es, digamos, 30 veces superior a las que estaba acostumbrado a utilizar en mi etapa anterior. En computación las cosas se hacen una sola vez (ejemplo: las referencias bibliográficas se cargan en un archivo, y cada vez que se necesita utilizarlas, se copian); consecuentemente vale la pena hacer las cosas con ganas. Porque soy tan "computadora-dependiente" aumentó mi asombro saber que, como dije, Kissinger manuscibió sus Memorias.

[Cuando me metan preso voy a pedir una sola gracia: que en la celda haya enchufe.]

Así como desde el punto de vista tecnológico mi proceso de escritura se fue simplificando con el tiempo, desde el ángulo de las circunstancias las cosas van de mal en peor. En efecto, mientras en FIEL escribía libros a tiempo completo, aunque contra reloj, desde entonces no dispongo de un sólo día entero para trabajar en mis obras. En la actualidad escribo cuando puedo, "vomitando" de corrido todo lo que me viene a la cabeza..., sobre la base de los "telegramas" que redacté antes de sentarme a escribir, y luego corrijo también cuando puedo - en los viajes, cuando hago "amansadora" antes de una entrevista, etc.- (escribo como -creo- se prepara un postre; tirando primero todos los ingredientes sobre la mesa, para luego amasarlos, mezclarlos, ordenarlos, etc.). Nunca me planteo escribir mi próximo libro o monografía sino mi próximo párrafo; puedo, consiguientemente, trabajar en cualquiera de ellos disponiendo aún de pocos minutos.

[El gusto por escribir se deteriora algo cuando se lo practica en estas condiciones, pero igual no dejo de hacerlo porque el impulso continúa y no tengo alternativa.]

Mi estilo actual reconoce -y agradece- 3 fuentes principales: José María Dagnino Pastore, el periodismo y la música (esta última, además, normalmente me acompaña cuando escribo; gracias a Radio Clásica cuando lo hago en Buenos Aires, y al SODRE uruguayo cuando redacto en Mar del Plata)<sup>1</sup>.

Al escribir cada uno de mis libros paso por 3 etapas: la del éxtasis inicial, cuando pienso que estoy por comenzar a escribir el libro (¿puede alguien iniciar tamaña empresa como es la de escribir un libro, salvo que crea que está por escribir el libro?); la "del medio", larga y bien penosa, donde la obsesión por no dejar cosas a medio hacer lucha -exitosamente, gracias a Dios- contra la idea de "por qué me habré metido en esto" (en esta etapa uno avanza pero no siente que lo hace); y la tercera etapa, en la que se empieza a ver la luz al final del túnel, donde se mezclan la alegría de ver que el proyecto toma forma, con las ganas de terminar de una buena vez (es increíble como uno, saturado, llega momentáneamente a odiar el material que tiene en sus manos).

Nunca di a leer un libro entero mío a un colega, aunque sí a correctores de estilo (en cuyos servicios laborales no creía, hasta que vi cómo Leandro Wolfson mejoró en Amorrotu mi Política antiinflacionaria en Argentina, 1967-70); en cambio, envié a los correspondientes protagonistas mis análisis de casos de políticas económicas, y recibí comentarios valiosos. Terminada la versión final del original la obra se convierte para mí en letra muerta... hasta que aparece como una utilísima herramienta para mis propios cursos o análisis con mis clientes.

---

<sup>1</sup> En Mar del Plata, desde hace algunos años Radio Concierto.

[Dicen que hay que tener un hijo, escribir un libro y plantar un árbol. Tuve un par de hijas, escribí una veintena de libros, y ayudé a mi tío Paco a plantar árboles en su casa de San Antonio de Padua.]

. . .

Quien escribe para sí "cajonea" el original apenas lo termina; quien busca comunicar, por el contrario, en cuanto termina con el original piensa en "las copias", una cuestión bien diferente según se trate de libros, artículos académicos y notas periodísticas.

Libros. En este caso, pasar del original a las copias implica encontrar un editor dispuesto a correr con los riesgos de la publicación, distribución, venta y cobro de los ejemplares. Al respecto mi experiencia documenta el deterioro que para un autor de temas económicos se produjo en Argentina en el último par de décadas. A comienzos de la década de 1970, cuando no era nadie, Amorrortu me publicó el libro sobre Krieger-Pastore sin que tuviera que forzar las negociaciones, y vendió inmediatamente 600 ejemplares a través del "servicio de novedades", luego de lo cual me envió cheques con los correspondientes derechos de autor; 20 años después, "a un paso del Nobel", iniciar conversaciones con los potenciales editores implica rogar, cuando no financiar (con fondos propios, o de terceros, como la fundación Antorchas en el caso de la segunda edición de mi Macroeconomía), parte o toda la edición. En buena medida, hoy, mis editores son mis imprenteros.

El cuadro 23.3, que aparece al final de este capítulo, documenta el punto. Recibí derechos de autor en efectivo por sólo 9 de las 19 obras publicadas; el resto lo recibí en copias. Por 44.269 ejemplares, hasta fines de 1992 me liquidaron \$ 42.953 de aquel momento, ajustando los valores nominales por precios al consumidor, de manera que en promedio recibí \$ 1 por ejemplar (la hiperinflación, medida en dólares, destrozó los derechos de autor del libro publicado por Sudamericana, como ya expliqué). El referido cuadro también muestra, desde el punto de vista de los derechos de autor, que: 1) el mejor libro fue el texto que con Dagnino Pastore y Sturzenegger escribimos para la escuela secundaria; 32.000 ejemplares vendidos hasta 1985 inclusive, que representaron el 27% de lo que alguna vez cobraron en la materia (¿qué ocurrió después?); 2) el mejor año fue 1976, cuando se lanzó la primera edición de Macroeconomía, en el que cobré el 23% de lo que en total me pagaron; y 3) 3 de cada 4 pesos que recibí en concepto de derechos de autor hasta 1992, los recibí hasta 1980.

[Cuando había escrito pocos libros soñaba con el momento en que, sobre la base de mis derechos de autor, pudiera mantenerme hasta el mediodía. Lo conseguí... si me levanto a las 12,45. Por eso, como dije en el prólogo de esta obra, me sentí completamente identificado al leer Robinson, P.: "¿Por qué escribir?", Facetas, 12, 2, 1979, quien luego de explorar las razones por las cuales se escriben libros, llegó a la conclusión de que la única respuesta razonable es que el autor tiene ganas de escribirlos.

El problema en Argentina no es la falta de demanda de mis libros, que sólo me preocuparía en el plano personal, sino la falta de demanda de libros (universitarios) en general. La fotocopiadora es al respecto la dificultad número 2; la primera resulta del hecho de que los

profesores no le dicen a sus alumnos que sólo se estudia en serio cuando se aprende a "descular" libros. Por eso la conducta de los editores es entendible.]

Tratar de publicar libros me llevó a interactuar con editores, como Horacio Amorrortu, Lorenzo Dagnino Pastore (padre de José María), uno de los dueños de la editorial Crespillo. Lorenzo -cuyo apellido es tan popular entre los estudiantes secundarios como los de Dembo, Astolfi o Repetto, en su caso por contribuciones a la geografía y a la cartografía desde la década de 1920- es una persona de gran fuerza y capacidad de trabajo. Volvimos a vernos cuando en 1984 la flamante Academia Argentina de Periodismo en Ciencias (de la cual soy miembro fundador), en su acto de inauguración, le entregó un diploma en reconocimiento a su obra. En abril de 1987 integré la Academia Argentina de Periodismo, que él presidía, porque me invitó a hacerlo y a él no sé cómo decirle que no), Alejandro Katz, Raúl Luis Macchi, Gloria de Rodríguez (¡no falta ninguna letra!) y Eduardo Varela-Cid (quien en 1980 mostró su valentía al editarme un libro sobre el peronismo de 1973-76 que no lo hizo popular, precisamente, delante de sus "compañeros"). Quiero agregar algunas líneas sobre Amorrortu y Macchi, los 2 con los que interactué más.

Antes de que Amorrortu fuera mi editor fui su empleado, ya que desde mediados de 1970 dirigí la biblioteca de economía de su editorial, como ya conté. Horacio publicó mis 2 primeros libros, y presumo que me hubiera seguido publicando de haber continuado agrandando su catálogo en economía (el trabajo que encaró traduciendo las obras completas de Freud es, al decir de los entendidos, decididamente monumental -la meritoria labor estuvo a cargo de José Luis Etcheverry-. vendió y cobró bien, excepto en México, donde apareció una edición pirata). Nos vemos muy de tanto en tanto, pero como en todos los casos en que se desarrollaron amistades "de piel", unos segundos son suficientes para volver a conversar como si nos viéramos diariamente.

A Macchi me lo presentó Osvaldo Baccino, cuando ambos éramos estudiantes. Fue en su librería de Paraguay 2077, y cuando digo me lo presentó estoy describiendo literalmente; porque Macchi no despacha sino que atiende, y hasta al último ratón que llega a su librería lo hace sentir como si fuera el rey de España. Fanático de River, cuya comisión directiva integró más de una vez, a Raúl lo comencé a tratar como editor en su actual local de ventas, sito en Córdoba 2015, donde en una pared de su oficina tiene colgada una colección de fotos que constituye una verdadera historia de la Facultad de Ciencias económicas de la UBA (con algunas de ellas, el 28 de diciembre de 1992 con Macchi hicimos una emisión especial de Momento económico). 6 de mis títulos integran su catálogo. Raúl es otra víctima de la caída de la demanda de textos universitarios, en algún momento su especialidad. Y al ser él una víctima, lo fuimos todos; porque por razones presupuestarias no pudo continuar publicando ediciones claramente antieconómicas en honor de distinguidos profesores, como José Barral Souto, Elías A De Cesare y Francisco Valsecchi, así como realizando las reuniones de fin de año en el Colegio de Escribanos<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Fallecido Macchi, a los efectos prácticos su editorial desapareció. El local se usa ahora para vender... café. ¿Dónde habrá ido a parar la referida colección de fotos?

Me pasa lo que me pasa porque escribo sobre lo que me gusta y luego salgo a buscar editor, en vez de analizar que necesita "el mercado" y escribir en consecuencia. Pero como no me quejo, vale. Un día me invitó a almorzar a Chiesa, en Entre Ríos al 600, Carlos A. Raimondi, director de Administración de Empresas (una de las pocas personas que conocí que combinaban sólida formación profesional con buen sentido comercial. Ricardo Dealecsandris me había hablado maravillas de Raimondi), para proponerme escribir un libro de texto para la primera materia de economía de la facultad, para que ambos ganáramos una respetable cantidad de dinero. Rechacé la oferta por lo que acabo de explicar al comienzo de este párrafo, lo cual le hizo pensar a Raimondi que estaba chiflado. Ahora (1992) "siento" cierto interés por comenzar a pensar en tal libro; si lo escribo, no sé si se lo dedicaré pero ciertamente que figurará con una mención especial.

Revistas técnicas. La aparición cada vez menor de trabajos míos en revistas técnicas obedece a 2 razones: una, que ya mencioné, surge de la menor oferta de dichas publicaciones; la otra, que tiene que ver con por qué hay muy pocos trabajos míos en las que siguen existiendo, la voy a explicar ahora.

[Al terminar de escribir mi "La frontera de posibilidades de producción cuando existen bienes intermedios" se lo enseñé a Ricardo Halperín, y le pregunté si creía que El trimestre económico habría de publicarlo. "Envíalo, publican cada cosa" me dijo. La contestación de Ricardo no fue agradable, pero sirvió como empujón. ¡Lo publicaron!]

Me gusta hacer las cosas "a mi manera", como ya expliqué en los capítulos dedicados al autorretrato, Harvard y Cronista; esto, vuelvo a repetir, no quiere decir hacer las cosas "a la bartola" sino hacerlas como creo que se tienen que hacer desde el punto de vista del fin buscado, prestándole poca cuando no ninguna atención a los "convencionalismos".

Esto implica utilizar un estilo "no académico" en mis escritos. No voy a cometer la torpeza de pensar que cualquier artículo que escribo es automáticamente publicable en un medio especializado, pero testimonio la frecuencia con la cual un miembro del comité editorial de alguna revista técnica me dice: "Tu trabajo es excelente, pero no lo podemos publicar por falta de estilo". Esclavos de Marshall, quien en carta a Edgeworth, escrita en Balliol Croft, Cambridge, el 10 de junio de 1896, dijo "I dislike jokes in an economic journal" (no me gustan los chistes en las revistas técnicas), pretenden que "lave" el texto y lo traduzca al con frecuencia innecesariamente codificado lenguaje profesional. Podría hacerlo, pero prefiero canalizar mis originales por vías diferentes, donde puedo conservar mi estilo (ejemplo: mis libros). En mis luchas con los editores de las revistas especializadas encuentro consuelo en lo que una vez me dijo José Luis Madariaga, mi colega de FIEL: "mientras te critiquen el estilo o por no usar corbata, todo va bien; porque quiere decir que tu análisis es correcto".

[Hay una dificultad adicional. Describo de manera detallada, porque cuando a un sobreviviente se le pregunta cómo es un campo de concentración, lo único que no sirve es que se limite a

responder: "horrible"; pero en las revistas especializadas está de moda preferir el análisis a la descripción.]

Periodismo escrito. Como en el ámbito periodístico escribí por encargo, más que negociaciones a continuación voy a contar anécdotas.

Con perdón de los fanáticos de la vocación, comencé a hacer periodismo escrito porque necesitaba dinero. En efecto, a mi regreso de Harvard y mientras trabajaba en FIEL como economista jefe, Armando P. Ribas me ofreció su columna semanal en Síntesis de la industria y la producción, periódico hoy desaparecido, porque él se iba a estudiar a los Estados Unidos. Pagaban m\$ 20.000 por columna, suma nada despreciable en comparación con mi sueldo como investigador (m\$ 180.000 mensuales por trabajar de lunes a viernes, de 9 a 17 horas); a pesar de lo cual en un primer momento rechacé indignado la oferta, porque "yo soy economista, no periodista". Pero resulta que viviendo en una casa alquilada en San Antonio de Padua, un día de ese entonces mi mujer me comentó que en el barrio se vendía otro inmueble. Hicimos cuentas luego de la cena, volví a FIEL, le pregunté a Ribas si todavía tenía la columna, me contestó afirmativamente, comencé... y no paré más.

Cada 3 notas, 2 las escribía yo y la restante Norberto Belozercovsky, también economista de FIEL. El contacto en Síntesis lo mantuvimos con Enrique Alemán ("acentúen la segunda a, por favor", nos aclaró al invitarnos a almorzar en un entonces impactante restaurante que había en Corrientes, entre 25 de Mayo y Leandro N. Alem), quien pagó puntualmente y aguantó estoicamente nuestros errores de principiantes (la columna, afortunadamente, no era firmada). escribí 28 notas; hubiera escrito más, pero a mediados de 1969 fui a trabajar al ministerio de economía con Dagnino Pastore.

A partir de febrero de 1972, y nuevamente porque Ribas dejó la vacante (esta vez para trabajar en el FMI), durante un año y medio escribí en Análisis, semanario que dirigía Fernando Morduchowicz, quien lamentablemente muchos años después se quitó la vida (un día Fernando organizó un almuerzo para que yo conociera a Moisés Ikonicoff, entonces profesor en Francia). Como económica y financieramente la revista iba de mal en peor, era claro que no me iba a pagar lo pactado. Comentando esto con Guillermo Lousteau, entonces director de Austral, me dijo: "Hojeá un ejemplar y pedile un canje de honorarios por productos que se publicitan, por ejemplo una heladera". Heladera tengo, me dije, pero igual repasé rápidamente la revista. Encontré propaganda de Cruceiro, la línea aérea brasileña. Fui a sus oficinas y pregunté: "¿cuál es el lugar más lejano de Buenos Aires al que van ustedes?". Así fue como, con mi mujer, conocimos Bahía.

[Dejé de escribir recién cuando Análisis interrumpió la salida. Es más, tengo en mi archivo una columna, titulada "La despedida del ministro Wehbe", que nunca llegó a publicarse.]

También fui columnista en Mercado. En 1970 y 71 rotamos no periódicamente Ribas, Lorenzo Sigaut y yo. En el número 100 del semanario, y sin avisar, nos reemplazaron por

Carlos García Martínez, aclarando que se trataba de "quizás el economista más brillante de su generación" (con el tiempo aprendí que cuando alguien presenta a otro no puede sino hablar maravillas del presentado). No me hizo ninguna gracia. Volví a escribir en Mercado al comienzo del Proceso, cuando Mariano Grondona dejó su columna para dirigir Carta política. Hasta su fallecimiento -un lustro después- nos turnamos semanalmente con Carlos Brignone (durante su enfermedad escribí todas las semanas). Luego del deceso de Brignone y cuando esperaba convertirme en "el" columnista de derecho, y no únicamente de hecho, no sólo pusieron a otro sino eventualmente a otros, con lo cual mi frecuencia pasó de quincenal a mensual. Tampoco me hizo gracia.

Dejé de escribir en marzo de 1985 porque no nos pusimos de acuerdo en materia de remuneraciones. Cuando me preguntaron por qué la dureza con que negociaba el dinero, a los 4 dueños que entonces tenía Mercado les escribí un "memo" relatando los hechos descriptos en el párrafo anterior. Uno de ellos me lo contestó, con la misma contundencia con que escribí el original. Nunca perdimos la capacidad de diálogo (de la redacción del semanario recuerdo con especial cariño a Antonio Díaz Funes, y al fotógrafo Norberto Yaverovsky).

[Tengo una deuda pendiente con algunos de los lectores del semanario. En efecto, en mi columna titulada "La paridad cambiaria", publicada el 10 de enero de 1980, le aposté una cena a cualquiera que me enviara una carta documentando que aceptaba los términos de la apuesta. Pagaría él (o ella) si la tablita cambiaria respetaba escrupulosamente durante todo el año (cosa que, dicho sea de paso, "prácticamente" ocurrió". La devaluación de 10% fue el 3 de febrero de 1981), pagaría yo en caso contrario. Como consecuencia de lo cual recibí cartas de Luis R. Díaz Aguirre, Rubén Nilo Hermo, Cándido O. Pietragalla y Raúl Guillermo Stocker; pero hasta ahora sólo le pagué un almuerzo al primero de ellos.]

Colaboré en las 2 épocas de Carta política, la publicación que financió Raúl Piñero Pacheco. Durante la primera, entre julio de 1974 y setiembre de 1975, la revista estuvo a cargo de Hugo Martini (secundado por Miguel Angel -"Micky"- Alurralde), se concentró en política y economía y apareció quincenalmente; y durante la segunda época, que comenzó en mayo de 1976 y siguió hasta... (dejé de escribir en diciembre de 1978, disconforme con los honorarios), fue dirigida por Mariano Grondona, abarcó otros campos -recuerdo colaboraciones periódicas de Rafael Squirru y Ernesto Schoó- y se publicó mensualmente. Con Hugo y Micky terminamos amiguísimos, aunque nos vemos de tanto en tanto (Alurralde publicó en Extra de junio de 1981 un comentario bibliográfico sobre mi El proceso económico: cómo lo vi, cómo lo veo, Ediciones El Cronista Comercial, 1981, donde mostró haber interpretado lo que siempre quise hacer en medios masivos de comunicación).

[La referida época de Martini-Alurralde es la única que recuerdo de mi trayectoria como columnista en revistas, donde al entregar la nota me quedaba conversando con quienes la dirigían.]



En ambas épocas el núcleo de la revista eran sus columnistas, muchos y notables. De la primera época rescato principalmente a Heriberto Kahn, por el coraje que mostró en su lucha contra José López Rega; Heriberto, a quien conocí personalmente cuando los colaboradores almorzamos en octubre de 1975, al interrumpirse la publicación de la revista, falleció a los 30 años, en setiembre de 1976 (su visión del período, incompleta debido a su enfermedad y posterior deceso, puede leerse en Kahn, H.: Doy fe, Losada, 1979). A fines de 1975 buena parte de los columnistas viajamos a Salta, para participar en una mesa redonda organizada por la revista. Grondona introdujo la costumbre de organizar una copa para colaboradores e invitados, luego de la publicación de cada número; en uno de esos convites conocí a Alfredo Gómez Morales.

Del resto de mi actividad periodística ya hablé; de las columnas sindicadas para diarios del interior, distribuidas por Noticias Argentinas y Saporiti; mi colaboración en Noticias de IDEA y Tiempo Argentino -donde también escribí hasta el final, y de la que conservo en mi archivo una nota titulada "Una reforma radical", que no se publicó por el cierre del medio-; mi paso por Cronista y mi actual actividad en Contexto.

En ninguno de los 3 "frentes" negocio bien, porque escribir me divierte mucho más que pulsar con los editores... ¡y ellos lo saben!

. . .

Escribir genera 2 productos: el escrito y el aumento de la destreza para escribir. De esto último ya hablé, corresponde ahora que hable de lo primero.

Nadie puede pretender que casi 3.000 trabajos se refieran a otros tantos temas distintos (mis escritos son originales en el sentido de que cada uno de ellos fue redactado específicamente; rara vez refrité, me pagaran o no). Alguien dijo que Antonio Vivaldi escribió 600 veces la misma canción; no creo que sea mi caso, si bien confieso que cuando clasifiqué los libros que escribí según categorías, terminaron todos en una misma columna.

A la luz de mis escritos está claro que no soy un economista puro sino uno aplicado, que puse particular énfasis en la descripción y análisis de la política económica contemporánea (particularmente argentina), y en la aplicación del análisis económico al entendimiento y posible solución de los problemas económicos concretos, así como su divulgación. Mi interés académico pasó del refinamiento de la teoría, propio de mis trabajos de la década de 1970, al de proporcionar materia prima para hacer más útil la teoría de la política económica sobre la base de casos tan jugosos como el argentino.

[Que hay un aporte en la forma en que planteo el análisis de una política económica, lo sostiene Domingo Nicolás Catena; el aporte a la aplicación y divulgación del análisis económico está claro, por ejemplo, en el tipo de premios por trayectoria que me otorgaron, tema sobre lo cual volveré más adelante.]

Cada día me gusta más contar, en el sentido de describir; hechos, generando libros y artículos sobre episodios de política económica; pareceres, como en el caso de las memorias de Kissinger y las principales conferencias pronunciadas por los "grandes" de la economía entre 1960 y 1990; y teorías, como en Macroeconomía; sistematizando en todos los casos gran cantidad de material en términos de un texto comprensible y atractivo. Todos los proyectos de libros que tengo en la cabeza siguen esta línea.

[Como a Luis Landriscina, aspiro a que también a mí me califiquen como "contador público nacional", sin que esto tenga que ver con el título universitario homónimo.]

De mi labor escrita surgen ideas como las siguientes:

1) Primero los hechos, luego las interpretaciones. Difícilmente se pierda tiempo o recursos describiendo lo que luego se verá si es un problema o no. Entre personas intelectualmente honestas y exagerando un poco, la descripción es única mientras que calificación e interpretación pueden ser variadas (la temperatura es de 25 grados; para algunos hace frío y para otros calor). Por otra parte, en el propio proceso de elaboración de la descripción de un hecho afloran las soluciones posibles o, como a veces ocurre, la sensación de que el problema no tiene solución.

[Describir en detalle, antes de analizar, es una "mercadería" subvaluada por la profesión, lamentablemente].

2) El análisis económico sirve para solucionar problemas concretos. Lo que en mi caso comenzó como un juego, o un entrenamiento para que la mente tuviera con qué entretenerse, se convirtió con el tiempo en una poderosa herramienta al servicio de la solución de problemas concretos.

Quienes no son economistas tienden a ver el análisis económico como una restricción (los economistas somos los encargados de recordar que en la Tierra no hay de todo, para todos, gratis); quienes lo somos tendemos a verlo como una liberación. No está en nuestras manos eliminar esa desgarrante realidad humana que es la escasez (¿o usted cree que a mí me hace gracia ver un pobre?), pero sí contribuir a que la realidad sea la mejor posible. Nuestra lucha contra el error, el voluntarismo, la "sensibilidad" y los intereses, nace de estudiar historia, que con gran frecuencia muestra que quienes pretendieron alcanzar situaciones mejores que la mejor posible, terminaron generando situaciones peores que la mejor posible (de ahí, luego de la hiperinflación, la obsesiva defensa que la profesión hace de la estabilidad).

[Porque estoy convencido de que el análisis económico ayuda a solucionar problemas concretos, me vuelve loco escucharle a un alumno que estudia economía, decir que

"teóricamente" tal cosa; porque cuando dice eso lo que en realidad quiere decir es "estúpidamente" tal cosa. El profesor no debe reírse de las teorías, sino enseñar aquella que le parece más relevante.

Por el mismo motivo, no permanecí indiferente a Massuh, H. D.: "Los economistas del subconsumo", La Nación, 10 de octubre de 1990, ni a Moyano Llerena, C.: "Implacable avance de la economía", La Nación, 22 de julio de 1991, los cuales contesté en sendas cartas de lectores publicadas en el mencionado diario el 19 de octubre de 1990 y el 18 de agosto de 1991 respectivamente.]

3) La realidad cambia a través de una diferente toma de decisiones. La descripción de algún aspecto de la realidad es, normalmente, el paso previo a la búsqueda de algún cambio, luego de que dicha realidad fuera calificada como un problema (frente a cada evento, el decisor se plantea -secuencialmente- la siguiente trilogía de preguntas: 1) ¿cuál es el problema?; 2) ¿es mi problema?; y 3) ¿qué se puede hacer al respecto? Para trabajar sobre la tercera pregunta el economista toma el modelo que mejor le sirve, siguiendo con él los siguientes pasos: análisis del equilibrio, estabilidad de dicho equilibrio y estática comparativa).

En los años formativos resulta muy importante que, aún a riesgo de desarrollar transitoriamente cierta tendencia mecanicista, el economista se acostumbre a trabajar en estos términos. Pero eventualmente el mecanismo decisorio aparece en el centro del análisis; porque lo que se denomina "actividad económica" es, en el fondo, un conjunto de decisiones que adoptamos los seres humanos, sobre la base de la percepción que cada uno de nosotros tiene de los hechos, la calificación correspondiente, y la acción concreta que disponemos al respecto. Por esta razón soy un ferviente usuario del esquema conocido como "Error tipo I, error tipo II", así como del análisis del problema de la (falta de) identificación; y les explico a mis alumnos que cuando uno analiza una política económica, no está interesado en saber que haría si fuera ministro, sino qué cree que vaya a hacer quien en realidad lo es.

[Como expliqué, nada de esto lo aprendí tomando decisiones sino viendo tomar decisiones (no soy el amante, sino el asesor amoroso). Sinteticé mi aprendizaje sobre las macanas que suelen hacer los ministros de economía en mi "Cómo fracasar rotundamente como ministro de economía", reproducido en Escritos seleccionados 1981-88, Ediciones Macchi, 1989, que el CINDE publicara en inglés bajo el título "How to end up an utter failure as minister of the economy".]

. . .

¿Qué impacto tuvo lo que escribí? No es fácil saberlo.

Dentro de la profesión registro, por una parte, que sólo la primera edición de Macroeconomía mereció un comentario bibliográfico académico, realizado por José Luis Machinea (Desarrollo económico, 16, 64, enero-marzo de 1977), donde José Luis mostró que conocía la materia y que había leído el libro (tuve en cuenta sus consejos al escribir la segunda

edición del libro); y por la otra, que en trabajos referidos a la política económica argentina contemporánea mis escritos aparecen muy de vez en cuando en las referencias bibliográficas (reflejo -entre otras cosas- de la poca importancia que la profesión le asigna a la descripción de los hechos, claro complemento, no sustituto, de la labor de los modelomaníacos).

[Tengo la secreta sospecha -¿o esperanza?- de que mis colegas me leen, y me usan, más de lo que me citan.]

Fuera de la profesión el impacto es más claramente identificable. Mis libros generaron comentarios bibliográficos en los diarios (normalmente "solapeos", pero a veces más profundos, como el referido comentario de Alurralde), no siempre a favor (no puedo recordar en qué medio se publicó un comentario bibliográfico donde se objetó que afirmara que mi Política económica argentina: materiales para el desarrollo del tema según el método de los casos, Macchi, 1984, era útil para aplicar el método de los casos; lo cual nunca entendí porque, precisamente, lo utilizo para analizar políticas económicas según el método de los casos), y son utilizados en muchas cátedras donde se enseña economía en escuelas que no forman economistas (el de Macroeconomía se usa en las escuelas de economía).

El impacto de mis artículos periodísticos es creciente (de lo contrario los editores de medios no me buscarían como lo hacen), a pesar de que el "rebote" que me llega es cada vez menor (cuando uno se inicia todos los que leyeron el artículo lo llaman. Luego no, porque se acostumbran. Gabriela Sabatini es noticia cuando pierde, no cuando gana). Cuando a propósito de un artículo periodístico recibo un par de llamadas o comentarios, quiere decir que "llegué" a muchísima gente (volveré sobre este tema en el capítulo dedicado a medios de comunicación).

[Popularicé términos como "modelos tipo Diluvio Universal o Arca de Noé", y ver la política económica como una "pulseada"; así como agregar expresiones como "nomía", "maníacos" y "fóbicos", luego de cuestiones bajo discusión.]

Naturalmente no todos los artículos le gustan a todos los lectores, pero hubo una reacción que quiero mencionar explícitamente. En noviembre de 1972 Análisis publicó mi "Una interpretación económica del problema del fútbol", donde expliqué el éxodo de jugadores profesionales al resto del mundo, según la más elemental teoría del comercio internacional. Uno de los lectores del mencionado artículo fue nada menos que Dante Panzeri, quien -sin nombrarme, sólo mencionando a "economista opinando de fútbol en Análisis"- incluyó una de mis afirmaciones, discutible y no central desde el punto de vista del análisis, en su "Las frases celebres del fútbol chantapufista", Satiricón, 2, 15, febrero de 1974.

## CUADRO 23.1

### LIBROS

- 1 Economía política (en colaboración con J. M. Dagnino Pastore y A. C. Sturzenegger),  
Editorial crespillo, Buenos aires, 1971.
- 2 Política antiinflacionaria en la argentina, 1967-70,  
Amorrortu editores, Buenos Aires, 1972.
- 3 Macroeconomía,  
Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976.
- 4 Un esquema de política económica para la Argentina,  
Ediciones macchi, Buenos aires, 1976.
- 5 Microeconomía por economistas argentinos (compilado en colaboración  
con F. V. Tow),  
Editorial el coloquio, Buenos aires, 1976.
- 6 Los economistas,  
Ediciones macchi, Buenos aires, 1977.
- 7 Cuatro ensayos sobre la economía argentina,  
Ediciones macchi, Buenos aires, 1979.
- 8 La economía que yo hice,  
Ediciones el cronista comercial, Buenos aires, 1980.
- 9 La economía política del peronismo,  
El cid editor, Buenos aires, 1980.
- 10 La política económica de Margaret Thatcher,  
Instituto argentino de ejecutivos de finanzas, Buenos aires, 1981.
- 11 El proceso económico: cómo lo vi y cómo lo veo,  
Ediciones el cronista comercial, Buenos aires, 1981.

- 12 Escritos seleccionados, 1968-80,  
Ediciones macchi, Buenos aires, 1981.
- 13 Política económica argentina: materiales para el desarrollo del tema  
según el método de los casos,  
Ediciones macchi, Buenos aires, 1984.
- 14 La economía que yo hice - volumen II,  
Ediciones el cronista comercial, Buenos aires, 1986.
- 15 Escritos seleccionados, 1981-88,  
Ediciones macchi, Buenos aires, 1989.
- 16 Deuda externa e inestabilidad macroeconómica (en colaboración con  
R. Dornbusch),  
Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1988.  
En inglés, publicado dentro de "Developing countries debt and  
economic performance", volumen 2,  
National bureau of economic research, Cambridge, 1990.
- 17 Macroeconomía (versión revisada, en colaboración con A. Leone y A.  
Martínez),  
Fondo de Cultura económica, México, 1991.
- 18 Argentine economic policy, 1958-87 (en colaboración con A. Martínez),  
Banco Mundial, Washington, 1989.  
En castellano: De Frondizi a Menem -3 décadas de política económica  
en Argentina-,  
Editorial sudamericana, Buenos Aires, en preparación.
- 19 Los 10 mandamientos del buen gobierno según Henry Kissinger,  
Ediciones el cronista, Buenos aires, 1991.
- 20 Incompletísimo diccionario de economía  
Ediciones el cronista, Buenos aires, 1992.
- 21 Economía: ¿una ciencia, varias... o ninguna?,  
Fondo de cultura económica, México, 1993?
- 22 Apuntes a mitad de camino,

Ediciones macchi, Buenos aires, 1995.





Revista de economía Bancar									1					1								1	1	4	
Ciencia e investigación Clásica											3		1											4	4
Limen												3													3
Ensayos económicos													1	1			1								3
Journal of development economics																									2
Empresa											1	1													2
Revista de ciencias económicas (Bs.As)											1	1													2
Revista de la bolsa de comercio de Rosario																	1						1		2
Vigencia													1	1											2
Revista de economía y estadística						1		1																	2
Boletín informativo techint												1	1												2
Gestión													2												2
Estudios económicos	1													1											2
Revista de economía latinoamericana												1		1											2
Revista de economía y administración						1																			1
Revista de la integración												1													1
Derecho aduanero										1															1
CINDE (Ensayos ocasionales)																									1

---

Medio	65	66	67	68	69	70	71	72	73	74	75	76	77	78	79	80	81	82	83	84	85	86	87	88	89	90	91	92	Total
-------	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	-------

Redacción																									1	
Ciencias económicas	1																									1
Cuadernos de planeamiento									1																	1
Revista INCAE																			1							1
Cuadernos Revue de la Societe D'Etudes et D'Expansion	1								1																	1
Estudios Ciencias administrativas											1															1
Economicus		1																								1
Supongamos			1																							1
Revista de la cámara argentina de comercio		1																								1
Todo es historia									1																	1
Revista argentina de finanzas																									1	1
Escritos contables Contabilidad y administración									1																	1
Gacetilla				1																						1
El derecho												1														1
World development									1																	1
Manual de informaciones																								1	1	1
Propiedades									1						1											1
Derecho empresario										1																1
Bancos y moneda								1																		1
Alta gerencia																									1	1
Artículos publicados en libros de ensayos	1			2	3			1	4	3	4	5	1	1	4	8	3	4		4	5	3	4	1		61
No publicados		7	6	6	6	6	3	1	2	1	1	2	1		1						1	1		1		46





Medio	65	66	67	68	69	70	71	72	73	74	75	76	77	78	79	80	81	82	83	84	85	86	87	88	89	90	91	92	Total	
<b>COLABORACIONES PERIODICAS</b>	0	0	0	10	18	1	5	46	26	27	36	30	46	66	88	79	86	187	253	260	271	221	117	170	84	79	87	82	2375	
Síntesis de la industria y la producción				10	18																								28	
Mercado						1	2		4	14	1	16	24	24	27	27	37	29	24	13	3					1				247
Análisis							3	46	22																				71	
Carta política										13	35	14	16	11																89
Noticias de IDEA												6	10	7																23
Noticias Argentinas													21	53	43															117
Cronista comercial															1	1	1	140	229	234	216	182	117	170	63	27	34	30		1445
Saporiti																8	48	18												74
Tiempo argentino																					13	52	39							104
Contexto																									20	52	53	52		177

CUADRO 23.3

## INGRESOS POR DERECHO DE AUTOR

(ejemplares, número; monto, \$ de diciembre de 1992, ajustados por precios al consumidor)

Año	Amorrortu		Macchi		Crespillo		Sudamericana		FCE		Totales			
	Ejs.	Monto	Ejs.	Monto	Ejs.	Monto	Ejs.	Monto	Ejs.	Monto	Ejs.	Monto	%	% acum.
1971					2755	1450					2755	1450	3,4	3,4
1972	?	?			2314	850					2314	850	2,0	5,4
1973	?	?			2396	653					2396	653	1,5	6,9
1974	?	?			2924	651					2924	651	1,5	8,4
1975	83	100			3153	481					3236	582	1,4	9,8
1976	1529	6354	600	2464	2107	874					4236	9692	22,6	32,3
1977	814	2692	980	2929	1901	295					3695	5916	13,8	46,1
1978	173	490	700	978	2091	1068					2964	2536	5,9	52,0
1979	708	2237	450	945	2026	897					3184	4078	9,5	61,5
1980	351	713	700	3448	2894	1337					3945	5499	12,8	74,3
1981	59	100			2422	1107					2481	1207	2,8	77,1
1982	188	410	500	1130	1304	686					1992	2227	5,2	82,3
1983	171	407	100	303	1277	448					1548	1158	2,7	85,0
1984	93	185			1295	334					1388	519	1,2	86,2
1985	84	138	200	798	1176	325					1460	1261	2,9	89,1
1986													0,0	89,1
1987	155	321									155	321	0,7	89,9
1988							1269	1358			1269	1358	3,2	93,1
1989	69	118					827	604			896	722	1,7	94,7
1990	91	70					180	109			271	178	0,4	95,1
1991													0,0	95,1
1992									1160	2095	1160	2095	4,9	100,0
Totales	4568	14335	4230	12995	32035	11457	2276	2071	1160	2095	44269	42953	100	

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

24

### PROFESOR Y CONFERENCISTA

En un aula, como en una sala de reuniones o de conferencias, la comunicación es más fácil porque al receptor se lo ve, de modo que de inmediato se puede corregir un discurso cuando resulta difícil, tedioso o prolongado (cuando se escribe, como cuando se habla por radio o televisión, al receptor hay que imaginarlo. No es fácil contar cuentos en estas condiciones). En las salas de teatro la platea está deliberadamente a oscuras, y no precisamente para ahorrar energía; por el contrario, si cuando llego a una sala de conferencias la platea está a oscuras la hago iluminar, con el pretexto de verificar que haya gente; en realidad quiero ver al público, para no tener que tomarme el trabajo de imaginarlo.

Este capítulo se ocupa de interacciones que tienen aspectos diferentes (no es lo mismo dictar un curso que pronunciar una conferencia, y no solamente por la distinta extensión), pero que comparten el importantísimo hecho de que la retroalimentación ocurre de manera inmediata. Son, además, 2 actividades que me encantan.

. . .

Como en el capítulo anterior, los cuadros 24.1 y 24.2, que aparecen al final del presente, sintetizan cuantitativamente mi actividad como profesor y conferencista respectivamente.

Profesor universitario. Del primero de los cuadros mencionados surge que enseñé desde el momento mismo en que me gradué. Fui profesor en universidades argentinas públicas (de Buenos Aires, del Sur, Nacional de La Plata y Nacional de Mar del Plata) y privadas (Argentina de la Empresa, Católica Argentina y del Salvador), y en extranjeras (de Alcalá de Henares y de Boston), y también dicté cursos de nivel universitario en el Instituto para el Desarrollo

Económico y Social (IDES) y en el Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (CEMA). Desde 1990 enseñó en la Universidad de San Andrés (UDESAR).

Como además de encantarme enseñar me parece una forma de devolver lo que la educación pública me dio, nunca dejé una universidad por razones económicas. ¡La del Salvador todavía me debe los honorarios correspondientes a buena parte de 1971! por lo cual, en una reunión donde Lucio Reca, entonces director del departamento de economía, anunció solemnemente la decisión de los jesuitas de "vender Callao [y Lavalle, sede del Colegio del Salvador, donde entonces funcionaba buena parte de la universidad]" -afirmación que recuerdo cada vez que paso por allí-, amenacé (pero no cumplí) con dejar de dar clase el año siguiente, y por eso en 1972 también dicté macroeconomía en la UADE. También en ese sentido la Universidad de San Andrés es diferente; cuando en mi programa de televisión le pregunté a su rector, Francisco von Whuthenau, cuál era la característica distintiva de la UDESAR, respondió: "Le paga a los profesores".

Pero por razones extraeconómicas dejé una universidad... y otra me dejó a mí. Del cuadro 24.1 surge que en materia universitaria tengo 2 ciclos importantes completos, y uno abierto. Curiosamente los 3 comenzaron con la década, en décadas sucesivas (en rigor, el del Salvador un año antes, en 1969), y los 2 que terminaron lo hicieron en el año siguiente que termina con 3 (¡espero, a fines de 1993, quebrar la racha con la universidad de San Andrés!). Los 2 finales citados merecen ser comentados.

A mediados de 1973, en la Universidad del Salvador podía haber continuado enseñando si hubiese querido. Pero bajo César Sánchez Aizcorbe, nuevo decano de la facultad, un jesuita más "camporista" que el propio Campora<sup>1</sup>, no me sentía cómodo. Terminó de decidirme la tensión que reinó en una reunión que con él mantuvimos alumnos, profesores y Ernesto Gaba, entonces director del departamento de economía, al final de la cual, obedeciendo a un impulso humano, me acerqué a intercambiar algunas palabras con el flamante decano, también shoqueado por el "todos contra uno" que se había desarrollado. No lo ví desde entonces.

[No sé si hoy me hubiera acercado, porque correspondía que sintiera con toda claridad que estaba destrozando algo muy valioso. Cosa que logró, dicho sea de paso. En efecto, el departamento de economía del Salvador, uno de los mejores no sólo de Buenos Aires sino también del país a comienzos de la década de 1970, nunca recuperó el nivel que alcanzó entonces, aunque me constan los esfuerzos que se vienen haciendo al respecto en los últimos años.]

De la UBA, en cambio, me echaron. En diciembre de 1983, siendo decano Oscar Shuberoff (en el momento de escribirse esta parte de la obra es el rector de dicha universidad), director del departamento de economía aplicada Aldo Ferrer, subdirector Roberto Lavagna y secretario Bernardo Kosakoff, en el renglón correspondiente a Política Económica Argentina, la

---

<sup>1</sup> Presidente de la Nación a partir del 25 de mayo de 1973. Renunció poco tiempo después para llamar nuevamente a elecciones, y que asumiera Juan Domingo Perón.



materia que dictaba desde 1980, aparecieron en "la cartelera" los apellidos de Cuello (Raúl E.), Petrei (Humberto A.) y Portnoy (Leopoldo), en vez del mío.

Me enteré porque alguien me avisó por teléfono; no me ocupé de pedirle explicaciones a las nuevas autoridades y menos aún de armar un escándalo. Pero cuando el 4 de julio de 1984 La Nación le publicó un reportaje a Shuberoff, en el que declaró que "no separamos a nadie del cargo... había gente valiosa que daba clase en universidades privadas, institutos de diversa naturaleza, pero aquí en la facultad no podían hacerlo. Un prototipo de estos casos es Guido Di Tella, quien fue expulsado de esta facultad y es profesor regular de la universidad de Harvard (sic). De aquí lo echaron. Fue uno de los que designamos cuando volvimos. Seguramente reemplazó a otro de menor jerarquía académica, pero separar no separamos a nadie", envié una carta de lectores al mencionado diario, publicada el 14 de julio, en la que, luego de pedir perdón por la falta de modestia y aclarar que Di Tella no es profesor regular de Harvard sino de Oxford, dije que "suponer que Cuello, Petrei y Portnoy, en Política Económica Argentina, tienen más antecedentes académicos que yo, es algo que no se lo creen ni los 3 colegas mencionados (los cuales, por supuesto, son completamente ajenos a este lamentable episodio), de todo lo cual concluyo que mientras no reciba de las autoridades una explicación, seguiré pensando que en la FCE de la UBA se ha separado a alguien y por razones extraacadémicas". A fines de 1988 la propuesta electoral de UPAU (Unión por la Apertura Universitaria) propiciaba mi reincorporación en la UBA.

[Convencido, como tantos argentinos, de que el 30 de octubre de 1983 iba a ganar Luder y no Alfonsín, a lo largo de dicho año me fui resignando a dejar la universidad oficial. Consecuentemente el triunfo radical me produjo gran alegría. "Me salvé", pensé. Un mes después la alegría se transformó en desagradable sorpresa.

"Te va a doler", me dijo mi mujer, quien en ese momento veía con más claridad que yo lo que me gusta interactuar en el aula con los jóvenes. Al principio lo negué. Una vez más, Any tuvo razón.

Producto de las oportunidades de movilidad económica y social que brinda la educación accesible -en mi época, la pública-, como expliqué antes, enseñar en la UBA también significaba para mí mejorarle a algunos muchachos y chicas la oportunidad para avanzar.]

Tiempo después Adolfo Canitrot me dijo: "no te preocupés, Juan Carlos, la mejor escuela de economía del mundo se podría formar con el conjunto de profesores echados por los militares, los peronistas y los radicales, de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA. Los radicales, en esto, no fueron diferentes del resto; no tenían por qué serlo, excepto que hasta ese momento daban la sensación (a mí, al menos) de que lo eran].

Profesor no universitario. Contemporáneamente con mi labor universitaria dicté cursos y participé en ciclos para empresarios y ejecutivos, tanto en IDEA como en empresas. Dada sus características, esta labor no registra ni la continuidad, ni el final abrupto, de la desarrollada en la universidad.

Conferencista. Según el cuadro 24.2, hasta fines de 1992 pronuncié 2.060 conferencias (el 98% en el país, el 84% en ámbitos empresarios). Se trata de una actividad que encaró cada

vez con mayor frecuencia: registra un promedio de una conferencia por día hábil en cada uno de los 4 últimos años; y en 2 oportunidades, en 1992, pronuncié la misma conferencia 5 veces en un mismo día.

Hablé mucho, pero sobre pocos temas (la concentración temática es, en mis conferencias, mucho mayor que en mis escritos). Fuera del estado de la economía argentina y su relación con la mundial, el rol del economista y cuestiones referidas a la comunicación de ideas económicas, destaco 3 conferencias: el 26 de febrero de 1983 hablé sobre "Cómo se cambia la imagen de un banco" en una conocida empresa publicitaria; el 10 de junio del mismo año diserté sobre "Proyecto de vida", en el Club Colegial-Colegio Sagrado Corazón, de San Miguel de Tucumán, delante de estudiantes de quinto año de colegios secundarios, una feliz iniciativa organizada por Severo Cáceres Cano que describiré más adelante; y el 11 de noviembre de 1986 integré un panel sobre "Violencia, delito y drogas", organizado por la Fundación Carlos Pellegrini, que entonces lideraba Ricardo Zin, en mi carácter de víctima de los cacos.

Una desagregación que por falta de datos no incluí en el cuadro mencionado separa las conferencias que cobré, de aquellas que pronuncie gratis. Como en el caso del periodismo escrito, la proporción de conferencias gratis disminuyó a medida que pasó el tiempo; pero aún hoy (1993) no es insignificante. En efecto, las conferencias académicas, así como las que pronuncio delante de público general, rara vez se pagan (como cuando diserté en los Rotary Club de Bernal, Caseros Norte, Constitución, General Viamonte, Mar del Plata, Mercedes, Nueva Pompeya, San Antonio de Padua, Quilmes Oeste, Tucumán, Vicente López, y femenino de Buenos Aires; así como en el Club de Leones de Hurlingham); y hay también un buen número de casos en los que yo no cobro pero quien escucha paga, y se destina el producido a una buena causa (Caritas, o María del Carmen Casellas, una médica amiga de mi mujer que hace "milagros" con poca plata en Corrientes). A quienes me quieren pagar en especie les contesto que los únicos lugares donde acepto tales pagos son el Banco Central y Karim.

[La intensidad con que preparo una conferencia, y la fuerza con la que la dicto, son absolutamente independientes de si cobro o no. Si no estoy de acuerdo con algo, no participo; pero si decido hacerlo, tiene que salir bien.]

A raíz de mi actividad como conferenciante, más de uno me comparó con Samuel Clements, a quien todo el mundo conoce por su seudónimo, Mark Twain. Piloto, periodista y autor, Twain se fundió al no poder pagar una máquina tipográfica que había adquirido, y "cultivó" el mercado de las conferencias para "zafar". Dicto conferencias a pesar de no estar fundido, pero -siguiendo su ejemplo- ya sé qué podré hacer el día que me funda.

A las buenas causas, a veces Dios las ayuda. Almorzando con un amigo mío, socio de un banco mediano, me comentó que uno de sus hijos había nacido con cierta malformación, que obligó a operarlo; y que con otros padres cuyos hijos tuvieron el mismo problema, luego de la operación había armado la Fundación Problemas Cardiovasculares de Infantes. Dado que conocía la cuestión porque a un sobrino mío le había ocurrido lo mismo, le ofrecí dictar una

conferencia a beneficio de la Fundación. El Banco Río nos cedió gratuitamente su salón de actos, y con 2 o 3 meses de anticipación fijamos la fecha: lunes 17 de junio de 1985. No llenamos el inmenso salón, pero la Fundación recogió buen dinero del par de centenares que concurrieron; porque por pura casualidad diserté 3 días después del lanzamiento del Plan Austral.

. . .

Cuando dicto un curso no enseño sino que facilito que los alumnos aprendan, porque para educar hay que centrar la actividad en el alumno, no en el profesor. En particular:

1) me concentro en los aspectos fundamentales de las cuestiones fundamentales; el resto queda para la labor en biblioteca, para la cual distribuyo referencias bibliográficas cada vez más difusas, para que el alumno aprenda a buscar por sí solo, y conozca, además, otras realidades buscando la que le indique;

2) elijo un caso para ilustrar la clave de cada cuestión. Distribuyo una hoja que lo describe, frente a la cual cada alumno -más de 100, en la Universidad de San Andrés- se prepara para el debate anotando sus opiniones en su propio anotador. Luego de unos pocos minutos, que uso para recorrer los asientos "invitando" a quienes no están escribiendo a que lo hagan, tomo la lista de alumnos, pienso un número (natural, de un dígito) cualquiera, y llamo a aquellos alumnos cuyo número de registro termina con el elegido, para que lean en voz alta lo que escribieron. Los demás no tienen más remedio que prestarle atención al que habla, porque en cualquier momento tienen que reproducir el argumento que acaban de escuchar (busco resaltar opiniones divergentes, pidiéndoles a los que las sostienen que las defiendan; los casos normalmente no tienen una única "solución", y tampoco me interesa mucho "redondear" el debate);

3) utilizo casos verídicos y actuales cada vez que puedo por lo que, para no pasar calor, la gran mayoría de los alumnos termina leyendo el diario... diariamente (la jugosa realidad argentina provee siempre excelente materia prima para ilustrar el uso del análisis económico). Cuando me preguntan qué creo que va a pasar, les devuelvo automáticamente la inquietud preguntándoles qué creen ellos que va a ocurrir; con frecuencia les hago anotar qué piensan que va a pasar ese mismo día, material que sirve para evaluar su capacidad de pronóstico en la clase siguiente;

4) muestro la grandísima diferencia que existe entre presentar un trabajo pedido y presentar una buena explicación de por qué no se lo puede entregar. Lo hago no admitiendo ninguna razón para no presentar dicho trabajo; al grito de "no me haga perder el tiempo, tiene el resto del día para preparar el trabajo y entregármelo en mi oficina", termino abruptamente toda posibilidad de "diálogo" (del trabajo se olvidan, pero no del apurón que sufrieron por creer que una buena explicación podía sustituir la entrega. Aprenden, experimentando, que trabajar es más sencillo que pretextar; y

5) cuando noto fastidio o tensión por el método descrito aclaro: "practiquen conmigo, la calle es 10 veces peor; si no me pueden sobrevivir a mí, difícilmente puedan llegar a ser profesionales exitosos".

[El método supone que las autoridades de la universidad comparten el diagnóstico de que los alumnos no se "quiebran" porque el profesor exija, y consecuentemente están dispuestas a respaldarlo frente a algún padre o madre quien, llevado por su intenso amor, pretende defender al "nene" o a la "nena" del terrible profesor. La universidad de San Andrés, desde este punto de vista, es ideal.

Nunca siento peligro físico en mi rol de profesor, a pesar de lo que a mediados de 1985 le ocurrió a Javier Villanueva, cuando en las escaleras del Instituto Di Tella fue atacado por un alumno de Haití (le envié una carta a Javier con fecha 20 de julio de 1985, de gran contenido irónico... porque había pasado el peligro).

Entiendo a los padres porque también lo soy. Recuerdo cuando siendo Gabriela beba, acompañé a mi mujer al pediatra. El médico le quitó la ropa, y le movió la cabeza, los brazos y las piernas para verificar su estado físico. Creí que la rompía toda. Por supuesto que Gabriela resistía eso y mucho más (nos resistió a nosotros, padres inexpertos). En una función profesionalmente distinta, a mí me ocurre exactamente lo mismo: amo intensamente a mis alumnos, y precisamente por eso cumplo con mi rol. "Dentro de 20 años nos juntaremos para tomar una cerveza y hablar de esto", les digo en clase cuando es evidente que para seguir el debate se necesita experiencia. Comprendo su fastidio porque cuando yo era alumno los profesores que eran así tampoco me hacían gracia... y ahora los recuerdo como los mejores.]

La preparación de Economía: ¿una ciencia, varias o... ninguna?, Fondo de Cultura Económica, 1994, me mostró que -sobre la base de su propia experiencia- muchos de los principales economistas llegaron a conclusiones muy parecidas. Ejemplos: Harberger: "La clave de un buen curso de economía está en su énfasis en las cuestiones fundamentales, cuyo funcionamiento está debidamente probado. El objetivo tiene que ser el de un profesionalismo genuino y competente"; Friedman: "Los estudiantes no aprenden de los profesores sino de los otros estudiantes. La verdadera función del profesor es la de proporcionar temas para motivar la clase"; Kindleberger: "A nivel graduado uno aprende mucho más de los compañeros que de los profesores. Lo que tiene que inculcar el profesor es entusiasmo por la materia, lo cual incita a los estudiantes a enseñarse los unos a los otros"; Tobin: "Mirando retrospectivamente veo que nuestros profesores dejaron en nuestras propias manos buena parte de nuestra educación. Ellos esperaban que nos enseñáramos a nosotros mismos, cosa que hicimos. Nos trataron como socios más jóvenes en el trabajo científico, no como aprendices"; Baumol: "A veces imagino el siguiente experimento: en un curso hay buenos profesores y en otro no, y entonces los alumnos aprenden solos. Se me ocurre que los primeros aventajarían a los segundos en el examen final del curso, pero ocurriría exactamente lo contrario es un test profesional llevado a cabo 5 o 10 años después"; Streeten: "De Frank Burchardt aprendí un montón, porque era muy claro, pero de Thomas Balogh aprendí más porque era tan confuso que luego de las clases tenía que volver a mi habitación y estudiar por mi cuenta. Los mejores profesores no son los más claros"; Georgescu-Roegen: "Las clases de George Titeica eran tan prolijas, claras e impecables, que

muchos estudiantes abandonaban el aula con la ilusión de que como ya sabían absolutamente todo, no tenían que estudiar nada más. La perfección tiene sus defectos".

El método funciona cuando se cuenta con buenos ayudantes... como aprendí viendo trabajar a los míos. Recién en 1980 tuve ayudante, cuando Silvina Vattick (hoy de Blumenfeld)<sup>2</sup>, graduada en CEMA, me pregunto si tenía uno en el curso que dictaba en la UBA, y si no tenía si necesitaba. Con la diplomacia que me caracteriza, le respondí que no tenía ayudante, y que creía no necesitarlo porque para mí servía para borrar el pizarrón (a pesar de que, cuando fui su ayudante, José María Dagnino Pastore me había permitido dar clase). Silvina aceptó el rol de cualquier manera y tal como era de esperar terminó haciendo mucho más, y no precisamente borrar el pizarrón. Lo mismo ocurrió un par de años más tarde con Viviana Schulzinger (hoy de Szewach)<sup>3</sup>, mi otra gran ayudante en la UBA, cuando dicté microeconomía. Con Viviana estrené lo que desde entonces resultó un esquema muy eficaz: que el ayudante dicte "las teóricas" y yo "las prácticas", lo cual implica que en la denominada clase magistral transmito el concepto central, apelando a la intuición, un gráfico o una ecuación simple, y que en la tutorial el ayudante explicita las demostraciones de los temas tratados en las clases magistrales. Excelentes ayudantes también tuve y tengo en la universidad de San Andrés, como Walter Sosa (en las evaluaciones muchos alumnos me felicitan por la coordinación que existe entre las clases magistrales y las tutoriales; aclaro siempre que el 100% del mérito pertenece a Walter), Alejandro Izquierdo y Martín Besfamilie.

[Muchos piensan que soy buen profesor porque hago radio y TV. Es exactamente lo contrario: "doy bien" en radio y TV porque soy buen profesor lo cual, como ya expliqué, aprendí a ser cuando trabajé como profesor a tiempo completo en IDEA.]

Todo curso tiene una porción estresante para los alumnos y muy ingrata para los profesores: la de la evaluación (para evitar contratiempos se inventaron las autoevaluaciones, los cursos sin examen, etc.; experimentos que mostraron elocuentemente por qué existen las evaluaciones, a pesar de sus sinsabores). Al respecto tengo una absoluta preferencia por el examen escrito, y una casi absoluta por los de respuesta múltiple (que conocí cuando fui ayudante de Dagnino Pastore), gráficos que hay que completar o ejercicios numéricos o algebraicos que hay que resolver. La referida postura se debe a las razones siguientes: 1) a todos los alumnos se les formula la misma pregunta; 2) se evita el inevitable subjetivismo existente en la corrección de preguntas abiertas ("si a alguien lo dejan hablar no lo ahorcan" le escuché decir a Carlos Manuel Bastos, secretario de energía, el 13 de agosto de 1992); 3) se corrigen las pruebas cuando se tienen tiempo y ánimo; 4) queda el documento ante la eventual disparidad de criterios entre profesor y alumno; y 5) cuando era alumno prefería el examen oral. Como soy un mal "escucha", si tomara exámenes orales no sabría de qué están hablando los alumnos luego de haber escuchado a un par de ellos.

---

<sup>2</sup> Hoy de Matera.

<sup>3</sup> Hoy ex de Szewach.

[No regalo nota, pero no me hace ninguna gracia bochar (los exámenes que voy a aplazar son los que analizo con más cuidado). En promedio, más del 80% de mis alumnos aprueba el examen final.]

Muchas anécdotas referidas a mi actividad como profesor ya las conté; es el lugar de narrar el resto.

Universidad Católica Argentina (UCA). Como dije, comencé mi actividad docente en 1965, ayudando a Dagnino Pastore en el curso de comercio internacional que dictaba en la UCA. Javier d'Ornellas, uno de los asistentes, me recuerda "flaco, tímido e incapaz de sostener una mirada". Lo que yo recuerdo de ese curso es haber pintado sobre el pizarrón una frontera de posibilidades de producción, borrándola inmediatamente después... para que los alumnos la deriven por su cuenta; fantástico ejemplo de anticomunicación.

Universidad del Salvador (US). Volví de Harvard en julio (de 1968), consecuentemente con el segundo semestre del año académicamente lanzado en Argentina. Porque -pensando en casos como el mío- siempre privilegié el aspecto redistribución de ingresos y oportunidades que tiene la educación, en vez de volver a la UCA busque un ámbito educativo más "nacional y popular". En ese entonces Juan Bautista Floriani, uno de mis compañeros de la Católica, se desempeñaba como director del departamento de economía de la US. Una dolorosa circunstancia determinó la materia que dicté en el primer semestre de 1969, cuestión que había quedado pendiente cuando acordé con Floriani mi incorporación en la universidad; como ya expliqué, como consecuencia del inesperado y fulminante deceso de Norberto Belozercovsky, me hice cargo de macroeconomía I (algunos años, durante el segundo semestre, enseñé comercio internacional. En uno de ellos dio una clase especial el meticoloso Elías Salama, a poco de regresar de una asamblea anual del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial).

También enseñaban en la US Ernesto Gaba, Roberto Lavagna, Martín Lagos, Eugenio Mafucci y Lucio Reca (Reca y Gaba reemplazaron a Floriani, sucesivamente, en la dirección del departamento). Ciertos ordenamientos de apellidos de las mesas examinadoras resultaban curiosos, como el de "de Pablo-Reca-Gaba").

Los departamentos de economía, ciencia política (a cargo de Mariano Grondona) y relaciones internacionales de la US formaban parte de una facultad cuyo decano era Carlos Alberto Floria, con quien desde entonces desarrollé una sólida amistad. Habiendo compartido con él decenas de conferencias sobre política y economía, Carlos terminó grabando en mi mente el ABC de la ciencia política, en forma de 3 antinomias: mando y obediencia, amigo y enemigo, público y privado. Para analizar temas de la US la mañana de un domingo Floria reunió en su casa, ubicada entonces y ahora en Juez Tedín 2935, a los directores de departamento y un selecto conjunto de profesores, luego de lo cual Mabel ("Yuyi"), su esposa también de entonces y de ahora, nos dio de comer. Al terminar el encuentro José Manuel Saravia me dejó en Libertador y General Paz (Saravia escribió "Falacias estadísticas", El cronista comercial, 9 de octubre de 1971, un agudo análisis sobre la distribución funcional del

ingreso, cuestión muy politizada en ese momento en Argentina). Me resulta muy simpático que cuando hablamos por teléfono, a mis 49 años Floria me sigue llamando "pichón".

A pesar de mis resistencias -¿cómo puede alguien que no es doctor, integrar una mesa donde se defiende una tesis doctoral?-, en abril o mayo de 1973 en la US me hicieron integrar una mesa de la escuela de relaciones internacionales, porque el tema elegido -que ahora no recuerdo- tenía cierto componente económico. Llegué en punto, como el otro profesor, pero no así el alumno. Entonces nos fuimos a tomar un café a la esquina. Al otro profesor, a quien no conocía, le manifesté mi preocupación -mi cagazo, en rigor- por lo que habría de ocurrir cuando el 25 de mayo de 1973 el peronismo volviera al poder. Sonriente y con gran calma, me dijo que él "pensaba colaborar" con el nuevo gobierno lo cual, presumo, dio por terminado el tema de conversación. Grandísima fue mi sorpresa cuando, al mirar por televisión la trasmisión del mando, veo al referido profesor jurar, delante de Cámpora -nada menos que como ministro de relaciones exteriores! (el protagonista de esta anécdota es Juan Carlos Puig).

Una persona de 25 años puede ser profesor, pero también alumno. Por eso en la primera clase de algunos de los cursos que dicté en la US tuve que llamar la atención, para que los alumnos advirtieran que quien estaba delante de ellos no era "uno de ellos" sino el profesor. Mi estilo de comunicación, junto a la contundente realidad argentina de aquellos años (1969-1973), contribuyó notablemente a la aproximación con mis alumnos: el "Corbobazo" (durante el cual los alumnos de la US, con sus sentadas en la avenida Callao, resultaron participantes bien activos), los atentados, los secuestros, los reclamos estudiantiles y la campaña electoral de 1972-73, fueron hechos no precisamente para ser ignorados (durante el "Cordobazo" sentí que no podía comenzar mi clase sin decir algo: dije que no entendía muy bien lo que estaba ocurriendo, pero les recomendé a las chicas y a los muchachos que tuvieran cuidado. Un alumno -rubio, más bien seco- se me acercó al final de la clase y luego de agradecerme las palabras me dijo que yo había sido el único profesor que había hecho alguna referencia a lo que estaba ocurriendo).

[Por voluntad de los alumnos moderé una mesa redonda que tuvo lugar en la US, cuya "estrella" fue José Ignacio Rucci, secretario general de la CGT.]

Mis ex alumnos de ayer son por ahora pura potencia; algunos de los de hace un cuarto de siglo tienen realidades para exhibir. Entre los de la US recuerdo a Pedro Algorta (uno de los sobrevivientes de la tragedia aérea del equipo de rugby en la cordillera de Los Andes, documentada en Viven. Me enteré de esto cuando, varios años después del episodio, Algorta me visitó en FIEL y al comenzar a conversar le hice la pregunta que todo profesor le hace a cualquiera de sus ex-alumnos: "¿(en qué anduviste, y en qué andás?)", Juan Carlos Busnelli (actual rector de la universidad de Luján), Eduardo Carrasco, Carlos Chevallier Boutell, Fernando de Santibañes (presidente del Banco de Crédito Argentino), los hermanos Fernández Ansola, ¿? Paz Estenssoro y Guillermo Zocalli (representante de nuestro país en el Fondo Monetario Internacional); y a otros que tengo presente no por apellido sino por características: como una alumna de apellido francés, "el entrerriano", "el coreano", "el marino" y "el morocho de Morón" (con quien discutimos vehementemente sobre el resurgimiento del peronismo en su

Citroen o en mi Peugeot, yendo a casa). Aprecio sus muestras de cariño y gratitud, como también el fruto de su propia labor intelectual (Juan José Fernández Ansola me envió su Interacciones reales y financieras durante una experiencia de liberalización: Argentina, 1978-1980, tesis doctoral que preparó para la Universidad de Boston en 1988; y Juan Carlos Busnelli su El agro pampeano, Imago Mundi, 1992).

En la US sobreviví a un caso curioso: un alumno, cuyo apellido no recuerdo, algo amanerado. Era un excelente actor (Vittorio Gassman le había tomado un examen, y lo becó para ir a Italia), pero su madre, como prerrequisito para el viaje le exigía que fuera... ¡licenciado en economía! El pobre no entendía nada, no porque no fuera inteligente, sino porque la macroeconomía no le interesaba. Luego de aplazarlo varias veces, un día le tomé un nuevo examen, y luego de acordar con el resto de la mesa, lo llamé y le dije: "Te pongo 4 con una sola condición: que en tu vida hables de macroeconomía".

Copiando a Richard Musgrave, un par de años organicé asados en mi casa de San Antonio de Padua para mis alumnos de la US (organicé es una forma de hablar; en rigor el asado lo hicieron ellos, y en uno de dichos años, como el papá de uno de los alumnos -¿Miguel Angel Arias?- era carnicero, comimos buena carne a precio nulo). Mi vecino López me facilitó tabloncitos con los cuales armamos una mesa bien larga; luego de comer, con un par de alumnos también aficionados a contar cuentos y chistes, formamos un trío que durante no menos de 2 horas contó un cuento tras otro (cuando escucho y cuento a esa velocidad los terceros festejan, pero mi stock no aumenta porque no los puedo retener).

Universidad Nacional de La Plata (UNLP). En La Plata dicté comercio internacional durante un par de años, reemplazando a Rogelio Simonato mientras éste completaba sus estudios en el exterior. Terminé la negociación con Horacio Núñez Miñana viajando de pie en la línea "A" del subte, 6 años antes que Celestino Rodrigo la inmortalizara utilizándola para hacerse cargo del ministerio de economía (Horacio, junto con Héctor L. Diéguez los artífices del período brillante del departamento de economía de la UNLP, y de Económica, falleció el 19 de julio de 1985). Secundado por Juan Carlos Berra, dictaba clase una vez por semana (en el segundo semestre de 1970 los viernes de 7 a 10 de la noche), de manera que en el mencionado día unía con mi Peugeot San Antonio de Padua-Buenos Aires-La Plata-San Antonio de Padua, un triángulo de 180 kilómetros por la ruta a La Plata y el Camino de Cintura, que entonces tenían un solo carril por mano (una noche, en el Camino de Cintura, retrocedí porque creí haber atropellado a alguien; afortunadamente no fue así). A las 5 de la tarde viajaba "acompañado" por Hugo Guerrero Martinheitz (leyendo libros por radio Hugo fue inigualable), y a las 10 de la noche por Radio Nacional, que entonces emitía música clásica.

En la UNLP puse el primer 10 de mi vida, y el único hasta 1991, en que coloqué varios en la universidad de San Andrés. Una de mis alumnas estaba embarazada y se presentó al examen (oral) con una significativa pancita. "No quiero un parto prematuro en el aula" pensé para mí, por lo que le formulé una primera pregunta bien sencilla. La contestó correctamente, sin dificultad. Hice una segunda, más complicada, que también respondió rápida y correctamente. Entonces comenzó a desarrollarse un juego, donde yo formulaba preguntas cada vez más difíciles y la mujer seguía contestando sin dificultades (terminé enunciando un teorema donde faltaba explicitar uno de los supuestos, que descubrió de manera inmediata). No recuerdo



su apellido, pero la volví a ver buena parte de las veces que dicté conferencias en La Plata. Mario Teijero fue otro de mis alumnos en la UNLP.

Instituto para el Desarrollo Económico y Social (IDES). El primer curso que dicté en el instituto (aunque no fue, rigurosamente, un curso del instituto) surgió, según me explicó Reinaldo Bajraj, cuando un conjunto de estudiantes de economía de la UBA, cansados de escuchar la "teoría de la dependencia", decidieron continuar allí sus estudios formales, pero en otro lugar sus aprendizajes en serio. En el mejor estilo del medioevo (me contrataron ellos mismos) les dicté un curso de macroeconomía a algo así como una docena y media de muchachos, entre los que recuerdo a Pedro ("Peter") Alhadeff, de quien ya hablé, y a Pablo Madanes (Macroeconomía estaba escrito pero todavía no publicado; consiguientemente lo hicieron tipiar por completo). En la evaluación final algunos de ellos me agradecieron el hecho de que "por primera vez tuvieron que leer un libro" (¡cursaban tercer o cuarto año de sus estudios universitarios!). Como prolongué el curso me quisieron pagar más, y como me negué, le regalaron un hermoso reloj pulsera a mi mujer.

Alcalá de Henares. En algún momento de 1974 Guillermo Lousteau me invitó a almorzar en Pedemonte (entonces en Esmeralda) con Javier Irastorza Revuelta, número 2 del equipo económico que encabezaba López Rodó en España, y encargado de algunas actividades académicas en la Universidad de Alcalá de Henares. "¿Cuándo puedes venir a España?". "Dentro de 2 horas, el tiempo que necesito para ir a buscar y hacer la valija", fue mi respuesta. Finalmente viajé en mayo de 1975, para dictar un conjunto de 5 conferencias en un curso para estudiantes latinoamericanos, entre los que recuerdo a un muchacho de La Plata y a una atractiva morocha de General Villegas (algunas expresiones muy argentinas, como el calificativo de "salame" que le apliqué a cierto ministro de economía, tuvieron que ser traducidas en el curso para ser comprendidas por los participantes). A cargo de los aspectos operativos del curso había 2 muchachos; uno de ellos Rodrigo algo y el otro, cuyo nombre no recuerdo, quien resultó fanático de Juan Verdaguer (durante una cena contó una increíble cantidad de sus cuentos). En Harvard estaba acostumbrado a utilizar edificios de 200 años reciclados por dentro; en Alcalá los hay de varios siglos más, por dentro también muy modernos. No volví a Alcalá, ni vi más a Javier, a quien llamé desde Barajas en 1980, en mi primera visita a Israel. A fines de 1988 me escribió para tentarme a volver, en carta que respondí afirmativamente y de la cual no obtuve contestación. Lo llevo eternamente en mi corazón porque a través de él conocí España, un país que como dije al comienzo de esta obra llevo muy dentro de mí.

Universidad de Boston (BU), para no confundirla con la universidad de Belgrano). La invitación a dictar un curso en el Centro de Estudios del Desarrollo Latinoamericano (CLADS) de la BU provino, por una parte, del hecho de que en la práctica Daniel Schydrowsky, a quien había conocido en Harvard, operaba como su director (el cargo estaba formalmente en manos de Paul Rosenstein-Rodan, de quien había leído siendo estudiante, y a quien había conocido en Argentina porque a comienzos de la década de 1970 solía venir seguido, y Mercado le organizaba reuniones), y por la otra porque un año antes el mencionado curso lo había dictado Marcelo Diamand. CLADS buscaba, "a la Lance Taylor pero no tanto", enfoques alternativos a la ortodoxia, y aunque a muchos de los que me conocen de ahora esto les pueda sorprender, la pretensión de la primera edición de mi Macroeconomía fue la de adaptar los esquemas

aprendidos en Harvard a la realidad Argentina y latinoamericana. Bajo el pomposo título de "Problemas de desarrollo en economías desequilibradas" expliqué el libro mencionado, que en ese momento estaba en pruebas de página, complementándolo con lecturas en inglés para aquellos alumnos que no leían castellano. Dicté el curso en inglés; los hechos me forzaron a perder definitivamente toda inhibición idiomática (dicté un curso en inglés en la misma universidad donde, exactamente una década atrás y apenas llegado de Argentina, ingresé precisamente para tomar un curso de inglés, de manera que geográficamente la BU me resultó bien familiar).

[Hablo en inglés como en castellano; mal y rápido (según mi mujer, con una apreciable cantidad de errores). Lo cierto es que cuando hago gracias lingüísticas en inglés el público ríe.]

Viajé a los Estados Unidos con mi familia. Mi hija mayor había nacido allá, migrando hacia Argentina cuando tenía 10 meses (al nacer la registré en el Consulado argentino en Boston; salió de los Estados Unidos con el pasaporte de su madre). Volver a ese país implicó sacar su pasaporte americano, para lo cual necesitó una partida de nacimiento, y también la cedula de identidad y el documento nacional de identidad argentinos. La partida de nacimiento de Boston la consiguió por correo un burócrata de la BU, mediante el envío de u\$s 1; los documentos argentinos los obtuve luego de una lucha increíble, mantenida con la dirección Nacional de Migraciones, la dirección Nacional de Personas y la Policía Federal Argentina, debida al hecho de que como en los Estados Unidos el segundo nombre es la inicial, en el consulado de Boston tradujeron mi full name (nombre completo) como Juan C., y no Juan Carlos, por lo que las autoridades argentinas no sabían si yo era el padre de Gabriela (un policía me alertó: "Va a tener problemas sucesorios" -sic-). Varios años después, y dada la repetición sistemática de las mencionadas dificultades, con ayuda de un abogado hice un trámite delante de un juez, quien declaró oficialmente que Juan C. de Pablo soy yo (fueron tantas las idas y vueltas, que en algún momento me hicieron dudar de mi propia existencia).

En BU el contacto con colegas resultó valioso. Con Schydrowsky (pocas veces vi argumentar a la velocidad a la que lo hace Daniel, autor del primer informe profesional que yo conozco -octubre de 1979-, escrito por un extranjero, alertando contra la tablita de Martínez de Hoz) y con el propio Rosenstein-Rodan (en 1976 más interesado en las mujeres que en la economía), pero también con Shane Hunt, Robert Lucas (no el famoso sino un homónimo), Gustav Papanek (director de la escuela de economía de la BU, a quien no veía desde 1968, cuando iba a ser mi director de tesis), "Pepe" Piñera (luego ministro de trabajo de Chile) y otro chileno, de apellido Ramírez, con quien casi protagonizamos una escena cuando no podíamos obtener la credencial de la universidad, sin la cual no resultaba posible utilizar... las canchas de bolos. En la BU conocí la informalidad de las reuniones de profesores (ropas deportivas, sandwiches, etc.). Por u\$s 2,50 comía opíparamente en el Faculty Club (Club de los profesores), al parecer porque el concesionario estaba haciendo méritos en vísperas de la renovación del contrato; en uno de dichos almuerzos conocí a Alexandre Kafka, representante "perenne" de Brasil y otros países en el directorio del FMI.

En los contactos formales con el resto de los profesores desilusioné, porque Daniel había creado falsas expectativas. Concretamente, organizó un seminario para profesores que discontinuamos luego de un par de sesiones (hoy, probablemente, tendría más sentido que hace 15 años). En cambio me fue bien en la presentación de mi "Política económica para economías abiertas. La crítica de los países en vías de desarrollo al análisis de Mundell", que luego publicara en la Revista española de economía, 2, mayo-agosto de 1977. Cuando calificué de irresponsable el financiamiento del déficit comercial con aumento del endeudamiento, uno de los presentes -estadounidense- preguntó: "¿qué quiere decir irresponsable?; la ciudad de Nueva York se financió de ese modo en los 20 últimos años".

Durante mi permanencia en la BU tomé contacto con un par de compatriotas: Domingo F. Cavallo, como ya expliqué, y Mario I. Blejer. Este último intentaba ingresar en el cuerpo de profesores de la universidad, para lo cual en un seminario interno tuvo que presentar algún trabajo suyo (expuso uno sobre el enfoque monetario de la balanza de pagos). A pesar de estar al tanto del componente laboral de la mencionada presentación, discutí con él con tanta vehemencia que en un momento dado uno de los presentes, estadounidense, exclamó "viendo discutir a 2 argentinos entiendo la crisis argentina". Blejer consiguió el puesto, a pesar de mi intervención, que ahora juzgo totalmente fuera de lugar.

[Acordamos con Schydrowsky repetir la experiencia, pero no volví a enseñar en BU. Mi familia, entendiblemente, no ve con buenos ojos sacrificar su vacación anual. Sólo insistí 13 años después, cuando a comienzos de 1989 pasamos un enero en Washington, trabajando en el Banco Mundial.]

Universidad de Buenos Aires (UBA). No sé a quién reemplace, pero sí sé que en cuanto Vicente Vázquez Presedo me ofreció dictar Política Económica Argentina en la Facultad de Ciencias económicas de la Universidad Nacional, acepté entusiasmado. Como buen liberal, dado que en esa materia hay una sola cátedra, pedí dictar el curso en uno de los cuatrimestres de cada año, y que otro profesor la dictara en el otro cuatrimestre; esto le complicó la vida a Vázquez, no obstante lo cual lo logré en los 3 primeros de los 4 años que dicté la materia, cambiando por macro y por micro, según expliqué. En la primera mitad de cada curso me ocupaba de la teoría de la política económica (en línea con la última parte de la segunda edición de mi Macroeconomía), y en la segunda me concentraba en aplicaciones, discutiendo casos concretos. La situación económica vigente era analizada continuamente, por más que apareciera de manera efímera en el programa formal ("Resultaba imposible llegar a clase, a las 8 de la mañana, sin haber leído los diarios", me recordó una ex alumna en la Terminal de Ómnibus de Retiro en enero de 1993. No sé qué le habrá parecido en el aula, cuando me lo recordó estaba muy agradecida).

En la UBA inauguré el uso de un ejercicio que siempre me dio mucho resultado. La actividad comenzaba planteando lo siguiente: "levante la mano todo aquel que esté de acuerdo con la actual distribución del ingreso". Nadie levantaba su mano. "Levante la mano quien esté en contra". La mitad de los alumnos la levantaba. "No entiendo, porque; o se está a favor o en contra de la actual distribución del ingreso, así que comencemos otra vez". ¿A favor? Nadie.

¿En contra? Todos. Bien, tomen una hoja en blanco, en uno de cuyos lados van a escribir 5 sectores, grupos o regiones, a los cuales cada uno de ustedes cree que hay que darles ingresos, y del otro lado de la hoja otros 5 a los cuales hay que quitárselos. Luego de 20 minutos, con dificultades y algunos forcejeos (Miguel Sosa se quejó a viva voz porque según él "el problema estaba mal planteado"), en promedio los alumnos encontraban 4 a quienes había que darles y 2 a quienes había que quitarles. Entonces retiraba las hojas, las mezclaba, las devolvía, y le pedía a cada alumno que en la hoja que había recibido apuntara aquellos sectores, grupos o regiones, que coincidían con los suyos, y aquellos que no. En total, la tarea insumía las 2 horas de clase.

[El ejercicio es buenísimo para: 1) terminar con la pasividad del alumno (es imposible escribir con los brazos cruzados); 2) obligarlo a decidir (el alumno típico de Política Económica Argentina hace 5 años que escucha y habla de la necesidad de modificar la distribución del ingreso, sin haberle dado contenido a la afirmación); y 3) mostrarle que su compañero, con el cual comparte jornadas diarias desde hace años, puede tener -y con frecuencia tiene- ideas muy diferentes de las suyas. Copyright Juan Carlos de Pablo, pero por favor úselo cuantas veces quiera.]

Otro ejercicio que me dio gran resultado lo estrené el 15 de junio de 1984 en la Facultad de Ciencias económicas de la Universidad Nacional de Catamarca. Severo Cáceres Cano me invitó a hacer una actividad con alumnos de la carrera de economía, días después del envío, por parte de Bernardo Grinspun, de la "Carta de intención unilateral" al FMI. comencé la reunión pidiendo opiniones. Durante un cuarto de hora los alumnos argumentaron con gran vehemencia, en favor y en contra del referido envío. Agotado el debate, pregunté: "¿cuántos de los presentes leyeron el texto completo del documento?". Nadie lo había hecho. Entonces saqué copias de mi portafolios, que distribuí entre los alumnos, dándoles media hora para que se prepararan para el debate. 30 minutos más tarde dirigí una discusión basada en los hechos, no en lo que "el tío le contó que había escuchado en la televisión".

También en la UBA la interacción con los alumnos fue muy fuerte, y nuevamente porque la realidad (1980-1983) nos proporcionó buena materia prima: la finalización del período Martínez de Hoz, la transición Videla-Viola, el período Sigaut, el de Roberto Alemann, Malvinas y la transición hacia las urnas (siempre comienzo mis cursos, en particular los de Política Económica Argentina, agradeciéndole a las autoridades de turno por proporcionarme gratuitamente tanto material de clase, agregando que con la mitad es suficiente).

Con algunos de ellos, la vehemente interacción continuó luego del aula. El 30 de enero de 1983 Clarín revista publicó declaraciones de Eduardo Minardi, Marcelo Nachón, Emilio Riskin, José Omar Rodríguez y Daniel Silva, 5 licenciados en economía que habían cursado conmigo. Generaron mi "¿para qué hay que ir a la facultad?", Mercado, 10 de febrero del mismo año, donde junto a la alegría de verlos registré la desilusión derivada del hecho de que en sus declaraciones recogían los lugares comunes del momento, en vez de hacer un análisis profesional (de ahí el título de mi columna). 4 de ellos me respondieron "a su manera" en la sección cartas de lectores del diario, con fecha 20 de marzo; Nachón, en cambio, el 18 de febrero me envió una hermosa carta personal, en la que me aclaró que Clarín había

desnaturalizado sus declaraciones, lo cual había aclarado públicamente en un reportaje radial que le había hecho Bernardo Neustadt.

[También fui "acusado" de decir en el aula lo mismo que afirmaba en mi programa de televisión (Momento económico, por Canal 11, sobre el que hablaré más adelante). Lo cual me dio pie para explicar que desde el punto de vista del contenido tengo un solo discurso, de manera que -a lo sumo- lo único que podría variar entre la facultad y la televisión es el lenguaje.]

A quienes rendían libre, les tomaba examen oral. Muchos de ellos, si aprobaban, se recibían (cuando ello ocurría, leía la nota así: "Licenciado X, tal nota"), para alegría de ellos y de sus familiares, que muchas veces esperaban a la puerta del aula. Pero no me temblaba la mano cuando el alumno no sabía. Un día, al terminar una conferencia varios años después de dejar la UBA, se me acercó un muchacho y me dijo: "usted me bochó en un examen libre de Política Económica Argentina, con el cual me podía haber recibido". Me quedé helado, pensando que acto seguido extraería un revólver. "Se lo venía a agradecer" (se había recibido más tarde, con la materia sabida).

Universidad de San Andrés (UDESAR). Participé del nacimiento mismo de la UDESAR porque por un hecho circunstancial tomé contacto personal con Xavier Martini, uno de sus mentores. Desde el vamos me encantaron el proyecto mismo, su orientación, la firmeza con la que se lo está llevando adelante, el cuerpo de profesores y, según esperamos, desde fines de 1992 el "producto", es decir, su egresados.

[Tengo enorme fe en el producto, porque ingresa buena materia prima -dado el filtro del ingreso, donde como hacen leer 3 libros el candidato recibe la señal de que "aquí no se jode"-, y porque luego de 4 años de "servicio militar", a cargo de un selecto conjunto de profesores, los resultados no pueden ser sino muy buenos. Veremos.]

Más allá de la libertad académica (igual que en todas las universidades en que trabajé), el cuerpo de profesores (de primera, muchos de los cuales conocí en la US) y las mejores instalaciones (si en UDESAR doy clase de pie es por opción; en la UBA lo hacía porque no tenía dónde sentarme, por falta de silla o de limpieza), el gran cambio en relación con mis anteriores experiencias universitarias surge de la diferencia de edad que tengo con mis alumnos. Interiormente sigo pensando que tengo 16 años, ¡pero no ignoro que hoy entreno a chicas y muchachos que son menores que mis hijas!

Tengo a mi cargo Economía I, de manera que los recibo en la puerta de la universidad el mismísimo día en que ingresan en ella (algunos, todavía, de la mano de sus padres). Consiguientemente el ABC del análisis económico es sólo uno de los aspectos que desarrollo en el curso, y no siempre el más importante; porque -aún a riesgo de que alguno de los alumnos

no lo acepte, y así lo dice en la evaluación que hace al finalizar el curso- detengo la clase cada vez que me parece que conviene hablar de "la vida" en general, la necesidad de formarse para ser uno mismo y consiguientemente para "hacerse cargo", el desarrollo de una relación adulta con el resto de los compañeros, etc. Divido al alumnado en grupos de 10 para, con la amable compañía de Pedro Vulovic, mi espejo en Administración, almorzar con los recién llegados "con agenda libre".

En el aspecto estrictamente profesional del curso me preocupo por hacerles amar la disciplina, induciéndolos a que descubran que no hay una dicotomía entre teoría y práctica - disparo munición de grueso calibre contra el alumno que, en un debate, dice que "teóricamente" tal cosa; porque esto quiere decir "estúpidamente" tal cosa-, para lo cual inicio todas las clases analizando las noticias económicas de los diarios en términos del herramental planteado en clase; además de enseñarles a argumentar lógicamente... y a escuchar atentamente las argumentaciones de sus compañeros.

Así como en la UBA estrené un ejercicio sobre distribución del ingreso, en la UDESA estrené otro donde a cada alumno le presento una curva de demanda y otra de costos, y le pregunto cuántas unidades vendería del producto en consideración. Prácticamente la totalidad elige aquel nivel de ventas que maximiza los beneficios (y eso que yo no le dije que hiciera eso; al contestar libremente definió el objetivo mencionado y la conducta consecuente). Pregunta para antropólogos, quizás difícilmente identificable: ¿es que la maximización es una condición de la naturaleza humana?

[A los alumnos uno los "pierde", hasta que con el tiempo vuelven a emerger. Esto no va a ocurrir con Ramiro Rodríguez Larreta, uno de mis alumnos del curso de macroeconomía del segundo semestre de 1990, quien se mató en un accidente automovilístico el 26 de marzo de 1991. No voy a cometer la torpeza de decir que perdí a "un hijo", pero sí que sentí el sacudón.]

Por todo lo que acabo de relatar, tengo abundante experiencia como profesor universitario, como dije una actividad que me encanta. Muy poca de dicha actividad la llevé a cabo a tiempo completo. Más allá de que estoy convencido de que en el caso de economía aplicada la dedicación exclusiva a la enseñanza resulta contraproducente, no estoy seguro de que me guste; pero hoy (1993) lamento no poder permanecer más tiempo en la UDESA, para escuchar las clases de algunos de mis colegas no economistas.

Mi experiencia como profesor no universitario también merece una reflexión. Tanto en los cursos que dicté en IDEA, como luego en empresas, me encontré con auditorios no especializados en economía, pero con gran capacidad de razonamiento y, sobre todo, una actitud de rápida asimilación; de manera que los cursos no universitarios resultan más demandantes de conocimientos y atención, pero menos estresantes (rindo por ese medio homenaje a los maestros primarios y secundarios, cuyo objetivo principal parece ser el de "domesticar" a nuestros jóvenes para que, cuando los agarramos en los postgrados y en la vida profesional, puedan avanzar rápidamente por los caminos del aprendizaje). Del curso que dicté en Siat recuerdo a Ernesto Cossavella, su titular; al ingeniero Zanetta, su jefe de planta (un

personaje); y a Raúl Esteban Massarini, su jefe de recursos humanos, a quien veo jugar paddle mientras almuerzo en La mezzanine; y del que dicté en el Banco de Boston recuerdo a Charles N. Rowe.

. . .

Así como en un curso la actividad se centra en el participante, en una conferencia recae sobre el orador; de manera que la técnica que utilizo en las charlas se parece más a la que empleo cuando escribo, que a la que uso en las aulas.

[Entre mediados de la década de 1960 y ahora, hay muchísima menos diferencia entre cómo dicto una conferencia, que entre cómo escribo o llevo adelante un curso. La diferencia surgió de la experiencia, no de haber leído el "manual del perfecto disertante".]

Cuando dicto una conferencia:

1) ingreso en la sala sin miedo, listo para ofrecer y gozar de una verdadera fiesta (no me divertí en cada una de las 2.060 conferencias que pronuncié, pero sí en la enorme mayoría de ellas), apoyándome en los ya referidos 2 principios básicos que le escuché a Alfredo Crespo Casares en IDEA: el único que conoce el truco es el mago, y el público quiere que al disertante le vaya bien;

2) integro todos los elementos existentes en el lugar. Si en un pizarrón ubicado atrás de mí aparece escrita la palabra "culo", y yo la ignoro, porque no la borro ni tampoco hago alguna referencia que le muestre a los asistentes que también reparé en ella, nadie me presta atención. Por eso antes de comenzar a hablar le pido silencio a quienes gritan en la sala contigua, corto la música que sigue saliendo por los parlantes, apago la luz que titila, espero que se deje de escuchar un avión que pasa en vuelo rasante, o tranquilizo a la audiencia que está debajo de una carpa cuando comienza a llover;

3) tengo que poder ver a TODOS los asistentes, única forma de estar seguro de que también puede hacerlo cada uno de los que me quiere ver mientras hablo. A veces esto implica ponerme de pie, para no "hablarles" sólo a quienes ocupan la primera fila, en otras ocasiones tengo que mover la mesa o el micrófono. La grabación de una conferencia se escucha, las conferencias en vivo se ven, además de escucharse; quien no me puede ver mientras hablo se pierde la porción "corporal" que tienen mis conferencias. Nadie sigue una disertación con el cuello permanentemente estirado hacia arriba, o ladeado, y es muy difícil mantener la atención de quien no puede ver al disertante (por algo últimamente aparecieron las pantallas gigantes, y los circuitos de televisión cerrados, para quienes siguen una conferencia desde muy lejos del disertante).

Cuando formo parte de un panel, no me importa si al hablar de pie descoloco a quienes prefirieron hacerlo "escondidos" detrás de la mesa; porque en dicha circunstancia a quien me debo es a la concurrencia, no al resto de los panelistas;

4) preparo con anticipación el contenido de mi disertación, y aparezco en la sala de conferencias con una ayudamemoria (normalmente una página, escrita con letras bien grandes, acompañada si es necesario de cuadros o gráficos; junto a un par de hojas en blanco y lapicera, para anotar ideas o preguntas). Antes de comenzar a hablar sé exactamente qué voy a decir, y en gran medida el orden que voy a utilizar; sólo cómo lo voy a decir es lo que dejo totalmente librado a la inspiración del momento.

Sobre el tema convenido, digo lo que creo que tengo que decir, independientemente de si a quienes me escuchan les gusta o no (la "vaselina", en todo caso, está en el cómo, nunca en el qué). Esto, como ya expliqué, es muy claro en el trabajo de consultoría; quien opina que un consultor le dice a su cliente lo que éste quiere escuchar, como diría de abuela Marta, habla por no callar;

5) selecciono pocas (¿3?) ideas para comunicar (si tengo más, organizo otra conferencia), las cuales desarrollo jerárquicamente; y normalmente explico la conclusión en el primer minuto de la charla (el suspenso, esencial en las novelas policiales, no sirve en las conferencias sobre economía). Si utilizo pizarrón o rotafolio, pinto gráficos o esquemas muy simples, indicando -cuando existe y la recuerdo- la referencia bibliográfica que complementa mi presentación oral (cuando me reúno con mis clientes, una copia de la correspondiente referencia bibliográfica le llega al día siguiente al escritorio de quien formuló la pregunta; lo cual produce un efecto notable sobre el destinatario, totalmente desproporcionado respecto de su costo);

6) nunca subestimo al auditorio, lo cual -como expliqué al comienzo del capítulo anterior- no quiere decir que no hable claro, o que utilice lenguajes innecesariamente complicados. Tampoco trato con desprecio la ignorancia ajena, que en todo caso es mi mercado; y no lo hago porque tengo bien presente mi increíble ignorancia de los principios más elementales de las otras disciplinas;

7) comienzo seduciendo a la audiencia, la cual supongo distraída por múltiples preocupaciones. El público se afloja en cuanto ingreso en el salón, al verme insinuar un "strip-tease" (siempre hablo en camisa), aclarando que "voy a parar ahí". Lo complemento con la mejor arma que conozco: el humor situacional, que consiste en hacer o decir algo gracioso, a propósito de algún hecho que acaba de ocurrir, en la sala, el país o el mundo. Con frecuencia aludo -sin ridiculizarlo- a quien me presenta, porque desde hace algunos años es costumbre decir que como soy muy conocido no vale la pena presentarme; lo cual me da pie para añorar la época en que, por ser un ilustre desconocido, leían mi curriculum vitae antes de cederme la palabra. Si, como ocurre con frecuencia, están libres las primeras filas, invito al público a que se acerque, con lo cual los movilizo físicamente;

8) rara vez hablo más de media hora, a lo sumo 40 minutos. Hago descansar al auditorio cuando me lo propongo, contando algún chiste o haciendo alguna referencia liviana. Como es



imposible mantener la atención de manera continua, si el auditorio no descansa cuando quiere el disertante, lo hará cuando él quiera... que puede ser el momento en el cual se está diciendo algo importante;

9) pongo el show al servicio del contenido. Si alguna de mis conferencias consistiera en "puro humor", por más buena que fuera una parte de la concurrencia se sentiría frustrada. En mis conferencias el humor es una herramienta lo cual, como dije, lo torna más difícil que el que cultiva un cómico profesional; porque yo sólo puedo utilizar situaciones graciosas que no violen la ley de la oferta y la demanda; y

[Porque siempre pongo el show al servicio del contenido, no le acepté a Julián Delgado reemplazar en Mercado a Pedro Pernias (más conocido como Jordán de la Cazuela), quien falleció en un accidente aéreo en Europa en marzo de 1974.]

10) luego de hablar siempre doy oportunidad para que el público formule preguntas. Cuando naturalmente no aflora ninguna, induzco la primera de ellas "bajando el precio": animo a hablar a los presentes, los "humillo" desafiándolos, pregunto si ese era el lugar donde tenía que dar la conferencia; finalmente alguien se anima y las siguientes preguntas fluyen naturalmente (no me molesta que me interrumpan, y decido con rapidez si la digresión viene a cuento o conviene dejarla para el período de preguntas).

Nunca descoloco al público, y menos aún a quien tiene la valentía de formular una pregunta. No se trata de darle la razón a quien no la tiene; sí de tratar cordialmente a quien prestó el servicio, normalmente en el nombre de otros presentes que tenían la misma inquietud pero no se atrevían a preguntar.

Me cuesta interrumpir a los pesados y a los desubicados, que por suerte no son muy frecuentes. Además de quienes quieren escuchar, a veces pueblan los auditorios quienes quieren "competir con uno", quienes quieren convencer a su oponente -también presente- poniéndome de su lado, etc. Los interrumpo, sonriendo, cuando es evidente que están acaparando demasiado tiempo ajeno. Para tales casos desde 1979 uso un par de tarjetas, una amarilla y otra roja, que como Argentina es un país fanático del fútbol funciona maravillosamente para solucionar el problema (siguiendo a Maquiavelo, si a alguien le tengo que contestar muy fuerte, no por discrepancias intelectuales sino por un problema de actitud, entonces lo hago con tal intensidad que no le quedan ganas de insistir).

No me importa que abandonen la sala aquellos que se tienen que ir, o los que se aburren, cosa que aclaro en la propia disertación (generalmente esto le molesta más al moderador, o al organizador, que a mí). Cierro el período de preguntas de manera superficialmente diplomática: cuando hay que terminar el debate, en vez de decir que no hay tiempo para más preguntas, anuncio que de ahí en más sólo se admitirán preguntas inteligentes. A lo sumo aparecen uno o 2 atrevidos.

[Claro que todo tiene su límite. El viernes 11 de abril de 1980 dicté una conferencia en Cipolletti, provincia de Río Negro. Moderaba Miguel Angel Merellano. Llegamos con atraso y, consiguientemente, todo el programa se corrió en el tiempo. Las preguntas, formuladas por escrito, eran leídas por Miguel Angel. En medio de un muy buen debate, y cuando según la pila que veía frente de él faltaba plantear algo así como una decena de preguntas, Merellano anuncia que "el resto de las inquietudes el Lic. de Pablo las va a contestar en mi programa de mañana. Buenas noches, muchas gracias". Mientras la gente se iba lo encaré, preguntándole por qué había cortado un debate tan interesante. Me mostró el papelito que había quedado arriba de la pila que estaba leyendo, el cual decía textualmente: "cortala, negro, que cierran el restaurante". Contesté el resto de las preguntas en su programa; para lo cual, luego de la cena, en calzoncillos, en su habitación del hotel, grabamos las preguntas y las respuestas.]

Diserté en las circunstancias más variadas: delante de pocas personas, o frente a entre 1.000 y 2.000 (nunca hablé en un estadio de fútbol, delante de 50.000 personas; que no es lo mismo que hacerlo "delante" de millones, por radio o televisión); de seres humanos cualquier edad, desde chicos de la escuela secundaria para arriba; mientras otros desayunaban, almorzaban o cenaban; en días de semana, sábados (a la noche en countries) y aún domingos; en castellano o en inglés; delante de especialistas y de absolutos ignorantes; de economistas, estudiantes de economía, administración de empresas o periodismo, así como de empresarios, maestros y profesores secundarios, dirigentes sindicales, vendedores, expertos en sistemas, jefes de compras, de producción y personal, ingenieros, contadores, abogados, financistas, banqueros y bancarios, presidentes de empresas, militares y público en general. Hablé en clubes, bolsas de comercio, empresas, institutos de investigación, universidades, cámaras empresarias, sindicatos, centros de capacitación, diarios, centros de estudiantes, centros de graduados y centros cívicos; en recintos con y sin aire acondicionado, con y sin luz (y consiguientemente con y sin micrófono). Diserté en casi todas las provincias argentinas, muchas de las cuales conocí, precisamente, al dictar en ellas una conferencia (cuando viajo al interior, bajo del avión, ómnibus o tren con la mano derecha extendida hacia adelante. Quien me saluda queda identificado como el organizador de la conferencia, o su representante. Esta fórmula, potencialmente tan riesgosa, no me falló nunca en 25 años).

Consiguientemente atesoro muchísimas anécdotas surgidas de esta actividad; algunas ya las conté, lo que sigue es una síntesis del resto. Me causa gracia que, por no leer bien el curriculum, me presenten como de Pablo Pardo, o como editor de ámbito Financiero; me encantó lograr que Manuel Rey Millares riera el 15 de junio de 1982, al escucharme en el club Macaby minutos después que Galtieri pronunció su último discurso como presidente; me sorprendió gratamente que a una de mis conferencias se convocara así: "Franja Morada te invita a la dicertación (sic) sobre economía, que brindara el día viernes 15 de junio de 1984, en el anfiteatro del pabellón General Herrera, el Dr. Juan Carlos de Pablo. Contigo en la lucha. FM."; me salieron bien algunas bromas potencialmente pesadas: el 19 de agosto de 1988 inicié una charla en el Casal de Cataluña con un cuento referido al amarretismo de los catalanes, y 4 días después con otro sobre judíos en la Fundación Judía Argentina; le hice frente al general Ramón J. Camps, en un panel coordinado por Bernardo Neustadt en la Universidad Católica de La Plata, que el 2 de junio de 1982 integramos junto con Rodolfo ("Rolo") Martínez, artífice de la jura presidencial de José María Guido en abril de 1962. Cuando Camps criticó las tasas de

interés, apliqué el muy feliz "cada uno en lo suyo defendiendo lo nuestro", sugiriéndole que se ocupara de los cañones y les dejara las tasas de interés a los economistas; me hizo mucha gracia que los mozos del Club Alemán me confundieran con Enrique Folcini, cuando lo reemplacé como orador en el almuerzo mensual de la división financiera de IDEA, al cual había ido, precisamente, para escucharlo. Nunca me habían tratado allí con la consideración que se le debe a un director del Banco Central; irrité a la concurrencia el 25 de octubre de 1969, cuando al exponer sobre la situación económica nacional se me ocurrió defender la política económica de Krieger Vasena y de Dagnino Pastore, y encima diciendo "¿OK?". ocurrió disertando, por convenio con la Universidad del Salvador, en el Instituto de Capacitación Sindical del Sindicato de Luz y Fuerza (a continuación de mí habló Rodolfo Tecera del Franco); puse fuera de sí a los tucumanos cuando al terminar una conferencia que pronuncié en Jujuy el 8 de diciembre de 1979, le dije a un periodista local que en la industria del azúcar quienes tenían que estar verdaderamente preocupados eran los tucumanos, porque llegado el caso iban a desaparecer antes que los jujeños (cuando visité Tucumán en 1982, algunos diarios recordaron el episodio); inspiré a un abogado marplatense, cuando en un curso que dicté en la Bolsa de Comercio de esa localidad repartí caramelos, a raíz de un ejemplo usado en una de las primeras clases. Según me explicó cuando nos encontramos en una peluquería en enero de 1993, desde entonces reparte caramelos en todas las conferencias que dicta (Arcor y Sugus, agradecidos); le firmé una declaración a un policía, donde me comprometí a no hablar "de política", antes de hacer uso de la palabra en la Universidad de Belgrano el 26 de agosto de 1976; y me impresioné el 1 de julio de 1982, vísperas del "Cavallazo", cuando al terminar de hablar en el Hotel Libertador se me acercó una mujer hermosa, joven, totalmente fuera de sí, preguntándome por no sé qué arbitraje que quería hacer con Montevideo. Me quedé pensando si la riqueza financiera compensa la chifladura.

[Dictando conferencias a veces se encuentran personas extraordinarias, es decir, nada ordinarias. Uno de los asistentes al par de disertaciones que en julio de 1981, sobre "la economía en la segunda mitad del siglo XX", ofrecí en Vélez Sarsfield, el club de mis amores, fue Humberto Sobrado, sastre de profesión y constructor de crucigramas por hobby. Gracias a este último enriquecí el ejemplo que utilizo para explicar el problema de (falta) de identificación.

Muy de tanto en tanto Any escucha alguna de mis disertaciones. Del mundo de las conferencias emergieron amistades matrimoniales con, entre otros, Aurora y Ricardo Barreiro, Noemí y Alejandro Ephtyneos, Marta y Gerardo Fridman, y Rosa y Esteban Onofri.]

En contadas ocasiones no pude pronunciar una conferencia comprometida. Alrededor de una vez por año, por error de agenda, superpongo compromisos, que normalmente se solucionan con la buena voluntad de las partes. En otras ocasiones el problema no tiene que ver conmigo: como en La Plata, cuando una conferencia se suspendió por un atentado o asesinato; en Córdoba, cuando en las jornadas de finanzas de 1988 no pude exponer mi "El impuesto a la edad", porque el mal tiempo le impidió aterrizar al avión en Córdoba y con Raúl Macchi seguimos directo hasta Mendoza (a veces lo sencillo no es posible y lo complejo sí. A fines de 1989 pude salir de Buenos Aires un domingo por la noche, dictar una conferencia en Washington al día siguiente y otra en Montevideo el martes por la tarde, y estar de regreso en

Argentina ese mismo día por la noche, porque 6 aviones salieron a horario); o en Buenos Aires, el 20 de noviembre de 1992, cuando no pude participar en una conferencia en honor a von Hayek, porque el organizador olvidó comunicarme que había cambiado de lugar. No le deseo a nadie llegar un viernes a las 18,30 a la sede del Colegio de Escribanos, y ser atendido con toda deferencia pero enterarse que allí no está previsto ningún evento. ¿Cómo averiguar en qué lugar de la ciudad de Buenos Aires me está esperando la gente para escucharme? El teléfono del organizador estaba permanentemente ocupado, el otro panelista -Armando Ribas- ya había salido de su casa, sin decir dónde iba a disertar (lógico), no tenía ninguna invitación en el bolsillo y en mi casa no dejaron mensaje. La conferencia se desarrolló en el auditorio del Banco de Boston... sin mí.

Dictar conferencias es normalmente fuente de gozo pero a veces también de broncas. Al terminar la cena que siguió a la charla que pronuncie el 18 de noviembre de 1981, la esposa de un conocido periodista con el cual nunca trabajé (hasta ahora), porque no estaba de acuerdo con mi afirmación de que José Alfredo Martínez de Hoz es menos rico de lo que se piensa, me dijo: "mentir es pecado"; y cuando en junio de 1982, invitado por el Banco Ganadero Argentino diserté en Pergamino, el comité local del Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) publicó una solicitada en La Opinión, el diario local, bajo el título "cómo se trabaja para el colonialismo", donde menos bonito me dijo de todo. Perdono, pero no olvido.

[Nada, comparado con lo que se dice públicamente del presidente y ministros de turno; nada, a su vez, comparado con lo que de ellos -¡y de mí!- se debe de decir privadamente.]

Disertar es también fuente de aventura. En agosto de 1982 me contrataron para dictar una conferencia "en Tres Arroyos", para lo cual viajé por avión hasta Bahía Blanca. En el aeropuerto me esperaba un matrimonio, que me llevó en auto. Al dejarme en el hotel, el muchacho me dijo: "la conferencia esta programada para las 7, así que lo venimos a buscar a las 6,15". Bueno, dije, a pesar de que no entendía bien para qué tanta anticipación, dado el tamaño de Tres Arroyos. A la hora estipulada subimos al mismo auto con el cual, en vez de dirigirnos hacia el centro de la ciudad, tómo para afuera. Encima, en un momento dado nos metimos en un camino de tierra. "¿No me estarán secuestrando?", pregunté medio en chiste. Sonrieron. A las 7 de la tarde llegamos a un pequeño poblado. Ingresé en un salón de actos lleno de gente, donde como ocurre siempre me presentaron y me dejaron en el uso de la palabra. Dije que estaba muy contento de estar "ahí", pero que antes de comenzar a hablar quería saber dónde me encontraba. "Usted está en la sede de la Asociación Cooperativa de San Mayol". Dicté la misma conferencia que hubiera pronunciado en cualquier otro punto del país, y el debate posterior fue también muy jugoso, como en cualquier punto del país.

[Porque es un microclima, San Mayol posibilita que pequeñas extensiones sean económicamente viables. Me volvieron a invitar a hablar, pero por razones de agenda no pude regresar... por ahora.]

Dictando conferencias conocí gente; no me refiero al público, tema que dejo para el final de este capítulo, sino a los organizadores.

Jack Mergherían. El 12 de setiembre de 1979 diserté en Alfombras Atlántida. Al terminar la charla su presidente me dijo: "no sé si aprendí, pero me divertí mucho". Lo que ocurrió después refleja exactamente esto, porque nunca más me contrató para hablar en su empresa, pero en cambio iniciamos una entrañable amistad, que sólo interrumpió su fallecimiento, y que como en el caso -entre otros, ¡por Dios!- de los matrimonios Floria, Bara y Sábado, tiene la fantástica particularidad de que también nuestras respectivas esposas congenian. En los asados que organizaba en su hermosa quinta del Del Viso junto con su esposa "Tita", donde Jack se lucía como humorista nato, colgando graciosos carteles por todas partes, solía encontrarme con Emiliana (López Saavedra) y Hugo Gambini.

Como para Rolando Hanglin, para Jack de la realidad hay que ocuparse, pero la vida es otra cosa. Por eso inmediatamente después de la referida conferencia me envió una copia de su Mis amados perros, una exquisitez compuesta por 65 palabras que en algún lugar incluyen la expresión can (ejemplo: can...ario, can...ejo, can...ciller), ilustradas por él mismo, envió que reciprocé con algunas de mis obras; y en 1986 recibí una copia de su Descrigramas, donde el dibujo de las letras que forman una palabra representan su significado (no se puede describir, hay que verlo). Cuando le mandé una copia de mi La economía que yo hice - volumen II, El Cronista Comercial, 1986, incluyéndolo entre aquellos que me habían enseñado que la vida es una fiesta, recibí la siguiente nota: "Kedivo Johann Cavio Paulibus. Ai am desivid the niblo. Ke me strogoffiaste. -Mi plus agradation seculorum memento olwei. Spero memo dhe luuc sii bery sun! Un adlaco, Llac.". Puro Jack. Estuve en la presentación de su Sumando + humor, publicado en 1987, donde ilustra fotos con leyendas insólitas. Lo extraño.

Antonio Besil. Aunque no siempre en el mismo cargo, Besil ya forma parte del "inventario" de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional del Nordeste. Cuando era decano lo vi tratar paternalmente, lo cual no quiere decir livianamente, a sus alumnos. Una cena en su casa, preparada por su encantadora mujer Isabel, fue el broche de oro de cada conferencia que dicté en la mencionada casa de estudios.

Herman Zupan. Desde 1984, siempre sobre el fin de año, pero no todos los años, arriesgo mis pronósticos para el año entrante delante de Herman Zupan, su esposa y el resto de los empleados de la empresa homónima. Luego de lo cual Herman, un esloveno de 67 años, llegado al país en 1949, se dirige a su personal, exhibiendo los logros técnicos de la firma durante el año que acaba de finalizar, y explicando los planes para el que se inicia (ejemplo: "Este año hemos completado 5.000.000.000 de tapas coloradas"), con un entusiasmo que vi en poca gente. Cuando Zupan viaja 45 días a Europa, espía 90 fábricas para mejorar la suya, de la que vive físicamente pegado. Un fenómeno y un ejemplo.

. . .

A un promedio de 50 alumnos por curso, tengo aproximadamente 2.500 ex alumnos; y a un promedio de 27 asistentes por conferencia (claro que aquí la duplicación es muy grande), me escucharon 40.000 personas. ¿Que quedó de todo esto?

Difícil saberlo. Es claro que no formé una "escuela", aunque espero haber plantado una semilla en mis alumnos y asistentes a conferencias, para rescatar los principios enunciados en este capítulo (el respeto por los hechos, el uso del análisis económico para solucionar problemas concretos, la importancia del análisis de la toma de decisiones, que hay que usar el tiempo en ver qué se puede hacer, más que en criticar para atrás -particularmente cuando en su momento no se alertó-, etc.).

De una parte del impacto me entero, porque con el tiempo el rebote llega: un ex alumno que me identifica, me saluda y agradece lo que aprendió; otro que me envía una carta, algunos de sus trabajos o su tesis doctoral; el que me invita a comer. Un aspecto del rebote a veces demora en llegar, porque entre el profesor y su alumno se genera una vinculación tal, que a éste le cuesta aceptar que en alguna materia, y a veces en muchas, eventualmente aventaja a su ex profesor; con mucha frecuencia le digo a ex alumnos míos que me expliquen cierto punto sobre el que saben más. Me miran como diciendo: ¡no puede ser, si usted fue mi profesor!

De los asistentes a las conferencias el rebote también llega, y normalmente comienza así: "En x de 19xx usted dijo..."; lo interrumpo, para suavizar el mazazo. A veces me alivia comprobar que la cita era a mi favor.

CUADRO 24.1

CURSOS Y CICLOS

Institución	Año	Materia
CURSOS UNIVERSITARIOS		
Universidad Católica Argentina (UCA)	1965	Comercio internacional (ayudante)
	1970	Distribución del ingreso (seminario)
	1985	Casos de política económica (seminario)
Universidad del Salvador (US)	1969	Macroeconomía I
	1969	Economía internacional II
	1970	Macroeconomía I
	1970	Problemas económicos argentinos (seminario)
	1971	Macroeconomía I
	1971	Economía internacional I
	1971	La macro convencional y el caso argentino (seminario)
	1972	Economía internacional II
	1972	Macroeconomía II
	1972	Los beneficios del com. internacional en Argentina (sem.)
	1973	Macroeconomía II
1992	Contexto económico para la toma de decisiones	
Universidad nacional de La Plata	1969	Economía internacional
	1970	Economía internacional
Universidad Argentina de la Empresa (UADE)	1972	Macroeconomía
	1974	Evaluación de proyectos de inversión
Instituto para el Desarrollo Económico y Social (IDES)	1973	La macro convencional y el caso argentino
	1977	Política económica argentina, 1973-76
	1979	Creemos en lo que predicamos?
Universidad de Alcalá de Henares	1975	Problemas económicos latinoamericanos
Universidad de Boston	1976	Problemas de desarrollo en economías desequilibradas
Universidad nacional de Mar del Plata	1979	Tópicos seleccionados de análisis económico
	1979	Análisis de la situación económica
	1980	Economía para economistas y para no economistas

Universidad nacional del Sur (UNS)	1979	Macroeconomía
	1979	Análisis de la situación económica
Universidad de Buenos Aires (UBA)	1980	Política económica argentina
	1980	Macroeconomía
	1981	Política económica argentina
	1981	Macroeconomía
	1982	Política económica argentina
	1982	Microeconomía
	1983	Política económica argentina
	1983	Política económica argentina
Centro de estudios macroeconómicos de Argentina (CEMA)	1981	Política económica argentina
	1983	Política económica argentina
	1987	Casos en la política económica argentina
	1987	Casos en la política económica argentina
	1987	Como analizar una política económica
	1988	Casos en la política económica argentina
	1989	Casos en la política económica argentina
	1990	Casos en la política económica argentina
	1991	Casos en la política económica argentina
Universidad de San Andrés (UDESa)	1990	Macroeconomía
	1991	Economía I
	1991	Economía II
	1992	Economía I
	1992	Economía II

#### CURSOS EMPRESARIOS

Instituto para el Desarrollo de Empresarios en Argentina (IDEA)	1971	Problemas económicos argentinos
	1972	Problemas económicos argentinos (3 veces)
	1973	Problemas económicos argentinos (2 veces)
	1974	Problemas económicos argentinos (2 veces)
	1975	Problemas económicos argentinos (2 veces)
	1975	Sector externo
	1976	Problemas económicos argentinos (3 veces)
	1976	El ABCDEF de las tasas de interés (6 veces)
	1976	Estadística
	1976	Análisis crítico de 30 años de economía argentina
	1976	Macroeconomía
	1977	Problemas económicos argentinos (8 veces)
	1977	El ABCDEF de las tasas de interés (3 veces)
	1977	10 años de economía argentina
	1978	Problemas económicos argentinos (4 veces)
	1978	El ABCDEF de las tasas de interés (3 veces)



Centro Internacional de Información Económica (CIIE)	1990	Contexto económico para la toma de decisiones (3 veces)
--	------	---

#### EMPRESAS

Austral	1971	Economía
Massuh	1975	Problemas económicos argentinos
Atec	1978	Interpretación del contexto económico
Fundación Gutemberg	1979	Contexto económico
Medefin	1980	Interpretación del contexto económico
Banco com. del norte	1981	Principios económicos básicos
Conjunto de matrimonios	1982	Principios económicos básicos
Siat	1988	Contexto económico argentino
Banco de Boston	1991	Contexto económico para la toma de decisiones

#### CICLOS

Con E. Folcini y J. L. Blanco desde	1978	Contexto económico y financiero
Con M. A. Broda desde y R. Fraga hasta	1988 1992	Contexto político, económico y financiero

CUADRO 24.2

CONFERENCIAS

Pe- río do	Argentina				Público general	Total	Resto del mundo	Total
	Acade- mia	Empresas (periódicas)	(no pe- riódicas)	-				
1964	1	0	0	0	1	0	1	
1965	2	0	0	0	2	0	2	
1966	0	0	0	0	0	0	0	
1967	0	0	0	0	0	0	0	
1968	1	0	0	0	1	0	1	
1969	2	0	0	1	3	0	3	
1970	4	0	1	1	6	0	6	
1971	5	0	2	1	8	0	8	
1972	5	0	10	5	20	0	20	
1973	2	0	16	2	20	0	20	
1974	4	0	22	6	32	0	32	
1975	8	0	26	10	44	0	44	
1976	4	0	28	10	42	2	44	
1977	5	0	46	6	57	0	57	
1978	11	2	47	7	67	0	67	
1979	16	20	23	14	73	1	74	
1980	6	30	66	17	119	3	122	
1981	4	10	47	18	79	5	84	
1982	2	0	37	11	50	1	51	
1983	0	0	12	9	21	0	21	
1984	2	3	22	6	33	1	34	
1985	2	43	26	9	80	2	82	
1986	4	40	31	8	83	2	85	
1987	0	33	34	5	72	5	77	
1988	4	71	37	10	122	5	127	
1989	4	154	91	3	252	5	257	
1990	7	188	69	6	270	8	278	
1991	3	166	55	10	234	5	239	
1992	4	143	70	7	224	0	224	

Totales	112	903	818	182	2015	45	2060
---------	-----	-----	-----	-----	------	----	------

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

25

## MEDIOS DE COMUNICACION

Consumidor, invitado, columnista y finalmente (en televisión) conductor de mi propio programa. Este capítulo se ocupa de mis actividades radiales y televisivas, que desarrollé en la natural secuencia que acabo de señalar, y en las cuales me divertí muchísimo, logré fama masiva fuera de mi profesión y gané una cantidad razonable de dinero.

En esto de hablar de economía por radio y televisión fui pionero, como todo el mundo sabe y fue explícitamente puntualizado en una prolija reseña referida al surgimiento de la profesión de economista en Argentina ("... los economistas profesionales se volcaron al periodismo, encabezados por J. C. de Pablo", se lee en Dagnino Pastore, J. M. y Fernández López, M.: Crónicas económicas. Argentina, 1969-1988, Editorial Crespillo, 1988).

[Como el paulista Joelmir Beting, tengo simultáneamente columnas escritas, radiales y televisivas (Joelmir en la Folha de Sao Paulo y en el complejo comunicacional Bandeirantes). Pero también tenemos diferencias: Beting, 6 años mayor que yo, es sociólogo, sufre al tener que escribir 100 líneas, y según Veja del 6 de julio de 1983, ya en ese entonces cobraba u\$s 1.000 por conferencia, y recibía 1.000 cartas por mes.]

Que un economista colabore en un diario especializado en economía se entiende, pero; ¿por qué en radio y en televisión? Porque la situación económica imperante a comienzos de la década de 1970, y particularmente el Rodrigazo de mediados de 1975, introdujo el tema económico en el interés popular ("el `Rodrigazo´ nos hizo indispensables" me atrevería a afirmar; fue tal el quiebre entre el antes y el después, que escribí "Historia y prehistoria económicas", Criterio, 24 de octubre de 1977), y una vez instalados no nos fuimos más, aunque la demanda por explicaciones económicas no fue constante desde entonces.

[Ocupándome de la economía en medios de comunicación, siempre me sentí como la personalización de la hipótesis de las expectativas racionales. En efecto, en dichos medios me dedico a explicarle al pueblo cuál es el modelo económico del gobierno.]

La demanda, entonces, creó su propia oferta. "Alguien" tenía y tiene que ocuparse de la economía en medios masivos de comunicación, pero; ¿quién?, ¿los periodistas que se familiarizan con la economía o los economistas que aprenden las técnicas periodísticas? Ambos, porque se combinan magníficamente; porque mientras los primeros saben describir sucintamente de manera atractiva, y en materia noticiosa tienen el "instinto de la yugular", los segundos saben analizar, colocando la noticia en contexto, extrayendo las pertinentes conclusiones para facilitarle al lector su propia toma de decisiones. Por aquello de "primero los hechos, luego las interpretaciones", sueño con artículos cuyos párrafos iniciales son escritos por periodistas y los últimos por economistas (o un artículo al lado del otro. Lo que resulta contraproducente, por meterse en camisa de 11 varas, son los economistas puestos a describir y los periodistas a analizar), y con entrevistas donde el periodista pregunta y el economista repregunta.

[Se trata de roles, no de personas, y consiguientemente ambos pueden cohabitar dentro de una misma piel. Adquirir la "garra" periodística es menos fácil de lo que se piensa, según mi experiencia; y supongo que algo parecido debe ocurrirle al periodista que se orienta hacia economía trabajando en medios masivos de comunicación. En rigor esto se aplica a cualquier profesión.]

La noticia es la novedad, no la realidad más importante desde el punto de vista de la toma de decisiones (lo que sí es cierto es que la "economía" de los medios masivos de comunicación lleva a seleccionar, entre las noticias, las más importantes). Que el Presidente de la Nación respira normalmente es, muy probablemente, el dato más importante que hay cada día en Argentina; pero el diario, la radio o el canal de TV, que colocara ese dato como "noticia" en un plano destacado (primera página, o titulares) sencillamente quebraría. Por eso en medios masivos de comunicación el rol del profesional consiste, con gran frecuencia, en colocar en contexto la noticia, sobre la base de experiencias tanto locales como internacionales, y a veces en "adelantarla" sobre la base de un pronóstico (cuando un economista explica la inviabilidad de la política económica vigente, automáticamente está diciendo que en algún momento del futuro el desastre será noticia... a menos que se adopten medidas para evitarlo).

Las percepciones que los mundos académico y periodístico tienen uno del otro son casi insultantes en todo el planeta ("Cuando el New York Times califica algo como 'académico' quiere decir irrelevante, y cuando los académicos califican algo como 'periodístico' quieren decir superficial", apuntó Michael Weinstein en "Economists and the media", Journal of economic perspectives, 6, 3, verano de 1992). No obstante lo cual Fritz Machlup, Milton Friedman, Paul Anthony Samuelson y Henry Wallich cultivaron el periodismo (el primero en Austria durante la década de 1930, los otros 3 en Newsweek desde mediados de la década de

1960); Robert Giffen fue subdirector de The economist, John Maynard Keynes escribía regularmente en los diarios, y James Tobin es hijo de un periodista profesional (al parecer, no especializado en economía). A Machlup sus actividades periodísticas le perjudicaron su carrera académica ("Por lo menos un economista académico utilizó mis labores periodísticas como uno de sus argumentos contra mi incorporación como profesor universitario. Aparentemente para Hand Mayer, los escritos en medios masivos de comunicación eran labores indignas para un profesional", sostuvo en "My early work on international monetary problems" (Mis primeros trabajos en problemas monetarios internacionales), Banca Nazionale del Lavoro, 133, junio de 1980).

Según algunos economistas pertenezco más al mundo del espectáculo que al de los discípulos de Adam Smith; ¿y para la farándula? Como quienes trabajan en los medios son grandes consumidores de los propios medios (Paloma Efrom, conocida artísticamente como "Blackie", tenía fama de saber todo lo que pasaba en los medios, característica que comparte con muchos) la farándula me conoce, como aprecio cuando me encuentro circunstancialmente con Landriscina, los Chalchalersos o Mario Sánchez; aunque no al punto de identificarme con el clima que se vive cuando se entregan los Martín Fierro.

[Esto último resulta de un desarrollo profesional que tiene un pie en varios frentes. Trabajo en la universidad, en la consultoría y en los medios de comunicación; consiguientemente no soy un "hombre" de ninguno de los ámbitos mencionados, como lo es quien trabaja tiempo completo en cualquiera de ellos.

En entregas del Martín Fierro recuerdo particularmente una a Juan Carlos Mareco ("Pinocho"). Como de costumbre, el animador leyó la terna, luego de lo cual proclamó ganador a Mareco. Este agradeció el galardón, enfrentó la cámara, y con gran picardía dijo: "¡cómo serán los otros"!]

. . .

Así como llegué al periodismo escrito de la mano de Armando Ribas, llegué a la radio de la mano de Horacio De Dios. No recuerdo la fecha de este aspecto de "mi primera vez", sí que comencé dialogando con él; a veces por teléfono, desde FIEL, en otras ocasiones en vivo y en directo, desde el estudio mayor de LS4 radio Continental (gigantesco para los tamaños actuales), ubicado en el segundo piso de Rivadavia 827. Conducida por Elizabeth V. de Udaquiola (quien físicamente me recordaba a mi tía Aída), Continental era en ese momento una de las 3 emisoras privadas que operaban en Buenos Aires (las otras 2 eran Del Plata y Rivadavia).

[Puedo hacer radio por teléfono, desde cualquier lugar; pero cada vez que me resulta posible transmito desde el estudio, porque ello favorece el "clima". No el meteorológico, precisamente, porque los estudios están normalmente mal ventilados, y los conductores más exigentes no encienden ventiladores o aparatos de aire acondicionado, porque el sonido se filtra a través del micrófono.]

Debuté como columnista el 1o. de abril de 1977 en "La realidad" (LR), un programa que desde las 9 de la mañana hasta el mediodía se emitía diariamente por la AM de Continental; lo hice analizando el contenido económico del discurso que pronunció el presidente Videla al cumplirse el primer año del Proceso, mientras Rolando ("Lani") Hanglin se ocupaba -con una óptica muy personal, pero nada tonta- de un espectacular accidente aéreo ocurrido en Tenerife. Durante un par de años, 2 veces por semana aporté una columna que duraba entre 3 y 5 minutos (¡rápidamente aprendí la increíble cantidad de cosas que se pueden decir en ese tiempo!).

Producido y coordinado por Horacio De la Canal, además de con Hanglin en LR trabajé con Juan Carlos Calabró, Horacio De Dios, Chichita de Erquiaga, Dionisia Fontán, Luis Garasino y Pedro Sánchez. Conducían Leonor Ferrara y Raúl Calviño (en su segundo año "La realidad" fue conducido por Miguel Angel Merellano), vigilaba los tiempos Roberto ("el tano") Siciliano, y detrás del vidrio operaba el control Carlos Alberto ("el gordo") Santos. Para convivir, y para aprender a hacer radio, el grupo resultó fantástico. De la reunión preparatoria, que tuvo lugar en Prodas, la productora ubicada en Solís y Alsina que dirigía De la Canal, me olvidé "la letra" pero recuerdo "la música", porque la conversación tuvo lugar entre gente de voces "lindas".

[Cada vez que me acuerdo me duele: para conseguir cierto efecto sonoro, uno de los nombrados no tuvo mejor idea que golpear con un matafuegos la tapa del piano que había en el estudio. Casi lo estrangulo.]

Ví muy poco a Juan Carlos Calabró, quien actuaba libretos escritos por "Cacho" Vilar, porque como trabajaba en teatro grababa. Calabró me hace reír y, como a Guillermo Vilas, lo respeto profundamente por el empeño que pone en su tarea ("Calabromas", se nota, no se improvisa). Muchos años después con Juan Carlos y su familia nos vimos varias temporadas, al ocupar carpas vecinas en Playa Grande. Aficionado a la fotografía, tengo muy buenas fotos de mis hijas tomadas por él.

Horacio De Dios es otro gran trabajador, que documenta sus afirmaciones, utiliza la lógica en sus interpretaciones y tiene permanentemente una actitud constructiva. Su "Ladrones sí, estúpidos no" (Gente, 5 de marzo de 1987) describe y explica admirablemente lo que ocurre con los ladrones de pasacasetes, cuando el sistema policial-judicial funciona mal; en vez de muchos cacos algunos meses presos, unos pocos de ellos reciben un balazo. La nota fue escrita antes del caso Santos y de que, por razonar así sobre el delito, a Gary Becker le otorgaran el Nobel en economía. Nos volvimos a ver cuando trabajamos con Bernardo Neustadt en Radio Argentina, compartiendo desayunos en el bar ubicado en Martín García y Piedras.

Pedro Sánchez habló poco tiempo en LR, porque fue designado algo así como secretario de prensa en una de las provincias patagónicas (radical -fue titular del COMFER durante la gestión de Alfonsín-, antes de aceptar el cargo le dijo al gobernador lo que verdaderamente

pensaba del Proceso... ¡en 1977!). Al dejar la función pública regresó a Continental, donde un verano le dio una oportunidad radiofónica a Eduardo Aliverti, hasta entonces lector de noticias en los informativos. Aficionado a la historia, a "Pedrito" le escuché la anécdota protagonizada por Gervasio Antonio de Posadas. Director Supremo a comienzos de 1814, el abogado Posadas tenía su oficina en lo que hoy sería San Martín 50. Meticuloso, llevaba un diario donde anotó: "los gritos de los muchachones frente al Cabildo me impidieron trabajar", en la hoja correspondiente al... 25 de mayo de 1810 (utilizo el caso para explicar los problemas de percepción de los cambios, aún entre los supuestamente máas despiertos, inteligentes y mejor informados).

[A Calabró, De Dios y Sánchez les presto atención cada vez que los pesco en radio o TV, que es lo máximo que un hombre de medios puede aspirar de otro.

Una experiencia del paso de Sánchez por la función pública ilustra el servicio que presta la radio en localidades del interior. Cualquiera que haya sintonizado una emisora en, digamos, Río Negro o Neuquén, habrá escuchado mensajes como el siguiente: "Don Ramón viaja desde Bahía Blanca, y arriba en el ómnibus de las 4 de la tarde", mensaje lógico donde no hay teléfonos. Pues bien, cuando le preguntaron a los pobres de la provincia qué necesitaban, la respuesta fue pilas (sólo prendían la radio a la hora de los mensajes, y también querían escucharla durante el resto del día.)]

Leonor Ferrara era la chispa y la desfachatez permanentes, como ilustraré en un instante (años después Leonor volcó su talento colaborando en ATC con el buenazo de Juan Carlos Mesa). Raúl Calviño aportaba sus enormes conocimientos musicales -y su fantástica discoteca-, particularmente a partir de las 11,30. Cautivados por su labor, con algunas fanáticas y sus maridos organicé una cena en mi casa de Flores. Raúl llegó acompañado por su mujer, quien habló poco porque en esa reunión "la estrella era él". Pero en algún momento de la noche alguien no pudo más y le preguntó: "¿Vos no sos...?". Era. Inmediatamente Alba Castellanos dejó de ser la mujer de Raúl, para comenzar también ella a tener estrella propia. Ya hablé de Miguel Angel Merellano, otro de los que me enseñó que la vida es una fiesta. Juguetón, se escondía en la sala del informativo, contigua al estudio mayor, para aparecer justo en el momento en que -dentro de la cortina de presentación del programa, que estaba grabada-, había que intercalar en vivo el día y la hora. A veces no tenía tiempo ni para sentarse (sus diálogos con Félix Luna sobre historia argentina en Hilando nuestra historia, auspiciados por Knittax, eran una joya).

Margarita Ronco, colaboradora de De la Canal y luego secretaria privada de Raúl Alfonsín, me pagaba en Prodas lo que Horacio definió acertadamente como "honorario simbólico". De la Canal me pagó en especie, no solamente con la oportunidad que me brindó sino también trasmitiéndome sus conocimientos ("la televisión es imagen, no hagas radio en televisión"; "lo importante no es tener una `buena´ voz sino una voz identificable", etc. Esto último respondió cuando le pregunté si no tenía que aprender a impostar mi voz, para que sonara menos aflautada. Cuando era joven, por teléfono, algunos me decían: "un momentito, señorita"). Vecino de Juan Carlos Onganía, en la casa de Horacio, tomando café, conocí al primer presidente de la Revolución Argentina; no me impresionó.



[Nunca aprendí a impostar la voz, que no sé si sirve para engrosarla pero sí para evitar la afonía, respirar mejor y cansarme menos, sobre todo cuando dicto clase. Ocurre que, como bien dijo Keynes, "No hay nada peor que un mal aguantable", y agregó que "si las moscas fueran tan peligrosas como los leones hace siglos que hubieran desaparecido". Cada vez que me quedo afónico me acuerdo de Ana María Fiocca y de Federico Augspach, a quienes finalmente termino no visitándolos en sus respectivos consultorios.

Ni a los oyentes ni a los televidentes parece importarles el tono de mi voz; sí, en cambio, su volumen. ¿Por qué grita?, me preguntan muchos. "Porque soy algo sordo", contesto, agregando que entiendo el problema que se plantea cuando dialogo con alguien que no grita, pero no le veo fácil solución (el 9 de agosto de 1988 Eduardo Gatti me envió una simpatísimas carta sugiriendo alternativas, que todavía no puse en práctica).]

En Continental transmitíamos sentados alrededor de una mesa redonda, el micrófono en el medio, colgado de un brazo largo (los micrófonos modernos están en el centro de una baldosa que se apoya en la mesa). Cuando se trabaja en radio o en televisión, lo primero que se observa y se aprende es la existencia de 2 mundos: el del on, cuando se transmite desde el estudio (en televisión llamado piso), y el del off, cuando se transmite desde el exterior, o música o una tanda publicitaria grabadas. Durante el on, identificable por una luz encendida (a veces detrás de un cartel que dice "en el aire"), todos se callan, excepto aquel a quien le toca hablar; el off, cuando la luz se apaga, se aprovecha para pasar datos, discutir, protestar, repasar la próxima programación... y hacer jodas (el oyente aprecia que los mundos del on y el off son bien diferentes cuando, accidentalmente, alguien "abre" un micrófono sin avisar -lo cual se hace sonando una chicharra-. Algunos creen que la realidad es el off, y el on la fantasía; no estoy de acuerdo). Con el tiempo se aprende a pasar rápidamente de la concentración del on, al aparente caos del off, y a la nueva concentración del on (cuando usted escucha que alguien se tiente en radio, es porque no lo consiguió).

[Celoso por conservar el misterio, a Adolfo ("el tío") Haimovitz, jefe del informativo, este párrafo no le hubiera gustaba nada. Cuando en LS4 le presenté a mi hija Gabriela le dijo: "No cuentes lo que ves aquí". Claro que luego de tanta televisión, y de Solos en la madrugada, la radio perdió buena parte de su misterio.]

La siguiente anécdota ilustra el funcionamiento del on y el off: una señora a quien la humedad le había ablandado unas galletitas, llamó a la radio para saber qué podía hacer con ellas. Quien leyó en on, para darle énfasis, luego de plantear el caso le preguntó a Chichita de Erquiaga: "¿qué debe hacer la señora con las galletitas?". Hubo un off que duro unos segundos, los suficientes para que Leonor dijera: "Decile que se las meta en el culo". Volvimos al aire, y Chichita tuvo que explicarle a la señora qué hacer, mientras el resto de los presentes -en silencio- nos tirábamos al suelo de la risa. Gran profesional, la ecónoma lo hizo sin tentarse.

[El on es más cómodo en radio que en televisión. No solamente porque la vestimenta es informal, sino porque además quien está transmitiendo puede pedir un dato, una ayuda o el pase a un compañero, mediante un gesto o escribiendo en un papel.]

Metiendo la pata descubrí que en radio o televisión los compañeros de trabajo son cómplices de uno (y viceversa), y que todos estamos al servicio del oyente. Era costumbre en LR que al comenzar el programa cada uno de nosotros planteara brevemente el tema que desarrollaría más tarde. Cuando me tocó el turno, un día pregunté: "¿quién fue el primer profesor de economía de Argentina?". "Agrelo" contestó Pedro Sánchez, quien como no sabía - y ¿cómo iba a saberlo si yo no se lo había aclarado?- que el suspenso era la clave de mi comentario, creyó que al responder me estaba ayudando (aunque sin misterio, sintetiqué luego el interesante trabajo "Cuándo, cómo y con quién comenzó la enseñanza formal de la economía política en el Río de la Plata", que Pedro J. Vulovic había preparado para la XII reunión anual de la Asociación Argentina de Economía Política, Santa Rosa, noviembre de 1977, donde se muestra que Pedro José Agrelo fue el primer profesor porque Vicente López fue nombrado pero no dictó la materia).

LR iba después de "2 en la noticia", el programa noticioso que conducían Magdalena Ruiz Guiñazú y Silvio Huberman. Cuando durante algunos meses Magdalena dejó Continental, por incumplimiento de una cláusula de indexación, fue reemplazada por Hugo Gambini, quien entonces peleaba la presidencia de Vélez Sarsfield (Hugo me vendió uno de los bonos con los cuales financió su campaña, que no resultó exitosa. Quería que fuese su secretario de Hacienda, por lo que se sorprendió cuando le dije: "¿cómo voy a integrar el Consejo Directivo de un club del cual ni siquiera soy socio?").

Desde abril de 1979 y gracias al auspicio del Banco Francés madrugué mucho más, porque a las 7 de la mañana tuve una columna diaria (lunes a viernes) en "Hoy en la noticia", sucesor de "2 en la noticia", lo cual implicó un salto cuantitativo y cualitativo en materia de audiencia (me sorprendió el número de personas que escuchaban radio a esa hora; en la primera presidencia de Perón, cuando quisieron echar a un amigo de Raúl Apold éste, en vez de despedirlo, lo "escondió"... encargándole que leyera el informativo de las 7 de la mañana). El referido cambio de horario me obligó a levantarme a las 5 y media, leer los diarios a toda velocidad, encontrarme con Jorge Deltell en Bolivia y Avellaneda, y correr para la radio (a horas tan tempranas, cada tanto algún policía me multaba por estacionar frente a Continental, lo cual estaba prohibido. Alguna vez tuve que explicarle la situación a un juez). Antes de las 8 y con la sensación del deber cumplido normalmente regresaba a casa, previo paso por la panadería Colón, ubicada en Gaona al 3200, donde con el joven dueño, gran escucha de LS4, analizaba lo que acababa de decir.

Trabajar con Magdalena y Silvio fue un honor y un gusto (ignoro por qué, radialmente, se separaron; estoy convencido de que, de haber seguido juntos, hubieran hecho la pareja radial de la década de 1980). Desde "El rincón de las hornallas" Magdalena hacía siempre la pregunta relevante. Por sobre todas las cosas le admiro sus agallas; un día con Horacio de Dios construimos la "tabla de posiciones" del Proceso en materia de valentía periodística, colocando a la cabeza a Robert Cox, del Buenos Aires Herald, luego a Magdalena, y a varios cuerpos al

resto. Silvio, por su parte, pone su inteligencia, notable memoria y profesionalidad, al servicio de una presentación balanceada de las cuestiones que trata (mi mujer es tan fanática de él que estoy por ponerme celoso). De gran sentido del humor, Huberman colecciona números 1 de las publicaciones. Hubiera seguido trabajando con ellos pero como expliqué antes, en marzo de 1981 el Francés canceló el auspicio (sin decirme nada, Any grabó como recuerdo las últimas 5 columnas, que conservo).

Dora Espíndola, Jorge Cecchi, Rubén Costa y Jorge Deltell tenían a su cargo la locución del programa (paciente o resignadamente, Dorita aprovechaba el "bache" que había entre 7,40 y 8, para correrse hasta una panadería cercana y comprar factura fresca para todos). No tuve la suerte de trabajar -aunque sí de interactuar- con Jorge Vaccari, otro humorista nato (las voces de Deltell y Vaccari son muy conocidas, aunque sus rostros no, porque desde hace muchos años presentan en off la programación de ATC). La ausencia de locutor generó el 24 de marzo de 1980 el siguiente episodio: cuando el encargado del control abrió el micrófono, por hacer una travesura repetí el texto del auspicio del Banco Francés, que de tanto escucharlo sabía de memoria, mientras veía que Huberman se tomaba la cabeza con las manos. Seguí con lo que tenía que decir y fuimos a la pausa. En off Silvio me explicó que, al no tener carnet de locutor, yo no debía haber hecho lo que acababa de hacer (al sorprendido encargado del control le dijo lo mismo, pero en lenguaje mucho menos civilizado, dado que él debía haberlo sabido... aunque el pobre no tenía cómo anticipar que iba a ocurrir).

[El asunto no quedó ahí, ya que con fecha 10 de abril de 1980 la directora de la radio recibió la siguiente nota: "Nos vemos en la necesidad de dirigirnos a Ud. a fin de poner en su conocimiento una violación a la profesionalidad del locutor ocurrida en LS4 Radio Continental. En efecto, el pasado 24 de marzo el Dr. Juan Carlos de Pablo, quien tiene a su cargo el comentario económico dentro del programa informativo que se emite en el horario de la mañana, al tocarle intervenir realizó además toda la publicidad del producto auspiciante del micro en el que va inserto su comentario. El Dr. de Pablo carece de la habilitación de locutor por lo que su actitud constituye una trasgresión a lo dispuesto por el Acuerdo 65 CONART 67 que reglamenta nuestra profesión. En la seguridad de que la intervención de la Sra. Directora evitará en el futuro ese tipo de desborde, hacemos propicia la oportunidad para saludarla muy atentamente". Firmada por el presidente de la Sociedad Argentina de Locutores, la nota me llegó con una simpática tarjeta de la señora de Udaquiola, que dice: "Estimado de Pablo: le adjunto una nota de la SAL para que se entere. Saludos". Me desquité escribiendo "El día que, sin saberlo, violé una regulación", que distribuyera Saporiti el 15 de enero de 1982.

Que yo sepa aún hoy (1993) la restricción sigue vigente. Si es cierto que quienes son locutores diplomados son mejores que nosotros, que no lo somos; ¿por qué no lo prueban compitiendo?]

En febrero de 1983 volví a Continental, pero a su emisora en FM, cuando Fernando Bravo me invitó a formar parte de "Agenda Ford". Comencé ganando buen dinero, pero a pesar de los esfuerzos del simpático agente de Fernando, cada trimestre los honorarios se reducían en términos reales (3 años después dije basta). Grababa 3 columnas cada noche, que se emitían a la mañana siguiente (¿y los lunes?), aprovechando el hecho de que trabajando en la redacción de Cronista me enteraba de las noticias el día en que ocurrían, y no al siguiente como los

lectores (operaba el control Ricardo A. Cutufós, otro de los que me enseñó que la vida es una fiesta). Al volver a la AM, como relataré de inmediato, hice la FM en vivo; de los encargados de la locución conservo un gratísimo recuerdo y sus rostros, pero olvidé sus apellidos.

A su vez en marzo de 1985 regresé a la AM de LS4, como columnista en "Primera Mano" (PM), conducido por Rolando Hanglin, gracias al auspicio de American Express que consiguió Alberto ("el negro") Veiga (dejé LS4, precisamente, el día de julio de 1987 en que terminó dicho auspicio). También la pasé muy bien trabajando con Rolando, lo cual no sorprende porque, como ya expliqué, para él las noticias son sólo un aspecto de algo mucho más importante: la vida misma ("No haga un tango de todas las cosas" es una feliz expresión de su filosofía de vida). Lo cual se trasparenta en su forma de trabajar: López Estrés, sus hijas y su mayordomo Gauna; el regio y la rata cruel; Olga, la que una vez casi, pero...; son buenas ideas, pero que sólo se transforman en atracciones continuas para los oyentes cuando a la idea se le aplican abundantes dosis de talento y dedicación (cada día Rolando tomaba una hoja distinta de su cuaderno anillado, trazaba una recta horizontal en la mitad de la página, dedicaba la porción superior a "telegramar" las noticias, y la de abajo, dividida en 3 columnas de igual tamaño, a volcar los apuntes con los cuales les daba letra a sus personajes). Trabajando en PM, que producía Mauro Viale, hice radio con Oscar Cardoso y Carlos ("Charlie") Fernández, un par de tipos fenómenos con los cuales quedamos muy amigos (el día que Cardoso, Fernández y yo almorzamos en Sorrento dimos espectáculo, compitiendo para ver cuál de los 3 tensionaba más los botones de abajo de nuestras respectivas camisas); con Fernández nos reencontramos en 1992, cuando por ATV hicimos "El tablero nacional", junto a Mario Diamant, a quien también recuerdo con mucho cariño.

[Lani es hermano de Virginia Hanglin, quien junto a Raúl Becerra, Adolfo Castello y Raúl Portal inauguraron una nueva forma de encarar el humor a través de Semanario insólito. Portal, para mi gusto el más delirante de los 4, me regaló una tarjeta personal, que conservo, impresa en cartón bien ordinario, que tiene la siguiente inscripción: "Raúl Portal... pobre".]

El relato que sigue pinta a Hanglin de cuerpo entero: es normal que para presentar a cualquiera de sus columnistas, el conductor de un programa diga algo como lo siguiente: "Y ahora Juan Carlos de Pablo, con su comentario económico". A poco de trabajar juntos Rolando me dijo: "Hoy te voy a hacer una presentación diferente". Con una revista delante de él, pero sin guión o apunte escrito, me inventó un romance. ¡Y qué romance!; una de las mujeres más deseadas del mundo huía repentinamente de todo (por ejemplo: abandonaba al mismísimo Adnan Kashoggi), para juntarse con el licenciado Juan Carlos de Pablo. Entonces me preguntó cuál era mi secreto. No recuerdo qué respondí; muy probablemente le seguí la corriente, agrandando la historia, haciendo uso pleno de mis complejos de superioridad e... imaginación. Como a Rolando la idea le gustó, durante un par de años, día tras día, me inventó un romance diferente (nadie me refiere qué dije por radio en esos años; muchos, en cambio, recuerdan los romances).

[Como las radios desarrollan estilos, tienen públicos no diría cautivos aunque sí adictos (cautivos estuvieron algunos cuando, a fines de un año, LS4 regaló receptores en los cuales la única radio que se podía escuchar era... Continental). En toda la época en que trabajé en ella, en LS4 se hablaba en vez de gritar, y se argumentaba en vez de pontificar.]

"Traicioné" a Continental sólo cuando trabajé con Bernardo Neustadt, a quien acompañé en su "Despertando con BN" en Radio del Plata primero, en Radio Argentina después, y en Radio América en la actualidad. Mi vinculación radial con Bernardo, a quien conocía desde comienzos de la década de 1970, ya la expliqué; ahora me ocupare de él, distinguiendo entre Bernardo-persona, Bernardo-periodista y Bernardo-protagonista.

Siempre tuve excelente trato con Bernardo persona. Entre sus gestos rescato el haberle dado trabajo a un periodista amigo mío cuando salió de la cárcel y los demás le daban apoyo moral... pero nada más; así como la enorme cantidad de veces que en sus programas dio derecho a réplica, a gente que no conseguía espacios, para que dijera su verdad. Por Bernardo periodista, por su parte, tengo un enorme respeto profesional. Durante muchos años el único, por su inigualable sentido del show y su laboriosidad -¿usted se lo imagina haciendo algo distinto?- ahora es "apenas" el mejor; los primeros atisbos de la "batalla por la sucesión" muestran la enorme distancia que existe entre él y cualquiera de sus posibles reemplazantes. Con Bernardo se trabaja como en la guardia de un hospital: todo es vehemencia; mucho resulta (en el momento) irritante, pero luego se entiende por qué etc. Conozco pocas producciones donde tanta gente joven esté dispuesta a madrugar tanto como por colaborar con Bernardo.

Dejé deliberadamente para el final a Bernardo protagonista. En la emisión de Tiempo nuevo (TN) del 2 de mayo de 1989, entrevistando al candidato radical, Neustadt sugirió que Eduardo Angeloz y Carlos Saúl Menem debatieran en la emisión del 9, es decir, el martes anterior a la elección del 14. Angeloz aceptó la propuesta, mientras Menem mandó decir que iría al programa luego de la elección, como presidente electo; como consecuencia de lo cual el "debate" del 9 de mayo se hizo entre el candidato Angeloz y una silla vacía. Dicho de otra manera: Bernardo, como cualquiera "que se respetara", contribuyó a la campaña de Angeloz. La asistencia de Menem a la emisión del 16 de mayo de TN, consiguientemente, concentró gran expectativa: fue, muy probablemente, de los programas de Neustadt, el de mayor rating; fue, seguramente, el programa de mayor impacto dentro de su importante carrera periodística, en el cual pocos minutos después de comenzada la emisión fue claro que: 1) Menem entendía las preguntas; 2) tenía respuestas; 3) las respuestas eran mejores que las preguntas; y 4) logró desconcertar a Bernardo. A una increíble cantidad de argentinos esa noche nos volvió el alma al cuerpo.

Bernardo también jugó un rol importante durante la transición, en esas difíciles semanas en que Raúl Alfonsín figuraba como presidente pero ya no lo era, y la tasa de inflación llegaba al 4% por día; y tuvo una participación crucial en la organización de la "plaza del sí", el encuentro de Plaza de Mayo en favor de lo que se denominó "el modelo económico". Desde mayo de 1989 viene arriesgando su objetividad periodística con un claro posicionamiento en apoyo de la transformación que se está haciendo en Argentina. Nadie cree que esta transformación se debe a los formadores de opinión, pero resulta claro que la "atmósfera" se puede cargar para un lado

o para el otro según lo que se dice en los medios masivos de comunicación (esto puede sacarlo del Salón de la Fama periodística, pero lo hará ingresar en el libro que dentro de muchos años se escriba sobre este período que está viviendo el país).

[La única solicitada que firmé en mi vida se publicó el 26 de noviembre de 1982, cuando a invitación de Isabel Bensusan acompañé a un conjunto de argentinos que protestó por el levantamiento de "Tiempo nuevo".]

Trabajar con Bernardo desde 1988 implicó interactuar más frecuentemente con su efficacísima ayudante, la inteligente y trabajadora Clara Mariño (Cavallo es a Menem lo que Clara es a Neustadt). Con Bernardo vivo y trabajando, Clara es muy buena; cuando "enviude" y consecuentemente crezca, va a ser mucho más.

. . .

Así como entré en los diarios y en la radio de la mano de alguien, delante de las cámaras de televisión me puse por méritos propios. Debuté como invitado el 24 de setiembre de 1970, en "Derecho de réplica", que se emitía por LS83 Canal 9 conducido por Simón Stolar y otro periodista, compartiendo un panel junto a Roberto Ares (ex ministro de Perón), Enrique Pinedo (hijo de Federico) y un ex subsecretario de Alsogaray en 1962. Enrique Folcini, entonces secretario de Hacienda, le sugirió mi nombre a Stolar; me enteré de la invitación el mismo día en que se hizo el programa, que fue en vivo.

Alimentó mi fama participar en "Tiempo nuevo" (TN) el 9 de junio de 1975, es decir, pocos días después de que estalló el Rodrigazo, junto a Alfredo Concepción y Félix Elizalde. Grabamos ese día por la tarde, y en el momento mismo en que debía iniciarse la transmisión LS84 Canal 11 anunció que la misma no podía realizarse "por problemas técnicos" (quien dispuso el levantamiento consiguió lo contrario de lo que buscaba, porque lo que hubiera sido un programa más se convirtió en "el programa"). A pesar de los "problemas técnicos" el mismo se emitió una semana después, oportunidad en que Neustadt aclaró que el propio Celestino Rodrigo lo había llamado para manifestarle que no tenía nada que ver con el asunto.

La Opinión enviaba un cronista a cada grabación de TN, para publicar al día siguiente el correspondiente comentario. Levantado el programa, dicho cronista se transformó en testigo casi único de un atractivo episodio desconocido por el resto. En su nota incluyó mi respuesta a una pregunta referida a las inversiones extranjeras, donde dije algo así como "Fíjese cómo el Congreso está tratando el caso Aluar, para entender qué puede ocurrir con dichas inversiones". A raíz de esto algunos legisladores me quisieron meter preso por haber ofendido la institución legislativa (con su habitual sentido del humor Juan Carlos Pugliese, luego de decir en la Cámara que para saber si yo había ofendido a alguien había que mirar el tape, agregó que si merecía algún castigo él proponía que se me obligara a leer el expediente de cabo a rabo). La cuestión no me hizo gracia porque un mes antes el Congreso había detenido durante 30 días a

otro periodista ("No te preocupes que la cosa es conmigo y Elizalde", me dijo Concepción cuando circunstancialmente nos encontramos en un aeropuerto). Finalmente me citaron a una reunión con los senadores Alberto Fonrouge y Francisco Cerro, quienes luego de preguntarme cordialmente si había dicho lo que me adjudicaban, a lo que respondí que sí, y si había querido ofender, a lo que conteste que no, prepararon un acta, y mientras esperábamos para firmarla me sirvieron café y ¡me pidieron que les explicara qué estaba ocurriendo con la política económica!

[En Extra de julio de 1975 describí mi versión del episodio, utilizando oraciones de una sola palabra.

Manuel Madanes, titular de Aluar, a quien yo no conocía personalmente, me invitó a almorzar para ofrecerme su ayuda, la cual afortunadamente no resultó necesaria. A Madanes lo trate muy poco. Sentí profundamente su repentino e inesperado fallecimiento, ocurrido en Europa mientras acompañaba a Alfonsín en una gira con empresarios.]

Un par de veces participé en almuerzos con Mirtha Legrand (en uno de ellos con la infartante Mónica Gonzaga; en el otro con las inteligentes Marta Mercader y Olga Zubarry). La primera vez, como fue grabado, demoramos más de 4 horas en completar un programa de 90 minutos (al tener que repetir una secuencia, hubo que hacer de cuenta que comíamos... lo que ya habíamos comido, porque no había raciones de repuesto); la segunda, en vivo debido a un incendio -trasmitimos desde el Hostal del Lago-, tardó naturalmente la duración del programa. Volví a encontrarme con Mirtha a fines de 1992, cuando el Instituto de Estudios Contemporáneos (IDEC) galardonó a Domingo Cavallo; como al resto de los presentes, me dio la mano sin quitarse el guante.

[¿Para qué vas al programa de Mirtha?, me preguntaron. "Para pasarle mi mensaje a millones de argentinos", respondí.]

Pudo haber sido antes, si hubiera aceptado una propuesta que me hizo Neustadt al terminar de grabar un programa en el estudio de TV de la Universidad del Salvador, pero como dije que no mi debut televisivo como columnista ocurrió en marzo de 1981, en Videoshow (VS), un programa vespertino de noticias que se transmitía diariamente (lunes a viernes) por Canal 9, conducido por Enrique Llamas de Madariaga (luego reemplazado por Antonio -"Tony"- Carrizo), y producido por Fernando Marín. Aparecía en cámara 2 veces por semana... más emergencias (que no fueron pocas, dado que el período coincidió con el comienzo de la gestión Roberto Viola-Lorenzo Sigaut), y lo hacía de riguroso saco y corbata.

Excelente persona y muy buen profesional, Enrique Llamas bancó pacientemente mi falta de experiencia televisiva (conocía los medios escritos y radiales, pero así como todos los medios tienen algunas facetas comunes, poseen otras que son específicas). Así, nunca me acostumbré a que cuando Enrique cambiaba su lapicera de mano, eso significaba que yo tenía que redondear la nota (en radio es más fácil porque quien conduce dibuja en el aire un círculo,

escribe un papel o, de última, te tapa la boca con su mano); y aparecí con un traje de color distinto, para grabar lo que se suponía era la continuación de algo que habíamos grabado previamente. Al pobre Carrizo, otro gran profesional, una vez lo "dejé pagando" en cámara, al protestar porque había quedado poco tiempo para mi columna, debido al excesivo número de invitados (con el tiempo me ajusté al "overbooking" televisivo).

[En las mismas condiciones yo hubiera tratado al principiante con mucha menos consideración que como en ese momento Carrizo y Marín lo hicieron conmigo.]

Una emisión especial de VS reunió -en 2 grupos de 6 cada uno- a una docena de economistas y "políticos especializados en economía". Para algunos, como Antonio Cafiero e ídem Troccoli, era la primera vez que aparecían en TV desde el comienzo del Proceso y, consecuentemente, en VS estrenaron sus apariciones en color (durante el programa se sirvió whisky. Al terminar su ración, en cámara, uno de los presentes se sirvió del vaso de otro. Mi impresión es que estaba borracho). Más que preguntar, en los referidos programas tomé nota de las propuestas, con las cuales armé un cuadro a doble entrada (apellidos de un lado, propuestas del otro), en el que muchos casilleros quedaron vacíos.

[Como la primera emisión no satisfizo las expectativas de no sé qué funcionario (luego de 5 años de involuntaria ausencia, frente a una invitación cualquiera cobra facturas antes de "participar constructivamente", como verifiqué en la referida emisión de Tiempo nuevo de 1975), la tarde del sábado que hubo entre la primera emisión y la segunda, algunos de los integrantes del programa asistimos a una reunión que tuvo lugar en la Casa de Gobierno con gente de prensa, en la que estuvo presente Sigaut pero donde, no habiendo sido el padre de la criatura, inteligentemente no habló. Pude presenciar algunos "achiques" de periodistas -no de Enrique, precisamente- frente a los burócratas del gobierno.]

En agosto de 1981, y merced al auspicio de Domingo Nicolás Catena, por primera vez tuve mi propio programa de televisión: Momento económico (ME), que se emitía una vez por semana por Canal 11 (el nombre se le ocurrió a mi mujer). De media hora de duración, cada programa se dividía en 3 bloques; en el primero repasaba los principales indicadores (José Luis Blanco me alimentaba de números), con ayuda de cuadros preparados en cartulinas de color rosa que respetaban la proporción "3x4" (así llenaban por completo la pantalla del televisor), escritos con marcadores; y en los otros 2 describía y analizaba un par de temas relevantes, en lo posible uno de coyuntura y otro de más largo plazo. ME no tenía invitados; Roberto Alemann, ministro de economía, se autoinvitó en un par de oportunidades, según expliqué antes.

Me dirigió "Gugui" Riva, un fenómeno como tipo y como director. Le expliqué lo que quería hacer, me dio algunas indicaciones, grabamos el "numero 0" y comenzamos las emisiones a la semana siguiente. Alberto Borrini no opinó sobre el contenido, pero me dijo que desde el punto de vista televisivo ME era pobre. En ese momento me acordé del "no hagas radio en televisión", de De la Canal. Les hice caso sólo parcialmente (la emisión actual de ME,



sobre la que voy a hablar de inmediato, también se acerca más a un programa de radio que a uno de televisión). Gugui, su mujer, Any y yo, festejamos 6 meses de ME cenando en Pedemonte.

Conducir mi propio programa fue una notable experiencia, porque me obligó a ocuparme del contenido (temas a tocar, formas de tratamiento, orden de presentación, etc.) y también de cuestiones propiamente televisivas. aprendí de golpe a comunicarme con un director al que no veía (en radio al encargado de control se lo ve a través del vidrio; en televisión al director se lo escucha, y una vez que comenzó el programa sólo se pueden recibir sugerencias a través de su ayudante quien, junto a las cámaras, se mata haciendo señas); también aprendí cómo se administra el tiempo, cómo se muestran objetos en cámara, cómo se mira a la que está transmitiendo, cómo se habla y se hace silencio para que el televidente entienda; y que quienes trabajan con uno para algo están (cuando incorporaron cámaras nuevas, de lente más ancho, vivía convencido de que -apuntándome a la panza- el cameraman dejaba mi cabeza afuera. Entonces me agachaba... y él bajaba la cámara. Hasta que pensándolo un poco me di cuenta de que a él le pagan para enfocarme; desde entonces me concentré en mi trabajo y todo salió mejor).

Con Catena habíamos convenido que el apoyo publicitario cesaría en vacaciones. A fines de noviembre de 1981 el interventor en el canal, un oficial de la Fuerza Aérea con quien siempre mantuve una relación cordial, que en programación era secundado por un gordito muy simpático y eficaz cuyo apellido olvidé, me invitó a continuar con ME, pagándome lo que venía cobrando hasta ese momento. Necesitaba dinero (estaba terminando la reforma de mi casa de Flores) y no podía salir de vacaciones, así que acepté. En la primera emisión de enero de 1982 me "tiré a la piletta": sin pedir permiso y ni siquiera avisar, me puse delante de las cámaras sin saco ni corbata (los había dejado en el auto, "por si las moscas"). Al día siguiente me llamó por teléfono el interventor, me quiso convencer, resistí, y al final me dijo: "Lo dejo a su criterio". Así fue como comencé a hacer televisión sin saco y corbata.

[No se trata solamente de una cuestión de elegancia; se trata de resistir estoicamente debajo de las potentes -y consecuentemente muy calurosas- luces que requiere la televisión, que genera diferencias de temperatura del orden de los 10 grados, entre la porción del piso que está bajo las luces de transmisión y el resto. Como consecuencia de lo cual, la comodidad de quienes transmiten obliga al cameraman a utilizar un pasamontañas, mientras que la comodidad del cameraman derrite a quienes están delante de las cámaras. Y una vez que comenzó el programa el aire acondicionado lo maneja el cameraman.]

Como grababa ME un par de horas antes de ser emitido, interactué con quienes tenían a su cargo el informativo: Ulises Barrera, Nicolás Kazansew (a quien le envié un telegrama a Malvinas... que le llegó. ¡Me lo contestó el 8 de junio de 1982! Lamenté mucho el modo en que injustamente Malvinas le afectó su carrera profesional), Fanny Mandelbaum, Víctor Sueiro y Nadia, quien se ocupaba del pronóstico meteorológico (Lucho Aviles no trabajaba en el informativo pero sí en el canal, porque participó en un asado que organizó en su quinta el interventor del 11).

Momento económico duró 9 meses; sin publicidad, el Mundial de Fútbol de 1982 probó ser una competencia imposible de aguantar, y entonces me volví a mi casa.

No por mucho tiempo ya que en noviembre del mismo año LS82 ATC reorganizó su noticiero, como consecuencia de lo cual en 28 millones nos incorporamos Raúl Barceló, Mónica Gutiérrez, Silvia Martínez y yo. Muy poco tiempo después, transformado en "30 millones", se hizo cargo de la conducción Roberto Maidana. Alberto Mooney también formó parte del nuevo equipo. Deportes estaba a cargo de Héctor Drazer, y todos éramos dirigidos por Felipe Pérez.

Trabajar con Roberto fue un placer, por la poco común forma en que combina conocimientos, inteligencia y buen humor. Las elecciones del 30 de octubre de 1983 mostraron su resistencia física; luego de transmitir durante todo el día Maidana comenzó la emisión dedicada a los resultados electorales, que duró hasta las 5 de la mañana del lunes 31... y de ahí se fue a la radio para conducir su programa matinal (la ocasión también mostró la diferencia de altura que existe entre nosotros, ya que una de las notas la hicimos de pie uno al lado del otro). Roberto continuó en el noticiero cuando yo renuncié en diciembre de 1983, como voy a explicar de inmediato, dejándolo tiempo después en un confuso episodio. Porque los estimo mucho a los 2, me dolió de veras la nota que al respecto publicó Pablo Mendelevich, quien me hizo un divertido y jugoso reportaje que publicó en el número de enero de 1983 de Status (como no volvimos a vernos, durante casi una década supe lo que Pablo hizo con Roberto, pero no lo que había querido hacer; cuando el 25 de marzo de 1993 nos encontramos en Córdoba, me explicó que el objetivo de la referida nota fue el de destacar las agallas de Miguel Angel Merellano -entonces a cargo de ATC- al tomar la drástica decisión, reconociendo que el texto le había salido muy fuerte). Con "Robert Mitchum", como lo nombran aquellos que creen en la historieta de la mufa, que según escuché inventó un competidor suyo que cree que porque luce solemne lo que dice es profundo, volvimos a trabajar durante algún tiempo en la mañana de América TV (así como Hanglin me presentaba inventándome romances, Roberto lo hacía improvisando versos).

Negociar con ATC fue cualquier cosa menos fácil (recuérdese que no fui a pedir trabajo sino que ellos me invitaron a participar). Arreglé con alguien los aspectos artísticos, y con otro los fenicios... y no había comunicación entre ellos (¿o era una estrategia?). Lo cierto es que, por el dinero que me ofrecieron, convine el mismo arreglo que el año anterior había hecho con Videoshow, es decir, 2 apariciones semanales más emergencias. En un año donde la tasa de inflación fue de alrededor del 400%, conseguí un reajuste de honorarios del 20%, por lo que lo dejé a fines de 1983.

[Sobre la cuestión de la estructura de remuneraciones en televisión tengo la siguiente anécdota. Días antes de mi incorporación en el noticiero, un mediodía fui a ATC para hacer un avance. Salí de mi casa por el garaje, donde vi comiendo solo a un peón que trabajaba en la reforma de mi casa. Me dio tristeza. Al terminar el avance me encontré con un ingeniero que tenía una repostería a quien, una década antes, circunstancialmente había conocido veraneando en Córdoba. Estaba en ATC porque, en canje publicitario, había traído sus productos para adornar

un programa (¿"La gula", en la serie de pecados capitales?). "¿Qué hacen con esto, luego de terminar la grabación?" le pregunté. "Es para los extras; además de la fama, esto es lo único que cobran". Me acordé del peón de mi casa, e imaginé que entre uno y otros no había tanta diferencia.]

En el noticioso de ATC vi el profesionalismo en acción: como cuando Horacio García Blanco comentó en off una pelea mientras un distraído le tapaba el monitor en el que proyectaban la película, y si bien no estaba en cámara Horacio no podía moverse porque trabajaba con micrófono aéreo; y cuando Enrique Alejandro Mancini "sanateó" admirablemente durante más de un minuto, acompañando imágenes de un cortejo fúnebre, porque la nota tenía el video completo pero la porción inicial del audio se había borrado.

[Cuando en televisión alguien habla, habla y habla, pero sin decir nada, lo más probable es que detrás de cámaras tenga al ayudante del director, que junta los dedos como quien toma los extremos de una cuerda, y luego aleja una mano de la otra, gesto que se usa para pedir que se estire el comentario hasta que por ejemplo se pueda poner en pantalla una película. Hacer eso durante pocos segundos es un triunfo (mis héroes son aquellos que presentan carreras de autos, en las que a veces minutos antes de la largada se anuncia una postergación de una hora: durante 60 minutos los pobres tienen que decir "algo").]

El martes y el jueves previos al domingo 30 de octubre de 1983 30 millones realizó un par de emisiones especiales, por duración (90 minutos en vez de 60) e invitados (Raúl Alfonsín e Italo Luder, candidatos presidenciales por el radicalismo y el peronismo respectivamente). En ambos casos el formato del programa fue el mismo: la primera hora se dedicó a entrevistarlos y el resto del tiempo a presentar las principales noticias del día. Cada uno de los candidatos llenó el estudio con obreros y empleados de ATC partidarios o simpatizantes, los cuales los acompañaron por el corredor principal del canal hasta la puerta que da sobre Figueroa Alcorta, y luego volvieron sobre sus pasos para retornar a sus respectivas ocupaciones. El día que le tocó a Luder, al terminar el programa salimos con Maidana por Figueroa Alcorta, y nos encontramos con "los muchachos". Nunca olvidaré el rostro de uno de ellos, quien había trabajado con nosotros durante un año, porque sus ojos decían: "el domingo te reviento". Por suerte ganó Alfonsín.

En aquella época se me había dado por parpadear... muy frecuentemente. Un día le pedí al director un primer plano, y cuando me lo dio le dije a la cámara: "¿sabe por qué parpadeo tanto? Porque no puedo evitarlo". No hice nada y, con el tiempo, el tic se fue. Lo comenté porque al parecer a mucha gente le importaba; es más, a muchos les importa, pero no mi parpadeo sino el de ellos y el de sus hijos, por lo que cada tanto recibo cartas y llamados telefónicos preguntándome qué hice al respecto. Repito, no hice nada; al dejar de prestarle atención se fue solo.

[Por favor consulte a su médico; no quiero ser responsable por una muerte debida a un diagnóstico incorrecto.]

Volví a la televisión en julio de 1986, cuando Eduardo Eurnekián, ya dueño de Cablevisión, compró Cronista. Dirigido por Ramón Bouzada, resucité Momento económico (ME). La emisión de media hora semanal (lunes, 22 horas, canal 3) rápidamente se transformó en otra de una hora, con una primera mitad a mi cargo y una segunda con entrevistas a un par de invitados. Cuando en agosto de 1989 nació Contexto, mi newsletter semanal, dejé de opinar en ME, duplicando el número de entrevistados.

Más de la mitad de estos recibieron en ME su "bautismo de vuelo televisivo", a pesar de que -en promedio- en ese momento ya tenían más de un par de décadas de actividad profesional, comercial o industrial. Los elijo por lo que tienen que decir, les proporciono un ambiente que los induce a hablar (conversan como si sólo lo estuvieran haciendo conmigo), y durante un par de minutos la audiencia les da el beneficio de la duda, porque sabe que si los invité por algo debe ser. Rara vez mis invitados defraudaron a los televidentes.

[El lunes siguiente al día en que se hizo público que a un legislador le quisieron cobrar por participar en uno de los almuerzos de Mirtha Legrand, comencé ME diciendo que hasta ese momento iba invicto: ninguno de mis invitados había pagado por participar en alguno de mis programas (hoy -1993- sigo manteniendo el invicto), y que invitaba al resto de los conductores de programas de opinión a que dijeran lo mismo.

Resulta totalmente entendible que alguien esté dispuesto a pagar por participar en un programa radial o televisivo (al médico que dice "sí", cuando en un programa le preguntan si sabe cómo se cura la cola paspada de los bebés, se le llena el consultorio durante 3 meses). La clave está en si uno acepta o no la propuesta.

¡En ME nadie paga porque esa es la única forma en que yo sigo siendo el dueño de las preguntas!]

"ME tiene una audiencia increíble" me comentan muchos de mis entrevistados, al recibir una cantidad de llamados telefónicos y referencias que los sorprenden (le ocurrió al propio Eurnekián. Cuando me lo dijo le propuse reconsiderar mis honorarios...). además de numerosa, la audiencia es heterogénea pero tiene una característica: está compuesta por personas que buscan aumentar sus elementos de juicio para formarse ellos mismos su propia opinión (por eso converso con mis entrevistados de a uno; las peleas delante de una cámara son buenas para el show pero no para la comprensión de las cuestiones que se discuten. En emisiones sucesivas muchas veces invité a quienes sostienen puntos de vista contrapuestos sobre cierta cuestión).

[Los canales de TV por cable compiten con los abiertos desde el punto de vista del zapping, la posibilidad de cambiar de canal utilizando un control remoto. Pero como a la programación de

los primeros todavía no se le hacen mediciones de audiencia, los dueños de los canales de cable no ejercen mucha presión sobre los conductores de sus programas. Esta paz no va a durar.

El zapping revolucionó la forma de ver televisión y, consecuentemente, la forma de hacerla. Hoy no se ven programas sino "televisión" (¿cómo se calculan los ratings, en el mundo del zapping?). Cuando para cambiar de canal el televidente tenía que levantarse del sillón, la técnica consistía en colocar un buen "gancho" al comienzo del programa (ejemplo: anunciar que se presentará el licenciado de Pablo, en calzoncillos, cantando el "Sapo cancionero". La gente, por verme, se aguantaba el resto del programa). Como el zapping permite ir y volver de un canal con gran comodidad, quien hoy conduce un programa de televisión tiene que mantener el ritmo a nivel enloquecedor... o quedarse sin audiencia. Por eso la "agresividad" de algunos de ellos. De los que conozco, Marcelo Longobardi es el único que habla de manera compatible con el zapping.

Y esto va de mal en peor, porque los próximos pasos serán el zapping automático, la pantalla multicanal, etc.]

ME normalmente se ocupa de la realidad, y en general de los temas que le interesan a la audiencia en ese momento. Pero cuando un lunes cae feriado o viaje, reemplazo el programa normal, que se graba 5 horas antes de emitirse, por otro dedicado a temas "atemporales". Julio Bárbaro (historias personales), Mario Benzecry (dirección musical), Rafael Braun (teología), Michael Camdessus (el FMI), Carlos Floria y Cesar García Belsunce (el 25 de mayo de 1810, pero en serio), Félix Luna (soy Roca), Raúl Macchi (la FCE de la UBA, según un librero), José Alfredo Martínez de Hoz (su gestión ministerial, a 15 años de distancia), Juan Carlos Torre (la historia del movimiento obrero argentino antes de Perón) y Pablo Werning (matemáticas) son algunos ejemplos de los mencionados programas, que tuvieron enorme éxito; lo cual prueba que una porción de los televidentes está interesada en presenciar diálogos inteligentes.

A veces ocurren accidentes afortunados. El lunes 9 de setiembre de 1991 grabé 2 programas: uno para emitir el mismo 9, sobre temas de actualidad (el 8 se habían celebrado elecciones en varias provincias argentinas) y otro para el 16, porque el domingo 15 tenía que viajar al exterior, en el que entrevisté a Werning. Alguien enrocó los u-matics, de manera que a las 10 de la noche del 9 de setiembre Pablo Werning apareció en las pantallas hablando de matemáticas (me enteré porque uno de los invitados al programa que debía emitirse el 9, me llamó por teléfono para hacérmelo notar). Furioso, llamé al canal para que en la repetición de la 1 de la mañana emitieran el programa correcto, cosa que hicieron. Al día siguiente recibí una notable cantidad de llamados telefónicos, agradeciéndome por no haber contribuido a la saturación de la audiencia con otro análisis más referido a las elecciones del 8 de setiembre (esclavo de la verdad, no pude apropiarme de una felicitación que no me correspondía; así que a todos los que me llamaron les expliqué lo que había ocurrido).

En esta segunda etapa ME tiene ya casi 7 años de vida. Espero que tenga muchos más<sup>1</sup>.

. . .

---

<sup>1</sup> En total y de manera ininterrumpida, estuvo en el aire durante 24 años. En diciembre de 2009 decidí "envolverlo en papel celofán", a la espera de poder volver a hacerlo.

¿Qué claves radiales y televisivas extraje de la experiencia que acabo de relatar? Algunas, comunes a todo acto comunicacional, ya las expuse, de manera que ahora me voy a ocupar de las específicas.

Cuando hago radio o televisión:

1) Soy más seductor que cuando escribo, porque estoy compitiendo con más factores de distracción (el tránsito mientras me escucha por radio quien conduce; la familia mientras me ve por televisión alguien en su casa). El lector puede corregir su momentánea distracción retrocediendo en la lectura; el oyente y el televidente -salvo que graben, lo cual ocurre en contadísimos casos- no tienen esa posibilidad (por eso en radio y televisión repito, y en las entrevistas hago repetir, las informaciones más importantes);

2) Sé que la noticia no soy yo. Mi trabajo consiste en escribir y analizar lo que hacen otros. Luego del Presidente, algunos de sus ministros, y un selecto número de deportistas y estrellas del espectáculo, no hay gente más conocida que los conductores de algunos noticiosos y programas de opinión de la TV; pero que lo reconozcan por la calle no lo convierte a uno en protagonista de la noticia (en mi programa de televisión el protagonista es el invitado, no yo). Quien quiera ser protagonista tiene que dedicarse a la política, la ciencia, el deporte, el espectáculo, el comercio, la industria... el crimen, el terrorismo, etc.; no a la transmisión y análisis de hechos a través de los medios masivos de comunicación;

[Adquirí lenguaje radial y televisivo. Abusando de él, estoy en condiciones de hablar, por ejemplo, sobre energía atómica y bioquímica, como demostré en la Comisión Nacional de Energía Atómica el 16 de noviembre de 1978, y en la Fundación Campomar el 5 de noviembre de 1992, generando ruidosas carcajadas entre los presentes, físicos y bioquímicas respectivamente. Delante de cualquier otro ser humano yo hubiera aparecido como un experto en las mencionadas disciplinas.]

3) No explico lo que se ve. Comienzo todos mis reportajes formulando una pregunta más bien general, "acompañando al entrevistado para el lado que dispara", dejándolo hablar y cambiando de tema cuando siento que el oyente o televidente se están cansando. Salvo casos muy extremos, no me dedico a calificar algunas de sus respuestas como estúpidas -aunque así lo crea-, y menos aún me deleito destruyendo a mi invitado delante del micrófono o cámara. Uso el valioso tiempo radial y televisivo para "pasear" al entrevistado por el conjunto de temas que pienso le interesan a la audiencia. Procedo así porque supongo que al oyente o televidente no tengo que explicarle lo obvio (si el invitado dice una estupidez, quien escucha o ve se da cuenta). Consecuentemente, en cámara nunca digo que soy gordo, no uso corbata o me encanta el humor. Se ve;

[No explico lo que voy a hacer. Lo hago.]

4) No saludo (¿cómo puedo saber cómo le va a quien está detrás de la pantalla?). Las muletillas sugieren que quien habla no se preparó lo suficiente (¿usted vio a algún actor de teatro, tenor o bailarín, entrar en el escenario saludando en vez de comenzar ateniéndose estrictamente al libreto o a la partitura?);

[Mi ideal comunicacional es "El rotativo del aire" de Radio Rivadavia, que se emite diariamente a las 8 de la mañana, en el cual en 2 minutos se listan los titulares, y en los 18 siguientes, sin aditamentos innecesarios, se los desarrolla.

¿Qué es esto de calificar las noticias? Ejemplo: temperatura, 35 grados... ¡qué calor! 35 grados y basta (la misma temperatura puede ser calurosa para un ser humano y no serlo para otro).]

5) Confío en mi partenaire. Descontando un mínimo de inteligencia, la clave de un buen programa radial o televisivo no unipersonal reside en gran medida en la actitud que tiene quien interactúa con uno. Porque como ocurre en el circo, en radio o televisión, uno se arroja al vacío esperando que el otro haga su parte... y viceversa. Cuando por desconfianza o rivalidad uno retacea chanzas, o no le deja al otro la pelota picando frente al arco para que se luzca sin humillar, el resultado es un bofe; y

[También en este aspecto fui afortunado, al trabajar con conductores como Horacio De Dios, Magdalena Ruiz Guiñazú, Silvio Huberman, Rolando Hanglin, Bernardo Neustadt, Enrique Llamas de Madariaga y Roberto Maidana.]

6) No juzgo el programa en cámara. Mientras conduzco tengo que atender simultáneamente muchos frentes, además de las respuestas de mis entrevistados. Pero por aquello que aprendí de Alfredo Crespo Casares ("El único que sabe cual es el truco es el mago"), en general la opinión que me formo de un programa cuando lo grabo mejora cuando lo veo. Es increíble la cantidad de imperfecciones que pasan desapercibidas por la enorme mayoría de los oyentes y televidentes (ejemplo: es notable lo bien que "dan" en televisión decorados que en realidad son una porquería).

. . .

Cuando una parte importante de la actividad profesional se encara a través de los medios masivos de comunicación, la interacción personal se desarrolla sobre la base de una clara asimetría informativa: la gente sabe de mí mucho más que yo de ella ("Usted a mí no me conoce, pero yo a usted sí"). Me conocen, pero a través de un prisma muy particular: el de la fama.

[Como en la belleza y la riqueza, en la fama hay grados. No soy Maradona, de manera que lo que sigue surge de la experiencia de un nivel medio de fama. Me reconoce mucha gente -alguno chocando su auto, como ya expliqué-, pero mi foto todavía no fue tapa de ninguna revista. Interesan mis opiniones profesionales, no -afortunadamente- de qué color es la alfombra que cubre el piso de mi casa, si mato el tiempo tallando madera o qué me parece la filosofía de vida de la Madre Teresa.]

Quien trabaja en medios de comunicación y dice que odia la fama, macanea. Los famosos nos volvemos locos cuando no nos reconocen, no cuando nos atosigan. El camionero que te grita "Adiós, amigo", el tachero que aplica toda su picardía para saludarte, el habitante de Misiones que camino a Cafayate te comenta los problemas que solucionaste explicando claramente por ATC cómo había que quitarle ceros a la moneda, son -junto con la emitida por el Banco Central- la moneda con la cual nos alimentamos quienes trabajamos en medios masivos de comunicación (el actor teatral escucha el aplauso del público al terminar la función; nosotros no). Hasta la agresión es preferible a la indiferencia (por suerte, tuve que sufrir muy pocas agresiones, todas de palabra. Como cruzarme con alguien por la calle, o en una estación de servicio, y que me digan "basura" o que "Todo está mal, no todo bien").

Según mi experiencia, la fama genera:

1) Fantasías. Algunas son divertidas, porque muchos creen que al ubicarnos delante de una cámara de televisión dejamos de ser humanos, y consecuentemente produce sorpresas que uno coma, compre en un negocio u orine en el baño de un cine; otras son escalofrantes... como comprueba cualquier famoso en desgracia. Otra fantasía, basada en que las aventuras extramatrimoniales dependen más de un ambiente laboral "propicio" que de la actitud, sugiere que por los pasillos de los canales de televisión van y vienen hermosas mujeres desnudas (si es cierto, siempre caminé por el pasillo equivocado).

[Los artistas "cultivan" la fantasía, a veces por razones comerciales y otras por timidez; a todo lo cual se agrega la nada despreciable cuestión del horario (la farándula no anda por la calle cuando lo hacemos los seres humanos).]

2) Confusiones. De cada 10 personas que me reconocen por la calle sólo la mitad sabe cómo me llamo, una de cada 10 sabe de qué hablo, y prácticamente nadie recuerda qué fue lo que dije la última vez que me vio en televisión. Y eso que, según dicen, ¡hablo claro! Muchos me dicen de Pablo Pardo, creyéndome pariente del diplomático y ex ministro de relaciones exteriores (cuando en el comercial de Ramos Mejía una de mis profesoras de matemática me preguntó si éramos parientes, le dije que no. "Menos mal", agregó), otros Juan Pablo de Carlos (como, en joda, me decía el maestro García) o Juan Pablo de Pablo. Me felicitaron por Los que mandan, que en realidad escribió José Luis de Imaz. Muchos me confunden con Mario Grasso, y como otros a él conmigo, cuando nos encontramos intercambiamos las felicitaciones respectivas (en Playa Grande, en el agua, un hombre casi se vuelve loco cuando le dije y le



repetí que no era José -"Pepe"- Eliashev. "Si no me lo quiere decir, no me lo diga", me dijo mientras se alejó furioso).

[Mc Luhan tiene razón: el medio es el mensaje. Me llevó algún tiempo entender, pero mucho más reconocer, la gran verdad contenida en el famoso slogan del teórico de las comunicaciones. Particularmente cierto en el caso de la TV, el medio de comunicación masiva más irracional que existe, implica que la cuestión está mucho más en "estar o no estar" en TV, que en lo que se dice. Más gente me dice "no lo hacía tan alto" que "estoy -o no- de acuerdo con lo que dijo ayer".]

3) Privilegios. Como dije al comienzo de esta obra, hago todas las colas que me toca hacer, e invito a quien me quiere beneficiar a mí a que haga funcionar mejor el sistema. Rara vez uso el salón VIP de los aeropuertos (nunca el de los argentinos), y tampoco busco los pocos beneficios que genera mi condición de "astro de la televisión" (las entradas que para los otros no hay, para mí hay en los cines; los alimentos que para los otros hay, para mí no hay en los restaurantes; etc. Mi esposa elije entre comer el mejor bife de chorizo del restaurante en mi compañía, siendo observada al llegar, o un bife de chorizo común y silvestre en compañía de sus amigas, gozando del anonimato), aunque tampoco los rechazo cuando aparecen unilateralmente. Insisto en pagar todo lo que consumo, amenazando -y cumpliendo- con no volver más al lugar donde, como gentileza, me quieren obsequiar la comida. Sólo echo mano a los privilegios que genera la fama cuando no tengo otra forma de neutralizar una injusticia que me están haciendo.

4) Correspondencia y consultas. Entre las cartas que recibí me impactaron las siguientes: 1) el 6 de julio de 1980 me escribió C. E. R., un muchacho de 26 años que desde hacia 5 estaba preso en Mercedes y desde hacía 2 estudiaba contabilidad y economía. Me pidió que le enviara un ejemplar de La economía que yo hice, que Cronista acababa de publicar. Le mande una copia de ese y del resto de los libros que había escrito hasta ese momento (me consta que los recibió, por la carta que me envió el 5 de agosto del mismo año); 2) el 14 de enero de 1982 lo hizo M. I. de G., una jubilada que luego de explicarme su situación agregó: "esta gente no sabe lo que es padecer, lo que es miseria; no han de tener madre, ni hijos, si no tendrían sentimientos. Nos están matando. Entregué esta carta a alguna autoridad, se lo pido por su madre"; 3) el 15 de agosto de 1988 R. O. L. me hizo saber que no estaba de acuerdo con mi propuesta de aumentar la edad jubilatoria; y 4) el 21 de agosto de 1989 A. A. M. (a quien luego conocí en casa de Mario Teijeiro), se "calentó" tanto al terminar de ver una emisión de Momento económico, que escribió durante un par de horas, mientras su familia dormía, dándome consejos ya que supuestamente yo estaba en posición comunicacional de hacer algo.

Por su parte entre las consultas rescato una graciosa y otra trágica. La primera ocurrió cuando un muchacho me corrió por la calle Corrientes y cuando me alcanzó me preguntó qué iba a pasar con el dólar. Le respondí que no sabía -mi verdad en ese momento-y entonces me dijo: "no se lo está diciendo al país, doctor, me lo está diciendo a mí". La consulta trágica fue la siguiente: una señora de mediana edad, con madre y un hijo a cargo, peluquera, recibió el siguiente consejo: "hipotecá tu casa, comprá acciones, las vendés luego más caras, volvés a

comprar tu casa, y no tenés que trabajar más". Lo hizo. El precio de las acciones al comienzo subió, pero luego se vino a pique. La mujer enfermó de los nervios, por lo que tuvo que dejar de trabajar. ¿Qué me consultó? ¿Qué acciones podía comprar con el poco dinero que le quedó, para recuperarse? Mi contestación fue la siguiente: "Con los pesos que tiene compre remedios. Curada, vuelva a lavar testas, peinarlas y teñirlas. Con los ahorros pague la hipoteca. Y olvídense de la bolsa, que no es para usted".

5) Publicidad. Hice varias campañas publicitarias, pero más fueron las ocasiones en que comencé a negociar pero el proyecto no fructificó. En abril de 1980 aparecí en diarios y revistas con un vaso de whisky en mi mano derecha y el siguiente texto "lo que importa es la calidad. Sin hacer economía". Fui uno de los convocados por Fernando Braga Menéndez y Jorge Schussheim, para integrar la campaña que organizaron para Old Smuggler junto con, entre otros, Oscar Araiz, Marta Beines, Liliana Belfiore, Tato Bores, German Frers, Alberto Ginastera, Lía Jelín, Landrú, Víctor Laplace, Nélica Lobato, Félix Luna, Cecilio Madanes, Jorge Michel, Manuel Mujica Lainez, Rogelio Polesello, Josefina Robirosa, Jorge Romero Brest, Hermenegildo Sabat y Renata Schussheim. La foto la tomó Enrique Grinberg (hubo que repetir la tanda, porque la técnica fotográfica consistió en hacer la toma con una luz detrás, y entonces se descubrió que tengo orejas transparentes. En el segundo intento me colocaron cinta adhesiva. "Recuérdemelo, para no salir así a la calle". Nadie se acordó; menos mal que en el taxi que tomé al salir del estudio fotográfico se me ocurrió rascarme una de las orejas).

[Menos suerte tuvo José Luis Madariaga del Olmo, un ingeniero que conocí trabajando en FIEL. Viajando en el subte "A" advirtió que todo el mundo lo miraba. Entonces recordó que venía de probar una autobomba, cuando trabajaba para Igarreta, para lo cual se había remangado los pantalones casi hasta la rodilla... ¡y estaba volviendo a su casa sin habérselos desenrollado!]

Mi participación en la mencionada campaña publicitaria generó reacciones diversas. Utilizando su chispa de siempre, con fecha 26 de mayo de 1980 Manuel L. Cordoní me envió un simpático collage: dados los parecidos enrocó los rostros de William Stanley Jevons en el calendario que preparaba el economista George Stigler, y el mío en la campaña de Old Smuggler (fue la primera vez que aparecí con moñito). Al mismo tiempo una persona citada en otra parte de la obra a raíz de una vinculación profesional, me envió una carta para decirme de todo porque según él la campaña publicitaria favorecía al alcoholismo, que era un gran problema. Le devolví el original, sin guardar copia, manuscribiéndole que en el nombre de la amistad que quería preservar entre nosotros, haría de cuenta que no había recibido la carta.

En 2 oportunidades filmé publicidad para Chance, la tarjeta de Cronista (la primera en Florida y Cangallo, la segunda en una playa de Mar del Plata). De cada secuencia hicimos por lo menos media docena de tomas (en la de Mar del Plata la mayoría nos resguardamos del viento con un plástico, menos una extra que en bikini tuvo que soportar temperaturas bien bajas. Creí que moriría congelada).

En la filmación que hicimos en Buenos Aires ocurrió un episodio digno de mención: el equipo de filiación había colocado una soga que formaba un corredor de algo así como 2 metros de ancho por 10 de largo, dentro del cual trabajábamos y fuera del cual los curiosos podían quedarse mirando cuanto quisieran, con la condición de callarse cada vez que el director ordenara: "silencio, cámara, acción". Todos obedecían menos un viejito que desde que apareció siguió hablando. Creyendo que estaba haciendo un chiste, paramos la filmación y yo le dije algo. Volvimos a filmar y el viejo no se calló. Uno de los integrantes del equipo intentó llevárselo "a tomar una gaseosa", pero el viejo no quiso. Buscamos a un policía para que lo alejara, pero el agente no quiso proceder "porque no sabía cuál iba a ser la reacción de la gente". Esperamos un poco pero resultó que el viejo tenía más tiempo para perder que todos nosotros juntos. Finalmente, y como esa secuencia ya la habíamos filmado 5 veces, le dije al director que se arreglara con el material que tenía y me fui (¿y si el viejo hubiera aparecido media hora antes?).

También hice propaganda televisiva cuando las acciones de Telefónica se lanzaron a la venta. 22 veces repetí el mismo texto: "Creo tanto en este producto, que con lo que me paguen por hacer este aviso voy a comprar acciones de Telefónica". Lo hice... y todavía hoy (1993) las tengo (menos mal que no me contrataron para hacer publicidad de las acciones de Telecom).

No tengo ningún a priori en contra de hacer publicidad, pero definiendo a capa y espada el hecho de que siempre digo la verdad. Por eso comencé a negociar, pero no fructificó, hacer publicidad para vender autos, computadoras, libros y un centro comercial. Las razones fueron diferentes, pero generalmente tuvieron que ver con pretender hacerme decir algo que yo no creía. "¿Por qué no dice que comprar un auto es la mejor inversión?". "Porque no lo es". "¿Por qué no dice que ésta es la mejor enciclopedia del mundo?". "Págueme primero una investigación para averiguar si es cierto; si lo es no tengo inconveniente en decirlo" (cuando Diners me pidió que dijera cierta cosa sobre su tarjeta, primero pagó una investigación para que yo, independientemente de ellos, lo averiguara. Luego de analizar en detalle la cuestión mis "subcontratistas" Pedro Lara y Alfonso José Martínez me convencieron de que era cierto. Entonces lo dije).

. . .

¿Conduciré alguna vez algún programa de radio o televisión que no se ocupe exclusiva o principalmente de los aspectos económicos de la realidad? No me faltaron ofrecimientos, y los programas atemporales mostraron que soy capaz de sostener una conversación inteligente sobre temas generales (como Hugo Lamónica y su excelente Ellos pudieron hacerlo, Canal 3 de Cablevisión, lunes a las 23 horas).

Pero no me decido. La diferencia que existe entre desarrollar una columna en un programa radial matinal, y estar a cargo del mismo, es sencillamente descomunal. Cuando se lo conduce, uno vive en función de un programa exitoso. Desde mis actuales actividades esto implica un salto mayor, que por ahora no tengo ganas de dar.

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

26

## GALARDONES

Si dijera que los premios no me gustan, o que me resultan indiferentes, mentiría; pero - como le ocurre a otros- siento que los premios que me otorgaron me gustaron, pero que me gustó más hacer aquello por lo cual fui premiado.

Hasta ahora recibí 3 premios por trabajos presentados y 2 por trayectoria.

En 1972 obtuve el premio Ovidio Giménez, instituido por la fundación homónima, por mi Política antiinflacionaria en Argentina, 1967-70 (Ammortu, 1972). La carta que con fecha 12 de julio me envió la fundación, especificó que el premio consistía en diploma, medalla de oro y \$ 4.500 ley (u\$s 350, al tipo de cambio libre). La ceremonia de entrega tuvo lugar el 6 de agosto, en el salón de actos de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, donde hablamos Giménez y yo; mi conferencia, en favor de la institucionalización de la inflación, fue criticada por Economic survey.

[Con los referidos \$ 4.500 compré 7 pasajes aéreos Buenos Aires-Rosario-Buenos Aires, para que mis padres y mis suegros tuvieran su bautismo de vuelo. En el viaje de regreso mi suegra se descompuso, porque también voló con nosotros el primer equipo de River Plate, y como José Alberto ("Perico") Pérez se la pasó parándose y sentándose durante todo el trayecto, ella creyó que se trataba de un terrorista. Cecilia, quien entonces tenía un poco más de un año, se quedó en casa al cuidado de mi cuñada Nélica Marta ("Lala").

En 1975, a Dámasa, Josefina, Julián y Vicente les regalé un viaje en barco Buenos Aires-Paraná-Buenos Aires. Debo de haber cometido errores en mi relación con mis padres y mis suegros, pero no estoy para nada arrepentido de haber hecho cosas antes de que -a ellos o a mí- la biología nos juegue una mala pasada.]

El segundo galardón que obtuve por un trabajo presentado fue el premio Daniel Goytia, instituido por la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, para galardonar trabajos de divulgación científica. La Asociación distinguió mi "El problema de los números índices"; el trabajo fue publicado en Ciencia e Investigación, la revista de la institución, y luego reproducido en varios de mis libros. La carta que me enviaron el 12 de mayo de 1976 especifica que el galardón incluye un pago de \$ 1.000 (u\$s 4, al tipo de cambio libre).

Por último, en 1978, por "Implicancias de la indexación generalizada de la economía" gané el primer premio de la categoría economía argentina, en un concurso organizado por la Fundación Judía Argentina. La carta que me comunicó la noticia, de fecha 26 de abril, aclara que el premio consiste en dinero en efectivo (pero no dice cuánto), medalla y diploma.

[En la entrega de este premio volví a ver a Rodolfo Zubrisky, el profesor de música a quien había conocido en el ministerio de economía en 1970, cuando petitionó una disminución de los derechos de importación para los instrumentos musicales.]

En 1981 recibí mi primer premio por trayectoria; fue la Cruz de Plata Esquiú, instituida por el diario homónimo. Según la carta que me enviaron con fecha 24 de agosto, merecí la distinción "por sus (mis) comentarios especializados en economía, en los que logra quitar toda aridez a tan compleja materia y hasta convertirla en un tema apasionado de debate".

Y en 1987, por último, recibí el premio Konex, instituido por la fundación homónima, cuando galardonaron en comunicación y periodismo. Por carta de fecha 13 de julio la fundación me comunicó que integré el quinteto de candidatos en la categoría economía, junto a Juan Carlos Casas, Marcelo Diamand (confundido, uno de los organizadores felicitó a Mario Diamant; un segundo llamado telefónico aclaró los hechos, que Mario tomó con mucho humor), Daniel Muchnik y Mario Sekiguchi; y por carta del 8 de octubre me comunicaron que - compartido con Casas- me habían otorgado el Konex de Platino (si Casas cree que merezco compartirlo con él o no, no lo sé -y por las dudas, nunca traté de averiguarlo-; por mi parte creo bien merecido que él lo comparta conmigo, porque no es nada fácil mantener el interés de los lectores hacia una columna semanal, donde el humor es el vehiculo para transmitir información, análisis e ideas económicos, cosa que él logró exitosamente durante 7 años -hasta el otorgamiento del premio- y 12 hasta el momento de escribirse esta parte de la obra).

[Mi tocayo es otro amante del humor. Consecuentemente, en la nota que nos hicieron para un canal de TV inmediatamente antes de entregarnos el premio, aludimos al acto tan en solfa que no se atrevieron a ponerla en el aire.]

Si bien formalmente no tienen el carácter de galardones, representa una distinción haber formado parte del primer comité ejecutivo del Journal of Development Economics, formar parte desde su iniciación del consejo académico del CINDE (Centro Internacional para el

Desarrollo Económico), y desde noviembre de 1992 presidir la Asociación Argentina de Economía Política.

Gané premios cada vez que presenté trabajos, pero no tuve tanta suerte en premios por trayectoria. En efecto, durante la primera mitad de la década de 1970 en un par de oportunidades fui propuesto para el premio Diez jóvenes sobresalientes (en la primera por el ingeniero Llorens Pastor, entonces rector de la Universidad Argentina de la Empresa, gesto que nunca olvidé), y en ambas oportunidades me ganaron otros que, lógicamente, me parecieron peores que yo. Como DJS galardona a personas que no cumplieron todavía 40 años, con fecha 24 de agosto de 1983 recibí una amable carta de Víctor Jorge Elías, ofreciéndose para presentarme en mi última oportunidad. Le agradecí el gesto, pero opté por no presentarme. La "revancha" se produjo en 1991, cuando la Cámara Júnior me invitó a ser jurado de un premio que nunca pude ganar. Acepté con mucho gusto.

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

27

## VIAJES

"Luego de viajar por buena parte del Mundo descubrí que todo estaba en mi barrio". Estoy de acuerdo con esto, que leí en algún lado; pero ¡qué lindo es haberlo podido apreciar por mi propia experiencia!

Viajar resulta fantástico como método de acercamiento familiar (todas las veces que pude viajé con Any, y todas las que pudimos lo hicimos con Gaby y Ceci; y ninguno de los 4 está arrepentido), y también como vehículo de conocimiento y placer (por lo que veo, lo que se siente, la comparación con mi propia realidad y la de mi país, junto con la posibilidad de reflexionar, leer y corregir escritos sin que un teléfono interrumpa).

[Viajar es un placer cuando, entre otras cosas, los medios de transporte no generan molestias. Es mi caso, afortunadamente, dado que como, bebo, duermo y leo perfectamente en cualquier medio de transporte.]

En el resto de la obra los lugares fueron y serán citados por su contenido, aquí lo son desde el punto de vista geográfico y vivencial. Lo cual no convierte a este capítulo en un tratado de geografía, sino en un conjunto de sintéticas descripciones de aquello que impactó más mi retina.

• • •

Fui conociendo pedazos de Argentina en este orden: Mar del Plata, Zárate, La Plata, Mar de Ajó, Monte, Córdoba, Rosario, Santa Fe, Mendoza, Bahía Blanca, Santiago del Estero, Neuquén, etc. A raíz de cómo encaré la profesión, pisé todas las provincias argentinas menos Santa Cruz y Tierra del Fuego<sup>1</sup>.

[El lector advertirá mi prudencia. No me atrevo a decir que conozco a todas las provincias argentinas, excepto las 2 que acabo de mencionar.]

Conocí Mar del Plata cuando tenía 3 años, en el único veraneo que durante mi niñez y juventud hicieron mis padres. De este viaje lo único que recuerdo es que regresamos a Buenos Aires en ómnibus, y particularmente que en algún punto del trayecto cayó una lluvia torrencial (¿será éste el primer recuerdo de mi vida?). Volví incontable número de veces, particularmente desde que en 1984 compramos un departamento.

Mardel me encanta, particularmente porque desde el "pico" que tuvo en la temporada 1973-74, cuando en días de recambio turístico el viaje en auto podía demorar unas 10 horas (2 para cruzar Dolores), resulta cómoda para el turista y el habitante ocasional. Se come muy bien, es magnífica para caminar y con Any tenemos un buen grupo de amigos que viven permanentemente en ella. Cuando un tren la una a Buenos Aires en 3 horas, y la convierte en un excelente lugar para que los porteños pasemos los fines de semana, su fisonomía va a cambiar sustancialmente.

Zárate. Ubicada 90 kilómetros al norte de la Capital, a esta localidad de la provincia de Buenos Aires la conocí a fines de la década de 1950, cuando en un par de oportunidades pasé algunos días en casa de mis tíos Josefina y Celedonio. Llevo su plano en mi cabeza porque no me cansé de recorrerla, primero en bicicleta y luego en auto, dado que como expliqué fue allí donde aprendí a manejar.

Típica ciudad de la provincia de Buenos Aires, Zárate es plana, excepto la barranca sobre el río y la que comienza en el hospital; no tiene diagonales y alrededor de su plaza central están la iglesia y la Municipalidad. Justa Lima de Atucha y su paralela hacia el río, 19 de marzo, eran (son, presumo) sus arterias principales, perpendiculares a la vía del ferrocarril Urquiza, ahora en desuso, que como está hundida varios metros divide la ciudad en 2 (algún día a alguien se le va a ocurrir rellenar dicho espacio). Más lejos del centro está la estación del Ferrocarril Mitre.

Está situada a orillas del Paraná, lo cual para un porteño que vivía en la parte oeste de la ciudad constituía un atractivo adicional (varias veces utilicé su balneario municipal). En aquel momento no existía el hermoso par de puentes que forman el complejo Zárate-Brazo Largo, por lo que un servicio de balsas la conectaba con el sur de la provincia de Entre Ríos, y un ferry transportaba los trenes del Urquiza hasta Ibicuy, lo que demandaba 3 horas de navegación. Como soy fanático de los ferrocarriles, según expliqué, me resultaba excitante poder caminar

---

<sup>1</sup> Para 2010 las había pisado todas.



libremente entre las vías y los cambios, y observar cómo se sube y se baja un convoy ferroviario de un ferry.

Volví a Zárate varias veces, a comienzos de la década de 1970, para llevar y traer a mi abuela, y también en 1992, para dictar una conferencia auspiciada por el Banco de Crédito Argentino. La ciudad sufrió modificaciones (hay más galerías comerciales, menos cines, etc.), pero su estructura básica continúa intacta.

Córdoba. De la noche a la mañana, en el verano 1964-65 la familia Deluccio me invitó a pasar unos días con ellos en su casa de Villa los Altos, cerca de río Ceballos. La partida tuvo su componente traumático: quedamos en salir de Liniers el 1 de enero de 1965, a eso de las 2 de la mañana. Como todos los años, viviendo con mi familia en San Antonio de Padua fuimos a Flores a esperar el año nuevo, a la casa de mi tío Tito (mi viejo no fue pues estaba de guardia en el supermercado Gigante). A las 12 en punto brindé con mis parientes, luego de lo cual anuncié que me tenía que ir ya, porque a las 12,20 pasaba un tren por la estación Flores (distante 8 cuadras de la casa de mi tío), con el cual tenía 5 minutos para saludar a Any, entonces mi novia, quien estaba en San Antonio de Padua con su familia, y llegar a Liniers a las 2. Mi vieja se puso furiosa (muerta de celos por su futura nuera, presumo), tanto que a la vuelta de mis vacaciones, un par de semanas después, mi papá me comentó el episodio... ¡y se puso de su lado, no del mío!; pero igual hice lo que me había propuesto. Corriendo, alcancé el tren, la saludé -nuevamente, por supuesto, porque ya la había saludado por si algo fallaba-, y a las 2 salí de Liniers con los Deluccio, en un Fiat 1500 azul que Jorge manejaba a velocidad suficiente como para que sus padres literalmente tomaran pastillas tranquilizantes antes de partir.

El paisaje cordobés, sus sierras, sus arroyos, desde el vamos me resultaron muy atractivos. Tanto la forma del murallón como el espejo de agua del dique De los Molinos me deslumbró, pero por escuchar misa no hice a tiempo para conocer el "embudo", el famoso vertedero del nuevo dique San Roque. A propósito de este dique, y para ilustrar lo poco nuevo que hay bajo el sol, cabe recordar que Juan Biale Massé, un emprendedor catalán, médico, empresario en el ramo de la cal y ensayista, al parecer todo un personaje, en octubre de 1892 estuvo 17 días preso a raíz de denuncias referidas a la construcción del viejo Dique San Roque. Finalmente fue absuelto por la justicia, pero como las dudas continuaron, 50 años después se construyó un nuevo dique, 145 metros aguas abajo del viejo. Cuando finalizadas las obras del nuevo dique se intentó destruir el cuestionado viejo, no se lo logró ni con dinamita, y éste continúa hasta el día de hoy dentro del lago. De todo esto me enteré leyendo el ejemplar de Frías, L. R.: Historia del dique San Roque, Editorial Municipal, Córdoba, 1985, que a raíz de mis preguntas me obsequiaron amigos del Banco del Suquía.

[En 1980 me acordé de Córdoba en... Israel. Es que el camino que une Tel Aviv con Jerusalén, de 60 kilómetros de largo y 2 carriles por mano, que partiendo desde Tel Aviv tiene llanura al comienzo y pequeñas colinas hacia el final, es muy parecido al que une Córdoba con Carlos Paz. De la misma manera que el desierto de Negev me hizo acordar al paisaje que encontré en el camino que une Esquel con Trelew.]

En río Ceballos leí uno de los libros que más me impactaron: Narciso y Goldmundo, de Hermann Hesse (Sudamericana, 1963). La contraposición entre las posturas racionalizadora y vivencial frente al mundo, corporizadas en los 2 protagonistas de la novela, me resultó suficientemente shoqueante para terminar la lectura del libro con lágrimas en los ojos.

[Queda para el lector determinar cuánto de Narciso y de Goldmundo hay en mí... y en él (o en ella).]

Otros lugares. Recordé con algún detalle aquellas porciones de Argentina que conocí primero. Como turista, junto con mi familia y normalmente en auto, además de las playas bonaerenses recorrí Córdoba, Mendoza (a donde llegamos desde Córdoba. "Ya vas a ver lo que son montañas", me dijo Any, quien ya conocía Mendoza. Y no se equivocó. No recuerdo el lugar, sí que a media mañana de un día, al terminar un giro del camino la Cordillera -muy probablemente la Precordillera- se nos apareció con toda su monumentalidad), el norte hasta Jujuy (Tucumán a Salta por Cafayate, el acceso al dique Cabra Corral en Salta, así como la quebrada de Humahuaca y Tilcara, presentan paisajes muy hermosos. En Jujuy, como en Tokio, mi altura genera risas), Bariloche y San Martín de los Andes, Cataratas, etc. Para un porteño, el único problema que presenta esta bien variada pero invariablemente muy atractiva geografía, es que queda lejos.

[Le debo a Any un viaje por Argentina, en auto, "parando en los pueblitos".]

Cuando para recorrerlo me piden una definición, digo que Argentina es un hermoso país, poblado por gente que fácilmente se abre al extranjero, lleno de restaurantes excelentes y de baños públicos horribles (estaremos en el "Primer Mundo", pero a los extranjeros que nos visitan les tenemos que decir que salgan a la calle con papel higiénico en el bolsillo), en el que tanto nacionales como extranjeros tenemos que sufrir a los taxistas que operan en el aeropuerto internacional de Ezeiza.

. . .

Además de Argentina, alguna vez estuve en lugares específicos pertenecientes a otros 27 países. Según el orden cronológico en que por primera vez los pisé conozco Brasil, Estados Unidos, Canadá, México, Bélgica, Inglaterra, Francia, España, Italia, Venezuela, Grecia, Israel, Uruguay, Chile, Finlandia, Holanda, Australia, Bolivia, Japón, Panamá, Alemania, Austria, Perú, Corea, Paraguay, República Dominicana y Rusia.

[No conocí el resto del mundo luego de haber conocido mi país. Sencillamente, aproveché todas las oportunidades que pude. El orden en que fui conociendo distintas partes del Globo fue, en buena medida, un subproducto de las circunstancias.]

Brasil. Pocos días antes de cumplir 22 años, por primera vez en mi vida salí de Argentina y también por primera vez viaje en avión. En Brasil, a donde viajé para asistir -junto con José María Dagnino Pastore- a una reunión organizada por la Brookings Institution, en ese momento conocí a 2 astros: Pelé, a quien vi jugar en Santos, y Roberto Carlos, por recomendación de la vendedora de una casa de discos. Volví, siempre con gusto, en no menos de 10 oportunidades (conozco río, San Pablo y Bahía).

Casi de madrugada, un domingo sin nubes llegué a Ezeiza en colectivo de línea, en el que encontré a José María. Abordamos un avión de Cruceiro que nos llevó a San Pablo haciendo escalas en Montevideo y Porto Alegre. El vuelo fue perfecto, y consiguientemente emocionante sin generar temores; a punto tal que durante los siguientes 15 años volar me fascinó tanto que estaba dispuesto a hacerlo porque sí. Hacia 1980 comenzó una segunda etapa, afortunadamente corta, donde no sé por qué me agarró mucho miedo -aunque no al punto de impedirme volar- y la mera turbulencia me ponía muy nervioso; luego de lo cual, y hasta ahora, vuelo sin la excitación inicial pero también sin miedo (¿será verdad, como siento, que ahora los aviones se mueven menos que antes?)<sup>2</sup>. En materia aérea registro el siguiente récord: desde el año en que comencé a volar, durante todos los años volé por lo menos una vez por año (lograr esto ahora es fácil, en los primeros años no).

[Un despegue perfecto, buena lectura, una cerveza fría y música clásica, son una combinación casi imbatible desde el punto de vista de mi bienestar personal. Tengo grabado en mi mente un concierto para arpa y orquesta, que escuché en las mencionadas circunstancias, y que comienza así: "ta-ri-ra-ra, ta-ta-ta-taaa...". Cada vez que lo escucho en Radio Clásica recuerdo el vuelo.]

Brasil tiene lugares de geografía privilegiada, como Río (¿no es un crimen que no se pueda caminar tranquilo por la vereda de la avenida costanera que da a la playa?), ciudades con notable encanto, como Bahía (donde, parafraseando al "Cuchi" Leguizamón, sobre quien hablaré más adelante, "sus habitantes están tan ocupados que no tienen tiempo para trabajar"); pero por sobre todas las cosas tiene una población con una envidiable filosofía de vida. "¿Tudo bem?" saluda sonriente un brasilero al que no le alcanza el sueldo para vivir, no tiene luz o carece de agua potable. A comienzos de 1986 con Any y las chicas tomamos un crucero de 8 días, que desde Buenos Aires nos llevo a Río y regresó. Durante nuestros 4 primeros días de navegación acompañamos a los brasileros que estaban terminando su gira, y en Río subieron los que nos acompañaron en nuestra segunda parte. Cuando los argentinos abordamos el Enrico C, demoramos días en "quitarnos la faja", y algunos no lo lograron durante todo el trayecto;

---

<sup>2</sup> En algún momento me volvieron los miedos, y un día no pude subir a un avión para volar entre Buenos Aires y Mendoza, "clavando" a quienes me estaban esperando para escuchar mi conferencia. Tomé un curso "anticagazo", que en mi caso funcionó. No me fascina volar, pero he vuelto a dormir en vuelos internos y la turbulencia no me desespera como lo hacía antes.

cuando subieron los brasileros, en pocas horas convirtieron la nave en un auténtico carnaval. Hoy (comienzos de 1993) la tasa de inflación en Argentina es de casi 1% mensual, y la de Brasil de casi 1% diario; pero las tapas de los diarios argentinos son más dramáticas que sus equivalentes brasileñas.

Estados Unidos. Es, fuera del mío, el único país del mundo que conozco más allá de la perspectiva del turista, por haber vivido allí primero como estudiante -con sus fondos, por lo cual le estaré eternamente agradecido- y luego como profesor y profesional, y consecuentemente haber compartido con sus ciudadanos la vida cotidiana, así como shoquentes episodios como el "pico" de la guerra de Vietnam, la Guerra de los 6 días, y los asesinatos de Martín Luther King y Robert Kennedy.

[Conocer otro país "desde adentro" implica, automáticamente, conocer al país de uno "desde afuera". En mi caso esto llevó a devaluar Argentina en ciertos aspectos, pero a revalorarla en muchos otros.]

Que "conozco" los Estados Unidos es una forma de hablar; en rigor conozco unas pocas ciudades costeras (Boston, Cambridge y Nueva York en la costa este; Los Angeles y San Francisco en la oeste), además de Washington. Suficiente para saber que existen muchísimos Estados Unidos diferentes, y para imaginar que deben existir millones más que todavía no conozco. Boston, y sobre todo Cambridge, no "existirían" sin Harvard y el Instituto Tecnológico de Massachusetts; Nueva York es un excitante "zoológico humano", en tanto que Washington está poblada por robots; San Francisco, por su parte, construida sobre colinas que dan a una bahía, es singularmente atractiva, y cuenta con una banquina de pescadores -la famosa fishermen wharf- capaz de terminar con la nostalgia por los carritos de la Costanera metropolitana.

De los Estados Unidos me gustan el valor que le asignan a la confianza, el respeto por las reglas y la forma en la cual asimilan la inmigración; y me disgusta... que en el norte del país el invierno sea tan largo, y que la calefacción genere la molestísima electricidad estática. Cuando a mitad de la década de 1960 Any fue a la biblioteca y discoteca del barrio donde vivíamos, retiró material con sólo decir cuál era su dirección: nada de antecedentes, nada de inspectores (les salía más barato reponer el ejemplar perdido por algún distraído, o mal intencionado, que monitorear a los vecinos honestos). Algo de esto lamentablemente se perdió; ya no cambian billetes por monedas en los ómnibus.

[Watergate es un episodio típicamente americano. Nixon le hizo perder el invicto a la presidencia de los Estados Unidos, al convertirse en el primer presidente forzado a renunciar antes de haber finalizado su período, no porque algunos de sus hombres espionaron en las oficinas electorales del partido Demócrata, ubicadas en el edificio Watergate de Washington, sino por haber negado que él lo sabía, siendo verdad; es decir, por haber mentado.]

Por otra parte, en Estados Unidos es fácil lograr cosas siguiendo las instrucciones, y muy difícil contraviniéndolas. Lo cual -a las trompadas, como muchos argentinos- aprendí tratando de que acompañaran un cheeseberger con más papas fritas y menos lechuga que las ofrecidas en el menú (no comprendiendo que en la cocina trabaja un haitiano, o un vietnamita, recién llegados de sus países, a los cuales cuando les gritan "14" sabe lo que tiene que hacer, pero no en caso contrario), viajando de manera diferente a la prevista o tratando de abrir un cilindro de masa para preparar medialunas sin leer las instrucciones (luego de, infructuosamente, intentar abrirlo "al uso nostro", con Any cerramos con durex el envoltorio y leímos las instrucciones. Lo único que había que hacer era golpear el cilindro contra la mesa. En cuanto lo hicimos, a pesar de los remiendos el paquete se abrió maravillosamente).

Por último, es cierto que Estados Unidos restringe la inmigración para evitar que todo el mundo vaya a vivir allí, pero también lo es que reciben contingentes inmigratorios -legales e ilegales- cuantitativamente importantes y bien heterogéneos. Asombra ver cómo el espíritu americano sobrevive al melting pot (crisol de razas).

Bélgica. Al llegar, junto a Juan Carlos Díaz visitamos la ciudad de Brujas con el entonces representante comercial de Argentina en aquel país. Al terminar de almorzar, y mientras Díaz fue al baño, lo esperé fuera del restaurante junto al mencionado funcionario cuyo apellido no recuerdo (¿Barbayelata?). Lo que sí recuerdo es que mientras esperábamos apareció el sol, y el hombre me hizo correr para aprovecharlo. Recién llegado a Bélgica, juzgué su comportamiento muy extraño; pero luego de casi 10 días de permanencia en dicho país entendí por qué: Febo no volvió a aparecer en la capital de Bruselas durante todo el período (es fácil distinguir a un belga cuando se anda por el mundo, porque es de los que parecen tomar sol en Groenlandia).

La plaza mayor de Bruselas es una maravilla (¿o será que vi vender, en cucuruchos, papas fritas, mi plato predilecto?). En Argentina una plaza es un lugar que tiene -o alguna vez tuvo- pasto, arbolado, juegos para los chicos, en cuyo perímetro hay calles. La plaza mayor de Bruselas, como la de Madrid, es un espacio empedrado -o asfaltado-, rodeado de edificios de pocos pisos, por el que no circulan vehículos, en algunos de cuyos costados hay mesas para comer y beber. La belleza de la plaza mayor de Bruselas, consiguientemente, surge de la belleza de los edificios que la rodean.

Inglaterra. Apenas la conozco, cosa que lamento (no tuve oportunidad de regresar, luego del conflicto de Malvinas). Me divierte ver como manejan "al revés", lo cual me obliga a mirar "para el otro lado" cuando cruzo una calle. Observando cómo aprovechan cursos de agua de pocos metros de ancho, perfectamente canalizados y que la gente utiliza para nagevar, recordé la porquería que es el río Reconquista a la altura de Paso del Rey, que es donde lo conozco. ¿Por qué no podremos también los argentinos hacer navegables esos cursos de agua?

Francia. Conocí París en 1970, pero recién en la visita que hice en 1993 capté su majestuosa arquitectura. En cuanto pueda vuelvo.

España. En cuanto puse un pie en Madrid, a mediados de 1975, me sentí en mi casa. Y eso que, como ya expliqué, a pesar de mi origen español por los 4 costados, España no era un

tema de conversación, ni en mi casa ni en la de mi abuela. Pero la similitud arquitectónica entre la Gran vía y la Avenida de Mayo, y sobre todo el castellano hablado de manera tan graciosa como lo hacen los españoles, me cautivaron desde el comienzo (también me encanta la versión escrita; por ejemplo, me divierte leer la narración, y el correspondiente análisis, de las corridas de toros, de las cuales presencié una... que no me disgustó para nada). Recorriendo España (además de las ciudades que rodean Madrid conozco el noroeste y el sur de la península) y hablando con su gente, entendí mucho de lo que había "mamado" en mi familia, de lo bueno y de lo malo.

Es lógico que lo menos familiar tenga cierto encanto especial; caminando las callecitas de la ciudad vieja de Toledo, como las de tantas ciudades de Italia, como las de la ciudad vieja de Jerusalén, uno aprecia lo inmensa que es Argentina.

En el Escorial vi la silla en la que transportaron desde Madrid a Felipe II, monarca español que sufría de gota. "Lo que es el cambio tecnológico", pensé comparando la mejor tecnología entonces disponible -la que estaba a disposición del rey-, con la actual, donde un cualquiera como yo había cubierto en un ratito, en un cómodo ómnibus con aire acondicionado, el trayecto que al rey le había llevado días.

La primera vez que recorrí el Museo del Prado me sentí extrañamente familiar. Ocurre que allí encontré los originales de muchas obras cuyas reproducciones había visto muchas veces, hojeando un diccionario que había en la casa de mi abuela. El otro conocido museo que visite en Madrid fue el del... jamón, donde sirven exquisiteces a metros de la puerta del Sol... ¡que es una plaza!

Uno de los momentos más emocionantes que viví en España ocurrió en 1988, cuando con Alfonso Martínez vimos una noche la Plaza Mayor de Madrid -no tan hermosa pero más grande que la de Bruselas- colmada de jóvenes que bailaban motivos musicales de toda España (seguramente que en los recitales que se hacen en Argentina ocurre lo mismo, pero a ellos concurren mis hijas, no yo).

[La música española, la clásica y también la popular, me conmueve más allá de las circunstancias. Aunque también las circunstancias ayudan. En Helsinki con Any asistimos a un concierto. De pura casualidad actuaba la Orquesta Nacional de España, que comenzó el programa con la... sinfonía española de Edouard Lalo. Me hirvió la sangre.

España inspiró a varios compositores extranjeros (Lalo es francés, como Georges Bizet, autor de Carmen. El ruso Nicolás Rimsky-Korsakov, por su parte, escribió el Capricho Español).]

Italia. No se puede ser indiferente a las circunstancias. Recorrí Roma, Nápoles y Sicilia a comienzos de 1993, en medio de una crisis económica y política fenomenales. Consiguientemente conservo el encanto de la geografía italiana (en el sentido que llevó el ómnibus, recorriendo Sicilia durante una semana tuve el mar a mi izquierda y colinas cultivadas a la derecha. El paisaje terrestre me hizo acordar a Entre Ríos. Por eso le pedí a mis amigos entrerrianos que en la cima de algunas colinas construyeran templos griegos, para tener a Sicilia

en casa), pero me faltó la interacción con el pueblo italiano: sus particulares razonamientos, su hablar con las manos, etc. La alegría cuesta; una Italia alegre me hubiera resultado una Italia mucho más cara en términos de dólares.

[La arquitectura desarrolla "tics". Acostumbrados, por razones geográficas, a apilar una pieza sobre la otra en las casas que existen en los pequeños pueblitos, en Italia en medio del campo, sin ninguna necesidad aparente, se ven casas de altos.]

Venezuela. Un detalle puede estropear la imagen que una persona se forma de un país. En noviembre de 1976 la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y el Banco Central de Venezuela organizaron una conferencia, a la que me invitaron como comentarista, según ya expliqué. Para viajar obtuve la correspondiente visa, para lo cual expliqué en el consulado venezolano en Buenos Aires el propósito del viaje. Terminada la conferencia, tenía reservado un lugar en un vuelo sin escalas Caracas-Buenos Aires, que partía de la capital venezolana un sábado de comienzos de diciembre a las 7 de la mañana. En el aeropuerto me pidieron el "certificado de solvencia", un documento que prueba que no le debo nada a la dirección General Impositiva de Venezuela. De nada sirvió que explicara -mostrando los papeles- el propósito de mi viaje, y que consiguientemente no debía nada porque no había ganado un solo peso. Perdí el avión. Indignado, regresé al hotel, hablé con Aníbal Pinto, principal funcionario de CEPAL en la conferencia, quien milagrosamente -repito, era sábado- se comunicó con el ministro de economía, quien en la víspera nos había dictado una conferencia, quien le prometió llamar al aeropuerto para que me dejaran salir... en otro vuelo, al rumbo que fuera (con tal de salir, hubiera llegado a Buenos Aires vía Honolulu). A media tarde dejé Caracas vía Lima, mi pasaporte en medio de una pila de una docena y media de pasaportes diplomáticos pertenecientes a los funcionarios de CEPAL. Llegué a mi casa 24 horas después de lo previsto, con un fastidio hacia Venezuela que hoy (15 años después de ocurrido el episodio) sigue intacto. No volví nunca más... y van a tener que ocurrir circunstancias muy especiales para que lo haga.

Grecia. Como Egipto supongo, como Italia me consta, Grecia es un país de pasado glorioso y presente más que opaco. Me maravilló constatar la belleza arquitectónica, y sobre todo la acústica del teatro de Epidauro (desde la última fila de las gradas escuché, a pesar de la lluvia, ¡el "clic" de la birrome que accionaba la guía en el centro del escenario!), así como observar la longitud y altitud del canal de Corinto, que cruzamos en un ómnibus como quien cruza un puente cualquiera... y nos detuvimos apenas terminamos de cruzar. Pero el entonces presente (1980), particularmente con sus restricciones energéticas, era deprimente.

Israel. Ningún otro país me generó tanto impacto emocional como Israel, que ya visité en 3 oportunidades (1980, 1989 y 1990) y al cual volvería en cualquier momento. Ojalá las líneas que siguen contribuyan a explicar -y a explicarme- por qué. "Sólo te digo una cosa: vas a encontrar el camello al lado de la computadora", me dijo un compatriota que conocía Israel, para ilustrar la coexistencia de elementos bien antiguos y bien modernos... todos en uso, y no sólo no se equivocó sino que ni siquiera exageró (al árabe y al judío ortodoxo a quienes vi

caminando en la ciudad vieja de Jerusalén, no los contrató la dirección de turismo para que adornaran mi foto; viven y trabajan allí).

Un viaje a Israel por avión comienza en el aeropuerto extranjero donde uno se embarca. Antes de que piense que merezco ser internado en un hospicio, mejor me explico. Cuando se viaja a Israel, antes que nada, delante del equipaje y con el billete y el pasaporte en la mano, hay que contestarle a un (o una) joven, normalmente muy joven, preguntas como las siguientes: ¿cuál es el propósito del viaje?; ¿quién pagó el pasaje?; ¿quién hizo la valija?, etc. (el temario es abierto y de duración variable). Y mejor que lo haga con precisión y sin contradicciones. Al terminar de hablar con el joven aparece otro joven, quien también formula preguntas -a veces las mismas, a veces otras-, y cuando termina el segundo los 2 conferencian a varios metros de uno. Si todo resulta satisfactorio, sigue el trámite normal de cualquier vuelo internacional; si no, puede haber más preguntas, revisión de la valija, revisión de su ropa, etc. (al salir de Israel ocurre lo mismo). Y no siempre lo que creí que facilitaría las cosas lo hizo. Cuando me preguntaron si tenía amigos o parientes en Israel contesté: "Parientes, no; pero soy amigo del presidente del Banco Central". ¡Para qué!; 10 minutos más de preguntas. Y cuando usé una valija de mi mujer, cuyas iniciales eran "GC" (las de nuestras hijas), que antes le había prestado a Eduardo Mondello, esposo de una amiga suya y mía, quien le había puesto una identificación suya y yo no se la había quitado, me preguntaron "¿qué significa este nombre?". Como tuve que leerlo, les pareció extraño. Me hicieron abrir la valija, la cual dieron vuelta por completo. Les dije que miraran todo lo que quisieran, porque no tenía nada que ocultar y porque en las mencionadas circunstancias presumo que lo único que uno no tiene que hacer es resistirse a una verificación.

[Nunca vi el procedimiento como una molestia. Por otra parte, nunca viajé tan seguro como hacia y desde Israel, en El Al o en otra compañía.]

Llegué a Israel con mi familia, desde Grecia, sin hotel ni excursiones contratados, 9 días antes de que comenzara el congreso en honor de Raúl Prebisch, motivo del viaje. Arribar por avión implica aterrizar en un aeropuerto que queda a unos 20 kilómetros de Tel Aviv y 40 de Jerusalén. Casi tirando una moneda al aire, decidimos ir a Jerusalén. Frente al hotel (que contratamos por teléfono desde el aeropuerto), distante un par de cuadras de una de las puertas de acceso a la ciudad vieja de Jerusalén, contraté un tour de 7 días que comenzaba al día siguiente. Luego de lo cual -como la familia estaba cansada- me fui a caminar, solo, por la ciudad vieja. Era de tarde pero todavía había luz, y era 1980, es decir, antes de la Intifada.

Y ahí comenzó la magia... que no paró más. Porque lo que en ese momento vi fue bien distinto de todo lo que había visto antes, incluyendo Toledo; y eso que por donde entré no di con ninguno de los lugares sagrados (el Muro de los Lamentos, la Mezquita de Omar -también llamada Domo de la Roca- o el Santo Sepulcro). Recuerdo un pequeño bar, en cuyo salón sólo cabían un par de mesas, cuya porción principal estaba ocupada por una pequeña alfombra, sobre la cual había un árabe orando sobre sus rodillas y con la cabeza contra el suelo -al desandar el camino la alfombra estaba enrollada y el árabe atendía el bar- (esto es real, pensé). Volví al hotel excitadísimo.



Desde el punto de vista geográfico Israel es un país pequeño, más largo en el sentido vertical que horizontal, que sospecho se atraviesa en auto en pocas horas. El tour comenzó en Tel Aviv (en esa semana debo haber recorrido el trayecto Tel Aviv-Jerusalén no menos de media docena de veces), usando los primeros 2 días para visitar Galilea y las colinas del Golán, los 2 siguientes para conocer Jerusalén, Masada y el mar Muerto, y los 3 últimos para viajar al Negev y Eilat (al terminar la tour necesitamos más de un día para recuperarnos). Me falta conocer Haifa.

Viajamos a Galilea el día en que James Carter intentó -infructuosamente, por desgracia- rescatar a los rehenes norteamericanos que había en la embajada de su país en Irán (recuerdo el pesar de todos los integrantes del tour, particularmente el de los norteamericanos; y también que mientras muchos se burlaban de Carter, Anwar El Sadat, entonces presidente de Egipto, le ofreció bases en su país y le sugirió que lo intentara de nuevo. ¡Eso es "estar" cuando se lo necesita!). Hicimos noche en un kibbutz, lo cual no muestra ningún espíritu de aventura porque dormimos en un hotel 4 estrellas que forma parte de sus instalaciones. A la noche, a quienes quisiéramos, nos explicaron cómo funcionaba el kibbutz. Luego de la descripción y la exaltación del sentido comunitario, pregunté qué hacían con los vagos: "Hay un período de prueba, antes de admitir a los nuevos miembros". Viendo la posición estratégica de las colinas de Golán, y cómo los israelíes transformaron pantanos en campos fértiles, secando y regando artificialmente, no necesité que alguien me explicara por qué Israel se resiste a devolver las referidas colinas, que antes de la Guerra de los 6 Días constituyeron un cómodo posicionamiento para que los francotiradores "molestaran" a los colonos que cultivaban la tierra.

[La visita a Galilea y a Jerusalén hizo aflorar mi catolicismo. Como expliqué, no voy a misa; pero cuando el guía indicó "Por aquí caminó Cristo", "estos son los restos de la casa donde el arcángel Gabriel le anunció a María la venida de Jesucristo", y "éste es el agujero donde -se cree- estuvo clavada la Cruz", fue imposible permanecer indiferente.]

La forma en que está organizada la visita a la ciudad vieja de Jerusalén le agrega dramatismo a la emoción que aflora de manera espontánea. Partimos de Tel Aviv por un camino que, como dije, se parece mucho al que une Córdoba con Villa Carlos Paz. Cuando pequeñas colinas aparecen a los costados del camino, se ven camiones volcados y parcialmente destrozados ("son aquellos integrantes de los convoyes que intentaban abastecer a Jerusalén, durante el bloqueo iniciado en la Guerra de la Independencia de 1948, pero que no lo lograron") y un bosque con 6 millones de árboles ("uno por cada muerto en el Holocausto"). Al aproximarnos a Jerusalén, antes de ingresar en la Ciudad Vieja se visita el cementerio de la Reconquista, donde están enterrados los jóvenes soldados que murieron en 1967, precisamente al reconquistar Jerusalén -usando armas blancas, ¡para no destruir los lugares sagrados!-. Cuando después de todas estas experiencias se ingresa en la ciudad vieja por una puerta muy cercana al Muro de los Lamentos o Muro Occidental (una parte del templo de Salomón), el corazón de judíos y no judíos está por estallar. Dentro de la ciudad vieja recorrí parte de la vía Dolorosa, y viendo cómo se compra y se vende en el mercado pensé que -si no fuera por la

calculadora electrónica- así fue como Cristo vio a los mercaderes cuando pasó con la Cruz ("el camello junto a la computadora", como decía mi amigo). Al finalizar la recorrida por la ciudad vieja visité el impactante museo del Holocausto.

[¿La internacionalización de Jerusalén, a manos de las Naciones Unidas? La idea, naturalmente resistida por el gobierno de Israel, me parece hartamente peligrosa. Lo estoy diciendo desde una perspectiva egoísta: como católico, no siento ninguna restricción a una Jerusalén bajo jurisdicción y cuidado del estado de Israel.

En 1990, con José Luis Machinea sufrimos una muy particular restricción por motivos religiosos. Al intentar traspasar una puerta, a una o 2 cuadras de la mezquita de Omar, hacia donde nos dirigíamos, nos paró un soldado. "No pueden pasar por aquí". ¿Por qué?, preguntamos. "Porque no son árabes". Al final llegamos, pero tuvimos que dar una vuelta.]

El territorio de Israel es chico, pero no uniforme. Viajando hacia el este y el sur me metí en el mar Muerto (el lector debe apreciar que no dije me sumergí en dicho mar, porque debido al alto contenido de sal hasta "el flaco" de Pablo flota, lo cual genera una sensación muy curiosa). Que el mar Muerto se está secando lo prueba el hecho de que las modernas instalaciones del balneario que utilizamos quedaron tan lejos de la orilla, que ahora las une una combi. También recorrí Masada, el palacio construido por Herodes en la cima de una colina, donde varios cientos de judíos resistieron más de un año, hasta que los romanos terminaron de construir otra colina, al lado de la primera, y se suicidaron en la víspera del día en que finalizó la construcción e iban a ser capturados. Y también conocí el Negev, que presumo está esperando que llegue el riego artificial para también convertirse en fértil.

En Israel impactan la geografía, la historia y la religión; pero en mi caso, más que todo eso junto, me impactó la gente. Contra lo que esperaba, Israel es un país increíblemente heterogéneo, casi caótico (cuando, sonriendo, me preguntaron qué quería decir cuando afirmaba que en Israel me sentía como en mi casa, respondí: "Porque como mi país, esto es un quilombo"), donde conviven las opiniones más diversas, aún sobre los temas más delicados. Me encantan la forma en que se involucran con uno, sin que yo me haya sentido avasallado; su sentido del humor -increíblemente, se ríen de las mismas cosas que nos reímos nosotros (por eso en Israel cuento cuentos y el auditorio se ríe)-; y que nos les importe vestirse bien (la gente no se viste sino que se tira ropa encima, y ni en las reuniones del Gabinete Nacional los ministros usan saco o corbata). En una palabra: en Israel encontré vida.

[Acostumbro a brindar por la vida. Cuando en Israel pregunté qué quería decir lejaim, el vocablo que utilizan al brindar, me dijeron: "Por la vida". No lo podía creer.]

Quizás porque lo conocí en 1980, también me llamó la atención el grado de libertad de prensa que existe en Israel, a pesar de -¿o gracias a?- la fuerte corriente inmigratoria proveniente de países no democráticos. El Jerusalén Post, que se escribe en inglés, usaba munición de la gruesa para disparar contra los miembros del gobierno de turno. Encontré

soldados (y soldadas) por todos lados, así como civiles armados -choferes de ómnibus escolares, por ejemplo-, pero como tenían cara de inteligentes no sentí temor.

Leí un poco sobre tan fascinante país, y particularmente sobre su turbulenta historia reciente (recuérdese que en Israel los "San Martín, Belgrano y Moreno", hasta hace pocos años vivían). A los interesados les recomiendo especialmente la lectura de los capítulos relevantes de las Memorias de Henry Kissinger (Atlántida, 1979 y 1982), así como la autobiografía de ese increíble personaje que fue Golda Meir (Mi vida, Plaza y Janés, 1978).

Uruguay. Lo conocí de grande, "gracias" a los Tupamaros. En efecto, recién en 1980 -y sólo horas- estuve por primera vez en Montevideo, para dictar una conferencia. Desde entonces volví varias veces, particularmente para participar en las jornadas de economía que organiza el Banco Central del Uruguay, y también para disfrutar -fuera de temporada- de esa maravilla que es Punta del Este.

[Durante los años en los que participé, los organizadores de las referidas jornadas tuvieron la buena costumbre de ofrecer una cena para los oradores extranjeros, el domingo anterior al comienzo de las deliberaciones. En dicha cena, la inquietud que el presidente del Banco Central del Uruguay de turno nos planteaba a los argentinos era siempre la misma: si la política económica iba a durar hasta enero del año siguiente, para calcular el impacto que la temporada veraniega de Argentina iba a tener sobre la economía uruguaya.]

A los montevidEOS les envidio que tengan playas (según me explicó el maestro García, debido a no sé qué fenómeno la arena se deposita sobre la costa uruguaya del río de la Plata, y no sobre la argentina), y que se pueda caminar tranquilo por la costanera, lo cual en Río es imposible.

Finlandia. Lo que más recuerdo de Finlandia son... las finlandesas; porque son rubias y de ojos claros, una "mercadería" absolutamente abundante allí y notablemente escasa en nuestro medio. De su rarísimo idioma sólo recuerdo una palabra: ravintola (para pronunciarla acentúe la i, y recuerde que los finlandeses esdrújulan todas las palabras), que quiere decir restaurante, un vocablo esencial para mí que en Finlandia no pude utilizar todo lo que me hubiera gustado. Me acordé de Helsinki (acentúe la e) cuando en agosto de 1992 conocí Leningrado... perdón, San Petersburgo.

Holanda. Caminar Amsterdam a la orilla de sus canales cansó mi cuerpo pero no mi espíritu (otra vez aparecen recuerdos hermosos conectados con el agua). Por otra parte, llegando a Holanda desde Finlandia; ¡qué bien se come en los países bajos!

Japón. Las porciones de Tokio que junto con mi mujer conocí a fines de 1987 me dejaron los siguientes recuerdos: prolijidad, delicadeza (cuando equivocamos la estación de subte en la que teníamos que bajar, encontramos una esquina inolvidable. ¿Se imagina usted salir del subte en el Obelisco, y ver iluminados el frente de todos los edificios que dan a Corrientes, desde Callao al Bajo, y los que dan a 9 de Julio, de Santa Fe a Belgrano, con tubos

fluorescentes de colores suaves?), mucha música clásica, baños no siempre identificados en idiomas diferentes del incomprensible japonés (algunos, para indicar la presencia de inodoro, dicen western style -estilo occidental-), estrechez (los problemas de espacio son notables. El tour por la ciudad incluye la casa del presidente de no sé qué empresa importante, de las cuales hay miles en Argentina. Desde el punto de vista del espacio, la pasión japonesa por el golf es un castigo divino).

En Japón, claramente, no estaba en mi casa. Y no lo digo por haber vivido alguna experiencia desagradable, sino por una sensación muy profunda e incondicional (sensación que, como expliqué, el jesuita belga Robert Ballon no logró superar luego de 40 años de permanencia continuada en Japón). Cualquiera occidental que uno encuentra por la calle despierta una inmediata sensación de familiaridad, que nos hace sonreír y saludarnos... ¡aunque el otro sea noruego! Sorprendentemente, pocos japoneses hablan inglés (sí el conserje del hotel, quien da las instrucciones. Nos alojamos en el hotel Imperial Plaza... que para los japoneses tiene otro nombre; por eso cuidábamos menos el pasaporte que la tarjeta que de un lado tenía el nombre occidental del hotel y del otro, en japonés, debía decir algo así como: "Por favor, señor taxista; ¿podría llevar a este perdido hasta el Imperial Plaza?". Los taxis cubren los asientos con forros de tela impecablemente blancos, ofrecen al pasajero pañuelos de papel y revistas, el chofer conduce con guantes blancos... y son muy caros.

Quiero volver a Japón, pero con algo de tiempo y no simplemente a Tokio. Quiero averiguar si, como sospecho, existen millones de "japonés" distintos.

Panamá. El canal, que está muy cerca de la ciudad, es una maravilla. El origen del balboa, la moneda de Panamá, merece contarse. Según me explicó Nicolás Ardito Barletta, ex presidente de ese país, antes de construirse el canal el territorio donde está ubicado pertenecía a Colombia. La construcción implicó un esfuerzo de tal magnitud que el propio pago de los salarios determinó la modalidad con que se hicieron las transacciones; como los salarios se pagaron en dólares, fue lógico que el dólar resultara siendo la moneda. Ahora bien; ¿qué país que se respeta no tiene himno, bandera, estampillas postales y moneda? Entonces crearon una, que llamaron balboa. Es una moneda de cuenta (no existe físicamente), y ya que había que inventar un tipo de cambio, eligieron el más cómodo posible: 1 a 1 con el dólar. Los cheques se emiten en "balboas" por su equivalente en "dólares", pero los impuestos, los salarios y todo, se transa en dólares. A punto tal que si Perón fuera hoy presidente de Panamá, preguntaría: "¿Alguna vez alguien vio un balboa?".

Alemania. Viajé a Alemania (occidental) con grandes expectativas, las cuales fueron superadas por la realidad. Como cuando me encontré manejando un BMW acompañando al resto del tránsito, por el carril del medio de una perfecta autopista de 3 carriles por mano... a 170 kilómetros por hora; como cuando 2 minutos antes de la hora prevista para la partida no había rastros del tren de Lufthansa, que a Any y a mi nos tenía que llevar de Colonia a Frankfurt, y de repente llegó y partió en hora; como cuando reparé en los niveles de consumo de la gente. En estas condiciones, como ya expliqué, el contraste entre Berlín este y oeste no pudo ser mayor.

¿Quién es el ciudadano más ilustre de Bonn? Con perdón de Konrad Adenauer (¿es cierto que luego de la Segunda Guerra Bonn fue la capital de Alemania Occidental, porque Adenauer vivía allí?), el ciudadano más ilustre de Bonn es Ludwig van Beethoven. Visité su casa, la cual cuenta con comodidades muy exiguas para los ojos contemporáneos, pero nada despreciables para la época. Testimonios de su paradójica sordera, en la vivienda se exhiben los aparatos que inventaron para mitigarla, al parecer sin éxito. En Salzburgo conocí la casa de Mozart, pero sólo por afuera porque estaba en restauración.

Rusia. En agosto de 1992, con Any y Alfredo Martín Navarro vivimos casi un par de semanas en Rusia (4 días en San Petersburgo y 8 en Moscú).

En Rusia, donde la gente fuma mucho, todo es inmenso. Las manzanas, de más de 100 metros de largo, están edificadas hacia las veredas, dejando un fantástico pulmón adentro, donde hay juegos para niños y lugar para estacionar autos. Me llamó la atención la discrepancia que existe entre el tamaño de los locales y lo que hay para vender dentro de ellos.

Nadie corta el pasto, pinta las paredes o limpia la escalera de los departamentos (en cuanto aparezcan los jardineros y los pintores, Rusia va a quedar espectacular). El único jardinero que existe, al parecer trabaja en el Kremlin. Hay 2 lugares que, por su prolijidad, no parecen estar en Rusia: el Kremlin y el... subte (eficiente, limpio, majestuoso. Se viaja por un rublo, que en ese momento equivalía a medio centavo de dólar. Las escaleras mecánicas son muy rápidas y bien profundas).

En las rutas, que no son lisas ni están pintadas, no hay pozos (los alemanes construyeron una, luego de la Segunda Guerra Mundial, que es perfecta). Las calles lucen razonables, excepto que está roto el asfalto al costado de las vías de los tranvías (el servicio tranviario es muy bueno, aún en lugares alejados del centro).

En San Petersburgo más de 90% de los autos (que no son muchos) son Lada, la versión soviética del Fiat 1500 (como los jardines, los autos carecen de mantenimiento y pintura). En Moscú hay autos extranjeros, particularmente Volvos. En las estaciones de servicio, luego de una cola de varias horas se consigue combustible a 5 centavos de dólar por litro. A pasos de la estación, en bidones, se consigue nafta sin hacer cola... pagando 4 veces dicho valor (es obvio que el encargado del bidón es el mismo encargado de la estación de servicio; como también es obvio que el camionero que trae la nafta sabe cómo funciona el sistema, y consiguientemente le pide sobreprecio al encargado de la estación de servicio; como también lo es que quien destila también sabe cómo funciona el sistema).

En los hoteles la llave se pide en cada piso (la encargada también lava la ropa, y presumiblemente lo que cobra por ello es para ella). Cada habitación tiene una línea telefónica propia, cuyo número no tiene nada que ver con el de la habitación. La prostitución es indisimulable. Las tarifas del hotel son altísimas, dada la calidad del servicio (limpieza, mantenimiento, etc.). En el comedor el mozo ofrece caviar en venta, que disimuladamente saca del bolsillo interno de su saco. Se puede comer razonablemente bien en los restaurantes, a precios completamente distintos según si uno conoce o no los lugares "correctos". El champán y el caviar son muy baratos.

En San Petersburgo -cuya similitud arquitectónica con Helsinki es notable aunque no sorprendente; y cuyo diferente estado de conservación también es notable- escuché el equivalente de Radio Clásica, y en un pasillo del subte de Moscú a un cuarteto formado por 3 violines y un contrabajo, que me deleitó con piezas de Mozart y Bach -eran auténticos profesores de música, seguramente maestros integrantes de orquestas sinfónicas, luchando por su vida-. En un castillo escuché música de cámara en una cámara, apreciando lo que se pierde cuando dicha música se escucha en un teatro.

Volvería a Rusia, pero a menos que lo tenga que hacer por motivos profesionales, no antes de que finalicen la transición.

. . .

Hacia fines de la década de 1980 había tomado la costumbre, antes de viajar al exterior, de imprimir etiquetas con las direcciones de una cincuentena de mis amigos antes de viajar, comprar postales y enviarlas. Es habitual que los turistas compren tarjetas, no que las adquieran "al por mayor", y particularmente fuera de temporada, como me ocurre a mí dado que normalmente viajo por razones laborales. Por eso, todavía recuerdo el agradable shock que les produjo a 2 vendedoras de cierta edad de sendos quioscos, en Tel Aviv a comienzos de 1989 y en Innsbruck a mediados del mismo año, al poner sobre el mostrador la referida pila de tarjetas y preguntar "¿cuánto es?". 7 de mis amigos con mayor sentido del humor recibieron desde Austria una postal que decía Innsbruck by night (Innsbruck de noche). La tarjeta era totalmente negra (uno de los que me festejó la humorada fue Mario Piñeiro, quien me mostró otra pieza de su colección: una tarjeta totalmente gris, con la siguiente inscripción Foggy London -Londres nublado-).

. . .

¡Qué país tenemos (qué geografía, qué clima, qué ciudad Capital)! Andando por el mundo, esta exclamación me surge una y otra vez de manera natural.

Es tan tonto no admirar lo ajeno que se lo merece, como subestimar lo nuestro simplemente porque lo es. En el mundo encontré maravillas, que me permitieron conocer mejor las que hay "en mi barrio".

Me siento argentino cuando ando por el mundo y porteño cuando ando por nuestro país... y a mucha honra en un caso y en el otro. No me siento "ciudadano del mundo", y me dolería muchísimo tener que emigrar, por cualquier causa. Si tuviera que hacerlo, pensaría en vivir en Uruguay o en Chile, entre los países limítrofes, o en los Estados Unidos, España o Australia entre los más alejados (¿e Israel? Cuando a colegas míos, judíos -algunos argentinos, otros no-, les pregunté qué podía hacer un católico como yo en ese país, sonriendo me contestaron: "Mejor quedate en Argentina").

[Fuera del idioma local, el inglés es el idioma "universal" por excelencia. Esto no quiere decir que en los países donde el inglés no es el idioma "nacional", todo el mundo lo hable (en Japón, por ejemplo, pocas personas hablan inglés). Pero tanto en el ámbito científico, como en el de los negocios o el turismo, el inglés es un idioma suficientemente usado para que a mis hijas, y también a mis alumnos, les recomiende fervientemente que tomen inglés como su principalísimo segundo idioma, y a los demás a caballo de aquel, nunca como sustituto.

Cuando me encuentro con una persona que sólo habla inglés, naturalmente hablamos en dicho idioma. Algunos piensan que a raíz de ello me "rebajo"; al contrario, hablando en su idioma, cosa que yo puedo hacer y él no, le demuestro que soy superior a él.]

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

28

## ENCUENTROS

¿Qué convierte un encuentro en un hecho inolvidable y digno de mención? A veces el motivo, en otras oportunidades las circunstancias, en mi caso -por lo general- la persona que lo protagonizó. De la enorme mayoría de la gente que conocí ya hablé, pero tuve algunos otros encuentros -normalmente breves, siempre muy intensos- que no quiero dejar en el tintero (pido perdón si me olvido de alguno); encuentros que para eludir una difícil jerarquización ordené por abecedario.

Ramón Agrasar. En cuanto llegué a Córdoba para asistir a la reunión del capítulo latinoamericano de la Sociedad Econométrica que organizó Cavallo en julio de 1986, cené en una de las mesas dispuestas al efecto. Me senté junto a Ramón Agrasar, a quien no conocía y que presumo estaba allí por trabajar en una de las empresas auspiciantes del encuentro.

Gran entusiasta de la historia argentina -particularmente de la agropecuaria-, y atractivo contador ("es peligroso dejar hablar a un chacarero"), Ramón continuó el jugoso "diálogo" enviándome una interesantísima carta el 6 de agosto de 1986, y un ejemplar de James R. Scobie: Revolucion en las pampas, Ediciones Solar, 1983.

René Balestra. ¿Cómo le va colega? le dijo un día René a un humorista. Al ver al hombre sorprendido y confundido, le aclaró: "Soy profesor de derecho constitucional; sólo a un humorista se le puede ocurrir trabajar de eso en Argentina".

En junio de 1988, con Juan Carlos Bachiochi, Jorge Etchebare y Enrique Gotz, 3 amigos suyos y desde ese momento también míos, propietarios de CAPSA, una empresa petrolera que explota un yacimiento existente en Diadema, ubicada a unos 20 kilómetros de Comodoro Rivadavia, viajamos en el avión de la empresa para que yo disertara en Comodoro, y



regresamos al día siguiente. La gira resultó inolvidable porque nos juntamos 5 fanáticos del buen humor, quienes durante 24 horas no paramos de contar cuentos.

Raúl Cuello. Compañero de incontable numero de conferencias, una vez me invitó a acompañarlo a algunos de sus campos, en uno de los cuales me llamó la atención que la casa de su encargado tuviera las mismas comodidades que la suya. Viajamos en su avión, un monomotor que durante algunos minutos mantuve en vuelo (la sensación de mover los pedales y el timón, y sentir la respuesta del aparato, me resultó muy impactante). María Luisa ("Coqui"), su mujer, es muy amiga de la mía.

Su avión fue protagonista de una historia fascinante: llegando un día al aeropuerto de Don Torcuato, mientras Cuello era director de la Dirección General Impositiva (DGI), se le acercó un vendedor de aviones proponiéndole el cambio por una máquina mejor. "Me gusta, pero no tengo dinero", le dijo Raúl. "Pero usted es productor agropecuario, así que lo puede descontar de su declaración impositiva", le contestó el vendedor. "No puedo, porque eso sólo se puede hacer con aviones de ciertas características, no el que usted me quiere vender". "Sí que puede". "No puedo". "Tanto puede que... (y entonces el vendedor le recitó una lista de empresas y personas que lo habían hecho)". "A pesar de lo que usted dice no se puede", insitió Cuello. "Le apuesto a que se puede", porfió el vendedor. "Listo", aceptó Raúl. Aprovechando que se había acercado el encargado del hangar, Cuello propuso formalizar una apuesta y, para resolverla, hacerle la consulta al director de la DGI. El sorprendido vendedor supo de labios del encargado que había mantenido la discusión con el mismísimo zar de los impuestos. "No voy a usar la información que me dio, pero no siga con esto porque no se puede", finalizó Cuello.

Esta historia me recuerda un par de otras, relacionadas. La primera, que ya referí al describir mi paso por el Ministerio de Economía, ocurrió un mediodía de fines de 1969-comienzos de 1970, cuando Juan Carlos Gómez Sabaini se encontró con que en el restaurante donde almorzábamos habitualmente, primero lo atendieron con gran demora y luego pretendieron cobrarle mucho menos de lo que había consumido. Al pedir la rectificación de la cuenta, un pícaro mozo le dijo: "Invitación de la casa, jefe; ocurre que tenemos un inspector de la DGI haciendo una estimación de nuestras ventas". Gómez Sabaini era entonces jefe de la reforma impositiva que impulsaban el secretario Mey y el ministro Dagnino Pastore.

La otra historia ocurrió a mediados de la década de 1970. Ernesto Gaba, entonces subsecretario de agricultura, acompañó a funcionarios a una interpelación legislativa sobre el tema carnes, al terminar la cual fueron todos a cenar al Tropezón, legendario restaurante en aquel entonces ubicado en Callao 248, hoy desaparecido. Era período de veda, no obstante lo cual uno de los comensales, pícadamente, le preguntó al mozo "si no había algún bifecito". Luego de la consulta correspondiente el mozo dijo que sí. Entonces todos pidieron bifes, excepto el interventor en la Junta Nacional de Carnes (JNC), quien haciendo honor a la restricción comió pastas. A la hora de pagar, el titular de la JNC llamó al mozo, le dio una tarjeta suya, al tiempo que le decía "¿qué le parece?". Ni corto ni perezoso, éste guardo la tarjeta mientras le respondía: "gracias, jefe; la voy a guardar para cuando vengan los inspectores". Todavía lo están cargando el pobre interventor.

[No sé si se habrá graduado, pero en una época Cuello estudió magia, "para entretener a mi nieto". Lo hizo con tanto entusiasmo que con fecha 23 de mayo de 1988, al escribirme por otro tema, incluyó la siguiente posdata: "cuando tengas nietos acordate de invitarme para animarles alguna fiestita. Mejor si es a los 2 o 3 años, para que no me `pesquen' los trucos. Por supuesto sin cargo".]

Ramón Díaz. Creo haber explicado que "gracias" a los Tupamaros, recién conocí Uruguay en algún momento de 1980. Posse, a quien yo había conocido en el IAEF, organizó para su empresa, Amoco, una reunión regional en Montevideo. Alguien habló sobre el resto de América Latina, yo me referí a Argentina, y un abogado analizó el caso uruguayo. ¿Qué se puede esperar de un abogado hablando de economía?, pensaba mientras un tal Ramón Díaz comenzaba a hablar. A los pocos minutos cambié de opinión. Desde entonces nos hicimos muy amigos.

Ramón, hoy (1993) presidente del Banco Central de su país, alquiló la casa en que vivía para habitar un departamento más chico y así poder complementar su sueldo público con el producido del alquiler, para vivir "dentro de sus medios" (esto me lo explicó su mujer, cuando comimos algo en vísperas del comienzo de una de las jornadas de economía organizadas, precisamente, por el Banco Central del Uruguay).

Adolfo César Diz. "El vasco" para algunos, "el mudo" para otros, cenó en casa con su mujer poco tiempo después de dejar la presidencia del Banco Central. Sentí muchísimo la amargura que sufrió por la persecución judicial, debido a su paso por el BCRA, por parte de quienes no distinguen -o no quieren distinguir- entre una decisión política y una cuestión judicial, padecimiento que en su caso duró un buen número de años, (Martínez de Hoz se tomó la cuestión con sentido más deportivo). Al autor de Oferta monetaria (Centro de estudios latinoamericanos -CEMLA-, 1975), un modelo expositivo (por la meticulosidad, me hace acordar al Dinero, interés y precios de Don Patinkin) le hice el más detallado reportaje de mi vida, que publiqué en Cronista el 1 de junio de 1982, 5 años después de inaugurada la reforma financiera.

Rogelio Frigerio. Lo traté en 1975, cuando lo entrevisté para mi Los economistas y la economía argentina, Macchi, 1977, y también en 1979, cuando lo entrevisté en el Teatro de la Cova. Comprobé, como con muchos otros, que no es necesario estar de acuerdo con otra persona para tratarnos con enorme amabilidad. A quienes lo imaginan deshumanizado o tecnócrata les digo que, según tengo entendido, Frigerio es autor de una antología de tangos publicada con seudónimo.

Carlos Saúl Menem. Al entonces candidato presidencial por el Justicialismo lo conocí en una cena organizada por Cronista en noviembre de 1988, en Las Catalinas; por el diario participamos Raúl Burzaco, Jorge Castro, Daniel Della Costa, Eduardo Eurnekián, Néstor Scibona y yo; Menem vino acompañado por su hermano Eduardo, Eduardo Duhalde, Armando Gostanián -amigo de Eurnekián- y Blas Medina, a quien yo había conocido vía Siemens.

"No puede concentrar la atención más de 5 minutos", había escuchado. No fue así. Llegó al restaurante a las 10 de la noche y a la mesa a las 10,30, porque primero saludó a cada uno de los presentes, desde el primero de los comensales hasta el último de los ayudantes de la cocina, y nos levantamos de la mesa a la 1,30 de la mañana... porque cerraban el estacionamiento.

Durante la cena me encontré con una persona a quien la cuestión económica le interesaba, y cuyo "catecismo" estaba compuesto por 5 verdades fundamentales: 1) claro privilegio de la producción sobre la especulación financiera; 2) la promoción industrial es mucho menos onerosa que la evasión impositiva de la Capital Federal; 3) hay que hacer un Pacto Social; 4) el operador económico va a tener certeza a partir de un plan quinquenal; y 5) hay que moralizar el gobierno; catecismo afortunadamente bien lejano de la política económica que finalmente aplicó.

[No me quiero atribuir nada, pero en un momento dado de la cena le dije que en materia económica tenía a su lado a una sola persona de valor: Cavallo.]

Siendo presidente, almorzamos por lo menos un par de veces, y circunstancialmente (pero sin posibilidad de hablar) en algunas otras -no muchas- ocasiones más. Participando de una comida Menem es muy amable, no invoca su condición presidencial para meterse en la discusión, y seguramente rechazaría la orden que nos dio uno de los funcionarios de ceremonial, quien nos obligó a estar sentados cuando Menem entrara en el comedor de la Casa Rosada.

[Como expliqué en el suplemento del número 150 de Contexto, el gran mérito de Menem es haberle proporcionado sistemático paraguas político a cada uno de sus ministros de economía.]

Benito Portela. Una de las mejores bendiciones divinas consiste en poder trabajar en lo que a uno le gusta. Le ocurrió a Samuelson, yo tuve la misma suerte, y lo mismo le pasó a Portela, a quien conocí cuando presidía la Fundación del Banco de Boston. Para Portela todo era posible, todo era entusiasmante (¿sabría que en castellano existe la palabra no?).

Un proyecto para el que también había prestado su apoyo, pero que se frustró, fue el siguiente: cuando invitado por la Asociación Argentina de Economía Política, en noviembre de 1985 Franco Modigliani visitó Argentina, las autoridades de la AAEP consiguieron el auspicio del Banco de Boston para financiar un programa de televisión de una hora de duración, y me pidieron a mí -el más televisivo de sus miembros- que condujera la entrevista. Enterado de la cuestión, Mario Brodersohn -entonces integrante del equipo económico que lideraba Juan Sourrouille- intentó conducir alguno de los bloques (conocedor de mi posición crítica frente al Plan Austral, Mario no confiaba en mi "profesionalidad"; lo cual dio lugar a un diálogo telefónico de esos que no se pueden pasar por televisión antes de las 10 de la noche). El canal (¿13?), a todo esto, había dispuesto su propia galería de entrevistadores entre los cuales, ¡oh

sorpresa!, estaba Brodersohn. Entonces "me borré", al mejor estilo de Casildo Herreras, y Portela agregó que dado el lío que se había armado no tenía más remedio que retirar el auspicio del Boston.

Del fallecimiento de Portela, ocurrido el 16 de agosto de 1988, me enteré de manera totalmente dramática. Ese mismo día almorcé en el banco con su titular, Manuel Sacerdote. Al plantearle no recuerdo qué iniciativa me dijo: "hablalo con Portela". Al día siguiente, al abrir el diario, me enteré de su súbito fallecimiento.

Carlos Miguel Tacchi. En algún momento del Proceso, en el hall del Hotel Plaza de Mendoza, me encontré con Juan Alemann, entonces secretario de Hacienda. "Le presento al Dr. Tacchi, uno de mis subsecretarios". Mientras me daba su mano derecha, Carlos me dijo: "Leí todo lo que usted escribió". "Mentira; yo escribo más rápido de lo que usted lee".

Así comenzó una intensísima amistad con este gran muchacho que es el contraejemplo viviente de aquello de que segundas partes nunca son buenas (repite en el gobierno de Menem su eficaz desempeño durante el Proceso). Carlos personifica una fórmula muy eficaz: idoneidad, potenciada por una enorme energía laboral.

Estoy convencido de que, debajo de su apariencia humana, Carlos Tacchi es en realidad un robot. En la reunión donde Domingo y Sonia Cavallo (¿festejaban o meramente recordaban?) sus bodas de plata, Carlos pidió la palabra para contar una anécdota. Generó silencio para referir una historia que a altas horas de la noche involucraba a un hombre y a una mujer; al final nos dimos cuenta de que se trataba de un diálogo que había mantenido con su esposa, al regresar del ministerio -como de costumbre, en la madrugada- y encontrar que entre el número de la factura de la tintorería y el del remito, había más de 2.000 números de diferencia. Todos los presentes miramos a Anita Tacchi con enorme compasión.

Jorge Rafael Videla. A través de Enrique Folcini conseguí una entrevista con quien fuera el primer presidente del Proceso. Lo visité en su departamento de la avenida Figueroa Alcorta, poco tiempo después de haber dejado de serlo. Me encontré con una persona sencilla, a quien le pedí que me describiera la relación que tuvo con Martínez de Hoz. "Conozco la relación presidente-ministro de economía desde la perspectiva del ministro; me gustaría conocerla también desde el ángulo del presidente". Charlamos de ese y otros temas durante un buen rato.

En un momento dado me preguntó cómo veía la situación económica. Le pinté un panorama muy poco alentador. Entonces me preguntó si había posibilidades de mejora, y lo hizo de tal forma que era evidente que le hubiera iluminado la tarde si le hubiese dicho que sí. Pero le dije que no (soy un profesional, delante de un ex presidente o del último ratón).

"Véngame a ver cuando quiera, ahora tengo mucho tiempo porque estoy jubilado". No lo vi más. Lamenté muchísimo su encarcelamiento. A través de Llamil Reston, quien fue uno de sus ministros, le envié alguno de mis libros.

[A los argentinos, Videla nos debe su versión de los hechos. Me encantaría que la escribiera ahora, aunque la publicara dentro de mucho tiempo.]

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

#### ASOCIACION ARGENTINA DE ECONOMIA POLITICA

La AAEP, en mi opinión y en la de muchos de los economistas profesionales argentinos, un verdadero foro de ideas y afectos, nació el 6 de noviembre de 1957, cuando coronando esfuerzos realizados por Julio Hipólito Guillermo Olivera y Oreste Popescu firmaron el acta fundacional, además de ellos 2, Juan E. y Roberto T. Alemann, Julio Broide, Benjamín Cornejo, Aldo Ferrer, Juan José Guaresti (h.), Francisco García Olano, Carlos C. Helbling, Carlos Moyano Llerena, Federico Pinedo, Ovidio Schiopetto y Francisco Valsecchi. Las cartas intercambiadas entre Popescu y Walter Adolf Johr, del comité ejecutivo de la Asociación internacional de economía, escritas todas en alemán, para obtener el reconocimiento de la AAEP por parte de la IEA, así como la documentación básica de la Asociación referida a sus 3 primeras décadas de existencia, fueron publicadas en Treinta años de la AAEP, Editorial Tesis, ¿1986?... a su costo. La Asociación cuenta hoy con aproximadamente 260 miembros activos.

Su actividad principal consiste en organizar una reunión, desde hace un cuarto de siglo con frecuencia anual, en la cual economistas de todo el país y de las más diversas opiniones, presentan su principal trabajo de investigación, para que se lo comenten un par de colegas y lo conozca el resto de la profesión... así como una cantidad no despreciable de alumnos, quienes por sus propios medios viajan especialmente para asistir a las sesiones. A partir de algún momento de la década de 1980 la Asociación invitó a pronunciar conferencias magistrales a destacados economistas extranjeros.

[Es la única ocasión en que tomo contacto con la mayoría de mis colegas, tanto de Buenos Aires como del resto del país. Ocasión que utilizo, entre otras cosas, para repartir mis otros escritos y mis libros; además de hacer sociales, como explicaré más adelante.]

Desde mediados de la década de 1960 la organización de cada encuentro recae sobre una universidad (hasta 1990 inclusive, una universidad nacional). Entre 1964 y 1991 se realizaron 26 reuniones, que tuvieron lugar en las ciudades de Bahía Blanca, Buenos Aires, Córdoba, Embalse de Río Tercero, La Plata, Mar del Plata, Mendoza, Posadas, Resistencia, Rosario, Salta, Santa Rosa, Santiago del Estero y Tucumán. Asistí a todas las reuniones menos a 2: la que en 1964 tuvo lugar en Embalse, porque todavía no me había graduado; y la que en 1967 se desarrolló en Tucumán, porque estaba estudiando en Harvard. A caballo de economía, gracias a la AAEP aprendí geografía, porque a 6 de las 14 referidas sedes las conocí asistiendo a las reuniones de la Asociación.

Además de asiduo concurrente, más de una vez tuve la oportunidad de "ponerle el hombro" a la AAEP, institución de la que fui consejero entre 1970 y 1974. Como cuando, para financiar la edición de los Anales, la Asociación organizó mesas redondas integradas por sus socios más "taquilleros", a raíz de lo cual compartí el estrado con, entre otros, Arriazu, Broda y Cavallo. además, una proporción importante de los miembros de la AAEP son profesores universitarios y/o investigadores del CONICET; viven, consecuentemente, penurias económicas y financieras, que se suman a las de las instituciones en las que prestan servicios. Por eso una vez le financié a un colega los gastos necesarios para que pudiera asistir a una de las reuniones anuales.

Siendo consejero de la Asociación conocí a Augusto Comte, quien nos dio una mano con la aprobación de un trámite delante de la Dirección Nacional de Personas Jurídicas. Entonces asesor de Gelbard (integraba, como democristiano, una alianza con el peronismo), discutimos qué hacer en materia de política económica. En febrero de 1992 se suicidó. No pudo superar que un hijo suyo, ex guerrillero, se presentara a cumplir con el servicio militar durante el Proceso, en el entendimiento de que "no le iba a pasar nada" y... desapareció.

. . .

Como dije, para mí la AAEP es un foro de ideas y de afectos. Aprendí mucho asistiendo a las deliberaciones, así como conversando con colegas y alumnos en desayunos, almuerzos, cenas y viajes; aporte del que dejé constancia en mis trabajos. Cuando se escriba el capítulo argentino de la historia moderna de la profesión, que arranca a fines de la década de 1950 con el cambio de los programas de estudio de las universidades y el surgimiento -entre otras- de la carrera de licenciado en economía, el conjunto de trabajos presentados en las reuniones de la AAEP resultara un insumo indispensable, aunque no el único. La mera lista de los títulos de los trabajos presentados es un fiel reflejo de las varias etapas vividas hasta el momento (a vuelo de pájaro distingo una primera de deslumbramiento tecnocrático; una segunda etapa de severos cuestionamientos; una tercera a la que no le encuentro calificativo adecuado; y una cuarta etapa -la actual- que merece el calificativo de maduración, tanto en la aplicación del instrumental existente, como en la forma en que se encaran los trabajos de economía aplicada, particularmente aquellos de fuerte contenido de política económica).

[Varios miembros de la Asociación fueron o son ministros de economía (Roberto Alemann, Cavallo, Dagnino Pastore, Ferrer, Moyano Llerena), pero la AAEP no es una "fábrica de ministros". Más bien, es una institución "testigo" de lo que le interesa a una porción importante de los economistas profesionales.]

Al mismo tiempo, quizás le haya enseñado algo a alguien. La siguiente es la lista de trabajos que presenté en las reuniones de la AAEP (comienzo con la monografía que llevé a Bahía Blanca en 1968, ya que como expliqué antes, sólo por la extrema generosidad de José María Dagnino Pastore figuró como coautor de los trabajos presentados en la reunión de Mendoza, de 1965): "Acumulación de inventarios e inflación, 1968; Una reseña sobre la frontera de posibilidades de producción, 1970; La macroeconomía convencional y el caso argentino, 1971; Impresiones sobre el estado actual de nuestra profesión en la Argentina, 1972; Un modelo macroeconómico de corto plazo para Argentina, 1974; Un modelo de dinero pasivo de patrón variable, 1975; Devaluación y nivel de ingreso, 1976; El civismo como bien público, 1977; Oferta y demanda de instrumentos de política económica, 1978; Pinedo et Rodrigo, uno corde, 1979; Un análisis `ex durante´ de la política económica argentina, 1976-80, 1980; Sigaut: ¿el Rodrigo de Martínez de Hoz o el Moyano Llerena de Levingston?, 1981; Del ciclo económico de raíz política al ciclo político de raíz económica, 1982; Manual del perfecto ministro de economía fracasado, 1984; Inflación, alta inflación, altísima inflación e hiperinflación o, si se prefiere, hiperinflación tipo I y tipo II, 1985; El Plan Austral hacia comienzos de setiembre, 1986; Proceso a la economía del Proceso, 1987; Fin del Mundo, Diluvio universal y sistema, 1988; Los 10 mandamientos de un buen gobierno según Henry Kissinger, 1989; Menemnomía, 365 días después, 1990; y Una explicación, algo exagerada, del estancamiento económico argentino, 1991". En la reunión de 1992 presentaré un trabajo sobre "El análisis económico en los 100 próximos años".

Del anterior listado surgen las siguientes reflexiones: 1) el listado es ilustrativo de las cuestiones que me fueron interesando a lo largo del tiempo; 2) en ningún caso presenté trabajos que me encargaron como consultor; por el contrario, muchas de las monografías fueron escritas deliberadamente para exponer en la reunión; 3) a 8 de los 22 trabajos presentados los reproduje en los (hasta ahora) 2 primeros volúmenes de mis Escritos seleccionados, y los 4 últimos de la lista son claros candidatos al tercer volumen; y 4) honesta aunque no modestamente hablando, a aproximadamente la mitad de ellos hoy los recomendaría para su lectura.

[Todos los trabajos que presenté fueron aceptados, pero porque en 1977 ausculté los ánimos antes de enviar formalmente mi "Cómo escribir un artículo", obteniendo una respuesta negativa (presentalo en un congreso de periodismo, me dijeron, como si yo hubiera descubierto algún principio desconocido por los periodistas). Me llevó más de un año publicar el trabajo; vio la luz en Cuadernos, la revista de la Facultad de Ciencias Económicas de la UCA, siendo luego reproducido en Noticias, el mensuario de IDEA. Lo consideré uno de mis trabajos más útiles, y lo sigo considerando.]



Presentar un trabajo en la Asociación implica enviar la versión escrita antes del 31 de agosto, para que sea incluida en los Anales que se distribuyen durante las sesiones, y luego expuesta oralmente en las jornadas. Como consecuencia de esto último, quienes concurren a las reuniones de la AAEP asisten gratuitamente a un par de "shows": las presentaciones que, con estilos totalmente contrapuestos pero igualmente eficaces a la hora de "llenar la popular", Olivera y yo hacemos de nuestros respectivos trabajos. De mi estilo ya hablé; corresponde que describa el que utiliza JHG. Olivera expone de pie, su cuerpo levemente inclinado hacia adelante, apoyando sobre la mesa la punta de sus dedos, los cuales quedan separados entre sí, formando un "quínpode" (el equivalente a 5 de un trípode). Su voz es grave, y suena impostada; vocaliza pausada y perfectamente un discurso donde ni falta ni sobra alguna palabra (no le recuerdo un sólo furcio). Su discurso siempre comienza así: "Agradezco profundamente...". Nunca lee. Durante sus presentaciones se escucharía el vuelo de una mosca.

[A comienzos de la década de 1970, en la Academia de Derecho Olivera dictó una conferencia sobre el informe del Club de Roma, versión moderna de la famosa tesis del estado estacionario sostenida por algunos de los economistas clásicos, aunque ahora debida al agotamiento de recursos naturales no renovables. Terminada la presentación por parte del presidente de la Academia, JHG comenzó a exponer. Algunos minutos después fue interrumpido por aquel, ¡para agregar a su presentación un antecedente de Olivera que había olvidado mencionar! Lo que pasó por adentro de JHG ante tan insólito hecho lo saben él y Dios; por afuera permaneció inmutable.]

Al terminar la conferencia, Olivera invitó a hacer preguntas. Alrededor de una decena de personas, desde distintos ángulos de la impactante sala de la Facultad de Derecho de la UBA donde se desarrolló la conferencia, preguntamos sobre cuestiones diferentes. Sin tomar nota escrita alguna, Olivera contestó cada pregunta... en el orden en que fueron formuladas; como me visualizo absolutamente incapaz de hacerlo, sentí en ese momento la misma envidia que siento cuando veo a un mozo que no solamente toma mentalmente el pedido de una mesa de 10 comensales, sino que luego sirve cada plato sin tener que preguntar quién había ordenado qué.]

Para que nadie piense que en la Asociación hay diferencias, con frecuencia los organizadores de la reunión pretenden ignorar la manifiesta preferencia de los asistentes por los referidos "shows", disponiendo que -como en el caso del resto de las presentaciones-, también cuando exponemos Olivera y yo funcionen las otras salas. Como consecuencia de lo cual, desesperados, los expositores que tienen la mala suerte de que sus horarios coinciden con el de alguno de nosotros 2, negocian un cambio, lo cual obliga a modificar el orden de las presentaciones (en mi caso, en más de una ocasión fue necesario cambiar hasta de salón, generando mudanzas a gran velocidad). A nadie se le ocurrió (¿o nadie se atrevió?), afortunadamente, que Olivera y yo compitiéramos, ubicando nuestras respectivas presentaciones en el mismo horario, pero en salas diferentes.

[Exponiendo, la mayoría de los economistas no son excitantes. Es más, muchos de ellos parecen haber asistido a cursos de "anticomunicación"... y haber aprobado con sobresaliente. Afortunadamente, desde 1972 la AAEP edita los referidos Anales, de manera que es posible

seguir cada presentación oral con la versión escrita delante de uno, avanzando cuando el orador es lento, o analizando otro trabajo cuando el que se está exponiendo carece de interés. En mi caso particular, sin los Anales me resultaría imposible seguir las exposiciones.]

. . .

Para abordar el plano de los afectos, el que más me interesa en esta obra, nada mejor que comenzar por relatar las principales anécdotas que recuerdo de las reuniones de la Asociación, ocupándome también de las personas que conocí a través de la AAEP. La mayoría de dichas anécdotas se refieren a las primeras reuniones a las que asistí, no solamente porque - como en todos los aspectos de la vida- a medida que avanzan los años resulta más difícil encontrar "noticias", sino también porque, por razones laborales (cuando uno es cuentapropista, si no trabaja no come), desde hace más de 10 años asisto a menos de la mitad de los 3 días que dura cada reunión.

A fines de 1965 había 2 formas de viajar por vía aérea de Buenos Aires a Mendoza: en jet, por vuelo directo, y en Avro, con escalas intermedias en Santa Fe, Córdoba y San Luis, lo que insumía más de 5 horas. Por restricciones presupuestarias de FIEL a la ida Pastore voló en jet y yo en Avro (a la vuelta yo viajé en jet y Pastore, por falta de reserva, en ómnibus; José María era mi jefe, pero no se le ocurrió pedirme el lugar... ni a mí ofrecérselo). Los pasajeros acostumbrados a viajar hoy encontrarían casi insoportable volar en Avro, por su ruido, por su movimiento, y por indicadores de poca presurización como el hecho de que al comienzo del vuelo las azafatas distribuían bolsitas de papel celofán para meter en ellas la estilográfica. Ni sé si en cada escala descendimos del avión; sí recuerdo que lo hicimos en el aeropuerto de San Luis, cuya pista era de tierra, donde nos avisaron que había que abordar el avión... golpeando las manos. A mí nada de esto me cayó mal, dado lo maravilloso que apenas 15 días antes había resultado mi bautismo de vuelo, en un viaje a San Pablo que relaté en el capítulo dedicado a FIEL; además el día era espléndido. Viajé leyendo un libro de filosofía. En Córdoba se sentó a mi lado una persona que espío lo que leía; resultó ser Aldo A. Arnaudo, con quien desde la reunión de Mendoza nos hicimos muy amigos.

Dicha reunión se desarrolló en el Grand Hotel Balbi entre el 15 y el 18 de diciembre de 1965. El siguiente listado de participantes (autores, comentaristas y moderadores) muestra que en dicha reunión estuvimos "todos": M. Albornoz, H. Aldabe, O. Altimir, H. Aparicio, A. Araoz, A. A. Arnaudo, H. Avila, U. Bacic, R. Bajraj, F. Balletero, I. de Barreiro, J. Basso, R. Beguiristain, H. Benegas, R. Blackhurst, H. Bliss, A. Boccia, G. Breslin, M. S. Brodersohn, A. Cafiero, I. Cerdán, L. Corcuera, O. Cornblit, R. Cortéz, J. M. Dagnino Pastore, C. Dagum, E. de Dagum, J. C. de Pablo, D. Díaz, E. Dieulefait, G. Di Tella, G. Edelberg, V. Elías, O. Fernández Balmaceda, L. Fernández M, A. Ferrer, M. Flament, A. Fucaraccio, E. Fontaine, G. Gallo, J. Gamba, N. García, V. García, C. Givogri, J. Gomariz, F. González, H. González Cano, H. Grupe, A. A. Guadagni, T. Halperín, E. Helman, F. Herschel, B. Kopcow, E. Iturroz, H. Lazzarini, J. S. Lizondo, R. Mallon, R. Mantel, I. Marín, Ana María Martirena Mantel, A. Medawar, J. Meier, R. Mentz, A. C. Meyer, C. Moyano Llerena, O. Natale, F. Navarro, J. H. G. Olivera, E. Oteiza, C. Panzone, V. Pérez Barcia, A. Petrecolla, H. Petrei, C. Pucci, B.

Rodríguez Meitín, J. Rabinovich, W. van Ricjckeghem, A. Rofman, J. Romero, R. Ros, C. Sánchez, J. Santiere, L. Sigaut, R. Simonatto, L. Sjaastad, J. V. Sourrouille, A. Sturzenegger, M. Szychowski, F. Tami, C. Tobal, H. G. de Torres, S. Trever, J. Vendrell Alda, S. Vernier, J. Villanueva, R. Visconti, V. Yohai, O. Yujnovsky y E. Zalduendo.

[Había entonces mucha más artesanía que ahora. El programa contenía errores en los apellidos (Caffiero, Menz, Santier/Santiere, Sigault) y cada autor llegaba al congreso portando él mismo las copias de su trabajo, para ser distribuidas entre los colegas.]

Del Congreso de Mendoza tengo múltiples recuerdos: 1) a raíz de un cambio de último momento me tocó moderar la presentación que hizo un desconocido joven cordobés, quien expuso sobre "Análisis de la tasa de interés en los últimos años". Bajo tan insulso título, J. Vendrell Alda mostró, con ayuda de ejemplos numéricos fácilmente entendibles, que contrariamente a lo que se suponía las verdaderas tasas de interés activas no eran negativas en términos reales, porque los bancos recargaban el costo de las operaciones con el cobro de comisiones, apoyos en cuenta, etc., y recibió la felicitación de Aldo Ferrer, uno de los escasos asistentes. Días después, en FIEL, Vendrell le mostró el trabajo a Mario Sekiguchi, entonces integrante de la sección económica de Primera plana, quien publicó la versión periodística del mencionado trabajo (junto a Armando P. Ribas, Vendrell impulsó en nuestro medio el uso del concepto tasa de interés real); 2) la sesión donde Villanueva expuso su trabajo "Problemas de industrialización con restricciones en el sector externo" comenzó con un componente cómico: uno de los integrantes del panel se había sentado en una silla tan baja que, para quien ingresaba en la sala, su cabeza quedaba a ras de la mesa, lo que parecía como si un degollado estuviera siendo exhibido en la reunión. Ernesto Fontaine utilizó artillería pesada en sus comentarios, a lo cual yo no estaba acostumbrado. Palabra más, palabra menos, a Villanueva le dijo lo siguiente: "Asume lo que quieras, Javier, pero no niegues en la ecuación 5 lo que afirmas en la 2"; 3) el sábado 18 tuvo lugar el almuerzo de cierre, en el Hotel Villavicencio, donde antes de comer Oscar Altimir presentó un informe sobre la demanda de servicios profesionales. Por carecer de ropas adecuadas (¿a quién otro se le puede ocurrir concurrir a un almuerzo de camaradería, un hermoso sábado, en el hotel Villavicencio, con traje, chaleco y corbata?), Olivera no participó de la caminata previa por los alrededores. En Mendoza a JHG lo ví de muy lejos -no me atreví a acercármele, deslumbrado por las hazañas que me habían contado Osvaldo Baccino y Norberto Belozercovsky-; y 4) en un cóctel que tuvo lugar en la casa de uno de los mendocinos ví cómo Antonio Gomariz se incineraba, cuando se burló de la teoría de los costos comparativos... delante de algunos economistas de Chicago.

La reunión de Bahía Blanca de 1968 fue la primera a la que asistí con un trabajo exclusivamente mío, un correcto pero nada deslumbrante análisis sobre la política de inventarios bajo inflación (lo escribí estimulado por Carlos Lara, de quien ya hablé en el capítulo dedicado a Harvard, porque en esa época los análisis sobre el nivel óptimo de los inventarios eran "tecnológicos", es decir, ignoraban las consideraciones económicas). En Bahía sentí sana envidia por Jorge Katz, quien con su análisis sobre "una interpretación de largo plazo del crecimiento industrial argentino" había conquistado el interés de los alumnos presentes. En esta reunión Miguel Angel Almada me pidió un curriculum, para presentarme formalmente

como miembro de la AAEP, la que me aceptó al año siguiente. En su calidad de ministro de economía de la provincia de Buenos Aires, Dagnino Pastore ofreció una cena para todos los participantes.

En la reunión de Rosario que tuvo lugar en su Consejo Deliberante, a fines de 1970, ocurrió uno de los encontronazos más violentos que recuerdo de las reuniones de la AAEP. Roberto Lamdany, del Instituto de Investigaciones Económicas de la UBA (el "instituto de Olivera", como se lo conocía informalmente), presentó un trabajo sobre "Productividad de la ayuda externa y tasas de crecimiento". Uno de los comentaristas fue Jorge Sakamoto, economista del Instituto Torcuato Di Tella que trabajaba en el Instituto para la Integración de América Latina (INTAL). Institucionalmente, entonces, se trataba de un nuevo "forcejeo" UBA-Di Tella, que hoy tonificaría la discusión pero que en aquel momento era más propenso a ser tomado en el plano personal. A caballo de lo cual un detalle echó leña al fuego: es costumbre en la AAEP que, con anterioridad a la sesión, el comentarista le entregue al autor del trabajo una copia de su comentario (en la sesión el comentarista queda a merced del autor, porque no tiene derecho a volver a hablar luego de la réplica de éste). Pues bien, antes de comenzar la sesión, en un pasillo al que daban las salas Sakamoto repartió generosamente copias de su comentario, que era más largo que el trabajo original, y que entre otras cosas, en mayúsculas, decía: "TODAS Y CADA UNA DE LAS CONCLUSIONES DE ESTE TRABAJO SON FALSAS". Tal como era de esperar, la sesión fue bien tensa. No faltó nada: me senté al lado de Héctor Diéguez, quien me hizo notar que sobre una repisa que había detrás del expositor y del comentarista, había una pequeña estatua... con 2 boxeadores. A Rosario viajé con Ricardo Halperín en su Peugeot 404 blanco; al regresar a Buenos Aires Ricardo me dejó en Castelar, en la casa del padre de mi conuñado. Durante el almuerzo que sirvieron en cuanto llegué Any me confirmó que estábamos esperando a Cecilia.

[La instrucción para distribuir copias era para los autores de los trabajos, no para los comentaristas. Conociendo a Sakamoto (habíamos trabajado en el Ministerio de economía, durante la gestión Pastore), estoy seguro que no lo hizo a propósito. Pero que sirvió para aumentar la temperatura ambiente, sirvió.]

La próxima cita fue en Resistencia, a partir del 10 de octubre de 1971 (un par de horas después que despegamos de Aeroparque, se estrelló el avión que transportaba a las figuras principales del cuerpo de ballet del Teatro Colón, liderado por Norma Fontenla y Jorge Neglia. Demandó décadas recuperar el nivel perdido en un segundo fatal). La llegada a Resistencia resultó inolvidable: en cuanto descendimos del avión escuchamos una ovación. "Leyeron nuestros trabajos", dije. No. Eran los hinchas de Don Orione, equipo de fútbol que viajó con nosotros, quien volvía a casa luego de ganarle a River Plate.

En la referida reunión de Resistencia tuvo lugar otra pelea antológica. Olivera presentó un trabajo sobre "la ley de la raíz cuadrada para las reservas precautorias", teniendo como comentaristas a Manuel Codomí y Luis Eugenio ("Lucho") Di Marco. El primero formuló observaciones tecnocráticas, mientras que el segundo criticó a Olivera por no ocuparse de la "realidad latinoamericana". Sin perder su peculiar estilo expositivo, JHG contestó el comentario

de Di Marco diciendo que su trabajo se ocupaba de la incertidumbre, y consecuentemente tenía mucho que ver con la realidad latinoamericana, agregando que no comprendía el origen del comentario, porque Di Marco era autor de una tesis sobre la "latinoamericana" teoría del comercio internacional de Heckscher-Ohlin, escrita en la "latinoamericana" universidad de... (una de los Estados Unidos), bajo la dirección del "latinoamericano" profesor (creo que) John Chipman. Luego de lo cual Olivera, disconforme con el tipo de comentarios que había recibido, le pidió permiso al moderador para hacer su propio comentario, a lo cual el moderador accedió (¿quién le dice que no, en la AAEP, a alguna propuesta de Olivera?). En medio de un silencio total y alguna que otra sonrisa nerviosa, JHG sacó una hoja de su portafolios y procedió a leer el comentario que él mismo había preparado a su propio trabajo, luego de lo cual dio vuelta la hoja y lo contestó.

[El episodio tuvo un subproducto desafortunado: ofendido, Cordomí dejó de asistir a las reuniones de la AAEP, aunque a mis ojos fue obvio que la reacción de Olivera no era contra él (no recuerdo si JHG lo aclaró lo suficiente).

Con Manuel a veces nos encontramos y a veces, involuntariamente, nos desencontramos. El 18 de abril de 1986, al volver a mi oficina, encontré una esquila que decía:

Pasé y no pude verte  
Pensé porqué  
Debió ser mi mala suerte

firmada por: "Cordomi (poeta)".]

Como en el resto de su existencia, en la primera mitad de la década de 1970 la Asociación reflejó lo que estaba ocurriendo en el país y en la profesión. La reunión de 1972 se realizó en Buenos Aires, pero aunque fue organizada por la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, no sesionó en Córdoba 2122 sino en el Teatro Municipal General San Martín (la de 1975, en Mar del Plata, se desarrolló en el hotel de Luz y Fuerza, pero por razones logísticas y no ideológicas). Como entonces consejero de la AAEP, soy testigo de las discusiones que tuvieron lugar dentro del Consejo Directivo, entre quienes pensaban que la Asociación era como era, y que cualquiera que quisiera presentar un trabajo tenía que cumplir con los requisitos, y los que consideraban que había que hacer un esfuerzo para que "los otros" se acercaran a la Asociación. Al final se organizó una "contrarreunión", paralela a la reunión de la AAEP, dominada por consideraciones referidas a la cuestión de la dependencia, entonces de moda entre muchos economistas y no economistas.

[En la reunión de Buenos Aires presenté un trabajo sobre lo que pensaba acerca de lo que en ese momento estaban haciendo los economistas. Más allá de mis apreciaciones sobre el realismo del análisis económico, que en buena medida sigo sosteniendo, aunque no en la forma casi caricaturizada en que entonces las expuse, la monografía estaba desubicada desde el punto de vista del debate contemporáneo. Bajo las mismas circunstancias, hoy escribiría una encendida defensa del análisis económico, para enfrentar a quienes pretenden una

descalificación global de la disciplina desde el punto de vista de su aplicación concreta, para reemplazarla por esquemas menos útiles aún.

Siento compasión por quienes actúan como si tuvieran vergüenza de ser economistas, o de haberse perfeccionado en ciertas universidades: por eso me pareció horrible que en el curriculum que se distribuyó a la prensa cuando asumió (lo sé porque en ese entonces yo trabajaba en El Cronista Comercial), un integrante del equipo económico de Grinspun "olvidara consignar" que era doctor en economía de la universidad de Chicago (¿quién lo ocultó; él o su "asesor de prensa y relaciones públicas"?).]

Una de las transformaciones que más impactó en aquel momento fue la de Oscar J. Sbarra Mitre. "Tecnócrata total" en la reunión de 1970 (presentó un trabajo sobre "un modelo estocástico de distribución de ingresos" -el subrayado es mío-, que publicó en Económica, 17, 1, enero-abril de 1971, y uno de los economistas presentes tuvo que recordarle que había algún componente "sistemático" en la distribución del ingreso), se volvió bien combativo -aunque no violento- en los años siguientes (recuerdo su participación en un congreso que se hizo en La Plata, donde una arenga suya, sin presentación de trabajo escrito, fue saludada por una ovación... por quienes lo acompañaban). Sbarra fue decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA cuando Campora asumió el poder.

[Con fecha 10 de marzo de 1983 me envió la siguiente carta: "Estimado amigo: he recibido los libros que has tenido la amabilidad de enviarme. Debo confesar que el encuentro del otro día me alegró profundamente. Creo que las crisis -como todas las circunstancias de la vida- obedecen a un balance que, si bien negativo, presenta sus aspectos rescatables. Y lo positivo de estos tristes años es que, en cierta forma, nos han sido útiles para la reflexión. Ver las cosas desde otra óptica, generalmente más serena que aquella sujeta a las pasiones del momento.

Como sabes, no coincidimos en casi nada en nuestras creencias políticas y aún técnicas. Sin embargo, muy pocas veces he encontrado alguien tan leal con otras opiniones como Juan Carlos de Pablo. Sabía, por ejemplo, tus citas a trabajos que no comparten tus criterios, entre los que cuento un par de cosas borroneadas por mí.

Es en función de estas circunstancias lo reconfortante del fortuito encuentro como de la recepción de los libros. Tal vez estos intercambios de respetuosas opiniones puedan constituir un buen argumento para una Argentina futura que, por distintos caminos, tanto vos como quien suscribe, deseamos. Un gran abrazo". O.J.S.M.

En 1992 estamos acostumbrados a estos reencuentros; en 1983 eran mucho menos frecuentes. La Argentina que Sbarra y yo deseamos, después de tantas muertes e hiper, parece que finalmente está llegando.]

De la reunión de Mar del Plata de 1975 recuerdo un par de anécdotas, íntimamente conectadas entre sí, que me tienen como coprotagonista. Olivera presentó un trabajo sobre "el gradualismo en las políticas de ajuste", y a mí me designaron uno de sus comentaristas. El trabajo me pareció formalmente correcto, aunque no espectacular desde el punto de vista de su contenido. Pero lo que quiero recordar aquí es lo que ocurrió antes de que comenzara a desarrollar mi comentario. Olivera había terminado su presentación y el moderador me dio el

uso de la palabra. Dejé pasar un par de segundos para crear un poco de suspenso y, basándome en sus notables conocimientos matemáticos, bien conocidos por el público, dije textualmente: "La ecuación 5 de este trabajo contiene una derivada mal hecha, lo cual invalida todas sus conclusiones" agregando, luego de otro par de segundos y en medio de un silencio total, "No saben lo que daría por poder decir esto en serio de un trabajo de Olivera". Los asistentes pasaron abruptamente del estupor a la carcajada... y al aplauso (un testigo me dijo que fue JHG mismo quien inició los aplausos). Más tarde, en el mismo congreso, Olivera me devolvió la gentileza. En Mar del Plata presenté un trabajo sobre "un modelo de dinero pasivo de patrón variable", obviamente inspirado en sus trabajos sobre el tema. Luego de la presentación de los comentaristas, JHG pidió la palabra para hacer una consideración sobre mi trabajo,... aclarando que también a él le gustaría que lo que acababa de decir fuera cierto.

[Al respecto revelo un par de secretos. En primer lugar, que a pesar de estar acostumbrado a hablar en público, y de lo que me gusta el humor, apabullado por "don Julio" temía que el chiste me saliera mal. Consecuentemente, lo tenía escrito en letra bien grande, de modo que hice que improvisaba pero en rigor estaba leyendo (creo que nadie se dio cuenta).

El otro tiene que ver con la referida participación de Olivera en la presentación de mi trabajo. JHG puso en peligro mi vida, porque cuando dijo que mi trabajo también estaba mal pensé cualquier cosa menos que estaba haciendo un chiste... menos mal que aclaró que se trataba de una chanza antes de que me desmayara (¡en rigor me di cuenta de su ocurrencia por las risas de la concurrencia!). Cada vez que lo recordamos, reímos juntos.]

También de la reunión de Santa Rosa, que tuvo lugar en 1977 y a la que llegué en tren (única vez en mi vida que viajé en camarote, que compartí con Pedro J. Vulovic), recuerdo una anécdota originada en Olivera. Sus trabajos rara vez se caracterizaron por la sencillez o el carácter intuitivo de sus argumentos, pero el de La Pampa, sobre "economía estructural y sistemas lineales", era particularmente complicado, tanto en su versión escrita como oral. Me senté en las últimas filas de la sala donde hizo su presentación, de manera que estaba rodeado por gente joven. En un momento Olivera dijo algo muy complicado, luego de lo cual, en voz baja, dije "ya me parecía"; esto aumentó notablemente mi status delante de los que me rodeaban, quienes no podían imaginar que estuviera embromando en una ocasión tan solemne.

En la reunión de Embalse de 1978 "alguien" (o algunos; juro que no sé quién) le jugó una broma a Di Marco. En 1974, en la Universidad Nacional de Río Cuarto, "Lucho" había organizado una reunión sobre distribución del ingreso, cuyos trabajos fueron recogidos en Di Marco, L. E.: La distribución del ingreso en la Argentina, El Coloquio, 1978 (el año de publicación es crucial para la historia que sigue). Genuinamente orgulloso, Di Marco insistía en obsequiarle públicamente un ejemplar del referido libro a las autoridades de la mencionada universidad, las cuales no estaban muy interesadas porque obviamente en 1978 no eran las mismas de 1974 (¿aprenderemos alguna vez el valor que tienen las instituciones, más allá de las políticas y las personas?). Pero Lucho insistió. La broma consistió en que mientras Di Marco estaba hablando antes de la entrega del libro, alguien lo hizo desaparecer, provocando el bochorno que es de imaginar.

[Fuera de las reuniones, el humor fue y es un importante ingrediente de los encuentros. Al respecto resulta crucial el aporte de los economistas tucumanos (en la AAEP extraño a Raúl Soria por sus trabajos, pero más por sus cuentos... y su forma de contarlos). El sanísimo humor tucumano no podía ignorar a Eusebio Cleto del Rey, quien a los 8 años, en un tonto accidente ("quise subir a un caballo haciendo pie en un tronco de árbol cortado; erré y caí, con mucha mala suerte"), perdió su brazo derecho ("hoy lo hubieran salvado; me curaron mal"). Cleto festeja que, como consecuencia de la chispa tucumana, lo apodemos "izquierda nacional"... porque la derecha es importada; así como que le digamos que es el único capaz de tirar la mano y esconder la piedra; o que es el exponente más explícito que se conoce en la profesión, de la mano invisible de Adam Smith.

En una de las reuniones de la AAEP, luego de cenar, una veintena de economistas nos reunimos alrededor de una larga mesa para contar cuentos. Entre los presentes estaba Oswald Brownlee, quien no hablaba castellano. En un momento dado pidió permiso para contar un cuento en inglés, a lo que accedimos en el entendimiento de que, habiendo muchos de nosotros estudiado en los Estados Unidos e Inglaterra, no habría ninguna dificultad de comprensión. Brownlee terminó de contar su cuento... y nadie rió. Lo volvió a contar, y nada. Riendo, pero por lo ridículo de la situación, explicó detalladamente el significado de las palabras clave del cuento. Ni así pudimos reír. Pobre hombre.]

En el encuentro de Mendoza de 1978 presenté un trabajo titulado "Pinedo et Rodrigo, uno corde" ('un sólo corazón', en castellano), destinado a mostrar las similitudes de las políticas económicas ensayadas por el primero en 1962 y el segundo en 1975, a pesar de sus claras diferencias ideológicas (el trabajo ilustra que, en circunstancias extremas, cuando el ministro es realista las circunstancias superan las ideologías). Como todos, el trabajo fue analizado por 2 comentaristas, uno de los cuales fue Mario Brodersohn. Violando las reglas y la costumbre, Mario no sólo no me entregó con anterioridad el comentario escrito, sino que tampoco me anticipó verbalmente su contenido, a lo cual no le presté atención porque estoy acostumbrado -por mi gimnasia como conferencista- a responder "a boca de jarro". En su exposición Brodersohn rechazó el enfoque del trabajo, poniendo a Pinedo por las nubes y a Rodrigo en el subsuelo (sobre la base de sus respectivas trayectorias personales y laborales), agregando que había viajado a Mendoza expresamente para aconsejarme que no desperdiciara mis talentos y me pusiera a trabajar, mensaje que él creía que alguien me lo tenía que decir y que él se había tomado el trabajo de hacerlo. Como es mi costumbre, cuando Mario comenzó sus comentarios fui tomando nota, pero al advertir el cariz de sus palabras preparé una respuesta distinta: defendí la perspectiva del trabajo, porque me parecía -y me sigue pareciendo- totalmente legítima la comparación de un aspecto de la vida de 2 hombres por lo demás bien diferentes, y con respecto al resto de los consejos le dije a Brodersohn que nuestra amistad era tan grande que creía que podría sobrevivir a varios comentarios como ese (la evolución de mi interacción personal y profesional con Mario la relaté en el capítulo dedicado a contar mi paso por el Ministerio de economía).

También de Mendoza, pero de la reunión de 1985, recuerdo un episodio digno de mención. Raúl Prebisch pronunció la conferencia inaugural, refiriéndose a "la periferia latinoamericana en la crisis global del capitalismo", la cual fue comentada por un par de



economistas, uno de ellos Osvaldo Schenone. Que Osvaldo no va a dejar de decir lo que piensa, no importa si habla delante de Juan Pérez, Raúl Prebisch o el Sumo Pontífice, es bien conocido por todos, como también lo es que tampoco va a atemperar su forma de decir su verdad no importa a quien tenga enfrente (estoy describiendo, no calificando). Lo cierto es que le tiró a Prebisch con todo lo que tenía a su alcance, quien no pareció molestarse en absoluto ("hay muchas cosas que tendremos que seguir estudiando", dijo quien en ese momento tenía 85 años y fallecería pocos meses más tarde); quien sí se molestó fue Luis Eugenio Di Marco, quien hizo uso de la palabra para "desagraviar" a Prebisch.

[Tienen que estar ocurriendo cosas como éstas en reuniones más recientes de la AAEP pero, como dije, yo no las registro.]

Además de geografía y economía, en las reuniones de la AAEP también tomamos contacto con la cultura y la gastronomía. Recuerdo gratas experiencias como la que nos proporcionó la Camerata Bariloche en Resistencia, donde a un colega mío le gritaron que "los movimientos no se aplauden", ante la comprensiva espera de los músicos, o mi primera visita al simpatiquísimo Fogón de los Arrieros, indispensable para vivir y escribir la historia chaqueña; el ágape que organizó el Banco de la Provincia de Buenos Aires en 1972, en el que no tuvimos más remedio que "consumir" el discurso de uno de los directores, quien no tuvo ocurrencia más feliz que hablar a favor de nosotros, y en contra de los economistas teóricos (sic); la reunión de Salta, donde conocimos los versos de Manuel J. Castilla y a quien lo acompañó desde el piano, ese singular personaje que es Gustavo ("el Cuchi") Leguizamón, quien alguna vez afirmó que "trabaja quien no tiene otra cosa que hacer; como yo estoy muy ocupado no me queda tiempo para trabajar" (Castilla y Leguizamón son los autores de Balderrama); y la de La Pampa, donde recorrimos el casco de la estancia de Pedro Luro, "sacrificado" representante en París de un frigorífico argentino, quien hizo construir una magnífica residencia, y algunos kilómetros de vías de ferrocarril, para cazar jabalíes y otros divertimentos, para compensar el estrés que le provocaba la vida en la capital francesa (en Santa Rosa también conocimos la versión pampeana del conflicto que la provincia tiene con Mendoza sobre el Río Salado). En Embalse de Río Tercero seguro, y en otra reunión que no recuerdo dónde se desarrolló, también hubo música; en el primero de los casos el locutor, totalmente borracho, me pidió ayuda para presentar al coro. Por supuesto que le dí una mano. Con Fernando Víctor Tow, Adolfo Sturzenegger y Mario Szychowski, dejamos de lado el análisis económico durante algunos instantes para tentar suerte en los casinos de Mar del Plata, Posadas y Tucumán.

. . .

La vida es suficientemente corta como para que una ocasión anual, repetida a lo largo de un cuarto de siglo, produzca en uno una huella importante (un año que no pudiera participar en la reunión de la AAEP sería un año en que me faltaría "algo"). Parece mentira: un cuarto de siglo de vernos, una vez por año, en algún lugar del país.

El paso del tiempo, que no siempre se refleja claramente cuando miro la cara de los colegas que tienen mi misma edad (y ellos miran la mía), resulta indisimulable cuando en las reuniones de la AAEP me encuentro, codo con codo, con los hijos de Arnaudo, de Szychowski, de Porto, haciendo sus primeras -y en muchos casos, temibles- armas profesionales. Y en la academia no hay disculpas ni disimulos: cuando Goliat se equivoca, tarde o temprano David aparece... y ningún Goliat que se respete puede desestimar un comentario correcto, diciéndole a su autor "Cállese, mocoso insolente".

[Mientras uno envejece puede seguir jugando tenis, si lo hace con gente de su edad. No existe algo parecido en la academia, ámbito en que la verdad se persigue sin ningún tipo de restricciones (termina triunfando quien tiene razón, independientemente de su curriculum). Lo que hacen muchos economistas es variar con el tiempo la temática de su interés, abandonando el análisis de cuestiones intensivas en destreza herramental, para dedicarse a otras intensivas en experiencia. Es lógico, por consiguiente, que los jóvenes descubran teoremas y que los viejos nos concentremos en escribir artículos que sintetizan el estado de la disciplina.]

A las siguientes personas, o las conocí a través de la Asociación, o interactué o interactué con ellas principalmente en las reuniones anuales de la AAEP (conozco todas las caras y casi todos los nombres; no siempre junto unas y otros. Puedo cometer algún error, particularmente entre la gente joven): H. Ahumada, A. A. Arnaudo, J. M. Arranz, J. C. Baez, H. Balacco, R. E. Bara, H. Benegas Prado (no pelea la punta, pero hace su trabajo), V. Beker, A. C. Besil (pude palpar lo popular que era entre sus alumnos, mientras se desempeñó como decano de economía en la Universidad Nacional del Nordeste), E. Bour (en el hall del hotel Crillón, en Córdoba, mostró que, como su hermano, además de buen economista es buen... pianista), J. L. Bour (incansable trabajador para la AAEP), M. S. Brodersohn, S. Caceres Cano, A. Canavese, A. Canitrot, J. A. Carlos (concorre siempre acompañado por su simpática esposa), T. Ceconi (sobrevivió en Rosario, una ciudad no fácil para un economista profesional), O. O. Chisari, A. M. Claramunt (¿habrá faltado, alguna vez, a alguna reunión?), R. A. Colomé, M. L. Codomí, E. Cottely (su descripción del viaje del oro del Banco Central de Hungría al Vaticano es magistral), R. Cuello, A. Dadone, E. C. del Rey, A. De Janvry, L. E. Di Marco, P. Dudiuk, V. Elías, G. Escudé, M. Fernández Lopez, J. E. Fernández Pol (¿por qué se fue sin despedirse. Seguirá en Australia?), C. Ferrá, R. J. Ferruchi, E. Folcini, R. Frenkel, E. Gaba, V. García, S. Gastaldi (me invitó a comer a su casa, en 1974), E. O. Gay, S. G. de Gelman, L. Giorgio, H. Gregoratti (con su simpatiquísima costumbre de obsequiar objetos, no siempre entendida por todo el mundo), H. Grupe, A. Guissarri, D. Heymann, J. M. Jorrat, A. M. Leone, H. P. Llosas, R. Mantel, M. E. Martinez (dejó se presentar su análisis sobre por qué no convenía construir una carretera... cuando la construyeron), A. M. Martirena Mantel, M. Marzana, L. Montuschi, F. Navajas, A. M. Navarro, J. Nogués, J. H. G. Olivera, A. Perazzo, A. H. Petrei, H. Piffano, A. Porto (meticuloso; cuando no estuvo de acuerdo con algo que dije, me lo dijo), C. A. Pucci, A. Rayó, E. Resk, C. G. Rivas, G. Rosenwurcel, C. E. Sánchez, R. A. Santángelo, R. E. Soria, A. C. Sturzenegger (¿habrá perdido la calma, alguna vez?), M. Szychowski, C. Tacchi, F. V. Tow, V. Vazquez Presedo, J. A. Vega y J. M. Verstraete (nunca le escuché decir una pavada). Son, consiguientemente, parte de mi vida.

[No incluí en la lista a un par de amigos que se fueron, frequentadores de la AAEP durante mucho tiempo: Héctor Diéguez, de quien hablé extensamente al describir mi paso por Harvard, y Horacio Núñez Miñana, cuyo recuerdo incluí en el capítulo dedicado a mi enseñanza universitaria.]

Corresponde que "ponga bajo la lupa" a algunos de los nombrados; comenzando, naturalmente, por JHG ("el flaco") Olivera, porque independientemente de lo que digan los documentos, el nombre de este singularísimo santiagueño -notable contraejemplo de la imagen de sus coprovincianos-, nacido en 1929, que no conoció todavía ni las ventajas ni los inconvenientes del matrimonio, está crucialmente asociado con el origen y el desarrollo de la Asociación (así como el estadio de Vélez Sarsfield se llama José Amalfitani, y Bernabeu el del Real Madrid, cuando la AAEP sea propietaria de un estadio se llamará JHG Olivera).

Brillante estudiante de derecho (¿dónde y con quién estudió economía?), sostiene la tradición oral que en los exámenes orales citaba a los autores extranjeros en su idioma original, y que la facultad literalmente se "paraba" para presenciar las mesas examinadoras. Es profesor en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA desde 1956, donde realizó una crucial tarea para mejorar el estudio de la ciencia económica ("Es preciso conocer cómo estaba la facultad entonces, para apreciar la labor de Olivera. Absolutamente sólo, literalmente se tomó de las orejas y tiró para arriba", me dijo más de una vez José María Dagnino Pastore). Fue rector de la UBA durante las gestiones de José María Guido y Arturo Humberto Illia -claro que elegido por sus pares-, hasta que la agresión que le impidió a W. W. Rostow dictar una conferencia en Córdoba 2122, lo indujo a renunciar. A raíz de este episodio retó a duelo a Rolando García, entonces decano de la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA (debe saberse que Olivera practica esgrima... no solamente cuando discute). Junto con su labor académica, como profesor en las facultades de economía y ciencias exactas, director del Instituto de Investigaciones Económicas de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, y "alma mater" de la AAEP, fue subgerente general del Banco Central (¿es cierto que a él se debe la construcción y presentación de las estadísticas monetarias?), y secretario de estado de ciencia y tecnología durante la última presidencia de Juan Domingo Perón. En 1966, por razones personales, no pudo hacerse cargo de la cátedra Irving Fisher, en la Universidad de Yale (recuerdo cómo lamentó esto Miguel Sidrauski, a quien lo puse muy contento cuando le dije que JHG iba a ir a Yale, por haberlo leído en Cambridge, Massachusetts, en la edición internacional de La Nación). Durante buena parte de la década de 1980 la prolongada enfermedad de su madre limitó sus movimientos, aunque difícilmente sus lecturas (cuando uno habla con Olivera tiene la sensación de que leyó todo). Luego de haber escrito esto encontré que en 1983 Solow dijo exactamente lo mismo pero referido a Samuelson, cuando al encontrar un posible lapsus bibliográfico en un artículo publicado en 1937 -¡cuando Samuelson tenía 22 años!- se preguntó: "¿Será posible que haya existido el momento en que Samuelson no hubiera leído todo?". Citado en Elzinga, K. G.: "The eleven Principles of Economics", Southern Economic Journal, 58, 4, abril de 1992).

[No haber podido dictar clase en Yale lo lamentó en el plano académico, pero no en el de la salud. "Sufro de `nacionalismo fisiológico'", me dijo una vez cuando me contó que asistiendo en Viena a un congreso de economistas (sobre el cual escribió en Clarín), tuvo que ser hospitalizado. "Menos mal que estaba Juan Alemann", agregó Olivera, "porque me tuvo que prestar plata para poder salir del sanatorio".]

Olivera es autor de más de un centenar de artículos técnicos publicados en revistas internacionales, en muchas de las cuales a mí me hubiera gustado publicar por lo menos uno (no es, en cambio, autor de libros. En economía sólo le conozco Economía clásica actual, Ediciones Macchi, 1977, que recoge 11 conferencias suyas). Escribe breve (en ocasiones, un texto un poquito más largo hubiera facilitado muchísimo la comprensión del trabajo), usando poca matemática. Se ocupó de los temas más diversos (el ciclo económico en la economía colectivista, el nivel al cual se iguala el precio de los factores a través del comercio internacional de bienes, la universidad como unidad de producción, la contribución científica de Adam Smith, etc.), junto con un par de líneas de investigación principales: 1) la de la teoría "estructural o no monetaria" de la inflación, que arrancó con el artículo publicado en El trimestre económico 27, 108, octubre-diciembre de 1960; y 2) la de los modelos de dinero pasivo, que inició con el trabajo publicado también en El trimestre económico, 35, 140, octubre-diciembre de 1968. Ambos esfuerzos se basan en ideas empíricamente importantes, fueron bien planteados, y con el tiempo -tal como era de esperar- entraron en la zona de rendimientos marginales decrecientes (pronóstico que, de lo que escribió hasta ahora, dentro de un siglo hablaremos más de los trabajos que escribió en la década de 1960 y comienzos de la de 1970, que de sus contribuciones posteriores).

[¿Y la realidad? Olivera nunca formó parte de algún equipo económico, aunque hizo propuestas para modificar la carta orgánica del Banco Central, y no integra el conjunto de economistas consultados por los medios de comunicación cada vez que el ministro de economía devalúa, cae la bolsa o comienza un nuevo año.

De las escasas apreciaciones que le conozco sobre cuestiones de política económica, recuerdo la sorpresa que me produjo su "El Leviatán monetario" (La Nación, 31 de agosto de 1977), escrito a propósito de la reforma financiera aplicada desde el 1o. de junio de 1977, que buscaba la liberalización del sistema financiero, y que generó una enorme crisis institucional dentro del sector por, en todo caso, falta de intervención del Banco Central.]

¿Es un genio? Sobre el particular puede haber discusiones, pero no sobre el hecho de que es un fuera de serie. Por eso ningún premio en economía que galardona trayectorias en Argentina se da el lujo de que JHG no sea su primer premiado. Fue, en 1965, uno de los 10 primeros jóvenes sobresalientes; fue primer premio Bunge y Born en economía en 1966; fue Konex de platino en teoría económica en 1986. Es uno de los economistas argentinos conocidos en el ambiente académico de todo el mundo (durante mucho tiempo fue el único; hoy también ostentan ese honor colegas como Guillermo Calvo, Rolf Mantel y Carlos F. Rodríguez). Como Pigou, dentro de la profesión su apellido está asociado con un efecto: en "efecto", a la reducción del valor real de los ingresos tributarios que provoca un aumento de la tasa de

inflación, la profesión la denomina "efecto Olivera" (Oliveira, para algunos, quienes creen que JHG es... portugués).

[El premio Bunge y Born, que anualmente rota la disciplina que galardona (ciencias agropecuarias, medicina, economía, química, derecho e ingeniería, a las que se agregó veterinaria), fue ganado en 1972 por Aldo A. Arnaudo. Cuando los economistas esperábamos "el turno" de 1979, el Bunge y Born no se entregó, y en 1980 se le concedió a 2 disciplinas... ¡veterinaria y química! Por eso, cuando el mencionado galardón cumplió 2 décadas de existencia, "protesté" en un artículo que publiqué en El Cronista Comercial el 18 de febrero de 1963. Un miembro de la fundación Bunge y Born se quejó ante Raúl Sarmiento, uno de los dueños de Cronista. "¿Por qué dejaron de otorgar el premio en economía?", preguntó Raúl. "Como anda la economía...", fue la respuesta (insólita, porque la explicación se refería a 1979). "¿Y cuando haya una epidemia no van a otorgar el de medicina?", retrucó Raúl con el fantástico sentido común que lo caracterizaba.

En el seminario de Toledo de 1987 sobre políticas antihiperinflacionarias, que ya describí en el capítulo dedicado al Cronista, los argentinos presentes reaccionamos vehementemente cuando algunos denominaban "efecto Tanzi" al "efecto Olivera" (en la literatura con frecuencia se lo conoce como "efecto Olivera-Tanzi"). A mi regreso a Argentina le conté el episodio a JHG, sugiriendo que deberíamos iniciar una "guerra santa" para que la profesión reconociera la primacía del descubrimiento (descrito en "Money prices and fiscal lags: a note on the dynamics of inflation", Banca nazionale del lavoro, 20, setiembre de 1967), a fin de que no se repitiera el episodio Barral Souto, que ya relaté. Finalmente no hicimos nada porque en carta de fecha 29 de junio de 1987 el propio Olivera me indicó que en el artículo de Tanzi la prioridad en el análisis del tema está explícitamente reconocida.]

Como expliqué antes, supe de la existencia de Olivera por Baccino, Belozercosvky y Dagnino Pastore, y lo vi en Mendoza en 1965, donde no me atreví a saludarlo personalmente. Hablamos por primera vez en una circunstancia dolorosa: a raíz del fallecimiento de Miguel Sidrauski, sobre quien ya hablé, en setiembre u octubre de 1968 JHG organizó un acto académico en su instituto, al que asistieron la mamá de Miguel, su esposa Marta Sanjurjo de Sidrauski y colegas. Luego de algunas palabras de Olivera, que casi textualmente repitió en el acto que tuvo lugar en la reunión de la AAEP de Bahía Blanca de 1968, Jorge F. Fernández Pol -con uniforme de la Fuerza Aérea, donde cumplía el servicio militar- expuso los modelos de Sidrauski sobre crecimiento con dinero. Al finalizar el acto JHG se paró en la puerta del instituto y le fue dando la mano a cada uno de los que salíamos, lo cual me permitió intercambiar algunas palabras (¿me hubiera atrevido a saludarlo personalmente, de otra manera?).

Poco tiempo después, en respuesta al envío que le hice de algunos de mis trabajos, recibí una conceptuosa carta suya. Gran emoción: el capo di tutti capi tenía un muy alto concepto de mis escritos. Con el tiempo descubrí que Olivera es extremada y exageradamente generoso en sus apreciaciones sobre los trabajos de sus colegas (lo cual, cuando no se abusa, sirve desde el punto de vista del empujón que necesita todo joven; con pequeños toques, sobre

todo para evitar catástrofes, los viejos tenemos que animar a los jóvenes, para que cuanto antes aprendan a volar por ellos mismos).

[JHG no perdió la costumbre que acabo de mencionar. Tengo en mi archivo por lo menos media docena de cartas, algunas manuscritas en su microscópica pero perfectamente legible caligrafía, sistemáticos acuses de recibo de otros tantos libros míos que le envié, que conservan la misma característica. El 18 de julio de 1991, al acusar de recibo del texto universitario que escribí con la colaboración de A. Leone y A. Martínez, me escribió: "Aunque Macroeconomía no utiliza en general la elipsis, el cuadro de la página 500 constituye una notable excepción". Sin perder un segundo fui hasta la página 500, encontrando el título del cuadro... y -un espacio en blanco donde éste debería estar inserto!.]

Nos vemos en las reuniones de la Asociación, estuvo presente cuando en 1972 la fundación Ovidio Gimenez me otorgó el premio homónimo, a propósito de temas específicos cada tanto hablamos por teléfono o nos comunicamos por carta. Alguna vez almorzamos juntos. Aunque nunca fui alumno suyo, aprendí de él muchísimas cosas, tanto de contenido como de forma (para corresponder, le dediqué la quinta parte de 4 ensayos sobre la economía argentina, Macchi, 1980).

Cuando conversa, Olivera "juega de local, no de visitante, permitiéndole al otro que juegue de visitante si quiere, o también de local... si aguanta el desafío". Nuestra amigable y eficaz comunicación no demanda ni que él vista polera roja y alpargatas, ni que yo me ponga corbata o me peine: cada uno habla en su idioma y a su manera, y el otro lo entiende... y comprende.

[Lo aprecio más allá de su obra profesional, como corresponde entre amigos. Algún día, jubilados ambos, nos sentaremos en un banco de plaza, para -bastones mediante- "solucionar todos los problemas del mundo".]

¿"Oliverizó" JHG a la AAEP? Indudablemente. ¿Cómo podría haber sido de otra manera, independientemente de sus deseos, dada la tremenda distancia profesional que existió entre él y el resto de los colegas, más "el fantasma" que generó con su estilo? Ahora que el "niño" camina solo, sus sentimientos hacia la Asociación deben de ser ambivalentes, como los de cualquier padre al ver triunfar a un hijo suyo: orgullo por la maduración del esfuerzo, pena por la menor dependencia.

. . .

Como ocurrió al describir a Palazzo cuando me ocupé de FIEL y a Casullo al recordar mi paso por IDEA, Olivera ocupa un lugar central -pero no único- en mis recuerdos referidos a la AAEP. Del resto, para evitar enojos, hablaré por abecedario.

Aldo A. Arnaudo es una de esas personas que no parece tener enemigos. Graduado en Yale, según la historia oral es el "padre" de la moderna enseñanza e investigación económicas de Córdoba. Leo sus trabajos con interés, aunque redacta de manera algo densa. No vaciló en decirme que a su juicio mi primer libro (Política antiinflacionaria en Argentina, 1967-70, Amorrortu Editores, 1972) es mi mejor libro (por las dudas, nunca me atreví a preguntarle si, según el, yo no debería haber escrito los otros). Contrariamente a lo que le ocurre a Gotfried Haberler, a Arnaudo su semisordera no le resulta vergonzante; en mi casa movió a alguien para poder ocupar la punta del sillón que le dejó el oído que le funciona orientado hacia el resto de la concurrencia.

Severo Cáceres Cano relata de manera tan atractiva que cuando cena en casa mis hijas, no particularmente aficionadas a la historia argentina del siglo XIX, no se levantan de la mesa al terminar de comer (el drama de Severo es que, inmediatamente después de cenar, yo me quedo dormido... a pesar de como relata). Salteño de nacimiento y tucumano por residencia, estando en Buenos Aires el día de uno de sus cumpleaños se auto invitó a mi casa de Flores, a la que llegó con una torta para que le cantáramos el "cumpleaños feliz" (afectado de espondilitis anquilopoyetica, que le impide mover el cuello -"me convierte", según su expresión, "en el único economista de cuello duro"-, Severo sostiene que está viviendo "tiempo de descuento"). Como mi tío el salesiano Ramón Valero, Cáceres Cano será eternamente recordado como "gran manguero"... para terceros, que consigue becas y organiza actividades para sus alumnos; como la serie de conferencias que, durante años, organizó en Tucumán para estudiantes de quinto año del colegio secundario, exponiéndolos a personalidades de éxito en ámbitos bien variados: Pascual Mastellone, Hugo Moser y yo, entre otros, participamos de la feliz iniciativa, que fuera financiado por una entidad financiera local.

Víctor J. (el "turco") Elías, hijo de un comerciante que vendía telas por los campos, a quien a veces acompañaba, es el primer nombre y rostro que aparecen cuando a alguien le preguntan por algún economista de Tucumán, aunque no estoy seguro de que en este caso se pueda hablar de paternidad de la que, por muchos años, fue -¿o sigue siendo?- la mejor escuela de economía del país (sorprendo a muchos de mis amigos, clientes y personas que me paran por la calle, quienes me preguntan dónde se puede estudiar economía "en serio", cuando les recomiendo que envíen a sus hijos a Tucumán). Como Alieto Guadagni en economía de las empresas públicas y Jorge Katz en cambio tecnológico, Elías es "hombre de un sólo tema": contabilidad del crecimiento, especialidad que referida a Argentina suena a chiste luego de 15 años de estancamiento. Víctor trabaja años en la estimación de una -o unas pocas- serie (lo conocí en el Instituto Torcuato Di Tella, en 1964 o 1965, haciendo sus estimaciones econométricas con calculadoras manuales), y luego publica los resultados de manera totalmente árida e insulsa (en sus presentaciones orales suele agregarles "sal", que él mismo festeja con una sonrisa muy particular).

[El 24 de agosto de 1983 me envió una carta ofreciéndose para presentarme como candidato al premio Diez jóvenes sobresalientes (era mi última chance, por razones de edad). Como expliqué en el capítulo respectivo, no acepté la invitación; pero llevo en mi corazón el hecho de que, según el "turco", merecí serlo.]

Manuel ("Manolo") Fernández López disimula quién es y cuánto sabe delante de sus vecinos, quienes sólo ven a un sacrificado muchacho que, con un gorro de lana en la cabeza y las manos llenas de cal, nunca termina de construir (o reconstruir) su casa de Flores. Increíblemente erudito, Manuel es bien desequilibrado: se interesa por cuestiones que a pocos le importan, a las que se dedica con notable esmero (basta leer sus trabajos, entre los que recuerdo su investigación sobre la paternidad de ciertos escritos atribuidos a Belgrano, y su reseña de las actividades de Prebisch cuando era joven, presentados a las reuniones de la Asociación de 1972 y 1987 respectivamente), al tiempo que ignora cuestiones "importantes". Lo vi muy feliz en la reunión de Salta de la AAEP, porque no sé en qué biblioteca local había descubierto viejos números del Economic Journal. Telefónicamente, me sacó de miles de apuros mientras escribí cortas biografías de economistas. En mi programa de televisión tuvo algunas intervenciones memorables... y otras olvidables.

[Con un estilo diferente al de Cáceres Cano, Fernández López también sabe ponerle "sal" al relato, como lo probó con el suspense con que redactó su trabajo "Una faz desconocida del primer pensamiento económico argentino" (similar al que Pedro J. Vulovic le imprimió a su investigación "¿Cuándo, cómo y con quién comenzó la enseñanza formal de la economía política en el Río de la Plata?", presentado en la reunión de la AAEP de Santa Rosa de 1977).

Luis Roque Gondra sostuvo que Belgrano, considerado el primer economista argentino, precedió a David Ricardo. En la investigación que acabo de citar Manolo mostró que el texto atribuido a Belgrano fue escrito por Valentín Foronda, quien en realidad... no existió, pues se trata del seudónimo de Giovanni Fabbroni (el historiador que en la reunión de la AAEP analizó el trabajo de Fernández López apuntó que, en rigor, Belgrano nunca había dicho que el escrito le perteneciera, por lo que el cargo de plagio resultaba algo exagerado, y agregó que a comienzos del siglo XIX los diarios eran instrumentos de presión política más que órganos informativos, y consecuentemente Belgrano incluía en su publicación todo aquello que le permitiera llevar agua para su molino).]

Ernesto Gaba es uno de los más claros contraejemplos que conozco, del principio según el cual es absolutamente imprescindible estudiar en el exterior para ser un economista riguroso y maduro. Como expliqué al final del capítulo dedicado a relatar mi paso por Harvard, estoy contentísimo de haber completado mis estudios en el exterior, y entusiasmo a cuanta persona tiene la oportunidad de hacerlo y me consulta al respecto. Junto con lo cual indico que, tanto en la academia como en el Banco Central, Ernesto mostró que, sin estudiar afuera, se puede llegar bien lejos en materia de conocimiento y aplicación del análisis económico. A comienzos de la década de 1970, es decir, en circunstancias nada sencillas, Gaba condujo eficazmente el departamento de economía de la universidad del Salvador. Como Beethoven luego de componer su primera sinfonía, a comienzos de la década de 1980 Ernesto comenzó a percibir crecientes síntomas de sordera, la que probó ser incurable (en los económicamente sensibles 1982 y 1983, un viaje suyo para hacerse atender en los Estados Unidos, mientras ocupaba un importante cargo en el Banco Central, originó más de una nerviosa consulta económica). Desde hace algunos años vive y trabaja en Costa Rica.



Ana María Martirena-Mantel es increíblemente trabajadora, como resultó bien claro cuando presidió la AAEP (si no me equivoco, en 1985 inauguró la costumbre de invitar a las reuniones de la Asociación a prestigiosos economistas internacionales, iniciándola con una notable dupla: la formada por Stanley Fischer y Franco Modigliani... el año en que a éste último le otorgaron el Nobel en economía). Sumamente nerviosa cuando habla en público, nunca logró exponer alguno de sus trabajos dentro del tiempo reglamentario.

Las reuniones de la AAEP me permitieron tomar contacto personal con algunos economistas extranjeros a los que había conocido por sus escritos, o por algún ocasional encuentro previo, como Fischer, Modigliani y James Tobin. Además de Hendrik Houthakker, mi recordado profesor de econometría en Harvard, a quien luego de un pequeño tour guiada por la ciudad de Buenos Aires lleve orgullosamente a uno de los restaurantes de la Costanera, para que probara nuestros productos típicos, para descubrir, ya sentados a la mesa, que lo que quería comer era... pescado.

Riguroso y laborioso, Fischer luce formal, pero aprecia la ironía; y también la cultiva, cosa que festejo... cuando le entiendo el inglés (cuando a comienzos de 1990 en Jerusalén le dije que en la encuesta que había hecho entre los miembros de la AAEP sobre contenido y bibliografía para un programa de economía para no economistas, el libro que sobre principios de economía el escribió con Dornbusch apareció segundo en la lista de preferencias, luego del de Samuelson, pregunto: "Samuelson; ¿quién lo conoce?").

Expuso en la reunión de 1985, primero en Buenos Aires, donde en el auditorio del Banco de Boston presentó una prolijísima reseña sobre la teoría macroeconómica, que luego publicara en el Economic Journal (98, 391, junio de 1988), y luego en Mendoza, donde presentó el trabajo que, comparando las hiperinflaciones, había realizado con Rudiger Dornbusch, trabajo que viera la luz en Weltwirtschaftliches Archiv (122, 1, 1986). Al comenzar a exponer mi trabajo en Mendoza me dirigí a él, agradeciendo la presencia de "nuestro hermano africano, que viene a coordinar la lucha por la liberación del Tercer Mundo" (basándome en el hecho de que Fischer nació en... Zambia). Todo el mundo rió menos Stan, quien tuvo que esperar la "traducción simultánea" para también festejar la humorada. La presunta formalidad de Fischer fue nuevamente puesta a prueba por Ana María Claramunt, cuando le pidió que extrajera un número de una caja, para rifar un traje entre los asistentes, donado por un sastre local, al parecer fanático del análisis económico. Con posterioridad nos vimos en Argentina, y también en Washington, donde durante algunos años trabajó como economista principal del Banco Mundial (tomando café en su oficina me dijo: "Argentinos, déjense de embromar: la semana que viene voy a Africa; allí sí que hay problemas").

La presentación que hizo Franco Modigliani en el auditorio del Banco de Boston me decepcionó. Esperaba otra cosa, recordando cómo había expuesto mientras yo estudiaba en Harvard; o en Toledo, en mayo de 1984, donde comentó el trabajo referido al período Martínez de Hoz y al "Joe" le dijo en la cara: "Con estos datos; ¿no se daba cuenta de que iba hacia el precipicio"? Como habló pocas horas después de llegar al país, en la edición del 5 de noviembre de 1985 de Cronista le atribuí la falta de atractivo de la exposición en el Banco de Boston al jet lag... lo cual no le hizo ninguna gracia. Que Franco viniera a Argentina en

noviembre de 1985 muestra la determinación de Martirena, dado que en octubre le habían anunciado que había ganado el premio Nobel y, consiguientemente, tenía que dictar una importantísima conferencia al recibirlo, en la primera quincena de diciembre (escuché decir que Ana María lo convenció... llorando).

[Como no comparto la falta de previsión de Modigliani, ya tengo escrita mi propia conferencia Nobel, titulada "La economía en los medios masivos de comunicación" la cual, según mis cálculos, dictaré en 2010 (el texto de la conferencia, así como el por qué de la fecha mencionada, están contenidos en mi: Economía: ¿una ciencia, varias o ninguna?, Fondo de Cultura económica, 1994).]

Viajamos juntos a Mendoza, una mañana muy temprano. En el hall de Aerolíneas Argentinas, al reconocerme, un conjunto de estudiantes me pidió autógrafos. "Es la primera vez que veo a un economista firmar autógrafos", exclamó sorprendido Modigliani. Luego de garabatear un par de cuadernos, les dije a los estudiantes: "¿Saben quién es el señor que está a mi lado? El flamante premio Nobel en Economía". Inmediatamente disminuyó la demanda por mi firma y aumentó la de Franco... quien gustosamente se prestó al juego (como explicaré de inmediato a propósito de un episodio vivido en Puebla, México, Modigliani hace más de 4 décadas de vive en los Estados Unidos, pero no perdió ni una pizca de su condición latina). La exposición que hizo en Mendoza me gusto más. Tomando café en la confitería del Hotel Plaza, convinimos en hacer un reportaje para Cronista durante el vuelo de regreso. Se enteró de esto la burocracia de la embajada de los Estados Unidos que lo acompañaba, y de manera totalmente cortante me hicieron saber que ello era imposible, porque ellos habían arreglado que no habría contactos individuales con la prensa. "Pero él está de acuerdo con hacer el reportaje", apunté. Resultó imposible. Furioso, no atiné ni a despedirme de Franco, quien viajó de regreso a Buenos Aires sentado al lado de Machinea. En cuanto llegué a casa le escribí una carta explicándole el episodio y mi aparente falta de educación, la cual me respondió el 21 de noviembre de 1985 en los siguientes términos: "¡Debes estar realmente loco de escribirme de manera tan formal! Entiendo lo que te molestó, pero por favor no dejes que tu sangre latina se caliente demasiado... Espero que en la próxima ocasión que nos encontremos me hagas una entrevista, en la forma que creas más conveniente. Saludos. Franco".

Nos volvimos a ver en su oficina del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) una helada tarde de comienzos de 1986, donde en cuanto comenzamos a hablar me recordó lo del jet lag. Le mostré una planilla con estadísticas mensuales de la evolución de la economía bajo el Plan Austral, que analizó con gran interés y detalle (la reunión tuvo lugar luego de una olvidable conferencia que pronunció Edmond Malinvaud sobre macroeconomía en condiciones de desequilibrio. Malinvaud, quien entonces presidía el equivalente francés del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos -INDEC-, comentó delante de Modigliani y de mí que en Francia la tasa de inflación de enero es sistemáticamente superior a la realidad, porque en su país los empleados del INDEC no recaban información durante la última semana de diciembre... como en Argentina).

Ninguno de mis recuerdos de Franco iguala a la experiencia que vivimos en Puebla, México. En octubre de 1988, muy poco tiempo antes de que yo viajara a Ixtapa, invitado por el Instituto Argentino de Ejecutivos de Finanzas (IAEF) para participar en una reunión latinoamericana en la referida playa del Pacífico (los sacrificados miembros del equivalente mexicano del IAEF organizaron sesiones de no más de 3 horas diarias de duración, en un hotel construido a la vera de una playa sensacional), recibí una llamada de México. "Maestro", me dijo un estudiante, "nos encantaría que dictara una conferencia en un Encuentro Nacional de Estudiantes que organizamos en Puebla". Acepté gustoso porque el muchacho me habló con un respeto y admiración que hacía años no escuchaba por parte de mis alumnos de Argentina, y porque además las fechas coincidían con mi estada en México (antes de viajar a Ixtapa dicté una conferencia en el Instituto Tecnológico Autónomo de México -ITAM-, dirigido por Arturo Fernández, integrando un panel con Douglass North, experto en la importancia que tienen las instituciones en el desarrollo económico y en... vino). Modigliani fue el otro expositor.

Franco y yo viajamos de la ciudad de México a la de Puebla en un camión dentro de cuya carrocería habían instalado un cómodo living con aire acondicionado. En cuanto llegamos a Puebla fuimos puestos a prueba: almorzamos mole (pollo con salsa de chocolate), que me encantó. Esa misma tarde, en un gran anfiteatro, Modigliani dictó una conferencia criticando la política económica de Reagan. Sólo parcialmente compré el contenido, pero me deleité al volver a ver a Franco con las luces prendidas, el "showman" que 2 décadas antes había conocido en Harvard. Quiero destacar lo que ocurrió al final de su conferencia, que me hizo recordar el episodio de Aeroparque. Luego de una cerrada ovación, una notable porción de los varios cientos de alumnos y alumnas de todo México presentes, se acercaron a Modigliani para abrazarlo, besarlo y tocarlo, mientras le pedían autógrafos y se fotografiaban junto a él (Franco estaba verdaderamente conmovido). Terminada la conferencia fuimos hasta el ayuntamiento de Puebla, donde con gran solemnidad el intendente declaró a Franco "ciudadano honorario" y a mí "visitante distinguido".

[El título alimentó mi ego pero nada más: cuando al día siguiente, desde mi habitación y en pijama, pedí una comunicación a Buenos Aires, me dijeron que primero tenía que hacer un depósito en la conserjería... aunque fuera visitante distinguido.]

Al otro día, y antes de dictar mi conferencia, concurrí a un almuerzo junto con los estudiantes que participaban del encuentro. Como dije, había estudiantes de todo México. En el enorme salón había un conjunto de mesas alargadas, en cada una de las cuales se sentaron estudiantes que concurrían a distintas universidades. El griterío que genera la pretensión de cientos de personas de querer hacerse escuchar simultáneamente, fue repentinamente cortado por el ingreso de los mariachis (al Himno Nacional le hubieran prestado menos atención). Me impresionó el fervor, la unión que se produjo y el entusiasmo de los muchachos y chicas por su propia música. A la tarde pronuncié mi conferencia, y a la noche fuimos a una fiesta al aire libre que había en una plaza cercana, donde seguí hablando con los alumnos hasta medianoche (por falta de costumbre, me resulta curioso pero muy simpático, cuando un alumno me dice "maestro").

Horas después de arribar a Argentina, y molesto porque Pan Am no le proporcionó a su mujer las facilidades acordadas (ella padece de una enfermedad que le produce un ocasional temblor en las manos, pero con toda calma rechaza la ayuda que uno espontáneamente le quiere ofrecer), el 3 de noviembre de 1986 entrevisté a James Tobin en mi programa televisivo. Pocas veces tuve como entrevistado a alguien tan tímido como Tobin (balbucea y mira hacia abajo), alguien a quien le cuesta tanto ser televisivamente atractivo... hasta que se le pregunta por Reagan (habíamos combinado con el director del programa que según la dinámica de la audición, duraría media o una hora. Cuando estaba por llegar a la media hora, y yo ya casi sin fuerzas, le pregunté sobre Reagan... y el programa, ahora con notables bríos, terminó durando una hora). La señora Tobin tiene una personalidad totalmente contrapuesta a la de su marido; no sabe cómo aguantó los 5 años que transcurrieron entre que el Nobel en economía se lo otorgaran a Friedman y a su marido. Al ganador del premio Nobel en economía en 1981, según dijo un periodista, por haber descubierto que "no hay que poner todos los huevos debajo de una misma gallina", en la reunión de la AAEP de Salta le obsequiaron un poncho rojo que su esposa le obligó a ponerse.

. . .

A fines de 1991, luego de terminar de grabar con ellos una emisión de Momento económico, Juan Luis Bour y Daniel Artana me invitaron a tomar un café. Para mi completa sorpresa, entre sorbo y sorbo me preguntaron si aceptaba ser el candidato "oficial" para presidir la Asociación entre noviembre de 1992 e igual mes de 1994. Los sorprendí cuando les dije que más que mucha honra, la propuesta me generaba mucho miedo, porque nunca había sido presidente de nada. Vencí casi todos mis temores en un oportuno almuerzo que compartí en Mar del Plata con Alfredo Martín Navarro, uno de los ex-presidentes de la Asociación. "Tengo miedo de ejercer el poder, Alfredo", le dije. "No te preocupes, Juan Carlos, el presidente de la AAEP no tienen ningún poder", respondió sonriendo. Los hechos dirán si es así o me mintió para que aceptara; lo real es que me calmé y acepté. En el momento de escribir estas líneas (segundo trimestre de 1992) está en pleno funcionamiento el mecanismo que me llevara a presidir la Asociación; las impresiones resultantes las recogeré en la versión revisada de esta obra.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Cuando estaba por finalizar mi presidencia, escribí unas líneas comparandola con la montaña rusa, donde al comienzo todo parece muy lindo, en la primera bajada uno se pregunta qué lo llevó a ocupar esa posición, luego - cuando aparecen nuevas caídas, pero de menor intensidad- uno se termina acostumbrando, y cuando termina la vuelta recuerda todo con mucho cariño.

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

30

### POR QUE SOY LIBERAL

No nací ni liberal ni antiliberal, pero antes de ser el furioso liberal que hoy soy, fui antiliberal. En las líneas que siguen explico cómo fue que adquirí mi actual "fe de los conversos" en la materia.

Haber sido antiliberal implicó haberme resistido a aceptar lo que me decía la mente. Dicha resistencia tuvo causas múltiples; algunas personales, otras externas. Entre las primeras destaco mi origen social (clase media baja), que tiñó prejuiciosamente lo que fui estudiando y viendo (que el origen social tiñe la visión del mundo que uno tiene cuando es joven no es patrimonio de la clase media baja, aunque seguramente el teñido tiene color distinto); la "herencia española" de mi familia materna, según la cual las cosas son así y basta... aunque no solamente las cosas no sean necesariamente así, sino que muchas veces ni siquiera eran así; y la cosmovisión "sainetera" que tiene mi padre, un porteño hasta sus huesos que siempre vio la realidad desde los puestos laborales más bajos, muy propensos a la resignación, la visión conspirativa de la realidad, y a ver -o imaginar- la mayor efectividad del acomodo frente al esfuerzo.

Entre las causas externas de la resistencia destaco que es "fácil" ser liberal en Argentina a comienzos de la década de 1990, pero como expliqué al describir mi paso por FIEL ciertamente no lo era 20 años antes (a comienzos de la década de 1970 uno podía aguantarse que le dijeran "maricón", pero reaccionaba cuando le decían "liberal"); que los liberales de entonces, por su mensaje y la imagen que proyectaban a través de su forma de hablar, me daban la sensación de estar defendiendo el interés particular de los ricos; y que Alvaro Carlos Alsogaray, como expliqué, hablaba despectivamente de "los brujos de la economía", sintiéndome yo uno de ellos.

No podría calificar como "liberal" a la enseñanza que recibí en la UCA o en Harvard (mi compañero de estudios Alberto Benegas Lynch h. se quejaba sistemáticamente del

antiliberalismo imperante en la UCA), aunque utilizábamos intensamente conceptos como competencia, eficiencia, etc.; lo cierto es que hasta casi una década después de haber egresado de Harvard, mantuve apreciable separación entre lo que "sabía", porque lo había aprendido estudiando, y lo que "creía" que debía hacerse. Esto también se explica por el hecho de que estudiar fue para mí una manera de entretenerme (muchas alternativas no tenía), y de generar atención y admiración (maestros más exigentes me hubieran "bajado del caballo" antes, lo cual me hubiera venido muy bien). Conocía el dicho de Marshall, según el cual "el buen economista es aquel que pone la cabeza fría al servicio del corazón caliente"; pero tenía el corazón tan caliente que mi cabeza, aunque llena de técnicas (que cuando mi espíritu me permitió ponerlas en funcionamiento me vinieron muy bien), no se terminaba de enfriar para poder aplicar mis conocimientos de manera útil.

[Esto puede sorprender a alguno de mis alumnos de la Universidad del Salvador, a quienes les dicté clase entre 1969 y 1973, para los cuales seguramente yo era un liberal.]

¿Cómo fue que comencé a superar las resistencias, para unir lo que la mente me decía que debía hacerse, con mis dichos y mis acciones? El cambio, que se produjo durante la segunda mitad de la década de 1970, reconoce causas mediatas e inmediatas. Las primeras incluyen las conversaciones que por años mantuve con Guillermo Lladó (quien me forzó a pensar) y Armando P. Ribas (quien me forzó a revisar mis ideas, al tener que defender mi antiliberalismo); las causas inmediatas incluyen las ideas -y también, aunque no siempre, las políticas- aplicadas por José Alfredo Martínez de Hoz, la respuesta de buena parte del sector privado durante el período, una oportunísima conversación desarrollada durante un almuerzo y las politizadas críticas que recibía el ministro de economía de Jorge Rafael Videla.

En efecto, antes de 1976 yo vivía convencido -entre otras cosas- de que las tasas de interés y los alquileres debían ser libres, pero que tal liberación "no se podía hacer"; y de que - como me habían enseñado en la UCA, durante la primera mitad de la década de 1960- la elasticidad de la oferta del sector agropecuario era limitada, cuando no nula, "porque los latifundistas no hacen ningún cálculo económico". La gestión Martínez de Hoz mostró que el sector agropecuario, cuando recibe señales claras y creíbles, hace por lo menos tanto cálculo económico como cualquier otro sector; que la liberación de los alquileres no sólo no generó ningún desastre social sino que por el contrario con el tiempo aumentó la oferta de viviendas y negocios, con la consiguiente reducción del valor real de los alquileres; y que también las tasas de interés podían liberarse.

Martínez de Hoz también mostró la inutilidad de políticas económicas en las cuales yo "creía", como la tregua de precios instrumentada durante el segundo trimestre de 1977. Aquí corresponde reiterar el oportunísimo almuerzo que acabo de mencionar. Durante la mencionada tregua comí con Raúl Ondarts, quien me preguntó cómo veía las cosas. Al contestarle mostré mi entusiasmo por el transitorio congelamiento de los precios que acababa de disponerse. Me dejó terminar de hablar, luego de lo cual me dijo: "de Pablo, a usted su corazón no lo deja pensar". No me hizo gracia escuchar eso, pero en ese momento era el tipo de trompada que necesitaba para precipitar una reflexión seria sobre la cuestión.

1977 fue crucial en mi conversión, por los primeros frutos de la política económica de Martínez de Hoz -tanto por los resultados favorables de algunas políticas en las cuales no creía, como por los desfavorables de otras en las cuales sí creía-, como por el tenor de las críticas que se le comenzaron a formular. Fue crucial porque a partir de dicho año vi claro que las referidas críticas ignoraban aspectos sustanciales de la implementación de una política económica (por ejemplo, demandaban de los funcionarios niveles de información y "angelicalidad" que yo no encuentro en los seres humanos concretos), y consecuentemente adoptándolas se corría el riesgo de empeorar las cosas en vez de mejorarlas (con todo cariño y respeto, comencé a pensar que "había cosas peores que Martínez de Hoz").

[Queda claro entonces que mi conversión al liberalismo fue vivencial, no producto de lecturas (no soy un experto en las raíces filosóficas del liberalismo, ni capaz de distinguir entre sus diferentes vertientes). Como la música, al liberalismo no lo estudio sino que lo gozo cuando lo tengo, y lo extraño cuando me falta.]

Desde que abracé la causa liberal no la abandoné más porque cada día me resulta más claro que la escasez no se limita a los recursos físicos, sino que también -y principalmente- rige en el plano de las energías humanas. El verdadero liberalismo -partidario de la estabilidad de precios; de la competitividad; de un Estado que se ocupa eficazmente de lo suyo (defensa, seguridad, justicia, educación y salud básicas, defensa de la competencia, etc.) y consecuentemente se retira de la actividad empresarial y regulacionista; etc.- me entusiasma porque induce a que las escasas energías humanas se orienten hacia fines genuinamente productivos. Para el funcionamiento de la economía en su conjunto es bien diferente que los creativos de una sociedad se ganen la vida encontrando consumidores a los cuales les puedan vender voluntariamente sus productos, de que se la ganen alterando en su favor la política económica, a costa de los peor informados o más alejados del poder, que son generalmente los más pobres (la pregunta no es por qué hay countries, sino; ¿qué hay que hacer para tener una casa en alguno de los countries; encarar exitosamente una actividad sujeta a riesgo, en un medio competitivo, o usufructuar el "quiosco" inventado por determinada legislación?).

No me volví liberal cuando me hice rico (no soy rico, por otra parte); me volví liberal cuando -en el plano instrumental- pude pensar en serio cómo hacer para que triunfen aquellos - pobres o ricos- que quieren progresar aplicando creativa y genuinamente sus energías humanas recibidas y también las adquiridas. Triunfo que no lo pienso en sentido egoísta sino en el mejor estilo de la mano invisible de Adam Smith: el sistema económico genera los mejores resultados posibles cuando cada uno de sus integrantes no tiene "más remedio" que producirle algún bien a otro, para interactuar voluntariamente con él (o ella). No ignoro los peligros de la vigencia de la "ley de la selva", pero la experiencia argentina posterior a la Segunda Guerra Mundial me mostró que muere menos gente cuando impera dicha ley, que cuando los ciudadanos quedamos a merced de funcionarios que "nos quieren ayudar".

[Desde lo que hasta 1989 era la realidad, el liberalismo era lo contrario del statu quo. El liberalismo era "la revolución, pero en serio". Desde que la hice mía, tomaría más de una década hasta que esta valiosa idea se pudiera poner en práctica en el país.]

¿Por qué no me afilié a la UCeDé? Porque la política partidaria no me atrae (cuando otro partido político me ofreció integrar su lista de candidatos a diputados nacionales, contesté que no, y pregunté: "y si gano; ¿qué hago?").



Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

31

## VIVENCIAS

Termino de escribir esta obra pocos meses antes de cumplir 50 años. Hojeo el contenido de los capítulos anteriores y no encuentro cómo responder al siguiente interrogante: ¿cuán predecible es la trayectoria descrita?

En este capítulo quiero sintetizar algunas ideas que ahora tengo más claras que cuando comencé a escribir esta obra.

Educación. Como muchos otros argentinos, soy un producto de la educación pública (en mi época, la única accesible para quien nacía en un hogar de clase media baja; hoy no es necesariamente así). Por eso lucho por la educación accesible (lo cual, aunque a algunos les parezca paradójico, en Argentina 1993 quiere decir luchar contra la gratuidad de la enseñanza universitaria pública), dejé de enseñar en la UBA sólo cuando me echaron, escribo textos universitarios, acepto todas las invitaciones que puedo para hablar en universidades, y me acuerdo con enorme respeto y cariño de mis maestros y profesores. Por las posibilidades de movilidad económica y social que genera la educación accesible, la excepción más que la regla a escala mundial, en Harvard me sentí muy orgulloso de ser argentino.

Además de mi tiempo para educar a otros, puse algo de mi dinero. Instituí un préstamo de u\$s 1.000 para que muchachos y chicas pudieran estudiar en el Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (CEMA). Pero tuve mala suerte, porque inicié el sistema con Jorge Sena, a quien había conocido en Cronista; Sena no sólo no me devolvió el dinero, para que otros pudieran tener su misma oportunidad, sino que ni siquiera tuvo la deferencia de explicarme qué le ocurrió<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Muchos años después canceló la deuda.

[Estoy muy dolido por esta experiencia. En A mi manera Frank Sinatra dice: Regrets, I have a few (broncas tengo unas pocas). A mí me ocurre lo mismo; la que acabo de relatar es una de ellas.]

Trabajo. Me paso una buena parte del día (ciertamente más de la mitad de él) haciendo lo que cualquier funcionario del INDEC calificaría como trabajo. Necesito trabajar para vivir y mantener a mi familia, pero tengo la enorme fortuna de gozar intensamente con casi todos los trabajos que hago (exageraría si dijera que me encanta pronunciar cada conferencia que acepto pronunciar, cada curso que acepto dictar o cada línea que acepto escribir; pero ello me ocurre en la enorme mayoría de los casos).

En el plano laboral aproveché todas las oportunidades que se me presentaron, de lo cual no estoy para nada arrepentido. Esto implicó viajar mucho, tanto dentro como fuera del país. Viajes cortos (aeropuerto, hotel, sala de conferencias, restaurante, hotel, aeropuerto), pero que sirven para leer, tomar distancia, escuchar a otra gente, mirar algún paisaje, etc.

En mi etapa cuentapropista "sobretabajé", y aún hoy lo sigo haciendo. Ocurre que prefiero enfrentar las dificultades que genera el sobretabajo, que las que surgen cuando uno busca trabajo y no encuentra.

Por la forma en que encaré mi actividad laboral, tengo un pie en varios frentes y, consecuentemente, no soy "hombre" de ninguno de ellos. La profesión me conoce, aunque no soy un típico representante de ella; así como la farándula me conoce, aunque tampoco soy un típico representante de ella. Pago gustoso el precio de no ser un representante típico de ninguno de los frentes mencionados, en el nombre de trabajar en cosas que me encantan, generar ingresos nada despreciables y, por qué no, atomizar riesgos.

Trabajo desde hace 35 años, no obstante lo cual no quiero ni escuchar hablar de mi jubilación; y miro con sorpresa y desprecio a mis contemporáneos que ya están pensando en esos términos. Espero poder trabajar hasta el día que me muera, lo cual espero que ocurra dentro de muchísimo tiempo<sup>2</sup>.

Suerte. "Más practico, más suerte tengo". La frase, que le escuché una vez a Horacio De Dios, pertenece a un tenista famoso cuyo apellido olvidé. Encierra una gran verdad; los ejemplos de suerte autónoma, independiente de los esfuerzos de quien se beneficia con ella, son rarísimos. La suerte parece jugar un rol complementario del esfuerzo en la concreción exitosa de algo; aunque siempre me llamó la atención la frecuencia con la cual ex ministros de economía, tanto de Argentina como de otros países, mencionaron la suerte entre los factores necesarios para una política económica exitosa.

Tuve suerte. Tuve suerte de que en el Comercial de Ramos me tocara una división donde se estudiaba inglés; tuve suerte de tener edad suficiente para no ser deslumbrado por la guerrilla, pero ser a la vez suficientemente joven para que a mis hijas pudiera ocurrirles lo mismo; tuve suerte de estudiar economía durante la primera mitad de 1960, y

---

<sup>2</sup> Desde 2009 cobro mi jubilación, que no es lo mismo que estar jubilado.

consiguientemente poder conseguir con cierta facilidad trabajo y becas; tuve suerte de ser sano, de haber formado la familia que tengo (sobre la cual hablaré una vez más en el último capítulo de esta obra), y de que mis padres vivieran hasta que yo fuera grande.

Vida. Hace mucho tiempo -2 décadas por lo menos- me enamoré de la vida. El hecho cotidiano -la humanidad concreta- me asombra, me fascina, me divierte y me emociona (el día que pierda esto me consideraré muerto, independientemente de si mi corazón sigue bombeando o no). Por eso quiero que en mi lápida escriban lo siguiente: "Se divirtió como un loco" (tengo pensado escribir una página, y tener listas copias, para distribuir en mi sepelio, alentando a quienes me van a despedir y a saludar a mis deudos, a que no pierdan su tiempo lamentándose -total yo no me puedo beneficiar con sus lamentos-, recomendándoles que aprovechen ese tiempo pensando en algo lindo o divertido. También en un velorio cabe distinguir entre seriedad y solemnidad).

Sin ayuda psicoanalítica vencí mi timidez y la consiguiente rigidez en mi interacción. No puedo probarlo, pero estoy convencido de que el presente estado vital no lo hubiera conseguido si no me hubiera casado (¿con Any, o con alguien como ella?). En algún momento de fines de la década de 1960, o comienzos de la de 1970, dejé de ir a misa porque no aguantaba más los sermones dominicales. En particular no aguantaba tener que optar entre la Iglesia o la vida ("No tengo que pedir permiso, o perdón, para reírme o gozar", me dije). Mis valores humanos son los cristianos, que los practico como el que más, aunque desde hace mucho tiempo piso un templo sólo cuando se casa, se bautiza o se muere, algún pariente o amigo.

Cuando uno se enamora de la vida, la interacción personal se convierte en un fin en sí mismo. No rechazo los "almuerzos de trabajo", en los cuales alguien me paga para que le cuente cómo veo las cosas, pero todas las veces que puedo almuerzo con amigos; y las cenas en casa -una vez que Any supera el shock que a toda ama de casa le provoca la posibilidad de que algo salga mal, y consiguientemente el resto de las mujeres presentes lo advierta- son motivo de gran regocijo, tanto para ella como para mí... y para los invitados, según nos enteramos, a veces, años después.

Dinero. Mi origen social me "marca" en ciertos gastos. Nunca tuve un "bajón" económico importante, y ascendí apreciablemente en la escala económica. No obstante lo cual me vuelve loco que en mi casa haya luces prendidas alumbrando... a nadie, y me cuesta comprar un pasaje de avión para llegar más rápido a algún destino. En cambio, me encanta gastar para viajar con mi familia. Los excedentes financieros me ponen nervioso; éste es un problema que tengo que solucionar, por si -contra mis deseos más íntimos- no puedo seguir seguir trabajando hasta el día que muera.

Siempre fui deudor, pagué todos mis créditos religiosamente, aunque nunca como lo supuse en el momento de contraerlos; por eso a los jóvenes que me consultan los animo a hacer cosas, porque sé que ellos -como yo- van a encontrar energías para enfrentar los desafíos, cuando aparezcan.

Gracias. Este libro es un monumental "gracias" a quienes me ayudaron, que no fueron pocos y que no siempre fueron conscientes de que lo estaban haciendo (lo cual no les quita mérito; a veces, al contrario). Porque resultaron cruciales quiero recordar una vez más a César H. García, mi maestro de quinto y sexto grado de la primaria; a Guillermo Lladó, mi primer empleador; a José María Dagnino Pastore, profesor, jefe y amigo; y a Santiago Pascual Palazzo y Armando Paulino Ribas, que hicieron inolvidable el FIEL en el que trabajé.

A veces la vida permite devolverle a quien te dio, las más de las veces es una cascada. Cuando pude le di a otros lo que los nombrados en el párrafo anterior me dieron a mí, esperando que -a su debido tiempo- ellos a su vez lo hagan con terceros.

Admiración. Me quiero mucho, esto es obvio, pero no al punto de no poder admirar a otros seres humanos. Como a Domingo Felipe Cavallo y a Guillermo Vilas, por el tesón que ponen en todo lo que hacen; a Henry Kissinger y a Golda Meir, por la forma en que combinaron en su vida talento, fuerza y humanidad; a Paul Anthony Samuelson, "mi Nobel favorito", porque me enseñó economía jugando; a Juan Manuel Serrat, porque le canta a todo; y a Isaac Stern, porque con un maestro como él hasta yo termino tocando el violín.

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

32

### MIS DOS MAYORES MAXIMAS

Hace ya muchos años que mi accionar se guía por un par de máximas bien "máximas".

. . .

La primera es la siguiente:

#### **NUNCA VOY A TENER MENOS DIFICULTADES QUE AHORA.**

Cuando estamos preparando el examen de ingreso para la escuela secundaria, soñamos con el día posterior al examen en el cual -pensamos- habremos de tener un problema menos. Si aprobamos el examen, lo más probable es que no tengamos un problema menos sino que dejaremos de tener ese problema pero comenzaremos a tener otros, que antes existían pero de manera latente a la luz de la dificultad concreta que teníamos que enfrentar.

La novia piensa en casarse, para tener un problema menos; la recién casada piensa en cuando tendrá el hijo, para tener un problema menos; la madre reciente piensa en cuando caminará su niño, para tener un problema menos; varios años después suspira con el momento en que vaya a la escuela primaria, y luego a la secundaria, para tener un problema menos; cuando cree que al salir solo de noche va a descansar no duerme hasta que escucha la puerta de calle que indica que el vástago está de vuelta; el día del casamiento se angustia por el futuro de

la flamante pareja; y más tarde por la salud de los nietos. ¿Quiere mejor prueba de lo que estoy diciendo?

Mi hobby es escribir libros. Hace 20 años tenía semanas enteras para hacerlo. Luego apenas tuve días enteros. Desde hace muchos años no tengo un día que pueda dedicar íntegramente a la escritura. Y sé que nunca más voy a tener el tiempo que tuve. Nunca.

¿CUAL ES LA RESPUESTA? Hay que organizarse.

La abuela que ve a la hija (o nuera) cambiarle el pañal al nieto revolea los ojos pidiendo ayuda al Cielo, como si ella la primera vez no hubiera hecho cosas parecidas (Dios, en su infinita bondad, fabricó a los bebés a prueba de padres primerizos); cuando entramos por primera vez en un canal de televisión, torre de control de un aeropuerto o cocina de un restaurante, admiramos la destreza que observamos, olvidando muchas veces que, al decir de Jorge Porcel, "son años".

La respuesta a la ineludible realidad de la vida planteada en la primera de mis máximas es la organización o, si se prefiere, el cambio tecnológico. Hay que encontrarle la vuelta para seguir haciendo las cosas que a uno le gustan, sabiendo que si insistimos en las viejas formas de hacer las cosas necesitamos un día de 48 horas.

Dichas formas de la organización dependen de cómo es cada uno, de las cosas que quiere hacer, y de los desafíos que tiene que enfrentar, de modo que al respecto no hay recetas generales. Pero, para aquel a quien le sirva, aquí van algunos ejemplos que surgen de mi experiencia: 1) desde 1985 tengo computadora personal. No sé programar, ni me interesa. Me liberé cuando leí en un libro que apretando el teclado es imposible romper una máquina (a lo sumo se borra un archivo, pero para eso están las copias); 2) no dudo en decir que no, de inmediato y con todas las letras, cuando algo no me interesa, porque mi yo interior me obliga a cumplir cada vez que digo que sí; 3) termino todo lo que empiezo, porque con algo terminado se puede ver que se puede hacer (incluso tirarlo), pero con algo a medio hacer no se puede hacer nada. Esta es una de las lecciones más importantes que aprendí de mi uno de mis maestros, José María Dagnino Pastore; y 4) le presto mucha atención a mis impulsos (me dejo llevar cuando la voz interior me dice que le dé para adelante), y utilizo mucho el beneficio de la duda; pero corrijo rápidamente en cuanto me doy cuenta de que el rumbo elegido no conduce a nada bueno.

. . .

La segunda máxima es la siguiente:

**LA PARCA NO AVISA: EN CUALQUIER MOMENTO ME PUEDO MORIR**

Hoy estamos, mañana...

Esto es elemental, pero hay que remarcarlo.

¿CUAL ES LA RESPUESTA? Hay que divertirse.

Vivo cada minuto como si fuera a ser el último. Lucho, por consiguiente, para que sea el mejor posible. Le presto atención a quien está conmigo, o le hago saber que no me interesa lo que está diciendo; hago chistes, y festejo los ajenos, porque para mí la risa es como la comida y la bebida.

En particular, esté donde esté (en mi casa, en una oficina, con amigos o seres humanos circunstanciales, etc.) busco crear un ambiente que tenga esas características. El mundo del trabajo absorbe una parte tan grande de nuestra existencia, que no se puede dividir el tiempo entre los momentos "en que se trabaja" y aquellos "en los que se vive".

Al respecto, irremediabilmente, aparece aquí la cuestión de la relación (o falta de ella) que hay entre dinero y felicidad. Ni una cosa ni la otra: conozco pobres felices y ricos infelices, pero no argumentaría en favor de la falta de correlación general entre una y otra. En todo caso argumento en favor de no agotar la existencia en la relación que existe entre dinero y felicidad.

¿Es posible divertirse cuando uno está sano, razonablemente alimentado, tiene trabajo y libertad, mientras otros seres humanos están enfermos, hambrientos, desocupados o presos? Sí. A quien en serio le preocupan las desgracias ajenas, lo que tiene que hacer no es disminuir masoquistamente su propio gozo sin transformación en beneficio ajeno; lo que tiene que hacer es hacer algo por el otro: dar parte de sus ingresos, o parte de su tiempo, para que algun otro sufra menos. Y entonces ponerse a reír juntos.

Organizarse, para enfrentar los inevitablemente crecientes desafíos, y divertirse "por si las moscas" son las máximas que descubrí viviendo. El uso, por parte de cualquier otro ser humano, no sólo no está prohibido en forma total o parcial, sino que está fuertemente sugerido.

Reproducido de

de Pablo, J. C. (1995): Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi.

33

### MITAD DE CAMINO

Mi mujer es la persona citada en más capítulos de esta obra, y mis hijas -que corren con la desventaja de la edad- están entre la decena de personas citadas en más capítulos. Nada de esto es casual, ni fue fabricado luego de sumar las citas que hice de manera espontánea.

Decir que luego de 2 años de noviazgo y 27 de matrimonio no sé qué sería de mí sin Any, es mucho más que un cumplido o una referencia al calendario. Es la pura verdad.

Cuando uno se casa a los 22 años, con quien fue su única novia, hace todo dentro del matrimonio. Lo cual generó algunas tensiones e inconvenientes, pero al mismo tiempo generó la increíble experiencia de descubrir de a 2 esa maravilla que es la vida. Este es el fabuloso tesoro que comparto con Any. Hoy, sanos ambos, hermosa ella, muy compinches los 2, vemos nuestro futuro con enorme expectativa y esperanza.

Pero no somos 2 sino 4, porque Gaby y Ceci son una parte esencial de nuestra existencia. Uno aprende a ser esposo a costa de su mujer, y a ser padre a costa de sus hijos (sabiamente, Dios hace los hijos "a prueba de padres"). Con el tiempo me enteraré qué clase de padre fui para mis hijas.

Mi relación con ellas fue cambiando a lo largo del tiempo, y en mi caso es más estrecha a medida que se vuelve más adulta (a nuestras respectivas edades, cuando salgo con Any nos dan la llave de la casa y del auto y nos dicen: "Cuídense, que la calle está jodida"). Las amo profundamente a ambas, y se los manifiesto... a mi manera.



Acompañado por mi familia, rodeado de amigos y conocidos, con un razonable horizonte laboral, a veces imagino que la vida recién empieza, aunque sé que estoy... a mitad de camino.